

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Departamento de Psicología Social



TESIS DOCTORAL

Las culturas políticas en Perú

El caso de Lima

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Hernán Felipe Chaparro Melo

Directora

Joelle Ana Bergere Dezaphi

Madrid, 2016

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA SOCIAL



TESIS DOCTORAL

Las culturas políticas en Perú
El caso de Lima

Autor: Hernán Felipe Chaparro Melo

Directora: Joelle Ana Bergere Dezaphi

Madrid, 2015

A Pilar, mi compañera de este y tantos otros bailes

A Anahí y Vasco, que sepan que esto tuvo un inicio y un final

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, que siempre me preguntaron: *¿y, cómo va la tesis?* Un especial homenaje a la memoria de mi padre.

A Pilar Ortiz de Zevallos, mi compañera de vida, de estudios, de pasiones, de los años de estudiante durante el doctorado, de miles de conversaciones sobre política, Perú y los peruanos.

A Joelle Ana Bergere Dezaphi, que acogió mi tema con gran interés, me orientó con paciencia y dedicación, alentando siempre los avances y el cuidado tanto de la redacción como del análisis de la tesis.

A José Ramón Torregrosa, que acompañó los esfuerzos iniciales de este trabajo y que durante los años de estudiante, en el doctorado, me mostró el potencial de la psicología social.

A Laura Amaya, cuyo soporte en todo el proceso de la tesis ha sido muy importante para alcanzar esta meta.

A mis compañeros en GfK, que facilitaron espacios, tiempo y recursos para llevar adelante todo este proyecto.

ÍNDICE

Resumen	i
Abstract	iv
Introducción	1
<i>I. Problemática de la investigación</i>	<i>2</i>
<i>II. Justificación y objetivos</i>	<i>4</i>
1. Justificación.....	4
2. Objetivos.....	6
2.1. Objetivo general.....	6
2.2. Objetivos específicos.....	6
Primera Parte: Marco Teórico	8
<i>I. Desarrollo teórico de los conceptos de cultura política y subcultura política</i>	<i>9</i>
1. La evolución del concepto de cultura política.....	9
2. Conceptos y enfoques de la cultura política.....	20
2.1. Conceptos asociados a la cultura política.....	20
2.2. La propuesta definicional de Almond.....	34
2.3. Enfoques contemporáneos de la cultura política.....	75
a) El enfoque del <i>capital social</i>	76
b) El enfoque de la <i>Nueva Cultura Política</i>	88
c) El enfoque comparativo.....	107
d) El análisis simbólico.....	125
3. Estudios sobre la subculturas políticas.....	140
4. Para un enfoque integral del análisis de las subculturas políticas.....	161
<i>II. Procesos de cambio en Perú y Lima</i>	<i>166</i>
1. Apuntes diacrónicos del contexto social, político y económico de Perú.....	166
1.1. La sociedad postoligárquica.....	166
1.2. La democracia en el período de la recesión económica.....	170
1.3. La violencia senderista.....	172
1.4. La informalización económica y laboral de la sociedad peruana.....	174
1.5. El colapso de los partidos políticos.....	175
1.6. Las reformas neoliberales.....	177
1.7. La bifurcación de lo nacional y lo regional.....	181
1.8. El estancamiento económico y el endurecimiento político.....	183
1.9. La <i>alternancia sin alternativa</i>	186

1.10. Un balance del funcionamiento de la democracia en Perú.....	187
2. El proceso de cambio en Lima: la construcción de la ciudadanía.....	196
2.1. La transformación urbano-social.....	198
2.2. El desarrollo de la economía informal en Lima.....	203
2.3. La transformación cultural en Lima.....	209
2.4. La politización de las capas populares en Lima.....	214
<i>III. Los conceptos de cultura política y su aplicación al contexto peruano.....</i>	<i>221</i>
1. El ciudadano como actor.....	223
1.1. Creencias, valores sociales y actitudes.....	223
a) Los valores.....	223
b) La confianza interpersonal.....	229
c) Las creencias con relación a la igualdad y la desigualdad.....	232
d) La tolerancia social.....	237
e) Las actitudes hacia el rol de autoridad.....	239
1.2. Los sistemas de creencias políticas nucleares.....	242
a) La tolerancia política.....	242
b) Las subculturas políticas.....	243
c) La eficacia frente a la alienación política.....	250
d) El autoritarismo en la política.....	259
1.3. La socialización política.....	262
a) La familia como agente de socialización.....	263
b) La escuela como agente de socialización.....	263
2. La vinculación del ciudadano a la política.....	266
2.1. La implicación política personal.....	266
2.2. La política y los medios de comunicación.....	268
2.3. El asociacionismo.....	269
2.4. La participación política.....	274
a) Participación y estrategias electorales.....	274
b) La participación política en el contexto del gobierno local.....	281
c) Formas alternativas de participación.....	282
d) Consideraciones acerca de las elecciones locales de 2014.....	285
3. Creencias y actitudes hacia el sistema político.....	288
3.1. Actitudes hacia la democracia.....	288
a) La concepción de la democracia.....	288

b) El apoyo a la democracia.....	290
c) Grados de satisfacción con respecto a la democracia.....	293
d) Las actitudes hacia los golpes militares.....	295
3.2. Instituciones y actores políticos democráticos.....	297
a) El apoyo al funcionamiento del sistema político.....	297
b) La confianza en las instituciones del sistema.....	300
c) Actitudes hacia los partidos políticos.....	302
4. Actitudes hacia la acción del Estado y el gobierno.....	310
4.1. Evaluación de los tres poderes.....	310
a) La evaluación del gobierno.....	310
b) Las actitudes hacia el combate contra la corrupción.....	312
c) Las actitudes hacia la lucha contra la inseguridad ciudadana.....	316
4.2. Actitudes hacia el papel del Estado.....	318
Segunda Parte: Métodos y técnicas de investigación.....	322
I. <i>Diseño de la investigación</i>	323
1. Aspectos generales.....	323
2. El estudio cualitativo sobre la cultura política en Lima.....	327
2.1. Perfil de los participantes.....	329
2.2. Instrumento.....	330
2.3. Trabajo de campo.....	330
3. El estudio cuantitativo sobre la cultura política en Lima.....	330
3.1. Universo y muestra.....	332
3.2. La encuesta y la entrevista estandarizadas.....	334
3.3. Trabajo de campo.....	355
II. <i>Plan de análisis</i>	356
1. Plan de análisis del estudio cualitativo.....	356
2. Plan de análisis del estudio cuantitativo.....	357
Tercera Parte: Análisis de los resultados y conclusiones.....	359
I. <i>Resultados y análisis cualitativo</i>	360
1. El ciudadano como actor.....	361
1.1. Creencias, valores sociales y actitudes.....	361
1.2. Sistemas de creencias políticas nucleares.....	384
2. La vinculación del ciudadano con la política.....	387
2.1. Creencias sobre la política.....	387
2.2. Desinterés hacia la política.....	389

2.3. Vinculación con el entorno comunitario.....	389
2.4. Participación política.....	393
3. Creencias y actitudes hacia el sistema político.....	398
3.1. La relación con la democracia.....	398
3.2. La reivindicación de la <i>Mano dura</i>	400
3.3. Las actitudes hacia los partidos políticos.....	404
3.4. Las actitudes hacia los políticos.....	404
3.5. Las actitudes hacia instituciones y funcionarios públicos.....	407
4. Los resultados de la acción institucional.....	409
4.1. El papel del Estado.....	409
4.2. La evaluación de la gestión del gobierno.....	410
II. Resultados y análisis cuantitativo.....	414
1. El ciudadano como actor.....	414
1.1. Creencias, valores sociales y actitudes.....	414
1.2. Los sistemas de creencias políticas nucleares.....	430
2. La vinculación del ciudadano con la política.....	435
2.1. La implicación política personal.....	435
2.2. La política y medios de comunicación.....	440
2.3. El asociacionismo.....	443
2.4. La participación cívica.....	447
2.5. La participación política.....	448
2.6. Actitudes hacia la participación cívica y política.....	452
2.7. Actitudes hacia las protestas.....	451
3. Creencias y actitudes hacia el sistema político.....	454
3.1. Representaciones del sistema democrático.....	454
3.2. Otras actitudes hacia la democracia.....	460
3.3. Instituciones y actores políticos democráticos.....	462
4. Actitudes hacia la acción del Estado y el gobierno.....	467
4.1. Evaluación de los tres poderes y la gobernabilidad.....	467
4.2. Actitudes hacia el papel del Estado.....	469
5. Perfiles según el grado de interés en la política.....	470

<i>III. Tipos de subculturas políticas en Lima</i>	477
1. Las dimensiones de la cultura política en Lima.....	477
2. Los tipos de subculturas políticas en Lima.....	482
2.1. Los <i>críticos participativos</i>	490
a) Su perfil sociodemográfico.....	491
b) Sus valores y actitudes sociales.....	491
c) Sus sistemas de creencias políticas nucleares.....	493
d) Su vinculación con la política.....	494
e) Sus creencias y actitudes hacia el sistema político.....	496
f) Sus actitudes hacia el papel del Estado.....	498
2.2. Los <i>conformistas desinformados</i>	500
a) Su perfil sociodemográfico.....	500
b) Sus valores y actitudes sociales.....	501
c) Sus sistemas de creencias política nucleares.....	501
d) Su vinculación con la política.....	502
e) Sus creencias y actitudes hacia el sistema político.....	505
f) Sus actitudes hacia el papel del Estado.....	507
2.3. Los <i>leales institucionales</i>	507
a) Su perfil sociodemográfico.....	508
b) Sus valores y actitudes sociales.....	508
c) Sus sistemas de creencias política nucleares.....	508
d) Su vinculación con la política.....	509
e) Sus creencias y actitudes hacia el sistema político.....	511
f) Sus actitudes hacia el papel del Estado.....	513
2.4. Los <i>renegados insatisfechos</i>	514
a) Su perfil sociodemográfico.....	514
b) Sus valores y actitudes sociales.....	515
c) Sus sistemas de creencias política nucleares.....	515
d) Su vinculación con la política.....	516
e) Sus creencias y actitudes hacia el sistema político.....	518
f) Sus actitudes hacia el papel del Estado.....	520
Conclusiones.....	521
Bibliografía.....	532
Anexo I Guía de discusión de las dinámicas grupales.....	561
Anexo II Cuestionario de cultura política en Lima.....	567

Índice de Gráficos

Gráf. 1. Modelo completo de la Teoría de la Acción Razonada.....	24
Gráf. 2. Descripción de los valores de Schwartz.....	31
Gráf. 3. Modelo teórico de los valores de Schwartz.....	32
Gráf. 4. Orientaciones hacia los objetos de la política según Almond y Verba.....	40
Gráf. 5. Congruencia/ incongruencia entre cultura y estructura políticas.....	55
Gráf. 6. Política de clases de Clark.....	91
Gráf. 7. Tipologías políticas de Clark y Navarro.....	92
Gráf. 8. Modelo de empoderamiento humano de Inglehart.....	114
Gráf. 9. Ciudadanos leales y asertivos de Dalton y Welzel.....	120
Gráf. 10. Dimensiones Tradicional/Secular y Sobrevivencia/Autoexpresión.....	122
Gráf. 11. Subculturas políticas de Wildavsky.....	148
Gráf. 12. Subculturas políticas de Sudarsky.....	152
Gráf. 13. Subculturas políticas de Díaz de Landa.....	153
Gráf. 14. Subculturas políticas de Dalton.....	156
Gráf. 15. Subculturas políticas de Brussino y Rabbia.....	158
Gráf. 16. Esquema dimensional de la cultura política.....	164
Gráf. 17. Esquema dimensional de Weyland: Neoliberalismo y Populismo.....	192
Gráf. 18. Estructura de los niveles socioeconómicos en Lima.....	208
Gráf. 19. Segmentación de valores en los peruanos.....	224
Gráf. 20. Modelos de conducta de Amat y León.....	249
Gráf. 21. Dimensiones de la alienación política.....	256
Gráf. 22. Interés por la política.....	267
Gráf. 23. Organizaciones sociales y beneficiarios.....	272
Gráf. 24. Apoyo al sistema y tolerancia política.....	299
Gráf. 25. Apoyo al sistema político y Tolerancia política en América Latina.....	299
Gráf. 26. Principales preocupaciones de los limeños.....	415
Gráf. 27. Principales valores de los limeños.....	415
Gráf. 28. Valores de limeños y provincianos.....	417
Gráf. 29. Valores de Schwartz según lugar de nacimiento.....	419
Gráf. 30. Dimensión Sobrevivencia-Autoexpresión según lugar de nacimiento.....	424
Gráf. 31. Percepción de cumplimiento de normas de convivencia.....	427
Gráf. 32. Tolerancia política.....	430
Gráf. 33. Participación en organizaciones.....	445
Gráf. 34. Participación en organizaciones según el tipo de organización.....	446
Gráf. 35. Significado de democracia para los limeños.....	455
Gráf. 36. Significado de democracia para los limeños según agrupaciones.....	455
Gráf. 37. Argumentos justificativos de un golpe militar.....	460
Gráf. 38. Actitudes hacia la democracia.....	461
Gráf. 39. Satisfacción con la gestión del gobierno por agrupaciones.....	468
Gráf. 40. Actitudes hacia la intervención del Estado.....	469
Gráf. 41. Actitudes hacia la empresa privada.....	470
Gráf. 42. Valores de sobrevivencia y autoexpresivos según el interés en la política.....	471

Gráf. 43. Pertenencia a asociaciones según el nivel de interés en la política.....	474
Gráf. 44. Participación política según el nivel de interés en la política.....	474
Gráf. 45. Actitudes hacia el voto según el nivel de interés en la política.....	475
Gráf. 46. Conformación de los segmentos de subculturas políticas	483
Gráf. 47. Principales diferencias entre los <i>críticos participativos</i> y otros grupos.....	484
Gráf. 48. Perfil sociodemográfico de los <i>críticos participativos</i>	484
Gráf. 49. Principales diferencias entre <i>conformistas desinformados</i> y otros grupos....	485
Gráf. 50. Perfil sociodemográfico de los <i>conformistas desinformados</i>	486
Gráf. 51. Principales diferencias entre los <i>leales institucionales</i> y otros grupos.....	487
Gráf. 52. Perfil sociodemográfico de los <i>leales institucionales</i>	487
Gráf. 53. Principales diferencias entre los <i>renegados insatisfechos</i> y otros grupos....	488
Gráf. 54. Perfil sociodemográfico de los <i>renegados insatisfechos</i>	489

Índice de Tablas

Tabla 1. Distribución de la muestra por zona geográfica.....	333
Tabla 2. Distribución de la muestra por sexo.....	333
Tabla 3. Distribución de la muestra nivel socioeconómico.....	333
Tabla 4. Distribución de la muestra por edad.....	334
Tabla 5. Valores Schwartz 1.....	417
Tabla 6. Valores Schwartz 2.....	421
Tabla 7. Indicador de Materialismo-Postmaterialismo.....	423
Tabla 8. Confianza interpersonal 1.....	426
Tabla 9. Confianza interpersonal 2.....	426
Tabla 10. Percepción de racismo y experiencia de discriminación.....	429
Tabla 11. Eficacia política 1.....	433
Tabla 12. Eficacia política 2.....	433
Tabla 13. Eficacia política por nivel educativo.....	433
Tabla 14. Interés general por la política 1.....	436
Tabla 15. Interés general por la política 2.....	436
Tabla 16. Interés por aspectos de la cultura política.....	437
Tabla 17. Interés en el input 1.....	437
Tabla 18. Interés en el input 2.....	437
Tabla 19. Interés en asuntos locales 1.....	438
Tabla 20. Interés en asuntos locales 2.....	439
Tabla 21. Conocimiento político 1.....	439
Tabla 22. Conocimiento político 2.....	440
Tabla 23. Consumo de información política 1.....	442
Tabla 24. Consumo de información política 2.....	442
Tabla 25. Consumo de información política 3.....	442
Tabla 26. Consumo de información política 4.....	442
Tabla 27. Participación cívica 1.....	448
Tabla 28. Participación cívica 2.....	448
Tabla 29. Satisfacción con la democracia y apoyo a la democracia.....	457

Tabla 30. Percepción de eficacia por tipo de gobierno.....	459
Tabla 31. Actitudes antidemocráticas 1	462
Tabla 32. Actitudes antidemocráticas 2.....	462
Tabla 33. Interés por la política y el nivel de instrucción.....	471
Tabla 34. Interés por la política y los valores.....	472
Tabla 35. Interés por la política y la confianza interpersonal.....	472
Tabla 36. Interés por la política asociada a eventos y asuntos puntuales.....	473
Tabla 37. Medios de comunicación utilizados para acceder a la información política.....	473
Tabla 38. Actitudes hacia la democracia e interés por la política.....	475
Tabla 39. Análisis factorial de la cultura política.....	478
Tabla 40. Cargas de los factores en los diferentes tipos de subculturas políticas.....	483

Resumen

I. Título

Las culturas políticas en Perú. El caso de Lima

II. Objetivos

1. Objetivo General

Los propósitos de esta investigación consisten en identificar las subculturas políticas existentes en Lima, la capital de Perú, y comprender sus rasgos distintivos desde el punto de vista de las actitudes sociales y políticas, los valores y las variables socioeconómicas y demográficas.

2. Objetivos Específicos

Estos objetivos se centran en las principales características de la cultura política en Lima, tomando en consideración los cuatro factores explicativos de la cultura política propuestos por Morán y Benedicto (1995), a saber, el papel del ciudadano como actor, la vinculación del ciudadano con la política, las creencias y actitudes hacia el sistema político, y las actitudes hacia el Estado y el gobierno.

A las variables antes mencionadas, se suma la comprensión de los diferentes tipos de subculturas políticas en el área metropolitana de Lima, haciendo hincapié en las características y significado de estas últimas.

III. Métodos y técnicas de investigación

La investigación contempla un estudio cualitativo y otro de índole cuantitativa. En el primero se desarrollaron ocho dinámicas grupales con mujeres y hombres de 18 a 55 años correspondientes a cinco niveles socioeconómicos. En el segundo estudio se realizaron, para la encuesta de naturaleza cuantitativa, 1530 entrevistas estandarizadas a mujeres y hombres de 18 a 80 años correspondientes a los cinco niveles socioeconómicos antes citados. Este segundo estudio permitió llevar a cabo un análisis multivariado para identificar las dimensiones de la cultura política en el área metropolitana de Lima y proceder a la comprobación de la existencia de cuatro tipos diversos de subculturas políticas existentes en este contexto urbano.

IV. Resultados

El área metropolitana de Lima se caracteriza por tener un bajo capital social que se plasma en la desconfianza interpersonal, el bajo respeto a las normas y la baja participación en asociaciones. En ese contexto, las personas desarrollan sus esfuerzos para mejorar su situación personal y familiar, teniendo un bajo interés por la política y los asuntos públicos. Si bien la mayoría de esta población apoya la democracia como forma de gobierno, los datos indican que la satisfacción con la misma es baja. En efecto, se detecta una imagen deteriorada de las instituciones

del sistema político porque se considera que éstas son corruptas y/o que actúan sólo en función de intereses personales que suponen, a menudo, que no se respeta la ley.

Además, buena parte de la ciudadanía no tiene mayores preferencias por un partido político o un líder político. De hecho, en relación con lo último, se aprecia que la participación electoral se produce por obligación y no por devoción. Todos estos aspectos influyen en que exista un alto porcentaje de electores que estiman que el uso de la mano dura, como estilo de gobierno dentro de una democracia, debe ayudar a poner orden y hacer justicia.

Por otro lado, el análisis multivariado ha contribuido a descubrir la existencia de cuatro subculturas políticas categorizadas en los siguientes términos: los *críticos participativos* (12%), los *conformistas desinformados* (41%), los *leales institucionales* (16%) y los *renegados insatisfechos* (31%).

Al tenor de esta categorización, el 72% del electorado limeño tiene una relación de apatía (directamente ligada al grupo de los *conformistas*) o de alienación (vinculada a los *renegados*) con el sistema político.

Por su parte, los *críticos participativos* se caracterizan por ser individuos activos en organizaciones de base, que en comparación con las otras categorías, tienen mayor contacto con la actividad política. Con otras palabras, los *críticos participativos* son personas que demandan ser escuchadas y que muestran una tendencia más crítica con las actuales instituciones, especialmente con la institución gubernamental, solicitando mayores reformas. Concretamente, en la encuesta que hemos realizado, los entrevistados asociados a la subcultura de los *críticos participativos* han contestado que si hubiese instituciones capaces de ofrecer mayores opciones de participación, se acercarían a ellas, aunque reconocen no haberlas encontrado. En definitiva, constituyen un grupo más inclinado a la opción de soluciones presidencialistas o verticales como modos de oponerse a instituciones que rechazan.

Los *conformistas desinformados* son los más parecidos a los sujetos anómicos descritos por Almond y Verba (1970). No les interesan los asuntos públicos y solo les prestan atención si estos últimos les afectan personalmente. No ponen de manifiesto claras demandas en la medida en que se hallan desconectados de la política.

En lo que se refiere al grupo de los *leales institucionales*, este se aproxima más a los ciudadanos cívicos, aunque, en su caso carece de intención participativa. Este mismo grupo, a pesar de contar con una mejor percepción de la *eficacia política* realiza muy pocas conductas participativas desde el punto de vista de las acciones cívicas y políticas. Ahora bien, bien es cierto que su vinculación con la política es

más pasiva materializándose a través del consumo de información y del voto. Los *leales institucionales* tienden a delegar la iniciativa en las instituciones políticas tradicionales. Finalmente, podemos afirmar que se trata de un grupo insatisfecho con el comportamiento de la democracia en general y las instituciones.

Por último, el grupo de los *renegados insatisfechos* hace patentes actitudes disconformes tanto con los partidos y líderes políticos como con los poderes del Estado. Son más individualistas que los otros grupos de subculturas políticas y rechazan, más que otros, algún tipo de participación cívica o política. Sin embargo, siguen la información política, adoptando con más frecuencia una actitud más anti partidista que apolítica. Expresan cierto interés en la política en la medida en que ésta les afecte o cuando determinadas circunstancias, como las de carácter electoral, requieren su atención. Y al igual que los *críticos participativos*, se muestran más dispuestos a participar si surge un cambio en la oferta institucional.

V. Conclusiones

En primer lugar, a modo de conclusión, debemos subrayar que se ha identificado un patrón de cultura política en el área metropolitana de Lima, que es compartido por un gran porcentaje de la población. En este modelo destacan once factores explicativos que corresponden, respectivamente, a la evaluación de las instituciones, la participación cívica/política, la orientación al *input*, la competencia informativa, las actitudes autoritarias, el interés político puntual, la simpatía política partidista, la tolerancia política, la satisfacción con la democracia, la disposición crítica a participar, y la orientación al *output* y los temas locales.

En segundo lugar, los resultados obtenidos nos autorizan a recalcar que la cultura política dominante en el área metropolitana de Lima es muy cercana a lo que Almond y Verba (1970) definieron como una cultura de súbdito participante. En general, con respecto a esta cultura política, se aprecia un bajo capital social y un sentimiento de anomia bastante extendido. En este sentido, la sociedad limeña parece estar más orientada al *output*, es decir los resultados, en un sentido pragmatista, y ello en la medida que prioriza el logro de las metas en detrimento de los medios a través de los cuales se alcanzan los objetivos, lo que refleja el escaso interés dado a los aspectos del *input*.

No obstante, entre los grupos subculturales los hay que expresan mayores demandas participativas o de defensa de las instituciones democráticas.

Sin duda, en general, el apoyo a la democracia es bajo, primando una lealtad espuria, ya que el 58% de los encuestados apoyan la democracia haciendo patente al mismo tiempo una notable insatisfacción hacia la misma.

Con otras palabras, estamos ante una cultura política de una *democracia sin partidos* (Levitsky y Cameron, 2003; Tanaka, 2005; Crabtree, 2010), que promueve el populismo o el neopopulismo ajenos a la valoración positiva de las instituciones

y coincidentes con una demanda de *mano dura* o soluciones personalistas dispuestas a ofrecer resultados sin hacer hincapié en las formas. En consecuencia, una posible solución que contribuya a una reforma institucional, debería tomar en consideración dos tipos de subculturas políticas vinculadas a los *críticos participativos* y los *renegados insatisfechos*, como grupos susceptibles de apoyar un conjunto de reformas para alcanzar la profundización de la democracia reclamada por la ciudadanía.

Abstract

I. Title

Political Cultures in Perú. The Case of Lima

II. Objectives

1. General Objective

The purposes of this investigation are focused in identifying the political subcultures existing in Lima, capital of Perú, and understanding their distinctive features from the point of view of the various social and political attitudes, values, and socioeconomic and demographic variables.

2. Specific Objectives

These are focused on the main characteristics of political culture in Lima, taking into account the four explanatory factors of political culture proposed by Morán and Benedicto (1995), namely, the role of the citizen as an actor, the link between citizens and politics, their beliefs and attitudes towards the political system, and their attitudes regarding State and Government.

In addition to the above mentioned variables, we aim at apprehending the various types of political subcultures in the Metropolitan area of Lima, stressing their characteristics and significance.

III. Research Methods and Techniques

This research encompasses a qualitative study and a quantitative one. The former consists of four focus groups of 18 - 55 year-old women and men from five socioeconomic levels. The latter, a quantitative survey, included 1,530 standardized interviews to 18 - 80 year-old men and women from the above mentioned socioeconomic levels. This survey allowed to carry out a multivariate analysis addressed at identifying the scope of political culture in Lima's Metropolitan area and at verifying the existence of four different types of political subcultures coexisting within this urban context.

IV. Main Research Results

The Lima Metropolitan area can be characterized by a weak social capital, a fact made evident by the lack of inter-personal trust, a low level of respect for norms and regulations, and a low rate of participation in associations. In such context, persons deploy efforts to improve their individual and family conditions and show a low level of concern for politics and public issues. While the majority of this population supports democracy as the best way of government, data point out that their level of satisfaction about it is low. In fact, interviewees show they perceive the image of deteriorated political system institutions, which are reportedly corrupt or operate only in function of individual interests which usually imply looking above law.

Additionally, a significant share of citizens have no marked preferences for a specific political party or a political leader. Actually, in this regard, they are aware that voting is a mandatory act and not a matter of devotion. All these aspects lead to high shares of voters who consider that a firm-hand democracy should set order and establish a fair state of things.

On the other side, the multivariate analysis allowed us to discover the existence of four political subcultures, which can be typified as: *participatory critics* (12%), *uninformed conformists* (41%), *loyal institutional followers* (16%), and the *unsatisfied renegades* (31%).

As per the above classification, 72% of the Lima voting population relates to the political system in a way that could be described as apathetic (directly linked to the *conformist* group) o alienated (linked to the *renegades*).

In turn, *participatory critics* can be typified as individuals who are active in grassroots organizations, who, if compared to the other groups, are closer to political activity or activism. In other words, *participatory critics* are persons who demand being listened to and who show a tendency to being critical vis-à-vis most current institutions, particularly governmental institutions, and claim for further or deeper reforms. From the survey we conducted, interviewees who could be specifically associated to *participatory critics* answered that if there were any institutions able to offer further participation options, they would approach them, but they report not having found any. Definitively, they are a group that represents an inclination for presidentialist or vertical downward solutions as the way to oppose any institutions they may reject.

Uninformed conformists are the ones who most resemble the anomic individuals described by Almond and Verba (1970). They do not care about public issues and only pay attention if their own individual interest might be affected. They do not make any explicit claims or demands, since they are detached from politics.

With regard to those categorized as *loyal institutional followers*, they are close to civic citizens, although they lack participatory purposes. Even though they have a sharper perception of political effectiveness, they carry out very few participatory actions that could be deemed civic or political. In fact, their link to politics is rather passive and incarnates mostly in the consumption of information and in the act of voting. *Loyal institutional followers* tend to delegate initiatives onto traditional political institutions. It can certainly be said that this group is unsatisfied with the behavior of democracy and institutions in general.

Finally, *unsatisfied renegades* evidence attitudes of non-acceptance of political parties, political leaders or the powers of the State. They show a higher level of individualism than other political subculture groups and are stronger in rejecting any kind of civic or political participation. Nevertheless, they are aware of political information, and adopt attitudes opposing specific parties rather than being merely apolitical. They express a certain interest in politics, but only to the extent it might affect them; or, whenever an electoral circumstance requires their attention. Like *participatory critics*, they are likelier to take part if a change in the institutional offer arises.

V. *Conclusions*

Firstly, as a conclusion, we must emphasize that a political culture pattern has been found in the Lima Metropolitan area, common to a large share of the population. In this model, eleven explanatory factors stand out pertaining, respectively, to institution assessment, civic / political participation, being driven by the input, informational competence, authoritarian attitudes, punctual political concerns, political party affinity, political tolerance, satisfaction about democracy, critic attitude to taking part, and being driven by the output and local issues.

Second, the findings enable us to stress that the prevailing political culture in the Lima Metropolitan area is quite close to what Almond and Verba (1970) defined as the Subject-Participant Culture. In general, with regard to this political culture, a low level of social capital is seen along with widespread anomie. Thus, the population of Lima seems to be more output-driven and pragmatic, assigning a higher priority to the achievement of goals over the means necessary to achieve them, which reflects their little concern about input issues.

Nevertheless, some of these subculture groups include people who express higher participatory or advocacy demands for the sake of democratic institutions.

Doubtlessly, in general, support of democracy is rather low, because a spurious loyalty prevails, where 58% of interviewees support democracy while expressing remarkable dissatisfaction about it.

In other terms, we are facing a political culture that can be typified as a *democracy without parties* (Levitsky and Cameron, 2003; Tanaka, 2005; Crabtree, 2010), promoting a populism or a neo-populism which are distant from a positive assessment of institutions and agree with a demand for a ‘firm hand’ or for individualistic solutions tending to offer specific outcomes without careful consideration of forms or ways. Therefore, a possible solution contributing to an institutional reform should take into account two types of political subcultures linked to *participatory critics* and to *unsatisfied renegades* as groups likely to support a set of reforms addressed at further developing the democracy citizens claim for.

.

INTRODUCCIÓN

I. Problemática de la investigación

Entre los años setenta y ochenta, tanto en la ciencias sociales como en el discurso de los actores políticos se asumió que pertenecer a un nivel socioeconómico bajo o muy bajo y vivir en las zonas periféricas de Lima (los llamados conos norte, sur, este) estaba asociado con ciertas características psicosociales (la solidaridad) y una simpatía (o militancia) político-ideológica de izquierda (Guerrero y Sánchez León, 1977). Implícitamente, se asumía una relación entre el hábitat y el déficit en el acceso a recursos económicos y sociales con el desarrollo de cierta conciencia de clase. Sin embargo, desde los 90 el comportamiento electoral y la opinión que vienen recogiendo las encuestas entre los llamados *sectores populares* (que ahora son considerados como *clase media emergente*) dan cuenta de segmentos que simpatizan con propuestas autoritarias y/o populistas, por un lado, o que ponen énfasis en el desarrollo personal antes que en el colectivo. Varios autores (Carrión y Zárate, 2012, 2010, 2008, 2006; Reyna, 2010; Murakami, 2000; Parodi y Twanama, 1993) se refieren a una cultura política autoritaria, plebiscitaria y/o populista, donde la actitud hacia las instituciones políticas es negativa (partidos, Congreso, Poder Judicial, etc.), presentándose una mezcla de apatía y anomia junto a la preferencia por el contacto directo con las autoridades mediante prácticas clientelistas u obristas (Muñoz, 2013). Por otro lado, los estudios desarrollados por GfK (2012) y Arellano (2003, 2010) sobre valores y estilos de vida describen una fuerte presencia de valores y actitudes individualistas dirigidos al logro del éxito personal.

En recientes entrevistas y artículos periodísticos, politólogos y científicos sociales como Steven Levitsky (2015) y Hugo Neira (2015) sostienen que en Perú la estructura social ha cambiado profundamente en los últimos años (desarrollo de sectores medios, reducción de la ruralidad, contracción de los sectores obreros *versus* una importante presencia del autoempleo o de las micro y pequeñas empresas en el sector comercio y servicios, etc.), así como las actitudes hacia diversos asuntos sociales y políticos, pero que no ha ocurrido lo mismo con las instituciones. El reciente ejercicio del gobierno municipal en la capital de la ciudad (2011-2014), pone de relieve este proceso de cambios en los sectores populares. Luego de un accidentado proceso electoral en el que no era la favorita, la anterior burgomaestre - Susana Villarán - accedió al cargo desde una representación de izquierda. Ya en el poder, fueron los sectores de menores recursos los que la criticaron y se opusieron a las propuestas de reforma que presentó la alcaldesa (transporte, mercado mayorista, etc.). Tales propuestas suponían poner orden en una ciudad donde la informalidad económica e institucional es significativa. En el último proceso electoral, fue elegido para el período 2015-2018 como alcalde de la ciudad de Lima - con más del 50% de los votos - el ex burgomaestre Luis Castañeda (2003-2006, 2007-2010). En una encuesta realizada durante la fase final de la campaña electoral (Datum, 2014), el entonces candidato fue el más asociado con la frase: *Robará, pero hará más obras* (49%). Una imagen bastante lejana de la que predominaba en los años ochenta.

Diversos estudios desarrollados sobre la relación de la ciudadanía con la política y la democracia en Perú (Carrión y Zárate, 2012, 2010, 2008, 2006; Torres, 2010; Murakami, 2000; Macassi, 1994;), así como diferentes sondeos realizados por empresas encuestadores en coyunturas electorales y no electorales (Ipsos, Datum, GfK), dan cuenta de un intenso proceso de desencanto en relación con la política en general y la democracia realmente existente en el país; en particular, en lo que atañe a los actores y a las instituciones políticas. Hace años que los niveles de aprobación del Poder Judicial y el Congreso se sitúan por debajo del 20%. En la encuesta de GfK realizada en noviembre de 2014, el Poder Judicial obtenía apenas una aprobación del 15% y el Congreso de 12%. Carrión *et al.* (2010) señalan que Perú tiene uno de los índices más altos de apoyo a un posible golpe militar (junto a Belice, México y Guatemala). Sin embargo, tal como esos mismos autores sostienen, no se da una relación estadísticamente significativa entre la insatisfacción con la democracia y el apoyo a un golpe militar. La insatisfacción encierra diversos significados y se expresa en múltiples patrones actitudinales. En un contexto donde cerca de la mitad de la población de Lima no sabe qué es la democracia (Díaz Albertini, 2010), Torres (2010) registra que solo un 27% apoya y está satisfecho con esta, 29% la apoya pero está insatisfecho (los denomina *seudo demócratas*), un 25% se muestra indiferente y el 19% es declaradamente autoritario. Como señala Finifter (1970), estas actitudes negativas podrían ser vistas como orthofuncionales; esto es: antes que disfuncionales, apáticas, anómicas o autoritarias, podrían ser entendidas como actitudes políticas que tienen el potencial de generar cambios producto de su tensión con el sistema. Dalton y Welzel (2014) hablan de los *demócratas asertivos* para dar cuenta de personas que apoyan la democracia como ideal, pero que están insatisfechas con el funcionamiento de sus instituciones. En ese sentido, cabe preguntarse si tales actitudes no están poniendo de relieve una tensión entre las demandas ciudadanas, su cultura política y las instituciones realmente existentes. ¿Son los ciudadanos los equivocados o sus actitudes son una señal de que el sistema no está funcionando? Al revés de lo que planteaban Almond y Verba, ¿no deben ser las instituciones las que han de cambiar para dar respuesta y resolver las demandas ciudadanas que se expresan en las actitudes y la cultura política existentes? Pero antes que eso, ¿cuáles son finalmente estas actitudes?, ¿son todas iguales?, ¿cómo están estructuradas?, ¿qué significan?

En la literatura existente en Perú, se describe una cultura política donde destaca la insatisfacción y donde conviven segmentos democráticos con antidemocráticos o autoritarios de diverso tipo con indiferentes. No se conoce en profundidad las características de cada uno de estos segmentos, su relación con el sistema ni la proporción que representan en la sociedad. Lo que se describe son actitudes pesimistas que han dado un giro radical desde los noventa, existiendo el riesgo de que esto se exprese en un apoyo mayoritario a propuestas populistas y/o autoritarias. Como en algún momento lo calificó Mario Vargas Llosa en la campaña presidencial del 2009: que lleve a *elegir entre el sida y el cáncer terminal*. Nuestra propuesta es que las actitudes existentes deben ser comprendidas, antes que calificadas. Como señala Vergara (2007) en un ensayo sobre

las elecciones presidenciales del 2006, la ciudadanía no es ni amnésica ni irracional. Hay un sentido que debe ser entendido para, desde ahí, formular propuestas de cambio.

II. Justificación y objetivos

1. Justificación

Como plantea Samudio (2009), tomar en consideración la cultura política de un país (o de una ciudad) como un todo homogéneo induce a error. Nos parece que es necesario optar - como bien señala Morán (2010) - por un enfoque que se preocupe por identificar las subculturas políticas existentes, a fin de alcanzar una mejor comprensión de la actual situación. Tal como sostenían Almond y Verba en *La cultura cívica*, es necesario saber *cuánto de qué cosa* existe, qué tipos de subculturas políticas están presentes para así comprender sus sentidos. Si el problema de fondo radica en evaluar qué posibilidades tiene el desarrollo de una propuesta política más democrática e institucional, consideramos que un tema central reside en entender cuáles son las actitudes y culturas políticas de la ciudadanía, y qué significan.

Nos hemos centrado en la ciudad de Lima, asumiendo que este estudio es la primera parte de una indagación de mayor aliento sobre la cultura política en el país. Hemos comenzado por Lima en tanto es la capital y concentra un tercio de la población (casi el 40% de la población urbana peruana) del país. Además, cerca de la mitad de sus habitantes no ha nacido en esta ciudad (<http://blog.pucp.edu.pe/fernandotuesta/lima-de-hoy>) y el proceso de migración ha generado todo un cambio económico, social, cultural y político de envergadura que impacta en la política nacional (Matos Mar, 2010). Por otro lado, abordar un estudio sobre tipos de subculturas políticas en el ámbito nacional implicaría emprender - tal como lo hemos hecho para Lima - una profundización mediante una mirada histórica para cada región. Perú es un país heterogéneo en muchos sentidos. Los estudios de Carrión *et al.* (2012, 2010, 2008, 2006) sobre cultura política, así como los realizados por GfK sobre valores, en el ámbito nacional (GfK 2012), indican la existencia de patrones diferenciados entre la población de la sierra sur, la costa norte y Lima (tres ámbitos en los que se ubica más del 60% de la población nacional). Estas particulares diferencias regionales - poco presentes en el discurso académico o en el análisis político realizado en los medios - llevan a pensar que podrían estar basadas en complejos procesos históricos y culturales. Los Incas fueron quienes surgieron del sur andino y dominaron una extensa región del continente, en el lado del océano pacífico, durante parte del siglo XV y principios del XVI, pero la presencia de otros grupos culturales en ese mismo período, e incluso siglos antes, fue muy importante en la costa norte peruana (culturas Lambayeque, Moche, Chimú, etc.). Como probable expresión de estos procesos históricos, así como por otros de tipo económico, social y político, se tiene hoy una sierra sur donde el regionalismo, el peso de las tradiciones y una actitud crítica suelen estar presentes; por otro lado, una costa norte con una orientación valorativa más hedónica

(GfK 2012). En consecuencia, no se trata de una tarea que se pueda abordar en un solo estudio.

Los intentos por identificar subculturas políticas en Perú, y en particular en Lima, no son muchos. Se ha tendido a desarrollar estudios sobre la cultura política peruana como un todo (Carrión *et al.*, 2012, 2010, 2008, 2006; Murakami, 2000), segmentaciones a partir de unas pocas variables (Torres, 2010), o estudios de casos (Stokes, 1995; De la Flor, 2000). Stokes (1995) llevó a cabo su estudio en sectores populares para hablar de una cultura *clientelista tradicional* frente a una *radicalista*. De la Flor (2000), por su parte, identificó tres tipos de subculturas entre los trabajadores ambulantes: *presidencial fuerte*, *medianamente maduros* y *más maduros*. Por último, Torres (2010) planteó una segmentación realizada a partir de datos del ámbito nacional, en la que trabajó con tres variables (*si la democracia es preferible a cualquier otro sistema de gobierno, si la democracia puede funcionar sin partidos políticos, y si puede funcionar sin un Congreso nacional*). Desarrolló una descripción que resulta sugerente, pero no profundizó en el sentido de tales características, ni abordó su relación con otras variables de interés. En este caso, se busca utilizar todas las dimensiones descritas en la literatura a la fecha y, a través del análisis estadístico multivariado, identificar qué conglomerados existen en Lima y cuáles son sus características. Únicamente con este tipo de análisis los interesados en acercarse al ciudadano podrán comenzar a diseñar estrategias realistas para el desarrollo de sus propios proyectos políticos, y se podrá contar con una comprensión que permita evaluar la necesidad o no de emprender cambios institucionales y/o políticos.

La pregunta que nos inquieta es si estas actitudes políticas populistas, clientelares y autoritarias en la población (descritas como mayoritarias) son las únicas existentes, el sentido que tienen y si esta es una situación reversible o no. La gente que se muestra indiferente, ¿nunca ha tenido un vínculo con el sistema o se trata de personas con expectativas democráticas frustradas y, por lo tanto, potenciales soportes en un proceso de cambio? Para que un partido se desarrolle en el país, ¿tiene que optar por comportarse según los códigos del populismo? ¿Es posible construir otro tipo de identidades políticas?, ¿qué tipo de cambios se necesita impulsar en las instituciones? Solo teniendo claridad sobre el tipo de actitudes existentes, así como sobre su relevancia en la constitución de diferentes tipos de culturas políticas, los partidos y órganos de gobierno tendrán claro con qué ciudadano se deben relacionar hoy en día y cuál es la mejor forma de acercarse a él. Igualmente, se podrá comenzar a entender qué aspectos del sistema mismo retroalimentan ciertas características de la cultura política. Nuestro enfoque no busca quedarse en la descripción o explicación de determinados patrones; debe apuntar a comprender el sentido de los mismos para evaluar las alternativas de acción adecuadas.

2. Objetivos

2.1 Objetivo general

Nuestro objetivo es identificar si existen diferentes tipos de cultura política en Lima y determinar cuáles son los rasgos distintivos de cada uno de estos en términos de actitudes sociales y políticas, valores, variables socioeconómicas y demográficas (género, edad).

2.2 Objetivos específicos

Como un paso preliminar a la caracterización de tipos de cultura política en Lima, buscaremos identificar cuáles son los componentes de esta. La discusión sobre qué dimensiones conforman una cultura política es un debate abierto y el mismo será abordado en la revisión teórica. Para conferir una estructura inicial a nuestra indagación, se ha partido del esquema propuesto por Morán y Benedicto (1995). En esa línea, los objetivos específicos de la investigación abordan las cuatro grandes dimensiones descritas por estos autores: el ciudadano como actor, la vinculación del ciudadano con la política, las creencias y actitudes hacia el sistema político, actitudes hacia la acción del Estado y el gobierno. Luego de todo ello, se procederá a identificar las dimensiones que en Lima tiene la cultura política, para finalmente caracterizar cada uno de los segmentos encontrados.

El objetivo de abordar al ciudadano en tanto que actor responde al interés por indagar en los valores, así como en las actitudes sociales y políticas básicas de las personas. Asumimos la existencia de algún tipo de relación entre actitudes sociales y políticas, y buscamos explorar en este aspecto.

El siguiente objetivo específico: la investigación de la vinculación del ciudadano con la política, nos permitirá contar con información sobre su forma de vincularse simbólica y fácticamente con esta. En el primer punto se indagará por el interés que despierta la política entre los limeños, en cómo se informan sobre la misma, y en su nivel de conocimiento de esta. El segundo aspecto nos permitirá conocer el tipo y el nivel de participación de los ciudadanos en asuntos comunitarios, asociaciones de base, eventos y organizaciones políticas.

El tercer objetivo: las creencias y actitudes hacia el sistema político, nos permitirá conocer qué entienden los limeños por democracia, y la forma en que se representan y relacionan con las diferentes instituciones que la componen.

Como cuarto objetivo, nos proponemos investigar las actitudes de la población de Lima ante el Estado y la gestión de gobierno.

Un quinto objetivo será identificar, a través del análisis estadístico, cuáles son los componentes de la cultura política en Lima. Para ello serán tomados en consideración todos los aspectos evaluados anteriormente.

Finalmente, nuestro último - y principal - objetivo, será identificar la existencia de diversos tipos de subculturas políticas en Lima, así como sus dimensiones, características y significado.

PRIMERA PARTE
MARCO TEÓRICO

I. *Desarrollo teórico de los conceptos de cultura política y subculturas políticas*

1. La evolución del concepto de cultura política

Este concepto, que para algunos es más un enfoque o paraguas general para el análisis político, ha tenido ya un largo recorrido. En 1990 el mismo Almond señalaba la existencia de “tal vez 35 o 40 obras teóricas y empíricas acerca de la cultura política, posiblemente un centenar de artículos...y más de un millar de citas en la bibliografía pertinente” (Almond, 1999, p 202). En un momento posterior, Murga (2008) mencionaba la existencia de por lo menos sesenta títulos relevantes sobre el tema producidos entre 1980 y el 2005.

La preocupación inicial, como señalan diversos autores (Murga, 2012; García, 2006; Formisano, 2001; Morán y Benedicto, 1995; Almond, 1980), es parte de un esfuerzo mayor de la sociología política norteamericana, en los cincuentas y sesentas, por tratar de entender qué factores son los relevantes para el desarrollo y sostenimiento de un sistema democrático. Se enmarcó dentro de los estudios sobre desarrollo político y modernización de aquellos años. Estas preguntas surgen por la ruptura de las democracias que significaron el fascismo y el nacionalsocialismo así como por las dificultades de las llamadas “naciones nuevas” que surgieron producto del proceso de descolonización en los cincuentas. La preocupación clara es cómo explicar el surgimiento y mantenimiento de un determinado sistema. Sin embargo, como señalan Morán y Benedicto (1995), no hay, al menos en el trabajo de Almond y seguidores, ninguna pregunta por los pros y contras del sistema democrático en sí ni reflexión sobre alternativas posibles. Incluso, como estos mismos autores señalan, no se elabora sobre posibles variantes dentro del mismo sistema democrático.

Como bien señala Murga (2012), la propuesta de utilizar el concepto de cultura política surge como una alternativa a otras que se plantearon, en aquel momento, para abordar el tema del desarrollo de la democracia. Una de ellas era la de Lipset (1996), llamada Teoría de la Modernización Social, que planteaba que el surgimiento y mantenimiento de una democracia dependía de ciertas condiciones económicas y sociales. El desarrollo económico sería una precondition para la aparición y sostenimiento del sistema democrático. La segunda propuesta, defendida por Huntington (1972), se conoció como la Teoría de la Modernización Política y subrayaba la importancia del desarrollo institucional. Según Huntington, citado por Murga (2012) “la estabilidad política depende de la relación entre institucionalización y participación política. A medida que esta última aumenta, la complejidad, autonomía, adaptabilidad y coherencia de las instituciones políticas de la sociedad deben crecer también si se quiere mantener la estabilidad política” (Huntington, 1972, cap. 1).

Almond sostiene que estos planteamientos consideran condiciones importantes. Por ejemplo, su propuesta de cultura cívica como cultura mixta recoge lo sostenido por Huntington sobre los límites institucionales; pero le parece que si no se incluye la dimensión cultural, el modelo no tendrá capacidad explicativa. Como señala Murga

(2012) “...introdujo los componentes culturales como elementos mediadores entre las estructuras económico-sociales y el sistema político” (p. 16). En ese sentido, los estudios sobre cultura política de Almond incorporaron no solo la dimensión cultural sino que incorporaron los primeros desarrollos de la psicología política norteamericana (que ellos denominaron “enfoque psico-cultural”) dando pie a que se considere la dimensión subjetiva (a través del estudio de las orientaciones políticas), y si se quiere, la psicología social, en el análisis político. Dicho de otro modo, lo psicosocial como mediación entre el sujeto y la política.

El desarrollo inicial del concepto

El punto de partida fueron los trabajos que Gabriel Almond (1956, 1970, 1980, 1999) desarrolló solo o con diferentes colaboradores. Como ya se mencionó, la preocupación inicial estuvo centrada en la estabilidad del sistema democrático y, de manera más amplia, en el proceso de desarrollo político de una sociedad. Visto de otra manera, es parte de la respuesta académico-política de los Estados Unidos, nueva potencia mundial en la post segunda guerra mundial, al cuestionamiento del modelo democrático liberal así como una forma de “explicar las condiciones necesarias para la reconstrucción de la democracia en los países europeos y la construcción en las ‘las naciones nuevas’” (Murga 2012, p. 15).

Almond se interesa en la cultura política, en particular en la cultura cívica, porque asume que la misma influía en la creación y mantenimiento de un gobierno democrático. Como ellos mismos lo mencionan en *La Cultura Cívica*, el desarrollo económico y el ordenamiento institucional son importantes pero insuficientes para la constitución y sostenimiento de la democracia, se necesita el desarrollo de un tipo de cultura política que la sostenga.

¿Existe una cultura política democrática, una pauta de actitudes políticas que fomente la estabilidad democrática, que en algún sentido “resulta apropiada” al sistema político democrático? (Almond y Verba, 1970, p.529).

Si bien el mismo Almond (1999) señala que la consideración de variables subjetivas en el análisis de los fenómenos políticos se puede identificar en los griegos (Platón, Aristóteles) así como en pensadores tales como Maquiavelo, Montesquieu y Rousseau (que abordaron el tema desde una preocupación por el rol de los valores, la moral y la opinión en el quehacer político) quien acuñó el término y lo desarrolló de manera sistemática fue Almond que escribió un primer artículo donde abordaba conceptualmente el tema (*Comparative Political Systems*, publicado en 1956) seguido de diversos trabajos donde destaca la publicación de “*La Cultura Cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*” (la versión original en inglés es de 1963).

El cuestionamiento a los sesgos en el concepto

Siguiendo a Murga (2008, 2012), Heras (2002) y Formisano (2001) y Morán (1995), luego de esta primera etapa que se ubica en los sesentas, signada por los estudios

denominados como “behavioristas” (a pesar que usan el estudio de actitudes y no de comportamientos), se produjo una corriente crítica en los setenta que puso énfasis en los sesgos y dificultades de orden metodológico y conceptual de los primeros estudios. Como señaló José Jiménez Blanco, en su presentación para la primera edición en castellano de la “Cultura Cívica...” (1970), el “sociocentrismo” fue una crítica constante junto al señalamiento de una fuerte carga ideológica pro estadounidense (o anglosajona) así como la mención a limitaciones diversas en el enfoque metodológico. Como ya se indicó, sobre todo en los textos de “La Cultura Cívica...”, donde se aborda el estudio comparado de los sistemas políticos de Estados Unidos de Norteamérica, Inglaterra, Alemania, Italia y México, el sistema democrático anglosajón y la cultura cívica se plantean como la meta de un proyecto de desarrollo político que subyace a todo el trabajo. A pesar de que el objetivo inicial había sido distanciarse de un enfoque normativo, se había caído en ello.

Desarrollos contemporáneos

Luego de este período, se produjo en los ochenta lo que algunos de los autores citados denominan, recogiendo los términos de Inglehart, “el renacimiento de la cultura política”. Esta tercera etapa presenta amplias divergencias sobre el uso del concepto (Jasny, 2013; Murga, 2008; Formisano, 2001; Morán, 1995). Por ejemplo, Wilson (2000) identifica por lo menos unos cinco enfoques en competencia: el comparativista, que él llama de Aprendizaje Social (Inglehart y otros), el del Carácter Social (Huntington), el de la Epistemología Cognitiva (Chilton), el Interpretativo (Merelman, Dittmer), y el de la Teoría Cultural (Wildavsky principalmente). Incluso hay quienes consideran que el concepto fue solo una promesa que no se cumplió o que se mostró innecesaria (Johnson, 2003; Przeworski, 1996, 2000). Sin embargo como señala Heras (2002) lo que predominan son dos grandes enfoques, el Comparativista y el Interpretativo. En el primer caso están los estudios de política comparada que retoman el concepto original para revisarlo, profundizarlo y complejizarlo tanto en lo teórico como en lo metodológico, donde destacan los trabajos de Inglehart y Putnam, entre otros. En estos esfuerzos, el acercamiento a la cultura política para entender el desarrollo y sobre todo la estabilidad de la democracia sigue siendo central. Se tiende a centrar la investigación en el “debe ser” de la cultura política en función de un sistema democrático que poco se cuestiona. El otro, se da desde una perspectiva que normalmente se denomina “interpretativista”, vinculado a las críticas elaboradas en los setenta, que reúne enfoques diversos tales como la Fenomenología, la antropología estructuralista y el Interaccionismo Simbólico.

La corriente del Interaccionismo Simbólico y su vertiente de la Fenomenología en particular, nos proporcionan algunas ideas consistentes para lo que podríamos llamar una teoría interpretativa de la cultura política. (Heras, 2002, p.284).

Este enfoque interpretativista se distancia de lo que considera el enfoque “psicologista” de los estudios comparativos y parte de una mirada de la acción social y de la cultura que considera aspectos más estructurales y simbólicos pero que además tiene una propuesta metodológica diferente. En esta mirada hay una mayor preocupación por comprender la

cultura política en su relación con el sistema político, en entender sus significados tomando en cuenta el contexto histórico y social en el que la misma se desarrolla.

Además de esta diversidad de enfoques teóricos, en este tercer momento se observan, como bien señala Murga (2008), el desarrollo de diversas líneas de investigación que abordan nuevos problemas o profundizan asuntos ya planteados en “La Cultura Cívica...” pero dándoles un enfoque o abordaje metodológico diferente o más avanzado. Se señalan estudios que abordan los nuevos perfiles de la cultura política (Putnam, 2000) la relación entre los valores y la cultura política (Inglehart 1988, 1991, 2000), la desafección política (Torcal, 2001) y la tolerancia política (Sullivan et al, 1981), entre varios otros temas. En términos metodológicos, si bien en los estudios originales del llamado “behaviorismo” ya se habían incorporado algunas herramientas de tipo cualitativo que en su momento se denominaron “entrevistas políticas biográficas”, los trabajos desarrollados a partir del “renacimiento” recurren a enfoques metodológicos y técnicas más sofisticadas tanto en el recojo de información como en su análisis. En estos trabajos, la cultura política está vinculada a la reflexión sobre la democracia pero ya no solo para explicar el surgimiento o mantenimiento de la misma sino para comprender el vínculo de la ciudadanía con el sistema político en su conjunto y qué tipo de sistema o funcionamiento (democrático o no) es el que se da. Además, los estudios ya no solo se centran ni son desarrollados por académicos de Estados Unidos o Europa. América Latina, Asia y África se integran a la reflexión a través del estudio de casos pero también porque académicos de estos continentes aportan sus enfoques y estudios al respecto (Heras, 2000).

Como señalan Silva, Clark y Brito (2013), el análisis contemporáneo de la cultura política es una “amplia iglesia” que acoge diverso tipo de argumentos. Desde encuestas hechas a muestras representativas para recopilar datos sobre valores, actitudes y opiniones, pasando por acercamientos más interpretativos que usan variedad de técnicas cualitativas para entender cómo surgen las identidades políticas, comprender los aspectos simbólicos de la política hasta discusiones de por qué algunas identidades étnicas se radicalizan y otras no.

Los motivos del surgimiento y posterior renacimiento del concepto

Es interesante observar cómo el desarrollo inicial del concepto en los sesentas, como su posterior renacimiento, en los ochentas, están vinculados a la observación de, siguiendo a Kuhn (1962), anomalías que llevaron a cuestionar los paradigmas del momento.

El contexto en el que surge el concepto inicial

La preocupación que subyace al enfoque inicial está relacionada con la estabilidad del sistema democrático luego de la Segunda Guerra Mundial en el siglo XX. En Política Comparada (Almond y Powell, 1972), los promotores de la cultura cívica señalan que luego de la Segunda Guerra Mundial, el enfoque predominante en las ciencias políticas comparadas de aquellos años, que ellos describen como una “ingenua concepción del progreso democrático” (Almond y Powell, 1972 p.14), demostró sus limitaciones conceptuales y metodológicas. En su crítico diagnóstico del momento, describen los

estudios de política comparada de la época como “parroquiales” (centrados, sobre todo, en la comparación con las “grandes potencias” europeas y dejando de lado el análisis de lo que ocurría en África, Asia o América Latina), con predominio de un enfoque “configurativo” (dedicado a describir particularidades de los diversos países estudiados, antes que hacer comparaciones analíticas) y centrados en el “formalismo”, esto es, orientados al estudio de las instituciones gubernativas, normas legales que las sustentaban o las ideas políticas. No se estudiaba, decían ellos, “la ejecución, interacción y conducta política” (Almond y Powell, 1972, p.12). Además, la teoría política se alimentaba principalmente de los trabajos de historia antes que de la aplicación de métodos empíricos que permitiesen el análisis de datos. Antes de la Segunda Guerra Mundial, siempre según estos autores, la fe en la razón humana, “la fe de la Ilustración” llevó a ver como algo inevitable la expansión del sistema democrático liberal en el mundo. Si bien, como luego ha señalado Almond (1999), autores como Wallas (1921) y Lippman (1922) ya habían puesto en cuestión la idea de una “creciente racionalidad de las masas”, lo que primó en las ciencias políticas norteamericanas fue la idea de un sujeto político que se guía por la razón y el debate.

Esta fe optimista en la inevitabilidad de la democracia, particularmente arraigada en los Estados Unidos, empañó la curiosidad, el interés por las formas no democráticas de la política, que cobraron así una significación puramente temporaria o exótica. (Almond y Powell, 1972, p.14)

Se consideraba que los sistemas políticos “apuntaban hacia el desarrollo de sociedades educadas, con sólido sentido cívico y participativas” (Almond, 1999) y por lo tanto, el tema de la subjetividad como problema no aparecía en este enfoque, por el contrario, se daba por descontada una racionalidad política que era parte consustancial del sistema. Para Almond (1999) solo los teóricos de las élites (Mosca, Pareto, Michels) desarrollaron en aquel momento un enfoque más crítico sobre el devenir político porque hasta el marxismo, no solo el liberalismo, fueron deudores en aquel momento de una imagen de sujeto político racional.

Para los promotores iniciales del concepto de Cultura Cívica, luego de la Segunda Guerra Mundial, el paradigma descrito “se hizo insostenible”. Ello, debido a:

- 1. La explosión nacionalista en Medio Oriente, África y Asia; el surgimiento como estados de una multitud de naciones con una confusa diversidad de culturas, instituciones sociales y características políticas*
- 2. La pérdida de hegemonía de las naciones de la Comunidad Atlántica...*
- 3. La aparición del comunismo como un poderoso competidor en la lucha por conformar la estructura de*

Y en 1990, Almond pone, además, énfasis en la irracionalidad de la Primera Guerra Mundial, el desarrollo del fascismo y nazismo y la capacidad destructiva puesta en evidencia durante la Segunda Guerra Mundial. García (2006) señala que estudios como los de Almond y Verba fueron parte de toda una reacción norteamericana que efectivamente quería salir de su “parroquialismo” pero muy orientada a entender qué estaba pasando en países y regiones donde tenía intereses. Algo semejante al interés que sobre el mundo islámico luego del atentado terrorista del 11 de noviembre. Este autor pone como ejemplo de este proceso el estudio *El Crisantemo y la espada*, de Ruth Benedict (1946) encargado por la Oficina de Información de Guerra de los Estados Unidos y cuyo objetivo, entre otros, era entender las bases de la cultura japonesa. Igualmente, Morán (1995) señala que en este contexto de “nuevas necesidades de investigación”, la American Society for Comparative Research (organización que tenía el respaldo del gobierno norteamericano) promovió el desarrollo de diversos estudios sobre los procesos de modernización y desarrollo político en sociedades que pasaban por procesos de descolonización. Como señala Welch (2013), el reto para la academia norteamericana fue de control y contención.

La idea de la inevitabilidad de la adopción mundial del modelo de democracia liberal, al modo norteamericano, cedió paso a la duda y al desarrollo de enfoques que permitieran responder a esta nueva situación. Se buscó un nuevo paradigma basado en los trabajos que la ciencia política había aplicado en el análisis de los procesos políticos al interior de Estados Unidos. Como señalan Almond y Powell (1972), este esfuerzo se caracterizó por:

1. La búsqueda de un plan más amplio que abandonara el llamado parroquialismo y el etnocentrismo (al menos esto último, según sus críticos, no se llegó a lograr). En ese sentido, se desarrollaron en los sesentas estudios que incorporaron países no occidentales en general. Posteriormente se puso énfasis en el estudio de la cultura política en los países comunistas y del Asia.
2. El abandono del formalismo, que consistió en lo que ellos denominaron en su momento “una búsqueda de realismo” que pasaba por dejar de analizar los sistemas políticos, casi de manera exclusiva, a través de sus aspectos legales e institucionales para incorporar un mayor número de dimensiones, dentro de las cuales, “la conducta real de los depositarios de los roles políticos” (Almond y Powell, 1972) era muy importante. Una forma de rescatar lo positivo del luego tan criticado “behaviorismo” (que no alude a la posición radical de Watson en la psicología) es que su búsqueda de los hechos políticos los llevó a desarrollar un fuerte interés por diversos métodos de investigación. En esa línea, la otra característica fue...

3. El desarrollo de estudios empíricos, que en su momento describieron como una “búsqueda de precisión” donde la aplicación de encuestas por muestreo fue un método destacado pero no el único. En general, de manera semejante a lo que ocurrió en la sociología y la psicología en los cincuentas, se generó gran entusiasmo por la medición cuantitativa como una forma de avanzar en la diferenciación de la ciencia política como tal (una ciencia distante de lo que se veía como “especulación” filosófica normativa y/o legal e institucional). En una mirada retrospectiva, Almond (1999) defiende y señala que la investigación mediante encuestas fue “lo más importante en el surgimiento de la investigación moderna en materia de cultura política...” (p. 201). El desarrollo de las técnicas de muestreo, el manejo de escalas de medición vinculadas a definiciones operacionales y la sofisticación de los métodos de análisis estadístico fueron argumentos contundentes que los convirtieron en defensores de este enfoque. Si el espíritu positivista en la psicología llegó a presentar a las ciencias naturales como un modelo a seguir, la ciencia política impulsada por los “behavioristas” tomó como modelo los enfoques cuantitativos en las ciencias sociales. Es cierto que la estudios empíricos no solo fueron de corte cuantitativo, por muestreo o experimentales, sino que se utilizaron técnicas exploratorias cualitativas tales como las entrevistas (que son parte de “La Cultura Cívica...”) pero el foco estuvo en el uso de las encuestas como instrumento para facilitar el análisis comparativo.
4. Por último, lo que a nuestro criterio es más relevante con relación a la psicología social, fue la revisión y desarrollo de nuevos conceptos versus los que prevalecían en la época. Esta búsqueda de realidades diferentes, la preocupación por “la conducta real de los depositarios de los roles políticos” y las innovaciones metodológicas llevaron a lo que ellos denominaron “la búsqueda de un orden intelectual” (Almond y Powell, 1972). El estudio de las estructuras de roles, la relación entre la misma y el comportamiento político, los grupos de interés, el funcionamiento de los medios, el rol de la socialización, etc. no podían ser desarrollados solo tomando como referencia los conceptos normativos sobre Estado, representatividad, etc. Como señalan Almond y Powell (1972), “El estudio de los sistemas políticos...sufrió una considerable influencia de la anterior revolución en el estudio de la política norteamericana, la que a su vez fue consecuencia de los métodos y teorías sociológicas, antropológicas y psicológicas que se introdujeron en esos estudios políticos” (p. 11). Antes de la Segunda Guerra Mundial, debido a los cambios experimentados por la misma sociedad norteamericana, ya se habían desarrollado diversos estudios sobre estos procesos y algunos llamaron la atención de Almond y colaboradores. Fueron trabajos sociológicos inspirados en Weber y Parsons, principalmente; estudios de psicología social desarrollados por Walter Lippman, E.L. Thorndike y P. Lazarsfeld (nótese la importancia de lo cuantitativo en estos dos últimos autores) y trabajos que ellos denominan de psicoantropología donde mencionan a Freud, Adorno, Horkheimer, Ruth Benedict, Margaret Mead y a Harold Lasswell, entre

otros. El concepto de cultura política surge de la lectura de estos diversos autores. En “La Cultura Cívica...”, por ejemplo, se destacan los trabajos de inspiración psicoanalítica de Lasswell, que abordan las características de “la personalidad democrática” (Almond y Verba, 1970, p. 27). También se puede leer en este texto cómo se desarrolla el concepto de Cultura Política partiendo del concepto de cultura de inspiración parsoniana (orientación psicológica hacia objetos sociales) y polemizando con los estudios sobre el “carácter nacional”. Como desarrollaremos más adelante, los autores planteaban que uno de los beneficios del concepto inicial de Cultura Política era dar una solución al problema de la relación entre la micro y macro política que, según estos mismos autores, las teorías del “Carácter Nacional” no había podido responder adecuadamente (Almond y Verba, 1970, p. 51 y 52). En ese mismo sentido, Pye (1974), Morán (1995) y García (2006) señalan que este concepto surgió como respuesta a la necesidad de establecer un puente, una conexión, entre el nivel del microanálisis, surgido desde la mirada psicológica del comportamiento político individual y grupal (los trabajos de Lasswell, por ejemplo) y el macro análisis sociológico que se concentra en el análisis de las estructuras y procesos políticos. Como se verá más adelante, una de las grandes críticas que se hacen a los trabajos que se inspiran en este enfoque es que esta promesa, nunca se cumplió (García, 2006; Johnson, 2003; Formisano, 2001; Morán, 1995).

De acuerdo a lo mencionado, Almond y Verba (en general todos los trabajos liderados por Almond) se centraron finalmente en ver cómo “desarrollar” una cultura cívica que consideraban fundamental para la estabilidad democrática. Inicialmente, se planteaba la cultura política como una variable intermedia entre la racionalidad cívica (entendida como la lógica de la ilustración), concluían, no era algo natural sino construido en la historia. Antes que dejarse llevar por el pesimismo o “el temor reverencial”, como ellos dicen, se preguntaron “¿Cómo puede trasplantarse fuera de su contexto histórico y cultural un conjunto de acuerdos y actitudes tan frágiles complicados y sutiles?” (Almond y Verba, 1970, p 25). Definieron su misión como la necesidad de “comprender mejor los problemas de la difusión de una cultura democrática... especificar el contenido de lo que ha de ser difundido... provistos de estos conocimientos, podremos especular racionalmente sobre “cuánto de qué cosa” debe encontrarse en un país, antes de que las instituciones democráticas echen raíces...” (Almond y Verba, 1970, pp. 25-26). El “qué cosa” identificado fue la cultura cívica.

Los motivos del “renacimiento”

Así como ciertos cambios en la dinámica internacional motivaron el desarrollo inicial del concepto de cultura política en los cincuentas, el llamado “renacimiento” de los ochentas surgió como un intento de responder a determinados procesos políticos que se fueron presentando. Algunos estudiosos, donde destaca Ronald Inglehart (1991, 2000, 2004, 2006) consideraron que estos fenómenos, inicialmente identificados en las sociedades

industrializadas, tenían relación con transformaciones en la cultura que impactaron en la política en general así como en la cultura política en particular.

En los ochentas fueron dos los factores que reavivaron el tema: la creciente insatisfacción con el funcionamiento del sistema político democrático en los países industrializados, por un lado, y los procesos de transición democrática en los países comunistas así como en América Latina, Asia y África. En el primer caso, se generó preocupación por la pérdida de confianza en los actores e instituciones políticas dentro de un contexto general de apoyo al sistema (aunque las recientes elecciones europeas van indicando una mayor presencia de movimientos autoritarios como es el caso de Francia o Inglaterra). En el segundo, se vio con preocupación la instauración de regímenes democráticos que no siempre iban acompañados de cambios sociales o culturales que le dieran sostenibilidad a proceso. Estos procesos de transición llevaron a lo que Samuel Huntington denominó una “tercera ola democratizadora”. (Murga, 2008)

La segunda razón se vincula con el debilitamiento y caída de los gobiernos autoritarios a la par del ascenso de nuevas formas de gobierno democrático, cuasi democrático, democracias limitadas, de baja intensidad, liberales, no liberales, restrictivas, delegativas, etc... Esta ola democratizadora - como la denominó Samuel Huntington - produjo numerosas explicaciones. (Murga, 2008, p.108).

De acuerdo a Murga (2008), predominaron dos hipótesis respecto a estos procesos de transición. Una de ellas puso énfasis en que los mismos eran el resultado de “las preferencias estratégicas de las elites políticas” y otra, liderada por Inglehart (1991) subrayó que la cultura política era una “variable estratégica” para entender estos procesos de transición y consolidación democrática y que la misma podía ser relevante tanto para analizar las élites como a la ciudadanía.

... la hipótesis central ha planteado que las actitudes prodemocráticas de los ciudadanos propician la instauración en unos casos y el mantenimiento en otros, de las instituciones democráticas...las nuevas contribuciones afirman que las democracias “requieren una cultura que la sustente, es decir, la aceptación de los ciudadanos y de las élites políticas de ciertos principios plasmados en la libertad de expresión, de información, de culto, en los derechos de los partidos de oposición, en el imperio de la ley y los derechos humanos, entre otros” (Lipset, 1996). El sistema democrático “depende de un sentimiento profundamente arraigado de legitimidad entre el público” (Inglehart, 2001: 272) (Murga, 2008, pp. 108-109).

Este renacimiento, como reseña Murga (2008), tuvo algunas particularidades:

1. Llevó al desarrollo, por parte de quienes retomaron el tema, de diversos términos alternativos para referirse a lo que antes solo se llamaba Cultura Política: actitudes democráticas, actitudes políticas, actitudes públicas, cultura democrática, cultura prodemocrática, capital social, universos políticos subjetivos, nueva cultura política, etc.
2. La cultura política se abordó como un concepto multidimensional donde los aspectos ya considerados en las definiciones previas (creencias, disposiciones, afectos) se complementaron con la introducción de otras dimensiones tales como los valores, lo intersubjetivo y el comportamiento político, entre otros. Como se verá más adelante, se mantienen sin embargo, por un lado los enfoques que podríamos llamar más psicologistas (concentrados en el estudio de lo que Almond y Verba denominaron “orientaciones políticas”) y los que se denominan “interpretativistas”, que consideran la cultura como estructuras de significado, donde los procesos de interacción simbólica son muy importantes y donde el foco está en la interpretación de las narrativas sociales.
3. Quienes desarrollaron los estudios ya no solo eran académicos norteamericanos sino que provenían de diversas regiones del mundo, entre ellas, de América Latina (Moisés, 1990; Catterberg, 1989; Carrión y Zárate, 2008, 2010, 2012; Crespo, 2007; Tanaka, 2007, entre muchos otros).
4. Se implementaron proyectos de estudios comparativos con metodologías más sofisticadas para el desarrollo de estudios multinacionales con nuevas variables e indicadores empíricos (Eurobarómetro, Latinobarómetro, Encuesta Mundial de Valores, Proyecto de Opinión Pública de América Latina-LAPOP, entre otros)
5. Aparecieron nuevos enfoques teóricos que profundizaban o replanteaban temas ya desarrollados en los primeros estudios. Entre ellos, destacan: los nuevos perfiles de la cultura política, los procesos de transición a la democracia, valores y cultura política, apoyo político, desafección política y sentimientos anti-partidistas, etc. Consideramos que el desarrollo de estos temas permite ir más allá de la reflexión sobre el rol de la cultura política en el surgimiento o mantenimiento de la democracia para ayudar a entender qué tipo de dinámica así como qué tipo de democracia se establece.
6. Se puede incluir un tema adicional señalado por Dalton (2000) y es que no solo se han desarrollado y enriquecido enfoques y metodologías sino que el comportamiento ciudadano ha cambiado. Se han dado cambios en los ciudadanos de las democracias industriales avanzadas, en el mundo en desarrollo se ha dado un acelerado procesos de modernización política y social y se han visto cambios importantes a nivel de democratización en los sistemas políticos de Europa del Este y Central así como en Asia.

Para Inglehart, la cultura ha sufrido cambios estructurales debido a una serie de procesos históricos, sociales y económicos que han llevado a que en la sociedad se pase de priorizar un conjunto de valores llamados materiales para dar mayor importancia a lo que se denominan valores postmateriales (autoexpresión y calidad de vida, entre otros). El autor pone énfasis en lo que ocurre en las llamadas sociedades industriales o post industriales pero como veremos en el capítulo sobre Perú, el proceso de globalización lleva a que ciertos sectores de los países de América Latina pasen por procesos semejantes, mientras que otros se estructuran vinculados a estos procesos pero con el predominio de otras racionalidades. Por otro lado, están las particularidades de la sociedad peruana (afín a muchas de Latinoamérica) donde la baja institucionalidad económica, social y política tiene una relevancia importante para comprender la cultura en general y la cultura política en particular. En síntesis, se observan importantes cambios en la cultura y la cultura política peruana y limeña relacionada con procesos históricos institucionales pero no necesariamente en el sentido que Inglehart observa en los países industrializados.

Lo que sí se ve como una constante es que este cambio en la cultura, que en parte es un cambio de cultura entre generaciones, afecta el comportamiento y la cultura política. La cultura política es una esfera con sus propias lógicas pero no está aislada de la cultura en la que se desarrolla. Con diversas particularidades según regiones, aparecen nuevos movimientos sociales (como los ambientalistas, por ejemplo), se presta atención a nuevos temas políticos (la ecología pero también el tema del aborto, la identidad sexual, etc.), y la participación política no convencional desplaza a otras formas tradicionales de participación. Con relación al efecto en la cultura política, Inglehart considera que se han dado cambios importantes en la sensación de bienestar subjetivo, en la satisfacción política, la confianza interpersonal, en las tasas de discusión política y en el apoyo al orden social y que estos aspectos, junto con la presencia de valores auto expresivos, son importantes aspectos de la nueva cultura política “asociada a la viabilidad de las instituciones democrática” (Inglehart, 1991, pp. 32). La expansión de los medios de comunicación y el empoderamiento ciudadano, como veremos más adelante, no es un fenómeno exclusivo de los países industrializados. Está presente en países como Perú y, junto con otros factores, va construyendo una racionalidad que se vincula con la política de una manera diferente a la tradicional.

En síntesis, un estudio sobre la cultura política hoy, supone enfrentarse a un corpus teórico que se ha complejizado y diversificado a nivel conceptual, metodológico y que aborda más temas de los originalmente abordados en una sociedad global también cambiante. Si bien, como postula Heras (2002), los desarrollos que se han dado son bastos y obliga, a quien desee desarrollar un estudio específico al respecto, a delimitar de manera muy precisa su objeto de estudio.

2. Conceptos y enfoques de la cultura política

2.1. Conceptos asociados a la cultura política

En los estudios iniciales de Almond y Verba, la definición de cultura política se desarrolló a partir del concepto de “orientación a la acción política”, tomando como referencia el concepto de orientación de Parsons y Shils (1951). Estos últimos hacían una diferencia entre “orientación motivacional” y “orientación de valor” que no está del todo explícita en los escritos de Almond, al menos en las definiciones teóricas. El concepto de “orientación a la acción política” buscaba reemplazar a los de actitudes, valores, ideología política y al de carácter nacional, entre los más difundidos en esos años. Sin embargo, en la revisión que hemos realizado de la literatura actual sobre cultura política, el estudio de las actitudes y valores sigue siendo un elemento importante en los trabajos (Álvarez Ramírez, 2014). En lo que se describe en la literatura como el “renacimiento de la cultura política”, se habla tanto de actitudes como de valores (Inglehart, 1991, 1997, 2000, 2006, 2007). Si bien, como veremos más adelante en la revisión del enfoque comparativista, la operacionalización misma de Inglehart con relación a los valores ha sido muy discutida y criticada (Jackman y Miller, 1996; Rojas y Fernández, 2000; Gu y Bomhoff, 2012; Ippel, 2013; Gu, 2013), como señala Seligson (2002) la idea de una relación entre valores y cultura política es interesante más allá de los problemas conceptuales o metodológicos de Inglehart. Debido a ello, hemos realizado una rápida revisión de los diferentes enfoques que existen con relación a estos dos conceptos.

Las actitudes en psicología social

Las actitudes han sido uno de los conceptos más estudiados desde la sociología y la psicología social, con diversos enfoques que abordan su composición, formación, medición e incluso su modificación. En cierta forma, la operacionalización del concepto de actitudes está condicionada por la perspectiva teórica dentro de la cual se enmarque el análisis. Y es en la teorización y construcción de modelos para la comprensión de las actitudes en donde no se han llegado a conclusiones claras y concretas. Por ello resulta pertinente realizar una breve descripción del panorama histórico y conceptual de las actitudes.

En 1935, Allport definía la actitud como: “un estado de preparación o disposición mental o psicológica y neutral, que se organiza a través de la experiencia y que influye en la respuesta del sujeto”. Esta definición ha generado diversas precisiones a lo largo de los años.

Por ejemplo, Magnaud y Lancelot (1965) definen la actitud como una variable intermedia entre una opinión y una conducta. Al igual que Allport, la consideran una disposición o preparación para actuar de una manera otra, pero enfatizan su carácter hipotético: se trata solo de la probabilidad de que un comportamiento ocurra en una determinada situación.

Rokeach (1968) incorpora las experiencias socioculturales previas como factores importantes que predisponen las actitudes. Se ven como estructuras que se forman y modifican en el tiempo.

Por su parte, Almond (1970) las define como predisposiciones individuales para evaluar un aspecto del mundo como algo favorable o desfavorable; para percibir, interpretar y actuar hacia un objeto específico de una manera particular; en un nivel individual, social y cultural (Eagly y Chaiken, 1993). En relación con estas definiciones, Fazio y Roskos-Ewoldsen (1994) señalan que las actitudes son asociaciones entre objetos actitudinales (cualquiera en el mundo social) y las evaluaciones que se tienen sobre dichos objetos.

Para 1960, Rosenberg y Hovland presentan la teoría tripartita, en la cual desagregan las actitudes en tres componentes: cognitivo, afectivo y comportamental. Desde esta perspectiva, el componente cognitivo se refiere a todas las creencias que se tienen sobre un determinado objeto actitudinal. La parte afectiva describe todos los sentimientos positivos y negativos que se asocian a dicho objeto o situación. Finalmente, el elemento comportamental recoge las acciones y respuestas hacia el mismo objeto actitudinal.

Siguiendo esta tendencia, Triandis (1971) consideraba que una actitud es una idea cargada de emotividad que predispone a la acción en cierta clase de situaciones sociales. En general, valoraciones o evaluaciones que implicaban inclinaciones, sentimientos, prejuicios, ideas, temores, amenazas y convicciones que un individuo puede tener hacia cualquier asunto específico.

Funciones de las actitudes

Para Katz (1960) las actitudes ejercen cuatro funciones:

1. Conocimiento: Las actitudes facilitan el manejo de la información externa, al proveer un esquema que integra tanto la nueva información que se recibe como la ya existente.
2. Utilitaria o instrumental: Las actitudes nos ayudan a conseguir ciertas metas y a evitar los resultados negativos.
3. Defensa del ego: Derivada de principios psicoanalíticos, las actitudes son útiles para el mantenimiento y la mejora de nuestra autoestima.
4. Expresión de valores: Alineada a la postura de Rokeach, las actitudes nos sirven para transmitir información acerca de nuestros valores.

Smith et al. (1956) incluyen una quinta función de ajuste social, que concibe las actitudes como facilitadoras del mantenimiento de las relaciones con los otros que nos agradan. Es importante mencionar que ninguna de estas funciones excluye a las otras.

Clasificación de las actitudes

Así como existen autores que han planteado las diferentes funciones de las actitudes, hay quienes han realizado una clasificación de las mismas según criterios como su origen, sus características o el objeto actitudinal al que hacen alusión:

1. Según su origen
 - Individuales
 - Colectivas
2. Según sus características:
 - Dirección: A favor o en contra de algo
 - Intensidad: Más o menos hostil o favorable hacia algo.
3. Según su objeto:
 - Actitudes físicas relativas a elementos no humanos: por ejemplo, las actitudes hacia el clima.
 - Actitudes sociales relativas a situaciones o problemas culturales. Por ejemplo las actitudes políticas, sobre las cuales se profundizará a continuación dada su importancia para la presente investigación.

Las actitudes desde la Teoría de la Acción Razonada

Una línea de investigación importante ubica el concepto de actitud como orientado hacia lo cognitivo, vinculando la parte afectiva al proceso de formación de juicios y toma de decisiones. Tal es el caso de la teoría de la acción razonada (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1980), según la cual los seres humanos somos esencialmente racionales, estableciéndose que la conducta humana puede determinarse a partir de actitudes, intenciones y creencias. Es pertinente profundizar en este enfoque, dada su amplia utilización en la investigación actitudinal.

En un principio, Ajzen y Fishbein presentan la teoría de Predicción de las Intenciones Conductuales, basada en dos componentes: la actitud hacia el acto y las creencias normativas. Según estos autores, ambos elementos anteceden a las intenciones conductuales y a su vez, constituyen predictores indirectos de la conducta. Adicionalmente, esta teoría sugiere que variables como los hábitos, las características personales, entre otras; también pueden influir en las intenciones conductuales y, nuevamente de manera indirecta, en la conducta en sí misma.

En años posteriores este modelo fue ampliado y denominado Teoría de la Acción Razonada (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1977, 1980). En este nuevo desarrollo ya no se busca solamente predecir una conducta individual sino principalmente comprenderla a profundidad. Esta ampliación se presenta en dos etapas sucesivas: una enfocada en la predicción del comportamiento y otra en la comprensión del mismo.

Desde este panorama, la etapa predictiva resulta útil en situaciones en las que se requiere tomar decisiones prácticas; mientras que la etapa de comprensión nos ayuda a entender porque la gente crea ciertas actitudes y normas subjetivas. Ambas etapas forman parte de una función de las “creencias conductuales” (generadora de actitudes) y de las “creencias normativas” (generadora de normas subjetivas).

Las personas mantienen creencias conductuales que incluyen dos tipos de información:

- a) La "probabilidad subjetiva" de que la realización de cierta conducta dará lugar a una determinada consecuencia y...
- b) La "accesibilidad subjetiva" de esa consecuencia prevista.

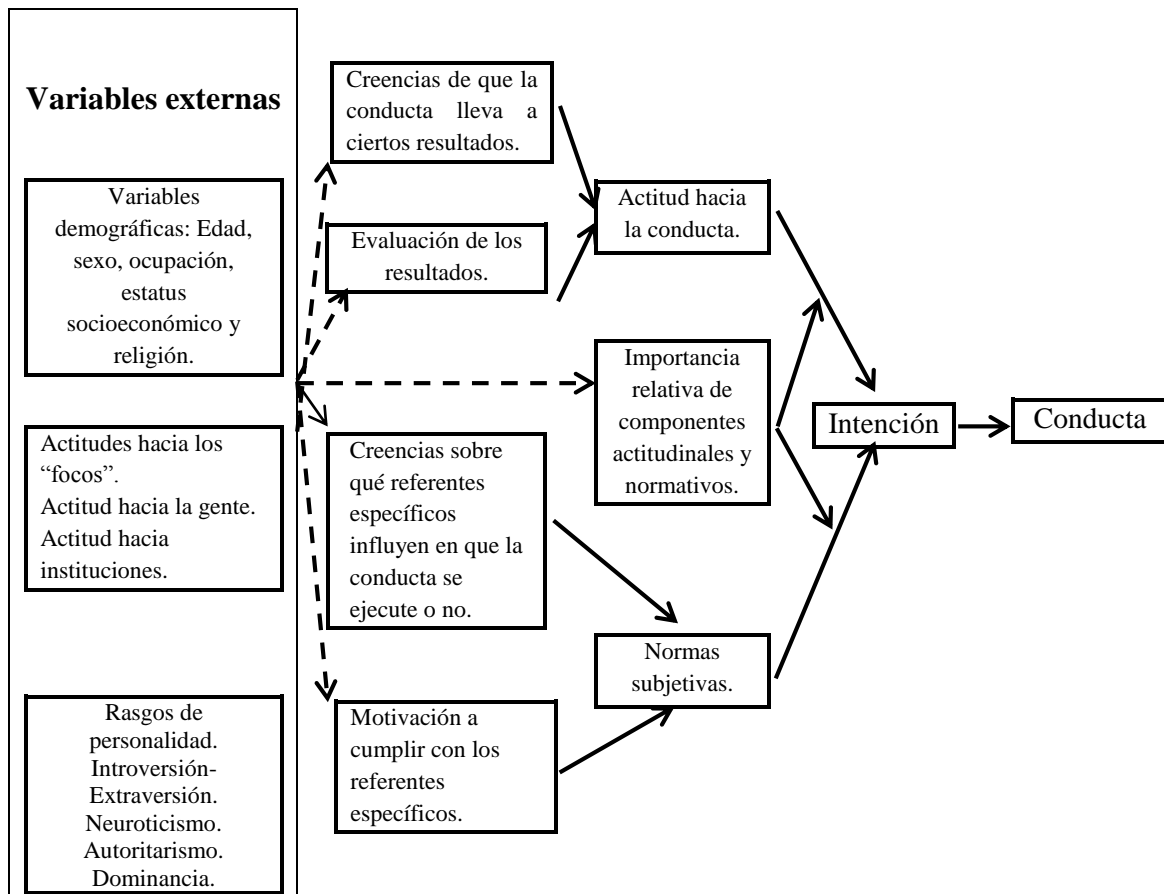
La suma de todos los productos (entre probabilidades subjetivas y deseabilidades subjetivas) nos da la actitud resultante.

Hay que tomar en cuenta que en este modelo la actitud no es lo único que pesa en la persona. También lo hace la Norma Social Subjetiva, esto es la presión social que existe en el sujeto con relación a su contexto social más próximo. El mismo se sostiene en dos elementos:

- a) Las "creencias normativas": que expresan la probabilidad de que la conducta a realizar resulte o no aceptable para las personas cuya opinión es importante para los sujetos.
- b) La "motivación para acomodarse": Da cuenta de la disposición de la persona a tomar en cuenta esas opiniones.

Al igual que en la versión simplificada, los autores incluyen en su modelo variables externas como la personalidad, demográficos, etc., las cuales se muestran en un esquema en la siguiente página:

Gráf. 1. Modelo completo de la Teoría de la Acción razonada. (Ajzen y Fishbein, 1980)



---> Posibles explicaciones para las relaciones entre variables externas y conducta.
 —> Relaciones teóricas estables vinculando creencias con conducta.

Para resumir este enfoque, podría decirse que:

- Las intenciones para ejecutar una conducta pueden definirse como una suma ponderada de actitudes hacia la conducta y de normas subjetivas que guardan relación con dicha conducta.
- Las intenciones son las que determinan de manera inmediata las correspondientes conductas manifiestas.
- Este nivel predictivo a su vez se explica por medio de las creencias conductuales y las creencias normativas, las cuales ejercen un efecto directo sobre las actitudes y las normas subjetivas, respectivamente; así como también a través de variables externas, cuyas relaciones y efectos se establecen en cada caso.

Pese a los aportes innegables de esta teoría, a partir de los años ochenta y especialmente en los noventa, la actitud empieza a entenderse no solo como una manera de pensar, sino

también como una manera de sentir y de actuar hacia algún aspecto de nuestro entorno (Han, Lerner y Keltner, 2007).

La clasificación de las actitudes más utilizada en relación al componente emocional es el de si su valencia es positiva o negativa (Bagozzi, Gopinath y Nyer, 1999; Han et al., 2007). Es tanta la importancia del aspecto emocional que, muchas investigaciones han demostrado que cuando las emociones son la parte más determinante del proceso de formación de una actitud, el individuo tiende a ser más resistente a la modificación de la misma (Keltner y Gross, 1999). Además, las actitudes basadas en emociones negativas son más resistentes al cambio que las basadas en emociones positivas (Jiménez y Piñero, 2014). Lo cierto es que, aunque se trata de un concepto dinámico, las actitudes son relativamente difíciles de cambiar (Krosnick y Petty, 1995; Petty, 2006).

Esta dificultad para el cambio actitudinal se debe a que las actitudes son el resultado de una combinación entre valores y creencias (Broom y Selznick, 1976). Para Rokeach (1968) nuestros valores son el núcleo que componen las actitudes que predisponen la conducta: son guías de comportamiento que terminan ejerciendo una fuerza motivacional sobre la conducta.

De esta manera, a través de un proceso que va de lo general a lo específico, un valor adopta la forma de una actitud y esta, a su vez, se convierte en una opinión concreta sobre un objeto actitudinal (Vinuesa, 1996). Desde este enfoque, las actitudes son el reflejo de nuestras opiniones, es decir, juicios específicos sobre cuestiones particulares.

Uno de los enfoques que más han cuestionado la exacerbada importancia que se le da a la actitud como concepto base de la conducta humana es el interaccionismo simbólico (Mead, 1982, Blumer, 1982), el cual será más detallado a continuación.

Las actitudes desde el Interaccionismo Simbólico

Mead (1982) definió la actitud en relación a la conducta como “el inicio del acto”

Las etapas posteriores del acto están presentes en las primeras etapas, no simplemente en el sentido de que están preparadas para ponerse en funcionamiento, sino en el de que sirven para controlar el proceso mismo. Ellas determinan cómo nos acercaremos al objeto, y los pasos de nuestra primera manipulación del mismo (Mead, 1982, p. 58)

Esta actitud contiene a su vez “reacciones alternativas”. Esto quiere decir que en esa actitud inicial están no solo las creencias referidas al comportamiento que se va a realizar sino a todos los comportamientos posibles con relación a ese objeto. Mead pone el ejemplo de la actitud hacia el hecho de montar un caballo y menciona que en la misma no solo están las creencias relacionadas con todo el proceso de montar sino que también están otras creencias con relación a todo lo que significa y puede hacer la persona con el

caballo “no importa cuál sea el acto específico, existe una disposición a actuar de distintos modos con referencia al caballo” (p. 59).

Blumer (1982), siempre desde el Interaccionismo Simbólico, expresa una actitud mucho más crítica hacia este concepto y plantea la necesidad de abandonarlo. Considera que no cumple con los requisitos de un concepto científico y, lo más importante para él, parte de un modelo equivocado de entender la acción humana (el acto social).

Con relación a lo primero, sostiene que es un concepto “empíricamente ambiguo” pues no cuenta con una referencia empírica clara, no se conoce sus componentes y por lo tanto no se tiene como identificarla. Debido a ello, su tipo de objetos no se puede distinguir de otros y por lo tanto no ha permitido el desarrollo de conocimiento sobre qué es una actitud.

Con relación al modelo de acción humana, Blumer discrepa con la idea de que la actitud es una “disposición que antecede a la acción, la dirige y la moldea”. Critica la idea de que la tendencia a actuar determine el acto. Basándose en G.H. Mead afirma que el acto social pasa por un proceso de interacción del individuo consigo mismo. La persona se indica a sí mismo diversas cosas “los define, enjuicia y selecciona; reúne lo que ha seleccionado, y se organiza de este modo para actuar” p. 72). En ese proceso de mediación, la actitud está presente pero puede ser reorientada, transformada, bloqueada o suprimida. La actitud se acomoda al acto en desarrollo. Este rol, más de insumo del acto, se subraya cuando se toma en cuenta la influencia de la situación en la que la acción debe realizarse y/o el efecto que producen los actos de las otras personas en la acción del sujeto. En el primer caso, cuando la persona enfrenta una situación nueva o que de repente cambia, tiene que evaluar las implicancias de estos cambios, recoger información nueva y establecer nuevos cursos de acción que no están en relación con las actitudes iniciales. La actitud hacia una acción fuera del contexto concreto en el que se va a desarrollar no tiene ninguna capacidad predictiva. Esto es más patente cuando se toma en cuenta que las personas tenemos que acomodar nuestros actos a la acción de los otros. El comportamiento de los otros es el contexto en el cual se debe desarrollar la acción social. La existencia real o simbólica de los otros, y los cambios que se van desarrollando en el proceso de interacción, llevan a que la misma persona tome en cuenta estos elementos para redefinir su comportamiento. En este caso, la interpretación de la situación será importante para la acción final. En ese sentido, como dice Blumer, la actitud es uno de los elementos que interviene en el desarrollo del acto, una tentativa inicial. Lo importante, para el Interaccionismo es el proceso de definición a través del cual se elabora el acto.

De acuerdo a lo expuesto, los principales planteamientos que sustentan esta teoría son:

1. Los seres humanos desarrollamos nuestras acciones en función a lo que estas significan para nosotros.
2. Estas significaciones surgen de la interacción social que cada quien tiene con el resto de personas. Guían nuestros actos y nos permiten desarrollar distintas líneas de acción dependiendo de las situaciones que debamos enfrentar.

3. Los significados son dinámicos: se manipulan y se modifican gracias al proceso interpretativo que desarrolla la persona cada vez que interactúa. Es decir, nos adaptamos a las formulaciones y conductas del otro, así como el otro se ajusta a nuestras formulaciones. Es un proceso bidireccional

Esto es muy relevante para nuestro proceso de investigación. Considerando que buscamos identificar tipos de subculturas, se debe tener en cuenta que las mismas se constituyen, desde este enfoque en una suerte de marco de referencia que puede participar en el proceso de seleccionar, procesar y organizar la acción política (comportamiento, opiniones) pero que no determina un solo curso de acción pues la misma dependerá de los procesos de negociación interna y externa del mismo sujeto en situaciones concretas.

Años después (el texto de Blumer es de 1955) Lauer y Handel (1977) tienen una aproximación al concepto de actitud, desde el Interaccionismo Simbólico (en adelante IS), algo más incluyente. Definen la actitud como ciertas regularidades en los sentimientos, pensamientos y disposiciones a actuar con relación a ciertos aspectos de su entorno. Sin embargo, siguiendo lo señalado por Blumer, no le adjudican un rol determinante en la interacción. Plantean que las actitudes surgen a través de las interacciones y, como las experiencias de interacción son muy diversas, muchas veces dentro de una misma persona pueden coexistir actitudes contrarias pues el significado de las mismas dependerá de la situación a la que se refieran.

Tomando en cuenta que los procesos de interacción son formativos, las actitudes siempre están cambiando. Hay algunas, que Mead llamaba “fundamentales” (valores o actitudes centrales a la persona) que son más lentas o difíciles de cambiar y otras que cambian con velocidad pues la persona organiza su acción con relación a los otros y su propia acción influye en sus interlocutores.

Lauer y Handel (1977) señalan algunas características de las actitudes, desde el punto de vista del IS, que nos parece importante resalta con relación a nuestro estudio:

Las actitudes son solo un factor del comportamiento en función a contextos sociales específicos: Las actitudes son solo uno de los insumos que tiene la persona en su proceso de elaboración de la acción social. La acción social es la resultante del simultáneo proceso de interacción intra e intersubjetiva. El sujeto debe lidiar con la red de actitudes que se activa en la relación con la situación concreta pero además debe responder a las contradicciones que la misma situación puede plantearle (que a su vez podría plantearle una confrontación interna entre actitudes).

Las actitudes son interdependientes: El comportamiento está en relación no solo con una actitud sino con un conjunto de actitudes que incluso pueden tener relaciones contradictorias entre sí. Como mencionaba Mead, nuestras actitudes hacia cualquier cosa incluyen diferentes alternativas de respuesta en tanto todo objeto de actitud significa diversas cosas para una persona. Uno puede estar a favor de las huelgas pero en contra de una huelga en particular donde se cometan actos violentos con los cuales no se esté de

acuerdo. El comportamiento está organizado con relación a una pluralidad de actitudes y no sabemos cuál de ellas tomará relevancia pues esto dependerá de la situación concreta.

Las actitudes son multidimensionales: tienen un aspecto cognitivo, otro afectivo y una tendencia a la acción pero muchas veces la relación entre estos aspectos no es unívoca. En particular, la tendencia comportamental puede verse inhibida por la presencia de otras actitudes, por aspectos situacionales o por entrar en contradicción con normas sociales interiorizadas.

Las actitudes extrapoladas son diferentes de las existenciales: En el primer caso, se alude a las actitudes que se identifican con relación a situaciones supuestas (como las que se recogen en una encuesta, entrevistas o dinámica grupal). Las segundas son las actitudes que se activan en una situación concreta. Una y otra no serán necesariamente las mismas.

Las actitudes existen en red: Por lo tanto hay actitudes centrales y periféricas en la estructura de la persona. Una actitud nunca existe aislada sino que es parte de una red cuyo centro y periferia puede ir variando según las circunstancias. Mientras más central una actitud, más vinculada a otras, mientras más periférica, más aislada. Por otro lado, una actitud puede ser más o menos central en términos de su desarrollo mayor o menor en términos de creencias, afectos, etc. Como es de esperarse, las más centrales, al estar más articuladas, participan más en los procesos de decisión que las periféricas.

Finalmente, plantean que la relación entre actitudes y comportamiento es muchas veces indirecta y que las mismas desempeñan diversas funciones. De cara a nuestra investigación, nos parece relevante destacar dos de las que se describen:

1. Las actitudes influyen en varios procesos psicológicos. Hacen referencia principalmente a que las actitudes juegan un rol importante en los procesos de selección perceptual y de aprendizaje. Lo que se incorpora, vía estos procesos está influenciado por las actitudes previas hacia ese mismo objeto. Para Mead, las actitudes definen la naturaleza del objeto perceptual. La definición de la situación se hace tomando como insumo las actitudes ya existentes hacia dicha situación. Lo “nuevo” en la situación tiene un valor pero en el proceso de interacción la persona tiende a prestar atención, evaluar y definir la situación a partir de sus creencias y sentimientos preexistentes. En cada momento hay una negociación entre pasado y presente.
2. Las actitudes funcionan como una variable ecológica. Se señala que tres son los factores que deben ser comprendidos para entender el comportamiento: cómo la persona define la situación, como se auto percibe el sujeto en la situación y los grupos de referencia. Esto último constituye el otro significativo respecto al cual el sujeto se organiza. Está formado por un conjunto de actitudes hacia un otro simbólico que le sirven de referente a la persona. Una función semejante a la señalada por Fishbein y Ajzen con relación a las normas subjetivas.

Las actitudes como base de la cultura política

Las actitudes políticas representan organizaciones relativamente estables de creencias en torno a un objeto (persona, grupo, institución) o situación política, que predisponen al ciudadano a responder preferentemente en un determinado sentido (Rokeach, 1968), aunque, como ya hemos expuesto, la interacción con la situación tiene un peso muy importante.

Magnaud y Lancelot (1965) sostienen que las actitudes hacia la política se forman no solo en función al contexto situacional, sino que deben incluirse aspectos como los modelos de adaptación, la construcción de la personalidad y la autonomía del individuo. En ese sentido, plantean que las primeras etapas de nuestra vida política (pubertad y adolescencia) se basan en actitudes políticas imitadas, especialmente la de los padres o familiares cercanos. Conforme se avanza en edad e independencia, solemos elegir modelos políticos que pueden ser distintos a los de nuestra familia, dependerá de que tan afianzada tengamos nuestra personalidad para entonces. Y ya con la adultez, se dice que las actitudes políticas se moderan.

Rosebaum (1975) clasifica a las sociedades en función al nivel de compenetración que tienen los ciudadanos con sus actitudes políticas. Sostiene que a partir de este criterio es posible distinguir sociedades integradas y sociedades fragmentadas. Mientras las primeras se caracterizan por su alta legitimidad hacia el régimen y su forma de gobierno, las segundas tienden a ser grupos aislados con orientaciones incompatibles hacia la vida política y con un alto pluralismo social, con altos niveles de conflicto social.

Bergere (1984) realizó un estudio para conocer las principales actitudes políticas de los españoles desempleados a través de un análisis de contenido cualitativo. A través de nueve grupos de discusión se generaron categorías temáticas que profundizaban en temas como la clase política, la democracia y valores como la libertad e igualdad.

En el primer caso, la clase política representa una combinación de partidos y líderes políticos, hacia los cuales los jóvenes españoles perciben desconfianza y desafección, debido a la falta de cumplimiento de sus promesas y el que sus acciones estén orientadas básicamente a la obtención de votos.

Con respecto a la democracia, para este grupo de españoles esta es sinónimo de igualdad y libertad. Y es por eso que consideran que en su contexto, la democracia es una utopía, pues lo que prima es la desigualdad y la división entre quienes trabajan y los que mandan.

En síntesis, este segmento de la población rechaza las instituciones, pero está lejos de ser escéptico y desideologizado, pues si bien manifiestan una falta de interés en la política actual, no tienen esta misma actitud frente a la política en sí. Estas actitudes estarían en la línea de lo que Dalton y Welzel (2014) denominan “ciudadanos asertivos” o lo que Finifter (1970) denominó como actitudes “orthofuncionales” para dar cuenta de actitudes políticas que tienen el potencial de generar cambios en su tensión con el sistema.

Para Mateos (2004), las actitudes hacia la política pueden agruparse en una estructura multidimensional y generar un modelo al que podríamos llamar cultura política. Esta investigadora, bajo una lógica inductiva y a partir de un análisis factorial, obtuvo tres dimensiones que explican la cultura política de los españoles:

1. Implicancia política: Esta sería la dimensión más importante al momento de explicar la cultura política de los españoles. Comprende el conocimiento político y el seguimiento de la política en los diferentes medios de comunicación; así como la socialización como un medio de transmisión de valores y creencias. La autora destaca cómo esta dimensión permite evaluar de manera indirecta la competencia política subjetiva de cada ciudadano, aspecto básico para la comprensión de la cultura política en su conjunto.
2. Actitudes valorativas: Esta segunda dimensión consolida indicadores relacionados a las instituciones políticas, desde la confianza hasta la valoración que se tiene de su desempeño. Este factor se destaca por su impacto en fenómenos sociales como la desafección política y el descontento de los ciudadanos.
3. Orientaciones ideológicas afectivas: Finalmente, este tercer componente considera dos aspectos importantes: la ideología política (izquierda-derecha) y la simpatía por partidos políticos.

Valores

Los valores constituyen elementos importantes en la construcción de nuestra ideología. Suponen estados deseables o metas que guían la selección y evaluación de nuestras conductas. Representan ideales: lo que se quiere y lo que podría ser (Froman, 1962). Son estándares culturales de comportamiento y se ordenan en función a la importancia relativa entre ellos, formando así un sistema de prioridades valorativas que pueden llegar a caracterizar a una cultura o un individuo (Schwartz y Bilsky, 1987).

Los valores se encuentran fuertemente influenciados por las experiencias de largo plazo, es decir, trascienden las situaciones específicas, siendo la fuente última de interacción de toda conducta (Vinuesa, 1996). Puede decirse también que representan creencias con alta carga afectiva, especialmente una vez que estas se activan.

Los valores poseen la misma objetividad de las cosas ya que se expresan en conductas y actitudes que se manifiestan de manera concreta o simbólica. Los valores se ubican un nivel por encima de las actitudes en la red jerárquica de valores- creencias- actitudes (Gold y Robbins, 1979; Thomsen, Lavine y Kounios, 1996). Podría decirse que las actitudes expresan los valores de una persona (Maio, Olson y Cheung, 2012) y que, dependiendo del objeto actitudinal en cuestión, algunos valores se destacarán frente a otros y serán capaces de predecir una gran variedad de actitudes y comportamientos

relevantes (Maio & Olson, 2001; citado por Feather & McKee, 2008), todos consistentes con el sistema de valores que representan (Allen, 2000).

Dentro de las propuestas que abordan este constructo se encuentra la teoría de valores de Schwartz (Smith & Schwartz, 1996), que es la que hemos tomado como referencia para el desarrollo de este estudio. La escala desarrollada por este autor ha sido validada en el país y utilizada en investigaciones locales (García, 2005; Palacios, 2007; Delfino, 2011). Para Schwartz, los valores se distinguen entre sí por el tipo motivacional que estos expresan, según las metas que se tengan en común.

Schwartz et. al. (2001) describen cuatro áreas generales de motivación que están organizadas en dos grandes dimensiones. La primera gran dimensión es un eje que va desde la valoración de la “Mejora de uno mismo” hasta la “Auto-trascendencia”, esto es, desde la primacía de la búsqueda de desarrollo personal hasta valores orientados al desarrollo de lo colectivo; la segunda gran dimensión se mueve entre la “Apertura al cambio” y los “Valores Conservadores”. Estos grandes ejes comprenden a su vez diez valores o tipos motivacionales, los cuales son descritos a continuación, por ser el enfoque que se sigue en la presente investigación.

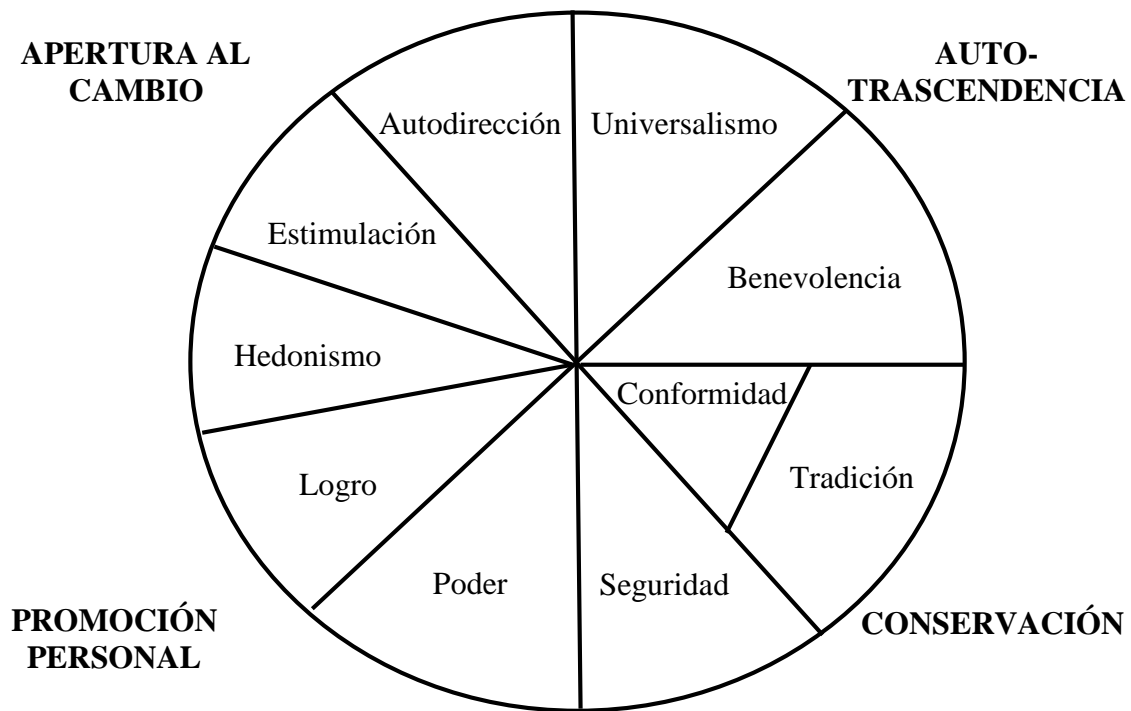
Gráf. 2. Descripción de los valores de Schwartz

Área general en la que se incluye	Tipo motivacional	Descripción
Mejora de uno mismo Promoción y legitimización de actividades e intereses propios	Poder	Búsqueda de estatus social, prestigio, control o dominancia sobre personas y recursos.
	Logro	Búsqueda del éxito personal a través de la demostración de competencia según los estándares sociales.
	Hedonismo	Necesidad de experimentar sensaciones de placer y gratificación para uno mismo.
Auto-trascendencia Se encuentra motivada por una preocupación por el bienestar y los intereses de los demás.	Universalismo	Respeto, tolerancia y protección del bienestar en todas las personas y naturaleza.
	Benevolencia	Preocupación por preservar e incrementar el bienestar de las personas cercanas.
Apertura al cambio Aprobación del cambio y estimulación hacia la búsqueda de nuevas ideas y experiencias.	Estimulación	Búsqueda de experiencias excitantes, novedosas y retadoras en la vida.
	Autodirección	Independencia en la acción y pensamiento. Interés por crear, explorar y curiosidad.
Valores conservadores Énfasis en el mantenimiento del status quo y evitación de la amenaza.	Tradición	Respeto y compromiso con las costumbres e ideas culturales y religiosas.
	Conformidad	Control de acciones, inclinaciones e impulsos que podrían dañar a otros o violar expectativas o normas sociales.
	Seguridad	Búsqueda de seguridad, armonía y estabilidad en la sociedad.

Estos valores se relacionan de manera dinámica, en donde las acciones emprendidas tienen consecuencias psicológicas, prácticas y sociales que pueden ser compatibles o

entrar en conflicto con los otros tipos motivacionales (Schwartz, Melech, Lehmann, Burgess, Harris & Owens, 2001). De acuerdo con el modelo de Schwartz (ver gráfico siguiente), aquellos valores que se encuentran en competencia se ubican en dirección opuesta dentro del círculo; mientras que los valores congruentes se colocan de manera adyacente el uno al otro (Schwartz & Rubel, 2005).

Gráf. 3. Modelo teórico de los valores de Schwartz
(Schwartz, Melech, Lehmann, Burgess, Harris y Owens, 2001)



Tomando en cuenta que los seres humanos nos enfrentamos constantemente a situaciones en donde nuestros valores se ven conflictuados, la posibilidad de un choque y negociación de valores es perfectamente posible de cara a la situación. No obstante, existen valores que ocupan un lugar prioritario en cada individuo y son los que influirán en la gran mayoría de los aspectos relacionados a su comportamiento. En síntesis, la situación supone una negociación a diferentes niveles pero dentro de un marco de referencia donde hay ciertos valores que tienen un mayor peso relativo. Tal es el caso de áreas temáticas como la política, la religión, los estilos de vida y las ideologías en general; que representan temas más sensibles a la transmisión de valores de una generación a otra (Kennedy y Hall, 2005).

Bergere (1986) destaca las principales valoraciones de un grupo de españoles a través de un análisis de contenido cualitativo. En él, encuentra que el trabajo es un valor muy importante para este grupo social, por ser una fuente importante de autoestima y de satisfacción personal. Sin embargo, son conscientes de que el entorno en el que viven

fomenta la competencia y la falta de solidaridad: “No tienes que ayudar a nadie, es mejor ir por tu cuenta” o “La competencia ya no es solo por estudio o empleo, sino que es un problema a la hora de relacionarse”; son algunas de las frases que salieron espontáneamente dentro de los grupos de discusión realizados en esta investigación.

Es interesante resaltar como este individualismo y competitividad permea a todos los niveles sociales, convirtiéndose en norma generalizada para todo el sistema social. Y como esta situación genera un impacto en las actitudes hacia la política, en donde hay cada vez un distanciamiento mayor con las instituciones, así como una baja confianza en los políticos en general.

Datler et al (2013) en un estudio donde compara las teorías de Inglehart y Schwartz sobre valores señala que los planteamientos de Inglehart (desarrollados en el capítulo sobre enfoques en cultura política) tienen una baja y débil validez interna pero una mejor validez externa (si bien la misma se daría por las criticadas licencias que se toma en la validez interna). Por su lado, la teoría de los valores de Schwartz muestra una mejor validez interna pero una menor capacidad predictiva de variables externas, tales como interés y participación política, a partir de los valores que plantea. Estos autores señalan que teóricamente existe una gran correspondencia entre los valores descritos por Schwartz e Inglehart. Por ejemplo, el valor de Seguridad de Schwartz se corresponde con los de Supervivencia de Inglehart. Los de Estimulación y Autodirección del primero con los Autoexpresivos del segundo. Igualmente, los valores tradicionales están identificados en ambos planteamientos. El Logro en Schwartz sería un equivalente a la orientación Secular-Racional de Inglehart. El Universalismo y la Benevolencia están relacionados con los valores Post Materialistas. En general, conceptualmente no habría grandes diferencias conceptuales. Las variantes están en las definiciones operacionales, los modelos empíricos y su validez externa. Datler et al (2013) buscaron ver la relación entre los valores de uno y otro autor con otras variables tipo “interés en la política” y “activismo político”, entre otras. Por ejemplo, se esperaba que el Universalismo y la Benevolencia, así como los valores Postmaterialistas estuvieran relacionados con un mayor interés en la política. Igualmente, se esperaba que el Universalismo y la Benevolencia, que promueven la justicia social y el cuidado del medio ambiente estuviesen relacionados con la participación política. Por el contrario, valores como Seguridad y Conformidad, en tanto la acción política implica riesgos, no debería estar vinculada con la participación política.

Lo que se encontró, en el caso de Schwartz, fue resultados mixtos. Los valores de Autotrascendencia se relacionaron positivamente con posiciones más de izquierda y los valores conservadores con autodefiniciones de derecha. La hipótesis de que los valores de mejora de uno mismo iban a estar relacionados con posiciones de derecha no se confirmó, lo que se encontró fue exactamente lo contrario. Algo parecido se dio al analizar la relación entre los valores de Schwartz y su relación con el activismo político. Se encontró una relación positiva con los valores de Autotrascendencia y negativa con los conservadores pero otras hipótesis no se cumplieron (relación negativa entre

conservadurismo y apertura a las migraciones así como con satisfacción con la vida no se cumplieron)

2.2. La propuesta definicional de Almond

Luego de revisar los conceptos generales de actitud y valor, pasamos a revisar el concepto de cultura política que se desarrolló inicialmente bajo el impulso de Gabriel Almond. Este escribió un primer artículo (*Comparative Political Systems*), publicado en 1956, que fue donde se desarrolló inicialmente el concepto. Presentamos una síntesis de su perspectiva tomando como referencia el trabajo citado así como lo planteado en el libro *La Cultura Cívica* (publicado en inglés en 1963), que es la obra más citada, *Política Comparada* (difundido originalmente en 1966), *The Civic Culture Revisited* (1980) y *Una Disciplina Segmentada* (1999) que apareció en su idioma original en 1990.

Como señalaron las críticas posteriores, la relevancia que le dan a la cultura cívica es muy etnocéntrica (Morán, 1995). Sus trabajos se concentran más en buscar las formas en que “se debe” promover la misma como sustento de la democracia. Deja de lado el entendimiento de la interacción entre los diversos tipos de cultura política, formas de gobierno y consecuentes dinámicas políticas, que a nuestro juicio, es la puerta que este concepto abre a la reflexión. Desarrollaremos con cierto detalle los aspectos conceptuales de su definición de cultura política porque nos parece que en el proceso de entender qué tipo de cultura política era funcional al sistema democrático de su interés, se hizo una serie de aportes a la psicología política al tratar de dar cuenta de cómo se estructura la dimensión subjetiva de la política así como su relación con el sistema y el comportamiento político.

En el artículo inicial (Almond, 1956) el mismo autor pone en evidencia que, luego de la pos guerra, las ciencias políticas norteamericanas necesitaban entender qué estaba pasando con la democracia en Asia, Medio Oriente, África y América Latina y que los conceptos y metodologías vigentes habían mostrado sus límites. Desde ese punto de partida, postula que el uso de conceptos de la sociología y la antropología del momento ayudará a desarrollar mejor estudios comparativos de los principales sistemas políticos que interesan en este nuevo entorno. Partiendo de una clasificación de sistemas políticos que él mismo reconoce que no necesariamente abarca todos los sistemas existentes (el Angloamericano, el de Europa Continental, los pre-industriales o también considerados como de industrialización parcial y, los totalitarios) busca poner a prueba la capacidad analítica de una serie de conceptos, inspirados en las ideas de Weber y Parsons, tales como: sistema de acción, rol, interdependencia y orientación a la acción política. La cultura política es un concepto que él propone, vinculado a otro que también es de su autoría, el de “orientación a la acción política” (que está inspirado en conceptos similares de Parsons y Shils), y que lo define como “un patrón particular de orientaciones a la acción política” (Almond, 1956, p. 396).

A partir de estas ideas hace una comparación y descripción de los sistemas políticos señalados. Lo más destacable acá no es el análisis en sí de los sistemas sino que plantea

por primera vez una serie de definiciones de lo que será su análisis posterior y el rol que para él tiene el concepto de cultura política en su entendimiento de los sistemas políticos, en particular como soporte del sistema democrático.

Almond sostiene que los sistemas políticos se deben entender como un conjunto de roles en interacción o una estructura de roles. El sistema político no se debe reducir a normas éticas o legales. En todo caso, estas interesan en tanto afectan la estructura. Parte de que un sistema es un sistema de acciones observables, de roles (individuales o institucionales) en interacción unos con otros y que se encuentran en una situación de interdependencia. Los roles, que son las unidades del sistema político, son un aspecto organizado de la orientación a la acción política de los actores que “constituyen y definen su participación en un proceso interactivo” (Almond, 1956, p. 393). Son las expectativas que las personas tienen con relación a su propio comportamiento y al de los otros con los que interactúa. Al momento de desarrollar el estudio sobre cultura política, Almond y Verba dejaron de lado este acercamiento a un punto de vista donde la interacción se esboza para concentrarse en los aspectos individuales de la cultura política, las orientaciones a la acción política.

El concepto de orientación a la acción política, lo desarrolla tomando como referencia el concepto de orientación de Parsons y Shils (1951) pero sin entrar en mayores detalles ya que estos últimos hacen una diferencia entre “orientación motivacional” y “orientación de valor” que no está del todo explícita en los escritos de Almond, al menos en las definiciones teóricas. Este concepto, afirma, busca reemplazar a los de actitudes, valores, ideología política y al de carácter nacional, entre los más difundidos en esos años. Toda orientación, sostienen, tiene tres componentes:

1. Percepción o cognición. Que supone el nivel de conocimiento relacionado con el objeto de la orientación (uno mismo, otras personas, instituciones, eventos, comportamientos, temas, etc.).
2. Preferencias, afectos o *cathexis*. Que es la carga emocional puesta en el objeto de la orientación.
3. Evaluación. Que es la manera en que el individuo pone en relación sus percepciones, afectos y valores con el propósito de establecer una posición hacia una acción política. Es el aspecto normativo y de valores de la orientación.

El aporte de Almond es que postula que todo sistema político, toda estructura de rol, de acciones políticas interdependientes, está insertada en una cultura política (en un patrón de orientaciones a la acción política). El funcionamiento del sistema solo se puede comprender en relación con la cultura donde está inmerso. Luego, en un movimiento adicional, se insistirá en la criticada importancia de la cultura cívica como sostén de la democracia.

Se sostiene que la cultura política es algo distinto a la cultura en general. Que comparte aspectos de la misma pero que tiene su propio ámbito de influencia. El problema de las

teorías sobre el “carácter nacional”, según él, era que no hacían esa diferencia y por eso tuvieron problemas de excesivas generalizaciones. En esa misma línea, en *The Civic Culture...* puso énfasis en que la cultura política es un conjunto de orientaciones “específicamente políticas, posturas relativas al sistema político...un conjunto de orientaciones con relación a un sistema especial de objetos y procesos sociales.” (Almond y Verba, 1970 p 30). No es cualquier tipo de orientación o valor.

En el libro “La Cultura Cívica...” Almond, ahora acompañado de Sidney Verba reitera su definición de “orientación política” dada en “Comparative Political...”.

Nuestra definición y clasificación de tipos de orientación política sigue a Parsons y Shils, como hemos indicado en otro lugar (Almond, 1956; Parsons y Shils, 1951). La orientación se refiere a los aspectos internalizados de objetos y relaciones. Incluye: 1° “orientación cognitiva”, es decir, conocimientos y creencias acerca del sistema político, de sus roles y de los incumbentes de dichos roles, de sus aspectos políticos (“inputs”) y administrativos (“outputs”); 2° “orientación afectiva”, o sentimientos acerca del sistema político, sus roles, personal y logros y 3° “orientación evaluativa”, los juicios y opiniones sobre objetos políticos que involucran típicamente la combinación de criterios de valor con la información y sentimientos. (Almond y Verba, 1970, p. 31)

En general, para entender esta propuesta se debe considerar la definición de cultura que toma en cuenta, la definición y función de cultura política, variables que intervienen en su desarrollo, los componentes de la cultura política y los tipos de culturas políticas identificados.

La cultura, siguiendo a Parsons y Shils, la definen como la orientación psicológica hacia objetos sociales y la cultura política, la definen como:

...la particular distribución de las pautas de orientación hacia objetos políticos entre los miembros de dicha nación.
(Almond y Verba, 1970, p. 31)

Como ya se ha mencionado, para Almond y Verba depende de la cultura política que un régimen democrático surja y se mantenga. La cultura política es vista como la instancia que media entre el individuo y a estructura política. Dicha cultura está compuesta por orientaciones y objetos políticos y su desarrollo depende, en gran medida, de los procesos de socialización no políticos y políticos por las que atraviesan los sujetos, de la relación con el mismo sistema y de los procesos históricos que la comunidad atraviesa (esto último, un énfasis puesto por Pye y Verba, 1965). En su enfoque no se incluye el comportamiento como parte de la cultura política. Finalmente, los autores identifican tres “tipos ideales” de cultura política y diversas combinaciones donde la cultura cívica

sería la más adecuada para el desarrollo y mantenimiento del sistema democrático. La congruencia entre las orientaciones (la cultura política) y el sistema es algo que se considera como muy relevante.

Las orientaciones políticas

Las orientaciones políticas están constituidas por aspectos cognitivos, afectivos y evaluativos.

Características de la dimensión cognitiva

Lo que evalúan como aspectos cognitivos son el nivel de importancia y conocimiento que hay con relación al gobierno nacional y local, el conocimiento de determinados asuntos políticos y públicos así como el nivel de exposición a los mismos. Este nivel de conocimiento e interés se evalúa tanto con relación a los denominados aspectos del *output* (la acción administrativa del gobierno, leyes, acciones del mismo) como del *input* (asuntos políticos y del gobierno así como campañas políticas). En el primer caso, se busca identificar en qué medida la gente percibe que las decisiones o acciones del gobierno nacional o local influyen sobre la persona o responden a sus expectativas. En el segundo caso, en qué medida se hace un seguimiento de estos temas (interés por la política, asuntos políticos) y se maneja información al respecto. Evalúa un primer nivel de implicancia con la política (a nivel de seguimiento de lo que ocurre).

El análisis del aspecto cognitivo es importante porque permite hacer una primera diferenciación entre orientaciones parroquiales, de súbdito o de participación. Si la persona muestra interés tanto por los aspectos del *input* y del *output*, sus orientaciones serán de participación. Si solo es hacia el *output* serán orientaciones de súbdito. Si no tiene un interés ni información sobre ninguno de los dos aspectos se ubicará en una cultura parroquial. En su estudio, identifican que el nivel de información que se maneje está relacionado con el nivel de educación, la situación socioeconómica (ocupación e ingresos) y el afecto hacia el sistema. Si falta el afecto, la motivación para adquirir información o hacer seguimiento de los asuntos políticos, es débil. Sin embargo, baja información no quiere decir que no se opine. Lo interesante es que la disposición a opinar sobre asuntos políticos no está relacionada con el nivel de información que se maneja del sistema. Gente con bajo nivel de información sobre un tema puede opinar. A estas personas se les llama “ciudadanos de aspiración” pues normalmente tienen bajo nivel de información, además bajo nivel educativo, pero opinan (en el trabajo de La Cultura Cívica, México era un país donde esto se mostraba como una característica).

Características de la dimensión afectiva

Dentro de este aspecto, se consideran tres dimensiones: el afecto general hacia el sistema, el orgullo nacional (denominado “afecto al sistema”); el afecto por los procesos administrativos (*output*), esto es, las expectativas y el nivel de satisfacción con el trato que se reciba por parte de los funcionarios del gobierno (sistema policial, de justicia, salud, educativo, etc.); y el afecto hacia los aspectos de *input*, esto es, hacia la

participación y comunicación de asuntos políticos (tanto el seguimiento como la comunicación interpersonal sobre estos temas), hacia los partidos o hacia el voto y las campañas políticas, entre otros.

Características de la dimensión evaluativa

A través de la misma, la persona analiza, consciente o inconscientemente, qué plan de acción sería el más adecuado para lograr el óptimo de gratificación para sus objetivos. Para ello, toma en cuenta no solo las existentes orientaciones cognitivas y catexias respecto al fenómeno sino las normas y valores que posee. Por lo tanto, la dimensión evaluativa, como señala Almond, supone un análisis, en una situación específica, de cogniciones (de otros actores, instituciones, de posibles cursos de acción, etc.), con sus respectivas afectos pero tomando en consideración las normas y valores interiorizados por el sujeto. El tema normativo se desarrolla más que el de valores (que finalmente será el centro de los trabajos posteriores de Inglehart). Con relación a las normas, Almond y Verba terminan planteando que en una cultura cívica el ciudadano tiene deberes tanto como súbdito (lealtad al sistema, obediencia de la ley, que se informe etc.) como participante (que participe a través del voto, dando sus opiniones, etc.). Estas normas se interiorizan a través de todo el proceso de socialización primaria y secundaria donde la experiencia con el sistema educativo es una variable de gran importancia para el desarrollo de normas que promuevan la participación.

Los objetos políticos

Es importante también presentar cómo consideran los autores que se deben clasificar los objetos políticos dentro de una cultura política. De cara a nuestro proceso de investigación, y al que en su momento desarrollaron Almond y Verba, esto es relevante en tanto orienta cuáles son los temas (objetos) que debe abordar el estudio de la misma, más allá de la técnica y metodología de investigación que se use, cualquiera sea esta, exploratoria o con pretensiones concluyentes. Por ejemplo, como veremos más adelante, no es lo mismo recoger las orientaciones hacia el ámbito municipal o vecinal que hacia el gobierno central como tampoco es igual conocer las orientaciones hacia la propia comunidad nacional que hacia otras naciones. Además, como los mismos Almond y Verba señalan, dentro de un mismo sujeto pueden coexistir orientaciones participativas, de súbdito y parroquiales por lo que se asume que sus objetos de orientación son diversos y puede implicar tendencias contradictorias.

Almond y Verba (1970) tienen una primera gran clasificación que diferencia dos grandes aspectos al interior de la cultura política: las orientaciones hacia el sistema político y las orientaciones hacia uno mismo como elemento político activo o pasivo. Dentro de este último distingue entre “normas de obligación política personal”, la percepción de deberes y derechos ciudadanos (aspectos normativos, el debe ser) que se aplica a uno mismo y a los demás; y el “sentido de competencia personal”, esto es, la percepción de ser capaz de poder influir en las instituciones y actores políticos. Por ejemplo, considerar que uno debe preocuparse por estar informado sobre las noticias políticas (y los sentimientos

asociados) es un indicador de obligación cívica. Con relación al sistema político la clasificación es algo más compleja. Se considera las orientaciones hacia el sistema político general (que se subdividen entre las dirigidas a la nación y las orientadas al sistema o régimen), pero además se diferencia entre tres tipos de objetos de orientación: roles o estructuras, incumbentes y principios de gobierno. Son las instituciones, compuestas por personas que tienen acciones.

1. Roles o estructuras específicas: los tres poderes en un sistema democrático, la corte, ministerios, instituciones públicas diversas
2. “Incumbentes” de dichos roles. Las personas que ejercen los cargos. Los presidentes, congresistas, reyes, jueces, alcaldes, etc.
3. “Principios de gobierno, decisiones o imposiciones de decisiones, públicas y específicas”. Leyes, normas jurídicas, etc.

Los procesos políticos y administrativos: el *input* y el *output*

Además, estos tres tipos de objeto pueden clasificarse de diferente manera dependiendo que sean parte de lo que ellos denominan el “proceso político” o *input* (poder ejecutivo, legislativo, partidos, líderes, medios, movimientos sociales, etc.) o del “proceso administrativo”, también denominado *output* (la policía, el poder judicial, sistema de salud, educación, etc.). El “proceso político” se entiende como “la corriente de demandas que van de la sociedad al sistema político y la conversión de dichas demandas en principios gubernativos de autoridad” (Almond y Verba, 1970 p 32). Los procesos administrativos son aquellos a través de los cuales se llevan a cabo los principios de autoridad del gobierno, son los servicios al ciudadano, las normas, etc.

De acuerdo a lo anterior, si se combinan los conceptos de objeto y procesos, tenemos una descripción algo más compleja del sistema político:

1. Estructuras (o roles) políticas o administrativas
2. Incumbentes políticos o administrativos
3. Decisiones políticas o administrativas

Los autores señalan que en la realidad hay estructuras, operadores o decisiones que pueden tener un rol tanto en los procesos políticos como administrativos pero que, para identificar los diferentes tipos de culturas políticas existentes, es fundamental:

...saber hacia qué objetos políticos se hallan orientados los individuos, cómo están orientados hacia los mismos y si tales objetos están encuadrados predominantemente en la corriente “superior” de la acción política o en la “inferior” de la imposición política. (Almond y Verba, 1970, p. 33)

Siguiendo la matriz que estos autores desarrollan en su libro, y considerando su trascendencia para la organización del recojo de información empírica que se deriva de ello, presentamos una versión de cómo se organizan las orientaciones a los objetos de acción política según Almond y Verba.

Gráf. 4. Orientaciones hacia los objetos políticos según Almond y Verba

	Sistema como objeto general	Objetos del proceso político	Objetos del proceso administrativo	Uno mismo como objeto
		Inputs	Outputs	
Cogniciones				
Catexias				
Evaluaciones				

De acuerdo a lo expuesto, afirman que la cultura política se constituye a partir de la frecuencia de diferentes tipos de orientación cognitiva, afectiva y evaluativa hacia el sistema político en general, hacia los procesos políticos, hacia los administrativos y hacia uno mismo. Es con este esquema que se determina qué tipo de orientaciones se van a evaluar para describir y analizar los diversos tipos de cultura política existentes. Como se puede observar, se enriquece conceptualmente el análisis de lo subjetivo en la política pero se circunscribe a una “frecuencia de diferentes tipos de orientación” centrada en la sumatoria de individualidades. Como veremos más adelante, estos autores, en algunos momentos aluden a la intersubjetividad (sin mencionarla de ese modo) para entender la cultura (cuando se habla del “mito de la democracia” y la relación entre élites y ciudadanos por ejemplo) pero son rutas que solo se mencionan para concentrarse en la sumatoria de las actitudes individuales de la población.

Los tipos de cultura política descritos

Como ya se comentó, el estudio de “La Cultura Cívica...”, surge porque los Estados Unidos comienza a interesarse más por la situación de la democracia en las diferentes regiones del mundo. Como menciona Morán (1995), la preocupación surge en primera instancia por explicar la quiebra de la democracia en los años treinta en Europa así como por el surgimiento de diversos procesos de descolonización donde la independencia de la India (en 1948) es un hito importante. Sin embargo, pensando en América Latina, no se puede dejar de señalar que el período que discurre entre el inicio del trabajo de campo (mediados de 1959), la redacción del libro y su posterior publicación (en 1963), coincide con la revolución cubana (ocurrida en 1959), su adscripción oficial al socialismo luego de la fallida invasión a la bahía de Cochinos (1961); y la “crisis de los misiles” de 1962. Probablemente por esta y otras dinámicas similares en diversos continentes, se afirmaba, con preocupación, que la estabilidad democrática era frágil en estos lugares postulando que esta situación estaba vinculada al tipo de cultura política en que estos sistemas se insertaban.

El problema central de la ciencia política en las próximas décadas consiste en saber cuál va a ser el contenido de esta nueva cultura mundial. (Almond y Verba, 1970, p. 19)

Para ellos, la cultura cívica es la que facilita el funcionamiento del modelo democrático. Consideran que las instituciones en sí mismas, el orden normativo democrático, no funcionará si el sistema no se desarrolla dentro de una cultura política adecuada.

...De este modo, se entrega a los dirigentes de las naciones jóvenes una imagen oscura e incompleta de una política democrática...Lo que debe aprenderse de una democracia es cuestión de actitudes y sentimientos, y esto es más difícil de aprender. (Almond y Verba, 1970, p. 21)

Este tipo de cultura política (la cívica) la ven como una mezcla, y a la vez una respuesta, a las tensiones que se presentan entre la cultura tradicional y moderna. Se le describe como “una cultura pluralista, basada en la comunicación y la persuasión, una cultura de consensos y diversidad, una cultura que permitía el cambio, pero que también lo moderaba.” (Almond y Verba, 1970 p 24). Toman como referencia el desarrollo de la cultura cívica en Inglaterra como ejemplo de este proceso de choque entre culturas modernas y tradicionales que lleva al desarrollo de una cultura cívica. Señalan también cómo, en esa dinámica histórica, va surgiendo la democracia como cultura y sistema.

En esta cultura de diversidad y consensos, racionalismo y tradicionalismo, pudo desarrollarse la estructura de la democracia inglesa: parlamentarismo y representación, el partido político colectivo y la burocracia responsable y neutral... (Almond y Verba, 1970, p. 24)

Se han realizado muchas críticas a la inexistencia, en este planteamiento, de un enfoque histórico (Brown y Gray, 1977; Formisano, 2001; Heras, 2002; Welch, 2013). Sin embargo, una lectura atenta de “La Cultura Cívica” muestra que la obra sí repara en la importancia de los procesos históricos para el desarrollo de un “sistema político abierto” y la cultura política cívica de los ciudadanos, sus instituciones y los correspondientes actores políticos. Lo que ocurre es que los autores tienen una agenda donde se prioriza la identificación de variables que permiten promover este tipo de cultura política. Identificar el rol de los procesos históricos no les es suficiente.

Al considerar el origen del sistema político abierto y de la cultura cívica – en realidad, al considerar las zonas del mundo occidental en que su nacimiento está puesto todavía en duda- podemos ser víctimas de uno, o de ambos, de los estados de ánimo siguientes. El primero es de intriga o temor reverencial ante un proceso, por el que la humanidad en una sola pequeña parte de la superficie terrestre, ha avanzado trabajosa y confusamente para domar de un modo

razonable y humano la violencia y se ha movido...hacia su transformación en un instrumento constructivo...El segundo estado de ánimo es de pesimismo... ¿Cómo puede trasplantarse fuera de su contexto histórico y cultural un conjunto de acuerdos y actitudes tan frágiles, complicados y sutiles? (Almond y Verba, 1970, p. 25)

Para Almond y Verba, ante la incertidumbre sobre las características de la cultura política de “las naciones jóvenes” y frente al temor de que esta dimensión subjetiva no favorezca el desarrollo o consolidación del sistema democrático, se plantean la necesidad de investigar qué tipos de cultura política están presentes en estos lugares con el objetivo de, luego, promover el “desarrollo” de aquellos aspectos que se identifiquen como faltantes pero necesarios para la existencia de una cultura política que sostenga el sistema democrático. Este es el gran objetivo que anima su empresa intelectual. De ahí que entre sus conclusiones destaquen la importancia de la educación (por ser influyente y a la vez “manejable”) en la promoción del “desarrollo” de una cultura cívica.

...nos enfrentamos a un reto histórico contemporáneo... Si queremos comprender mejor los problemas de la difusión de una cultura democrática, debemos ser capaces de especificar el contenido de lo que ha de ser difundido...de descubrir sus incidencias cuantitativas y distribución demográfica en países con un ancho margen de experiencia en democracia. Provistos de estos conocimientos, podremos especular racionalmente sobre “cuanto de qué cosa” debe encontrarse en un país, antes de que las instituciones echen raíces en actitudes y expectativas congruentes. (Almond y Verba, 1970, pp. 25-26)

La empresa intelectual da paso a una propuesta programática cuyo objetivo es identificar qué de bueno hay en las culturas políticas con sistemas democráticos que se consideren estables (y aceptables) para “especificar el contenido de lo que ha de ser difundido” a través de la educación, principalmente. Una crítica a este enfoque la expresa Przeworski (2004) quien considera que estas propuestas para el desarrollo de una cultura política democrática son como los informes de país del Banco Mundial que se describen como “ensayos en estática comparativa”.

Las misiones llevan al país en vías de desarrollo una noción sobre cómo es un país desarrollado. Observan el país en vías de desarrollo. Substraen lo primero de lo último. La diferencia es un programa. (Przeworski, 2004, p. 166)

Con ese objetivo desarrollista, se estudió la cultura política de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Italia y México con muestras de 1000 personas por país. Se identificaron tres tipos básicos de cultura política: parroquial, de súbdito y participativa.

Señalan sin embargo que lo usual es que en una misma sociedad existan estos tres diferentes tipos de culturas políticas mezcladas pero con la primacía de alguna de ellas. Como dirá Morán (1995), plantean que toda cultura política “posee un carácter fundamentalmente híbrido” (p 9). La cultura cívica, por ejemplo, es descrita como aquella donde coexisten las tres antes mencionadas pero con primacía de la participativa. Afirman también que hay sociedades donde dos tipos de cultura política son las que predominan (en diferente tipo de combinaciones). Cuando esta situación no es un proceso temporal sino que se constituye como una característica relativamente permanente, se habla de una cultura política “sistemáticamente mixta”. Ellos identifican por lo menos tres tipos de culturas políticas “sistemáticamente mixtas”: la parroquial-súbdita, la súbdita-participante y la parroquial-participante.

La coexistencia de tipos de cultura política se entiende de diversas maneras. Como ya se indicó, diferentes tipos de cultura pueden interactuar en una misma sociedad pero se considera, además, que los tres tipos de cultura existen siempre al interior de una misma persona o institución. Puede haber, por lo tanto, heterogeneidad en el conjunto del sistema como al interior de los actores (personas e instituciones). Por ejemplo, alguien con una cultura política participante puede sin embargo tener orientaciones de tipo parroquial con relación a su familia u otro tipo de instituciones primarias. Ya a nivel de una sociedad, también se puede dar que en el conjunto existan orientaciones de súbdito junto con participativas. Lo importante es analizar la dinámica o qué tipo de resultante surge de la interacción entre las diferentes orientaciones. Como la relación con la acción social o el comportamiento no se desarrolla, no se aborda en qué medida diversas situaciones pueden poner en acción diferentes tendencias existentes en un actor social.

Hay así dos aspectos de la heterogeneidad o “mezcla” cultural. El “ciudadano” es una mezcla particular de orientaciones de participación, súbdito y parroquialismo, y la cultura cívica es una mezcla particular de ciudadanos, súbditos y elementos parroquiales. (Almond y Verba, 1970, p. 37)

Es interesante destacar como en un texto posterior (Almond, 1978) se señala que las culturas políticas fragmentadas o mixtas son el resultado de que los diferentes grupos sociales (sector de altos, bajos, medios ingresos; hombres y mujeres; pobladores de diversas regiones, etc.) pasan por experiencias de socialización también diferentes pues las dinámicas de las familias, escuelas, pares, etc. a las que han pertenecido o pertenecen son heterogéneas. Incluso, se podría añadir, no necesariamente la socialización en la toma de decisiones y relación con la autoridad podría ser igual para una misma persona pues podría darse que en su familia esto tenga una determinada dinámica que luego no se repita en la escuela promoviendo por lo tanto, en una misma persona, el desarrollo de diferente tipo de orientaciones políticas. Esto es muy relevante para sociedades como la peruana o limeña incluso, donde la heterogeneidad social es amplia y donde por lo tanto las experiencias de socialización y culturas políticas deberían ser diversas.

Ya hemos indicado que todas las culturas políticas (exceptuando las que son sencillamente parroquiales) son mixtas. (Almond y Verba, 1970, p. 39)

Tomando en cuenta todos estos conceptos y preocupaciones es que destacan los siguientes tipos de cultura política predominantes en su estudio.

Cultura política parroquial

Se identifica como tal “cuando la frecuencia de orientaciones hacia objetos políticos especializados...se acerca a cero” (Almond y Verba, 1970 p.32). Se refiere en este caso a las orientaciones hacia el sistema político en general, hacia los procesos políticos (*inputs*), procesos administrativos (*outputs*) y orientaciones hacia uno mismo. No hay roles políticos especializados. Se mezclan los roles políticos con los religiosos y/o económicos y las orientaciones ciudadanas respecto a esos roles muestran el mismo nivel de confusión. Lo que priman son las orientaciones hacia los diferentes grupos de pertenencia existentes (familia, comunidad, tribu, clan, etc.). Son culturas políticas donde no hay mayor conocimiento ni expectativas hacia el sistema político como conjunto o hacia los procesos políticos o administrativos correspondientes. En algunos casos, se puede observar cierto nivel de conocimiento sobre el gobierno central y autoridades pero a nivel afectivo y evaluativo lo que primará será la indiferencia o el rechazo. Este tipo de cultura, o una combinación con otros componentes donde ésta sería la que prime, sería más frecuente en países en desarrollo.

Cultura política de súbdito

Donde la frecuencia de orientaciones hacia uno mismo como participante activo y hacia los procesos políticos más específicos (*inputs*) es baja mientras que las orientaciones hacia el sistema en general y hacia los *outputs* (procesos administrativos) sí están desarrolladas. Se conoce de los aspectos administrativos del sistema, se puede tener una corriente de simpatía o rechazo y juzgar su comportamiento como adecuado o inadecuado pero el sujeto se ubica en un rol pasivo respecto al sistema. Acá, los sujetos esperan que el sistema cumpla con los servicios que tiene que ofrecer al ciudadano (seguridad, educación, salud, etc.) y pueden mostrar su conformidad o no con lo que reciben. La participación política y lo que describen como “competencia política subjetiva”, no existe o es baja. Por ese último concepto, se entiende la idea positiva que puede tener la población de su capacidad, así no la ejerza, de influir en las decisiones del sistema. Este tipo de cultura, o una combinación con otros componentes donde ésta sería la que prime, se identificaba como más frecuente en los países comunistas en la época soviética.

Cultura política de participante

En la cultura política participante, que no es igual a la cultura cívica, los actores están frecuentemente orientados al sistema en su conjunto así como a los procesos políticos (*inputs*) y administrativos (*outputs*) existentes. Cuando se habla de este tipo de cultura, la orientación no necesariamente debe expresar un afecto o evaluación positivos pero sí

estará en evidencia que son objetos de orientación que se consideran y evalúan. Las personas suelen asumir un rol activo como ciudadanos, ya sea para apoyar o criticar el sistema, a los incumbentes políticos o las decisiones y leyes que se implementen. Se considera que este sujeto se distingue por actuar de manera informada y racional frente a la política. En sus evaluaciones prima el conocimiento y el uso de criterios racionales antes que emocionales. La denominan el “modelo activo-racional” de la cultura política. Este tipo de cultura, o una combinación con otros componentes donde ésta sería la que prime, sería más frecuente en los países desarrollados.

Cultura parroquial de súbdito

Es una cultura mixta donde, al interior de una cultura parroquial, una parte importante de la población ha desarrollado un vínculo positivo con una autoridad central de corte nacional que tiene una estructura política más especializada (donde no se confunden roles políticos con religiosos, por ejemplo). Consideran que esta simultaneidad de culturas se puede presentar en diferentes grados de combinación impregnando de particulares características al sistema político. “...el tipo de combinación resultante tiene gran significado para la estabilidad y realidad del sistema político.” (Almond y Verba, 1970 p 41). Pye y Verba (1965) y Banfield (1965) publicaron trabajos donde se da cuenta de países tales como Egipto, Turquía, Etiopía o Italia donde se afirma que la predominancia de una cultura política de este tipo (mixta mezcla de parroquial y súbdito) era un impedimento para el desarrollo y la estabilidad de la democracia en estos lugares.

Cultura de súbdito-participante

Este es otro tipo de cultura mixta. En este caso, en una parte importante de la población se mantiene el predominio de orientaciones que están dirigidas hacia los procesos administrativos del sistema que, combinado con orientaciones pasivas hacia sí mismos como ciudadanos configuran una relación vertical con el Estado. Sin embargo, en este tipo de culturas mixtas, este hecho coexiste con orientaciones positivas hacia los procesos políticos (*inputs*) y ciertas orientaciones positivas hacia uno mismo como participante activo en el sistema. Esto puede darse al interior de los mismos actores o al interior de la sociedad. Por ejemplo, puede darse una combinación donde un mismo actor sea pasivo y tenga orientaciones positivas hacia los aspectos administrativos del gobierno central mientras que sea muy activo y orientado a los procesos políticos en su entorno municipal.

Se destaca que la forma en que se desarrolla el paso de una cultura parroquial a otra de súbdito influye la manera en que luego se hará la transición de una cultura de súbdito a una participativa. Si en el primer proceso, por ejemplo, las autoridades o gremios locales han transferido orientaciones de lealtad hacia el sistema; en el posterior desarrollo de una cultura de participación, una cultura de súbdito al interior de estas instituciones, ayudará en la construcción de una cultura participativa ciudadana. Si lo que prima en este tipo de espacios es el parroquialismo, estas agrupaciones se tornarán en una suerte de foco de resistencia al cambio.

Tomando como referencia la Europa del siglo XIX y XX mencionan que esta cultura mixta coexiste con “una pauta característica de inestabilidad estructural con períodos alternos de gobiernos autoritarios y democráticos” (Almond y Verba, 1970 p 42). Asumimos que esto hace referencia, entre otros, al fascismo y nacionalsocialismo.

Describen además una situación donde coexiste un grupo de la población, eventualmente minoritario, que se muestra como un sector que aspira a la democracia pero cuyas orientaciones carecen de legitimidad al primar orientaciones de súbdito que se ven, además, reforzadas por períodos en los que se instalan regímenes autoritarios.

Otra característica de este tipo de culturas mixtas es que “se inclinan a producir tendencias a la alienación entre los elementos de la población orientados en sentido democrático...puede producir un síndrome con componentes de aspiración ideal y alienación hacia el sistema político, incluyendo la infraestructura de los partidos, grupos de interés y la prensa”. En síntesis, la frustración de las expectativas democráticas de un sector que valora estos aspectos puede llevar al desarrollo de sentimientos negativos hacia un sistema que, en este tipo de situaciones, suele ser inestable estructuralmente y poco efectivo en términos de objetivos de gobierno y gestión democrática. Paradojalmente, un sector de los que expresarían actitudes críticas al sistema democrático serían personas con altas aspiraciones democráticas (pero frustradas por el sistema). Ejemplos de ello podrían ser el fuerte apoyo a golpes militares que se observa en todos los estudios realizados sobre cultura política peruana (Carrión y Zárate, 2010) así como la particular actitud crítica de la prensa hacia instituciones como el congreso o el poder judicial que expresan una gran desilusión sobre su performance. Carrión y Zárate además de establecer relaciones entre estas actitudes y ciertas variables demográficas en Perú, señalan: “...el desempeño del gobierno y del sistema político tiene también un efecto en esta actitud. Los que tienen una pobre opinión del desempeño económico del gobierno y aquellos que han sido afectados directamente por la corrupción o tienen un alto sentido de inseguridad personal, están más dispuestos a aceptar la interrupción del proceso democrático a través de un golpe de Estado militar” (Carrión y Zárate, 2010 p 28).

Por último, otro aspecto de interés para nuestra investigación, considerando la importancia del populismo en América Latina y los debates sobre el funcionamiento del sistema democrático en la región; es la descripción de lo que sucede con las culturas de súbdito, durante los períodos democráticos, en estos entornos de cultura política mixta súbdito-participativa. Afirman que si esta particular configuración persiste en el tiempo, durante los momentos en que se vive en democracia, la cultura súbdito desarrolla “un tono popular” porque debe competir con los grupos democráticos en un entorno que no es el suyo. No la transforma en cultura democrática pero sí la cambia porque es una estrategia de defensa de sus intereses. Añaden, además, que “...en los períodos más recientes de totalitarismo, estos regímenes han adoptado incluso la infraestructura democrática en una forma toscamente alterada.” (Almond y Verba, 1970 p 43). Esto quiere decir que los movimientos inspirados en una cultura de súbdito (en períodos democráticos y funcionando en un entorno de cultura mixta como la descrita), pueden

transformarse en culturas populistas o apoyar y/o ejercer sistemas que son democráticos solo en apariencia.

Cultura parroquial-participante

Era principalmente a este tipo de situaciones que se refería Almond cuando en sus diversos escritos mencionaba a las “jóvenes naciones”. Países con una cultura política donde prima la estructura parroquial son considerados “el problema contemporáneo de desarrollo cultural en...las naciones incipientes” (Almond y Verba, 1970 p 43). En ellos coexisten estos patrones de orientación junto con una normativa democrática propia de sistemas participativos que no funciona de manera adecuada debido a la incongruencia entre sistema y cultura política. Se describen como sociedades con regímenes políticos poco estables, que oscilan entre gobiernos democráticos y dictatoriales de manera cíclica. No cuentan con procesos administrativos constituidos (problemas en el *output*) ni una demanda significativa hacia ellos. Tampoco hay instituciones ni orientaciones políticas con relación a los procesos políticos del *input* (partidos establecidos, grupos de interés consolidados, etc.). Con el objetivo de consolidar los sistemas democráticos que se encuentran en esta situación, Almond y Verba plantean que dentro de lo difícil de este escenario es posible “penetrar en los sistemas parroquiales sin destruirlos en su aspecto administrativo y en transformarlos en grupos de interés en su parte política” (Almond y Verba, 1970 p. 43-44).

Cultura política cívica

Como ya se ha indicado, los autores plantean que el desarrollo político supone la estabilidad del sistema democrático y que el mismo está en función del tipo de cultura política que lo alberga. En ese sentido, señalan que la cultura cívica (cuyo modelo es el anglosajón), si bien no es el único tipo de cultura política democrática, es la más adecuada para la estabilidad del sistema.

...debemos examinar la cultura política de las dos democracias relativamente estables y calificadas para el éxito, la Gran Bretaña y los Estados Unidos. Como hemos dicho, las culturas políticas de estas dos naciones se aproximan a la cultura cívica (Almond y Verba, 1970, p. 529)

Se asume que la democracia no se sostiene, como se creía antes, en una racionalidad liberal natural, universal. Toman, además, distancia de un modelo “racional activo” donde se busca o se cree que los ciudadanos están siempre buscando y tomando decisiones plenamente informados, con un fuerte compromiso con la política y en constante actividad dirigida a la misma para plantear sus demandas o fiscalizar. Consideran que este modelo es solo teórico y que además, de realmente existir, plantearía una demanda constante al sistema que solo generaría insatisfacción e inestabilidad.

Se afirma esto porque se considera que para la estabilidad y eficacia del sistema democrático, son importantes una serie de equilibrios: entre el poder que se delega y el control sobre el mismo; entre la racionalidad del vínculo y el afecto hacia el sistema; entre la necesidad de influir en la toma de decisiones sobre asuntos de gobierno y el interés por otros aspectos de la vida en sociedad (lo plantean como una dinámica entre actividad y pasividad), entre las creencias y sentimientos vinculados a la pertenencia a un grupo (partidos) y las que nos vinculan a un colectivo mayor.

Consideran que la cultura cívica facilita todos estos procesos gracias a su complejidad y su carácter mixto. Se concibe la misma como “una mezcla particular de ciudadanos, súbditos y elementos parroquiales” (Almond y Verba, 1970 p. 37). Las orientaciones participativas predominantes conviven con las de súbdito y parroquiales tanto a nivel del sistema cultural en su conjunto como al interior de los mismos actores individuales. En la misma cultura cívica se combina la importancia de las relaciones primarias (aporte de la cultura parroquial), la obediencia a las normas y leyes que se hereda de la cultura de súbdito y la actividad fiscalizadora y propositiva de la cultura participativa. En ese sentido, se le define como “una cultura leal de participación” (Almond y Verba, 1970 p 49). Existe la actividad política, pero no tanta que pueda destruir la autoridad gubernamental; existe la implicación y el compromiso, pero están en un plano moderado; se da la disensión, pero mantenida dentro de los límites definidos por la solidez de orientaciones interpersonales y sociales generales. Las orientaciones de súbdito y parroquiales cumplen la función de contener o limitar las orientaciones participativas.

...llevan a una cultura política equilibrada en que la actividad política, la implicación y la racionalidad existen, pero equilibradas por la pasividad, el tradicionalismo y la entrega a valores parroquiales. (Almond y Verba, 1970, p. 49).

La democracia, sostienen, supone un modelo donde la ciudadanía delega poder a un grupo de personas con cargo a que las mismas rindan cuenta de ello. No todos pueden participar en las decisiones de gobierno. El balance entre el ejercicio del poder y la responsabilidad (rendición de cuentas, transparencia) de parte del gobierno requiere que los ciudadanos puedan influir en los gobernantes. La posibilidad real de influencia, se define como:

El grado en que las autoridades gubernamentales actúan en beneficio de ese grupo o individuo, debido a que dichas autoridades creen que se exponen a determinada pérdida (...a ser criticados, a perder votos) si no actúan de esa manera. (Almond y Verba, 1970, p. 215).

En ese sentido, un concepto clave es el de “competencia política” (llamada en otros momentos “competencia ciudadana”). La democracia demanda elevados niveles de participación real (proposición, fiscalización, control) y la misma solo se dará “si el individuo cree que posee influencia...un ciudadano subjetivamente competente está más

dispuesto...para ser un ciudadano activo” (p 217). No se niega el rol de las características de las estructuras de gobierno pero se señala que no solo de ellas depende que se ejerzan los derechos y deberes ciudadanos. Este tipo de competencia ciudadana es entendida por los autores como la creencia, que tienen los gobernados, de ser capaces de influir en las decisiones de las instituciones democráticas y está presente en una cultura participativa o cívica.

Afirman que si esta creencia existe no solo en los ciudadanos, sino que también es parte de las creencias (normas) de los gobernantes, se daría, de manera simultánea, el cuidado de no extralimitarse en el uso del poder (por el lado de los que lo ejercen) y a la vez la disposición de la ciudadanía para delegar poder sabiendo que, cuando sea necesario, podrá ejercer su capacidad de influencia. Esto es importante porque los autores manifiestan que debe haber, de parte de la élite y de la ciudadanía una percepción de que esta última es potencial o suficientemente activa, fiscalizadora. Evaluar el grado en que un sistema es democrático, afirman, es evaluar el grado en que los ciudadanos ordinarios controlan a aquellos que toman decisiones.

La democracia es un sistema político en el que los ciudadanos ordinarios ejercen un control sobre las élites; y semejante control está legitimado...defendido por normas aceptadas por las élites y no-élites. (Almond y Verba, 1970, p. 215)

Este es el “mito democrático” que sería compartido por gobernantes y gobernados, creer que la ciudadanía, si lo desea, puede influir en las decisiones del gobernante de turno porque, de no hacerlo, los gobernantes perderán un valorado apoyo político. De no existir, entre las múltiples consecuencias, podría estar que las autoridades actúen pensando solo en sus propios intereses, sin la creencia de que la rendición de cuentas es necesaria. Una dimensión intersubjetiva que Almond y Verba señalan, sin mencionarla como tal, pero no desarrollan.

Sin embargo, para mantener la estabilidad democrática, la participación política y la competencia ciudadana no deben ser las únicas actividades o creencias de los ciudadanos. Implicarían un nivel de demanda difícil de cumplir. Se necesita de la existencia, al interior de la cultura cívica, de la cultura parroquial y de súbdito para alcanzar este objetivo. De esa manera, solo algunas personas serán muy participativas (no todos estarán interesados en la política) y la participación masiva se dará solo por momentos (en elecciones, cuando el sistema no responde o no promete responder a las demandas, etc.). Lo ideal, sostienen, “no es el ciudadano activo: es el ciudadano potencialmente activo” (p. 538).

La competencia de súbdito se entiende como la creencia de que las instituciones y actores del sistema político vinculados a los procesos de *output* (gobierno local, poder judicial, policía, etc.) responderán adecuadamente a las demandas de la persona. Es la creencia de que el funcionario o empleado público (el juez, el policía, etc.) actuará de acuerdo a las normas que lo gobiernan. Supone por lo tanto la confianza en que el sistema responderá

sin necesidad de verse presionado y, en todo caso, demandará el adecuado cumplimiento con las normas antes que establecer nuevas demandas al sistema. A su vez, la cultura parroquial plantea una preocupación por lo que ocurre en diversos grupos (principalmente primarios) que lleva a que las personas no concentren todas sus energías en los asuntos de gobierno. Es el espacio donde las relaciones primarias se construyen y desarrollan.

Gracias a esta combinación de orientaciones, el sistema democrático inmerso en una cultura cívica no se ve rebasado por las demandas. No tendría capacidad de respuesta si solo existiese una cultura participativa. Se debe dejar gobernar a la élite con cargo a ser fiscalizable o sujeta de demandas con una frecuencia que renueve la competencia subjetiva (política y administrativa) pero que no paralice la gestión. En todo caso, sostienen, la demanda se puede ejercer regularmente pero solo por parte de algunos grupos. De su parte, el sistema debe ser suficientemente eficiente para no provocar un nivel de insatisfacción indebido y provocar presiones.

...el ciudadano democrático es llamado a perseguir dos fines contradictorios: debe ser activo, y, sin embargo, pasivo; comprometido, pero no demasiado; influyente, pero también deferente. (Almond y Verba, 1970, p. 535)

Otro aspecto que contribuye a la estabilidad democrática, donde la cultura cívica tiene una contribución positiva, es la existencia de un vínculo ciudadano-sistema que suponga un balance adecuado entre afectividad y racionalidad.

La política no debe ser tan instrumental y pragmática que los participantes pierdan todo compromiso emotivo con ello. Por otra parte, el nivel de la orientación afectiva hacia la política no debe ser tampoco demasiado intenso. (Almond y Verba, 1970, p. 544).

La lealtad es entendida como el conjunto de creencias, afectos y evaluaciones positivas hacia los diferentes aspectos del sistema. Se le da importancia a la satisfacción con los aspectos del *input* del sistema (en tanto refuerza la competencia ciudadana) y con los *outputs* (que refuerzan la competencia de súbdito). Sin embargo, los autores le dan mucha importancia a la satisfacción general porque “puede constituir a la larga una clase más estable de satisfacción. Es la clase de lealtad ‘con buen o mal tiempo’, que capacitará al sistema para superar las crisis en sus realizaciones” (Almond y Verba, 1970 p. 283). Se señala que la lealtad, si se basa solo en evaluar la efectividad del gobierno, resulta en un vínculo inestable ya que depende “estrechamente de las realizaciones del sistema” (p 544) y termina fomentando el cinismo. Se necesita un afecto más general que en parte viene de las relaciones primarias (parroquiales), de la confianza interpersonal y que además puede ser construido en el largo plazo, o motivado, por liderazgos o acontecimientos históricos (denominado “afecto por el sistema”) que le permita resistir la inmediatez de las demandas y las dificultades para ir realizándolas. Por otro lado, un vínculo basado solo en lo emocional igual sería desestabilizador porque llevaría a que la actividad y la

demanda hacia el sistema sean constantes (y sature su capacidad de respuesta), fomentaría movimientos mesiánicos y/o el enfrentamiento de unos grupos políticos con otros.

Es evidente que un compromiso intenso con partidos o grupos políticos determinados puede producir un nivel desestabilizador de fragmentación en el sistema. (Almond y Verba, 1970, p. 545)

Por último, otro elemento que consideran importante para la estabilidad, además del equilibrio entre delegación y control del poder, entre actividad y pasividad así como entre emoción y razón instrumental es el que “debe” existir entre la implicancia política o partidaria (que puede llevar a la polarización) y la confianza interpersonal y en el entorno social general; entre el sentimiento de pertenencia a una determinada posición político ideológica y el sentimiento de ser parte de un colectivo social, de una comunidad política, con valores sociales compartidos. Este balance, solo lo encuentran en las democracias donde está presente una cultura cívica (Estados Unidos e Inglaterra). Almond y Verba sostienen que solo en este tipo de cultura se observa una frecuencia importante de relaciones de confianza interpersonal y cooperación que trasciende de lo social a lo político.

...lo más importante es que esta confianza social afecta la confianza política y a la buena voluntad para colaborar con los demás. El sistema político que revela semejante disposición está penetrado por valores sociales superiores. (Almond y Verba, 1970, p. 337)

Se considera que solo dentro de la cultura cívica las normas de relación interpersonal, la confianza interpersonal, son significativas y penetran en las actitudes políticas para promover la cooperación cívica (la disposición a buscar el apoyo de otros para influir en asuntos políticos) y a la vez son un balance de las tendencias a la polarización que provienen de las actitudes político partidarias. Dicho de otro modo, la “cultura cívica descansa sobre un conjunto de actitudes y filiaciones no políticas” (p. 341). Si no hay actitudes sociales generales que estén presentes en las élites políticas y en los ciudadanos (confianza interpersonal, sentido de comunidad, ideales comunes, etc.), será muy difícil la posibilidad de cooperar, llegar a acuerdos políticos y unir intereses frente a problemas comunes. La sociedad se fragmenta en sectores o grupos cerrados y hostiles entre sí donde la esfera de lo político se distancia de una lógica social que sí considera la cooperación como posibilidad.

Se afirma así que “debe darse” lo que Parsons denomina “una polarización limitada” para que sea viable una solución pacífica a las controversias que surjan dentro de la democracia. De esta manera se controla gracias a consensos básicos, la escisión del sistema (su desequilibrio) “subordinando los conflictos a nivel político a otras actitudes superiores y más generales de solidaridad” (p 549) vinculadas al juego democrático general o a diversos aspectos propios de la sociedad que están más allá de la política.

Este conjunto general de actitudes sociales, este sentido de comunidad por encima de las diferencias políticas, impide que los lazos afectivos hacia los grupos políticos perturben la estabilidad del sistema...Indican que determinadas relaciones sociales no han de verse dominadas por consideraciones políticas. (Almond y Verba, 1970, p.547).

Afirman que la existencia de una cultura cívica necesita no solo de estas actitudes sociales de base sino que también requiere de una especial estructura social donde las instituciones más especializadas y particulares del sistema político (partidos, grupos de interés, medios de comunicación) deben estar vinculadas activamente con la estructura primaria de la comunidad. Se asume que son pocos los que terminan participando activamente en las diversas instancias de la política y que la mayoría de personas más bien invierte su tiempo en las organizaciones primarias señaladas. Es por lo tanto en estas últimas donde los ciudadanos expresan, en primera instancia, sus expectativas. Es importante entonces que haya una adecuada comunicación entre uno y otro nivel para que las demandas o inquietudes que surjan en un lado lleguen al otro, que se genere un diálogo entre las esferas privadas y las públicas. Si esto no fluye, afirman los autores, “el individuo se encuentra sólo frente a tres posibilidades: embarcarse plenamente en la política, apartarse de ella o transformarse en objetivo pasivo de la misma” (Almond y Verba, 1970 p. 174).

En ese sentido, la existencia de grupos secundarios no políticos, donde se destaca el rol de las asociaciones voluntarias (sindicatos, gremios, asociaciones profesionales, religiosas, cívicas, etc.), es muy importante. Son organizaciones “bastante cercanas al individuo para permitirle alguna clase de participación, pero también lo bastante cercanas al Estado para facilitar el acceso al poder” (Almond y Verba, 1970 p. 341). Se considera que este tipo de asociaciones, si funcionan, son el medio principal de mediación entre el individuo y el Estado permitiendo salir del “parroquialismo apartado de la política y de la sujeción sin alternativas a los mandatos del gobierno”. Le permite estar inmerso en un mundo social más amplio (menos parroquial) y a la vez le facilita una menor dependencia y control del sistema político.

Algunas consideraciones sobre la “competencia política” y la “cooperación cívica”

Si bien identifican que siempre existe una distancia entre la competencia política y la acción misma, señalan que las personas más activas son las que tienen una mayor competencia política. Comparan este tipo de competencia con relación a temas o instituciones de carácter nacional y local observando que la misma se da con mayor fuerza frente al ámbito local. Además, quienes se sienten más competentes a nivel local, también tienen la misma creencia con relación al ámbito nacional. Por último, esta creencia y su respectivo sentimiento, está más difundida ahí donde los gobiernos locales son más autónomos y tienen sistemas más institucionalizados para dialogar con sus autoridades. Considerando todo lo expuesto, Almond y Verba subrayan la importancia de que los gobiernos locales faciliten la participación política y, desde ahí, el desarrollo de la competencia política. Si esta instancia no existiese, la sola relación con el sistema a nivel

nacional no ayudaría al desarrollo de esta orientación aunque, como ya se señaló, le dan también importancia a otros espacios de socialización primaria y secundaria, al desarrollo de ciertas actitudes sociales (confianza interpersonal) así como a la influencia de determinadas variables demográficas.

...el Gobierno local puede actuar como una base de entrenamiento para la competencia política. Allí donde el Gobierno local permite la participación, puede fomentar un sentido de competencia que se extiende luego al nivel nacional. (Almond y Verba, 1970, p. 224)

Como la competencia política es la creencia en la capacidad de influencia, se indaga por diferentes maneras en las que se buscaría influenciar en las decisiones políticas. Es cierto que abordar este tema a través de una encuesta deja de lado la realidad de los movimientos sociales y sus estrategias de protesta y/o influencia pero permite profundizar en las actitudes participativas del ciudadano en general, al menos en las dimensiones que evalúa la encuesta. Las estrategias descritas varían por país estudiado y confirman que las mismas dependen de muchas variables que interactúan entre sí (canales de participación, situación y relación con organizaciones formales e informales, etc.). Sin embargo, cuando el objetivo es el ámbito nacional, la tendencia es a usar canales formales vinculados a la política pero de manera individual (acercarse directamente o por carta a políticos elegidos o la prensa). Cuando la intención está dirigida al ámbito local (que es lo más frecuente), si bien algunos optan por un acercamiento individual y otros por uno grupal/organizacional, al interior de los que prefieren lo segundo, se prefiere recurrir a los grupos informales (amigos o vecinos) antes que a grupos formales de tipo social o político (partidos, gremios, asociaciones locales, etc.). Ni en el ámbito local ni nacional, los partidos políticos son tomados en cuenta para las demandas ciudadanas. Y en general, siempre se prefiere la acción individual o el apoyo de grupos informales antes que la canalización de inquietudes a través de grupos formales.

En el estudio, evalúan la relación entre algunas variables demográficas y la percepción de competencia política. Lo que encuentran es que, más allá de la particularidad local, es el nivel educativo, el tipo de ocupación (estatus social) y el género los que están relacionados con estas diferencias. Entre los varones (al menos en aquella época) entre las personas con mayor nivel educativo y entre las personas con ocupaciones de mayor estatus social, la competencia política era mayor. Con relación al tema de género, es interesante anotar cómo Astelarra (Lechner, 1987), desarrolló un estudio donde se muestra que la cultura política de hombres y mujeres difiere pero que si se comparan las actitudes de hombres que trabajan con mujeres que trabajan, no hay diferencias.

Para Almond y Verba, si bien es importante la competencia subjetiva, en tanto creencia en la capacidad individual de influir en los gobernantes, también le dan importancia a la noción de “cooperación cívica”, esto es, la inclinación de los sujetos a trabajar con los demás (miembros de grupos primarios, informales) para tratar de influir en el gobierno. Consideran que es una forma de aumentar el potencial de influencia personal sobre el

sistema (sobre todo en tiempos de dificultades); de, potencialmente, canalizar intereses de los grupos primarios hacia el gobierno. A diferencia de la competencia política, no está relacionada con el nivel educativo y ocupacional, sino con la nación donde se vive.

...la creencia de que los conciudadanos políticamente activos colaborarán con uno mismo representa...una tendencia incipiente a reunir las demandas personales respecto al Gobierno con las demandas de los demás - un proceso que resulta necesario para la realización de decisiones democráticas. (Almond y Verba, 1970, p. 313).

Una condición necesaria pero no suficiente para la existencia de la cooperación cívica es la presencia de la confianza interpersonal en la sociedad, más allá de la esfera de lo político. Se sostiene que la mayor frecuencia de interacciones sociales, fuera de las de carácter obligatorio que corresponden al ámbito familiar o laboral, responde a la existencia de actitudes de “confianza en la gente”, en el entorno humano que a uno lo rodea. Si las personas confían en otros, más allá de sus relaciones formales, se podrán establecer lazos de cooperación, que en primera instancia pueden estar fuera de lo político, pero que serían la base social para buscar apoyo frente a temas vinculados a los asuntos de gobierno.

Los autores observan que solo en las sociedades con cultura cívica (Estados Unidos e Inglaterra) existe una relación positiva entre la confianza interpersonal (actitud social de base, no política) y la cooperación cívica; entre la confianza en la gente y la disposición a buscar su apoyo para buscar influir en asuntos de gobierno. Solo ahí “la confianza social general se ha transformado en una confianza políticamente relevante” (Almond y Verba, 1970 p 326). Esto ocurriría porque la confianza interpersonal y en particular la creencia en valores compartidos, que permitan la identificación entre los miembros de la sociedad, debería balancear las tendencias a la polarización que existen y que serían el motivo para impedir que la confianza social se convierta en confianza política.

Donde no hay cultura cívica, la confianza interpersonal no solo es baja sino que además, entre los que la tienen, no está relacionada con la cooperación política. Sin este tipo de actitudes sociales que influyan en lo político, se dificulta la capacidad de los ciudadanos para: cooperar entre sí buscando influir en el gobierno, realizar acuerdos políticos o de intereses básicos o desarrollar estructuras políticas (partidos, organizaciones sociales). En estas otras culturas, si se desea llegar al gobierno con alguna propuesta, no se confían en nadie, se confía solo en los que pertenecen al grupo primario o en los que se percibe afines en lo ideológico/partidario. La confianza social en los otros está más circunscrita, pesa menos en lo social o no se considera, más aún en culturas donde el partidismo o la ideologización es extrema.

Tipos de vínculo con el sistema: la búsqueda de la congruencia

Se le da gran importancia a la congruencia o incongruencia entre cultura y sistema político en tanto fuente de estabilidad o inestabilidad del mismo. La cultura política puede o no

desarrollarse (evolucionar) en función a esta situación. La congruencia, se sostiene, es importante para la estabilidad democrática y no es algo que siempre se dé. La misma se identifica observando si las orientaciones hacia el sistema están signadas por la lealtad, la apatía o la alienación. Si bien hay una serie de matices, en general, la lealtad (ya sea hacia un sistema parroquial, de súbdito o de participante) se da cuando las orientaciones cognitivas, afectivas y evaluativas (valorativas) existentes (hacia los diferentes objetos del sistema) tienden a ser positivas. Hay lealtad si se conoce de diferentes aspectos del sistema, existe un afecto y valoración positiva hacia la mayoría de los mismos. La apatía se describe como una situación donde las orientaciones cognitivas hacia diversos objetos del sistema están presentes en los actores, se conoce sobre el tema pero el conjunto de afectos dirigidos hacia ellos tiende a ser neutral. La alienación supone también que los objetos de la estructura tienen, en su mayoría, una representación cognitiva pero en este caso el afecto y las valoraciones existentes siguen una tendencia negativa. Evidentemente estas son situaciones casi ideales porque ellos mismos señalan que estas “incongruencias” pueden ir en un *continuum* que parta de una particular orientación dirigida negativamente hacia un determinado objeto hasta una situación de rechazo sistémico que pasa por una serie de complejas combinaciones.

Gráf. 5. Congruencia/ incongruencia entre cultura y estructura políticas

Congruencia/ Incongruencia entre cultura y estructura políticas			
	Lealtad	Apatía	Alienación
Orientación cognitiva	+	+	+
Orientación afectiva	+	0	-
Orientación valorativa	+	0	-
<p>*El signo (+) supone una elevada frecuencia de conciencia, o el sentimiento positivo, o de evaluación hacia objetos políticos. El signo (-) supone una elevada frecuencia de valoraciones o sentimientos negativos. El signo (0) significa una gran frecuencia de indiferencia.</p>			

Lo que se analiza es el mix particular de culturas de una sociedad y los procesos de *input* y *output* del sistema político en el que estén inmersos. Consideran que la estabilidad y sostenibilidad del sistema depende en gran medida de esta relación con la cultura política.

Asumiendo que el sistema democrático norteamericano o británico es el modelo democrático a alcanzar, se busca que las culturas políticas “evolucionen” hacia las de tipo cívico para que los sistemas políticos funcionen de manera estable. En ese sentido, no niegan los procesos de cambio y posibles conflictos pero los mismos son presentados en un sentido negativo (se denomina “inestabilidad institucional”). Lo que se espera y promueve es la “evolución”, vista como “...una pauta continua y lenta...”.

El proceso evolutivo de una cultura política puede estabilizarse en un punto concreto, antes de llegar a la congruencia, con una estructura autoritaria centralizada u o democrática; o bien el desarrollo puede tomar una

dirección parecida a la de Inglaterra, donde una pauta continua y lenta de evolución cultural fue acompañada de cambios continuos correspondientes en la estructura. Las culturas políticas pueden permanecer sistemáticamente mixtas durante mucho tiempo...Sin embargo, cuando permanecen mixtas, existen roces inevitables entre cultura y estructura y una tendencia característica hacia la inestabilidad estructural. (Almond y Verba, 1970, p. 39-40)

Como indica la cita, se asume que una cultura puede ser mixta durante mucho tiempo pero se le tiende a ver como un problema más que como parte del proceso histórico. Queda implícito que una vez que una sociedad “evolucione” hacia una cultura cívica y un sistema democrático el proceso llegará a su fin.

La construcción de una cultura política (cívica): procesos de socialización

Si bien no es el tema central de esta investigación, nos parece relevante señalar cómo enfocan Almond y Verba el proceso de construcción de la cultura cívica (y de la cultura política en general) porque permite contar con elementos de análisis al momento de tratar de comprender si un determinado comportamiento o actitud política responde a la situación del momento (a la relación con el sistema), a la influencia de los procesos de socialización o una interacción de ambos.

Como ya se ha señalado, en la cultura cívica es muy importante el rol de la competencia política, la creencia en la capacidad de influir en las decisiones políticas. La misma, sostienen, se alimenta de experiencias directas (participar en una votación, marchas, asambleas municipales, etc.) e indirectas (lo que se escucha, observa, etc.) con el sistema político. Sin embargo, le dan también importancia a lo que denominan las fuentes no políticas de la competencia ciudadana. Una fuente importante es la experiencia con la autoridad en esferas no políticas. Dentro de estas últimas, se señala el rol socializador de la familia, la escuela, la educación superior, las asociaciones voluntarias y el trabajo. En estos ámbitos son importantes las experiencias tanto formales como informales en la relación con la autoridad y la toma de decisiones. La idea es que lo aprendido en ellas será generalizado luego hacia el ámbito político. Sin embargo, si bien se afirma que la persona que ha desarrollado competencia política en espacios no políticos tenderá siempre a buscar participar, esto último no dependerá solo de él. El sistema político en el que se desenvuelva tendrá también un rol.

...cada tipo de sistema político se interrelaciona de un modo distinto con las expectativas que trae el individuo de sus experiencias no políticas. Sin importar las oportunidades que ha tenido de participar fuera de la esfera política, su generalización de estas experiencias a la política se verá cohibida en un sistema político que se reconoce como autoritario. (Almond y Verba, 1970, p. 417)

Afirman que las experiencias de participación primarias aumentan la disponibilidad a desarrollar un rol activo en lo político e incrementan la creencia en la capacidad de influencia, pero no son la única fuente. Las experiencias de socialización secundaria son también muy importantes para ellos.

Las experiencias tempranas de socialización afectan significativamente a las predisposiciones de la personalidad básica del individuo y pueden...influir sobre su conducta política, pero hay otros numerosos factores que intervienen entre estas primeras experiencias y la conducta política posterior...el grado de actividad o de compromiso en la política o la filiación partidista...parecen explicarse mejor en función de experiencias posteriores. (Almond y Verba, 1970, p. 366)

Si bien es cierto que el estudio no se centró en la participación política, y que Almond y colaboradores siempre le dieron mucho peso a los procesos de socialización en el desarrollo de la cultura política, sí reconocieron en diferentes momentos la importancia de la relación con el sistema.

Y este conjunto combinado de orientaciones, desarrollado durante la infancia, será modificado más adelante por las experiencias posteriores, directas con la política. Sus expectativas y normas de participación actuarán en relación con las oportunidades que el sistema político ofrece para participar, con la importancia que él mismo atribuya a determinados temas políticos y con las demandas que otros roles hagan sobre él. (Almond y Verba, 1970, p. 557)

Con relación al rol que cumplen los diferentes espacios de socialización, se sostiene que: tienen efectos acumulativos, que pueden ser sustituidos por otros factores y que existe un orden jerárquico entre los mismos. Además, en una misma institución, por ejemplo un colegio, se puedan dar procesos de socialización tanto formal como informal que pueden influir o no en la socialización política.

Se dice que hay un efecto acumulativo en tanto las personas que han tenido una mayor frecuencia de experiencias de participación en la toma de decisiones en todos estos espacios no políticos (familia, escuela, trabajo e incluso asociaciones voluntarias), son más propensas a generalizar estas experiencias al ámbito político. La socialización secundaria refuerza e incrementa la primaria. Sin embargo, ellos mismos reconocen que esto no tiene que ser necesariamente así y que las experiencias en uno y otro ámbito pueden variar y no ser coherentes entre sí. Se puede estar en una familia autoritaria y luego estar en un colegio democrático, etc. Todo esto llevaría más bien al desarrollo de diferentes tipos de orientación al interior de un mismo sujeto.

La mención a otros factores que pueden sustituir la falta de experiencia (o experiencias negativas) alude a la importancia que le dan a las experiencias positivas en la secundaria o en la formación superior para suplir la ausencia de una experiencia semejante en la vida familiar. Cosa que, según ellos, no ocurre con las experiencias en el ámbito laboral o de asociaciones voluntarias donde se daría más bien un refuerzo o en todo caso un desarrollo de las capacidades ya alcanzadas pero no una compensación.

Por último, la alusión a la importancia del orden jerárquico en los procesos de socialización busca tomar distancia de los estudios que se habían realizado desde el enfoque del carácter nacional y del análisis psico-cultural (Benedict, Mead, Adorno etc.). En los mismos se afirmaba que los procesos de decisión política adulta estaban directamente influenciados por las experiencias de socialización primaria. Para Almond y sus colaboradores, los procesos de la infancia son muy importantes pero hay otros procesos intermedios que deben tomarse en cuenta. Además, si bien hay procesos de socialización no política que influyen luego en la cultura política, se debe tomar en cuenta que esta última es un aspecto diferenciado de la cultura que tiene procesos de socialización específicos. En ese sentido, se sostiene que la relación entre participación y competencia política es más cercana en las instituciones más próximas en el tiempo a la acción política (trabajo, asociaciones voluntarias) que con la familia o la escuela. Las primeras no solo son más cercanas en el tiempo sino que tienen una estructura más semejante a la política que la familia y la escuela (son más formales). Por lo tanto, lo que se aprenda en ellas tendrá mayor relevancia para lo que luego se haga en el ámbito político. Esta idea habría que revisarla considerando la crisis de partidos y, al menos en Perú, su casi inexistente nivel de formalización (primando más bien lógicas primarias). A las asociaciones voluntarias se les da un rol particular en tanto “pequeños sistemas políticos” que ayudan a seguir desarrollando a quienes tienen competencia ciudadana pero con cierta independencia de lo político formal, y por lo tanto, con capacidad de promover liderazgos alternativos, pluralismo. En la escuela y la familia, las pautas de autoridad se basan más en diferencias de edad, son más informales, en términos comparativos, y sus reglas más implícitas. Siguiendo siempre la idea de jerarquía, se sostiene que la socialización en la escuela es más formal que en la familia y se puede establecer mejor una relación entre participación y sentimiento de competencia subjetiva. Se sostiene que los roles que se aprenden en el ámbito familiar no están directamente vinculados al tipo de roles que demanda la política y por lo tanto, si bien es importante esta experiencia, el rol de todas las instituciones que participan en el proceso de socialización secundario son relevantes también porque van formando en lo que la vida adulta política demanda. Incluso, como señala Pye (1974) puede haber contradicciones entre lo que ocurre en una socialización familiar más democrática y de confianza mutua y una socialización secundaria posterior (escuela, estudios superiores, asociaciones civiles, trabajo, etc.) que fomenten el cinismo y la desconfianza en la política.

...la divergencia entre la familia y el sistema político puede ser tan amplia que otras experiencias sociales, especialmente en situaciones sociales más cercanas en el

tiempo y en la estructura al sistema político, pueden desempeñar un papel más importante. (Almond y Verba, 1970, p. 422)

Las críticas surgidas al concepto inicial

Nos hemos explayado en el planteamiento original de cultura política porque el mismo generó un gran debate y nuestra percepción es que si bien el trabajo inicial tiene una serie de limitaciones, que en las líneas siguientes exponremos, no se puede dejar de lado que más allá del afán por identificar qué características tiene la cultura cívica para sostener la democracia, la hipótesis general de una relación entre funcionamiento del sistema y cultura política abrió muchas puertas a una mejor comprensión de diversos fenómenos políticos. Como señaló en su momento Verba (Almond y Verba, 1980), el estudio inicial se preguntó por qué algunas democracias sobreviven mientras que otras colapsan. Sin embargo, el uso del concepto ha sido un mayor aporte cuando se ha utilizado para evaluar el desempeño en sí de un sistema político; no tanto si ayuda o no a sostener una determinada forma de gobierno sino a entender cómo funciona un sistema tomando en cuenta el tipo de cultura política existente en sus actores. Por otro lado, hay aspectos que se han señalado como debilidades o ausencias (falta de perspectiva histórica, no consideración de la relación entre cultura y estructura política, etc.) que en algunos casos son ciertas pero que se deben matizar, y en otros casos no lo son y los mismos autores las han respondido en su momento.

Hemos agrupado las principales críticas de la siguiente manera:

1. Críticas al enfoque: por etnocéntrico, desarrollista y sin perspectiva histórica.
2. Críticas conceptuales: por ser un concepto vago que no se define adecuadamente (se debate si es un concepto, un enfoque general o una teoría), por dejar de lado la relación entre cultura y estructura, entre cultura y comportamiento. Por concebir la cultura política como una sumatoria de actitudes individuales dejando de lado la intersubjetividad y por último, por ser un concepto innecesario para explicar la estabilidad democrática.
3. Críticas metodológicas: Uso de encuestas y selección de la muestra.

Críticas al enfoque

Almond y Verba han sido duramente criticados por adoptar una postura claramente etnocéntrica y desarrollista de la cultura cívica que, además, no toma en cuenta el impacto de los procesos históricos en la construcción de la cultura política.

Enfoque etnocéntrico

Una de las principales críticas que ha recibido esta teoría está relacionada con los prejuicios etnocentristas bajo los cuales se asume que el sistema democrático anglosajón

representan el escenario político ideal para todas las naciones (García, 2006; Morán, 1995; Lane, 1992; Welch, 1987; Pateman, 1980; Wiatr, 1980). Dado que para Almond y Verba la cultura política es lo que sostiene la institucionalidad democrática, se propusieron identificar qué tipo de cultura política estaba presente en Gran Bretaña y Estados Unidos que, en su momento, se percibían como las democracias más exitosas. Wiatr (1980), por ejemplo, desde un enfoque marxista, sostiene que existe más de un modelo de democracia y el haberse concentrado en los valores de la libertad y participación más que en los de igualdad, imprime un sesgo que lleva a dejar de considerar los problemas de justicia socioeconómica.

En ninguna parte del texto se cuestiona el modelo democrático anglosajón (García 2006). El objetivo de nuestra investigación no son las formas de gobierno en general ni la democracia en particular pero tanto en el ensayo de Pateman (1980) en los trabajos de Guillermo O'Donnell sobre tipos de democracia posibles (PNUD, 2004) o en los escritos de Carlos Franco sobre democracia participativa (Langton, Scurrah y Franco, 1981) hay diversos planteamientos donde se presenta la democracia formal (más orientada a lo político electoral) como solo una forma de llevar adelante la democracia. Para Pateman (1980) esto pone en evidencia el poco interés de los autores de *La Cultura Cívica* por evaluar qué tipo de democracia se está promoviendo. Morán (1995) menciona los trabajos de Pateman (1970,1980) y Mac Pherson (1991) donde se muestra que hay un especial modelo de democracia implícito en los postulados de Almond y Verba, que es el de “teoría empírica de la democracia”, donde Schumpeter es uno de sus principales exponentes y donde, paradójicamente, siempre de acuerdo a Pateman y Mac Pherson, la participación no tendría un rol muy relevante.

García (2006) señala que otros aspectos donde se ve el impacto de este sesgo es en la elección de, por ejemplo, el tipo de comportamiento político que se decide evaluar. Afirma que no se analizó el comportamiento electoral como indicador de participación porque ahí los Estados Unidos o Inglaterra no habrían salido favorecidos o diferenciados, y se escogió la participación en organizaciones voluntarias que es una característica de la cultura anglosajona. Pero incluso, dentro del ámbito de lo político-electoral, García (2006) sostiene que en el sistema anglosajón los representantes políticos son elegidos por cada uno de los distritos electorales en los que se divide el país. Es decir, en este tipo de sistema se da una relación cercana entre el representante popular y el electorado, incluso desde los inicios de la campaña. Sin embargo, en los sistemas de representación proporcional, uno no elige directamente a una persona, simplemente vota por listas elaboradas por los partidos políticos: es decir, la relación directa con el representante es menor. Por tal motivo, es factible e incluso recomendable que un ciudadano, en este tipo de sistema, se dirija a las autoridades administrativas antes que ir directamente al gobierno, sin que eso afecte su carácter de “ciudadano”.

Enfoque desarrollista

Como se plantea a la democracia anglosajona, sin mayor cuestionamiento, como el modelo ideal a seguir, la misma se convierte en la meta del desarrollo político (junto con la cultura cívica). Se postula que el funcionamiento de las instituciones democráticas es una función de la cultura política y, por lo tanto, se propone un plan para el desarrollo, la evolución, de un tipo de cultura política a otro. Almond y Verba plantean, como panorama ideal, el tránsito de una cultura política parroquial a otra de tipo súbdito; y a su vez, el paso de una cultura política de súbdito a una donde predomine lo participativo, que es la cultura cívica. Si bien consideran que hay naciones que se pueden mantener en un mismo tipo de cultura política por un largo período de tiempo, en general, siempre está presente la idea de que un nivel antecede al otro. En ese sentido, enfocan el proceso político como una “transición hacia la democracia”, en donde tácitamente la colocan como la meta final a alcanzar (Winocur, 1997). Como señala Formisano (2001) se pone en evidencia un enfoque que privilegia, disfrazado de desarrollo, el mantenimiento de un status quo. Como señala Levine (1974), hablando de estudios sobre cultura política en América Latina, el énfasis en el desarrollo de valores cívicos obtura el análisis y/o consideración de cualquier tipo de valores o patrones alternativos. Una consecuencia de este enfoque es la importancia que se le da al proceso de socialización, en desmedro de la interacción entre cultura y estructura, para explicar las características y el “desarrollo” de una cultura política (Dittmer, 1977). La cultura política termina siendo vista como producto de la socialización, vinculada más a un proyecto de manipulación bajo la creencia de que se pueden crear nuevas culturas (Lane, 1992).

La falta de una mirada histórica

Welch, desde el enfoque “interpretativista” plantea que la cultura política es un conjunto de códigos que los hombres han venido construyendo de manera histórica acerca de su orden político vigente (Heras, 2002). En su opinión, Almond y Verba dejan de lado esta mirada al reducir el concepto a la distribución de actitudes individuales. Igualmente, Brown y Gray (1980) sostienen que para entender la cultura política es fundamental incorporar el análisis histórico.

La percepción subjetiva de la historia y la política, los valores y las creencias fundamentales, los focos de identificación y lealtad y los conocimientos y las esperanzas políticas que son producto de las experiencias históricas específicas de las naciones y los grupos. (Brown & Gray, 1980, p.1)

Lo cierto es que en “La Cultura Cívica, se hace diversas alusiones a la importancia de la historia. Incluso se destaca la relevancia de, por ejemplo, la revolución mexicana, en la construcción de valores comunes que unifiquen emocionalmente a la población. Lo que ocurre es que como ellos mismos mencionan en algún momento, la constatación de que la cultura cívica es producto de específicos procesos históricos los lleva a cuestionarse

qué posibilidades tiene una “nación joven” para consolidar su sistema (Almond y Verba, 1970 p 25). Para evitar el temor y el pesimismo, como ellos afirman, se concentran en aquello que sea posible hacer para “desarrollar” una cultura cívica sin considerar en profundidad los procesos históricos asociados. Debido a ello, apuestan sobre todo a indagar en los procesos de socialización como un modo de “desarrollar” la cultura política.

Almond y Verba intentaron responder esta crítica con su posterior trabajo *The Civic Culture Revisited* (1980). En esta investigación, dichos autores reconocieron que los hallazgos respecto a la situación política y social de las cinco naciones estudiadas, luego de veinte años del primer acercamiento, ayudaron a entender el impacto de los procesos históricos en la cultura política de cada país.

Nuestro estudio demostró que la educación en un sentido estricto no necesariamente produce los componentes afectivos y evaluativos de la cultura cívica, como la obligación cívica y la confianza. Estas actitudes y valores parecer ser significativamente afectadas por historias nacionales y colectivas así como la experiencia de vida. (Almond, 1980, p.24).

El mismo Pye (1974, la edición en inglés es de 1968), que era parte del grupo vinculado al enfoque de política comparada de Almond, señaló en la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, que la cultura política es también un producto histórico.

Una cultura política es a la vez, el producto de la historia colectiva de un sistema político y de las biografías de los miembros de dicho sistema, debido a lo cual sus raíces hay que buscarlas tanto en los acontecimientos públicos como en las experiencias individuales. (Pye, 1974, p. 323)

Por ejemplo, Estados Unidos y Gran Bretaña durante 1960-1980 sufrieron una merma en sus indicadores de confianza en los líderes políticos económicos y sociales respecto a lo hallado en “La Cultura Cívica”. La guerra de Vietnam, la contracultura, y el caso Watergate debilitaron seriamente la cultura cívica de los Estados Unidos (Almond, 1999). En cuanto a Gran Bretaña, Dennis Kavanagh señala una “disminución de los elementos de respeto y de apoyo” en la cultura política británica en el período 1960-1980. Sostiene que hubo mayor insatisfacción con el desempeño gubernamental que con el sistema en general, así como con los resultados económicos” (Almond, 1999). Por el contrario, en Alemania desde 1950-1970 ocurrió una transformación completa de la cultura política pasando de un modelo pasivo apolítico presentado en “La Cultura Cívica” a una cultura democrática, politizada y orientada hacia la participación de los años 1970-1980. Al parecer, el desastre del nacional socialismo, una estructura gubernamental hábilmente dirigida y una economía eficaz contribuyeron a consolidar una democracia estable en Alemania.

De esta forma, la cultura cívica declinante de los Estados Unidos y Gran Bretaña y la cultura cívica en surgimiento de Alemania Federal demuestran que la cultura política es una variable relativamente frágil, influida significativamente por la experiencia histórica y por la estructura y el desempeño gubernamental y político. (Almond, 1988, p. 82)

Críticas al concepto

Diversos autores han señalado que la cultura política queda solo como un concepto descriptivo que sirve de manera limitada para circunscribir provisionalmente un fenómeno, pero que carece de precisión en su definición (Serrano, 2006; Varela, 2005, Chilton, 1988). Para Brown y Gray (1980), que investigaron la cultura política en sociedades bajo el régimen soviético, la definición planteada por Almond y Verba no era aplicable a la realidad de esos países comunistas y descartaron la utilización de dicho concepto. Más crítico aún, Przeworski (1996) afirma que el concepto de cultura política no es necesario para entender la estabilidad de la democracia. Por tal motivo, es preciso realizar una revisión de las principales críticas al modelo conceptual de la cultura política, tanto en entornos capitalistas como en sociedades comunistas.

La cultura como patrón de actitudes individuales (orientaciones)

La definición de cultura política planteada por Almond y Verba es la de un patrón de orientaciones subjetivas hacia la política, en donde el adjetivo “subjetivo” se refiere tanto al individuo como a su percepción personal de las cosas (Almond y Verba, 1970). Con ello, afirman, es posible diferenciar entre una realidad política institucional y la percepción que los individuos de una sociedad tienen de ella. En ese sentido, la cultura política se plantea como una variable intermedia entre el sujeto y la estructura política existente.

Si bien varios analistas valoran la incorporación de lo subjetivo (versus una mirada de lo político muy orientada a lo normativo-legal), a la vez, se critica el enfoque porque se identifica la cultura como una sumatoria de orientaciones individuales desvinculándola de la interacción, de lo que la gente hace, y sus productos culturales (García, 2006; Brown y Gray, 1980; Tucker, 1973; White, 1979,1984). Almond y Verba (1970), de manera explícita, sostienen que el significado de cultura, para ellos, es el de “orientación psicológica hacia objetos sociales” (p 30) y por lo tanto una cultura política sería la orientación psicológica hacia objetos políticos. En ese sentido, enfoques que entienden la cultura y/o la acción social como parte de un proceso intersubjetivo tomarán distancia y también se sumarán a esta crítica. (Welch, 1993; Heras, 2002).

Por su lado, García (2006), desde un enfoque que se podría describir como más estructuralista (De Remes, 2001) cuestiona que no se hayan confrontado las respuestas a la encuesta con diferentes registros y estudios sobre la conducta real de los individuos, de

tal forma que no solamente se tenga una versión parcial y subjetiva del fenómeno, sino una visión general de la cultura política, en pensamiento y acción.

¿Por qué no cotejaron los resultados arrojados por el estudio acerca de la membresía en organizaciones sociales con el índice de afiliación sindical o partidista en cada país, por ejemplo; o el grado de cognición política con la circulación de periódicos; o la disposición a influir en las autoridades políticas con el número de manifestaciones públicas, o bien; el grado de confianza interpersonal con los índices de criminalidad? (García, 2006, p. 143)

Si bien esta crítica es válida, es cierto que ellos mismos mencionan la importancia de lo que denominan, siguiendo a Parsons, la acción social:

...induciríamos al lector a un error si sugiriésemos que nuestro estudio trata proporcionalmente todos los aspectos de la cultura política...Un estudio que insistiera en la orientación hacia la acción política requeriría al menos un esfuerzo tan grande como el presente. (Almond y Verba, 1970, p. 46)

Almond y Verba plantearon que si bien la encuesta no permite observar la interacción sí se pregunta sobre las actitudes hacia otras personas o instituciones, sus actividades sociales y políticas y pertenencia a organizaciones, entre otros. Con esa información, lo que se busca es establecer relaciones entre las características del sistema y los patrones de actitud identificados. En ese sentido plantean:

Pasando constantemente de las características de un sistema político por la frecuencia de actitudes determinadas dentro de ese sistema a la pauta de actitudes dentro de los participantes individuales del sistema, se puede confiar en desarrollar hipótesis plausibles...acerca de la relación entre lo que hemos llamado cultura política y el modo de operar de los sistemas políticos. (Almond y Verba, 1970, p. 95)

Se señala que su estudio, se puede enmarcar en la “micro política” en tanto “las mil personas...interrogadas en cada país son consideradas, en primer lugar, en cuanto individuos. No tienen relación unas con otras...Nos interesan, sin embargo, estas personas no en cuanto individuos, sino como miembros de sistemas sociales complejos...; y estos sistemas consisten en mucho más que las meras actitudes individuales o colectivas de sus miembros. Constan también de estructuras formales de gobierno...partidos políticos...comunicación, interacción y otros elementos” (Almond y Verba 1970 p. 93). En síntesis, se puede observar que si bien es cierto que se enfocan en los aspectos

subjetivos e individuales, esto no quiere decir que se pierda la idea de que estos procesos son parte de una dinámica mayor que los abarca.

Sin embargo, esta promesa no se llegó a desarrollar en el análisis. Al enfocarse en las orientaciones de los sujetos, a través de las respuestas a las encuestas, no se da mayor atención a los procesos de interacción entre estos y la estructura pero tampoco observan los procesos intersubjetivos que están presentes en la cultura política. Contrario a sus promesas, se da un proceso que algunos han llamado de “reduccionismo psicológico” (Dittmer, 1977), “psicologismo” (Morán, 1995) o “falacia individualista” (da Silva, Clark y Brito, 2013) para dar cuenta de un proceso en el que se pasa de la promesa de resolver las discusiones sobre la relación entre las dinámicas macro y micro políticas a reducir la cultura a una sumatoria de orientaciones individuales. La cultura queda como algo subjetivo (ideacional, que no incorpora comportamiento o interacción) y centrada en la sumatoria de individualidades, sin ver las ni las estructuras sociales ni las intersubjetivas. En diversas partes del libro se alude a la relación con las estructuras o, más indirectamente, a lo intersubjetivo, pero no se desarrolla. Por ejemplo, cuando en el capítulo 15 de Cultura Cívica (sobre cultura y estabilidad democrática) se habla del balance necesario entre élites y no élites (en general de los diversos balances que debe lograr la democracia) y el rol que juega lo que denominan “el mito democrático” y la capacidad de influencia ciudadana, los mismos Almond y Verba señalan la importancia, para el comportamiento responsable de la élite, de que esta última crea que los ciudadanos tienen capacidad de influencia sobre ellos.

Esta concentración sobre las actitudes políticas de los ciudadanos ordinarios no supone el rechazo del rol importante de las estructuras políticas o de las actitudes y conducta de una élite. También esos son importantes y volveremos a considerarlas más adelante, cuando estudiemos la manera de cómo se influyen mutuamente las actitudes de los ciudadanos corrientes y de las élites.
(Almond y Verba, 1970, p. 534)

Se alude, en general a un proceso intersubjetivo entre gobernantes y gobernados, muy importante con relación a la rendición de cuentas pero no se profundiza en él. La importancia de un enfoque intersubjetivo en el estudio de la cultura política será puesta de relieve años después, al interior del proceso general de rescate del concepto, por el enfoque denominado “interpretativista” (Heras, 2002). Este punto se desarrollará en capítulos posteriores.

La relación entre cultura y estructura

Una de las principales discusiones entre los investigadores de la teoría política es la relación que existe entre la estructura (sistema de roles en interacción) y la cultura política. Entre otros temas, se discute si la cultura política es una variable dependiente, independiente, intermedia o si su uso no tiene ninguna relevancia. Al interior de esta

discusión, se discute la relación entre comportamiento y cultura política. Igualmente, en este debate ha estado la puesta en cuestión de si la cultura política era una teoría, un concepto, un enfoque o solo una categoría residual. Como sostienen Morán (1995) y Formisano (2001), esta discusión ha tenido picos y valles donde por momentos, o según autores, se muestra flexibilidad y se hace concesiones para luego volver a las críticas supuestamente zanjadas. Los defensores, en esta discusión, han sido básicamente los que comparten un enfoque comparativista, donde destaca en la actualidad Inglehart. Los principales críticos han estado del lado del enfoque estructuralista pero sobre todo del lado de la teoría de la elección racional (Jackman y Miller, 1996; Whitefield y Evans, 1999; Johnson, 2003), que no le dan un valor relevante al concepto, ni en general a lo cultural (Lane, 1992; Bates et al, 1998). Por ejemplo, desde el enfoque de la teoría de la acción racional, Jackman y Miller (1996) consideran que las instituciones (políticas, sociales y económicas) son las que estructuran los incentivos para la acción política y son los individuos los que hacen su mejor elección en ese entorno, sin recurrir a las actitudes (cultura política). Para ellos, la cultura no influye en este proceso. Desde un enfoque más estructuralista, para Barry y Pateman (Lijphart, 1980), la teoría de la cultura política inicial tenía “un aspecto determinista, al suponer que la socialización política produce actitudes políticas, que a su vez provoca el comportamiento político y es la base de la estructura política” (p. 57). La cultura política era presentada, según ellos, como una variable intermediaria entre el individuo y la estructura. Consideraban que la causalidad opera también a la inversa: que las instituciones y el desempeño de las mismas ejercen influencia sobre las actitudes políticas.

Lijphart (1980), en el artículo donde hace un balance de los estudios sobre cultura política, argumenta a favor de un modelo que involucra tres variables: las independientes (estructuras sociales y procesos); una variable intermedia (cultura política, especialmente el grado de cultura cívica), y la variable dependiente (estabilidad democrática). Este autor sí considera que Almond y Verba incluyen una relación bidireccional entre los conceptos de cultura y estructura en su planteamiento original, aunque esta se entiende de manera implícita:

Almond y Verba tienden a usar términos que son neutrales en cuanto a la causalidad entre cultura y estructura: la cultura cívica se dice que calza, que es particularmente apropiada para, y que es más congruente con un sistema democrático estable. Además, el hecho de que la estructura política pueda tener un impacto en la cultura política está implícito en la dimensión cognitiva del concepto de cultura política. (Lijphart, 1980, p. 49)

Desde el marxismo, se criticó la dirección del determinismo. Para ellos, desde un enfoque clásico marxista (Wiatr, 1980) el cambio en las actitudes era el resultado del cambio estructural económico y social, en otras palabras, la lógica causal opera desde la estructura

de clases hasta las actitudes políticas, el comportamiento y estructura políticos. Los marxistas dejaron de enfatizar este argumento, ya que identificaron con el transcurso de los años que la política y el Estado poseen cierta autonomía y que lo étnico, la nacionalidad y la religión no ceden tan fácilmente ante esfuerzos de resocialización (Almond, 1999). Sin embargo, otros investigadores como Müller y Seligson (1994) o Miller y Jackman (1998), desde enfoques no marxistas, han insistido en que las orientaciones participativas o la confianza interpersonal, por ejemplo, se desarrollan a partir de la presencia y permanencia en el tiempo de regímenes democráticos. Desde su punto de vista, es la presencia del sistema democrático el que favorece el desarrollo de una cultura cívica o al menos de ciertas actitudes democráticas. De acuerdo a Dalton y Welzel (2014), pensando en los procesos de transición democrática, esto supondría un modelo de democratización liderado solo por la fuerza de las élites pues la cultura cívica y su impulso hacia procesos de cambio no podría estar presente en sistemas no democráticos (que era la posición inicial de Almond, Verba y Pye).

En Cultura Cívica, Almond y su equipo se mostraron escépticos respecto a qué tanto puede modificarse la cultura política en el tiempo (García, 2006). Tomando como referencia los estudios desarrollados en sociedades con régimen comunista (Brown y Gray, 1980; Fagen, 1969), concluyeron que las estructuras institucionales se pueden modificar con mayor rapidez que la cultura política y, si bien esta última puede cambiar en el tiempo, tiene una plasticidad, comparativamente hablando, menor (Almond, 1980).

Los autores de Cultura Cívica, en el estudio original, mencionaron la importancia de incorporar la noción de interacción mutua entre cultura y estructura pero, como en otros momentos de ese texto, afirmaron que ampliar el estudio para incluir estas dimensiones necesarias del concepto suponía un esfuerzo no contemplado en esa particular investigación y finalmente, se dejó de lado.

No podemos verificar la hipótesis de que cuanto mayor sea el número de individuos que participan en las decisiones, con tanta mayor probabilidad recibirán los beneficios administrativos...medir esta clase de participación supone un análisis mucho más complicado de la interacción de la élite cívica de lo que es posible en nuestro trabajo...
(Almond y Verba, 1970, p. 280)

En otro momento del texto se menciona cómo las características de una cultura política (sobre todo las normativas, el deber cívico) "...se encuentran determinadas, en gran parte, por el rol que el sistema le permite desempeñar" (p. 202). En ese sentido, señalan que se construirá un sentido de deber cívico (norma) solo si el sistema tiene una forma adecuada de canalizar las inquietudes participativas. Sin embargo, sobre esto no se profundizó. El problema de sostener esta tendencia a poner en suspensión el análisis del rol de la estructura en las orientaciones política llevó a que muchas veces, en La Cultura Cívica, se adjudicaran ciertas creencias a la existencia de una cultura predeterminada por la

socialización dejando de lado las características y la interacción con el sistema. Como señala Pateman (1980) se muestran datos y finalmente se hace poca teoría. García (2006) señala, por ejemplo, cómo las respuestas de los encuestados sobre el trato que recibían de la policía fueron interpretadas como una característica de la cultura política que no se vinculaba con las “diferencias objetivas del desarrollo de las instituciones gubernamentales”. Como dice García: “En resumen, no parece advertirse que las percepciones subjetivas pueden ser producto de la diferencia entre las propias instituciones y no del estado de la cultura política.” (p 154). En todo caso, esas percepciones podrían haber sido vistas como el producto de la interacción entre ciertas condiciones objetivas y actitudes políticas influenciadas no solo por experiencias de la infancia o escolares sino producto del aprendizaje adulto en la relación con el mismo sistema. El acercamiento a este tema, al menos en los trabajos iniciales, fue impreciso por parte de Almond y compañía.

La crítica al determinismo del concepto perdió fuerza en la medida que los autores reconocieron que se trataba de una relación en ambos sentidos (García, 2006): las actitudes influyen en la estructura y el comportamiento del sistema; y la estructura y el desempeño, a su vez, ejercen influencia sobre las actitudes. Almond (1980), integrando críticas y precisando conceptos, afirma que esto se da tanto a través de la relación entre comportamiento y estructura (resaltando la importancia de los procesos de socialización secundaria) así como a través del desarrollo histórico de los sistemas (recordando las menciones que inicialmente se hicieron sobre la influencia de la Revolución Mexicana y el Nazismo en las culturas políticas de México y Alemania).

La crítica a La Cultura Cívica que afirma que la cultura política causa la estructura política es incorrecta...Resulta bastante claro que la cultura política es tratada tanto como una variable dependiente como independiente, causando la estructura y siendo causada por ella. (Almond, 1980, p. 29)

Esto coincide con otros autores como Elkins y Simeon (1979), Wiatr (1980) y Varela (2005) que consideran que el desempeño de las estructuras políticas es tanto causa como efecto de la cultura política. Autores como Lijphart (1980), en el mismo sentido, consideran que factores como la socialización, orientación política y estructura política deben tratarse como variables separadas en un sistema complejo multidireccional de causalidad. Sin embargo, como bien reseñan Formisano (2001) y Johnson (2003) este enfoque de “interactividad causal” no es aceptado por muchos de los que se ocupan de este tema reclamando siempre que la cultura política se defina como causa o efecto o, incluso rechazando su utilidad (sobre todo quienes defienden el enfoque de elección racional (Whitefield y Evans, 1999). Quienes tienen esta posición consideran que este enfoque es gaseoso y debilita la fuerza explicativa del concepto. Almond (1980) terminó afirmando que la cultura política no es una teoría pero que sí constituye un conjunto de variables que se pueden usar en la construcción de teorías. Como se verá más adelante,

esto ha marcado un enfoque comparativista más centrado en la generación de data empírica que en la discusión conceptual.

Dentro de este debate, surge también la discusión sobre la importancia de la congruencia entre estructura y cultura política. En primera instancia, Almond y Verba (1970) afirman que esta congruencia es fundamental para la estabilidad del sistema. Debido a ello, le dan tanto peso al proceso de socialización (que se asume debe ser homogéneo) como fuente de una cultura cívica (compartida por todos o la mayoría de ciudadanos) que soporte la democracia, que desarrolle una cultura política congruente con esta forma de gobierno. Como señala Welch (2013), posiblemente la influencia de Parsons y su preocupación por el orden social llevó a que se le dé tanto énfasis a los aspectos normativos de la cultura política, los procesos de socialización, la internalización de normas. Para Almond y Verba los elementos normativos externos deben ser internos pues el sujeto normal es uno moralmente disciplinado. Este enfoque es el que llevó a muchos a plantear que Almond y colaboradores le asignaban un rol determinista a la cultura política sobre la estructura política. Otra lectura de estos planteamientos, muy criticada por cierto (Formisano, 2001; Johnson, 2003; García, 2006), es que este proceso implicaría una defensa de la estabilidad de la relación entre estructura y de la cultura política (la famosa teoría de la congruencia) así como de una socialización semejante para todos los sectores sociales. Dicho de otra manera, el apoyo a la imposición de ciertos valores dominantes al conjunto de la sociedad, de la predominancia de un tipo de cultura política. Como han señalado Dalton y Welzel (2014) esto suponía una debilidad del modelo para poder explicar luego los procesos de transición democrática, si la congruencia es tan fuerte e importante ¿de dónde salieron las inquietudes cívicas democráticas en los ciudadanos de los países comunistas, o de otras regiones del mundo? ¿De las élites locales? Si bien es cierto que la preocupación por el “debe ser” se hace presente en varias partes del citado trabajo, es cierto también que en el capítulo dedicado a los procesos de socialización y en la síntesis final se menciona que los mismos no siempre son homogéneos y que lo que se aprende en un tipo de organización (la familia) puede que no esté vinculado con lo aprendido en otra (la escuela, organizaciones voluntarias). Almond y colaboradores no ven esta situación como ideal sino como fuente de inestabilidad, pero reconocen su posible existencia. Si, como señala Levine (1974), al comentar sobre la aplicación de los estudios de cultura política en América Latina, se toma en cuenta las diferencias en los procesos de socialización al interior de las estructuras de clase, se puede estar más alerta a como la construcción de una cultura política no es homogénea y supone más bien la existencia de subculturas que estarán siempre presentes, generando tensión entre sí y en la relación con las estructuras existentes. Sobre este punto se profundizará en el capítulo sobre los estudios de las subculturas.

La crítica no culturalista: no es un concepto necesario

Dentro de lo que denominamos crítica “no culturalista”, están quienes consideran que la teoría de la elección racional provee una explicación más sencilla y suficiente para entender el comportamiento político (Jackman y Miller, 1996; Whitefield y Evans, 1999;

Johnson, 2003) y quienes, como Przeworski (2004, 2000, 1996), consideran que para explicar la estabilidad de la democracia, el concepto de cultura política no es necesario.

Contra la idea de Almond y Verba (1970), de que la cultura política es la “base psicológica de la democracia” y que la estabilidad de la democracia depende de la existencia de una cultura cívica, Adam Przeworski (2004, 2000), plantea que, por el contrario, los factores económicos e institucionales son suficientes para explicar la estabilidad de las democracias (entendidas como sistemas político electorales en funcionamiento), sin que haya que recurrir a una cultura democrática que la sostenga. Para él, la cultura política no tiene relación causal con la democracia. Sostiene que no se necesita una cultura democrática para instaurar y conservar instituciones democráticas. Argumenta que la democracia aparece y se mantiene independientemente de la cultura política, es decir, esta última no tiene una influencia directa sobre la supervivencia de las instituciones democráticas. En todo caso, sostiene, la cultura es una variable que puede tener influencia en el desarrollo económico (una cultura de mercado).

Según este autor, la probabilidad de mantenimiento de una democracia (en tanto sistema político electoral) se incrementa de forma lineal con el crecimiento del ingreso per cápita anual (medido por el Poder Adquisitivo de Paridad, conocido como PPP por sus siglas en inglés). Según sus investigaciones, en los países con un per cápita anual de 1,000 dólares PPP, la probabilidad de que la democracia desaparezca en un año determinado es de 0,1216. Cuando el ingreso per cápita se encuentra entre 1,001 y 2,000 dólares PPP, la probabilidad es de 0,0556. Y si el ingreso per cápita de una sociedad es de más de 6,000 dólares PPP anuales, la democracia permanece estable. Este hallazgo confirmaría que es la riqueza y no la cultura la que mantiene viva la democracia. Bajo esta línea argumentativa, tanto las democracias como las dictaduras corren mucho menos peligro de derrumbarse si su economía se ha desarrollado durante el año precedente. Según este punto de vista, la democracia perdura porque las fuerzas políticas encuentran más ventajoso aceptar sus veredictos que cualquier otra línea de actuación. Sería producto de un análisis costo beneficio y no la adscripción a ciertos valores o actitudes.

El autor considera que existen otros factores que influyen sobre la supervivencia de la democracia, aunque no sean tan decisivos como el ingreso per cápita anual. En primer lugar, las democracias serán más duraderas si ningún partido político cuenta con una mayoría considerable (más de dos tercios) de escaños legislativos. Además, las democracias más estables serían aquellas en las que los jefes de estado cambian periódicamente. Es síntesis, si un partido político ejerce el control del poder legislativo, o si los jefes de estado permanecen mucho tiempo en el poder, las democracias se vuelven menos duraderas.

Frente a estos argumentos, recordamos los comentarios de Verba (1980) y Lane (1992) que señalan que el aporte del concepto de cultura política no está tanto en su explicación de la estabilidad democrática (que Przeworski toma solo en tanto sistema electoral) o en su énfasis en la necesidad de establecer un plan de desarrollo político (donde ya hemos descrito las diversas debilidades del concepto con relación a estos temas) sino en entender

el desempeño político de un régimen determinado (que los datos económicos por sí solos no explican) así como el comportamiento de los diversos actores inmersos en el sistema. Además, como veremos más adelante, cuando se diferencia entre el funcionamiento de la democracia formal (electoral, lo que considera Przeworski) y la real (Inglehart, 2006) la relación directa entre esta última y el crecimiento económico disminuye y la inclusión de variables culturales vuelve a tomar relevancia. Sin embargo, la capacidad puesta en la cultura política para explicar el comportamiento político también ha sido puesta en cuestión, principalmente, por los teóricos de la elección racional.

Como señala De Remes (2001), el enfoque de la elección racional parte de supuestos totalmente diferentes a los de la cultura política. El comportamiento político se conceptualiza como producto de las decisiones que hacen los sujetos en situaciones concretas a partir de entornos institucionales que les imponen ciertas restricciones. Los sujetos o las instituciones son vistas como actores que hacen un análisis de costo beneficio a partir de información limitada, considerando una serie de restricciones que el sistema plantea, y evaluando los recursos existentes en el aquí y ahora (Whitefield y Evans, 1999). Se es racional no con relación a los fines sino respecto a los medios que le permitirán alcanzar sus objetivos. En ese sentido, el actor político es un maximizador de utilidades, escoge la opción más adecuada para sus fines dadas las limitaciones a las que se enfrenta. Frente a lo que plantea el concepto de cultura política, los defensores de la elección racional suelen defender el principio de parsimonia, esto es, que su modelo tiene el mismo o mayor poder explicativo y con menos variables (Whitefield y Evans, 1999). Recurrir a la cultura para explicar el comportamiento, afirman, no es necesario.

Críticas a la metodología

Quizás uno de los puntos más cuestionados del estudio sobre cultura política de Almond y Verba sea el abordaje metodológico que emplearon. En primer lugar porque, pese a que no se trataba de la primera vez que se aplicaban encuestas en el campo de la política, la técnica aún se encontraba en proceso de desarrollo y no se utilizaba de manera masiva todavía en algunas de las naciones estudiadas (Verba, 1980). El estudio simultáneo en varios países no era frecuente. Esto generó gran controversia en el mundo académico. Pese a ello, se rescató el intento por abordar la cultura política utilizando estas herramientas aplicadas al gran problema macro político como es el de la estabilidad democrática así como el uso de estudios comparativos. Los mismos autores plantearon el uso de encuestas y en general de métodos empíricos (porque también desarrollaron entrevistas en profundidad) como una forma de no quedarse solo en un acercamiento histórico o formalista en el estudio de la democracia. En ese momento, era una forma de alejarse del ensayo y acercarse al análisis de datos.

Otro de los temas más criticados ha sido la poca precisión de los criterios para la selección de los países estudiados, presumiéndose un afán confirmatorio por parte de los autores a encasillar a Estados Unidos y Gran Bretaña como claros ejemplos de cultura cívica versus México, el cual fue el principal blanco de cuestionamientos como se señalará más adelante.

Uso de encuestas

Visto en perspectiva, el uso de las encuestas fue uno de los aportes de los estudios sobre cultura política. Hasta ese momento los estudios sobre el desempeño de la democracia se habían desarrollado desde un enfoque normativo, de filosofía política o desde un enfoque histórico (Almond, 1970). Se debe tener en cuenta, además, que el concepto mismo de cultura política supone un acercamiento a lo que piensa y siente la gente, más aún si la estrategia de análisis suponía comparar diferentes sociedades. Eso implicaba el uso de algún sistema de indagación empírica. Lo que hicieron Almond y su equipo fue aplicar las técnicas que en aquellos años se habían puesto de moda y habían aportado en diversas áreas de la investigación psicosocial y política norteamericana (Almond y Powell, 1978).

Como señala Lechner (1997), al adoptar este enfoque solo se consideró la punta del iceberg de la cultura política, dejando de lado capas más profundas, como los diferentes sistemas de valores, representaciones simbólicas, procesos intersubjetivos e imaginarios colectivos. En diversos momentos del estudio original se señala con precisión que el estudio está enfocado en actitudes individuales y que no pretende o puede ir más allá. Lo que podría haber sido la advertencia de una conciencia de la especificidad de la técnica se quedó solo en una declaración que, salvo algunas entrevistas en profundidad, no intentó otra forma de acercarse a lo que estudiaba.

García (2006) señala que existen muchos otros aspectos de la vida pública y privada que hoy en día pretenden ser estudiados mediante esta técnica pero que no son del todo susceptibles a la misma. Menciona “comportamientos en la familia, en la escuela o en el trabajo que no se desarrollan en la realidad tal y como se pueden recoger en una encuesta de opinión” (García, 2006, p.154). Para estos casos resultaría más bien útil utilizar técnicas etnográficas. María Luz Morán (2011), hablando de los estudios sobre la mujer y la cultura política, menciona también la importancia de hacer una lectura crítica de las cifras que aportan las encuestas, y propone incorporar técnicas cualitativas (análisis de documentos, lo que la gente produce culturalmente) en estos estudios. Una propuesta de este tipo tiene que incorporar la actividad en redes sociales en el análisis político.

La crítica al uso de las encuestas (una técnica) se plantea como un sesgo metodológico que está vinculado a la concepción de la cultura política como una sumatoria o patrón de actitudes individuales. Como señala Formisano (2001) supone un incumplimiento de la promesa de establecer adecuadas relaciones entre los niveles micro u macro políticos haciendo depender estos últimos de los primeros. Lo importante, en todo caso, es no confundir las técnicas de recojo de información con las categorías analíticas y buscar que las técnicas y metodologías de investigación estén al servicio de la comprensión analítica y no al revés (García, 2006). La encuesta, combinada con otras técnicas, puede ayudar a construir el mosaico conceptual al que se refería Becker (Balan et al 1974) cuando daba cuenta del enfoque interaccionista. Aporta en la medida que permite contraste y comparabilidad de una manera que otras técnicas no facilitan. Como señala De Remes, la tendencia...

...parece estar marcada por diseños de investigación que buscan combinar aspectos cualitativos con cuantitativos, comparaciones de tipo universal y estudios de caso y análisis que buscan capturar tanto los aspectos macro (estructuras, sistemas, etc.) como mecanismos micro (motivaciones y mecanismos que utilizan los actores a nivel individual para enfrentar/resolver problemas políticos y sociales). (De Remes, 2001, p. 64)

Selección de la muestra

Uno de los temas de mayor controversia en relación a la investigación de “La Cultura Cívica” fue la elección de los cinco países que formaron parte de la muestra del estudio. Las naciones seleccionadas debían ser democráticas y tener una amplia experiencia con este sistema (Lijphart, 1980). Originalmente los países elegidos fueron Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Francia y Suecia. Sin embargo, Almond y Verba decidieron sustituir estos dos últimos por Italia y México, porque consideraban que la inestabilidad de la cuarta república francesa, al igual que la inexistencia en Suecia de un instituto experimentando en opinión pública podría complejizar y distorsionar el análisis (Almond, 1980).

Los autores justificaron la inclusión de México dado su interés por el poco desarrollo político de dicho país, pero no se dieron razones para la selección de Italia. Esta elección probablemente respondió a un afán de los autores por tener a Estados Unidos y Gran Bretaña como las dos democracias más exitosas versus Alemania e Italia, las dos naciones que experimentaron el mayor derrumbe de sus instituciones políticas en el período entreguerras. De este modo, el estudio confirmó que las democracias de Estados Unidos y Gran Bretaña eran las más estables gracias a la fortaleza de sus culturas políticas, en tanto que Alemania, México e Italia eran las más endebles producto de sus frágiles culturas políticas (García, 2006).

Por otro lado, no se realizó una revisión de los niveles de desarrollo político, modelos de democracia u otro tipo de indicadores sociopolíticos, de manera previa al proceso de selección de los países. De haber revisado estos criterios los investigadores habrían encontrado que en Estados Unidos un sector importante de la población (los negros del sur) se encontraban imposibilitados de ejercer sus derechos políticos o que en Gran Bretaña se había conservado el aristocrático voto plural hasta hace algunos años (García, 2006). Esto pese a tratarse, en teoría, de las democracias más exitosas aunque, como ya se mencionó previamente, nunca definieron con claridad a qué se le puede llamar una democracia exitosa (Lijphart, 1980).

Pero quizás sea la elección de México el punto más criticado dentro de la selección muestral. Dicho país difícilmente podría ser considerado un sistema de gobierno democrático (Lijphart, 1980), además de ser territorio desconocido por los investigadores

(García, 2006). Finalmente, una de las mayores críticas a la investigación en este país es que se hayan considerado solamente ciudades con poblaciones mayores a 10,000 habitantes (requisito metodológico aplicado a todos los países). Llama la atención que no se haya tomado en cuenta que en un país mayoritariamente rural como era México en aquella época (60% de su población rural), una discriminación de este tipo iba a generar una pérdida importante de representatividad y una menor probabilidad de comparación entre los países, además de una notoria distorsión en los resultados (Lijphart, 1980; García, 2006).

Un balance final

Almond y Verba se concentraron en entender las características y el posible desarrollo de una cultura cívica que veían como fundamental para el sostenimiento de un modelo democrático que no cuestionaban. Sin embargo, sus mayores aportes no estuvieron ahí sino en el planteamiento mismo del concepto de cultura política que, como bien señalaron ellos mismos, busca dar una respuesta a las relaciones entre los fenómenos macro y micro políticos. Identifica que hay una dimensión de la cultura muy particular que si bien está relacionada con esta tiene sus propias características. Si bien la promesa inicial ha tenido dificultades y contradicciones diversas para cumplir con su ofrecimiento (Jasny, 2013; Formisano, 2001; Morán, 1995; Lane, 1992), la noción de cultura política abre puertas al entendimiento del desempeño político de un régimen determinado incorporando la dimensión de las creencias, afectos, normas y valores de sus diferentes actores. La cultura como concepto, y a través de ella la subjetividad o inter subjetividad, puede ingresar al análisis político. Permite entender el comportamiento de los diversos actores inmersos en el sistema así como las lógicas que subyacen a sus interacciones, esta es su promesa (Lane, 1992). Ejemplos de ello, entre muchos otros, son los estudios sobre la quiebra de las democracias realizados por Linz (1987) donde le da gran importancia al rol de la cultura política autoritaria en estos procesos o los trabajos de Morán (1995) sobre la transición a la democracia en España donde se le asigna un rol importante a la cultura política. La importancia de incorporar un enfoque histórico, la necesidad de incluir la relación entre estructura y cultura política así como tomar en cuenta el comportamiento político (más allá de que el mismo se considere como parte o no de la cultura política) fueron ampliamente aceptados (Pye y Verba, 1965; Pye, 1974; Almond, 1980). La preocupación por lo intersubjetivo ha dado pie a toda una línea de investigación sobre cultura política que presentaremos más adelante. Por último, con relación a los metodológico, las técnicas utilizadas en el estudio de la cultura política se han multiplicado y refinado en el tiempo (Murga, 2008) tanto en lo cuali como cuantitativo. Más importante aún, el uso de un enfoque Interpretativo permite tener conciencia de las bondades y límites de cada técnica para construir conocimiento a partir del análisis y la interpretación de los datos que se construyen sin depender o limitar el análisis a una sola técnica o metodología. Se rescata la teoría sin subsumirla o confundirla con la técnica.

Lo que se debe incorporar en este balance son los diversos temas que se dejaron esbozados, y sin profundizar pero que han dado pie a un sin número de líneas de

investigación (Heras, 2002; Murga, 2008) tales como el estudio de las subculturas (tema de nuestra investigación), la comprensión de los otros tipos de culturas identificados, la relación entre valores y cultura política, la desafección política, los sentimientos anti-partidistas y el entendimiento en profundidad de las características de la cultura política de una nación en particular, entre otros.

2.3. Enfoques contemporáneos de la cultura política

Como ya se indicó, en los ochenta surge de nuevo el interés por utilizar el concepto de cultura política en el análisis. Esto se da en parte por un proceso general de rescate de lo cultural en los estudios políticos, sociales e históricos (Formisano, 2001) pero también porque se encuentra en este constructo la posibilidad de entender una serie de fenómenos propios de la época. Como señalan Inglehart (2008), Murga (2008, 2012) y Dalton y Welzel (2014) se pusieron en evidencia una serie de contradicciones y debilidades existentes tanto en las democracias más estables como en diversos procesos de transición hacia la democracia. En las democracias de las sociedades post industriales se resalta la creciente pérdida de confianza en los actores e instituciones democráticas. Por otro lado, están los procesos de transición que tienen diferentes dinámicas en los regímenes comunistas de Europa central y oriental, por un lado, y América Latina, Europa del sur, Asia y África por otro (Murga, 2008, 2012). En las sociedades post industriales se tiene gente que cree en la democracia pero que está muy insatisfecha con la performance de sus instituciones y actores relevantes. En regiones como América Latina los procesos de transición democrática llevan al desarrollo de regímenes que los académicos terminan llamando híbridos (Diamond, 2002; Gilberth, 2012). Con este término se busca dar cuenta de sistemas que en lo formal pueden ser democráticos pero que funcionan bajo variaciones de la democracia y el autoritarismo, las llamadas democracias o autoritarismos “con adjetivos” (Collier y Levitsky, 1998). Como el mismo Murga (2012) señala, este resurgir del concepto se dio dentro del interés por la variable cultural como una forma estratégica de entender qué pasa en la política, tanto a nivel de las élites como en el ciudadano de a pie. Surge así el estudio sobre los procesos de transición a la democracia, valores y cultura política, apoyo político, desafección política, sentimientos anti-partidistas, subculturas etc. Como ya hemos señalado, en nuestro caso nos centramos en el estudio de las subculturas políticas.

Si bien en esta nueva etapa se puede hablar de dos grandes tipos de enfoque o tradiciones de investigación (Laudan, 1977), uno más cercano al enfoque de Almond y Verba y otro vinculado al enfoque interpretativo (Heras, 2002), todos incorporan algunas de las observaciones que se plantearon y hacen sus propios desarrollos. En ese sentido, se amplía o redefine el concepto, incluso hay quienes optan por usar otros términos (Putnam, 2000) y se recurre a metodologías más sofisticadas tanto en lo cuanti como cualitativo. Para algunos, el uso y definiciones del concepto de cultura política se ha ampliado de tal manera que ha terminado siendo más un “concepto paraguas” de sentido difuso (Lane, 1992, Formisano 2001) que si bien resulta estimulante, en tanto promesa heurística, su falta de precisión o multiplicidad de interpretaciones hacen difícil su uso. Sería más un

“concepto sensibilizador” (Blumer, 1982) que permite abrir puertas y servir de norte en el trabajo empírico.

Parte de este redescubrimiento del término está asociado a que la comunidad académica se amplía para incorporar, entre otros, estudios hechos desde América Latina. Además, se profundiza en líneas de investigación que solo se habían esbozado y se plantean nuevas temáticas. Una de ellas es el estudio de las subculturas:

...no podemos seguir empeñados en dar por supuesto que exista algo que pueda denominarse la cultura política «de los españoles». Por el contrario, es esencial recuperar la idea de «subculturas políticas» específicas, vinculadas a grupos sociales concretos. (Moran, 2010, p. 420)

En esta parte vamos a reseñar los principales postulados de la corriente descrita como “comparativista”, en particular los trabajos de Inglehart, Putnam y del enfoque de la Nueva Cultura Política; así como los puntos de vista de la corriente interpretativista.

a) El enfoque del capital social

En el contexto de los estudios sobre cultura política, el autor que más se cita con relación al concepto de capital social, es Robert Putnam (2002, 2000, 1994) pero lo cierto es que este particular constructo, como señalan Saiz y Jiménez (2007) tiene un desarrollo que viene desde comienzos del siglo XX con Lyda J. Hanifan (1916) para ser desarrollado luego con mayor precisión por Bordieu (1986) y Coleman (1994), además de Putnam. Estos autores, junto a otros como Fukuyama (1996) y Lin (2001, 2002) son los pilares a partir de los cuales se ha construido un entretejido que acá abordaremos solo desde el punto de vista de Putnam en la medida que es este autor el que ha establecido nexos entre las nociones de cultura política y capital social.

En general, todos los enfoques coinciden en entender el capital social como “los recursos asequibles en la estructura misma de la sociedad” que facilitan acciones coordinadas y permiten mejorar la eficiencia de la misma (Díaz Albertini, 2010). Sin embargo, hay diversos matices entre uno y otro autor. Putnam, que retoma e reinterpreta varias ideas de Coleman (Millán y Gordon, 2004) pero que sobre todo se inspira en Tocqueville, desarrolla diversos estudios que plantean la importancia del capital social no solo a nivel de los grupos sino en el conjunto de la sociedad y de la gestión de gobierno. Putnam establece una correlación positiva entre el nivel de civismo de una comunidad (medido por variables sociales y políticas) y la performance de los gobiernos. Como afirma con relación a Italia “mientras más cívica una región, más efectivo es su gobierno” (1994, p. 98).

Este autor tiene diversos estudios entre los que destacamos un primer trabajo sobre el proceso de regionalización que se inicia en 1970 en Italia (Putnam, 1994). En él encuentra que el concepto de capital social le permite explicar por qué hay un desarrollo institucional y económico importante en el norte de este país, que en el sur no se observa.

Un segundo trabajo a mencionar lo dedica al análisis de la disminución del capital social en Estados Unidos, sus consecuencias y posibles acciones a tomar (*Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, 2000). Y está un tercer trabajo, donde revisa y amplía el concepto de capital social para poder responder diversas críticas recibidas (*Democracies in Flux. The Evolution of Social Capital in Contemporary Society*, 2002).

Considera que el capital social consiste en una serie de características presentes en la organización social de una comunidad que favorecen la cooperación y la colaboración entre sus miembros ayudando a un comportamiento más eficiente de sus instituciones, entre ellas, las de gobierno. Entre estas características, destacan aspectos actitudinales y comportamentales: la confianza social, normas de reciprocidad y las redes de compromiso cívico. Klesner (2007) considera que una forma de operacionalizar el concepto de capital social en Putnam, es distinguir entre el aspecto actitudinal y el comportamental. En el primer caso estaría la confianza interpersonal y en el segundo la membresía y voluntariado en organizaciones no políticas y la participación en redes sociales informales (el tiempo que se pasa con amigos, compañeros de trabajo, vecindad, etc.). Agurto (2012) se refiere a la misma distinción en términos de capital social cognitivo (confianza interpersonal, normas de reciprocidad, etc.) y capital social estructural (asociacionismo, cooperación en actividades específicas, etc.). En *Making Democracy Work* (1994), se habla del civismo o “virtud cívica” (que sería el compromiso cívico) que se mide a partir del nivel de asociacionismo de una comunidad, el interés por los asuntos públicos (medido por el nivel de lectoría de diarios), el nivel de participación en las votaciones y el uso del voto preferencial (cuyo uso indicaría clientelismo, un menor civismo).

Como destacan Saiz y Jiménez (2007) y Rossteutscher (2002), Putnam sigue la idea de Tocqueville que considera, la existencia de las denominadas redes de compromiso cívico (organizaciones voluntarias, asociaciones de vecinos, cooperativas, etc.) como instrumentos o escuelas para la formación de capital social, pues en virtud de las repetidas interacciones promueven el desarrollo de normas de reciprocidad que regulan dichos intercambios y facilitan la confianza social entre quienes participan de diversa manera en estas redes. Como señala Putnam (1994) y luego Paxton (2002), el compromiso cívico tiene un efecto hacia adentro y fuera de los grupos. Hacia adentro, desarrolla o sigue desarrollando el liderazgo de las personas, su capacidad de compromiso, tolerancia y se estimula la participación política. Hacia afuera, el compromiso cívico permite que la reciprocidad y el compromiso no sean solo al interior del grupo sino que se extienda al ámbito de la esfera pública.

Al igual que Almond y Verba y luego Inglehart, Putnam identifica que hay una serie de características sociales y culturales (confianza social, normas de reciprocidad, compromiso cívico) que son relevantes para la relación de los ciudadanos con el sistema político y, en particular, con la democracia. Para él, la calidad de una gestión gubernativa está relacionada con el capital social de la comunidad donde está inserta. Ya Almond y Verba (1970) hablaban de la importancia de la interacción social, la confianza

interpersonal así como de la cooperación cívica como aspectos no políticos que favorecen el desarrollo de una cultura política cívica. Inglehart destaca el rol de los valores auto expresivos en la cultura y su influencia en la demanda por instituciones, entre ellas las de gobierno, que permitan su desarrollo. Salvando las diferencias entre los diversos autores, lo que tienen en común es que se definen procesos que parten de dinámicas socioculturales (confianza interpersonal, normas de reciprocidad, compromiso cívico, valores auto expresivos o capital social) que influyen en la cultura política y que desde ahí tienen repercusiones en el sistema político.

A diferencia de Inglehart que ve el desarrollo de los valores vinculado al proceso económico e institucional, Putnam considera que el desarrollo del capital social, si bien está vinculado a cambios socioeconómicos, está más cercano al desarrollo de relaciones sociales de tipo horizontal. Como detalla Urteaga (2013), Putnam considera que hay varios aspectos o dimensiones del capital social. Por un lado, identifica que las relaciones sociales intra e inter grupales pueden ser verticales u horizontales. Para él, son las horizontales las importantes para el desarrollo del capital social. Como destacan Millán y Gordon (2004), las relaciones verticales suponen obligaciones recíprocas pero estas son asimétricas y no construyen una cultura de confianza generalizada.

Una red vertical, por muy densa e importante que sea para sus participantes, no puede mantener la confianza y la cooperación. Los flujos verticales de información son a menudo menos confiables que los flujos horizontales.
(Putnam et al., 1994, p. 222)

Con relación a la importancia de la horizontalidad de las relaciones, Putnam destaca el rol que juegan las actitudes de las élites de una sociedad hacia el tipo de relaciones que se debe tener con el resto de la sociedad. En su estudio en Italia (Putnam, 1994) encuesta a las élites políticas con relación a su apoyo a la igualdad política, incluso desarrolla una escala (derecho al voto, derecho a opinar y participar en política, etc.). Observa que hay una relación entre estas actitudes hacia la igualdad entre las élites y el compromiso cívico de la sociedad. Cuando se pregunta que es primero, lo que dice es que este es un proceso histórico donde una tendencia promueve la otra y que es muy difícil la incongruencia sostenida en el tiempo. Una élite autoritaria y un público asertivo no se sostienen en el tiempo

Las actitudes de las élites y las masas son, en efecto, dos lados de una misma moneda, entrelazados en un equilibrio que se refuerza mutuamente. (Putnam, 1994, p. 104)

De acuerdo a lo anterior, se considera que hay más compromiso cívico ahí donde las relaciones entre los miembros de la sociedad y con las autoridades son más horizontales. En todo caso, el tipo de relaciones, más horizontales o verticales (entre la gente, con las autoridades) impacta en la efectividad de una gestión gubernamental. La confianza social lleva al compromiso. Uno no se puede comprometer con alguien que no confía. Esto es

importante no solo para la relación ciudadano/élite sino para la relación entre las mismas élites. Si hay compromiso cívico entre ellas, las discrepancias se manejarán mejor. Putnam insiste en que no se plantea la ausencia de conflictos o discrepancias sino que los mismos se pueden manejar mejor cuando hay compromisos que vinculan a las partes en discusión.

Otro aspecto a tomar en cuenta es la orientación de estas relaciones, si son hacia dentro del grupo o comunidad o si son hacia afuera del mismo, con otros grupos, asociaciones, etc. En ese sentido, se menciona un aspecto importante con relación a este tema pues las relaciones hacia dentro del grupo normalmente refuerzan los lazos entre sus miembros (*bonding*) y las orientadas hacia afuera del grupo (*bridging*) permiten establecer relaciones expandiendo la red de compromiso cívico. Como señalan Saiz y Jiménez (2008) hay autores que incluyen el término de *linking* para dar cuenta de los lazos que se extienden a la sociedad en su conjunto. Varios autores han mencionado que una de las críticas iniciales a Putnam era que no consideraba que el capital social podía ser algo negativo si solo implicaba relaciones orientadas hacia dentro (Urteaga, 2013, Millán y Gordon, 2004, Paxton, 2002, Durston, 2000). Por otro lado, se considera que las relaciones pueden significar, dependiendo de su frecuencia y diversidad, lazos fuertes (frecuentes y variados) o débiles (esporádicos y poco diversificados, parte de una red poco densa). La existencia de uno y otro no son necesariamente positivos o negativos. Un balance es importante.

Un aspecto importante en el concepto de capital social es el de reciprocidad generalizada. Como ya se ha mencionado, la confianza, en general, es fundamental para el desarrollo de las relaciones de cooperación. La confianza interpersonal se construye entre personas que cooperan con frecuencia pero la cooperación en ámbitos mayores demanda una confianza social que no responda necesariamente a experiencias directas de cooperación ¿cómo se pasa de una a otra?

Para Putnam, de las normas que más alimentan la confianza, destaca las de reciprocidad. Como ya se indicó, esta reciprocidad es mayor en relaciones horizontales que verticales. La misma puede ser específica, una expectativa e intercambio inmediato (el intercambio de regalos entre compañeros de trabajo); o generalizada, donde hay una relación que tiene un desbalance en tanto se parte de mutuas expectativas de que lo que se hace hoy tendrá un retorno en algún momento en el futuro. Es un altruismo en el corto plazo que tiene un interés personal en el largo plazo.

Putnam considera que este tipo de reciprocidad generalizada se desarrolla cuando los sujetos se desenvuelven en comunidades donde las redes de compromiso cívico son más densas. Donde hay muchas asociaciones y existe mucho *bridging* entre ellas. La persona espera ganar mucho a futuro en la medida que cumple con las normas donde está inserto porque romper con una de ellas es romper con varias. Además, una red densa provee mucha información indirecta de la posibilidad de confiar en gente que no se conoce. Por eso es que los procesos históricos de las mismas redes de compromiso son importantes en tanto alimentan el capital social (la reciprocidad esperada) en función a su performance

previa. Otro aspecto es que una red de compromiso cívico genera mayor reciprocidad mientras las asociaciones que la componen tengan más lazos con otras instituciones. Lazos que por definición son débiles en comparación a los que vinculan a sus propios miembros pero que son muy importantes en tanto interconectan y hace a los partícipes de la comunidad mutuamente beneficiarios y dependientes de toda esta trama y ya no solo de su grupo de pertenencia.

Como ya se comentó, un aspecto importante en todo este proceso son los “lazos puente” (*bridging*) los que vinculan a la gente y a las asociaciones con gente distinta, con otras entidades (asociaciones, instituciones de diverso orden). Este tipo de lazos es fundamental para el desarrollo de las normas de reciprocidad que Putnam denomina “generalizadas” (la expectativa, la confianza, de que los beneficios del intercambio en largo plazo serán mutuos y equiparables).

En las comunidades donde la gente puede esperar que la confianza no sea aprovechada, sino correspondida, es más probable que el intercambio continúe. (Putnam et al., 1994, p. 219)

Es en esta *praxis* que la estructura relacional desarrolla recursos de colaboración y cooperación que no están en los individuos sino que son parte de un tejido social que se expande. Millán y Gordon (2004) ponen como ejemplo de la relación entre normas de reciprocidad generalizada y confianza social el hecho de que uno no pone su auto enfrente de la casa de otro no solo porque se espera que ese vecino no ponga su auto frente a la de uno (que sería una reciprocidad específica) sino que, en general, no se pone el auto ahí porque se espera ser respetado en ese sentido en cualquier otro ámbito. Estas características facilitan la comunicación y la coordinación entre las personas lo que ayuda en la resolución de conflictos que siempre se presentan en cualquier relación (social, política, económica, etc.) y, por lo tanto, promueven un beneficio mutuo. Como señalan Millán y Gordon (2004), para Putnam, “la confianza facilita en efecto que se den relaciones e intercambios con un costo de transacción menor” (p. 725). Confío, luego existo. Putnam afirma que cuando se hace necesario un proceso de negociación política o económica al interior de una red de interacción social de esta naturaleza, se reducen los incentivos para el oportunismo y aprovechamiento personal. Esto está, a su vez, vinculado al hecho de que el desarrollo de este tipo de redes de interacción permite construir una identidad colectiva, un “nosotros” (o un Otro Generalizado, en términos del Interaccionismo Simbólico) socialmente relevante. El conflicto está presente pero en una red de relaciones que lo contiene y le da la posibilidad de avanzar.

En general, como menciona Urteaga (2013) se puede suponer que el ideal de Putnam sería una sociedad caracterizada por la presencia de mucha vida asociativa, con lazos débiles entre asociaciones, orientadas más al exterior (a otras asociaciones), formando puentes entre asociaciones formales y con una fuerte reciprocidad generalizada. Para Putnam, la frecuencia de las relaciones es muy importante en la medida que su repetición constante

aumenta la confianza y la reciprocidad generalizada y, en ese sentido, genera una sensación de confianza social que va más allá de las experiencias y el entorno inmediato.

Una forma de medir el capital social de una comunidad, en particular el compromiso cívico, es identificando cuántas organizaciones existen en la misma así como el tipo y nivel de participación existente (Paxton, 2002). Algo sobre lo que lo Almond y Verba ya habían mostrado interés en La Cultura Cívica. Putnam, de manera semejante, considera que es en la vida asociativa cotidiana donde se desarrollan estos recursos de tolerancia, colaboración y disposición a compartir que luego van a ser importantes (van a ser el capital social) para el desarrollo económico y democrático. Afirma, a partir del análisis de datos longitudinales, que hay una alta correlación (no relación de causalidad) entre la participación en organizaciones cívicas y la participación activa en asuntos políticos. Si una determinada comunidad no desarrolla este tejido social (redes de reciprocidad y solidaridad cívica), ya sea porque no existen mecanismos para ello o porque la asociatividad se limita a las personas más cercanas, lo que se observa más bien es desconfianza e individualismo. No hay desarrollo social, político o económico. Es en ese sentido que se explican las diferencias entre el desarrollo del norte y sur de Italia. En el primer ámbito, lo que primaba, según el investigador, era una cultura política participativa (participación en asociaciones, confianza social, normas de reciprocidad, etc.) que daba sustento y facilitaba el funcionamiento y desarrollo económico e institucional. Donde hay mayor civismo, dice Putnam, interesan los asuntos públicos, el debate está más orientado a los temas que a las personas. En estas situaciones, la gente espera un mejor gobierno (más efectivo, que responda a sus demandas) y, en parte gracias a sus propias acciones, lo tienen. Para Putnam, son estas características de la cultura las que facilitan el proceso de modernización. En comunidades donde hay compromiso cívico, la vida colectiva se facilita por la expectativa (que normalmente se confirma) de que los otros seguirán las reglas o normas. Si se espera que los otros cumplan, eso te lleva a una mayor presión para tu cumplir (el concepto de acto social en Mead va en esa línea, actúa en función a mi expectativa sobre la respuesta de los otros significativos).

En regiones menos cívicas, la gente tiene una relación más alienada y cínica con la política. Los asuntos públicos generan poco interés y se tiene un vínculo más personalista, clientelar con los organismos de poder. Se busca canalizar asuntos personales - trabajo, favores – a través de canales personales. Lo característico es una cultura política parroquial, localista, con predominio de lealtades familiares, de desconfianza a lo que esté en el exogrupo y por lo tanto un lastre con relación al desarrollo de una economía abierta así como para el funcionamiento de la institucionalidad democrática. Donde hay menor civismo la gente se auto percibe más explotada, alienada y sin posibilidad de influir en asuntos públicos. Putnam afirma que estas actitudes no tienen que explicarse a partir de conceptos psicodinámicos complicados “...la vida en una comunidad verticalmente estructurada horizontalmente fracturada, produce diarias justificaciones para los sentimientos de explotación, dependencia y frustración, especialmente en la base de la escala social...” (1994 p. 111). Reconoce por lo tanto una relación entre estructura y actitudes políticas. En las regiones menos cívicas, casi todos esperan que los otros violen

las reglas. Termina pareciendo “tonto”, o poco adaptativo, cumplir con las reglas. Por lo tanto, tampoco se cumplen y se confirma la expectativa.

Ahí donde el propio respeto a las normas no está presente (y por lo tanto una suerte de autorregulación), lo que se pide es la intervención de “las fuerzas del orden”. “En la ausencia de solidaridad y auto disciplina, la fuerza y la jerarquía proveen la única alternativa a la anarquía” (Putnam, 1994 p. 112). El orden público no se puede autorregular, se necesita un tercero con autoridad jerárquica. El problema, dice Putnam, es que ese tipo de autoridad tampoco funciona adecuadamente porque el contexto poco cívico se lo dificulta.

Cuando Almond y Verba reflexionaban sobre las condiciones que facilitan el desarrollo de una cultura cívica, no querían que sus planteamientos quedaran ahogados por el peso de la historia. Putnam subraya lo contrario. Para él, “El contexto social y la historia condicionan profundamente la efectividad de las instituciones” (1994, p. 182). Los procesos de cambio pueden venir desde las instituciones pero son procesos que toman decenios. El capital social se incrementa o decrece en función a su uso. En ese sentido, su devenir “está marcado por círculos virtuosos o viciosos” (1994, p. 170). La confianza lubrica la cooperación, dice; y la cooperación alimenta la confianza. Es un círculo virtuoso que permite el desarrollo del capital social.

Capital social y cultura política

La relación entre cultura política y capital social se da de diversas maneras. Un primer punto es que Putnam, al igual que los autores clásicos del concepto de cultura política, está interesado en evaluar el rol de la dimensión cultural (en particular la asociatividad, la vida cívica) en el funcionamiento de la democracia. Por otro lado, como dicen Millán y Gordon (2004) la cultura política en Putnam “es una especie de traductor de desempeños sociales en desempeños políticos”. En una sociedad o comunidad con un capital social sólido (relaciones amplias y densas de cooperación, confianza social, con un alto grado de asociatividad), la cultura política (entendida no solo como actitudes sino como comportamientos políticos) se desarrolla de una manera fluida, es una extensión a la política de lo que ya ocurre en otros ámbitos. Se establece un vínculo entre capital social, compromiso cívico y desempeño institucional donde la vida asociativa cumple un rol fundamental. Putnam sostiene que la participación en asociaciones civiles contribuye a la efectividad y estabilidad del gobierno democrático debido a los efectos internos sobre sus miembros individuales así como por los efectos externos sobre el Estado. Citando a Tocqueville, Putnam (1994) afirma que, en particular, las asociaciones civiles son importantes no solo por los efectos en sus miembros (socialización cívica) sino que también tienen efectos externos en la vida pública.

Sobre los efectos internos, señala que en su estudio sobre cultura política en Italia, los que son miembros de asociaciones son más sofisticados políticamente hablando, tienen mayor confianza social, participan más en política y tiene una mayor competencia cívica subjetiva (término de Almond y Verba). Además, desarrolla habilidades de cooperación

y un sentimiento de responsabilidad compartida para emprendimientos colectivos. Sobre los efectos externos, Putnam sostiene que “una densa red de asociaciones de tipo secundario, materializa y contribuye a una efectiva colaboración social... contribuye a una efectiva gobernanza democrática” (1994, p. 90). Es una forma de salirse del parroquialismo, de una lógica centrada solo en el endogrupo primario para compartir intereses y buscar una solución a los asuntos públicos de manera colectiva.

Una forma de entender la relación entre capital social y cultura política es ver cómo el tipo de capital social existente se relaciona con el tipo de vínculo que se establece con los partidos. Putnam considera que la participación político partidaria se dan en todo tipo de ámbitos. Sin embargo, en las comunidades menos cívicas la relación con los partidos es más clientelar y la gente los busca por los “contactos” más que por los intereses ciudadanos. En ciudades menos cívicas puede que no haya asociaciones de tipo secundario pero si hay partidos o agrupaciones que “conectan” a la personas con el poder.

Para él, la confianza interpersonal y las normas de reciprocidad que se generan al interior de un grupo, producto de su propio proceso de interacción, son pasibles de promover una generalización de las normas a nivel social así como convertir la confianza interpersonal en confianza generalizada (lo cual incluiría la confianza en las instituciones). Como señalan Dalton y Welzel (2014) “la confianza en las instituciones es una orientación de lealtad clave” dirigida al sistema. En ese sentido, Putnam sostiene (citado por Saiz y Jiménez, 2007 p. 253) que “la participación en asociaciones secundarias produce comunidades cívicas, cuyos miembros se comprometen en acciones colectivas para mutuo beneficio y que demandan un gobierno sensible”. Se da una relación con la política mediada por el carácter denso de las redes sociales orientadas hacia fuera del grupo (hacia otros grupos e instituciones). Si hay compromiso cívico, toda esa asociatividad se orienta a la búsqueda del beneficio común.

...atiende al hecho de que la virtud cívica posee su mayor fuerza cuando está enmarcada en una red densa de relaciones sociales recíprocas. Una sociedad compuesta por muchos individuos virtuosos pero aislados no es necesariamente rica en capital social. (Putnam y Gross, 2002, p. 14)

De acuerdo a lo anterior, para responder a diversas críticas que se manifestaron sobre los posibles efectos negativos de la preponderante o exclusiva participación en asociaciones cerradas, en un trabajo posterior (Putnam y Gross, 2002) afirma que la confianza y las normas de reciprocidad dentro de un grupo son importantes pero si solo existiesen ellas, el Ku Klux Klan sería un ejemplo de estas características. Putnam considera que la existencia de lazos débiles orientados hacia el exterior facilita la llamada “reciprocidad generalizada”. Paxton (2002) cita también trabajos donde se observa que hay efectos negativos para la democracia si en una sociedad hay grupos donde la confianza y las redes de interacción entre sus miembros son importantes hacia dentro pero donde la confianza y relaciones entre grupos no existen o es débil. En ese sentido, en una comunidad puede

haber asociaciones que estén aisladas unas de otras y por lo tanto no existir una reciprocidad generalizada. En toda organización hay lazos que orientan los intereses hacia dentro de la misma y otros que las dirigen hacia afuera, hacia asuntos públicos. Si priman los primeros no es igual que si son más importantes los segundos. Las asociaciones que están más conectadas con otras fomentan esta confianza generalizada y la tolerancia pero además, fomentan la democracia. Las asociaciones aisladas tienen un impacto negativo sobre el sistema democrático (Paxton, 2002). No se dice de manera explícita pero esta confianza generalizada, en una situación ideal, debería implicar también la relación entre los ciudadanos (o sus organizaciones) y el Estado. Para Putnam, es la vinculación con el compromiso cívico (que orienta al grupo hacia los asuntos públicos) lo que da un efecto positivo a estas características sobre el desarrollo institucional y el buen gobierno pues es lo que permite que se desarrolle una reciprocidad generalizada, que es el elemento que sostiene el tejido social. El compromiso cívico, en ese sentido, estaría relacionado con lo que Granovetter llamó “la fuerza de los lazos débiles”. Estudios posteriores como los de Paxton (2002) o Klesner (2007) muestran que no solo se debe tomar en cuenta la relación entre lazos internos y externos. No todo tipo de participación en asociaciones tiene un impacto positivo en la democracia o la participación política. Hay incluso las que suelen tener una relación negativa (se cita normalmente la participación en asociaciones religiosas).

Como recuerda Klesner (2007), Putnam diferencia entre capital social - visto como un proceso de relación entre personas - y el comportamiento político - la relación con las instituciones y actores políticos. Klesner (2007) cita trabajos de Amber Seligson (1999) donde se muestra que solo la participación en organizaciones de desarrollo comunitario está relacionada con la de las personas en actividades políticas vinculadas al gobierno local o nacional. El mismo Klesner (2007) desarrolla un análisis de esta relación para algunos países de América Latina a partir de la data proveniente del Estudio Mundial de Valores de los años 1999 y 2001. Ahí observa que sí existe una relación positiva entre aspectos actitudinales y comportamentales del capital social y el comportamiento político. Encuentra correlaciones positivas entre el comportamiento político no electoral y aspectos del capital social como la confianza interpersonal, la participación en organizaciones no políticas y en organizaciones de voluntariado. Contra lo que afirma Putnam, no encuentra relación entre redes informales (grupos de amigos, de barrio, etc.) y participación política. Lo que observa en su estudio es que solo la participación en sindicatos, asociaciones educativas, grupos vinculados a la salud y al arte tienen una relación positiva con la participación política.

Si bien Putnam, al igual que Almond y Verba e Inglehart, centra su interés en la relación entre cultura política, sostenibilidad y desarrollo democrático, hay varios matices que destacar. Entre ellos, su enfoque no está centrado en características de los individuos sino en aspectos de la estructura social. La confianza, la reciprocidad, etc. son aspectos del capital social que están en la estructura relacional, no en los sujetos sino en los vínculos y redes de interacción que se establecen (Paxton, 2002). En ese sentido, la noción de capital social incorpora los comportamientos y la estructura relacional existente.

Vinculado a esto, a nivel metodológico, su investigación ya no solo se restringe al desarrollo de encuestas que hagan un corte transversal de una situación dada sino que realiza análisis longitudinales de series históricas de sondeos, análisis de comportamiento electoral y asociativo (en tanto indicadores de compromiso cívico), entre otros abordajes.

El devenir del capital social

Putnam, en su trabajo sobre asociatividad en los Estados Unidos (Bowling Alone, 2000), muestra su preocupación por el descenso de ciertos tipos de asociaciones tradicionales de tipo secundario (grupos religiosos, sindicatos, organizaciones voluntarias, vinculados a los colegios de los hijos, etc.) así como primario (la familia, la vida vecinal). A través de diversas correlaciones de data histórica, muestra que hay una relación, no necesariamente causal, entre el decrecimiento del capital social en Estados Unidos y el aumento de la criminalidad, desigualdad y relajamiento moral, por mencionar algunos problemas. Por el contrario, en los momentos donde el capital social se ha incrementado, la seguridad en los vecindarios, la educación, el crecimiento económico y, sobre todo, una gestión democrática efectiva, se ha fortalecido.

Su visión de lo que viene ocurriendo no es optimista, como la de Inglehart. Observa que más que desaparecer, la vida social se viene transformando y que muchas de las instituciones de tipo primario y secundario vienen perdiendo importancia para dar paso a organizaciones que denomina de tipo terciario (en el caso de Estados Unidos, grupos feministas, asociaciones de jubilados, medio ambientales, etc.) así como a organizaciones sin fines de lucro de diverso tipo (el Museo Metropolitano de Nueva York, Oxfam, Fundación Ford, etc.) y grupos de autoayuda. Considera sin embargo, que esta diferente forma de vida social puede que solo refleje un cambio en la forma que se distribuye el capital social pero por otro lado podría ser un indicador de un proceso de deterioro del mismo.

Este autor considera que este proceso de cambio socio cultural, con futuro incierto, responde a diversas transformaciones socioeconómicas donde destaca el ingreso de la mujer al mundo laboral (que disminuye su disposición de tiempo para actividades asociativas), al aumento de la movilidad geográfica, el cambio generacional y al proceso de transformación tecnológica (muy vinculado al tema generacional) que ha llevado a un cambio dramático en el uso del tiempo libre (sobre todo por la televisión, al momento de su investigación), cada vez más marcado por el individualismo. Si bien reconoce que falta mucho por investigar, considera que el tipo de interacción social que se da a través de las redes sociales no es equivalente al que discurre en las relaciones cara a cara ni tiene las mismas consecuencias en términos de desarrollar en los partícipes confianza, reciprocidad y compromiso cívico.

Críticas al concepto de capital social de Putnam

Rossteutscher (2002) afirma que la vida asociativa es más un reflejo, un espejo, de una cultura política dada antes que la base de la misma “Las asociaciones reflejan o consumen la cultura pública pero no la crean” (p. 525). Parte de un análisis histórico de las

asociaciones en Alemania entre mediados del Siglo XIX y el período post segunda guerra mundial y aplica conceptos de la teoría de la comunicación. Señala que, como muchos estudios afirman, quienes participan en asociaciones están más interesados en política, participan con mayor frecuencia a través de modalidades electorales y no electorales, discuten más sobre estos temas y están más informados. Incluso, resalta que la participación en asociaciones es efectivamente una escuela de habilidades políticas pero, como también señala en otro estudio Anirudh Krishna (2002), esta asociación con la participación política no es solo con la participación democrática sino que puede ser también con la participación y asociaciones no democráticas. Pone como caso el rol que jugaron las asociaciones de gimnastas en el desarrollo del nacionalsocialismo en Alemania. El proceso de influencia se daría en tanto las personas más y menos politizadas no son las que predominan en las asociaciones no políticas sino las que se ubican en un rango intermedio. Los más politizados ya estarían sesgados por su propia ideología a la vez que manejarían más información a favor y en contra de los temas en debate. Los que más participarían en asociaciones serían personas con niveles intermedios de interés en la política que tenderían a manejar, comparativamente hablando, menores niveles de información y estarían más dispuestos a escuchar el discurso dominante en la asociación donde participan. Para Rossteutscher el predominio de un determinado discurso dependería de la cultura política dominante del momento. Se podría pensar que a una crítica de este tipo Putnam respondería que las asociaciones pro nacional socialistas eran de tipo vertical y que por lo tanto no construyen confianza generalizada sino autoritarismo pero es indudable que pone sobre el tapete el rol de los valores en la vida asociativa y el rol del capital social en tanto reflejo o promotor de cultura política.

Paxton (2002), a partir de datos empíricos muestra que hay una relación de mutua influencia entre capital social y democracia y, como otros autores han señalado, que las asociaciones que tienen vínculos con el resto de la comunidad tienen un impacto positivo sobre la democracia mientras que las más aisladas tienen un impacto negativo. De acuerdo al análisis de Paxton, la democracia influye en el capital social en tanto su existencia se relaciona con el aumento de la vida asociativa y de la confianza social. Por otro lado, Paxton sostiene que el impacto del capital social sobre la democracia se da en tanto puede favorecer el desarrollo de sistemas democráticos como ayudar a su mantenimiento. En el primer caso, se remite a los estudios sobre procesos de transición democrática donde se observa que la existencia de asociaciones facilita la difusión de las ideas de oposición (pro democracia) y se hace evidente su función de recurso al facilitar la efectividad de los movimientos sociales de oposición. La influencia del capital social no solo se da por el impacto en los individuos sino a través de las organizaciones. Sobre el mantenimiento de la democracia, plantea que el capital social (en particular, los lazos sociales y la confianza), ayudan a la calidad y cantidad de participación política que el sistema requiere. La relación entre vida asociativa y participación política ha sido bastante documentada. Considera que es en la vida asociativa donde se construyen valores democráticos y confianza en la capacidad de acción. Al igual que Putnam, señala que la actividad de las asociaciones genera una esfera pública donde se promueve el debate de ideas, la tolerancia y permite la socialización de las generaciones futuras. Por otro lado,

muestra como las asociaciones que tienen fuertes lazos y confianza al interior de sí mismas pero baja confianza y niveles de interacción con otras organizaciones tienen una relación negativa con el desarrollo de la democracia ya que promueven la intolerancia, polarizan y no promueven la discusión de ideas. En su estudio, las asociaciones con vínculos internos fuertes y bajo *bridging* son los sindicatos, asociaciones deportivas y religiosas. Las que tienen relación con otras organizaciones y con la sociedad en general (mayor *bridging* en términos de Putnam) promueven la tolerancia y por lo tanto mayor democracia. Un resultado muy interesante en su estudio es que identifica que en sociedades donde el nivel de confianza general es relativamente bajo (24% por ejemplo), el incremento de la vida asociativa tiene una relación negativa con la democracia. Cuando el nivel de confianza está en cifras por encima de 50% la vida asociativa tiene una relación positiva con la democracia. Esto podría explicarse porque en un entorno de baja confianza general las asociaciones tienden a cerrarse en sí mismas o se promueve asociaciones cerradas.

De forma similar, Alejandro Portes (citado por Urteaga, 2013), cuestiona la forma como se ha utilizado el término capital social. Argumenta que el concepto se ha convertido en una de las exportaciones más populares de la teoría sociológica al lenguaje común y ha evolucionado en algo que cura todos los males que afectan a la sociedad, de tal forma, que el capital social se aplica a tantos eventos y en tantos contextos, que pierde cualquier significado distintivo. Considera que hay confusión y circularidad en el concepto de capital social. También indica que Putnam no ha hecho explícitos los mecanismos por medio de los cuales la pertenencia a asociaciones o clubes conduce a un alto nivel de compromiso cívico y de política democrática, señalamiento en el que coinciden otros autores (Levin, 1996; Stolle y Lewis, 2002; Knight y Farrel, 2003). Lo que se critica es que hay más el desarrollo de una retórica sobre el capital social que datos empíricos que sostengan lo que se postula. En esa línea, Stolle y Lewis (2002) indican que no hay evidencias empíricas que prueben que las asociaciones funcionan como escuelas de democracia, ni se ha formulado una teoría del capital social a nivel micro que establezca cuáles aspectos de las interacciones sociales esenciales para crear confianza generalizada y normas de reciprocidad (2002: 10).

En lo que se refiere al desempeño gubernamental, se ha cuestionado que Putnam busque la explicación de las diferencias entre el norte y el sur de Italia en el compromiso cívico de los ciudadanos, y no en la estructura del sistema político (Tarrow, 1996; Levi, 1996). En estrecha relación con esta crítica, se ha señalado el hecho de que en la formulación de Putnam, el Estado es externo al modelo explicativo. Paxton (2002) demuestra cómo hay una doble influencia entre capital social y democracia. Si bien la primera promueve la segunda, un sistema democrático o autoritario puede favorecer o restringir el desarrollo del capital social. Sostiene que la conversión de la confianza interpersonal a la generalizada, depende de la percepción sobre la legitimidad del sistema político y del orden social, no solo de la densidad de redes de compromiso, como afirma Putnam. En la misma línea, los beneficios de la confianza y la cooperación, a nivel micro solo se trasladarán a lo macro si hay una participación adecuada del Estado, la cual, a su vez, se

convierte en la más problemática (intereses políticos, corrupción e ineficiencias administrativas, entre otros aspectos) (Saiz y Jiménez, 2007).

Rossteutscher (2002) sostiene que las asociaciones reflejan y amplifican el tipo de entorno político en el que están inmersas, son un espejo de la sociedad donde están. Las asociaciones no promueven un cierto tipo de cultura sino que son un reflejo de la cultura de la sociedad donde están inmersas.

Para Carreira da Silva, Clark y Brito (2013) en los planteamientos de Putnam (como en los de Almond y Verba) está siempre la noción de un ideal de democracia (la “comunidad cívica” en el caso del primero y la cultura cívica para los segundos) frente al cual otros tipos de cultura deben medirse. El tema es que en ambos casos se toma como modelo de democracia, el norteamericano.

b) El enfoque de la Nueva Cultura Política

Este es un enfoque donde el líder más destacado es Terry Clark, de la Universidad de Chicago. El mismo ha realizado publicaciones conjuntas con Inglehart (1998/2007) y toma en su desarrollo conceptos vinculados al cambio de valores que combina con sus estudios iniciales sobre “nuevo populismo fiscal” (Clark y Ferguson, 1983). Partiendo de estudios que se hicieron inicialmente en 1970 en los Estados Unidos, pero que luego se han ido replicando en ámbitos como Portugal, Italia, Colombia y Argentina, entre otros (Clark y Navarro, 2007), se plantea que existen nuevas reglas de juego político, una tendencia en la cultura política, denominada Nueva Cultura Política (en adelante, NCP) que está presente en algunos líderes políticos como en cierto sector de la ciudadanía e impacta en sus pautas de interacción. Desde este enfoque, se afirma que en la definición de la cultura política de una comunidad son cada vez menos importantes las diferencias de clase (propias de las sociedades más industrializadas) o el caudillismo (predominantes en sociedades menos industrializadas, “Tercer Mundo”). Estas situaciones, vistas como tradicionales, se han expresado en la cultura política en términos de posiciones ideológicas de izquierda y derecha o en relaciones clientelares jerarquizadas (vistos como clivajes “tradicionales”) que ahora conviven y rivalizan con una forma diferente de entender la política, la Nueva Cultura Política.

Este enfoque busca ampliar y complejizar la tesis iniciales de Inglehart sobre el cambio desde una sociedad con predominio de valores materialistas (luego denominados de sobrevivencia) a otra donde priman los valores materialistas (que posteriormente se etiquetarán como auto expresivos). La NCP es vista como la expresión política de los cambios de valores descritos por Inglehart que responden al desarrollo de las sociedades post industriales pero que, por efectos de la globalización, están también presentes (en diferentes combinaciones) en todas las sociedades.

Tanto Clark como Inglehart comparten la idea de que la cultura política se debe entender como “las reglas de juego duraderas”: los valores, que definen propósitos; y las normas (más específicas), que están referidas a cómo deben ser desempeñados los roles. En ese sentido, toman distancia de las teorías de la elección racional “que tratan como exógeno

el contenido de las preferencias de los ciudadanos, grupos y líderes.” (Clark e Inglehart, 2007, p. 126).

Si bien se reconoce que en una misma sociedad pueden coexistir las llamadas “políticas de clase”, el clientelismo y la NCP (Navarro, 2007), se afirma que lo que va tomando relevancia en las sociedades post industriales son valores auto expresivos que no encuentran una adecuada forma de canalizarse en las instituciones “tradicionales” (partidos políticos, entre otros) y que están presentes en algunos líderes políticos y en los llamados “nuevos movimientos sociales” (vinculados a derechos sobre el aborto, identidad sexual, medio ambiente, etc.). Se asume que pueden ser procesos que se han iniciado en Europa y Estados Unidos pero que de una u otra manera se van haciendo presentes en otros países del mundo, como América Latina, con economías más heterogéneas, estableciendo su propia complejidad y características (Clark e Inglehart, 2007). En esa línea, en la publicación del 2007 (Clark y Navarro, 2007) se incluyen trabajos sobre la Nueva Cultura Política en Bogotá y Buenos Aires. Si bien la mayoría de estudios están centrados en sociedades post industriales donde la NCP sería una tendencia mayoritaria (aunque el ejemplo del Japón muestra como los patrones clientelares pueden estar presentes en economías desarrolladas), plantea una serie de ideas sugerentes para sociedades como la peruana donde la globalización, la importancia del sector comercio y servicios y, en general, la heterogeneidad socioeconómica y cultural permite pensar que esta NCP, al menos en algunos de sus aspectos, es una tendencia a tomar en cuenta.

Se busca tomar distancia de las críticas hechas a Almond y Putnam con relación a que sus propuestas siempre tienen como eje la búsqueda de una cultura política funcional a un determinado modelo de democracia. En este caso, se busca identificar qué tipo de cultura política se está configurando así como qué retos y cambios plantea al sistema a través de la identificación de las diferentes normas a partir de las cuales se establecen los clivajes culturales (Silva, Clark y Brito, 2013). Con esta NCP se constituyen estilos de vida, basados en nuevas normas y valores, que cuestionan el orden establecido. Desde este enfoque, no es solo que las instituciones no hayan funcionado (partidos, Estado, etc.) sino que la gente ha cambiado y plantea nuevas demandas y formas de interacción que plantean retos a las formas de organización y funcionamiento de las instituciones existentes. La efectividad de la política construida alrededor del clientelismo, las diferencias entre clases sociales y maquinarias partidarias, declina. La NCP no solo está presente en la población, es parte de las características de ciertos líderes, y por lo tanto, de cierta forma de gobierno.

Como se indicó, el enfoque de la NCP se plantea como la resultante de un encuentro entre los trabajos sobre el “nuevo populismo fiscal” (Clark y Ferguson, 1983) y los análisis de Inglehart sobre cambio cultural. Los estudios sobre el “nuevo populismo fiscal” (en adelante NPF) están centrados en la acción de los partidos y gobiernos locales, no en los ciudadanos, que es el enfoque de Inglehart. Esta nueva forma de hacer política (la NPF)

se presenta como una nueva tendencia respecto a los dos patrones clásicos de gobierno existentes: el clientelismo y la llamada “política de clases”.

Clientelismo

El clientelismo consiste en acciones de los gobernantes (o promesas electorales) para orientar “con generosidad” el gasto público a ciertos sectores a fin de lograr el apoyo electoral. Un intercambio de favores (empleo, servicio, negocios, etc.) a cambio de votos o respaldo político. Prima la discrecionalidad del político para nombrar y asignar recursos. Una situación donde la corrupción tiene un amplio espacio para desarrollarse. Son posiciones que en los temas sociales suelen ser conservadoras. Como señala Sudarsky (2007), en una cultura clientelista, lo público se asocia al Estado y lo demás es de los particulares. No hay desarrollada (o lo está de manera precaria) una noción de espacio público no estatal, de sociedad civil. Putnam diría que al privilegiarse las relaciones verticales no se desarrolla el espacio público no estatal que sería el de las tramas de vínculos entre asociaciones. En este tipo de situaciones, el protagonismo del líder político o gubernamental es muy alto pero basado en aparatos partidarios y/o estatales que sirven de canal con los ciudadanos. Como señala Navarro (2007), con sus matices, una situación muy parecida al caciquismo español del siglo XIX, al *patrone* mediterráneo y al clientelismo latinoamericano.

Política de clases

La política de clases alude a las organizaciones partidarias de izquierda y derecha que en el contexto norteamericano se refiere a las acciones de los demócratas versus los republicanos pero que en cada país o región tiene su versión. Las mismas están basadas en su capacidad para representar los intereses antagónicos de diferentes sectores socioeconómicos. En este caso, los partidos de izquierda siempre serán liberales en lo social y lo fiscal (orientados al gasto social) y los de derecha, conservadores en ambos temas. Un asunto que diferenciará ambas posiciones será su concepción del rol del Estado en la creación y redistribución de la riqueza.

Lo que identifica Clark, en sus estudios iniciales, es un tipo de político (los de la NPF) que en los esquemas tradicionales se podría ver como contradictorio: conservador en el gasto público/fiscal (preocupado por la eficiencia del Estado) y liberal en asuntos sociales. Son líderes que dependen menos de sus partidos (o son francamente independientes) así como de organizaciones intermedias (sindicatos, grupos empresariales, etc.), que buscan el contacto directo con la ciudadanía a través de los medios masivos (o ahora, los nuevos medios sociales). No se dirigen a un grupo específico (como en la “política de clases”) sino que se contactan con el “ciudadano medio”, con el “pueblo” en función a temas relevantes en términos de liberalismo social y conservadurismo/eficiencia fiscal. Es un estilo personalista y populista en su relación con la sociedad civil “...el populismo es entendido como una estrategia adaptativa en atención a las demandas ciudadanas” (Navarro, 2007, p. 36). Navarro presenta un cuadro, elaborado a partir del trabajo de Clark y Ferguson (1983) que resume bien lo descrito.

Gráf. 6. Política de clases de Clark

	Rasgos básicos	Política de clases			
		Clientelismo (máquina política)	Derecha	Izquierda	Nueva Cultura Política
Preferencias	Fiscales	Liberal	Conservador	Liberal	Conservador
	Sociales	Conservador	Conservador	Liberal	Liberal
	El partido	Fuerte	Fuerte	Fuerte	Débil
	Grupos	Sociales específicos	Ciudadano medio, empresariales	Vecinales, sindicatos	Ciudadano o medio

Los estudios que luego se desarrollaron en varios países de Europa, América del Norte, América Latina y Asia, bajo el auspicio del proyecto Austeridad Fiscal e Innovación Urbana (conocido como proyecto FAUI por sus siglas en inglés), permitieron identificar que el clientelismo, la política de clases y lo que se pasa a denominar la Nueva Cultura Política están presentes en muchas ciudades del mundo. El nombre de NCP busca describir ya no solo una nueva tendencia entre los líderes políticos sino que incluye también las preferencias y pautas de interacción ciudadana. Esta NCP, se caracteriza por: mayor tolerancia social (liberales en lo social), búsqueda de eficacia en la acción del Estado (conservadurismo fiscal) y distancia de la actividad y organizaciones políticas tradicionales.

Clark e Inglehart (1998/2007) presentan las ideas generales derivadas de estos estudios. Si bien más adelante se especifican diversos detalles, se afirma que estas nuevas tendencias en la forma de hacer política (Clinton, Blair o Mockus de Colombia son puestos como ejemplos) responden a cambios en el modo de producción al ir de una sociedad industrial a una post-industrial que a su vez ha generado cambios en las esferas social, cultural y también política. Como sostiene Navarro (2007), esto deriva en un interés por incluir en el análisis ya no solo a los gestores políticos sino a la ciudadanía. Se busca entender las características sociales que se construyen en estos procesos, las preferencias, valores modos de participación cívica y electoral. En todo este análisis se incorporan los debates sobre la “muerte de la clase social” (Clark, 2003) y los trabajos de Inglehart sobre el paso de valores materialistas (luego llamados de sobrevivencia) a valores postmaterialistas (descritos después como auto expresivos).

La NCP se presenta como “una propuesta analítica general en forma de ‘agenda de investigación’, en donde se propone un modelo conceptual en forma de tipos-ideales” (Navarro, 2007, p. 40). Como ya se señaló antes, se asume que estos tipos ideales, vistos como tendencias, pueden coexistir en una misma sociedad. Como bien se enfatiza, la NCP llama la atención sobre la relación entre los cambios en los valores, producto de cambios sociales y económicos, que están relacionados con cierto tipo de comportamientos políticos y modos de interacción entre ciudadanía y sistema político. Sin embargo, es necesario seguir avanzando en el análisis de estas relaciones. Navarro

(2007) pone énfasis en que el peso de los estudios ha estado en los procesos de transición desde una política de clases (predominante en sociedades industriales) a la NCP (con fuerte presencia en las sociedades post industriales) “habiéndose indagado en menor medida sobre la otra pauta que el enfoque postula: el clientelismo. Y con ello, se haya indagado y aplicado en menor medida en áreas diferentes, como por ejemplo, Latinoamérica.” (Navarro, 2007, p. 41). La publicación del 2007 (Clark y Navarro, 2007) aborda en parte estos retos al incorporar estudios sobre la NCP en Bogotá y Buenos Aires. Navarro elabora un cuadro resumen sobre estos tipos ideales que nos parece interesante reproducir:

Gráf.7. Tipologías políticas de Clark y Navarro

	Rasgos básicos	Clientelismo	Política de clases	Nueva Cultura Política
	Base socioeconómica	Pre-industrial	Industrial	Post industrial
	<i>Cleavage</i> fundamental	Modernización	Clases	Estilo de vida
	El Estado como asunto público	La existencia del Estado	El tamaño del Estado	La actuación del Estado
Valores y preferencias	Coherencia asuntos económicos y sociales	Baja	Alta	Baja
	Tolerancia social	Baja	Media	Alta
	Individualismo	Bajo	Bajo	Alto
Pautas modales de interacción	Elites	El patrón de la máquina partidista: apoyo electoral por favores políticos	El partido y organizaciones colaterales: la coherencia ideológica	El empresario político personalista: políticas tematizadas
	Ciudadanía	Grupos sociales de referencia	Grupos organizados en torno al <i>cleavage</i> de clase (vecinales, sindicatos...)	Nuevos movimientos sociales en torno a asuntos concretos

La advertencia de que se está haciendo referencia a tipos ideales donde hay una serie de variables cuya relación se debe seguir evaluando en diferentes ámbitos es importante. Como señala Dalton (2000) hoy hay un mayor y más amplio conocimiento del comportamiento político pero a la vez grandes cambios en la situación de los ciudadanos. Esto se debe a diversos procesos de modernización socioeconómica, que han impactado

en el desarrollo de los sistemas democráticos del mundo pero dentro de un sinnúmero de contradicciones, de avances y retrocesos. Como señalen Gilbert y Mohseni (2011) después de la tercera ola de democratización global los regímenes democráticos se expandieron en todo el orbe pero mezclados con formas autoritarias de gobernar que llevaron a los académicos a desarrollar una serie de conceptos alternativos para clasificar estos “regímenes híbridos” (Karl, 1995). Lo usual fue añadirle diversos términos a la palabra democracia lo cual llevó a acuñar el concepto de “democracia con adjetivos” (Collier y Levitsky, 1997) para luego inclinar la balanza hacia el uso del término “autoritario” con adjetivos (“autoritarismo competitivo” por ejemplo, de Levitsky y Way, 2002). Esto último, se dio en gran parte porque los procesos de transición democrática no siempre fueron tan “exitosos” ni lineales como inicialmente se pensaron originando un sinnúmero de variantes híbridas. Por ejemplo, el régimen peruano durante los años 1995 a 1999 (el segundo gobierno de Fujimori, post autogolpe) en la clasificación que hacen Gilbert y Mohseni (2011) se ubica entre los llamados “regímenes híbridos iliberales” y tanto Crabtree (2010) como antes Levitsky y Cameron (2003) caracterizan la situación actual en Perú como una “democracia sin partidos” (pero siempre llena de adjetivos). Sobre esto se profundizará en el capítulo sobre estudios de cultura política en Perú. Aquí, lo que se quiere subrayar es que se ve en el enfoque de NCP (las tipologías esbozadas, las proposiciones sobre los procesos implicados, etc.) un paraguas estimulante que se debe poder evaluar a partir del trabajo empírico que se desarrolle.

Se plantean siete aspectos clave para entender la NCP y 22 proposiciones sobre los procesos implicados que fomentan su desarrollo (Clark y Hoffman-Martinot, 1998). Los denominados aspectos clave de la NCP son:

1. **La dimensión clásica de izquierda-derecha ha sido transformada.** En sociedades post industriales (pero no solo en ellas pues la globalización impacta de diversas maneras en muchos países) hablar de izquierda ya no está muy vinculado a temas de clase sino a asuntos sociales. Incluso en Europa Oriental se puede asociar a la defensa de la propiedad privada. En los países post industriales mayor protagonismo estatal no equivale automáticamente a progreso y la discusión sobre la propiedad o el control de los medios de producción no es parte de la agenda de izquierda. Se sostiene que, debido a los cambios en los modos de producción, los procesos de migración y el nuevo protagonismo de la mujer; el análisis ideológico no se puede hacer en una sola dimensión.
2. **Los asuntos sociales y fiscales/económicos están explícitamente diferenciados.** Se habla de un “liberalismo fiscal”, entiendo este como el apoyo al incremento en el gasto de gobierno; y de un “liberalismo social” que supone tolerancia social con relación a temas como la homosexualidad, asuntos raciales u otros que se consideran fuera de la norma. Sostienen que en la NCP, “las posiciones acerca de los asuntos sociales - de ciudadanos, líderes y partidos - no pueden derivarse de sus posiciones acerca de asuntos fiscales” (Clark y Navarro, 2007 p. 160). Usualmente la izquierda ha sido liberal en asuntos sociales y fiscales y la derecha conservadora; y que las posiciones

sobre asuntos sociales normalmente se derivaban de la actitud hacia los temas fiscales (que eran los dominantes). En la NCP, esto ya no sería así. Las actitudes hacia temas sociales de interés como el nuevo rol de la mujer o el multiculturalismo, por señalar dos ejemplos, no estarían relacionados con específicas preocupaciones sobre sus implicancias fiscales (gasto público). El liberalismo fiscal/económico y social, en la NCP, no coinciden.

3. **Los asuntos sociales tienen una mayor prominencia que los asuntos fiscales/económicos.** Gracias a una mejor situación económica, la gente se interesa más por temas vinculados a los estilos de vida, uso de espacios públicos (para recreación y cultura), temas de género que por clásicas preocupaciones económicas. En todo caso, la preocupación por las primeras gana terreno de modo considerable.
4. **Crece el individualismo social y de mercado.** Se habla de una tendencia de centro, alejada de los extremos, que combina una valoración de la libertad de mercado, antes solo presente en gente de derecha; con lo que denominan la “mejora social” o “liberalismo social”, antes vista como una preocupación exclusiva de la gente de izquierda. La izquierda está menos vinculada a reivindicaciones laborales y la derecha se suaviza en temas económicos. Este individualismo valora no tanto el progreso personal como la diferenciación y la autonomía. Como parte de esta nueva configuración se habla de la NCP como una mezcla de “liberalismo social” y “conservadurismo fiscal” (Sharp, 2005; Silva, Clark, Brito, 2013). Esto es una orientación liberal en asuntos que implican, por un lado, derechos civiles, humanos, medio ambiente, una cultura de paz respecto a temas internacionales; y por otro, un cuidado de la eficiencia en el gasto y la desconfianza en políticas intervencionistas del Estado.
5. **Se cuestiona el estado de bienestar para favorecer organizaciones más pequeñas y cercanas al ciudadano.** Se cree menos en la eficiencia de la planificación desde un gobierno central. No se plantea de manera radical una reducción del Estado sino que se es escéptico con relación al buen funcionamiento de las grandes burocracias centrales, sobre todo en su rol, en particular su eficiencia, como proveedor de servicios. La privatización es una opción y otra es el desarrollo del regionalismo o federalismo. En esa misma línea se apoya el fortalecimiento de los gobiernos locales así como la intervención de asociaciones sin fines de lucro que hagan trabajo a nivel local o el uso de nuevas tecnologías. Se busca una cercanía entre estas organizaciones más cercanas al ciudadano y los nuevos movimientos sociales.
6. **El auge de la política en función a “temas” y nuevas formas de participación ciudadana no jerarquizadas.** Antes que discusiones sobre ricos y pobres o sobre socialismo vs capitalismo, el debate se da en función a temas de género, medioambientales, calidad de servicios, etc., valores auto expresivos. Para canalizar estos intereses, se deja de lado a los “partidos jerárquicos tradicionales”, las entidades del Estado (“burocracia tradicional”) o los sindicatos y agremiaciones tradicionales. Se busca una relación más directa. Votar no es una prioridad en tanto no ven

vinculación con los temas que les preocupan y porque desconfían del orden tradicional como medio para sus fines (Sharp, 2005). Se desarrollan los llamados “nuevos movimientos sociales” que suelen articularse alrededor de un tema en particular (muchas veces desvinculados de otros temas existentes). Estos “nuevos movimientos sociales” tienen formas diferentes de participación (Sharp, 2005; Clark y Navarro, 2007). No quiere participar en vínculos que los ubiquen en un rol pasivo o clientelar, buscan horizontalidad y su reconocimiento como actores relevantes. Pueden incluso rivalizar con los partidos tradicionales por la búsqueda de atención del Estado, los medios o la ciudadanía en general. Los medios de comunicación son un canal cada vez más importante para la expresión de estos intereses (mucho más con el desarrollo de las redes sociales). En general, se opta por formas menos tradicionales de participar y expresar sus inquietudes. En parte por esta dinámica, “los nuevos temas emergen rápidamente y cambian frecuentemente, haciendo a menudo volátil y turbulento al liderazgo...” (Clark e Inglehart, 2007).

7. **La NCP tiene mayor presencia en sociedades y entre personas más jóvenes, con mayor nivel educativo y con mejor posición socioeconómica.** Se señala que esta configuración está, con mayor probabilidad, presente también en mujeres que trabajan (Clark y Hoffman-Martinot, 1998). Otros estudios dan cuenta de resultados semejantes. Lieske (2004, citado en Sharp, 2005) añade que este perfil está mucho más presente en ciudades o personas muy vinculadas al sector tecnología y, en general, en lo que se denomina la “clase creativa”, esto es, ocupaciones vinculadas a profesionales liberales, sector tecnológico, educación, medios y afines. Rosdil (1991, citado en Sharp, 2005) afirma que estas nuevas culturas surgen en sociedades post industriales donde cambian los roles de la mujer (más educada, con mayor presencia en el mundo laboral), la educación superior se expande, surgen hogares no tradicionales (grupos de amigos, mujeres cabeza de familia, parejas del mismo sexo, etc.) y donde crece el empleo en el sector servicios. Esto último, se señala, es importante porque son espacios donde se fomentan vínculos horizontales así como el pensamiento crítico e independiente.

Hay autores como Ansell (2000) que consideran que más que una declinación, se podría hablar de un cambio que complejiza el análisis de clase. Critica que en la NCP se hable de una convergencia al centro político cuando lo que se está diciendo es que la lógica general (derecha-izquierda) es la que cambia para darle prioridad a los valores. En ese sentido, afirma que la NCP más parece una ideología de la clase media acomodada.

Sin embargo, es interesante señalar, como veremos en el capítulo que habla de los estudios sobre cultura política en Perú; que autores como Levitsky y Cameron (2003) y Crabtree (2010) señalan que a la base de la crisis de los partidos políticos en Perú (y su impacto en la cultura política local) están los cambios socioeconómicos en el país donde los procesos de migración del campo a la ciudad, el crecimiento del sector informal (básicamente comercio y servicios) y la expansión de los medios de comunicación tienen un impacto en las identidades políticas locales que los partidos no entienden. Siendo

historias y realidades diferentes (mayor pobreza e inequidad, racismo encubierto, etc.) la quiebra de estructuras partidarias basadas en los sectores campesinos y obreros, así como el rol de los medios, la importancia de la presencia del sector comercio y servicios, la fuerte presencia de la informalidad en los ámbitos económicos, institucionales y sociales así como la demanda por nuevas formas de vincular a la sociedad civil con la política, son aspectos en común que estimulan la reflexión y que retomaremos luego.

En síntesis, la NCP parte de asumir una sociedad donde las diferencias, los clivajes grupales, ya no se dan en función al nivel socioeconómico (de clase social), estatus, nivel educativo o étnico porque estas distancias se reducen o dejan de ser valoradas; donde las relaciones son más horizontales (no jerárquicas), hay mayor tolerancia social. Las personas valoran su autonomía así como la relación directa entre sí y, eventualmente, con el gobierno. Se toma distancia de partidos y en general de instituciones jerarquizadas así como del clientelismo. Los medios de comunicación masivos y redes sociales toman gran importancia en ese sentido. Por último, los asuntos de interés, que son los que agrupan y diferencian, están más orientados a temas sociales, medio ambientales y culturales que a problemas vinculados al trabajo o la economía (al menos en el sentido tradicional). La preocupación por la satisfacción y bienestar personal, mantener un cierto estilo de vida y el mundo del consumo son una prioridad de mayorías gracias a la mayor disponibilidad de recursos.

Los siete aspectos descritos parten de las llamadas 22 proposiciones de las cuales destacaremos acá lo más relevante a nuestra investigación y que están adecuadamente explicadas en Clark e Inglehart (1998/2007). Las proposiciones sobre la NCP son una combinación y desarrollo de los trabajos previos de Clark sobre el declive de la “política de clases” y el surgimiento del Nuevo Populismo Fiscal, por un lado y los trabajos de Inglehart sobre el cambio de valores en las sociedades post industriales.

Una proposición importante en los postulados sobre la NCP está relacionado con los cambios en la estructura de clases y su repercusión en la política donde destacan los vinculados al declive en la denominada “política de clases” (Clark, 2003).

Reconociendo que el concepto de clase social se ha seguido revisando, se plantea su estructuración a partir de su ubicación en los medios de producción (entendidas como divisiones ocupacionales). Esta jerarquización se expresa en diferencias en los ingresos, en el tipo de ocupación, nivel educativo y estatus social asociados a cada clase. Las instituciones sociales asociadas a estas clases, en los segmentos altos, suelen ser los clubes sociales y grupos empresariales, entre otros. Entre los segmentos bajos suelen estar los sindicatos y los grupos vecinales. Se asume que estas divisiones de clase se convierten en políticas dependiendo del proceso de cambios en la conciencia de clase (los conceptos de clase en sí y para sí de Marx). En este tipo de cultura política, los partidos de izquierda y derecha tradicionales expresan estas divisiones. Los de izquierda, liberales en lo social y en el gasto fiscal, representan a los obreros y en general a la gente de menos recursos. Los de derecha, conservadores en lo fiscal y social, representan a quienes tienen ocupaciones e ingresos, comparativamente hablando, más elevados. Cada clase tiene un

vocero/representante de sus intereses. ¿Cuáles son estos? Durante las campañas y mientras se gobierna, los temas en debate tienen que ver con el trabajo, salarios, etc. Asuntos vinculados a las relaciones mismas de producción. El rol del Estado es un tema que genera polémica en su intervención en la generación y redistribución de ingresos así como su control sobre las relaciones de trabajo (entre las clases). Los asuntos sociales son secundarios o se abordan desde su impacto en lo económico (la explotación de la mano de obra y sus consecuencias, por ejemplo).

Como ya se indicó, en estos trabajos no hay una profundización mayor sobre el clientelismo salvo su caracterización como el uso de recursos públicos o de “maquinarias políticas” para la búsqueda de apoyo político de grupos sociales específicos donde la corrupción es un elemento presente. Esto es, el clientelismo desde los actores políticos pero no en la cultura política ciudadana. Tampoco se profundiza en el tema racial, importante para el análisis de la realidad latinoamericana, salvo para presentarlo como una forma alternativa o adicional de clivaje entre sectores sociales que luego buscarán su expresión política.

Lo importante a destacar acá es la presencia de esta idea de univocidad entre una determinada clase social y un tipo de agrupación política. En los trabajos iniciales de Clark, izquierda y derecha se asocia a demócratas y republicanos, por lo que se siente la ausencia de un análisis de lo que significó el fascismo o el nacionalsocialismo europeo para entender que no siempre existe esa relación directa (para no hablar del populismo latinoamericano, más cercano al clientelismo). Sin embargo, buena parte del clima político de los ochentas en Perú, donde la izquierda tuvo un importante protagonismo, partía de esta idea de “política de clases”. En el país, los diferentes partidos y movimientos de izquierda, todos a la vez, se sentían los naturales intérpretes de los sectores obreros y de bajos recursos. En todo caso, es un planteamiento que describe bien la cultura política de muchos de los dirigentes e intelectuales de izquierda en ese momento (Crabtree, 2010).

El otro aspecto importante, del cual se derivan varios postulados, es el cambio intergeneracional de valores planteado por Inglehart. El paso de valores de sobrevivencia y tradicionales a otros de autoexpresión y seculares está vinculado a lo que se denomina las hipótesis de Escasez y la Socialización (Clark e Inglehart, 1998, 2007). En el trabajo citado los autores lo aplican al cambio de predominio de valores materiales a postmateriales porque esos eran los términos usados por Inglehart en aquellos años pero las hipótesis son igualmente válidas para los desarrollos posteriores de Inglehart. Por la primera, se entiende que “subjetivamente se valoran más aquellas cosas relativamente escasas”. Y por la segunda, que “Las prioridades acerca de valores no se ajustan inmediatamente al ambiente socioeconómico...los valores básicos reflejan las condiciones de los años de la pre adultez” (p. 62). En ese sentido, gracias al desarrollo económico de las sociedades industriales (o de los sectores que se benefician de ello, pensando en el caso peruano), aparecen como prioritarios una serie de valores (derechos frente al aborto, sexuales, medio ambientales, etc.) que si bien existían estaban

despriorizados por necesidades más básicas y urgentes. Por otro lado, diversos estudios sostienen que estos valores, una vez instalados en una generación, sufren modificaciones menores en el tiempo (Clark e Inglehart, 1998/2007).

En esta combinación de conceptos (cambio de valores y Nuevo Populismo Fiscal) los análisis empíricos indican que entre las personas identificadas como Post-materialistas (mayoritariamente gente joven) hay un predominio de preferencias liberales en asuntos sociales y más bien una mayor inclinación hacia posiciones conservadoras en lo fiscal. Esto último en relación a un menor respaldo a la intervención del gobierno en la economía pues se valora la autonomía individual. Una autonomía que como defenderá luego Inglehart (Inglehart y Welzel, 2006) no está relacionada con valores egocéntricos sino con la autonomía y el respeto por la libertad tanto personal como de los demás.

El cambio desde culturas políticas de clases o clientelares hacia la NCP se explica, principalmente, por cambios a nivel económico y social, por un lado así como por las acciones del mismo gobierno que han ayudado a una mejor calidad de vida. Estos tres procesos, a su vez, impactan y/o están relacionados con cambios en las jerarquías (sociales, económicas, políticas), el empoderamiento ciudadano y ciertas condiciones estructurales (a nivel local y global) que pueden favorecer o frenar estos procesos (Clark e Inglehart, 1998/2007).

Con relación a la economía, se señalan dos procesos que llevan al desarrollo de valores de “individualismo de mercado”. Uno es el crecimiento del sector servicios versus la industria y agricultura y el otro, el aumento de ingresos. Esto último reduce tensiones intergrupales o de clase (disminuye jerarquías) pero además genera nuevas dinámicas en los estilos de vida ciudadanos. Esto va de la mano con procesos, que como los autores señalan, no son exclusivos de las sociedades post-industriales sino que se dan en diferentes regiones debido a una economía cada vez más globalizada donde las lógicas de mercado priman. El aumento de los ingresos lleva a que las demandas ciudadanas se vuelvan más sofisticadas y diferenciadas. En lugares como América Latina el desarrollo industrial puede haber sido relativamente incipiente (sobre todo en Perú y otros países de desarrollo intermedio como Colombia y Chile) pero la economía de mercado se expandió con una fuerte apertura al exterior. Además, como se verá luego, estos tres países tuvieron crecimientos muy importantes de su economía en los últimos diez años generando un desarrollo importante de sectores medios. El desarrollo de este nuevo ciudadano/consumidor presiona a las empresas y al Estado a ser más ágiles y descentralizados en sus procesos de toma de decisiones. Se da un importante crecimiento de las pequeñas empresas en un entorno cada vez más dinámico donde la gestión es cada vez más importante y los avances tecnológicos están cada vez más presentes a nivel masivo. Como se menciona “Una consecuencia importante de estos cambios económicos es el declive de la autoridad y la jerarquía tradicionales” al interior de las instituciones públicas y privadas (Clark e Inglehart, 2007). Por lo tanto, no solo cambia el entorno del consumo sino el laboral. La gente trabaja en empresas más horizontales, las culturas corporativas cambian. Ponemos énfasis en esta dinámica porque, por otros motivos, el

sector comercio y servicios así como la pequeña y micro empresa son lo que predomina en la economía peruana. La misma ha tenido un crecimiento sostenido y relativamente descentralizado, en una lógica de mercado, que ha sido muy importante en los últimos diez años. Los procesos y sus consecuencias no son iguales pero sí permiten ver dinámicas semejantes en algunos aspectos. En el caso peruano, habría que señalar que este crecimiento no ha sido homogéneo, la heterogeneidad es una característica de la sociedad peruana así como la desigualdad. Hay regiones que en estos últimos diez años crecieron cerca de 10% en promedio, normalmente las de la costa, y otras que solo lo hicieron en 3%, principalmente las ubicadas en la sierra sur y central. A esto, habría que añadirle un nivel de informalidad que está presente tanto en lo empresarial como lo laboral así como la debilidad de un Estado con serias falencias en los servicios de educación, salud, seguridad y justicia. En síntesis, procesos mixtos que influyen en una cultura de individualidad más vinculada a los valores de sobrevivencia y con bajo respeto por las normas (Informe Roper GfK Perú, 2012).

Por el lado de los cambios sociales que plantea la NCP, se indica que en las sociedades post-industriales la familia (nuclear y extensa) pierde influencia en la educación y la ocupación de las personas. A la vez, la gente eleva su nivel educativo y acceso a diversos medios de comunicación. Todo esto lleva al desarrollo de valores vinculados a una mayor tolerancia social, mayor respeto por las diferencias. En todo caso, las diferencias no se toman en cuenta como elementos de clivaje, hay mayor tolerancia y respeto por el otro. En ese sentido, se habla ya no solo de un “individualismo de mercado” sino de un “individualismo social”. Se considera que esto se desarrolla porque...

...al satisfacerse las necesidades económicas básicas, surgen nuevas necesidades. Esto supone una orientación pública cada vez mayor hacia la esfera del consumo en vez de hacia la producción: roles de las mujeres, asistencia a la infancia, vejez, eliminación de desechos nucleares, aire puro, cultura, deportes, tiempo libre. Son menos importantes los asuntos relacionados con el trabajo, como "el derecho a huelga", la seguridad social, o el seguro de desempleo. (Clark y Navarro, 2007, p. 110)

Es importante señalar que para estos autores, la relevancia de los temas sociales, de bienestar y consumo no solo reemplazan en prioridad a los vinculados al trabajo o la producción sino que también desplazan a las preocupaciones o debates ideológicos en términos de izquierda-derecha y en generar, la preocupación por la política tradicional. Estas nuevas inquietudes y estilos de relación con lo público e institucional terminan siendo mejor canalizadas en los denominados “nuevos movimientos sociales”

...muchos ciudadanos encuentran que las opciones de los candidatos están muy distantes de sus preocupaciones como para ir a votar: los partidos y líderes establecidos son vistos como "irrelevantes". Los grupos locales y los asuntos

específicos logran un mayor apoyo. (Clark e Inglehart, 2007, p. 116)

Como señalan, el éxito de estos movimientos se entiende por la pérdida de legitimidad de las jerarquías tradicionales: empresas, partidos, sindicatos, familia, iglesia, escuelas, gobierno, etc.

Es interesante destacar que la educación tiene un efecto positivo sobre la tolerancia (como ya estudios anteriores lo han señalado), más aún cuando su efecto se combina con la influencia de los medios de comunicación (y añadiríamos, las redes sociales). Sin embargo, como indican los investigadores, estos efectos *tienden a ser más pronunciados en una sociedad menos jerárquica*. (Clark e Inglehart, 2007, p. 111).

Con relación a la familia, se sostiene que la misma cambia en su estructura en relación a los otros cambios ya señalados. La gente se casa más tarde, tienen menos hijos, suben los divorcios. Los roles también cambian. Aumenta el número de parejas donde ambos trabajan, la proporción de mujeres que trabaja fuera del hogar también se incrementa. No solo hay cambios hacia adentro. En las sociedades con Estados más fuertes la familia delega más la educación, salud y eventualmente crianza al Estado. Todo esto redundando en que, una vez más, las jerarquías se rompen, se fortalecen las individualidades y las relaciones horizontales. Una mayor tolerancia debería ser la consecuencia pero también dependerá del nivel de jerarquización pre-existente.

Todos estos procesos descritos se basan en tres ideas generales relacionadas con: la jerarquía, el empoderamiento y las condiciones estructurales

Las jerarquías y sus consecuencias. Como señalan, son reflexiones que no abordan directamente la dinámica de las jerarquías sino que se preocupan por sus consecuencias socio políticas. Se parte de entender que el orden tradicional es uno jerarquizado bajo diversas lógicas y ámbitos pues las jerarquías en lo económico no son las mismas que en lo político, lo empresarial, lo social, lo religioso o lo familiar. A partir de ahí, se afirma, por el llamado “principio de nivelación”, que toda jerarquía genera un movimiento contrario, la anti jerarquía. Así, los partidos o los movimientos sociales terminan luchando por los derechos de los trabajadores, los derechos de la mujer, etc. Esta búsqueda de nivelación, que estaría motivada a su vez por el “empoderamiento” que el desarrollo económico y social ha facilitado, se desarrolla a partir de la construcción de un grupo contrario (real o simbólico) al cual hay que derrotar (burguesía, machismo, etc.). En Perú, el movimiento indigenista que buscó revalorizar la imagen de lo andino a principios del siglo XX, las tomas de tierras campesinas o las luchas de las organizaciones barriales (urbanas) por servicios públicos y titulación serían también ejemplos (Rodríguez, Riofrío y Welsh, 1976; Collier, 1978). La NCP se consolidaría ahí donde las jerarquías de diverso tipo, por todos los procesos ya descritos, vayan desapareciendo. Esta idea es interesante para entender la cultura política peruana y sus posibles derroteros. Nos permite resaltar su carácter jerarquizado, a diferentes niveles, donde la herencia colonial es un elemento importante que le imprime particulares características. Trabajos

como Clases, Estado y Nación en Perú (Cotlear, 2009) y “El laberinto de la choledad” de Nugent (1992) han dado cuenta de estas complejas tramas y urdiembres donde lo que prima es la verticalidad. Como señalan Clark e Inglehart (2007):

En países o ciudades con jerarquías rígidas, esperamos que exista más persistencia de la política de clases, y por tanto, menos desarrollo de la NCP. Si la jerarquía es centralizada y monolítica (como en el caso de una gran empresa monopolista), los movimientos de oposición o sindicatos tienden a desarrollar y conservar el mismo carácter. (Clark e Inglehart, 2007, p. 89)

Hay ciertas características estructurales que influyen en este proceso de nivelación. Se menciona el nivel de legitimidad, cuánto más legítima la jerarquía, mayor resistencia al cambio; y el nivel de la tolerancia a la oposición política pues tiene que haber oportunidades para que la oposición se exprese. En un sistema más autoritario la oposición a cualquier tipo de jerarquía se dificulta. Otro aspecto relevante con relación al cambio en las jerarquías es que se afirma que el crecimiento demográfico de un sector incrementa su legitimidad y poder (las clases medias, por ejemplo, que en América Latina y en Perú han crecido considerablemente). Esto debería relativizarse porque el tamaño de un sector no es lo único que gravita a favor de la legitimidad de sus puntos de vista pero es una variable a tomar en cuenta.

Un aspecto relevante para nuestra investigación es que los autores de la NCP mencionan que cuando las diferencias entre la población son muy grandes, sobre todo con relación a valores más básicos (de sobrevivencia), la demanda de un Estado fuerte es mayor. Esto disminuye cuando este nivel de necesidades está mejor cubierto y las diferencias se dan más en función a valores autoexpresivos.

Hay otros temas vinculados a la relación entre las jerarquías y los partidos políticos que son interesantes resaltar. Se sostiene que el surgimiento de la NCP es más difícil cuando los partidos son más jerarquizados y coherentes en su ideología. En todo caso, hay un divorcio mayor entre la ciudadanía que comparte la NCP y los partidos tradicionales que tienen miradas opuestas sobre los asuntos públicos. Por su lado, el clientelismo puede tener mayor capacidad de adaptación a estas demandas. El clientelismo promueve las relaciones personales como forma de canalizar los intereses ciudadanos y los particulariza. Los mismos autores señalan que el clientelismo y el catolicismo “apoyan los contactos personales más intensos” y por lo tanto son contrarios al desarrollo de la NCP.

Algo que es muy interesante, y que lo vemos en la política limeña es que observan que los partidos que sí incluyen temas relacionados con la NCP (derechos de los homosexuales o del aborto por ejemplo) *tienden a perder votantes de la clase trabajadora* (Clark e Inglehart, 2007, p. 95) y que estos últimos terminan apoyando partidos clientelistas o de política de clases. En Perú, la alcaldesa Susana Villarán (2011-2014)

comenzó apoyando en su gestión los derechos de los homosexuales, entre otras iniciativas, y tuvo muy poco apoyo en los sectores de más bajos recursos, donde la oposición a proyectos sobre “unión civil” era muy grande (GfK 2014).

El empoderamiento. Este consiste en que los ciudadanos tengan no solo la motivación sino también las habilidades para formar grupos organizados y participar en ellos a fin de conseguir determinados objetivos. Es un concepto vinculado al de competencia y cooperación cívica de Almond así como al de capital social de Putnam o al de valores autoexpresivos de Inglehart. La diferencia, en este caso, es que se observa que este empoderamiento rebasa la institucionalidad existente buscando diferentes canales. Su desarrollo está en función a cambios asociados al desarrollo económico y la mejora del capital social: mayor nivel educativo, acceso a más medios de comunicación, mejores ingresos y ocupaciones que promueven habilidades interpersonales llevan a una mayor participación en grupos políticos, cívicos o movimientos sociales.

En la medida en que los ciudadanos adquieren más recursos personales en la forma de capital social (educación, habilidades de comunicación, experiencia personal en asociaciones voluntarias, redes más ricas de contactos sociales), son más propensos a unirse a las organizaciones que defienden asuntos específicos (para limpieza del barrio, vigilancia del crimen, asuntos de la mujer, u otros) que a confiar en los partidos políticos y líderes electos. Tienden más, por lo tanto, a cuestionar a los líderes de los partidos, así como otras jerarquías. (Clark e Inglehart, 2007, p. 85)

En este planteamiento, el desarrollo de capital social cognitivo lleva a una mayor participación política pero bajo modalidades no tradicionales.

Condiciones estructurales. Se considera que el desarrollo del capital social y, en general, lo relacionado a la cultura política, está vinculado a la existencia de ciertas condiciones estructurales. Hay algunas que, como ellos señalan, son “cuasi necesarias” para que la NCP surja, otras que ayudan a una difusión más rápida y otras que retrasan u obstaculizan su desarrollo. Por ejemplo, entre los aspectos estructurales relevantes se menciona el grado de conflicto o consenso político entre la ciudadanía así como la tolerancia política. El desarrollo de la NCP será más rápido si los niveles de conflictividad de una sociedad son mayores y si la tolerancia está presente.

Se destaca que esta relación entre aspectos estructurales y culturales, que siempre ha generado gran debate en los estudios sobre cultura política (Morán 1995, Formisano 2001, Johnson, 2003), se da en el largo plazo (cincuenta o cien años) y suponen una interacción entre diversas variables que matiza una linealidad en los procesos.

...de ningún modo la teoría niega que los patrones empíricos sean cíclicos o que puedan revertirse...Más bien ilustra la necesidad de analizar no solamente un cambio en

forma lineal, sino también de relacionar los cambios con actitudes específicas y otros comportamientos detallados en las propuestas...puede haber importantes excepciones en la medida en que operan una miríada de otros factores. Los efectos combinados de estas advertencias hacen decrecer los coeficientes observados en las estadísticas. (Clark e Inglehart, 2007, p. 87-88)

Globalización

Uno de los procesos que se considera como muy importante a nivel estructural es la globalización.

...ninguna nación o ciudad puede escapar hoy a por lo menos algunos elementos de los procesos globales que transforman muchas reglas de juego para las políticas nacionales y locales. (Clark e Inglehart, 2007, p. 86)

Este proceso llevó a que en los países existieran presiones con relación a su propia política económica (manejo fiscal, tributario, gestión, etc.) que repercutió en presiones favorables al denominado “conservadurismo fiscal”. A la vez, el desarrollo de iniciativas internacionales sobre lucha contra la corrupción, derechos humanos, derechos de la mujer, etc. influyó a favor de una mayor tolerancia social, valores auto expresivos, lo que en el contexto de la NCP se denomina “liberalismo social”. La globalización se da tanto a nivel económico, político y social como cultural y mediático. Muchos contenidos y actividades son compartidos a nivel global generando “tribus digitales” que comparten gustos e inquietudes sin considerar fronteras.

Desarrollo de los medios de comunicación

Además, se considera que en la NCP el desarrollo de los medios de comunicación y las redes sociales debilita el uso de las relaciones interpersonales como “recurso informativo y mecanismo de intercambio en la política”. Asistir a un mitin, una reunión partidaria o una manifestación es menos atractiva si uno la puede seguir por televisión o se puede manifestar en redes sociales.

Al crecer la importancia política de los medios se hace posible el contacto directo entre el líder político y los ciudadanos individuales, lo que puede debilitar el personalismo clientelista. (Clark e Inglehart, 2007, p. 123)

En ese contexto, los medios se convierten no solo en un canal de socialización de contenidos globales y de difusión de una cultura centrada en el entretenimiento sino que permiten, a la vez, la expresión y la fiscalización sobre asuntos públicos. Si los partidos y las demás instituciones políticas no logran canalizar las inquietudes ciudadanas, los medios son los elegidos para hacerlos. En un primer nivel de análisis, en el caso peruano

se puede ver mucho de este proceso. Partidos desprestigiados y medios que terminan llenando vacíos pero que muchas veces terminan entrando en la polarización que ha desacreditado al sistema político. La gente muchas veces considera que la mejor forma de hacer una denuncia no es ir a una comisaría o al poder judicial, sino ir a una radio o un canal de televisión para poder hacerse escuchar. No se deja de manera radical el clientelismo, pero se encuentran nuevos canales.

El mundo del entretenimiento y la cultura, impulsado por el desarrollo de los medios masivos y digitales pero también por una mayor capacidad adquisitiva, toma relevancia como parte de la escena pública (Clark, 2007; Clark 2011). Se presta más atención a los personajes del mundo del entretenimiento que a los políticos. Además, con un punto de vista que se aproxima a parte de los postulados del enfoque Interpretativo, se considera que entender la cultura de consumo, la cultura artística y el entretenimiento permite conocer las lógicas culturales subyacentes que luego se puede expresar en la escena pública con relación a temas políticos. Las escenas de políticos tratando de asociarse a figuras del entretenimiento, apareciendo en medios vinculados a ellos o la participación directa de personajes de farándula, deporte y semejantes en la política dan cuenta de ello. La política comienza a usar fórmulas del mundo del espectáculo para llamar la atención ciudadana. Clark pone como ejemplo el impacto que logró Clinton apareciendo en televisión tocando saxo y otras intervenciones semejantes. En esa línea, durante un proceso electoral que se desarrolló en Lima durante el 2013 (la búsqueda de revocatoria de la alcaldesa) un asesor político mencionó que para hacer análisis político había que leer el Trome (diario de gran tiraje con un contenido orientado a la farándula, deportes y asuntos cotidianos más vinculados al día a día ciudadano).

¿Cómo estas ideas pueden ayudar a entender lo que pasa en Latinoamérica y en particular en Perú? A lo largo del texto hemos ido señalando temas que están vinculados a los procesos que los estudios sobre NCP han identificado en otro tipo de sociedades. Navarro (2007) y Clark (2007) señalan que los estudios sobre la NCP han estado más centrados en ver la relación o la transición desde una cultura de clases a la NCP y que poco se ha trabajado sobre las relaciones entre la cultura política clientelista y la NCP, que es el tipo de cultura política predominante en Latinoamérica. En los estudios sobre NCP realizados hasta el 2007 el análisis del clientelismo tenía como referencia a países como Irlanda, Italia y Japón. Recién en la publicación de Clark y Navarro (2007) se incluyen los casos de Bogotá y Buenos Aires. Por su lado, Navarro (2007) destaca los “parecidos de familia” entre el estilo personalista y populista que tienen los líderes de la NCP con el caudillismo y populismo Latinoamericano. Señala que la diferencia está en que el clientelismo tradicional combina el personalismo y estrategias populistas apoyándose en maquinarias partidarias que en el caso de la NCP no existen o tienen menor peso. Además, el clientelismo suele ser liberal, orientado al gasto, en lo fiscal y más bien conservador en lo social, lo opuesto al estilo de los líderes de la NCP.

Navarro plantea que los estudios que parten del enfoque general de la NCP para el estudio de la situación en Latinoamérica deben considerar que existen condiciones que favorecen

la presencia simultánea de una cultura política clientelista así como una cultura política de clases. A lo primero, sostiene, contribuye una estructura social con grandes grados de desigualdad y la influencia de la religión católica así como un sistema político electoral que fomenta la presencia de partidos (sistema proporcional) y tienen un claro sesgo presidencialista. Con relación a la cultura política de clases en Latinoamérica, cita trabajos de Alcántara (2002), Coppedge (1998), Luna y Zechmeister (2005), Rosas (2005) y Ruiz y García (2003) que dan cuenta de la presencia de una lógica de estructuración de partidos en términos de izquierda-derecha que, sin embargo, ha sufrido grandes cambios debido al desarrollo de las llamadas “políticas neo liberales” en la región y que ha llevado al desarrollo de un “neo populismo neo-liberal” (Portes y Hoffman, 2003). Así mismo, se citan estudios que dan cuenta de que si bien en ciertos países, o sectores dentro de los mismos, estas reformas (reducción del Estado, apertura de la economía, etc.) no han sido bien aceptadas, hay países/sectores que sí las respaldan, más aún ahí donde el sistema de partidos preexistente ha sido débil (Magaloni y Romero, 2008).

Lo anterior no implica que no existan condicionantes socio-económicos y culturales que puedan dar cuenta de la dinámica socio-política en Latinoamérica en clave de personalismo clientelista, sino que también hay evidencias de una progresiva consolidación de rasgos que son característicos de la política de clases. (Navarro, 2007, p. 42)

Ante este panorama, el autor se pregunta por la presencia y posibilidades de la NCP en América Latina. Es esto posible o priman, como indica, “estrategias adaptativas de líderes a cambios en la dinámica societaria y reformas institucionales inducidas por organizaciones internacionales” (Navarro, 2007, p. 43). Siguiendo a Weyland (2001, 2003), se dirá que lo que priman son estrategias adaptativas, al menos a nivel de los políticos. Weyland sostiene que el populismo, en general, es más una estrategia flexible, que tiene autonomía respecto a los entornos socioeconómicos que enfrenta. Es siempre personalista, oportunista y orientado a un público masivo de origen popular pero indeterminado. Sin embargo, mientras que el populismo tradicional era liberal en lo económico (para usar los términos de la NCP) el llamado neopopulismo es conservador en lo económico y tiene muchos puntos en común con el neo-liberalismo. Tienen enemigos en común, los sindicatos, grupos empresariales y en general sectores asociados “al viejo orden” (la “partidocracia” a la que hacía referencia Fujimori en Perú, por ejemplo). El neoliberalismo necesita del neopopulismo para enfrentar a estos sectores que se oponen a los cambios. Y este último encuentra en el otro una forma de racionalizar sus medidas contra el orden establecido. Sin embargo, afirma Navarro, el enfoque de la NCP ha identificado que el liderazgo es un elemento que goza de cierta autonomía y que tiene el espacio de la gestión gubernamental como una forma de promover sus puntos de vista y, desde ahí, promover el desarrollo de diferentes culturas políticas.

De hecho, la extensión de las propuestas de Nueva Cultura Política se ha seguido desarrollando...intentando conocer la capacidad explicativa del liderazgo local y la cultura política local en el desarrollo, extensión, y en algunos casos el éxito, de nuevas formas de enfrentar la crisis fiscal de los gobiernos locales, y la social y política sus comunidades locales. (Navarro, 2007, p. 44)

Lo que habría que añadir es que además es importante el entendimiento de qué tipos de cultura política se estructura en la ciudadanía con relación a la cultura política de la élite, qué tipos de relaciones establecen. Como menciona el mismo autor “¿cómo explicar esta anomalía del enfoque entre contexto 'materialista' y líderes 'post-industriales'?”. Esto es, como interactúa una ciudadanía donde priman los valores “materialistas” (la tendencia en Latinoamérica) con líderes que enarbolan valores “post materialistas” pero también “neo populistas”. ¿Es esta la situación o la heterogeneidad ronda en ambos lados de la relación?

En ese sentido, son interesantes los trabajos de Sudarsky (2007), hecho en Bogotá, Colombia y de Marta Díaz de Landa (2007) en varias ciudades de Argentina. No es la intención hacer un análisis al detalle de estos trabajos porque extendería el ámbito del estudio pero sí vale la pena señalar que ambos, son ejercicios que permiten poner en diálogo los conceptos de la NCP y la realidad de las ciudades latinoamericanas. En el primero, Sudarsky se pregunta “en lugar del Clientelismo (o podríamos decir el populismo) ¿qué? En ese sentido, se parte del diagnóstico de una sociedad “neo patrimonialista” y con un régimen político clientelista que en el devenir del desarrollo socioeconómico ha ido desarrollando una precaria política de clases cuyo derrotero es incierto. ¿Qué alternativas de desarrollar una NCP tienen sociedades donde la desconfianza y la corrupción son un elemento importante en su conformación?, pregunta válida no solo para Colombia sino para Perú y otros países en Latinoamérica (Sudarsky, 2007). Se pregunta si, a diferencia del esquema básico de Clark e Inglehart donde se plantea una secuencia: clientelismo, partidos de clase, post-materialismo, NCP, se puede dar un proceso que vaya desde el clientelismo a la NCP. Es interesante el caso en tanto plantea que en Colombia (como en Perú, decimos nosotros) el desarrollo industrial existe pero con bajo impacto sobre la fuerza laboral siendo el sector terciario y la informalidad lo que crece. Si hay sindicatos importantes, los mismos son de empleados estatales (maestros, médicos, enfermeras, funcionarios públicos en general). En ese contexto, observa que será difícil el desarrollo de un sistema de partidos de clase sin la base tradicional (obrera) que la caracteriza (Therborn, 1991). Por eso se plantea la pregunta de si es posible pasar de una estructura clientelar a un “republicanismo cívico” o a la NCP. Se señala que un factor en contra es la situación jerárquica y clientelar presente, por un lado en la cultura religiosa, así como en la relación que pueden establecer ciertos partidos políticos de corte populista. Factores a favor son la mejora en el nivel educativo, el desarrollo de capital social en el ámbito vecinal y la posible reacción de los políticos ante una crisis económico/fiscal que lleven a un estilo de liderazgo más cercano a la NCP

(aunque en el caso peruano, esto derivó, como veremos luego, en un régimen como el de Fujimori que se tipificó como neo-populista).

En el trabajo de Marta Díaz de Landa se busca sustentar empíricamente diferentes tipos de culturas políticas asumiendo que las actitudes en relación a la autodeterminación individual son un eje importante junto con el rol económico que se espera del Estado. Así, se plantea que en Argentina existen cuatro tipologías de cultura política que se describen como: Estatista-Conservadora (vinculada al peronismo tradicional, liberal en lo fiscal y conservador en lo social, con vínculos paternalistas hacia los sindicatos y gremios empresariales), Neo-conservadora (presente sobre todo en el gobierno de Menem, conservadora en lo fiscal y lo social, con apoyo a las privatizaciones, donde se aleja del partido buscando relación directa con la ciudadanía pero en una lógica clientelar), Pro-bienestarista (liberal en lo social pero relativamente conservador en lo fiscal, con fuerte presencia del Estado pero escasa promoción de la participación social) y la Nueva Cultura Política. Algo que es importante destacar a fin de subrayar la importancia de revisar los desarrollos del enfoque de la NCP desde la realidad latinoamericana es que, como bien comenta Díaz de Landa, para el caso argentino el tipo de cultura Estatista-Conservador no está contemplado en el enfoque de la NCP. Mientras que en Europa el Estado de Bienestar surgió como una respuesta a las demandas de la izquierda, la importancia del Estado (no necesariamente un modelo de Estado de Bienestar), en Argentina, y en otros países latinoamericanos, está más vinculado a tendencias conservadoras.

La conformación del Estado de Bienestar en las democracias centrales respondió a la demanda de la izquierda. En nuestro país, el modelo del Estado regulador y asistencialista (bienestarismo criollo) se construyó básicamente a partir de tendencias socialmente conservadoras. (Díaz de Landa, 2007, p. 355)

En síntesis, tanto en el trabajo de Sudarsky como en el de Díaz de Landa se aprecia que el rol del populismo y neopopulismo es una variante a ser integrada en el análisis de la cultura política latinoamericana. Si bien tiene elementos de clientelismo presenta a su vez una serie de particularidades y evoluciones que dependen de la historia de cada país.

c) El enfoque comparativo

Acá destacan las ideas de Ronald Inglehart que luego han sido continuadas por autores como Christian Welzel dentro del proyecto de la Encuesta Mundial de Valores (World Value Surveys, EMV por sus siglas en castellano). Inglehart parte de un interés general por los procesos de modernización. Considera que la cultura y en particular los valores juegan un rol importante en este proceso. Para él, la cultura está conformada por actitudes, valores y comportamientos aprendidos. Debido a ello, Wilson (2000) identifica este enfoque como uno de Aprendizaje Social.

Por cultura entendemos un sistema de actitudes, valores y comportamientos compartidos ampliamente por la sociedad y transmitidos de generación en generación. Mientras la naturaleza humana es biológicamente innata y universal, la cultura es aprendida y varía de una sociedad a otra.
(Inglehart, 2000, p. 18)

Toma distancia de enfoques que plantean que la modernización (y procesos que la acompañan como la urbanización, la industrialización, la especialización ocupacional, etc.) es impulsada solo por el desarrollo económico. En esa criticada perspectiva, la dinámica económica tendería a equiparar sociedades diversas en su origen e historia sin tomar en cuenta sus diferentes tradiciones y estructuras culturales.

Considera que en los procesos de modernización o cambio social los factores económicos son importantes pero hay otras variables que tienen que ver con la cultura y otros aspectos vinculados a la misma como las instituciones religiosas, las experiencias políticas, el lenguaje, la geografía, entre otros. No escapa a su entendimiento que todos estos fenómenos tienen procesos históricos que deben ser tomados en cuenta.

A partir de estudios y análisis comparativos que van ganando complejidad en el tiempo gracias al uso de la Encuesta Mundial de Valores (en el período 2016/18 se realizará la séptima ola de encuestas) Inglehart construye una teoría de la modernización donde pone en relación el desarrollo económico, procesos de cambio cultural (de valores) y el fortalecimiento o desarrollo democrático. Todo este análisis lo lleva a plantear...

...el cambio sociopolítico contemporáneo como un proceso de desarrollo humano que está produciendo cada vez más sociedades que dan importancia a la libertad humana y a la autoexpresión...la modernización económica...el giro cultural hacia un mayor énfasis en los valores de la autoexpresión y...la democratización son componentes de un proceso singular y fundamental: el desarrollo humano.
(Inglehart, 2006, p. 2)

Se habla de cambio político, de desarrollo de la institucionalidad democrática, pero como parte de un proceso mayor de “desarrollo humano”. Un subconjunto de los valores auto expresivos lo constituye los llamados valores de emancipación ([www.
http://www.worldvaluessurvey.org/WVSCContents.jsp](http://www.worldvaluessurvey.org/WVSCContents.jsp)). Entre ellos se encuentran aspectos vinculados a la libertad de elección y la igualdad de oportunidades tales como: libertad con relación a los estilos de vida, igualdad de género, autonomía personal y la participación de la gente en las decisiones a todo nivel. Estos valores de emancipación son la base de lo que se denomina el proceso de “empoderamiento humano” (Inglehart, 2008; Welzel, 2013). El mismo consiste en un cambio de capacidades cognitivas y valores que llevan a un aumento en la autonomía personal y la capacidad de elección que a su vez predisponen a las personas a buscar formas de gobierno que permitan el ejercicio

de derechos ciudadanos. Para Inglehart, el desarrollo democrático es una consecuencia de un desarrollo socioeconómico mediado por el cambio de valores (cultural). Como señalan Gu y Bomhoff (2012), para Inglehart, los valores autoexpresivos van tomando fuerza a nivel global y son una condición necesaria para la democracia. El empoderamiento humano implica desarrollo de capacidades, aspiraciones y derechos. En ese sentido, se dice que avanza a tres niveles (Welzel, 2013): en el socioeconómico, como la mejora de recursos para la acción (mayor nivel educativo por ejemplo); en lo sociocultural, con el desarrollo de los ya señalados valores de emancipación; y en lo institucional, en la búsqueda por ampliar el ejercicio de los derechos democráticos. Welzel (2013) plantea, como parte del proyecto de la EMV que el proceso de empoderamiento puede avanzar como también retroceder en los tres niveles descritos.

Se basa en diversos análisis empíricos para afirmar que esta relación entre desarrollo económico, cambios de valores y actitudes y comportamientos cívicos impactan en el desarrollo y funcionamiento de las instituciones democráticas. Debido a estos cambios, consideran que con el desarrollo se demanda ya no solo la existencia de un sistema democrático sino una “democracia efectiva” (Inglehart y Welzel, 2006) que responda a las expectativas ciudadanas y sus demandas. El empoderamiento humano, sostienen, demanda una democracia que ya no solo sea la existencia de un sistema electoral o que resuelva problemas económicos y de orden socio-legal sino que responda a la búsqueda de mayores libertades civiles basadas en los valores descritos. Se habla de un deseo “crítico liberal” por la democracia.

Una cultura, en general, supone compartir un punto de vista, tener un patrón coherente y distintivo de valores con relación a una gran diversidad de temas (Inglehart y Carballo, 1997). En los estudios que se realizan, se busca ver qué orientaciones religiosas, sociales, económicas y políticas van juntas y forman un patrón. Se considera que con el desarrollo económico y tecnológico la cultura y los valores que la componen cambian de una manera articulada, conjunta, para poder responder a los retos del nuevo entorno. No se espera que todos los valores se modifiquen y se tienda a la uniformización pero sí aquellos vinculados a procesos de modernización tales como la urbanización, industrialización, especialización ocupacional y alfabetismo, entre otros (Inglehart y Carballo, 1997). Desde ese punto de vista, ven la cultura política como parte de un patrón cultural mayor, un enfoque semejante al de los Interpretativistas (en el sentido de no aislar la cultura política de la cultura) aunque en este caso la cultura se vea como una sumatoria de valores, actitudes y creencias.

Si bien Inglehart reconoce que hay un proceso de mutua influencia entre estructura y cultura (y por lo tanto de cultura política), considera que la plasticidad de los aspectos culturales es menor (mayor resistencia al cambio) y que por lo tanto lo cultural (en tanto sistema de actitudes y valores) influye más en la economía que al revés (semejante afirmación es sostenida también por Almond).

Inglehart considera que los valores se organizan y mueven a través de dos grandes ejes. Uno vinculado al proceso histórico de transición de sociedades agrarias a industriales y

otro vinculado al pase de sociedades industriales a postindustriales, orientadas a servicios. Sostiene que los modelos anteriores sobre procesos de modernización, referidos al desarrollo de las sociedades industrializadas, ponían solo énfasis en la importancia del pase de valores tradicionales (sociedades agrarias) a valores seculares (sociedades industrializadas). Considera que si bien una mayor relevancia de lo secular y racional, como ideal, así como la distancia frente a los valores tradicionales es importante, esto no asegura el desarrollo de la democracia. Así afirma que “Los valores secular-racionales son totalmente compatibles con los sistemas no democráticos” (Inglehart, 2006 p. 382). La legitimidad de un gobierno se puede mejorar bajo lógicas de costo beneficio que no necesariamente se darán en un régimen democrático.

Los procesos de secularización y racionalización sólo requieren que las masas estén incluidas en la política, porque el consentimiento público pasa a ser la única fuente de legitimidad. Pero es posible movilizar el consentimiento público de formas autoritarias, formas que no necesariamente producen el descontento y la protesta de las masas cuando la gente da prioridad a los valores conformistas de la supervivencia sobre las libertades políticas y civiles. (Inglehart, 2006, p. 382)

En un análisis del trabajo de Inglehart y Schwartz, Ros (2002) señala que si solo se tiene crecimiento económico lo que se refuerza es el desarrollo de los valores materiales. Es con el desarrollo humano (valores auto expresivos o post materialistas) que se fortalecen y expanden los valores más solidarios. Un matiz importante para el análisis sobre desarrollo, valores y cultura política en Perú. El crecimiento promedio del PIB (Producto Bruto Interno) entre el 2005 y el 2012 fue de 7% pero en un marco de precaria institucionalidad política (Cotlear, 2014).

El enfoque sobre los valores de Inglehart parte de la teoría de las necesidades de Maslow (1970), orientada a explicar el comportamiento individual, para elaborar una teoría social sobre los valores. Para él, la gente valora más aquello que es escaso en su entorno (Inglehart, 1991). Define inicialmente un valor unidimensional que lo describe como un eje materialista-postmaterialista (Inglehart, 1977). Se considera que si en una sociedad la gente necesita estar luchando con frecuencia por su sustento y seguridad, entonces existirá inseguridad material y física y una mayor valoración de este bien escaso. En esa línea, se priorizará aquello que asegure bienestar material y seguridad así como objetivos de corto plazo. Siguiendo una lógica de rendimiento decreciente (Ribeiro, 2007) afirma que hay un momento en que el bienestar material ya no es suficiente para incrementar el bienestar subjetivo y por lo tanto se comienza a darle importancia a otro tipo de valores más vinculados al estilo de vida de las personas y que, en términos generales Inglehart llama inicialmente Post Materialistas (la libertad de expresión, la posibilidad de participar en la toma de decisiones, etc.). Para medir esta dimensión hay una escala corta y otra larga. La versión corta se define a partir de cuatro ítems (la larga tiene doce): dos

vinculados a preferencias relacionadas con la importancia de la seguridad física y económica (mantener el orden social, combatir la subida de precios) y otros dos relacionados con valores expresivos: generar más oportunidades para escuchar la opinión de la gente en las decisiones importantes del gobierno, protección a la libertad de expresión. Esta ha sido la versión más utilizada por lo corto de su formato pero también, como se verá más adelante, ha sido muy criticada en su validez. En un segundo momento, se desarrolló otra versión de esta dimensión que se pasó a llamar de Sobrevivencia-Autoexpresión donde se toma en cuenta el indicador de valores materiales/post materiales y se incluye la autopercepción de felicidad, tolerancia (medido a partir de actitudes hacia la homosexualidad), actitudes hacia la firma de petitorios (participación política no convencional) y confianza interpersonal. De acuerdo a Gu y Bomhoff (2012), Inglehart tomó en cuenta los trabajos de Schwartz (1994) y Hofstede (1980) para incorporar estas nuevas variables en esta dimensión. Como señalan Ippel et al (2013), considerando que todos los ítems del índice materialista/postmaterialista son deseables Inglehart, siguiendo su concepto de “preferencia relativa” con relación a los valores, utiliza un ranking para que la persona ordene de mayor a menor importancia los mismos. Los otros ítems tiene escalas que varían en su estructura, algunas son tipo Likert y otras son dicotómicas. Como ya se indicó, lo que postula Inglehart es que en sociedades donde hay menos recursos sociales y económicos hay también menor seguridad y que por lo tanto es funcional darle prioridad a los valores de sobrevivencia. Cuando la situación socioeconómica mejora y es estable, los valores auto expresivos adquieren prioridad pues el bienestar material ya no es suficiente para el bienestar general. Donde priman los valores de sobrevivencia, hay niveles bajos de bienestar subjetivo, baja confianza interpersonal, intolerancia con los exogrupos, bajo interés por la política, bajo apoyo a la igualdad de género, bajo activismo medioambiental y actitudes positivas hacia gobiernos autoritarios. Cuando los valores auto expresivos son mayoritarios, se observa mayor bienestar subjetivo, interés por el medio ambiente, actitudes a favor de la igualdad de derechos de la mujer de los derechos sexuales (lesbianas, homosexuales), interés por participar o ser escuchados sobre asuntos económicos y políticos (Inglehart, 2000). Welzel (2013) señala que el paso de valores de sobrevivencia a valores auto expresivos pasa porque una generación se cría con una mayor sensación de libertad individual. Proceso donde una influencia importante es el paso de un orden socioeconómico y tecnológico industrial a uno de servicios. Sin embargo, si una generación experimenta constricciones a su libertad, se podría dar un proceso contrario de valores autoexpresivos hacia valores de sobrevivencia.

Posteriormente, se incluyó el eje Tradicional-Racional. Según Ros (2002) esta segunda dimensión, que también se conoce como Modernización/Postmodernización, estaría influida por los planteamientos de Weber en la sociología y fueron llevados a la psicología social por Inkeles y Smith (1974). Son valores que sirven para analizar el paso de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas. Como señala Ros (2002), esto implica un cambio desde la autoridad religiosa a la autoridad estatal a través del proceso de secularización y de burocratización. El mismo combina actitudes hacia la religión, la familia y actitudes generales hacia la autoridad. Está compuesto por preguntas sobre la importancia de un dios en la vida cotidiana (importancia de las creencias religiosas), un

índice de importancia de la autonomía (medido por el tipo de valores que se privilegia en la educación o crianza de los hijos), actitudes hacia el aborto, actitudes de orgullo por lo nacional y actitudes hacia el respeto de la autoridad. Como en la dimensión anterior, el paso de valores tradicionales a seculares depende no solo de cambios “objetivos” sino de una mejora en la sensación de seguridad existencial (Welzel, 2013), especialmente si la misma se vive durante los años de maduración. Sin embargo, también puede darse el proceso contrario si una generación que está en una sociedad más estable en lo material enfrenta dificultades y pasa por vivencias significativas en el tiempo (largo plazo) de inseguridad existencial.

De acuerdo a Ros (2002), estas dos dimensiones, sobre todo la de Supervivencia/Autoexpresión (inicialmente definida como Materialista/Postmaterialista), explican la varianza de diversas variables tomadas como dependientes pero no en su totalidad. Al igual que Inglehart y Carballo (1997) subraya que hay aspectos vinculados a cada país o a dimensiones no cubiertas por estos conceptos que estarían explicando el resto de la varianza de las variables dependientes identificadas. En ese sentido, solo algunos aspectos de la cultura están vinculados al desarrollo económico y otros tienen dinámicas independientes de estos procesos.

En síntesis, dos dimensiones, la tradicional versus racional-legal y la dimensión de supervivencia (Materialismo) versus bienestar subjetivo (Postmaterialismo), dan cuenta del 51% de la variación transnacional tanto en valores como en actitudes y comportamientos religiosos, sociales, políticos y económicos. Siendo la segunda dimensión más importante que la primera, ella sola explica el 30% de la varianza transnacional. Si más de la mitad de la varianza transnacional viene explicada por estas dos dimensiones, esto implica que el resto de la varianza se puede deber a factores no cubiertos por estas dimensiones y a aspectos no comunes, sino específicos, de las sociedades analizadas. (Ros, 2002, p. 15)

A partir de estas dos dimensiones, Inglehart elabora un “mapa cultural global bidimensional”. Toma en cuenta el conjunto de los países estudiados en las diferentes olas de la Encuesta Mundial de Valores (<http://www.worldvaluessurvey.org/wvs.jsp>). Incluye países con procesos de desarrollo económico diverso (economías agrarias, industriales, postindustriales y las diversas combinaciones existentes). En el mismo, el eje vertical es el que va desde valores que otorgan legitimidad a partir del respeto a las tradiciones hasta valores que basan la legitimidad en criterios secular-rationales (producto del paso de sociedades agrarias/extractivas a industriales/modernas). La otra dimensión, en el eje horizontal, se mueve entre valores de supervivencia (inicialmente denominados “materialistas”) y valores de autoexpresión (identificados en los primeros escritos como post materialistas). Este último proceso estaría vinculado al desarrollo de

las sociedades post industriales. En ese sentido, se tiene que el conjunto de países estudiados puede estar en alguno de estos cuatro cuadrantes. Inglehart sostiene, basado en las diferentes olas de estudios realizados, que a pesar de las diferencias existentes entre los países, la tendencia general, pero sobre todo en los post industriales, es a pasar de sociedades que priorizan valores materiales, de supervivencia, a sociedades donde se le da mayor importancia a valores post materiales, auto expresivos. Reconocen, sin embargo (Abramson e Inglehart, 1995; Inglehart y Carballo, 1997) que estas tendencias de largo plazo se pueden ver frenadas o incluso revertidas, en el corto plazo, por fenómenos como la inflación y otros acontecimientos económicos.

En las sociedades tradicionales donde además priman los valores de sobrevivencia el patrón cultural se caracteriza por la importancia de las creencias religiosas, poco interés por la política; actitudes conservadoras hacia el comportamiento sexual, el rol de la mujer, el divorcio, el aborto, la homosexualidad. Se considera que es el Estado el principal responsable de bienestar general. Se priorizan las actitudes de obediencia y trabajo esforzado en la crianza de los niños, la deferencia a la autoridad, una gran importancia a la mejora económica y tecnológica así como una fuerte presencia de orgullo nacional. En las sociedades más seculares y postmaterialistas (o autoexpresivas), se desconfía de la tecnología, del Estado y del puro crecimiento económico (cosa que sí ocurre en sociedades con valores de modernidad). Se busca el bienestar subjetivo pero se considera que el mismo depende más de las personas que del Estado. Se valora el cuidado del medio ambiente en el desarrollo económico, se es más tolerante y se valora la inclusión de esta característica (junto con el fomento de la imaginación) en la crianza de los niños. Se tiene una actitud liberal hacia los roles de género, se valoran las relaciones horizontales y hay un menor respeto por la autoridad. Hay una mayor confianza interpersonal, se valora mucho la posibilidad de expresar los propios puntos de vista y la participación en la toma de decisiones en todo tipo de instancias. Cuando se desarrollan valores postmodernos, no se valora el crecimiento económico a cualquier costo sino que se toma en cuenta su impacto en el medio ambiente. Se pasa de clivajes basado en conflictos de clase a clivajes basados en asuntos culturales o preocupaciones relacionadas con la calidad de vida (Inglehart y Carballo, 1997).

La postmodernización es un cambio en las estrategias de sobrevivencia, moviéndose de la maximización del crecimiento económico a la maximización de la sobrevivencia y del bienestar a través de cambios en los estilos de vida. (Inglehart y Carballo, 1997, p. 36)

Para Inglehart y colaboradores, sus estudios identifican que el proceso de modernización económica permite un mayor acceso a recursos materiales, mayor nivel educativo y mayores posibilidades de interacción que se traduce en “más independencia material, intelectual y social”. Autores como Dalton (1984) llaman a esto “movilización cognitiva”, el interés y la capacidad del sujeto para vincularse con los asuntos públicos con mayores herramientas personales que le dan autonomía en sus juicios. Esto, a su vez,

puede motivar en la ciudadanía al desarrollo de valores autoexpresivos que lleven a un aumento en la demanda de libertades civiles y políticas así como al desarrollo (o cambio) de instituciones para que canalicen estas inquietudes, instituciones democráticas. Inglehart considera que con el desarrollo económico se da una “movilización cognitiva” y un cambio de valores que lleva, entre otros efectos a un mayor interés por los asuntos públicos así como a un cambio en el comportamiento político. Se pasa de una relación de identificación con los partidos y de valoración del voto a una mayor participación en actividades políticas “no convencionales” (protestas, marchas, paros, etc.) como una forma de buscar presionar a las élites.

El principal tema de este proceso es la ampliación de la elección humana. La modernización socioeconómica reduce las constricciones externas a la elección humana a través del aumento de los recursos materiales, sociales y cognitivos de las personas. Esto conduce a un mayor énfasis de las masas en los valores de la autoexpresión, algo que, a su vez, genera un aumento de la demanda del público de libertades civiles y políticas, igualdad de género y un gobierno responsable, contribuyendo a instaurar y mantener las instituciones más adecuadas para maximizar la elección humana: la democracia. (Inglehart, 2006, p. 2-3)

Como se puede observar, establece una clara secuencia entre desarrollo económico, cambio en los valores y cambio institucional. Este proceso lo resume en un esquema publicado en el 2008 (Inglehart, 2008).



En otro esquema antes difundido (Inglehart, 2006) afirma que la modernización económica brinda los recursos que le permiten a las personas “la acentuación de las capacidades” para actuar de acuerdo a su elección (la ya mencionada movilización cognitiva). Este proceso promueve un cambio de valores que más adelante se explicará en mayor detalle pero donde el aspecto fundamental es el desarrollo de valores autoexpresivos en la sociedad. Los mismos tienen la función, siempre de acuerdo a Inglehart, a que las personas prioricen en su acción social su libertad de elección. Esto lleva a un proceso de democratización que se basa principalmente en la búsqueda de libertades civiles y políticas (motivada por la presencia de valores auto expresivos) que se debe concretizar en instituciones que faciliten la ampliación de los derechos de las personas para actuar de acuerdo a su elección. Como se observa, sigue la lógica general de los planteamientos de Almond, en términos de que está preocupado por el desarrollo de la democracia pero con un modelo de relación ciudadano-sistema diferente, más contestatario, que Dalton y Welzel (2014) denominan “ciudadanía asertiva”. Además, se incluye un mayor número de variables, estableciendo relaciones de mutua influencia entre sí y aportando data empírica y análisis más sofisticados que buscan demostrar su punto de vista.

El proceso de cambio de valores, según Inglehart, no estaría vinculado de manera simple al desarrollo económico y tecnológico. Este cambio cultural estaría asociado, además, al recambio generacional. Si bien no descarta la importancia del ciclo vital para explicar las diferencias entre jóvenes y mayores (cosa que Schwartz sí prioriza), considera que es muy importante el cambio generacional para entender el cambio de valores (Datler et al, 2013). Postula que en una economía globalizada (con mayor énfasis en sociedades postindustriales) donde se ha dado un sostenido desarrollo socioeconómico, los más jóvenes han vivido experiencias de bienestar que han favorecido la constitución de valores de tipo secular y autoexpresivo en ellos. El impacto del desarrollo económico no tendría el mismo efecto de cambio de valores en la gente mayor. Estos valores, desarrollados en temprana edad y en el contexto de una relativa bonanza económica y mejora de servicios, han acompañado luego a una generación durante todo su ciclo vital. Los datos analizados, según Inglehart, muestran que estos valores no dependen del ciclo vital (los jóvenes que son liberales, con el tiempo, no se volverán tradicionales) sino del proceso de desarrollo económico y el proceso de socialización vivido al interior de ese momento histórico. Desde esta perspectiva, es muy probable que los jóvenes que tengan un predominio de valores auto expresivos estén más motivados a participar en actividades de apoyo a las reformas en países no democráticos mientras que en los democráticos estos valores promoverán movimientos sociales por conseguir más libertades y hacer más eficiente la democracia (Inglehart, 2007). El autor de Modernización y Cambio Cultural afirma que en sociedades con bajos recursos que, además, no han experimentado un crecimiento económico sostenido, estas diferencias generacionales no se dan y los valores de supervivencia están presentes en los diferentes grupos etarios.

Siempre según Inglehart, los denominados valores post materialistas o auto expresivos, propios de las generaciones más jóvenes, han llevado al desarrollo de una serie particular

de comportamientos entre los que se destaca la participación en manifestaciones y firma de peticiones, el apoyo o mayor tolerancia con una serie de temas que ponen en cuestión la familia (la homosexualidad, el aborto, el divorcio). Para este autor, los valores auto expresivos muestran una fuerte vinculación con otros aspectos identificados como autonomía e individualismo. Para el autor, el individualismo podría ser visto como algo negativo pero él postula “que la propagación de estos valores hará a los públicos más *humanistas*, no más egocéntricos” (Inglehart, 2006 p 11). Por el contrario, sostiene, las culturas tradicionales defienden los roles de género convencionales, la aversión al riesgo, etc. Ros (2002) planteaba unos años antes ideas semejantes con relación a una lectura más matizada sobre el individualismo. A raíz de la comparación que hace entre los postulados de Inglehart (que en ese momento solo había desarrollado la teoría para una sola de sus dimensiones) y los postulados de Schwartz sostiene que la teoría de Schwartz permite “superar la vieja antinomia individualismo-colectivismo”.

Uno de estos matices está en la relación entre la Autonomía Intelectual y Afectiva y el Igualitarismo, que implica la posibilidad de encontrar un individualismo que trata de desarrollar la autonomía de la persona junto a un colectivismo que enfatiza la preocupación por el bienestar de los demás. Esto implica superar la vieja antinomia individualismo-colectivismo, presente en la teoría social en dos sentidos. En un sentido, individualismo no sólo significa egoísmo, sino también autonomía de la acción, y colectivismo no sólo significa solidaridad, sino también conservación y tradición. Y, en el otro, es posible encontrar juntas y, por tanto, dándose a la vez la autonomía de la acción y la interdependencia y la reciprocidad. Estos resultados contradicen hipótesis más pesimistas que caracterizan el individualismo contemporáneo de las sociedades desarrolladas sólo como narcisista (Béjar, 1993) y permiten dar una visión más positiva y matizada del mismo. (Ros, 2002, p. 30)

Sobre este punto en particular, Datler et al (2013), en la comparación de la validez que hace sobre el concepto de valores en Inglehart y Schwartz, concluyen que ambas teorías necesitan seguirse desarrollando en lo metodológico. Para el caso de Inglehart, si bien se observa una mejor correlación entre valores y actitudes o comportamientos (que en el modelo de Schwartz) consideran que se debe seguir trabajando más en la validez y confiabilidad de sus instrumentos. La dimensión Tradicional/Secular, por ejemplo, debería tener una mejor definición operacional y mayor conexión con la teoría. Por su lado, consideran que la dimensión Sobrevivencia/Autoexpresión, incluye algunos ítems que se podrían criticar por generar explicaciones circulares con las otras variables que busca predecir.

A pesar del tono positivo de sus afirmaciones, Inglehart reconoce que el proceso de globalización y modernización económica no es igual en todos los países y que hay

diferencias entre los países industrializados, postindustriales y los llamados “en vías de desarrollo”. Solo en algunos de estos últimos, donde el desarrollo económico ha sido sostenido, se observan los cambios descritos.

La mayoría de las sociedades de bajos ingresos y muchas sociedades ex soviéticas reflejan haber recibido relativamente poca influencia de la tendencia hacia una mayor autonomía y elección humanas. (Inglehart, 2006, p. 5)

No hay un desarrollo detallado de las consecuencias, a nivel del sistema de valores, de que muchas de las sociedades latinoamericanas, heterogéneas en su estructura social y económica, sean de un desarrollo intermedio. Lo que sí se sostiene es que cuando el desarrollo económico no se da o se retrocede en el mismo, se da mayor prioridad a los valores vinculados a la supervivencia y la xenofobia así como al desarrollo de instituciones autoritarias.

Para Murga (2008), el cambio en los valores que plante Inglehart desplaza el centro de atención hacia nuevos temas y por lo tanto redefine la lógica de los debates, posturas políticas y conflictos que de todo esto se deriven. Reconoce diferentes formas de participación política no convencional y le da un sentido a la aparición de nuevos movimientos sociales en tanto expresiones de estos nuevos valores. En la línea de lo planteado por la NCP, los conflictos serán menos de intereses de clase (ya que no habría tantas diferencias) y más de valores que se opongan. Las diferencias de opinión ya no se agruparán entre posiciones de izquierda-derecha sino en función a otros ejes valorativos. Se pasará de *la política dirigida por élites a la política de élites dirigidas* (Murga, 2008 p. 121)

Con relación a la política, así como toma distancia del economicismo, plantea que la teoría de la elección racional tiene una serie de aportes en el análisis político pero que es necesario establecer un balance y reincorporar la dimensión cultural que ha sido constantemente soslayada por este enfoque. El comportamiento político no se puede evaluar fuera del contexto cultural en el que se desarrolla y el mismo incluye tanto la cultura política como un conjunto mayor de valores.

Para Inglehart, el desarrollo de valores auto expresivos tiene un fuerte vínculo con el interés y la participación en la política y, por lo tanto, en el desarrollo de la democracia. En sus investigaciones encuentra que esta relación es mucho más fuerte que la establecida con la confianza interpersonal y la pertenencia a asociaciones (Almond y Verba, 1970; Putnam, 1994) o el PIB per cápita (Przeworski, 2004). A los valores autoexpresivos les da el importante rol que Almond y Verba le daban al concepto de Competencia Subjetiva, aunque el primero se refiere a un aspecto social y este último alude directamente a lo político. Ambos conceptos cumplen la función de estar vinculados a la búsqueda de influencia en la toma de decisiones del sistema y, por lo tanto, tienen un rol importante en la articulación de la demanda ciudadana por controlar lo que ocurre en la élite y en

general en las instituciones políticas. A diferencia del enfoque clásico de la cultura cívica, no le preocupa la congruencia entre cultura y sistema político sino que el proceso de empoderamiento humano encuentre adecuados canales institucionales.

Pero la cultura no es simplemente un epifenómeno. La cultura, a su vez, puede tener un impacto fundamental en la economía y en la política, contribuyendo, por ejemplo, a la tasa de crecimiento económico de una nación, o actuando como condicionante de la viabilidad de la democracia en determinados países. (Inglehart, 1988, p. 48)

De manera semejante a como Almond y Verba valoraban lo que denominaron la “competencia subjetiva” (un conjunto de creencias sobre la capacidad de influencia del ciudadano sobre las élites), Inglehart afirma que gracias al desarrollo de los valores auto expresivos las brechas entre la democracia real (bajos niveles de corrupción, eficiencia del sistema, etc.) y la formal (la democracia como proceso electoral), se debe reducir. Si estos valores son débiles, la democracia real estará muy por debajo de la formal. Afirma que la presencia de valores de autoexpresión en una sociedad son mucho más importantes para la consolidación de la democracia que el apoyo manifiesto a la democracia “que suele inflarse debido a los efectos de la deseabilidad social y el apoyo instrumentalmente motivado” (Inglehart, 2006 p 15). En ese sentido, será mucho más importante analizar los valores existentes que el nivel de apoyo a la democracia o el nivel de acuerdo con que la democracia es el menos malo de los tipos de gobierno.

El ciudadano asertivo (apoyo crítico)

Dalton y Welzel (2014) en un balance del estado de la cuestión en los estudios comparativos sobre cultura política, consideran que los trabajos de Inglehart permiten ver que en la actualidad la ciudadanía ha desarrollado valores autoexpresivos y más asertivos que contrastan con el modelo ideal del hombre cívico (el modelo de lealtad) que estaba presente en los trabajos de Almond y Verba (1970) o Pye y Verba (1965) donde se le daba más importancia a lealtad (a la “cultura leal de participación”), al orgullo por el sistema democrático y bajos niveles de participación política. Consideran que se pasa de un modelo de lealtad participativa a uno de asertividad. En todo caso, más allá de la búsqueda de una cultura política funcional a la democracia, estos estudios añaden un tipo de orientación a las ya descritas por Almond y Verba. Ya no solo está la lealtad, la apatía o la alienación. La asertividad (con su mezcla de apoyo y crítica) es otra posible orientación de la cultura política con relación al sistema. Este fenómeno y el modelo aplicarían no solo a países desarrollados, como mencionan los críticos de Inglehart. Ponen como ejemplo la llamada “primavera árabe”, que sería una demostración de que el proceso es más extendido y complejo. Los habitantes de estos países no aceptan los regímenes autoritarios donde viven y demandan un diferente estilo de vida. Sostienen que la investigación empírica de los últimos años (Inglehart y Welzel, 2006; Dalton, Shin y Jou, 2007), realizada en países en desarrollo (democráticos y no democráticos), permite ver que los valores ciudadanos en estos lugares poco tiene que ver con los patrones

identificados en los primeros estudios sobre cultura política (predominantemente parroquiales y de súbdito). Estos estudios indicarían que las diferencias entre las culturas políticas de los países en desarrollo y los industrializados ya no serían tan grandes o que incluso la situación se habría invertido. En los países en desarrollo se encontraría una mayoría con patrones de lealtad hacia la democracia mientras que lo que se denomina “culturas políticas asertivas” (orientaciones más críticas hacia el funcionamiento del sistema), estaría presente en los países en desarrollo pero se observarían con mayor frecuencia en los países desarrollados. Como ya se había señalado en un artículo anterior (Dalton, 2000) se considera que no existe una única cultura cívica que sea congruente con una sola forma de sistema democrático.

...la experiencia sugiere que hay una variedad de culturas democráticas, así como formas de definir cultura, que requieren de mapeo y mayores estudios...necesitamos desarrollar...una comprensión de cómo las normas ciudadanas pueden crear y sostener formas alternativas de democracia. (Dalton, 2000, p. 919)

Para Dalton y Welzel (2014) uno de los aportes de los últimos trabajos de Inglehart (Inglehart y Welzel, 2006) ha sido darle un espacio conceptual a una serie de fenómenos que el planteamiento clásico no resolvía. Este último le daba importancia a la estabilidad democrática y la misma dependía de la congruencia entre cultura e institucionalidad política. El ciudadano ideal era el que tenía una orientación positiva hacia el sistema en general así como a sus “*outputs*” e “*inputs*”, era más un seguidor que un retador. Nada de esto permitía entender los procesos de cambio político ni los actores e instituciones involucradas.

Estudios como los de Barnes y Kaase et al (1979) permitieron ver que los movimientos de protesta no se contradecían con el apego a la democracia ni con el uso de formas convencionales de participación política (el voto). Las protestas podían expresar una desilusión con aspectos del proceso democrático pero no un rechazo del sistema. Otros estudios permitieron diferenciar entre distintos tipos de apoyo a la democracia (Bratton y Mattes, 2001; Shin y Wells, 2005) así como identificar patrones de cultura política que combinan el apoyo a la democracia con la insatisfacción respecto al funcionamiento del sistema: “demócratas insatisfechos” o “ciudadanos críticos” (Klingeman, 1999; Norris, 1999). En esa línea, el aporte de Inglehart es que permite dejar de lado la preocupación por la estabilidad de la democracia para fijarse en la efectividad de la democracia, en su capacidad institucional para responder a las demandas orientadas por el desarrollo de valores autoexpresivos. En ese sentido, desde una perspectiva de desarrollo humano plantea la relevancia del empoderamiento ciudadano, de los que Dalton y Welzel (2014) denominan un “modelo asertivo de ciudadanía democrática”. Esto plantearía, aunque los autores no lo enfatizan, una revisión de cómo funciona la institucionalidad así como los cambios que debe abordar para responder a estas nuevas demandas. Reproducimos el

cuadro elaborado por Dalton y Welzel (2014) donde se esquematizan las diferencias entre ambos enfoques:

Gráf. 9. Ciudadanos leales y asertivos de Dalton y Welzel

Dominio	Ciudadanos leales	Ciudadanos asertivos
Orientaciones valorativas	Orientaciones al <i>output</i> con énfasis en el orden y la seguridad. Limitadas orientaciones al <i>input</i> que enfatizan la opinión y participación. Predominio de valores materialistas.	Las orientaciones al <i>input</i> , con énfasis en la opinión y la participación crecen a expensas de las orientaciones al <i>output</i> que enfatizan el orden y la seguridad. Los valores post materialistas, emancipatorios, prevalecen sobre los valores materialistas/de protección.
Orientaciones hacia la autoridad	Deferencias a la autoridad en la familia, trabajo y en la política.	Distancia de la autoridad en la familia, en el trabajo y en la familia
Confianza institucional	Fuerte confianza en las instituciones.	Baja confianza en las instituciones.
Apoyo a la democracia	Apoyo a los principios democráticos y a sus prácticas. Demócratas satisfechos	Fuerte apoyo a los principios de la democracia pero bajo apoyo a sus prácticas. Demócratas insatisfechos
Concepción de la democracia	Conceptos orientados al <i>input</i> que ven la democracia como un medio para expresar opiniones y participar mezclado con conceptos orientaciones al <i>output</i> que ven la democracia como una herramienta para la entrega de bienes sociales	El concepto de democracia más orientado al <i>input</i> y vista como un medio para expresar opiniones y canalizar participación es lo que predomina.
Actividad política	Voto y otras formas convencionales de participación	Fuerte afinidad con actividades no violentas y participación en movimientos sociales alternativos “elite-challenging” activity
Consecuencias para el sistema	Alimenta una gobernanza efectiva	Alimenta una gobernanza efectiva y que rinda cuentas

Como se observa, si bien la relación y análisis de lo institucional y la relación con el mismo no está incorporada, reconoce un cambio en el enfoque, ya sea por una revisión de la perspectiva o porque los mismos hechos cambiaron, que permite ampliar el análisis de la cultura política.

La situación de América Latina

Con relación a América Latina, Ros (2002) señala que los estudios de Inglehart plantean que los países menos desarrollados económicamente, los ubicados en el sur de Asia, África y América Latina se caracterizan por una predominancia de valores tradicionales y, en algunos casos, de supervivencia. Como ya se indicó, Seligson (2002), al menos para Centro América no ve relación entre estas dimensiones y los indicadores macro sobre el nivel de democracia en los países ni las actitudes hacia la democracia en las personas. Es importante recordar que Inglehart desarrolla sus postulados en el marco de una redefinición de la teoría clásica de la modernización donde una dimensión está vinculada a la transición de sociedades agrarias a industriales (con la emergencia de una clase trabajadora, empresarios, etc.), y otra que toma en cuenta el bienestar económico de las sociedades industriales avanzadas y el desarrollo que en las mismas se da del sector de servicios y de conocimiento. Como señala Ros (2002)

Mientras que las sociedades preindustriales se caracterizan por valorar la tradición (respeto a la jerarquía, obediencia, orgullo nacional) y la seguridad (económica y física, desconfianza hacia los demás), las industriales se diferencian porque se cambia la tradición por la racionalidad, se mantiene la seguridad y aparece la secularización, y, por último, las sociedades postindustriales tienden a tener valores opuestos y así enfatizan los valores seculares racionales y los valores autoexpresivos y se cuestiona la racionalidad de la modernidad como valor absoluto. (Ros, 2002, p. 16)

Sin embargo, los tipos puros no existen y como se señala en el capítulo sobre Perú, tanto en lo político como en lo económico la sociedad peruana, como muchas otras en América Latina, se caracteriza por su heterogeneidad e hibridez. En una población principalmente urbana (80%) y costeña (60%), coexisten sectores agrarios y extractivos (donde hay grupos modernos junto a tradicionales) con un gran sector de comercio y servicios (donde la informalidad es un signo distintivo) con un sector industrial poco desarrollado donde priman las pequeñas y medianas empresas. La lógica pregunta es ¿cómo impacta esta heterogénea situación socioeconómica en los valores?

Inglehart (Inglehart y Carballo, 1997) considera que en América Latina confluyen tradiciones diversas, principalmente la herencia ibérica (el idioma y aspectos culturales), la religión y las tradiciones indígenas. Se preguntan en qué medida hay patrones culturales comunes y, de existir, en qué medida están estos influenciados por el desarrollo

Welzel (2013), afirma que en los estudios de la EMV, los valores muestran patrones diferenciados al interior de las mismas sociedades. Estas diferencias están vinculadas a clivajes de género, generación, etnicidad, religión, educación e ingresos, entre otros. Al interior de una misma sociedad, sectores cuyas condiciones de vida les permiten una mayor sensación de seguridad y libertad personal presentan una mayor proporción de valores seculares y de autoexpresión. Sin embargo, señala, las diferencias mayores, al menos en los estudios de la EMV, se dan entre los países comparados que al interior de los mismos. Un país tendrá aspectos diferenciados al interior de sí mismo pero que contrastan más si se compara con otras sociedades.

Críticas al enfoque de Inglehart

Más allá de las críticas generales al comparativismo, sobre los trabajos de Inglehart en particular, se ha señalado que el foco de la investigación sigue siendo medir la emergencia y graduales cambios de los patrones relacionados con el desarrollo y eficiencia de la democracia y que no se ha incorporado los avances del enfoque interpretativo en la definición de cultura política (Johnson, 2005). También se ha criticado que las bases teóricas y empíricas para su argumentación no son suficientes y que en los datos no se ve la relación que afirma entre valores y desarrollo democrático (Haller, 2002; Seligson, 2002; Jackman y Miller, 1996). Una parte importante de estudios cuestionan problemas de validez, sobre todo de la dimensión Sobrevivencia/Autoexpresión o del índice Materialista/Postmaterialista que forma parte de esta dimensión. Se dice que no mide lo que dice medir o que se aplican análisis estadísticos cuestionables (Jackman y Miller, 1996; Clarke et al., 1997; Davis y Davenport, 1999) pues incluye dentro de sus variables independientes elementos que conceptualmente son muy parecidos a sus variables dependientes. Inglehart y Abramson (1999) respondieron a algunas de estas objeciones y Ribeiro (2007) tiene también un análisis del caso brasileiro que valida la metodología de Inglehart pero los cuestionamientos se han mantenido (Ippel et al 2013; Datler et al, 2013). Seligson (2002) señala que, al no encontrar relación entre los indicadores de valores y democracia, una probabilidad es que las variables que utiliza Inglehart no sean las correctas o que la forma de operacionalizarlas no lo sea. En esa línea, Gu (2013), Gu y Bomhoff (2012), Datler et al (2013) e Ippel et al (2013) señalan problemas en las definiciones operacionales, tipos de escala y metodología de análisis con relación a los valores. Ippel et (2013) señalan incluso que la dimensión Sobrevivencia-Autoexpresión no es una sola sino que tiene dos subdimensiones, una vinculada a la democracia y otra al liberalismo. Datler et al (2013) cuestionan la validez externa de la dimensión Sobrevivencia-Autoexpresión al incorporar, en una última versión, la medición de “felicidad” como parte del mismo y luego usar el sentimiento de bienestar como variable externa para validar la dimensión señalada. En general, señala que en la definición de valores de Inglehart se usa variables como Felicidad o Firmar una Petición (parte de la dimensión Sobrevivencia-Autoexpresividad) que luego se correlacionan con otras variables externas muy similares y que por lo tanto se corre el riesgo de caer en planteamientos tautológicos. Jackman y Miller (1996), Seligson (2002), Gu (2013) y Jasny (2013) afirman que el rol que le asigna a ciertos valores funciona para países

occidentales industrializados pero no en otro tipo de realidades como las de América Latina o Asia. Para estos autores puede existir una relación entre valores y democracia pero no exactamente la que plantea Inglehart. En sus estudios observan que las formas que toman culturas pro democráticas en Centro América o Asia no necesariamente tienen la configuración de las culturas políticas pro democráticas que existen en los países occidentales desarrollados. En las regiones estudiadas por ellos se pueden encontrar variables que en los países occidentales industrializados correlacionan con actitudes autoritarias pero en estas regiones no ocurre siempre así. Gu (2012, 2013), por ejemplo, encuentra que la dimensión “Tradicional-Secular” y “Sobrevivencia/Autoexpresivo” de Inglehart funciona bien en los países occidentales industrializados y en América Latina (cosas que Seligson, 2002 discute) pero no en países de Asia, África o ex comunistas. En sus análisis de Asia, los valores auto expresivos (tal como los define Inglehart) no diferencian jóvenes de adultos. En el estudio del 2013 muestra que un indicador de valores vinculado al Confucionismo, cuando se aplica en China, está relacionado con valores liberales (confianza, tolerancia) mientras que ese mismo indicador en occidente está vinculado a actitudes autoritarias. En su estudio, las actitudes autoritarias de las personas occidentales correlacionaban con actitudes más tradicionales hacia la crianza, cosa que no pasaba en la muestra asiática donde estas creencias tradicionales sobre la crianza están presentes en personas con altos niveles de confianza interpersonal. Los problemas de validez mencionados por Gu con relación a la dimensión Tradicional-Secular y Sobrevivencia/Autoexpresión también son descritos por Ippel et al (2013) para la dimensión Sobrevivencia-Autoexpresivo. Jackman y Miller (1996) señalan además que los mismos datos analizados por Inglehart permiten demostrar que hay valores que sí cambian debido a determinados problemas de coyuntura (desempleo, decrecimiento económico).

Por su lado, Jasny (2013), usando un modelo de análisis estadístico diferente al empleado por Inglehart sostiene que el modelo de dos factores de Inglehart no es válido y que está sesgado por el peso de la cultura política en países protestantes.

Recordando lo planteado por Seligson (2002), donde se considera que la idea general de una relación entre cambio de valores y cambio político es importante pero puede que las variables que se utilizan o la forma de operacionalizar los conceptos no sea la adecuada, es interesante el análisis hecho por Ros (2002) y luego por Datler et al (2013) donde se evalúa los pros y contras, fortalezas y debilidades de las teorías de Inglehart y Schwartz sobre valores. Ros sostiene que hay una semejanza conceptual entre el Postmaterialismo de Inglehart y los valores de Autonomía (Intelectual y Afectiva) e Igualitarismo de Schwartz. Además, observa que los valores post materialistas de Inglehart tienen una relación negativa con los valores de Conservación, Competencia y Jerarquía de Schwartz. También encuentra que ambos enfoques coinciden en plantear que esta dimensión subjetiva de valores es el resultado de procesos que se inician en las dinámicas macroeconómicas y sociales.

Los resultados del trabajo de Datler et al (2013) indican que ambos desarrollos tienen sus aportes para entender comportamientos y actitudes pero que también muestran limitaciones. Para estos autores, el modelo de valores de Inglehart, como ya otros lo han señalado, presenta una validez interna baja y una débil validez de constructo. El planteamiento de Schwartz, más sólido en su validez interna, es menos consistente en su capacidad predictiva (validez externa) pues no tiene un modelo que articule la relación entre valores, actitudes y comportamiento. Los autores muestran en sus análisis que si se evalúa la capacidad predictiva de ambos modelos, el sustentado por Inglehart es más robusto que el de la teoría básica de los valores humanos de Schwartz. Un aspecto importante en el análisis de Datler et al (2013) es señalar que el modelo factorial usado por Inglehart presupone un efecto directo de los valores en diversos comportamientos y actitudes. La comprobación de estas hipótesis se facilitaría porque en la definición operacional de valores que tiene este autor se incluyen, como ya se ha señalado, variables más específicas (menos generales que las de Schwartz) que además están vinculadas con las variables que se definen como dependientes. Por ejemplo, la “felicidad” y la “disposición a firmar un petitorio” son parte de la dimensión Sobrevivencia/Autoexpresión que a la vez se utilizan para relacionarlas con variables dependientes como “satisfacción con la vida” o “interés en la política”. Es probable que este hecho, que puede beneficiar al modelo de Inglehart, también tenga consecuencias negativas. Como señalan Seligson (2002), Gu (2013) y Gu y Homboff (2012) la falta de relación entre los valores definidos por Inglehart y las actitudes democráticas en Centro América o Asia pueden responder más a los específicos ítems que toma Inglehart (actitudes hacia la homosexualidad o hacia la firma de petitorios para la dimensión Sobrevivencia/Autoexpresión, por ejemplo) que a la dimensión en sí.

Por otro lado, el supuesto de relación directa entre valores y actitudes o comportamientos que tiene Inglehart va directamente en contra de los postulados de diversas teorías en psicología social, incluso de enfoques opuestos. Por ejemplo, Fishbein y Ajzen, (2010), desde la teoría de la acción razonada, plantean que el efecto de los valores sobre el comportamiento está mediado por diversos factores tales como la evaluación de los objetos de la actitud y la intención conductual, entre otros. Por otro lado, el enfoque Interpretativista, en particular el Interaccionismo Simbólico, considera que la acción es finalmente el producto de la negociación simbólica de los actores en una situación dada donde, según ciertos enfoques, los valores serán parte de los insumos que se utilizarán en ese proceso de negociación simbólica pero finalmente será el proceso de interacción simbólica el que influya en el comportamiento final. Los valores, en cualquiera de estas perspectivas, están sujetos a mediaciones.

d) Análisis simbólico

Los fundamentos del análisis simbólico

Un referente fundamental en el desarrollo del análisis simbólico en la sociología y el estudio de la cultura política es el trabajo de Max Weber. El entorno intelectual en el que se desarrolló el autor de Economía Sociedad (segunda parte del S XIX) estuvo marcado

por la tesis del idealismo historicista alemán que planteaba que el mundo de las acciones humanas tenía un significado que podía ser comprendido, antes que explicado causalmente, si se le interpretaba como parte de una cultura histórica concreta (Abellán, 2010). En ese sentido, los economistas alemanes del momento consideraban que la vida económica tenía que ser entendida como parte de una cultura específica. Se rechazaba posturas que aspiraban a establecer leyes de carácter general sobre la conducta económica (escuela británica). Por otro lado, otro conjunto de ideas influyentes en la época con relación al desarrollo de las ciencias sociales y humanas fueron los postulados de Dilthey que en la década de 1880 planteó una serie de conceptos sobre el conocimiento científico de la historia que tomaban distancia de los postulados de las ciencias naturales. Dilthey partía de que en la historia y en general en las humanidades, el sujeto y objeto del conocimiento forman parte del mismo ámbito de la cultura humana. Toda ciencia que aborde el estudio de la cultura debe tener como objetivo comprender el significado de su objeto de estudio (la acción social, los textos, etc.). Se sostiene que el método hermenéutico, esto es, entender el sentido de los fenómenos culturales a través de la interpretación, es lo que permite comprender el significado de los mismos. Lo importante acá, es que este proceso (la interpretación del significado) supone que quien investiga tome en cuenta el contexto cultural en el que lo investigado discurre. Los “datos” que surgen de una encuesta, dinámica grupal, entrevista u observación solo podrán ser adecuadamente interpretados si los mismos se analizan tomando en cuenta el contexto en el cual se desarrollan. Señala Abellán (2010), que el pensamiento de Weber estuvo influenciado por estas ideas fuerza de la época pero al mismo tiempo, buscó superar sus limitaciones estudiando los trabajos de Marx y Nietzsche. De este modo, tomó distancia del idealismo considerando otros factores como los intereses económicos y la lucha por el poder para entender el proceso de modernización de la sociedad. Sin embargo, en Weber siempre predominó la interpretación de la acción social a partir de la relación con los procesos culturales. Esto se expresa, por ejemplo, en la importancia que le dio al conocimiento del significado subjetivo y su interés por los motivos de las acciones. Su proyecto de “ciencia de la realidad” planteaba, por un lado, comprender la realidad en la que uno está inmerso tomando en cuenta su peculiaridad, esto es, el contexto en el que se desenvuelve y su significado en esa cultura; y por otro, “el motivo de que hayan-sido-así-y-no-de-otra-manera” (Abellán 2010, p. 14). Weber define la sociología en oposición al positivismo, como una ciencia histórica que trata de comprender la acción social a través de la interpretación.

La comprensión (verstehen) de los fenómenos culturales requiere captar su individualidad, y ésta se nos manifiesta en la medida en que conozcamos su contexto, es decir, el motivo que la origina y le da sentido. (Abellán, 2010, p. 14)

Weber consideraba que un aspecto fundamental del análisis social es la comprensión de los significados que le damos a las cosas (que para él son los motivos). En ese sentido, es importante entender el concepto de acción social, que es diferente al de acción. La acción es social cuando la misma está asociada a un significado subjetivo, esto es cuando

a la acción se le da un significado con relación al comportamiento de un otro (real o simbólico; pasado, presente o futuro). Una acción social no puede darse en el vacío, su sentido siempre estará definido por el comportamiento de los otros actores sociales. Se consideran diferentes tipos de acción social:

- La acción racional con arreglo a fines (se busca un fin, un resultado).
- La acción racional con arreglo a valores (no hay una relación con los resultados)
- Acción Afectiva (movida por los afectos).
- Acción Tradicional (motivada por las tradiciones sobre determinado comportamiento).

En todos estos casos (sobre todo en los dos primeros), se habla de racionalidad con relación a los medios, no se aplica a los fines. De hecho puede hablarse de racionalidad en la búsqueda de los medios más eficientes para obtener un fin irracional.

La acción racional con arreglo a fines se aquella que se entiende a sí misma como un medio para conseguir un fin. Se da ahí donde los actores diseñan acciones y esperan que al concluir las se cumplan los objetivos propuestos. Por ello, se le conoce también como acción racional-instrumental. Se trata de la estrategia que elabora una persona para llevar a cabo una determinada actividad. Es la acción que más sentido tiene, en la clasificación de Weber. La de mayor grado de racionalidad. En ella hay una selección y elección de medios a fin de que el resultado obtenido coincida con el fin buscado.

La acción racional con arreglo a valores se realiza cuando a un valor (ético, profesional o científico) los actores lo consideran por encima de las actuaciones específicas. Es una acción que se realiza a partir del valor que tiene la acción en sí misma. Esta acción se realiza teniendo en cuenta, no un determinado fin, sino la realización de un valor, que puede ser ético, religioso, estético, etc. Sin la referencia a ese valor, la acción no tendría sentido. En este caso, no interesan las consecuencias o resultados de la acción. La acción expresa o significa el cumplimiento de un deber. No hay diferencia entre medios y fines. La acción (el medio) es el fin.

Los otros dos tipos de acción, la tradicional y la emotivo-reactiva son bastante diferentes de las dos primeras. En estos dos casos no hay, o es muy débil, una evaluación racional sobre medios y fines. Estas dos últimas están más impulsadas por reacciones, sentimientos espontáneos o por costumbres, porque siempre se han hecho de cierta manera.

Las acciones afectivas son espontáneas, poco razonadas. Responden a la pasión de los actores. Es la acción que se orienta por los estados sentimentales, por pasiones vinculadas al amor, al odio, etc.

Las acciones basadas en la tradición son las que se organizan alrededor de las costumbres o creencias arraigadas en la gente. La tradición es lo que se ha incorporado a lo largo de la vida y se acepta como la forma normal en que deben regirse las acciones. No se da un proceso de elección de medio para conseguir determinado fin, se rige por la costumbre o

por ciertas normas consuetudinarias. El actor no se interroga sobre la efectividad del medio.

Para Weber, las acciones afectivas y las tradicionales han sido las que han primado en la historia. Señala que en occidente las acciones racionales han penetrado profundamente. Se ha establecido una racionalidad productiva y administrativa en la población. Según él, en las sociedades latinoamericanas (como en las orientales u otras), domina las acciones basadas en la tradición y en la emotividad.

Como ya se ha mencionado, si bien la sociología de Weber se articula alrededor del concepto de acción social, su análisis debe tener en cuenta algunas otras características. La acción social se ubica en la estructura simbólica de una sociedad en particular. En ese sentido, no hay acciones individuales desvinculadas de la estructura mayor en las que están inmersas. Por lo tanto, el significado de la acción social, para Weber, está influenciado por los significados existentes en cada sociedad, por el devenir de los mismos (su historia) y por los marcos que ésta constituye. No se significa de la nada, la acción (o interacción) social se desarrolla en un específico entorno social.

Por lo tanto, es importante tomar en cuenta que los medios, así como los fines, no resultan arbitrarios, sino que se derivan del marco normativo, que permite ciertos medios y prohíbe otros, prescribe ciertos fines y veda otros. Esto no necesariamente implica una presión constante sobre el individuo, ya que el patrón de medios y de fines es incorporado mediante el proceso de socialización. Por ello, el sentido de las acciones, sólo puede comprenderse teniendo como referencia el marco normativo o cultural en el que se desarrollan.

El autor entiende la cultura como un sistema construido a partir de símbolos, símbolos que están llenos de un significado que surge de un proceso social mayor. Este enfoque lo empleó para diversos análisis. Por ejemplo, para explicar el origen de la revolución industrial o las diferencias entre clases sociales. Para él, el cambio que propulsó la revolución industrial fue un cambio de ideas que se expresó en la Reforma Protestante, opuesta a los postulados de la Iglesia Católica. Así, para Weber, valores como la austeridad y la relación directa con dios, sin necesidad de depender de una autoridad, fueron elementos que marcaron una forma de relacionarse con su actividad y su entorno. Consideraba que un valor como la austeridad era necesario para estimular el ahorro y la inversión, un aspecto importante en la revolución industrial y el capitalismo inicial. Así mismo, para el autor de Economía y Sociedad, la actitud de independencia de pensamiento (con relación a la iglesia) ayudó a que la gente iniciara sus propios negocios. Igualmente, cuando abordó las diferencias entre las clases sociales, si bien reconocía la importancia de las diferencias económicas, añadió el prestigio, los juicios de valor que la gente hace sobre los demás, como un elemento fundamental para comprender las diferencias y las relaciones de clase. Así como Weber estableció esta relación entre la racionalidad moral, social y económica en la explicación de los orígenes del capitalismo, en esta investigación queremos comprender cuál es la relación entre la racionalidad social existente en Lima y la racionalidad política de la ciudadanía.

La función selectiva de los valores

Según Weber, la selección de la "parte finita" de la realidad que cada investigador realiza para escoger temas de investigación se realiza de acuerdo con sus valores. Son ellos los que seleccionan qué parte de la realidad será estudiada: "Se decide de acuerdo con las ideas de valor desde las cuales consideramos la «cultura» en cada caso individual...". En ese sentido, los valores actúan en el investigador de manera semejante a como Lauer y Handel (1977) señalan que actúan las actitudes en la persona: intervienen en el proceso de selección de la realidad y de "definición de la situación" que se enfrenta. Esta es una idea importante para entender cómo opera la cultura política en la relación con el sistema, influyendo en la forma como la realidad se define y la manera en que se interactúa con ella. Aunque como veremos a continuación, las variables situacionales cumplen también un rol.

El análisis simbólico en los estudios de cultura política: el llamado "enfoque interpretativo"

Es luego de los ochentas que se genera esta corriente que promueve y defiende el análisis simbólico y la interpretación de significados en el estudio de la cultura política. La misma es un derivado de la preocupación weberiana por el significado de la acción social y del enfoque fenomenológico en la naturaleza socialmente construida del conocimiento y de la sociedad. La cultura, bajo esta perspectiva, es definida como los significados colectivos que los grupos crean, comparten y simbólicamente expresan.

Se suele tomar como referencia los trabajos de Geertz (1993) como ejemplos de este llamado "enfoque interpretativo" (Welch, 2013). Dándole prioridad al estudio de casos, se busca identificar en cada sociedad cuál es el sistema simbólico que caracteriza su cultura en general y su cultura política en particular. Identificando y comprendiendo el mismo, a través de la interpretación, se puede conocer la mentalidad de la gente, su concepción de la vida y sus formas de comunicación con relación a la política. Si la función de la cultura es darle un sentido al mundo, el investigador debe poder observar e interpretar los símbolos que estructuran esa cultura (*Thick description*). El significado político no está solo en lo que los sujetos conscientemente piensan sino que está presente en los símbolos culturales e intersubjetivos, en los significados colectivos inscritos en los símbolos presentes en las mismas prácticas culturales (Formisano, 2001). Desde el enfoque interpretativo, el estudio de las actitudes y la acción política tienen que abordarse como parte de ese contexto.

En ese sentido, como señala Welch (2013), el enfoque interpretativo está más orientado al análisis de los símbolos para buscar comprender su significado. Se busca entender, a través de la interpretación, la estructura subyacente a los símbolos, los códigos de la acción social y política de una cultura en particular, antes que comparar diferentes sistemas culturales en busca de leyes generales.

Se critica que el enfoque positivista mire la sociedad como una sumatoria de individuos (y la cultura política como una sumatoria de actitudes políticas) y se propone como

alternativa un enfoque que entiende lo social como un conjunto de relaciones que en el tiempo forman estructuras e instituciones. Es al interior de estas estructuras que la acción social se desarrolla y tiene un significado.

Autores como Gonzáles (2001) y Welch (2013) señalan que el término “interpretativo”, en el análisis de la cultura política, engloba diversos enfoques tales como la Hermenéutica, la Antropología Estructuralista, el Interaccionismo Simbólico, etc... Más allá de los matices que puede haber entre estas diversas aproximaciones (Geertz, 1973; Dittmer, 1977; Chilton, 1988; Merelman, 1989; Wedeen, 2002; Eliasoph, 2003), se parte de una postura crítica hacia el enfoque positivista implícito en los estudios comparativistas. Si bien los cuestionamientos abordan temas metodológicos los principales tienen que ver con el concepto de cultura y cultura política que en ellos subyace. En general, se critica que el enfoque positivista en cultura política (en particular el desarrollado hasta antes de los ochenta) haya dejado de lado la discusión teórica sobre qué se entiende por cultura o por cultura política y se haya puesto énfasis en el recojo de datos (Welch, 2013). El mismo Almond (1980) sostenía en aquellos años que el concepto de cultura política no era una teoría sino un paraguas que reunía un conjunto de variables que se podían usar para el desarrollo de teorías. Desde el enfoque interpretativo, se pone énfasis en pensar qué se entiende por diversos conceptos tales como cultura, cultura política, acción social, etc. y qué implica esto en términos de análisis.

Como ya se indicó, lo que más se objeta es un enfoque psicologista donde se asimila la cultura a una sumatoria de actitudes o valores individuales. Merelman (1998) dirá además que en los enfoques comparativos se ve la cultura y la cultura política como un fenómeno cognitivo (ideologías, creencias, actitudes y opiniones) poco vinculado al comportamiento. Parsons consideraba que la cultura eran las orientaciones psicológicas hacia objetos sociales y ese fue el punto de partida del trabajo de Almond y Verba (1970) donde definieron la cultura política como un patrón de orientaciones psicológicas hacia objetos políticos.

Desde ese momento dos han sido las corrientes más importantes que analizan la cultura política: la corriente behaviorista y la interpretativa. La primera caracterizada por ‘...sus aspiraciones científicas libres de valores, por sus tendencias expansionistas y dentro de la investigación de cultura política, por el uso de metodología de apoyo y su ‘subjetividad’ concomitante o definición psicológica de cultura política’ (Welch, 1993:6) (Heras, 2002, p. 279)

El enfoque interpretativo, como señala Merelman (1998), considera que las actitudes y valores solo son la superficie de una estructura cultural más profunda, algo así como las asociaciones libres del paciente en psicoanálisis que deben ser interpretadas con la ayuda del analista. Este autor sostiene que se debe considerar lo cognitivo (lo intersubjetivo en general dirán otros) pero desde otro enfoque.

Diversos autores que abordan el tema de cultura política desde el llamado enfoque interpretativo (Geertz, 1993; Merelman, 1999; Wedeen, 2002; Heras, 2002, Eliasoph, 2003; Welch 2013), consideran que no se debe separar el concepto de cultura política de cultura.

La cultura política no es diferente a la cultura general...no hay pueblos que tengan cultura política sin tener cultura. Para la sociología interpretativa, la cultura política no tiene sentido conceptual tal y como está definida en el esquema comparatista. (Heras, 2002, p. 280)

Como señala Formisano (2001), según el Interpretativismo, se debería hablar más de la esfera pública o de la cultura de lo público para darle un marco más amplio al análisis de lo intersubjetivo en la política. La política es vista como un espacio o escenario más (como podría ser el de consumo) donde “las formas de relación existentes” (condensadas en diverso tipo de productos culturales) se ponen en evidencia (Dittmer, 1977). Se busca poner un mayor interés en los aspectos de la cultura general que están vinculados o influyen en la cultura política. Esta última solo se puede comprender cuando se vincula con representaciones colectivas fuera de la política. Esto ya lo hacen Inglehart y Putnam y, de alguna manera los mismos Almond y Verba (1970) al hablar de la importancia de los valores y las actitudes sociales en el desarrollo de la cultura política. De todos modos, es cierto que en el caso de estos últimos se buscó tomar distancia de los trabajos desarrollados por la psicología, antropología y ciencia política norteamericana donde se le daba mucha importancia a lo psicológico y lo social para explicar lo político. Un ejemplo de esto último son los trabajos de Lane (1959, 1962) que desde una mirada que combinaba psicoanálisis y psicología cognitiva buscó entender lo político como una expresión de lo que ocurre en la esfera mayor de lo social. Para él, citando a Smith, Brunner y White (1959), en la base de toda opinión o comportamiento político se podía encontrar no solo una opinión o comportamiento sino una muestra de cómo la persona que sostiene esto se enfrentaba al mundo. El afán de Almond y Verba por buscar un espacio propio a la ciencia política, y el enfoque positivista subyacente, los llevó a debilitar la importancia de lo social y cultural en su modelo.

Como señala Gonzales (2001) al describir el enfoque interpretativo en general, lo que se busca es una mirada holística que tome distancia de un enfoque causalista (donde hay largas discusiones sobre si la cultura política es una variable dependiente, independiente o ambas) para concebir los fenómenos (la política, la cultura, la cultura política) en una situación de influencia mutua por lo que no resulta factible distinguir causas de efectos. El todo y las partes están vinculados. El sentido de una determinada institución se entiende en el conjunto, por el contraste y/o relación con otras.

González (2001), siguiendo a Lincoln y Guba (1985) describe una serie de características propias a los enfoques que el incluye dentro del Interpretativismo (el Historicismo, la Hermenéutica, la Fenomenología, el Interaccionismo Simbólico). Si bien sus reflexiones son sobre el Interpretativismo en general (aplicado a diversos temas de

investigación) son de utilidad para entender su acercamiento al estudio de la cultura política. Las mismas tienen que ver con el concepto de realidad como algo construido; el énfasis sobre lo cualitativo (aunque como veremos luego, no es exclusivo), la visión dialéctica superadora del dualismo entre el sujeto que conoce y el objeto conocido y por último, los criterios de credibilidad (donde se desarrollan criterios propios para abordar el concepto de verdad). En función de estos rasgos, Gonzáles propone un enfoque de investigación abierto, emergente, inductivo, holístico e implicativo.

Frente al concepto positivista de la realidad como algo simple y posible de fragmentación, se plantea el concepto de que las realidades son múltiples, holísticas y construidas. Esto implica la renuncia al ideal positivista de la predicción y el control para buscar la comprensión de los fenómenos (Gonzáles 2001, Lindesmith et al. 2006). Se diferencia entre los conceptos de realidad objetiva, percibida y construida. Lo importante no es la realidad “en sí” ni las percepciones de la misma sino las construcciones de la realidad. Se busca comprender (Verstehen) interpretar, no explicar (objetivismo). Esto deriva, siguiendo a Weber, en entender la acción social como una conducta dotada de un significado subjetivo. Por lo tanto, la “comprensión” solo se da cuando el investigador puede interpretar (comprender) el sentido conferido por el actor a su conducta. Esto lleva a darle una gran importancia al lenguaje (Fernández, 2003; Lindesmith, Strauss y Denzin, 2006), en tanto instrumento clave, mediador de la comprensión. Por ejemplo Geertz (1993) y Wedeen (2002) plantean que la cultura se debe observar como un concepto o práctica semiótica en tanto la misma supone que las personas están constantemente relacionándose a partir de procesos de construcción e interpretación de significados. Como menciona Fernández (2003) “el sujeto es un sujeto de la palabra”. Este es el llamado “giro discursivo” o “giro narrativo” (Lindesmith, Strauss y Denzin, 2006).

El interés por estos temas ha sido denominado giro narrativo o discursivo en las disciplinas humanísticas. Este giro implica un mayor interés por el lenguaje, el discurso y las prácticas discursivas, y la idea de que el significado es de naturaleza contextual. (Lindesmith, Strauss y Denzin, 2006, p. 7)

Esto tiene implicancias con relación al concepto de cultura, cultura política y, asociado a todo ello, la forma en que se conceptualiza la acción o interacción social.

La cultura es definida por Geertz como una jerarquía ordenada de estructuras de significación socialmente establecidas y en virtud de las cuales la gente interactúa, “un sistema de interacción de símbolos interpretables”. Estos sistemas de símbolos o signos son las conductas, estados de conciencia, palabras, cosas, etc. Todos estos son vistos como discursos sociales (narrativas dirán otros) y, en tanto discursos, ser interpretables. En ese sentido, la cultura es el contexto dentro del cual se debe entender el significado de los acontecimientos sociales, los modos de conducta, las instituciones y los procesos sociales. El análisis de los símbolos (políticos y de otro tipo), como dirá Dittmer (1977)

será una forma de entender los tipos de relación en una cultura (política, económica, social, etc.) pues en ellos están presentes los tipos de relación existentes en una comunidad. Los seres humanos, se dice, viven envueltos en tramas de significación (la cultura) y es desde ahí que se debe comprender su acción social y sus símbolos.

El concepto de cultura que propugno (...) es esencialmente un concepto semiótico. Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie. (Geertz, 1993, p. 20)

La política, dirá Geertz, es una de las principales arenas donde estas estructuras de significado se ponen en evidencia.

Esto lleva a que, como señalan diversos autores (Geertz, 1993; Merelman, 1998; Wedeen, 2002, Eliasoph, 2003) el análisis de los procesos de comunicación tome gran importancia. En ese sentido, desde el Interaccionismo Simbólico, Lindesmith, Strauss y Denzin (2006) señalan la importancia de la comunicación como proceso mediador. Los seres humanos viven en entornos simbólicos mediados por la cultura y el lenguaje. La cultura es el contexto que delimita y da significado a lo que ocurre dentro de ella.

La experiencia personal y la estructura social están mediadas a través del proceso de comunicación. Este proceso está vinculado al ámbito de los significados culturales. Estos significados son definidos, en parte, por los sistemas de ideología y de poder que operan en un orden social concreto. Circulan a través de sistemas de comunicación específicos (orales, escritos, electrónicos). (Lindesmith, Strauss y Denzin; 2006; p. 21)

Algo que señalan tanto Geertz (1993), Merelman (1998) como Eliasoph (2003) es que la cultura está constituida por códigos públicos compartidos, representaciones colectivas (símbolos diversos) que forman parte de la estructura en la que está inmersa la gente y son el marco a partir del cual se siente, piensa y actúa. Esto básicamente para insistir en que la cultura no es un hecho individual, un conjunto de creencias o valores individuales que están en la cabeza de la gente, sin relación unos con otros.

La relación entre los individuos (sus actitudes) y la cultura es dialéctica: los individuos no son receptores pasivos de cultura (que les preexiste) pero tampoco son generadores autónomos de la misma. Si la cultura es un conjunto de representaciones colectivas, entonces son representaciones de un conjunto y no solo partes de la misma. Las actitudes y los valores, sostiene Merelman (1998), solo son representaciones parciales. Son

producto de profundas estructuras culturales que no son directamente observables. Como señala Gonzáles (2001), el paradigma interpretativo busca poner de manifiesto los significados subjetivos asignados por los actores sociales a sus acciones pero a la vez descubrir el conjunto de reglas sociales que dan sentido a las actividades sociales "... y así revelar la estructura de inteligibilidad que explica por qué dichas acciones tienen sentido para los sujetos que las emprenden" (Gonzáles, 2001 p. 243)

Se dice que la relación entre actitudes y valores con las estructuras culturales profundas es como la relación entre la gramática y el habla (Merelman 1998). Una estructura cultural puede permitir el desarrollo de diversas configuraciones actitudinales que a su vez se pueden cristalizar en una cultura política. Esta estructura profunda (la gramática) predispone a los individuos a comportarse de determinada manera en diversas instituciones. Se habla de una dinámica donde las instituciones tratan de influir en las personas y donde estas personas, influidas por las estructuras profundas, tratan de influir en las instituciones. Desde el Interaccionismo Simbólico, Lindesmith et al (2006) proponen algo semejante. Los actores sociales definen y crean sus experiencias.

...pero las situaciones en que esas experiencias ocurren y el significado de esas experiencias viene con frecuencia dados por adelantado por las instituciones sociales, culturales, políticas y económicas de la sociedad. Los psicólogos sociales estudiamos la interrelación entre las vidas sexuales y las estructuras sociales, así como también la interrelación entre biografías, constricciones personales y sociales, y el orden social. (Lindesmith et al, 2006, p. 5)

De acuerdo a lo anterior, la acción social y los procesos culturales donde están inmersos, deben ser vistos como una narrativa donde se dramatiza los diferentes elementos contrastantes de la estructura cultural: buenos y malos, el héroe contra las normas, etc. (Merelman, 1998). Se considera que las actitudes pueden cambiar (dependiendo de la situación) pero no necesariamente las estructuras que las sostienen. Pueden tener simplemente una forma diferente de estructura narrativa. Solo si hay cambios en la estructura se generan nuevas narrativas. Desde el Interaccionismo Simbólico (Lindesmith, Strauss y Denzin, 2006), donde se pone énfasis en la naturaleza reflexiva y situacional de la experiencia humana, se habla de un giro narrativo que lleva a un mayor interés por lo que se denomina "prácticas discursivas". Al igual que lo señalado por Dittmer (1977) y Geertz (1993), estos autores plantean que este giro narrativo tiene dos sentidos: el discurso o interpretaciones narrativas de los investigadores sobre cómo opera el medio social, una teoría por ejemplo; y las narrativas o prácticas discursivas que utilizan los mismos actores sociales, ya sea para dar cuenta de lo que hacen o las que aparecen en el mismo proceso de interacción. Merelman (1998) sostiene que si la cultura consiste en un conjunto de narrativas que dramatizan las estructuras profundas de las representaciones colectivas (o sistemas de creencias), entonces se deben estudiar los diversos procesos de comunicación porque es ahí donde estas narrativas se manifiestan.

En ese sentido, sostiene, el estudio de la propaganda política, los discursos, las manifestaciones, etc. deben ser vistos como narrativas que ayuden a entender las estructuras subyacentes.

Acá es importante el aporte del Interaccionismo Simbólico, en tanto pone énfasis en el proceso de construcción de significados, implícito en esta narrativa, pero poniendo el foco en la interacción social presente en la comunicación interpersonal (no solo en los fenómenos más masivos señalados por Merelman). Como señalan Lindesmith, Strauss y Denzin (2006), no hay experiencia pura, siempre se interpreta. Así mismo, Fernández (2003) señala que la realidad (incluida la representación de uno mismo) se divide en unidades manejables para la persona. Lo real se articula y redefine.

La interacción no se puede separar de lo significativo, de la interpretación de los actores, de la definición de la situación que cada uno de ellos hace ni de las intenciones que persigan en la acción...La interacción está en sintonía con la idea de que el significado está directamente vinculado a la acción. (Fernández, 2003, p. 61)

Lo que se estudia son las “representaciones de la experiencia”, no la experiencia directa. “Estas representaciones, como sistemas de discurso, son textos sociales o construcciones narrativas y discursivas.” (Lindesmith et al, 2006 p. 8). Afirman que el psicólogo social estudia cómo la gente interpreta las experiencias significativas, sus sistemas de representación. En ese sentido, Lindesmith, Strauss y Denzin (2006), al reseñar los principios del Interaccionismo Simbólico señalan que:

1. “Los seres humanos actúan hacia las cosas sobre la base de los significados que las cosas tienen para ellos” (Blumer, 1969: 2)
2. Los significados de las cosas emergen del proceso de interacción social
3. Los significados se modifican por medio de un proceso interpretativo que implica individuos autorreflexivos interactuando simbólicamente unos con otros (Blumer, 1969: 2).
4. Los seres humanos crean mundos de experiencia en los que viven.

Las personas interactúan con e interpretan los objetos hacia los que actúan. Como consecuencia de ello, el significado de los objetos cambia en y a través del curso de la acción. Los significados no son fijos: constantemente están siendo transformados en y a través de circuitos de la cultura... (Lindesmith, Strauss y Denzin; 2006, p. 17)

Como señalan los mismos autores, este enfoque, que ellos llaman existencial, considera dos dinámicas que se dan de manera simultánea: los seres humanos son creados y transformados por el orden social y, a la vez, son estos mismos seres humanos quienes

crean y moldean las situaciones particulares que moldean su interacción. En esa misma línea, Heras (2002 señala)

El paradigma interpretativo aspira...a explicitar los significados subjetivos asignados por los actores sociales a sus acciones así como a descubrir el conjunto de reglas sociales que dan sentido a las actividades sociales sometidas a escrutinio... y así revelar la estructura de inteligibilidad que explica por qué dichas acciones tienen sentido para los sujetos que las emprenden. (Heras, 2002, p. 243)

Eliasoph (2003) parte del Interaccionismo Simbólico para matizar esta posición e incluir conceptos como el de representación colectiva de Durkheim y el de “estilos grupales”: patrones recurrentes de interacción que surgen de los supuestos compartidos de un grupo sobre lo que constituye una adecuada o inadecuada participación grupal. Las personas nos socializamos en diversos “estilos grupales” y vamos incorporando, directa o indirectamente, los patrones correspondientes. A partir de ahí, plantea que la existencia de la cultura en la interacción pasa por un proceso donde las representaciones colectivas (insumo básico para la construcción de significado) son filtradas por procesos de interacción personal que están mediados a su vez por los estilos grupales presentes en cada situación (el estilo de un grupo de trabajo es diferente del de un partido político; el de una manifestación es diferente de una fiesta popular, etc.). Considera que ambos son elementos de la cultura que establecen un marco de referencia pero a la vez límites al número de situaciones que una persona reconoce. La gente, afirma, tiende a encasillar las nuevas experiencias en un número finito de categorías o esquemas. (¿Frente a qué grupo o situación estoy?). El *self* no es el mismo en todas las circunstancias, tiene repertorios que son personales pero que están organizados en guiones según situaciones. Como menciona Amat y León (2006) esta idea remite a ver al sujeto como conteniendo un determinado repertorio de disquetes que aluden sobre las reglas de juego para las diversas situaciones a las que se enfrenta. Negociar el significado no solo alude al peso de la situación sino al proceso de acomodación que el sujeto hace entre sus guiones preexistentes y la percepción de la situación. Un continuo juego donde lo antiguo persiste como forma de entender lo nuevo, aunque en el proceso se vaya haciendo modificaciones a los guiones. Por lo tanto, el proceso de significación, sostiene Eliasoph es uno que se desarrolla en un marco donde interactúan la cultura (las representaciones colectivas), mediadas por los límites del grupo, las interacciones que se dan en la misma situación y el lenguaje. Diferentes situaciones implican diferentes estilos grupales que pueden darle diferentes significados a los mismos códigos culturales.

El significado de la cultura depende en parte de lo que signifique participar en una situación grupal que filtra esa cultura. El concepto de cultura en interacción lleva la vida grupal directamente al análisis cultural. Para entender la

cultura necesitamos conocer cómo los grupos la usan en su vida cotidiana. (Eliasoph, 2003, p. 784)

Un tema a resaltar es que este proceso de construcción de significado, que se da en el proceso de interacción en una situación dada, pasa también, como señalan Merelman (1998), Eliasoph (2003) y Lindesmith et al (2006) por una competencia por el poder. Merelman (1998) critica al enfoque positivista que tiende a plantear la cultura y la cultura política como procesos de construcción de consensos y sostiene que el significado se construye a partir de oposiciones que están siempre presentes y en competencia. Eliasoph (2003) menciona que en una institución o grupo hay esquemas de relación dominantes pero que existen otros estilos que pueden estar sumergidos y que se pueden expresar en conversaciones informales, subgrupos, etc. Por su lado, Lindesmith et al. (2006) hablando más de la actividad de los psicólogos sociales en la investigación pero que también se puede aplicar al sentido de los fenómenos sociales, plantea que los discursos siempre están en competencia y que la verdad termina siendo más el resultado de una lucha de versiones que un descubrimiento de la misma. Por lo tanto, citando a Foucault, se dice que “el poder produce conocimiento”, aunque no siempre el más poderoso sea el que gane. Los sistemas discursivos (que sancionan, desde el poder, qué es verdadero y qué falso) afectan las vidas y generan tendencias que pueden o no entrar en conflicto.

La política de la representación es fundamental para el estudio de la experiencia. Como indicábamos más arriba, el modo en que algo es representado suele implicar una lucha por el poder y el significado en sí. (Lindesmith, Strauss y Denzin; 2006, p. 9)

Esta idea de construcción de significados y su vinculación con el poder no solo está presente en los procesos observados sino en los mismos procesos de investigación (Gonzales, 2001). Frente al concepto positivista del dualismo y de la independencia del investigador y del objeto investigado, se postula que ambos son inseparables. El conocimiento se construye a partir de atribuciones de significado que surgen de un proceso de interacción que se debe tomar en cuenta. Como señalan Lindesmith et al. (2006) citando a Hall “los relatos, «por mucho cuidado que se ponga en probarlos y sustentarlos, tienen al final “autoría” (Hall, 1996a: 14). Las explicaciones psicosociológicas reflejan los puntos de vista de sus autores. Éstos no traen consigo ninguna garantía de verdad y objetividad.” (2006 p. 9).

Como señala Gonzáles (2001) frente al planteamiento positivista de una investigación libre de valores, aséptica, el enfoque interpretativo plantea que cualquier tipo de actividad investigadora está comprometida. En concreto, la investigación está influida por a) el investigador; b) la elección del paradigma desde el que se trabaja; c) la elección de la teoría sustantiva utilizada para guiar la recogida y el análisis de los datos y la interpretación de los resultados; d) los valores que forman parte del contexto en el que se desarrolla el trabajo. Como señala Fernández (2003), se asume que la verdad es

situacionista, contextualizada y no universal. En el Interpretativismo la posibilidad de generalización se limita y se favorece la aspiración de desarrollar un cuerpo ideográfico de conocimientos capaz de describir el caso objeto de indagación. Como veremos más adelante, Ulmer y Wilson (2003) sostienen que esto se puede aplicar al estudio de los procesos pero que se puede tener mayor flexibilidad metodológica cuando se evalúa resultados.

Se tiene que abordar la cultura política como proceso y resultado. Como señala Heras (2002) las personas construyen y usan “tipificaciones” en el mundo social y político. Un proceso de interacción social viene constituido de un significado construido en experiencias previas que se vuelve a negociar en situaciones concretas. Son las acciones individuales de los seres humanos, en su interacción cotidiana, el mecanismo de preservación del orden vigente y, al mismo tiempo, son estos procesos de interacción los que pueden cambiar lo constituido porque en cada situación de interacción se negocia el orden vigente. Se crean significados entre los miembros de una comunidad que a su vez se reproducen formando códigos intersubjetivos que se “tipifican”.

Esas tipificaciones, resultado de los hábitos y patrones construidos previamente, las utiliza el individuo en su acción social cotidiana y se convierten en instituciones. De manera que la búsqueda por el origen de las prácticas políticas tiene que ver con esos hábitos, patrones, tipificaciones e instituciones. Cuando hablamos de la teoría social fenomenológica hacemos referencia a uno de sus postulados centrales: la intersubjetividad como origen de la acción social. (Heras, 2002, p. 285)

La cultura política no está dada para siempre, una parte la reproducen los seres humanos y otra se negocia y cambia. Si se quiere poner énfasis en el resultado, se puede tomar la definición que hace Heras, desde un punto de vista interpretativo, de la cultura política:

...el acervo de códigos que los hombres han construido históricamente acerca de su orden político vigente. Y podríamos agregar, que la acción política es la objetivación de dicha cultura. La tarea de investigación comienza entonces con el estudio del grupo social de manera que se puedan emprender las indagaciones sobre su particular acervo social y deslindar de éste, los códigos mediante los cuales los hombres objetivan su cultura política. (Heras, 2002, p. 288)

En esta cita, el énfasis en lo histórico es importante ya que permite incluir en el análisis no solo el conjunto de representaciones colectivas, su puesta en escena en situaciones particulares (el aquí y ahora) sino que además permite tomar conciencia de que todos estos procesos van generando lo que Heras denomina “tipificaciones” (códigos

intersubjetivos) que son producto no solo de la experiencia particular de los actores sino del conjunto de la sociedad a través de generaciones.

Este marco teórico no solo demanda una revisión de las conductas prevalecientes en materia política, que sería la parte susceptible de comparar o de medir. Si no que requiere una amplia revisión histórica que recupere significados, códigos, y tradiciones de la cultura política. Sin ambos sólo es posible contar la mitad de la historia...hablar del pasado, pero no del presente. Sin ambos sólo se pueden llevar a cabo estudios etnográficos, al tomar historias políticas a profundidad; o datos en seco (value-free) si medimos actitudes políticas. (Heras, 2002, p. 290)

Este peso de lo histórico está a la base de la consideración de que una cultura política no se puede imponer. Welch (2013) alude, por ejemplo, al fracaso o dificultades que tuvieron los países socialistas para socializar a la población en una determinada cultura política. Como menciona Heras (2002) si bien una parte de la cultura política puede negociarse, frente a un programa que le imponga una perspectiva, el proceso es paulatino “y no siempre responde a la inmediatez de las necesidades de implementación de un nuevo orden político” (Heras, 2002 p. 288). Esto aplica también a los esfuerzos por desarrollar “cultura cívica” a partir de esfuerzos más vinculados a la ingeniería social.

En los regímenes liberales sucede lo mismo. Las transiciones entre distintos tipos de régimen, digamos de autoritario a democrático o viceversa, encuentran relativamente fácil el cambio de las estructuras de poder, pero tienen un serio obstáculo: la cultura política que les precede. Por esa razón, ni los gobiernos ni los pueblos, es decir los hombres, pueden volverse democráticos por decreto. En ambos se mantiene la cultura política anterior, el acervo de lo político no cambia mediante la receta democrática. Si larga fue la etapa de autoritarismo de un régimen, y en consecuencia de implantación de un determinado acervo de lo político, más larga será su transición a un régimen distinto... (Heras, 2002, p. 288)

En términos metodológicos, todo esto implica tener una mirada histórica de los procesos de construcción intersubjetiva, entender las estructuras de significación a través de la observación de comportamientos o interacciones en la vida cotidiana, estudios de símbolos, mitos, ritos, análisis del lenguaje y el sentido común que usan los actores (para interactuar y para autoexplicarse), entender los estilos grupales o institucionales en los que se desenvuelve la interacción y a partir de ahí identificar los diversos códigos intersubjetivos existentes. El significado de las prácticas políticas no se sitúa en el

sentido inmediato anterior de la acción social. El investigador debe saber que es un interpretador de interpretaciones, de narrativas que expresan estructuras de significado subyacentes en conflicto, que pueden o no objetivarse.

Otros trabajos aluden no solo a la necesidad de incluir un enfoque histórico sino de considerar que toda cultura política incluye subculturas. Samudio (2009), plantea que el cambio del universo de estudio y su unidad de análisis, de agregados nacionales con una cultura política única (típico del enfoque comparativista) al análisis de grupos, movimientos o subculturas, permite incluir nuevos escenarios como productores de culturas políticas propias, reconocer en la realidad nacional una multiplicidad de culturas políticas e incluso la existencia de posibles choques entre éstas. El estudio de la cultura política debe abordarse como un asunto relacional que permita confrontar diversas orientaciones sobre diversas cuestiones políticas. Así, se debe pasar de considerar que hay una cultura política a tomar en cuenta a la existencia de diversas culturas políticas en pugna. Como señala Welch (2013) estas posibles contradicciones pueden darse no solo entre actores o grupos sino al interior de los mismos sujetos sociales pues la cultura (y la cultura política) está constituida, por un lado, por un conjunto de prácticas y a la vez por realidades discursivas que justifican los comportamientos pero que no siempre están alineados.

Todo esto deriva en propuestas metodologías que proponen que los fenómenos se comprendan en sus contextos, la conciencia de que el investigador es un ser humano que interpreta (consciente o inconscientemente) lo que observa y que por lo tanto los resultados de sus análisis deberían ser confrontados. En el Interpretativismo hay una inclinación al uso de técnicas cualitativas en tanto facilitan el análisis inductivo y la construcción de una “teoría fundamentada” basada primordialmente en el estudio de casos y criterios de científicidad diferentes a los que plantea el positivismo. La crítica conceptual deriva en una posición metodológica que se distancia de las encuestas o por lo menos ubica su aplicación y resultados en un lugar más limitado de influencia para hacer uso de otros acercamientos que permitan tener contacto con la producción cultural en sí misma (situaciones, conversaciones, escritos etc.). Se puede mantener el interés por entender las normas y creencias sobre la política (la información que suelen dar las encuestas) pero con un enfoque que las analice en tanto productos culturales contruidos y existentes en situaciones intersubjetivas (Formisano, 2001)

3. Estudios sobre las subculturas políticas

La pluriculturalidad de nuestras sociedades ha originado que, dentro de un mismo espacio, se conformen diferentes identidades políticas, expresadas a través de diferentes patrones de valores, creencias, juicios y expectativas que, en muchos casos, no solo son disímiles, sino que pueden llegar a ser incluso antagonistas unos con otros (Millán, 2008). Si bien se pueden encontrar patrones comunes en los valores, cultura y cultura política de los diferentes países de América Latina (Inglehart y Carballo, 1997), cada nación presenta diversidad de formas de vida. El mismo Inglehart y Carballo (1997) mencionan que las dos dimensiones que utiliza la Encuesta Mundial de Valores para

analizar América Latina explican solo el 50% de la varianza estudiada. A pesar del énfasis que diversos autores ponen en la heterogeneidad de la cultura latinoamericana (Schmidt, 2004), no hay muchos estudios sobre subculturas políticas en América Latina. Probablemente esto tenga que ver con la perspectiva del enfoque dominante (el comparativismo que tiene como insumo principal la Encuesta Mundial de Valores) que señala que si bien pueden existir diferencias culturales al interior de una sociedad (en función al género, la generación, etnia, religión, etc.) las distancias son mayores entre países que al interior de los mismos. Es importante ver no solo el aspecto conceptual sino también el metodológico. Varios de los estudios que identifican subculturas están más abocados a identificar tipologías basados muchas veces en análisis bivariados. El desarrollo del análisis multivariado permite hoy identificar patrones que tomen en cuenta diversidad de variables.

El enfoque interpretativista, a través de su énfasis en el estudio de casos, advierte sobre los riesgos de considerar la cultura política de una sociedad como un todo homogéneo. Samudio (2009), para el caso colombiano, señala la diferencia entre la descripción de la cultura política nacional y la existente en determinados movimientos sociales del país (comunidades indígenas). La primera se caracteriza por un patrón donde prima lo autoritario y la baja tolerancia dando sustento a lo que denomina una estabilidad autoritaria. En las comunidades indígenas estudiadas, la equidad y el respeto al medio ambiente que se habita son valores importantes. La cultura política de un movimiento social en particular, no necesariamente será el de la mayoría ciudadana pero pone en evidencia que la generalización puede opacar no solo el análisis sino la realidad misma. Es importante destacar que la cultura política es un referente distintivo de las identidades y creencias de cada sociedad y que al interior de la misma se pueden presentar diversos matices que incluso pueden ser contradictorios entre sí. En general, quienes abordan el tema de las subculturas toman distancia del énfasis que ponen los comparativistas con relación a la dominancia de patrones de cultura política dentro de una sociedad.

... la(s) cultura(s) política(s), en América latina, se centran o debieran centrarse en el reconocimiento de la diversidad y en lo pluricultural de nuestras sociedades, esto a su vez implica asumir la diversidad de discursos que existen, los cuales pueden no ser sólo disímiles, sino también contradictorios entre distintos segmentos de la sociedad... “síntesis heterogénea y en ocasiones contradictoria de valores, creencias, juicios y expectativas que conforman la identidad política de los individuos, los grupos sociales o las organizaciones políticas (Gutiérrez, 1993: 74)... Esta forma de entender cultura política, asume que se expresa a través de valores, creencias, juicios y expectativas, los cuales pueden ser muy distintos dentro de una sociedad, incluso contradictorios y por tanto también conflictivos. (Milan, 2008, p. 48)

En el caso de nuestra investigación, estamos interesados en identificar las características de la cultura política en la ciudad de Lima pero tomando en cuenta que para su cabal comprensión es necesario identificar y describir las posibles subculturas existentes. En el trabajo de Almond y Verba (1970) se parte de que toda cultura política es heterogénea en su composición (con diferentes tipos de orientaciones en relación e influencia) y que las orientaciones, así sean parte de un mismo patrón cultural, pueden variar en su nivel o sentido afectivo y/o evaluativo (dos personas pueden estar orientadas al congreso pero una ser leal y la otra apática al respecto). Con estas consideraciones, se afirma que dentro de una misma cultura puede haber diferentes tipos de subculturas. Morán (2010) considera que es mejor partir de entender la cultura política de un colectivo no como una unidad sino como una serie de subconjuntos, subculturas, vinculados entre sí de diversas maneras pero con dinámicas propias.

Para llevar a cabo esta tarea, es imprescindible romper con la concepción unitaria de la cultura política inherente a la tradición clásica que inauguraron Almond y Verba. Es decir, no podemos seguir empeñados en dar por supuesto que exista algo que pueda denominarse la cultura política «de los españoles». Por el contrario, es esencial recuperar la idea de «subculturas políticas» específicas, vinculadas a grupos sociales concretos. (Moran, 2010, p. 420)

A pesar de mencionar que no era su objetivo de investigación, Almond y Verba (1970) señalaron dos tipos básicos de subculturas: Un tipo de subcultura que se basa en diferencias de orientación política y otra en diferencias de tipo estructural. Cuando las subculturas responden a posiciones partidarias, señalan, se puede tener en un extremo situaciones como las de Estados Unidos o Inglaterra donde diversas tendencias partidarias (al interior de los mismos o entre ellos) expresan diversos puntos de vista que sin embargo no llegan a los extremos (solo entre las minorías extremistas de cada lado) manteniendo en común una serie de orientaciones políticas de base, cooperación cívica, valores y estilos de vida. En estos casos, dicen, se puede hablar de una cultura política común con tendencias subculturales. En el otro extremo, ponen como ejemplo a Italia, está un partidismo polarizado entre posiciones de izquierda y derecha. En estos casos, Italia sería un extremo, la cultura política estaría fragmentada y tendría subculturas orientadas de modo diferente tanto en lo estructural como en lo político. En estos casos, las subculturas estarían asociadas a diferentes estilos de vida y valores.

Las subculturas que se basan en diferencias estructurales, son las de mayor interés para los investigadores de “La Cultura Cívica...”. Esto se presenta en las denominadas culturas políticas “sistemáticamente mixtas”. Tomando una cultura súbdito-participante como ejemplo, se puede dar que un sector de la población tenga una subcultura orientada a la monarquía y en otro primen las orientaciones participativas. Ponen como ejemplo la Francia de la Revolución Francesa o el Imperio Austro Húngaro donde diferentes grupos tenían lealtad hacia diferentes tipos de sistemas. Señalan que estas subculturas

en pugna pueden llevar a cambios de diverso tipo. En algunos casos, como fue Inglaterra, se generan consensos y ayudan a una mayor homogenización de la cultura política; en otros, pueden generar subculturas estructurales (la izquierda europea en la mitad del S.XX) o llevar a la “inestabilidad estructural” y a la fragmentación (los países del imperio Austro Húngaro).

El trabajo inicial de Almond y Verba, como ellos mismos indican estuvo orientado a ver pautas nacionales y no subculturales, actitudes hacia el sistema político en lugar de temas de política. Señalan que su estudio no aborda en profundidad el tema de las subculturas porque tendrían que haber investigado con mayor detalle asuntos vinculados a las actitudes sociales, estilos de vida y valores que no se cubrieron en el estudio. Desde ese punto de partida, señalan:

Solo podremos mostrar cómo los grupos educativos y de clase social, varones y mujeres, y los grupos religiosos constituyen subculturas políticas... (Almond y Verba, 1970, p. 427)

En ese sentido, como afirma Morán (1995), si bien los autores de Cultura Cívica destacan la existencia de subculturas, el concepto no se desarrolla en profundidad y se le da mayor peso a la homogeneidad de valores y actitudes políticas debido a la preocupación por la estabilidad de los sistemas democráticos. La existencia de subculturas se asocia a inestabilidad (a conflictos, aunque no se use ese término) y ese no es un tema de interés en esta línea de pensamiento.

Almond y Verba mencionan que de todas las variables señaladas (educación, sexo, religión y clase social), la que tiene mayor influencia en el desarrollo de algún tipo de subcultura es el nivel educativo. La educación, sobre todo la educación superior, está relacionada con una mayor presencia de cultura participativa porque en sí misma es un canal de aprendizaje de conocimientos y prácticas políticas pero también porque el nivel educativo está asociado a ingresos superiores y a mayor status social (clase social). Esta influencia se da más en el ámbito cognitivo y en la Competencia Subjetiva, no tanto en el aspecto normativo (valores) o de sentimientos hacia el sistema. Postulan que la educación influye en la disposición a participar pero no en el sentido de esa participación (a favor o en contra) ni el contenido de los juicios u opiniones que se viertan. Entre los diversos aspectos donde influye la educación se señalan: la cantidad y calidad de información que se maneja así como la seguridad sobre la capacidad para opinar o participar en situaciones vinculadas a la política. Además, un mayor nivel educativo se vincula a mayor disposición a ser miembro activo de asociaciones voluntarias y, relacionadas a ello, con un mayor nivel de confianza “en el ambiente social circundante”. Es interesante destacar su observación de que entre personas con el mismo nivel educativo, las diferencias por género, ingresos o estatus continúan pero disminuyen.

En sentido inverso, los estratos de menor nivel educativo tienden a constituir subculturas de súbdito y parroquiales. Si bien casi no habría parroquialismo puro, lo más cercano a

ello serían las mujeres no educadas, más concentradas en su entorno inmediato. Sin embargo, este se daría más en un sentido normativo y afectivo que cognitivo pues en todas las culturas políticas estudiadas existe al menos una vaga noción de la autoridad de gobierno. Entre los menos educados que tienen una orientación mayor hacia la política y el gobierno lo que primaría es una orientación de súbdito. Estas serían personas poco interesadas en el seguimiento de la política, o en discutir sobre ella, y estarían más preocupadas por el trato y los servicios que le debe brindar el sector público. Sin embargo, habría muchas diferencias y matices entre naciones.

Con relación a las demás variables, se observa que hay diferencias de género pero que las mismas tienen particularidades significativas según cada país (destacando el rol de la mujer en la cultura cívica anglosajona). El “status social”, medido por la ocupación, también influye en diversos aspectos de la cultura política. El nivel de compromiso con la política, la actividad y nivel de información es menor en las personas con ingresos o estatus social más bajo pero, como ya se indicó, el nivel educativo puede ayudar a disminuir estas diferencias.

Algunas tipologías esbozadas por Almond y Verba

En *La Cultura Cívica* (Almond y Verba, 1970), si bien no se profundiza en las subculturas, sí se realizan diversas tipologías que nos parecen de interés destacar. Por ejemplo, se describen “Tipos de partidismo político”. Parten de la idea de que una democracia de funcionamiento efectivo requiere un partidismo político que no sea de un antagonismo demasiado intenso pero que a la vez suponga un cierto nivel de compromiso con la política, en particular, con las elecciones. Estos tipos se definen evaluando la tolerancia de la gente hacia matrimonios entre personas que tienen diferentes simpatías políticas (nivel de partidismo) y las actitudes hacia las elecciones (compromiso político). Identifican cuatro tipos de partidismo político: los abiertos (tolerantes con los de un partido opuesto e implicados en los procesos electorales), los apáticos (desinteresados frente a los partidos o las elecciones, aunque voten), los intensos (con fuertes sentimientos antagónicos hacia los de partidos contrarios y muy implicado en los procesos electorales) y los parroquiales (personas, sobre todo mujeres, que tienen poco interés por los procesos político-electorales pero que reaccionan ante la cercanía de personas que se perciben como antagonistas políticos, sería más un antagonismo cultural-religioso).

En otro momento, para entender los aspectos normativos de la cultura política, Almond y Verba dividen a sus encuestados entre aquellos que creen que toda persona debe tomar, de alguna manera, parte activa en su comunidad (ir a reuniones, participar en organizaciones, etc.), los que creen que se debe participar pero de manera pasiva (solo informarse, votar, etc.), los que asumen una actividad solo de tipo religioso y los que no asumen ningún tipo de rol comunitario (por motivos diversos). Si bien identifican que hay una distancia importante entre las normas (el deber ser) y las conductas cívicas reales, observan que la adhesión a las normas de participación están relacionadas con el

nivel educativo de las personas. Los más educados son los más dispuestos a reconocer que hay obligaciones de participación a nivel comunitario que se debería de ejercer.

Otra tipología desarrollada por Almond y Verba es la que busca diferenciar, con relación al gobierno local, entre personas con una competencia política subjetiva alta, los de competencia subjetiva media y los de competencia subjetiva baja. Se identifica que un fuerte sentimiento de competencia política está asociado (no se establece una relación causal) a: la disposición a la participación política (seguir los acontecimientos políticos, participar en discusiones políticas, participar en actividades partidarias), a la satisfacción y lealtad con el sistema (sobre todo con sus aspectos input y output y, en algunos casos, con el sistema en su conjunto), a valorar las reglas democráticas formales (la importancia de las elecciones) y a resaltar el deber de participar activamente en asuntos comunitarios. En sentido contrario, y lo subrayamos por la relevancia en nuestro trabajo, se encontró que entre las personas con menor percepción de competencia política a nivel local, la disposición a participar es menor, la actitud es más crítica frente al sistema y se le defiende menos (menor nivel de satisfacción y lealtad), se valora menos el acto electoral así como el deber de participar activamente en asuntos comunitarios. No se establecen relaciones de causalidad pero si se afirma que existe una relación de mutua influencia entre la competencia subjetiva (política o administrativa) y el nivel de satisfacción con los aspectos input y output del sistema.

En otro momento, para ver la relación entre competencia ciudadana y participación en organizaciones sociales, se hace también una segmentación entre las personas que forman parte de organizaciones de este tipo y que las consideran involucradas en asuntos políticos, quienes participan en organizaciones que no se consideran políticas y quienes no están en organizaciones sociales de ningún tipo. Se observó que el nivel de competencia ciudadana y la disposición a participar en discusiones políticas eran mayores en las del primer tipo, intermedio en las de segundo tipo y el más bajo entre los que no pertenecían a ningún tipo de organización. Se establece por lo tanto una relación entre la participación en organizaciones sociales (asociaciones voluntarias) y la competencia y actividad políticas.

Elazar y las subculturas norteamericanas

Daniel Elazar (1966, 1984) fue uno de los investigadores de mayor influencia en el estudio de las subculturas políticas en Estados Unidos. Dividió las subculturas políticas de los cincuenta estados del país norteamericano en tres categorías dominantes: Moralista, Individualista y Tradicionalista. Como señalan Da Silva y Clark (2013), Elazar presenta un cuadro de las diferentes subculturas políticas en Estados Unidos como resultado de un proceso de laboratorio socio histórico donde diferentes culturas europeas (de los migrantes) se fueron confrontando, combinando y difundiendo (la Puritana del norte de Europa, más comunalista; la de Europa Central, más individualista, etc.). Una idea sugerente con relación al caso de Lima donde también hemos pasado por un intenso proceso de migración del campo a la ciudad y donde la migración ha sido desde ciudades de la costa norte, sierra sur, central etc. con diferentes tradiciones culturales.

A partir de las tipologías descritas por Elazar se busca explicar importantes variaciones en el comportamiento político de la población, especialmente en temas como la participación política, las actitudes hacia la burocracia y el rol del Estado (Formisano, 2001). A continuación, se detallan las características de las tres principales culturas planteadas por Elazar:

Una **subcultura moralista** es aquella en la que los ciudadanos cooperan juntos para consolidar un gobierno capaz de implementar principios morales en todo el grupo social. De esta forma, los ciudadanos evalúan al gobierno por su compromiso y preocupación por el bienestar general de los demás. Cuando se trata de nuevos programas que favorecen a la comunidad, la cultura moralista es ampliamente abierta a propuestas de mejora. Asimismo, por su naturaleza, la subcultura moralista apoya una mayor intervención política, económica y social por parte del gobierno. En cuanto a la participación ciudadana, estos ciudadanos consideran que aquella es un deber de todos los miembros de la comunidad. En síntesis, se trata de un entorno que promueve la participación de todos los ciudadanos en el proceso político.

A diferencia del primer grupo, una **subcultura individualista** prioriza los intereses privados y por eso evita la participación política de buena parte de la población (cuanto más restringido sea el acceso, mayores son los beneficios para quienes se encuentran en el poder). No sorprende entonces que la burocracia represente para los individualistas una traba potencial para sus intereses personales. Sin embargo, en algunos casos, también es un recurso que utilizan para conseguir sus metas. En este entorno, los políticos gozan de un amplio control del gobierno, y con ello aspiran a una mejora social, económica y política. Los programas sociales que quieran implantarse solo gozarán del visto bueno en este tipo de cultura siempre y cuando estos representen favores políticos que generen retribuciones posteriores para quienes le dieron inicio a los mismos. Queda claro que el bien común es un tema menos importante en este grupo social, donde se prioriza siempre la empresa privada: se trata de una cultura utilitaria por excelencia.

Finalmente, la tercera subcultura planteada por Elazar es la **tradicionalista**. Esta se entiende como un grupo elitista que trata de mantener el actual orden social. Implica una fuerte cultura jerárquica donde aquellos que se ubican en una posición superior dominan la política y el gobierno, donde la participación política se restringe a este pequeño grupo. Aquí la burocracia no es bien vista en ningún caso, pues su crecimiento representa una mayor fiscalización para las elites en el poder. Los tradicionalistas suelen oponerse a un mayor rol intervencionista del gobierno, excepto las veces en las que se requiere de cierto orden para mantener la estructura de poder vigente en dicho entorno. Aún más que en la cultura individualista, cuando se trata de innovar con programas que mejoren las condiciones de vida de la comunidad, la aceptación de los mismos dependerá únicamente de qué tanto contribuyan a mantener el status quo. Si este requisito no se cumple, difícilmente será implementado.

Elazar (1966, 1984), consideraba esta tipología de manera lineal: que una sociedad podía pasar del moralismo al individualismo y de este al tradicionalismo. Es decir, postulaba

la evolución de una sociedad moralista que, por ejemplo, contempla que todos deben involucrarse en la política, a una sociedad individualista que restringe este derecho en función a los intereses privados, y de allí a una sociedad tradicionalista que es aún más cerrada y que solo permite una pequeña elite para manejar los asuntos importantes de una comunidad. Así como con la participación política, esta tendencia se presentaría en otros aspectos como la orientación hacia la burocracia, la actitud hacia la incorporación de nuevos programas sociales y el apoyo hacia gobiernos intervencionistas. Sin embargo, esta secuencialidad no termina de ser convincente cuando se considera un aspecto como la lealtad hacia los partidos políticos, en donde tanto las sociedades moralistas como las tradicionalistas priorizan este aspecto, mas no así las individualistas (en el esquema planteado por Elazar, la cultura individualista tiende a ser un punto intermedio entre las otras dos culturas). Es allí cuando Elazar genera aun mayor confusión al señalar que se trata de “un continuo que en realidad es circular”.

Si bien difícilmente un solo estado congrega una sola cultura política, Elazar identificó una cultura dominante en cada estado. Este enfoque ha sido importante en los estudios sobre subculturas políticas en Estados Unidos pero su metodología ha sido fuertemente criticada por su poca precisión pues la asignación de las culturas dominantes fue realizada en función a años de observación, pero sin ningún otro criterio que le dé mayor validez a su clasificación.

Es por esta razón que Sharkansky (1969) realiza posteriormente una revisión de la propuesta de Elazar. En lugar de considerar una cultura dominante por estado, considera las dos culturas más fuertes dentro de cada uno, lo que da origen a la formación de subculturas. Es decir, estas subculturas consisten en la combinación de las culturas políticas dominantes en los estados. De esta manera considera nueve subculturas, etiquetadas por las primeras letras de las culturas políticas originales (el orden de aparición responde a la mayor presencia de una cultura política: la primera letra representa la cultura más dominante en ese territorio y la segunda letra es la que le seguiría). Las nueve subculturas son las siguientes: Moralista (M), Moralista-Tradicionalista (MT), Moralista- Individualista (MI), Individualista- Moralista (IM), Individualista (I), Individualista-Tradicionalista (IT), Tradicionalista- Individualista (TI), Tradicionalista- Moralista (TM) y Tradicionalista (T).

Adicionalmente, con esta nueva escala Sharkansky (1969) resuelve en parte el dilema de la secuencialidad planteada por Elazar pues, según su tipología, es posible encontrar subculturas que se superponen según estén combinadas. Como se ha observado en el caso de la lealtad hacia los partidos políticos, es perfectamente posible encontrar una sociedad moralista que priorice la lealtad, una individualista que no la tome tanto en cuenta y una tradicionalista que la priorice nuevamente. No hay un ordenamiento perfectamente lineal, pues las combinaciones generan una subcultura más dominante que otra, pero no exclusiva en cada territorio.

Al igual que Elazar, Sharkansky (1969) confirma que, efectivamente, la participación política correlaciona fuertemente con las tres culturas presentadas. Por ejemplo, aquellos

estados más asociados al tradicionalismo (9) son los que se muestran menos participativos, a diferencia de los estados con subculturas moralistas (1) que tienden a mostrar una alta participación. Estos resultados se van matizando conforme se utilizan los puntos intermedios de la escala.

Finalmente, Savage (1981) sintetiza las principales metas de cada subcultura política: aquellos que viven en estados principalmente moralistas se preocupan por temas de reingeniería social, porque mejoren las condiciones de vida de todos los ciudadanos; los grupos individualistas tienden más bien a enfocarse en resolver los problemas de índole económico, que les aseguren el bienestar a sí mismos, no se piensa en el resto; mientras que en los espacios con una dominante subcultura tradicionalista el objetivo final es la preservación de las tradiciones.

Las subculturas políticas de Wildavsky

Aaron Wildavsky (1987) propone una clasificación de las diferentes formas de vida en una sociedad. Estas se reducen a cuatro tipos ideales de subculturas políticas: Jerárquica, Individualista, Igualitaria y Fatalista. El autor se basa en el trabajo de Mary Douglas y su tipología relacionada al ejercicio del poder y el control social. La ubicación en cada uno de estas culturas políticas depende de las respuestas que se mencionen a las siguientes preguntas básicas: ¿Quién soy? y ¿Qué debo hacer?

Responder a la pregunta ¿quién soy? implica ubicarse dentro de un continuo que va desde la capacidad para tomar decisiones individuales de manera independiente, hasta la necesidad de lograr un consenso grupal para sentirse pleno socialmente. En este último extremo, cuando las pautas de vida son fuertemente delimitadas por el grupo, decimos que nuestra individualidad queda relegada y debilitada. Lo contrario, es el individualismo.

En el caso de la segunda interrogante ¿qué debo hacer?, la respuesta comprende el grado en el que la vida de un individuo está influida por prescripciones/ideas impuestas externamente. Cuanto mayor sea el número de prescripciones más serán las limitaciones o las inhibiciones en nuestro comportamiento, mientras que a menor número de mandatos externos mayor será la libertad de acción.

A continuación se presenta un cuadro resumen con la combinación de ambas dimensiones, que dan origen a los cuatro grupos ya mencionados, así como su respectiva descripción.

Gráf. 11. Subculturas políticas de Wildavsky

Cantidad y variedad de prescripciones	Aceptación de los límites grupales	
	Débil	Fuerte
Muchas y variadas	Apatía- fatalismo (4)	Jerarquía- colectivismo (1)
Pocas y similares	Competencia individualismo (3)	Igualdad- igualitarismo (2)

1. Una **subcultura jerárquica colectivista** (1) se caracteriza por el alto impacto del grupo en las decisiones del individuo, así como por una gran variedad de reglas externas que rigen su conducta. En estos contextos, dicha jerarquía institucionaliza la autoridad. Este es un argumento para justificar la desigualdad y es racionalizada con el principio ético de sacrificar la individualidad en pos del bien común.
2. La **subcultura igualitaria** (2) también se caracteriza por su gran influencia grupal para la toma de decisiones, pero sin tantas restricciones que adoptar. Se trata pues de un grupo social que comparte un conjunto de actitudes y comportamientos de manera voluntaria, en donde no se ejerce coerción y en donde tampoco hay desigualdad. Aquí, se rechazan abiertamente las diferencias entre razas, sexo o clases sociales, así como también aquellas relaciones que puedan estar cargadas de un alto autoritarismo: entre padres e hijos, profesores y alumnos, autoridades y ciudadanos.
3. La **subcultura individualista competitiva** (3) se caracteriza por el bajo nivel de influencia del grupo en el individuo, así como las pocas reglas impuestas de manera externa. En estos entornos el ideal es la autorregulación. Además, se muestran a favor de la negociación para no tener la necesidad de acudir a una autoridad. Se destacan porque siempre están buscando oportunidades para diferenciarse.
4. Finalmente, una **subcultura fatalista** (4) tampoco cuenta con grupos fuertemente influyentes pero en ella, las prescripciones de conducta son elevadas. De esta forma, las decisiones terminan siendo tomadas por otros y no por el individuo. Este no tiene el control de lo que le sucede y desarrolla una actitud fatalista o resignada ante la vida: “lo que tenga que ser, será”. Estas personas no tienen ningún interés ni preferencia en las políticas públicas porque lo que ellos consideren importante simplemente termina siendo poco relevante. Su autoeficacia política es mínima.

Al igual que Elazar y sus estudios sobre subculturas políticas en Estados Unidos, Wildavsky enfatiza en las diferencias culturales que existen dentro de una misma nación y en las ventajas que ello implica para la explicación de muchas conductas en la población. Es importante señalar que cada una de estas subculturas políticas considera que sus valores y formas de vida son los ideales para su contexto y que, en cierta manera, cada grupo necesita de los otros (Wildavsky, 1987).

Estudios sobre subculturas políticas en América Latina

En América Latina, algunos estudios sobre tipos de cultura política o subculturas se han desarrollado como parte de una estrategia por entender las actitudes hacia la democracia en un determinado país (Murga, 2012). Se tiene así el estudio de Muszynski y Teixeira (1990) donde se construyó una escala basada en seis indicadores de adhesión y/o rechazo de valores democráticos (la democracia es peligrosa porque puede provocar desórdenes, el gobierno tiene el derecho de cerrar el Congreso Nacional, el gobierno tiene el derecho de prohibir la existencia de los partidos, etc.). Las respuestas generaron cinco tipos: los

“demócratas consistentes” (10%) eran los que rechazaban las seis afirmaciones; los “demócratas razonablemente consistentes” (29%) estaban en desacuerdo con cuatro a cinco ítems; los “inconsistentes” (algo más de la mitad, un 51%) discordaba solo con tres ítems y concordaban con otras tres afirmaciones; los “anti-demócratas razonablemente consistentes” (9%) estaban de acuerdo con cuatro a cinco menciones y los “anti-demócratas consistentes” (1%) concordaban con todas las menciones. Murga (2012) presenta un estudio realizado por Rossel (2002) en Uruguay donde busca identificar los diferentes tipos de cultura democrática existente. Tomando como referencia los trabajos desarrollados por Almond y Verba (1970), Dahl (2009) y Putnam (1993) define la cultura política en función a tres dimensiones (orientación cognitiva, afectiva y evaluativa) y al interior de cada una considera diversos indicadores donde algunos se relacionan con lo cognitivo, otros con lo afectivo y otros con lo evaluativo (importancia atribuida al gobierno, legitimidad del régimen, compromiso cívico, confianza en los miembros del sistema político, etc.). Para el análisis adaptó este esquema a la información existente en los estudios del Latinobarómetro. En base a ocho variables se realizó un análisis factorial que arrojó tres dimensiones que denominó:

Tipología de valoración: donde se combina la valoración de la democracia y la del sufragio. En el análisis se toma como si valora o no la democracia.

Índice de evaluación: conformado por la satisfacción con la democracia, opinión sobre la limpieza de las elecciones y opinión sobre la igualdad de los uruguayos ante la ley. Se toma como evaluación positiva o negativa.

Índice de confianza: donde se utilizan las preguntas sobre confianza en los partidos, en el parlamento, en el poder judicial y en la presidencia de la república. Permite medir si se confía o no confía.

A partir de las dimensiones descritas de valoración, evaluación y confianza en la democracia se describen inicialmente cinco tipos de cultura política que luego se ajustan a tres. Presentamos a continuación la descripción que hace Murga (2012) de los cinco tipos iniciales donde se describe mejor las características de cada uno:

Demócratas puros (40%): personas que valoran la democracia como ideal y uno de sus elementos básicos, el sufragio. Tienden a evaluar el funcionamiento de la democracia de forma positiva en la mayoría de los sentidos propuestos en la dimensión. Tienden a confiar en las instituciones democráticas.

Demócratas disconformes (31%): personas que valoran la democracia y tienen una evaluación positiva y falta de confianza en él. También se incluye en esta categoría a personas que, valorando la democracia, tienen una evaluación negativa de las instituciones. Este grupo se subdivide en dos sub-tipos: los que tienen altos niveles de

confianza en las instituciones y los que tienen poca o ninguna confianza en las instituciones.

Demócratas desencantados (16%): *personas que valoran la democracia, pero tienden a evaluar el funcionamiento en forma negativa y, a la vez, no confían en las instituciones democráticas.*

Demócratas débiles (6%): *personas que no valoran la democracia como ideal —prefieren el autoritarismo o les da igual cualquier forma de gobierno- ni el sufragio, pero tienen una evaluación positiva de su funcionamiento.*

No demócratas (6%): *personas que no valoran la democracia y tienen una evaluación negativa de su funcionamiento.* (Murga, 2012, p. 201-202)

Tipos de subculturas políticas en el enfoque de Nueva Cultura Política

Navarro (2007), basado en los trabajos sobre la Nueva Cultura Política (NCP) señala que los tres diferentes tipos de cultura política pueden llegar a coexistir en una misma sociedad y estar presentes en muchas ciudades del mundo. De esta manera, pueden coexistir en un determinado ámbito el clientelismo, la “política de clases” y la NCP.

El clientelismo es una forma de relación entre los gobernantes y ciudadanos que consiste en el ofrecimiento de promesas que impacten en un mayor apoyo electoral. En contextos en los que predomina este sistema es fácil encontrar un intercambio de favores (empleo, servicio, negocios) a cambio de votos o respaldo político. Se trata de un espacio que favorece la aparición de fenómenos como la corrupción y el autoritarismo, en donde los temas sociales difícilmente son abordados y los gobernantes se consolidan como protagonistas únicos en el entorno político. Bajo este enfoque, es importante que el líder cuente con el apoyo del partido político, respetándose fielmente las opiniones desprendidas por esta institución. La individualidad queda ciertamente relegada. Como es de esperarse la tolerancia hacia el resto de opiniones también es reducida.

Por su parte, la “política de clases” comprende la tradicional división partidaria izquierda-derecha. En el caso de los partidos de izquierda estos adoptan una postura liberal tanto en temas sociales como fiscales/económicos, además de estar representados por asociaciones vecinales, sindicatos y organizaciones partidarias fuertemente identificadas con dicha ideología. En el lado opuesto, la derecha se presenta conservadora en todos los aspectos fiscales y sociales y está representada por el ciudadano tradicional y por los gremios empresariales. Al igual que en la izquierda, el apoyo partidario es una parte sustancial de su ideología.

Además de estas dos formas tradicionales de entender la dinámica entre gobernantes y ciudadanos, Clark logra identificar una nueva manera de aproximación política, típica

de sociedades que se declaran conservadoras en temas relacionados al gasto público o fiscal (en buena cuenta, preocupadas por la eficiencia estatal) y liberales/reformistas en cuestiones de tipo social, lo que implica un alto margen de tolerancia social. A diferencia del clientelismo y la política de clases, en la llamada Nueva Cultura Política (NCP), la relación de la ciudadanía con los líderes políticos no depende exclusivamente de sus partidos. Los medios tradicionales y modernos son fundamentales en este vínculo. Sin embargo, el interés de la gente ya no está en los idearios sino en los líderes y los asuntos públicos de preocupación ciudadana. El interés por la política partidaria y la escena oficial disminuye. La participación cambia de modalidad y se desarrolla de manera más espontánea, horizontal y en función a los temas centrales a la ciudadanía. En América Latina, desde el enfoque de la NCP, investigadores como Sudarsky (2007) y Díaz de Landa (2007) realizaron estudios en Colombia y Argentina sobre subculturas políticas.

Sudarsky (2007) plantea una medición del capital social en el contexto colombiano, a partir del trabajo realizado por Putnam en Italia (1993). Su principal objetivo era poder determinar las dimensiones y variables de este constructo en la realidad de Bogotá. Dentro del denominado Barómetro del Capital Social (BARCAS), incorpora otras preguntas para medir el capital social en diversos ámbitos, así como para evaluar los procesos de transformación de los diferentes grupos sociales. De esta manera, identifica dos ejes (Comunidad e Individualismo), mediante los cuales se pueden agrupar cuatro subculturas, correspondientes a cada uno de los cuadrantes presentados a continuación. Para el autor, este esquema ilustra las posibles rutas de modernización de las comunidades colombianas.

Gráf. 12. Subculturas políticas de Sudarsky

		Visiones del individualismo	
		Negativa	Positiva
Visiones de la comunidad	Negativa	Familistas amorales (Banfield, 1958). (1) Deterioro comunal, individuación intermitente	Alto logro, “Modernización” (2)
	Positiva	Comunal o Gemeinschaft (3)	“Sociedad Cívica Moderna” (4)

1. Familistas amorales: Se trata de un grupo social caracterizado por años de marginación y explotación, lo que ha derivado en una subcultura llena de indiferencia hacia lo público y hacia los ciudadanos del entorno en general. Carecen de redes cercanas y por ende de un capital social consolidado. La lealtad y la solidaridad son valores que se restringen únicamente a la familia, no se confía en nadie más. Se dice que sobre esta población atomizada el clientelismo tiene mayores posibilidades de consolidarse como sistema político.

2. Modernización: Este segmento surge como consecuencia de un mayor desarrollo económico en las sociedades. Se trata de una subcultura en donde el individualismo es más valorado que la noción de comunidad.

3. Comunal: Una subcultura en donde los grupos sociales comparten un fuerte sentido de comunidad y la individualidad es rechazada. Las comunidades indígenas aisladas son un ejemplo de este tipo de subculturas comunales.

4. Sociedad cívica moderna: Correspondiente a las sociedades postmodernas, luego del proceso de individuación y desarrollo económico. Podría decirse que esta subcultura es el equivalente a contextos en los que predomina la NCP (Nueva Cultura Política) planteada por Clark.

Sudarsky plantea que la sociedad colombiana, como la mayoría de países en el contexto latinoamericano, tiene una larga tradición patrimonial y clientelista. Sin embargo, considera que existen grupos sociales que adoptando visiones positivas, tanto de la comunidad como de la individualidad, logran madurar y acercarse a la NCP o a una sociedad cívica moderna.

Por su lado, Díaz de Landa (2007) realizó un estudio sobre subculturas políticas en Argentina. Basados en la tipología de cultura política propuesta por T. Clark (Clark y Ferguson, 1993) y asociado a los conceptos de valores materialistas y post materialistas propuestos por Inglehart, presenta un esquema de análisis adaptado al contexto del país sureño.

...un primer planteo a especificar es que las sociedades presentan una pluralidad de culturas políticas organizadas alrededor de diversos modelos de estados que los individuos de modo diferente elaboran de acuerdo a sus experiencias y contextos políticos, económicos y sociales. Por lo tanto no se sugiere que la Nueva Cultura Política es una cultura mayoritaria dominante. (Díaz de Landa, 2007, pp. 348)

Asumiendo que las actitudes en relación a la autodeterminación individual son un eje importante junto con el rol económico que se espera del Estado, Díaz de Landa (2007) plantea una tipología de cuatro subculturas políticas en Argentina: Estatista-Conservadora, Neo Conservadora, Pro Bienestarista y Nueva Cultura Política. A continuación se presenta un cuadro resumen con la ubicación de estas culturas en función a las dimensiones ya mencionadas al igual que la descripción de cada una de estas subculturas.

Gráf. 13. Subculturas políticas de Díaz de Landa

		Actitudes en relación a la autodeterminación individual	
		Conservadurismo social	Liberalismo social
Rol Económico del Estado	Estatista (Liberalismo fiscal)	Cultura Estatista-Conservadora (1)	Cultura Pro-Bienestarista (3)
	Privatista (Conservadurismo fiscal)	Cultura Neo-conservadora (2)	Nueva Cultura Política (4)

Los números entre paréntesis indican la secuencia histórica que han seguido los diferentes tipos culturales en Argentina desde mediados del siglo XX.

La cultura Estadista-Conservadora (1) se vincula al peronismo tradicional, siendo liberal en lo fiscal y conservadora en lo social, con lazos paternalistas hacia los sindicatos y gremios empresariales. Caracterizada fuertemente por su orientación estadista.

La cultura Neo-conservadora (2) tuvo una fuerte presencia sobre todo durante el gobierno de Menem. Conservadora en lo fiscal y en lo social, brindó un fuerte apoyo a las privatizaciones y al libre mercado. En esta cultura, el líder se aleja del partido buscando relación directa con la ciudadanía pero en una lógica clientelar. Con relación a Perú, normalmente se hace la equivalencia entre los gobiernos de Menem en Argentina y Fujimori en Perú debido, entre otros, a las características antes señaladas (Whenen, 2004).

La cultura Pro-bienestarista (3), liberal en lo social pero relativamente conservadora en el plan fiscal, presenta una fuerte presencia del Estado pero una escasa promoción de la participación social. Se trata de un grupo social que se encuentra más abierto a las opiniones individuales del resto de ciudadanos.

Finalmente, la Nueva Cultura Política (4) es el resultado de una integración entre el plano fiscal (conservador y a favor de una economía de mercado) y el plano social (liberal y receptivo hacia diversas formas de vida). Es una sociedad ideal en el sentido de que los ciudadanos tienen la posibilidad de involucrarse políticamente y la economía se encuentra regulada por un Estado que interviene como fiscalizador, pero que se complementa con la empresa privada para trabajar de manera conjunta en pro del bienestar de toda la comunidad.

Las tipologías de vinculación política de Dalton en Argentina

Además de la clasificación de Díaz de Landa (2007), que parte de la importancia que le asignan los ciudadanos argentinos tanto a las actitudes hacia la autodeterminación individual como al rol económico que estos esperan del Estado; Brussino y Rabbia (2007) abordaron el contexto argentino a partir de las diversas formas que tienen los ciudadanos de este país para aproximarse a la política. Ello les permitió describir una nueva tipología de vinculación política, basada en la propuesta de Dalton (1984) que será brevemente descrita a continuación.

Sabemos que la forma en la que los ciudadanos se aproximan a la política ha ido cambiando en función al proceso de desarrollo socioeconómico y tecnológico de las sociedades industriales avanzadas y del proceso de globalización que impacta de una u otra manera a casi todos los países. Dalton (1984) sostiene que el acceso a una mayor diversidad de medios de comunicación y una mejor educación (donde esto se da) ha permitido que la población cuente con mayor información política que en ninguna otra época. Es por esta razón que el ciudadano ya no tiene la necesidad de acudir a un partido

político para informarse de temas políticos, pues es capaz de realizar este proceso por su propia cuenta.

Estos sucesos habrían tenido un impacto en el clima de desafección política creciente que caracteriza a las democracias actuales, en donde cada vez menos individuos se identifican con algún partido político (Dalton, 1984; Dalton y Wattenberg, 2000). Además, se destaca que el vínculo partidario se ha venido debilitando con el tiempo, pues quienes se involucran en alguna organización suelen hacerlo con una intensidad menor que en años anteriores.

Se sostiene que otros factores como la alta volatilidad del electorado, el incremento de población que se declara independiente en materia política o la creciente personalización de las campañas políticas han contribuido al incremento de esta desafección, hecho que resulta peligroso para la estabilidad democrática dado el impacto de la vinculación política ciudadana en el mantenimiento del sistema. No se aborda en este enfoque el efecto de la débil performance institucional en las actitudes políticas. Bajo estas circunstancias, Dalton (1984) plantea una teoría para comprender este fenómeno a través de dos dimensiones que afectan la vinculación política de los ciudadanos: la movilización partidaria y la movilización cognitiva. Las diferentes posibles relaciones entre ambas variables pueden dar cuenta de diversas tipologías de ciudadanos que será descrita más adelante. Antes, es preciso definir ambas dimensiones.

La primera se conoce como Movilización Partidaria. Esta es representada por la fuerza del vínculo entre el individuo y un partido político (Dalton, 1984). Aquellos ciudadanos con una fuerte identificación partidaria, independientemente de su preferencia, generalmente se involucran más en el proceso político que aquellos que no manifiestan ningún tipo de identificación. La afiliación partidaria sirve como un heurístico político cuando el sujeto debe enfrentarse con la complejidad política, es decir, el ciudadano recurre a sus esquemas mentales relacionados a esta afiliación al momento de interpretar o adoptar una posición frente a determinados asuntos políticos y figuras políticas. Se trata de un vínculo que se intensifica con la edad y que ciertamente se consolida con el tiempo (Dalton, 1984).

La segunda dimensión, llamada Movilización Cognitiva, resulta un concepto más abstracto. Implica que los ciudadanos cuenten con las habilidades y los recursos necesarios para convertirse en personas comprometidas con la política con muy poca dependencia de referentes externos (Dalton, 1984). De esta manera, se trata de una dimensión que toma en cuenta la implicación psicológica del individuo en la política. Para evaluarla, se combina la variable educación (que refleja las habilidades), con el interés en política (que representa el componente de la implicación política). A diferencia de la Movilización Partidaria, esta dimensión suele ser mayor en los adultos jóvenes e irse reduciendo con el tiempo.

Cabe señalar que ambos tipos de movilización están asociados con distintos procesos y comportamientos políticos. Sin embargo, es posible que existan casos en los que los

ciudadanos se involucren políticamente con ambas dimensiones. De esta manera, Dalton (1984) describe cuatro grupos de ciudadanos en función a su nivel de involucramiento con las diferentes agrupaciones partidarias y según las herramientas cognitivas con las que se implica psicológicamente en asuntos políticos:

Gráf. 14. Subculturas políticas de Dalton

		Vinculación Partidaria	
		Poco cercana- Nula	Cercana- Muy cercana
Movilización Cognitiva	Alta	Apartidarios (4)	Partidarios cognitivos (1)
	Baja	Apolíticos (3)	Partidarios tradicionales (2)

1. **Partidarios cognitivos:** Son sujetos que presentan altos índices en ambas dimensiones movilizadoras, es decir, son participantes activos en partidos políticos y a su vez se encuentran psicológicamente involucrados en política. Incluso cuando el mismo partido político no tiene claridad en el rumbo a seguir en determinadas circunstancias, ellos están preparados para orientarse políticamente.
2. **Partidarios tradicionales:** Se trata de ciudadanos con una fuerte identificación partidaria, pero con una pobre movilización cognitiva. Debido a ello, las pautas brindadas por el partido político se convierten en guías de comportamiento que son fielmente respetadas por ellos.
3. **Ciudadanos apolíticos:** Este grupo reúne a todos los sujetos que no se identifican con ningún partido político y que tampoco manifiestan involucramiento a nivel cognitivo. Cuentan con muy poca elaboración ideológica y se muestran apáticos respecto a la política en general, por lo que difícilmente se involucran.
4. **Apartidarios:** Este último segmento resultaba interesante para Dalton dada su creciente sofisticación política y su relativo desapego de los partidos políticos. Es en este grupo en especial donde la educación y el acceso a medios e información ha favorecido su independencia de estas organizaciones, mas no de los asuntos de política en general, en donde sí se involucran activamente (Dalton y Wattenberg, 2000). De hecho, puede darse el caso de que se comprometan en diversas actividades políticas, pero a través de canales no convencionales de participación. Se declaran ciudadanos independientes, sin camisetas políticas intermediarias. Para Dalton (1984), se trata de un grupo que debería contar con las habilidades necesarias para orientarse hacia la política sin depender de una organización partidaria.

A partir de esta tipología, Brussino y Rabbia (2007) realizaron una investigación para validar la presencia de estos perfiles en Córdoba (Argentina). Dentro de los resultados más importantes, se destaca la presencia de un número importante de ciudadanos apartidarios (cerca del 45% de la muestra), es decir, personas con una alta movilización cognitiva (buen nivel educativo e interés en la política) pero con un rechazo considerable

hacia los partidos políticos. Este resultado es interesante porque es un indicador de lo que estaría ocurriendo en países similares como el nuestro.

Adicionalmente, Brussino y Rabbia (2007) utilizaron variables como la eficacia política, la confianza política y el conocimiento político para compararlas dentro de los cuatro perfiles identificados. Los resultados destacan la utilidad de estas variables para complementar la descripción de la tipología de vinculación política en Argentina. Dada su estrecha relación con la participación ciudadana, resulta pertinente detallar las razones por las que estas variables fueron incluidas.

En primer lugar, plantean que la percepción de eficacia política (la creencia subjetiva de un individuo o grupo de tener la capacidad para participar e influir en los procesos políticos) es el principal predictor de participación política. Esto puede entenderse como una eficacia política interna. Una eficacia política externa tiene que ver con las posibilidades de influencia real en el gobierno, no tanto con la autopercepción de la capacidad ciudadana. Klesner (2001) también encuentra que existe una asociación directa entre la percepción de eficacia política externa y la participación política.

Por otro lado, la confianza política (la confianza que tienen los ciudadanos en las acciones del gobierno) es otra de las variables que refuerza la vinculación política (pues es más probable involucrarse con un partido en el que se confía). Finalmente, el conocimiento político (el nivel de entendimiento que tienen los ciudadanos respecto al funcionamiento político) también se encuentra fuertemente asociado a la participación de los ciudadanos: si el conocimiento decrece, la participación disminuye también (Mondak, 1998).

En síntesis, Brussino y Rabbia (2007) realizan una reinterpretación de los grupos planteados por Dalton (1984):

De esta forma, los Partidarios Cognitivos, que poseen una alta movilización partidaria y cognitiva, son los que presentan un mayor conocimiento político, se sienten más eficaces políticamente tanto en su dimensión interna como externa, y tienen una alta confianza política. Los Partidarios Tradicionales, que comparten con los Partidarios Cognitivos la alta movilización partidaria pero no la movilización cognitiva, también cuentan con sentimiento de confianza política, a la vez que se sienten eficaces en su dimensión externa. Por su parte, los Apolíticos que se caracterizan por su baja movilización cognitiva y partidaria, son los que presentan el menor nivel de conocimiento político y el menor sentimiento de eficacia política tanto en su dimensión interna como externa. Los Apartidarios, por último, con una alta movilización cognitiva y una baja movilización partidaria, tienen conocimientos sobre política y un sentimiento de

eficacia política en su dimensión interna. Se tratan, además, de los más desconfiados políticamente y que se sienten ineficaces en su dimensión externa. (Brussino y Rabbia, 2007, p. 63-64)

A continuación se muestra un cuadro resumen que describe los perfiles políticos, incluyendo las variables de eficacia, confianza y conocimiento político.

Gráf. 15. Subculturas políticas de Brussino y Rabbia

	Partidarios Cognitivos	Partidarios Tradicionales	Apolíticos	Apartidarios
Movilización Partidaria	Alta	Alta	Baja	Baja
Movilización Cognitiva	Alta	Baja	Baja	Alta
Eficacia política	Alta (interna y externa)	Baja (interna) y Alta (externa)	Bajo (interna y externa)	Alta (interna) y Baja (externa)
Confianza política	Alta	Alta	Baja	Baja
Conocimiento político	Alto	Bajo	Bajo	Alto

En conclusión, es importante que variables como el conocimiento político y la eficacia política interna se relacionen de manera positiva con la movilización cognitiva (el estar informado y la autopercepción de competencia en asuntos públicos favorece un mayor involucramiento cognitivo); mientras que la confianza y la eficacia política externa correlacionan muy bien con la movilización partidaria (una mayor confianza política en dicha organización y la creencia de que las intenciones del individuo sean captadas por el gobierno favorecen una mayor vinculación partidaria). Estas variables psicosociales demuestran ser complementos importantes para la tipología de Dalton, al menos en contextos latinoamericanos.

Subculturas políticas en Nicaragua

A través de un estudio realizado con jóvenes nicaragüenses, Osorio y Serra (2011) identifican cuatro perfiles de subjetividad política, basándose en una muestra de 1,145 jóvenes urbanos del área metropolitana de Managua. Nos parece interesante resaltar este estudio en tanto busca identificar subculturas en una determinada ciudad. Para la construcción de dichos segmentos se realizó una combinación simultánea de dos variables estructurales: PEA (población económicamente activa) y edad; junto con una variable de subjetividad global, que consiste en la identificación de los ciudadanos con alguna de las siguientes posturas ante la realidad social: la defensa de la tradición y el orden, buscar cambios políticos a favor de los pobres, impulsar la actividad empresarial, confiar en que Dios resolverá los problemas, vivir y dejar vivir, o ninguna de las opciones anteriores. A continuación se describen los perfiles encontrados:

1. **Reformistas tradicionales:** Conformado por jóvenes que se identifican con la defensa de la tradición y el orden, aunque participan en política para realizar cambios políticos a favor de los pobres. Cuentan con una visión positiva del futuro.
2. **Reformistas no tradicionales:** Estas personas por lo general se identifican con quienes buscan cambios políticos dentro del marco legal y con quienes impulsan la actividad empresarial.
3. **Individualistas:** El grupo con mayor población juvenil en Nicaragua. Se identifican con la filosofía del vivir y dejar vivir, sin asumir compromisos. No se involucran con organizaciones sociales y políticas, aunque manifiestan ligero interés en informarse de asuntos políticos y participar en procesos electorales. Presentan un fuerte sentido de control interno y una visión pesimista del futuro.
4. **Externalistas:** Se trata del grupo más reducido. En este caso, a diferencia de los individualistas, los externalistas esperan que actores externos resuelvan los problemas del país. Apelan a la gracia divina o a los gremios empresariales.

El enfoque ideológico: La izquierda y la derecha

Una de las maneras más utilizadas para clasificar a la población según su orientación política es a través de la tipología ideológica izquierda-derecha, en donde ambos polos se distinguen por la priorización de los valores que caracteriza a cada cultura política.

De esta manera, mientras la izquierda considera que la igualdad, la participación política y la libertad son los ideales a alcanzar por una sociedad, la derecha basa su discurso en la seguridad y en la estabilidad de los ciudadanos así como en el mantenimiento de las tradiciones, el orden social y el libre mercado en el plano económico.

Sin embargo ¿Qué implica ser de izquierda o ser de derecha para los ciudadanos? Huber e Inglehart (1996) realizaron un estudio en 42 sociedades en donde exploraron las nociones que se tienen respecto a la izquierda y la derecha y su importancia para la política local. En algunos casos, esta diada se asocia a objetivos políticos (como terminar con la pobreza) y en otros a partidos políticos o grupos sociales (los ricos y los pobres).

Inglehart (1997) sostiene que el adoptar una postura de izquierda o de derecha influye en el nivel de apoyo hacia diversas políticas económicas, siendo los izquierdistas partidarios de una mayor intervención estatal en la economía, a diferencia de los derechistas, que se muestran más a favor del libre comercio. Sin embargo, es imposible generalizar esta teoría a todos los países. De hecho en algunos casos, el mostrarse a favor de un rol más activo por parte del Estado no implica la adopción de una posición de izquierda.

En el caso de América Latina, de acuerdo con el estudio del proyecto LAPOP (2010), realizado en 22 países de la región, los latinoamericanos adoptarían una postura de Centro con inclinación hacia la Derecha. Tal es así que considerando un puntaje del 1 al 10, en donde 1 es el extremo más liberal y 10 el extremo más conservador, nuestro promedio se ubica alrededor de los puntajes 5 y 6.

De acuerdo con Durand (1997), existen una serie de valores que distinguen a los izquierdistas de los derechistas. En una investigación realizada con estudiantes universitarios mexicanos, encuentra que los que se autoperciben de izquierda tienen mayores niveles de tolerancia política y social que aquellos con una autopercepción derechista. Estos últimos estarían más proclives a aceptar la intervención de un Estado, a pesar de que este pueda limitar sus derechos ciudadanos e incluso interferir en la definición de contenidos educativos.

Otra dimensión que distingue a ambos grupos es el grado de confianza que manifiestan hacia las instituciones sociales y políticas. En el estudio de Durand, se observa la existencia de dos patrones de confianza que caracterizan a cada uno. Mientras los que se autoperciben de derecha confían en instituciones públicas (gobierno, el sistema de justicia y la cámara de senadores), así como en la escuela y el empresariado; los que se autoperciben de izquierda muestran desconfianza y rechazo hacia todas las instituciones públicas. Sin embargo, estos últimos confían en organizaciones sociales como la familia, la universidad, las organizaciones de estudiantes e indigenistas; y en menor medida en los medios de comunicación.

En el caso de la participación política esta es percibida de manera distinta en ambas subculturas. Los alumnos autodenominados de derecha tienden a aceptar menos cualquier tipo de participación y a rechazar con mayor fuerza la participación no convencional (como las protestas). Confían en el gobierno, aceptan el sistema, aprueban la estabilidad y por ello participan menos en política. Por el contrario, los estudiantes de autodenominados de izquierda se involucran y apoyan la participación especialmente cuando se trata de un sistema político del que desconfían, cuando no se identifican con los líderes políticos y cuando evalúan negativamente su desempeño. Su interés por participar responde a un deseo de cambio (Durand, 1997).

En líneas generales, los alumnos de derecha se encuentran más integrados y se muestran mucho más tolerantes con los gobernantes y con el funcionamiento del sistema político. Los estudiantes de izquierda presentan por su parte una posición más crítica hacia los gobernantes y el desempeño del sistema.

Por medio de ella (escala izquierda-derecha) podemos encontrar dos subculturas políticas, que podemos tipificar así: una tiene mayor aceptación del statu quo y la otra está más orientada al cambio; la primera es más tolerante ante lo público y los gobernantes, y la segunda más crítica; la derechista evalúa de manera más positiva el desempeño del régimen y la izquierdista lo impugna; la derechista acepta menos la participación convencional y rechaza la no convencional y la izquierdista acepta en mayor grado la participación política. (Durand, 1997, p. 44)

4. Para un enfoque integral del análisis de las subculturas políticas

Como se observa, los criterios para diferenciar subculturas son diversos. Algunos toman en cuenta el análisis de complejos procesos históricos, otros solo variables demográficas, hay quienes consideran los valores, otros miden específicas actitudes políticas, configuraciones ideológicas o alguna combinación de las anteriores. Por ejemplo, Murga (2008) comenta el trabajo de Van den Broek & Heunks (1994), que hacen un estudio sobre tipos de cultura política a partir de la orientación y de la participación política. Dentro de la orientación política, considera: las orientaciones derecha-izquierda, el individualismo económico cultural, los valores posmaterialistas y actitudes políticas tales como confianza institucional, tolerancia e interés político. Dentro de participación política se toma en cuenta tres tipos de participación: la convencional, la no convencional y la desobediencia.

Es en una situación como esta donde vuelve a tomar importancia el debate sobre si la cultura política es una teoría, un concepto, o solo un enfoque que sirva de gran paraguas para el desarrollo de una teoría. ¿Qué variables tomar en cuenta para perfilar una subcultura? En la revisión realizada, cuando se ha recurrido a estudios basados en encuestas, normalmente se han tomado solo unas cuantas variables (demográficas, actitudinales) para en función a ello establecer tipologías diversas. En primera instancia, nuestra intención es tomar en consideración el conjunto de variables que se pueden incluir dentro del concepto de cultura política y no solo dos o tres para realizar tipologías a partir de cruces bivariados. En ese sentido, todo el desarrollo del análisis multivariado en ciencias sociales (Johnson, 2007; Anderson, 1999), aplicado al análisis político, debe permitir primero identificar qué variables se pueden tomar en cuenta como parte de una cultura política así como identificar tipos de subculturas a través de un análisis de conglomerados.

De acuerdo a lo anterior, como sugiere Murga (2008, 2012) nos parece importante tomar en cuenta el trabajo realizado por Morán y Benedicto (1995). El mismo nos debe ayudar en la identificación y análisis de subculturas usando diversas variables. En el trabajo mencionado se plantea la cultura política como una entidad teórica multidimensional. Los trabajos de Putnam ponen énfasis en un aspecto importante de la cultura política (el capital social) y los vinculados al proyecto de la Encuesta Mundial de Valores ponen más énfasis en los valores asociados en los procesos de modernización pero no se revisan las variables que conforman la cultura política. En ese sentido, el foco de su estudio a través de encuestas sigue estando en las orientaciones o actitudes políticas y los objetos hacia los cuales se dirige. El enfoque multidimensional de Morán y Benedicto permite construir un esquema que servirá de base para desarrollar o identificar indicadores empíricos a través de los cuales se puedan observar las orientaciones hacia objetos de la cultura política. Como ya se ha señalado, la que recoge la encuesta no es el conjunto de la cultura política, indaga sobre un aspecto de la misma. En este caso, nos permite identificar si existen diferentes patrones político culturales en una misma ciudad. Como señalan los autores, es “un inicial trabajo de definición y desarrollo del modelo dimensional” que

deriva en el establecimiento de indicadores, “queda bastante camino por recorrer hasta llegar a construir un modelo estructural de cultura política que reúna todos los requisitos formales y de contrastación empírica necesarios para poder ser calificado como tal modelo”. (Morán y Benedicto, 1995, p 29). Sin embargo, es un avance importante que ordena el análisis y funciona, como sostenía Blumer (1982) como un “concepto sensibilizador” que ayuda a pensar y avanzar más allá de su inicial carácter impreciso.

Esta propuesta parte de un enfoque donde se considera...

... la cultura política como la estructura resultante de la articulación de los diferentes procesos de relación que los ciudadanos mantienen con lo político en general y con el sistema político en particular (Bean, 1993)....nuestra tarea ha consistido en organizar de forma sistemática - y de acuerdo con nuestra hipótesis de dimensionalidad - aquellos aspectos o componentes que consideramos fundamentales para obtener una imagen amplia e integrada de las relaciones ciudadano-política. (Morán y Benedicto, 1995, p. 30)

El enfoque indaga en dos grandes temas: el individuo, en tanto “ciudadano-actor” que establece vínculos con lo público en general y con lo político en particular, por un lado, y por otro, el sistema político, en particular las actitudes y vínculos del ciudadano hacia el mismo. En este último punto se toma en cuenta la relación con actores e instituciones vinculadas tanto al *input* como al *output*.

Tomando de base la relación entre ciudadano y sistema político, Morán y Benedicto consideran cuatro dimensiones: dos de ellas toman como referencia al ciudadano (el individuo-ciudadano como actor y la vinculación ciudadano-política) y las otras dos al sistema político (la imagen del sistema político y los resultados de la acción institucional). En este caso, se entiende por sistema político, una “organización específica dentro de una comunidad que recibe y procesa...las demandas de los distintos actores y produce una serie de resultados en forma de acciones políticas institucionales” (Morán y Benedicto, 1995, p. 31).

Al interior de cada dimensión se definen componentes donde cada uno de ellos está definido a partir de diversas variables. De algún modo, retoman de manera revisada las consideraciones de Almond y Verba sobre la cultura política como un patrón de orientaciones (cognitivas, afectivas, evaluativas) hacia objetos (hacia el sistema, hacia los procesos políticos y administrativos y hacia uno mismo/los demás) que establecen diferentes tipos de vínculos ciudadano/s-sistema político.

La primera dimensión, el ciudadano-actor se refiere a las creencias que constituyen el marco de referencia a partir del cual el individuo plantea su relación con el mundo de las significaciones colectivas y se construye como actor político, real o potencial. En este punto se indaga sobre sus valores sociales (confianza, tolerancia y actitudes frente al

orden social, etc.), creencias políticas básicas (sentimiento de eficacia/competencia política, auto identificación ideológica, etc.) y socialización política. Lo importante de esta dimensión es que las variables ahí incluidas se toman en cuenta como “principios subyacentes que guían el desarrollo de actitudes y comportamientos”. Se toman como punto de partida para ver cómo ciertos valores, creencias y actitudes de tipo más social pueden estar vinculadas a actitudes, comportamientos y valores políticos.

La segunda dimensión, la vinculación del ciudadano con la política, ahonda en las relaciones que el ciudadano mantiene con la esfera política en general y con el sistema político en particular. Lo conforman cuatro componentes: la implicación política personal (conformada por diversas variables tales como el interés político, el conocimiento político, etc.), consumo de información política, asociacionismo y participación política (electoral y la llamada “no convencional”). En términos generales, se pueden considerar dos grandes áreas dentro de esta dimensión: la implicancia (la implicancia propiamente dicha así como el consumo de información derivado de ella) y la participación (social y política). Como dicen los autores, si bien el consumo de información política o el asociacionismo no tienen necesariamente una repercusión directa sobre la implicancia y la participación políticas

...como ha sido reiteradamente demostrado en múltiples investigaciones, constituyen condiciones de posibilidad de gran importancia en ambos casos y, sobre todo, mecanismos que favorecen la conversión de las disposiciones actitudinales en conductas políticamente orientadas. (Morán y Benedicto, 1995, p. 32).

La implicancia política es una variable a la que se le da mucha importancia en tanto las personas pueden tener una mayor o menor actividad política (convencional o no) pero su vinculación simbólica (revelada en el nivel de implicancia) puede ser muy importante para el funcionamiento del sistema y sus vicisitudes.

Las otras dos dimensiones están relacionadas con las evaluaciones del sistema político. Por un lado están “las imágenes de los ciudadanos sobre el sistema político y su capacidad de representación” y por otro, “los juicios que se realizan sobre los productos resultantes de la actividad institucional del sistema” (p. 30). En general, se indaga en la efectividad y la legitimidad del sistema político abordando aspectos vinculados al *input* y al *output* del sistema.

La tercera dimensión, las imágenes del sistema político, está en el terreno de los *inputs* y aborda dos cuestiones: la legitimidad del sistema democrático y la efectividad (satisfacción de expectativas, demandas) del sistema político (actores y partidos políticos, el legislativo y demás instituciones públicas). Acá se indaga por las concepciones y expectativas que la gente tiene con relación a la democracia, la valoración de su funcionamiento y los juicios con relación a diversos actores e instituciones en tanto canales de representación. En el caso de nuestra investigación, considerando la crisis

institucional y la importancia que se da a los actores, nos parece importante dedicarle un espacio importante a las creencias y evaluaciones con relación a determinados actores políticos como una forma de indagar en la cultura política (candidatos, líderes, presidente, etc.).

La última y cuarta dimensión, indaga en la evaluación ciudadana de los *outputs* del sistema político, en particular la evaluación de las acciones del gobierno, sobre todo en lo institucional. Como también señalan Carrión, Zárate y Seligson (2012) la evaluación que hace el ciudadano sobre la efectividad de la acción institucional (o de los actores) repercute en la legitimidad y el apoyo político al sistema. Aquí se aborda, por un lado, los juicios sobre acciones específicas del gobierno de turno, el impacto de la realización de políticas concretas y, por otro, se aborda las actitudes más generales hacia el rol del Estado en el bienestar colectivo y personal.

Reproducimos a continuación el esquema presentado por Moran y Benedicto (1995). Como es evidente hay variables cuyo contenido está referido a la realidad española. En algunos casos se puede tomar como una sugerencia, como por ejemplo “valoración del franquismo” que en Perú tendría su equivalente en “valoración del fujimorismo” en tanto actitud que evalúa la forma en que se valora la democracia. Sin embargo, luego de la revisión de los estudios sobre Perú, Lima y en particular los realizados sobre cultura política en Perú, se evaluará el uso de esta referencia. En todo caso, este esquema se tomará como punto de partida para ordenar la presentación de resultados sobre cultura política en Perú.

Gráf. 16. Esquema dimensional de la cultura política (Morán y Benedicto, 1995)

I. Individuo-ciudadano como actor

1. Valores sociales

- 1.1. Valores de referencia personal (valores individuales, confianza interpersonal, eficacia personal).
- 1.2. Valores de referencia colectiva (materialismo vs. postmaterialismo).
- 1.3. Representaciones del sistema social (orden social, intereses sociales).

2. Creencias políticas básicas

- 2.1. Orgullo cívico.
- 2.2. Sentimientos de identidad política.
- 2.3. Sentimientos de competencia política (eficacia política, confianza, competencia cívica subjetiva).

3. Socialización política

- 3.1. Socialización familiar (autoritarismo/participación en la vida familiar, transmisión de lealtades políticas).
- 3.2. Socialización en el ámbito escolar (educación política en la escuela, comportamientos participativos).
- 3.3. Socialización en el grupo de pares/ámbito laboral (participación en el lugar de trabajo).

II. Vinculación ciudadano-política

1. Implicación política personal

- 1.1. Interés por la política.
- 1.2. Lo político en las relaciones sociales.
- 1.3. Conocimiento de la política.

2. Política y medios de comunicación

- 2.1. Exposición a fuentes de información (audiencia de los medios).
- 2.2. Grado de información política (consumo de información política).

3. Asociacionismo

- 3.1. Asociaciones voluntarias (participación en asociaciones «no políticas»).
- 3.2. Sindicatos (identificación y afiliación sindical).
- 3.3. Partidos políticos (identificación y afiliación partidaria).

4. Participación política

- 4.1. Actividad política de los ciudadanos.
- 4.2. Participación electoral (motivaciones del voto, causas y valoración de la abstención)
- 4.3. Participación política no-convencional.

III. Imagen del sistema político

1. El sistema democrático

- 1.1. Antecedentes de la democracia.
- 1.2. La concepción de la democracia (características del sistema democrático y comparación con otros regímenes).
- 1.3. Valoración del funcionamiento de la democracia.

2. Actores e instituciones políticas democráticas

- 2.1. Agentes sociales y políticos.
- 2.2. Partidos políticos (importancia de los partidos en la vida democrática, evaluación de su labor, cercanía a los partidos).
- 2.3. Instituciones parlamentarias (funcionamiento y eficacia del Parlamento, juicios sobre los representantes).
- 2.4. La Administración (funcionamiento de la Administración, opiniones sobre los funcionarios).

IV. Los resultados de la acción institucional

1. Juicios sobre la labor del Gobierno

- 1.1. El impacto de la gestión gubernamental (eficacia de la gestión, repercusiones en la vida de los ciudadanos).
- 1.2. Los procesos de toma de decisiones políticas.
- 1.3. Equidad de los procesos políticos.

2. Estado y bienestar social

- 2.1. Áreas de responsabilidad de la actuación estatal (funciones del Estado, presencia del Estado en la vida económica).
- 2.2. Expectativas sobre el Estado del Bienestar.

II. Procesos de cambio en Perú y Lima

1. Apuntes diacrónicos del contexto social, político, económico de Perú

Los rasgos económicos, sociales y políticos de Perú se configuraron en la década de los noventa del siglo pasado cuando, durante el gobierno de Alberto Fujimori, se realizaron las reformas que liberalizaron la economía, se produjo el “autogolpe” que hizo colapsar el sistema de partidos políticos y se derrotó a los movimientos subversivos (Sendero Luminoso y el MRTA). Los noventa cancelan e inauguran un nuevo período histórico en la sociedad peruana. El período que se clausuró fue el que tomó forma con el gobierno reformista del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975). Velasco aplicó un conjunto de “reformas estructurales” que, en lo esencial, colocaron al Estado como el principal agente económico del país, alentaron la organización y movilización de los sectores medios y populares y, sin necesariamente proponérselo, favorecieron la expansión de los partidos de izquierda y su influencia en el movimiento social. El carácter “Estado-céntrico” que adquirió la sociedad peruana con estas reformas se prolongó a la década de los ochenta y, en ese sentido, estuvo impregnada de las reformas introducidas por Velasco.

1.1. La sociedad postoligárquica

Velasco no llegó a establecer plenamente un nuevo tipo de sociedad, aunque sí desmontó la denominada “sociedad oligárquica” (Tanaka 1998). Las reformas, sin embargo, confirieron a la sociedad peruana rasgos que perduraron hasta el giro neoliberal de los noventa. De estas reformas interesa destacar tres aspectos. En primer lugar, que las reformas económicas estuvieron orientadas a modernizar e industrializar el aparato productivo del país. La estatización de las actividades extractivas, la reforma agraria decretada en 1969 y las políticas arancelarias y de subsidios eran piezas de un esquema pro industrial. La estatización de la minería y de las empresas de hidrocarburos apuntaba a controlar el sector que generaba divisas y que debía “hacer caja” para las políticas de incentivos a la industria. La reforma agraria, por su parte, estaba pensada para vincular a los campesinos indígenas con el mercado y expandir el consumo de la población de los productos manufacturados en los centros urbanos. Luego, la política de protección arancelaria y de subsidios directos e indirectos debía de estimular el crecimiento económico teniendo como motor al sector industrial (Fitzgerald 1983) (Schydrowsky y Wicht 1983). Este esquema pareció funcionar en tanto ingresaban divisas al país y podían mantenerse artificialmente las industrias. Los problemas, sin embargo, empezaron a manifestarse con la caída del precio de las exportaciones, la restricción del crédito internacional, las expectativas embalsadas que el mismo Velasco alentó en los sectores movilizados y, como veremos luego, con las propias contradicciones del esquema económico.

En segundo lugar, Velasco alentó la organización y movilización popular. El crecimiento industrial consolidó a la clase obrera sindicalizada con la que Velasco estableció relaciones de colaboración, particularmente con la CGTP (Confederación General de

Trabajadores del Perú) que estaba hegemonizada por el Partido Comunista Peruano (pro soviético). De otro lado, a la reforma agraria siguió la formación de Cooperativas Agrarias de Producción y de Sociedades Agrícolas de Interés Social que tenían el propósito de canalizar capacidades empresariales y tecnificación a los campesinos; estos sectores darán vida luego a la Confederación Nacional Agraria que respaldó entusiastamente a Velasco. El gobierno no tenía un partido que lo legitimara políticamente en la población y fue a través del Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS) que se promovió la formación de organizaciones de trabajadores, barriales, campesinas y otras que sirvieran de base social y contrarrestaran la influencia de la izquierda anti velasquista en el movimiento popular. En los últimos años, el gobierno de Velasco llegó a formar organizaciones paralelas a las que existían (hegemonizadas por la izquierda), destacando el Sindicato de Educadores de la Revolución Peruana y la Central de Trabajadores de la Revolución Peruana. Esto, más el reconocimiento legal de numerosos sindicatos de trabajadores, organizaciones campesinas y sociales incrementaron la “movilización popular” a niveles nunca vistos. Evidentemente esto significó también que el gobierno debía de hacer concesiones a los sectores movilizados en cuanto a derechos laborales y ampliar el gasto público.

En tercer lugar, el gobierno asumió un discurso y un lenguaje “revolucionario”. Si bien se declaraba “ni comunista, ni capitalista”, promovió la idea de la “Revolución Peruana” como un proceso de cambio social, nacionalista y crítico de la dependencia de potencias extranjeras. Este discurso era similar a los que difundían los partidos de izquierda y fue propalado a través de la reforma educativa que se inició en 1972, los medios de prensa bajo control gubernamental, los organismos de promoción social como el SINAMOS, entre otros. De otra parte, Velasco apeló a imágenes y eventos de la historia peruana para exaltar los símbolos nacionales. Así, cambió la imagen de Francisco Pizarro por la de Túpac Amaru del salón de Palacio de Gobierno, y el cacique de Tinta fue puesto como símbolo de la Reforma Agraria y de la nacionalidad. Cabe mencionar que también declaró al quechua como lengua oficial y cambió el nombre de comunidades indígenas por comunidades campesinas debido a la connotación peyorativa que tenía el término indígena. Estos discursos y gestos trataban de generar una identificación de la población con los postulados políticos del gobierno. Acabaron, sin embargo, legitimando y difundiendo un lenguaje y un imaginario político que facilitó la propagación de las ideologías de los partidos de izquierda.

Desde las ciencias sociales, las reformas velasquistas merecieron diversas interpretaciones. Para Julio Cotler (1994) se trató de una “democratización social por la vía autoritaria” en el sentido que otorgó derechos laborales a los trabajadores y la tierra a los campesinos. El mismo autor también le asignó un carácter corporativo pues desde el Estado se trató de organizar y controlar a los diversos sectores sociales. De acuerdo con Aníbal Quijano (1971) el régimen velasquista debe entenderse como una respuesta de las Fuerzas Armadas al ascenso de los movimientos campesinos y obreros que podía desembocar en un proceso de cambio social. Las reformas, en ese sentido, apuntaban a resolver los conflictos latentes y las demandas de los sectores movilizados procediéndose

a crear una suerte de “capitalismo de Estado”. Desde el punto de vista de los ideólogos del gobierno puede decirse que las reformas tenían el propósito de construir una sociedad más cohesionada, amenguar los antagonismos sociales y modernizar la economía. Una economía industrializada, sectores sociales organizados y un discurso nacionalista debían de armonizar mínimamente la sociedad. Esto puede ilustrarse con la creación de las “comunidades industriales” que establecían que los trabajadores recibieran acciones de la empresa, que sus delegados de los trabajadores participaran en el directorio y se repartieran utilidades. El gobierno esperaba que esto contra balanceara el poder de los empresarios, redujera las desigualdades y que las energías de empresarios y trabajadores se orientaran a elevar la productividad.

Como se dijo, este esquema no resultó sostenible en el tiempo. La política de estatizaciones de Velasco dejó en posesión del Estado numerosas empresas públicas en minería, hidrocarburos, pesca, industrias, banca, comunicaciones, transporte, electricidad, comercio y diversos servicios. Esto significó el crecimiento burocrático del Estado, así como la aplicación de políticas de control de precios y subsidios. Cabe reiterar que el énfasis del gobierno estuvo en la política de promoción industrial (iniciada en 1959 con la Ley de Desarrollo Industrial) que elevó el aporte de este sector al PBI llegando al 26% (Abugattas 1999). Ello incrementó la población obrera y Velasco la consolidó otorgándole una serie de derechos como estabilidad laboral, negociación colectiva y sindicalización que la colocaron como la columna vertebral de los movimientos sociales. La medida más trascendental de Velasco fue, sin embargo, la reforma agraria que liquidó los latifundios y la servidumbre indígena. Esto ocurrió en la sierra donde los campesinos indígenas estaban sometidos a diversas formas de trabajo gratuito. Con la reforma agraria el mundo de señores e indios colapsó y el campo pasó a estar mejor organizado en cooperativas, sociedades agrarias y las históricas comunidades campesinas. El “problema de la tierra” fue más o menos resuelto y la agenda política de estas organizaciones pasó a ser el desarrollo rural, el control de precios y la descentralización. Por último, Velasco desplegó un discurso político “revolucionario” que fue continuado por los militares más radicalizados y los cuadros de izquierda que se sumaron al gobierno. Estos dos grupos formaron luego el Partido Socialista Revolucionario que se integró a la Izquierda Unida y colocó a varios representantes en la Asamblea Constituyente de 1978. Estos legados, un Estado dueño de empresas públicas y burocratizado, una sociedad movilizada en las urbes y el campo, y un discurso nacionalista y revolucionario, es lo que caracterizó a la sociedad “pos oligárquica”.

En efecto, el fin del velasquismo no significó un cambio radical de los rasgos que le imprimió Velasco a la sociedad peruana. Francisco Morales Bermúdez, el general que defenestró a Velasco del poder, detuvo las reformas pero no revirtió, en lo fundamental, el carácter “Estado-céntrico” de la sociedad. Si bien devolvió las empresas pesqueras a sus antiguos dueños, su política económica tuvo como principal objetivo controlar la inflación y aplicar medidas de estabilización ortodoxas. Según Schydrowsky y Wicht (1983), los “ajustes” de Morales partían del diagnóstico de que existía una “exceso de demanda” generada por el gobierno de Velasco y procedió a devaluar la moneda, elevar

los precios y restringir el gasto público. Asimismo, declaró en emergencia los sectores minero y pesquero, actividades generadoras de divisas, para evitar las huelgas de trabajadores y sanear la balanza comercial. Los ajustes del gobierno se profundizaron con el Ministro de Economía Walter Piazza quien en mayo de 1977 recortó el gasto público afectando los servicios que brindaba el Estado y elevó el precio de la gasolina, que tuvo un fuerte impacto en los pasajes y los precios de los productos básicos. La respuesta popular a estas políticas eclosionó en el paro general del 19 de julio de 1977. Fue la primera vez que los sindicatos obreros, las organizaciones campesinas, los empleados públicos, el sindicato de maestros, el movimiento barrial, las federaciones estudiantiles, los frentes de defensa y las clases medias unificaban sus acciones y paralizaron el país. Muchas de las organizaciones sociales y sindicatos que acataron el paro nacieron en la época de Velasco y se empezó a hablar del “ascenso” de la movilización popular y de la aparición de una suerte de identidad “clasista” entre los trabajadores. Nicolás Lynch señala que, en realidad, el paro tuvo un carácter defensivo pues el gobierno venía dando diversas normas que afectaban los derechos laborales y sociales de los trabajadores (Lynch 1992). La reacción del gobierno fue una dura represión contra los líderes sindicales y el despido de más de 5 mil de ellos. Piazza fue reemplazado pero la política económica no varió. En 1979, cuando Javier Silva Ruete era Ministro de Economía, la balanza comercial y las reservas internacionales empezaron a dar señales positivas pero la economía popular estaba deprimida y los salarios empezaron su tendencia declinante.

Por otro lado, el gobierno también tuvo una respuesta política y anunció en octubre la convocatoria a elecciones de una Asamblea Constituyente para junio de 1978 y elecciones presidenciales para 1980. Esto cambió el escenario político pues obligó a los partidos y los actores a definir posiciones, organizarse y presentar candidaturas. Excepto por Acción Popular (en adelante AP) y algunos partidos radicales de izquierda que se negaron a participar en las elecciones a la Asamblea Constituyente, éstas marcaron la dinámica de las organizaciones políticas. El Partido Aprista Peruano (en adelante APRA) obtuvo el 35% de los votos y Haya de la Torre el primer lugar con más de 1 millón de votos. Le siguió el Partido Popular Cristiano (en adelante PPC) con el 24% de los votos que, en buena medida, fueron “captados” de los votantes de AP; Luis Bedoya Reyes obtuvo más de 800 mil votos. Hugo Blanco del FOCEP (frente trotskista) logró más de 400 mil votos. La izquierda se presentó en varias listas y en conjunto sumó alrededor del 30%. La primera novedad en estas elecciones fue el respaldo que obtuvieron los partidos de izquierda. En las elecciones anteriores a Velasco, en 1962, el socialista Luciano Castillo había alcanzado 1% y el general César Pando Egúsquiza, por el Frente de Liberación Nacional patrocinado por el Partido Comunista, obtuvo el 2%. El tercio de la votación que lograron las listas de izquierda en la Asamblea colocó a la izquierda como la segunda fuerza política del momento. La segunda novedad sería el debut del PPC en las elecciones y su iniciación como un partido protagónico de la política nacional. El PPC nació de un desprendimiento de la Democracia Cristiana cuyo líder Héctor Cornejo Chávez decidió apoyar las reformas de Velasco. El APRA y AP eran partidos anteriores a la dictadura militar y ellos completan el esquema de partidos que se consolida en las elecciones presidenciales de 1980 cuando gana Fernando Belaunde. Se puede decir que aquellos

resultados mostraban un esquema de tres bloques electorales: la derecha con el PPC y AP, el centro con el APRA, y la izquierda con Izquierda Unida (formada para las elecciones municipales de 1980).

1.2. Democracia en el período de la recesión económica

Con el retorno a la democracia los militares salieron de escena y los partidos pasaron a ser los actores protagónicos de la dinámica política. Estos, sin embargo, no modificaron sustancialmente la “herencia velasquista”, aunque evidentemente complejizaron el panorama político. Belaunde devolvió los medios de comunicación a sus antiguos dueños e intentó, en sus dos primeros años de gobierno, introducir cambios como la liberalización del comercio exterior y promover la inversión privada de capitales nacionales y extranjeros para lo cual formó un gabinete “tecnocrático” encabezado por Manuel Ulloa. Nicolás Lynch (1999) señala que la política económica de Ulloa y de su sucesor Carlos Rodríguez Pastor se adecuó a las recetas del Fondo Monetario Internacional (en adelante FMI) restringiendo el carácter redistributivo que promovió Velasco. No obstante, la crisis de la deuda de 1982, el Fenómeno del Niño de 1983 y una sociedad movilizadada dejaron sin margen de maniobra para liberalizar la economía. Si bien en 1980 el PBI creció a 5.4% y en 1981 a 5.3%, los indicadores bajaron en 1982 a 0.1%, y en 1983 a -13.2%, en 1984 creció a 4.6% pero en 1985 volvió a descender a 1.7%. La inflación fue el otro problema que dejó sin oxígeno político a Belaunde. En 1980 la inflación fue de 60.8%, en 1981 de 72.2%, en 1982 de 72.9%, en 1983 de 125.1%, en 1984 de 111.5% y en 1985 de 158.3%. Se señaló entonces que su gobierno básicamente pasó a “administrar” la crisis.

Por otro lado, Belaunde, como luego pasará con García, tenía que hacer frente a los sectores movilizadados. Estos sectores, además, estaban influenciados y orientados por la Izquierda Unida que obtuvo en 1980 el segundo lugar en las elecciones municipales a nivel nacional con el 23%. La figura de Alfonso Barrantes, como líder de la izquierda, empezó a despegar en esa elección. La movilización social era una estrategia política-electoral de IU para construir la plataforma social que lo llevara y sostuviera en el poder. Si bien desde algunos sectores, como el PPC y AP, se criticaba el papel del Estado en la economía, otros como la izquierda, el APRA y los movimientos sociales se oponían a un giro drástico de la economía. En la medida que la inflación y la crisis fueron deprimiendo los salarios reales, las movilizaciones populares se volvieron cotidianas. A las demandas de los trabajadores sindicalizados y empleados públicos, se sumaban las demandas de los productores agrícolas del interior del país debido al control de precios. En estos años comenzaron a formarse los Frentes de Defensa Departamentales que trataban de centralizar las demandas de las organizaciones regionales. Así, la situación social y política se desenvolvió bajo una sociedad movilizadada y un Estado con control de importantes sectores de la economía, particularmente la minería, petróleo, banca, industria, transporte, comunicaciones y servicios.

Ahora bien, si Belaunde había tratado de liberalizar parcialmente la economía, el gobierno de Alan García (1985-1990) intentó, más bien, un retorno a las políticas intervencionistas. Se puede dividir el gobierno de García en dos fases. La que corresponde a los años que

van de 1985 a julio 1987 cuando se aplica la denominada política económica “heterodoxa” y el período que va de 1987 a 1990 que corresponde a los años de crisis que le siguieron al intento de estatización de la banca. La política económica que siguió García se propuso la reactivación del aparato productivo y partió de la idea de que éste estaba siendo utilizado por debajo del 50% de su capacidad. En términos generales, se asumió que el problema de la recesión era originado por la contracción de la demanda y que se podía generar un círculo virtuoso de crecimiento y aumento del empleo si se creaba la demanda necesaria para reactivar el aparato productivo. Para esto García decretó el alza general de los salarios y el congelamiento y control de los precios. Con el propósito de inyectar los capitales necesarios para reactivar la economía se procedió a la moratoria unilateral de los pagos de la deuda externa por un año y a la utilización de las reservas internacionales dejadas por Belaunde. Los dos primeros años el programa parecía dar resultados. El PBI creció en 1986 a 8.6% y en 1987 a 6.8%, se redujo la inflación y la balanza comercial fue positiva. Los empresarios manifestaron su aprobación, particularmente los de la Sociedad Nacional de Industrias (Reyna 2000). Los sindicatos y organizaciones sociales manifestaron su apoyo al programa económico; la aprobación presidencial en la opinión pública fue mayoritaria. Sin embargo, para que el programa funcionara era vital que los empresarios reinvirtieran las ganancias obtenidas. John Crabtree (2005) señala que la colaboración de los empresarios no fue convocada sino en 1986 cuando fueron llamados a reunirse formalmente por García. A esa altura era poco lo que se podía hacer cuando los capitales con que contaba el gobierno ya estaban transferidos a la reactivación. Carlos Reyna (2000), por su parte, sugiere que el problema era que los empresarios no estaban dispuestos a correr el riesgo de reinvertir sus utilidades cuando evaluaban que el programa no era sostenible en el tiempo; la colocación de sus capitales en el extranjero era algo casi “natural” para protegerse de un gobierno controlista. Lo cierto es que García entendió que había sido traicionado por los empresarios que se beneficiaron con su programa de reactivación y preparó algunas medidas para forzar su apoyo.

A inicios de 1987 García trató de comprometer la inversión de los empresarios pues el Estado estaba quedándose sin recursos que inyectar a la economía. En abril de ese año el gobierno lanzó un programa de “bonos de inversión del tesoro público” aplicable a las empresas con ventas anuales superiores a las 200 unidades impositivas tributarias. Este programa tenía un carácter obligatorio y crearía un Fondo de Inversiones y Empleo. Evidentemente fue rechazada por los gremios empresariales quienes llegaron a obtener a su favor un recurso de amparo del Poder Judicial. Finalmente la medida fue prácticamente desechada, pero ahondó las diferencias entre el gobierno y los empresarios. En las calles la desconfianza se registró rápidamente: el dólar subió de 21 a 27 intis en dos semanas, iniciándose una disparada que llegó a los 300 intis al final de los ochenta. En realidad, era el preludio de la estatización de la banca. García requería del control de capitales para financiar su política económica y presentó el 28 de julio de 1987 el proyecto de ley de estatización de la banca en el Congreso. Con esta medida se inició la segunda etapa del gobierno de García que estuvo marcado por la crisis económica y la recuperación política de la derecha. El proyecto de estatización era una suerte de “fuga hacia adelante” pues el

modelo estaba agotado. Significó, eso sí, un cambio en la escenografía política. El APRA, la izquierda y los sindicatos salieron a apoyar la medida. Los empresarios, el PPC y AP se declararon en contra. Un grupo de intelectuales, en el que destacaba Mario Vargas Llosa, se pronunció contra la medida de estatización. En las semanas siguientes Vargas Llosa encabezó una serie de manifestaciones públicas contra el proyecto de García que movilizó a las clases medias y sectores empresariales.

Sin capitales para la reactivación, la inflación empezó a dispararse y se tuvo que decretar alzas de gasolina y medidas de devaluación. En setiembre de 1988 se lanzó el “paquetazo”, un conjunto de medidas de estabilización que aumentó los precios y marcó un quiebre en la política económica de García. La gasolina subió en un 300% y el precio de los alimentos en un promedio de 150%. Esto no detuvo la inflación, la que llegó al 1,722% en el acumulado de 1988. La popularidad presidencial se desplomó de 40% en julio de 1988 a 11.4% en julio de 1989. El espiral inflacionario se combinó con la corrupción política para erosionar las bases de la institucionalidad estatal en casi todas sus dimensiones. El APRA era el partido de masas mejor organizado del país pero llegaba al poder después de casi 60 años de vida política. La militancia y los cuadros que ingresaron al servicio público carecían de la formación y experiencia para la administración. Los escándalos de la gran y pequeña corrupción eran cotidianos y la percepción de la ciudadanía fue inclinándose a que este era un problema que involucraba a toda la clase política. Así, material y simbólicamente la institucionalidad estaba seriamente dañada a fines de los ochenta. Los servicios sociales de educación y salud prácticamente colapsaron. Las empresas públicas como las de electricidad, agua potable y otros arrojaban déficits que el gobierno debía sanear incrementando el déficit público. La inseguridad ciudadana se convirtió en un problema crónico pues a la carencia de efectivos policiales se sumó la huelga policial en varias ocasiones. En este contexto se produjo el ascenso de la violencia política y varios analistas empezaron a hablar sobre la viabilidad de Perú.

1.3. La violencia senderista

Si la crisis económica significaba el deterioro institucional del Estado en las alturas, en el nivel local la guerra desatada por Sendero Luminoso (en adelante SL) estaba socavando la institucionalidad desde sus bases. En los distritos rurales, debido al asesinato y la amenaza, alcaldes, prefectos y jueces de paz abandonaban sus puestos. Los negocios, las comunicaciones y la economía local se vieron seriamente deprimidas por la guerra senderista. Las acciones de SL se iniciaron en Ayacucho en 1980 y, debido a lo atípico de su estrategia de “guerra prolongada” y a la inexperiencia de la policía, se expandió con relativa facilidad a otras regiones. En 1983 las fuerzas armadas ingresaron a combatir a SL pero tampoco hubo resultados significativos porque, a diferencia de las guerrillas de 1965, SL no establecía campamentos, evitaba los enfrentamientos directos y se “mimetizaba” con la población. Sendero Luminoso logró resistir la represión y la estrategia de las fuerzas armadas produjo numerosos casos de violaciones de derechos humanos que las desprestigiaron ante la opinión pública.

Adicionalmente las fuerzas armadas fueron acumulando poder político en los departamentos declarados en “situación de emergencia” en los cuales se constituyeron comandos político-militares. Esto significó la abdicación de la autoridad civil en amplias áreas del territorio pues supuso la suspensión de las garantías constitucionales y, en la práctica, la supremacía de la autoridad de los militares sobre alcaldes, jueces y fiscales. De otro lado, la guerra deterioró el tejido social. Las fuerzas armadas no distinguieron entre la izquierda legal y Sendero Luminoso desplegando su represión sobre los dirigentes de base y las organizaciones populares que eran contrarias a la acción subversiva y que, más bien, combatían políticamente a SL. Por su parte, SL no reconoció y trató de eliminar cualquier manifestación de organización sindical y social autónoma de su estructura política. Infiltró los partidos de izquierda y los sindicatos para radicalizarlos y “agudizar” las contradicciones. Creó los denominados “organismos generados” para reemplazar o competir con las organizaciones existentes y trató de formar “frentes de defensa” para orientar la movilización popular a acciones de confrontación con el Estado.

En el campo la política senderista fue construir “bases de apoyo” las que consistían en el nombramiento de “responsables políticos” en las comunidades y pueblos; estos mandos tenían como principal misión aplicar las directivas de SL, es decir, someter el campo a la lógica de la guerra. Por ejemplo, SL intentó reorientar la producción campesina a la autarquía y prohibió el comercio con el propósito de desabastecer a las ciudades para desencadenar y radicalizar las protestas sociales. Para SL todo esto debía precipitar a la sociedad a la confrontación de dos fuerzas: el ejército popular guerrillero y las fuerzas armadas. Esta polarización obligaría a la población a alinearse con una de ellas y, en el balance senderista, ésta se definiría a favor de SL antes que al Estado (Degregori 2011). La respuesta de los campesinos fue la organización de las “rondas campesinas” las que, con cierto entrenamiento del ejército, empezaron a enfrentarse con las columnas senderistas. Esto agudiza la situación y en la segunda mitad de los ochenta el problema principal de SL empieza a ser las “rondas campesinas” que desbaratan los “comités populares” (senderistas) constituidos en las comunidades y pueblos. Las acciones de SL no se detienen y, por el contrario, la dirección del Comité Central ordena pasar a la campaña de “Desarrollar la guerra popular”, es decir, a aumentar las acciones subversivas y realizar represalias contras los campesinos aliados al ejército. En 1988 se lleva a cabo el I Congreso de SL donde se aprueba la “conquista del equilibrio estratégico”. Esto significaba, por un lado, elevar la capacidad organizativa y de cuadros del Ejército Guerrillero Popular al nivel de poder enfrentar abiertamente al ejército; por otro lado, ganar presencia en el movimiento popular desplazando a las fuerzas “revisionistas” y opositoras de la guerra popular. Así, a fines de los ochenta se agudiza la violencia política, abarcando Lima y las ciudades como escenarios centrales.

No obstante, a fines de los ochenta se produce también un giro en la política antisubversiva que se inicia con el apoyo del gobierno a las rondas campesinas mediante una nueva normatividad que permitió dotarlas de armamento. En el corto plazo esta “alianza” entre Estado y campesinado será fundamental para el aislamiento de SL y su posterior derrota político-militar en 1992-1993 (Degregori 1999). Pero lo que aquí

interesa resaltar es que la guerra fue un factor más de erosión de la institucionalidad y de las bases de la sociedad pos oligárquica. La polarización que generó el enfrentamiento de SL y las FFAA en las ciudades como en el campo fue un segundo factor de desintegración del tejido social que surgió en los setenta y ochenta, particularmente por el hostigamiento y asesinato de sus líderes sociales. En el campo, en su reemplazo aparecieron las “rondas campesinas” como fuerza social y política, aunque no necesariamente electoral. Sin embargo, estas rondas tenían un carácter coyuntural y se fueron desactivando conforme se apaciguaba la guerra. El tercer factor que socavó las bases de la sociedad pos oligárquica fue el avance de la economía informal.

1.4. La informalización económica y laboral de la sociedad peruana

Ahora bien, así como la crisis económica y la violencia senderista iban derruyendo la “sociedad pos oligárquica”, la expansión de la economía informal marcó un cambio desde las bases mismas de la sociedad popular. En efecto, desde la década de 1950 Perú fue escenario de un vertiginoso proceso de migración interna que varió su rostro social (Matos Mar 1986). El país pasó de rural a urbano. El crecimiento de las ciudades y el desarrollo de los medios de comunicación enrarecieron las fronteras entre lo urbano y lo rural. La “cultura se urbanizó” en el sentido que la mayoría de la población, de modo permanente o temporal, se socializa y tiene una experiencia urbana. Evidentemente también ocurrió el proceso inverso: las ciudades se “ruralizaron” en el sentido que los migrantes recrearon en los espacios urbanos sus prácticas, ceremonias, costumbres y diversos hábitos culturales de origen rural. Estas oleadas migratorias y los cambios culturales se consolidaron en década de los ochenta en medio de la crisis del Estado, aunque con una característica extra: aparecieron los “desplazados”, grupos de población andina y amazónica que se trasladaban a las ciudades para huir del conflicto armado.

De otra parte, estas migraciones dieron lugar a las “barriadas” o “pueblos jóvenes” donde, dado que la economía formal no podía absorber a toda la fuerza laboral, apareció un conjunto de actividades de producción y de servicios conocidos como pequeños y medianas empresas. Estas unidades productivas se caracterizaron por su informalidad, base familiar, bajo capital, y productividad. Muchas de estas actividades eran fundamentalmente de sobrevivencia, pero un segmento de ellas logró consolidarse y acumular capital. Así emergió una suerte de clase media en las barriadas. En los ochenta esta economía informal se expandió conforme la crisis fue cerrando empresas y aumentó el desempleo (Adams y Valdivia 1991). La informalidad viene a ser una pieza del complejo proceso de la transformación de la sociedad desde abajo. En efecto, las barriadas no solo son el espacio de formación de una economía que hoy absorbe a la mayor parte de la población económicamente activa (PEA), sino el lugar donde emergen un conjunto de organizaciones sociales de diverso tipo: vecinales, culturales, juveniles, religiosas, comedores populares, comités de vaso de leche y otros que caracterizan el mundo popular-urbano.

Gracias al trabajo político y social de los partidos de izquierda y del APRA, el mundo popular aparece con una cierta identidad política “progresista”. En los distritos populares

se imponen los candidatos a la alcaldía de la IU. En algún momento las organizaciones sindicales parecen converger en sus acciones con las organizaciones populares pero esto no llega a consolidarse. La IU no pudo llegar a representar este mundo popular informal. Las divisiones de la izquierda peruana se expresan en la fragmentación de los movimientos sindical y social. La persistencia de una visión “clasista” de la política y de la acción social alejó a la izquierda de una posible base social popular-informal. Por el contrario, fueron académicos liberales los que construyeron un discurso y plantearon una política que potenciara la economía informal. Hernando de Soto (1986) construyó un discurso positivo de la informalidad e hizo popular la imagen de una “capitalismo popular”. De acuerdo con De Soto los informales de las barriadas estaban siguiendo un “sendero” de progreso propio, distinto de las alternativas y salidas revolucionarias (su libro se llama *El Otro Sendero*). Para consolidar este “sendero” se debía propiciar la convergencia del mundo de la informalidad con el Estado (el país oficial), esto es, debía generarse un proceso de formalización de los “activos” de la informalidad, particularmente de sus propiedades inmuebles, y constituirse en personerías jurídicas.

La crisis económica y la contracción del Estado abrieron un escenario favorable a la expansión del mundo de la informalidad y de las actividades ilícitas como el narcotráfico. A fines de los ochenta la economía informal se convierte en el refugio de los despedidos y desempleados. Pero bajo el concepto de “mundo de la informalidad” se quiere señalar también otras dimensiones. Por ejemplo, el contrabando a pequeña escala u “hormiga” que eslabona una cadena que se inicia en los comerciantes de las fronteras, pasa por los que transportan las mercancías a las ciudades, se ramifica en los vendedores al menudeo y acaba en las familias de las barriadas. Otro elemento que cobra importancia y está relacionado más bien a la economía ilegal es el narcotráfico, actividad que encadena a los productores de coca, a las bandas que elaboran y transportan la droga, a los grandes y pequeños compradores, y finalmente a las redes que se dedican al lavado de “activos”. Cabe señalar que en los lugares controlados por SL, el filo cubano Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (en adelante MRTA) y el ejército los narcotraficantes deben pagar cupos. Como la informalidad, el narcotráfico es una actividad que crece en medio de la crisis económica.

La crisis económica, la violencia armada (a manos de SL y el MRTA), el crecimiento de la informalidad y de las actividades del narcotráfico dicen bastante del desmoronamiento de la sociedad “pos oligárquica”. Esta sociedad que va cambiando debido a los procesos señalados entró en contradicción con la estructura de partidos que había predominado en los ochenta (IU, APRA, AP y PPC). En las elecciones de 1989 y particularmente en las de 1990 el mundo de la informalidad va a irrumpir sorpresivamente con un peso político inusitado.

1.5. El colapso de los partidos políticos

En efecto, en la década de los ochenta funcionó un sistema de partidos en el que, según Tanaka (1998), el problema no era la representación sino la gobernabilidad debido a la movilización de diversos sectores sociales que exigían un conjunto de demandas difíciles

de resolver en tiempos de crisis y mermadas capacidades del Estado. Estos movimientos sociales estaban influenciados, y muchos de ellos fueron contruidos, por los partidos de izquierda como parte del “trabajo de base” de sus militantes. Esto hizo que fuera escasa la distinción entre partidos políticos y movimientos sociales. De acuerdo a Tanaka, esto expresaba el “modelo clásico” de la representación, según el cual la sociedad política canalizaba y procesaba las demandas de la sociedad civil, entendida ésta como los grupos de interés y las organizaciones de ciudadanos. Si bien los partidos de izquierda eran los que estaban mejor relacionados con este “tejido social”, también el APRA e incluso AP y PPC tenían lazos con las organizaciones barriales y de asistencia social. En el caso de estos dos últimos sus vínculos más estrechos eran con los gremios empresariales (industriales, exportadores, agrarios y mineros). La relación entre los empresarios y el PPC y AP se hizo patente en 1987 con ocasión del proyecto de estatización de la banca. Adicionalmente, diversos líderes empresariales ingresaron a la arena política en el Movimiento Libertad (liderado por Vargas Llosa) y postularon a escaños del Congreso.

El problema fue que conforme la “sociedad pos oligárquica” (y los actores sociales y grupos de interés que estaban ligados a ella) se fue derruyendo, los partidos políticos fueron perdiendo su anclaje social. La crisis económica, el deterioro de las instituciones y el declive del mundo de los trabajadores formales dejaron sin bases sociales a los actores políticos tradicionales. El crecimiento del mundo de la informalidad y la primacía del auto empleo o de la micro y pequeña empresa (en su mayoría, “organizaciones de sobrevivencia” ubicadas en el sector comercio o servicios) no permitían una relación orgánica ni identitaria con los partidos políticos tradicionales. ¿Cómo procesar las demandas del heterogéneo mundo de la informalidad? Al principio las organizaciones sociales de sobrevivencia ubicadas en los barrios (Vaso de Leche, Comedores Populares) parecían asociadas a los partidos de izquierda y al APRA pues habían surgido bajo su amparo; sin embargo, como se verá después, establecieron relaciones de clientela con el gobierno de Fujimori y pasaron a apoyarlo durante los noventa. Así, ante las transformaciones en la “sociedad pos oligárquica”, el mundo de la política aparece desfasado, en *offside*. Tiene razón Martín Tanaka (1998) cuando señala que los partidos políticos no hicieron el *aggiornamento* del caso, es decir, su persistencia en querer representar a la sociedad y los actores sociales “pos oligárquicos” dejaron a amplios segmentos de la población sin representación política. En el lenguaje de la NCP, los partidos mantuvieron un discurso vinculado a la política de clases cuando los actores sociales estaban construyendo otro discurso.

Fue en este marco que la crisis de los partidos comenzó a revelarse. Primero fueron las elecciones municipales de 1989, donde por primera vez se eligió electoralmente un alcalde “independiente” para Lima (Ricardo Belmont, carismático dueño y conductor de una radio). El alerta final fueron las presidenciales de 1990. No es exagerada la expresión de “Tsunami Fujimori” para denominar la forma vertiginosa de la victoria de Cambio 90 en las elecciones presidenciales de 1990. En el trasfondo de este triunfo puede distinguirse la pérdida de centralidad de la lógica “electoral-movimientista” y la preponderancia que va ganando la lógica “electoral-mediática” en la que resulta de vital importancia el

desempeño de los actores políticos en la arena de la opinión pública donde se ventilan problemas más amplios que los que demandan los grupos de interés y los movimientos sociales (Tanaka 1998). Es decir, que la reducción del empleo industrial a favor del autoempleo o la micro y pequeña empresa, la expansión de la economía informal y el debilitamiento general de la vida asociativa institucionalizada fueron erosionando la relación partidos políticos-sociedad, en el sentido que las organizaciones sociales acabaron representando intereses de grupos pequeños, dejando fuera a segmentos amplios de la sociedad. Visto en perspectiva, se constituyeron nuevos actores populares, con nuevos discursos que los partidos no supieron identificar. Así, la arena de la opinión pública y de los medios de comunicación pasó a convertirse en el espacio clave de la política y fue en ella que Fujimori obtuvo ventajas frente a sus contendores y acabó conectando con los sectores que ya no se sentían representados con los partidos pos oligárquicos.

Como vimos, el sistema de partidos de los ochenta estuvo estructurado básicamente en tres bloques. La derecha representada por Acción Popular (AP) y el Partido Popular Cristiano (PPC), el centro con el APRA y la izquierda legal representada por el frente Izquierda Unida (IU). Estos partidos monopolizaron el 90% de la votación entre 1978 y 1986. La fuerza de estos partidos empieza a declinar en 1989 cuando juntos obtienen el 71.5% y siguen a la baja hasta que en 1995 solo obtienen 6.3%. Los que canalizan la votación son los llamados “movimientos independientes”. La primera sorpresa ocurrió con la victoria de Ricardo Belmont, un conocido animador de radio y televisión, en la alcaldía de Lima. Luego con la victoria en segunda vuelta de Fujimori sobre Mario Vargas Llosa en 1990. Tanaka (1998) ha llamado la atención sobre las decisiones de los actores políticos en estos años cruciales. En otros países donde ganaron *outsiders* no se registró el colapso de los partidos políticos como en Perú. En Brasil, por ejemplo, Collor de Mello llegó al poder como “independiente”, aplicó un ajuste económico y se enfrentó a los partidos pero acabó defenestrado del gobierno y se produjo la recomposición de los partidos. Tanaka señala que en el caso peruano los éxitos de la estabilización económica y la derrota de Sendero Luminoso se asociaron con el *outsider* y esto fue lo que consolidó a Fujimori: los partidos tradicionales aparecieron como los que generaron la crisis de los ochenta y Fujimori como el salvador de ella. Un fuerte condimento de coyuntura para una crisis de tipo estructural. La semilla de una fuerte cultura antipartido.

1.6. Las reformas neoliberales

En términos generales puede decirse que existió un cierto consenso para aplicar medidas de ajuste entre los diversos sectores políticos. El primer gabinete ministerial de Fujimori tuvo un carácter “multipartidario” pues incluyó a cuadros de la izquierda y la derecha políticas. De la izquierda se convocó a Gloria Hélfer para el Ministerio de Educación, a Fernando Sánchez Albavera en Energía y Carlos Amat y León en Agricultura. El Ministro de Economía, un cuadro de Acción Popular, fue el encargado de aplicar el 8 de agosto el programa de “shock” que eliminó los subsidios, liberalizó los precios y el tipo de cambio. Estas medidas lograron el control y reducción de la inflación que pasó de 7,650% en 1990

a 139,2% en 1991 para finalmente llegar a 10,2% al final del primer mandato de Fujimori en 1995. El PBI pasó de -4.9% en 1990 a 3% en 1991, aunque cayó a -2.6% en 1992 para luego volver a crecer al 6.5% en 1993, a 13.6% en 1994 y a 7% en 1995. Un segundo elemento de las reformas fue la recaudación tributaria que a fines del gobierno de Alan García había caído a 4.75% del PBI. La SUNAT, el ente encargado de la recaudación tributaria, ganó autonomía presupuestal y administrativa del Ministerio de Economía bajo Fujimori. Esto facilitó su modernización y profesionalización. Los resultados también fueron más o menos rápidos. La recaudación en 1990 cerró en 11,7%, y en 1995 ya estaba en 15,3%. En tercer lugar, las reformas significaron, vía las privatizaciones de las empresas públicas creadas durante Velasco, la recuperación de las reservas internacionales y el ingreso de capitales privados extranjeros en minería, comunicaciones, banca, electricidad, comercio y otros, con lo cual aumentó el empleo, aunque de baja calidad.

Decíamos al inicio que Fujimori cierra y abre un nuevo período histórico en Perú. Sería tal vez más preciso señalar que las reformas de su gobierno sientan las bases de lo que algunos denominan la “sociedad neoliberal”, entendiendo por ella a una sociedad que tiene en el libre mercado y la ganancia los ejes de las relaciones no solo económicas, sino también sociales, políticas y culturales. Es decir, cuando la lógica de la empresa y los valores de la utilidad material se imponen como criterios para actuar en los diversos ámbitos de la vida social. La ecología, la educación, la salud y el arte interesan y se miden por su rentabilidad monetaria antes que por cualquier otra consideración, como lo nacional o lo colectivo (Rojas 2006). Derivaciones de este proceso son el fortalecimiento del empresariado y su influencia sobre el Estado, el ascenso de los “tecnócratas” en el mundo de la política y del ámbito gubernamental, así como el recorte de las áreas del Estado que prestan servicios sociales a la ciudadanía como consecuencia de las políticas de privatización. En Perú este proceso empezó con la liberalización de la economía en agosto de 1990 y se combinó con elementos autoritarios con el autogolpe del 5 de abril de 1992, cuando se incorporó a los militares y los servicios de inteligencia dirigidos por Vladimiro Montesinos como socios políticos de Fujimori. Fujimorismo, empresariado, tecnócratas y militares serán los actores que reemplazarán a los partidos y actores de la política tradicional en los noventa.

Ahora bien, las formas extremas de las reformas neoliberales se explican por el “autogolpe” que trastocó las correlaciones de fuerzas a favor de Fujimori y sus aliados. Eliminó a las fuerzas políticas presentes en el Congreso con las que se había visto obligado a negociar. En efecto, en las cámaras de senadores y diputados Cambio 90 obtuvo menos escaños que el FREDEMO (el movimiento de Vargas Llosa) y el APRA. De los 180 escaños en diputados solo consiguió 32 y en senadores de los 62 solo 14. El FREDEMO logró 63 y 21 escaños respectivamente, mientras que el APRA 53 y 17, la IU 16 y 6, y la Izquierda Socialista 4 y 3. Es decir, el control del Congreso estaba en manos de los partidos de oposición y podían bloquear algunas medidas del Ejecutivo, como ocurrió con la ampliación del poder del Servicio de Inteligencia Nacional. La disolución del Congreso, la intervención del Ministerio Público y del Poder Judicial (y luego la

mayoría alcanzada en el Congreso Constituyente Democrático) dejaron al Ejecutivo con las manos libres.

Todo lo anterior significó la cancelación de la “sociedad pos oligárquica”, en el sentido que el papel del Estado en la economía y la sociedad se vio seriamente restringido, las organizaciones de trabajadores fueron prácticamente liquidadas y se entronizó un sentido común individualista. Sobre lo primero debemos precisar que, en realidad, se trató también de una reformulación del Estado pues algunas áreas vinculadas a la economía y denominadas “islas de eficiencia” fueron fortalecidas. Por ejemplo, el Ministerio de Economía y Finanzas, el Banco Central de Reserva, la SUNAT (el ente que regula impuestos), la Superintendencia de Banca y Seguros, INDECOPI (instituto que vela por la libre competencia) y los “organismos reguladores” del libre mercado como OSINERGMIN y OSITRAN (energía y transporte, respectivamente). Luego está el declive de las organizaciones de trabajadores que, en realidad, fue consecuencia de la decadencia de los sectores de empresarios industriales que habían crecido con la protección arancelaria de los setenta. Como refiere Kisic (1999), la desindustrialización fue gradual y empezó en la década de los ochenta, particularmente en los últimos tres años del gobierno de García. Pero fue con el cambio de la política arancelaria que colapsó el sector industrial, como las fábricas de electrodomésticos que se beneficiaban de la protección arancelaria. Si bien, Kisic señala que aparecieron algunas actividades de procesamiento de alimentos para la exportación, lo que queremos resaltar es que el cierre de las industrias manufactureras significó un golpe a las principales bases del sindicalismo obrero como consecuencia de los despidos masivos y de la política de “flexibilidad laboral” que se impuso en el país. Así, los noventa son también un período de desmovilización de los trabajadores y los sectores populares que en los setenta y ochenta presionaban en las calles por políticas redistributivas.

Para entender las implicancias que tiene en la cultura (y la cultura política) este cambio en la estructura económica del país, vale la pena revisar algunos aspectos que aborda la Encuesta Mundial de Valores (EMV). En estos estudios sobre cambio de valores se utiliza un concepto de modernización que incluye procesos vinculados de desarrollo económico, cultural y político. Si bien recoge los debates y conceptos alternativos que se presentaron en su momento, tales como la Teoría de la Dependencia, entre otros (Inglehart y Welzel, 2006), se mantiene la idea de que los procesos de desarrollo socioeconómico van desde sociedades agrario/extractivas que pasan por procesos de industrialización que después derivan a economías donde el sector servicios y la tecnología lideran el sistema (sociedades post industriales). La idea general, presentada por Inglehart, en que el desarrollo (el devenir preferiríamos decir) económico está unido a cambios en cierto modo predecibles en la cultura (la subjetividad) y en la vida social y política, es, en sí, interesante (aunque tampoco muy novedoso). Sin embargo, el devenir socioeconómico y sus consecuencias en América Latina y en Perú en particular no han seguido la linealidad descrita. En una economía cada vez más globalizada, el país creció económicamente a partir del fomento que el gobierno de Fujimori dio a la actividad privada minera de exportación. Este proceso se dio en paralelo al de desindustrialización

descrito junto con el crecimiento de las ciudades a fuerza de olas migratorias que en su gran mayoría desarrollaron su actividad económica en el sector comercio y servicios. El Producto Bruto Interno del país depende en un porcentaje importante de las exportaciones de la minería, pesca y, últimamente de la agro exportación moderna (que emplea menos mano de obra que la tradicional) pero, como se verá más adelante, en la Población Económicamente Activa (PEA) el peso del sector comercio y servicios es muy grande. En las ciudades (80% de la población), las personas desarrollan su cotidianeidad en actividades donde la informalidad es lo que prima en las relaciones de producción. La mayoría de los sectores populares, en particular los urbanos, no son obreros pero tampoco son agricultores. El proceso de industrialización ha sido precario y ha retrocedido. La cotidianidad laboral de las personas, y por lo tanto, los espacios de interacción en los que se construye y recrea parte de su intersubjetividad, discurren en un entorno que tiene sus propias particularidades. La actividad independiente (autoempleo), la micro y pequeña empresa son los ámbitos donde discurre el día a día de la fuerza laboral.

En ese contexto, se desarrolla una cultura del individualismo que básicamente trata de incentivar el esfuerzo personal para emprender negocios o empresas; su ejemplo clásico sería el pequeño empresario que logra acumular y expandir su negocio convirtiéndose en un empresario de éxito. La cultura del individualismo –cuya expresión más acabada serían los “emprendedores”- calzó con la expansión del mundo de la informalidad, el crecimiento económico y la ampliación de las oportunidades empresariales. Esto marcó un cambio importante con respecto a las ideas y prácticas colectivistas promovidas por la izquierda en el mundo popular, así como con la actitud del Estado frente a los ciudadanos que, como consecuencia de su reducción, recortó los servicios sociales que brindaba a la población. Como señala Grompone (2005), este discurso equivale a trasladar a los individuos la responsabilidad de sus destinos y liberar al Estado de sus obligaciones para con cierto bienestar de los ciudadanos.

Otro elemento del período histórico abierto por Fujimori fue el auge de los “independientes” y la personalización de los “partidos políticos”, en el sentido que éstos dejaron de estar regulados por un programa, con una estructura organizativa y de dirigentes, con reuniones para tomar acuerdos y elecciones internas. Los partidos no eran instituciones totalmente consolidadas antes de los noventa pero tenían un esquema básico de funcionamiento y la opinión pública esperaba esto de ellos. Fujimori impuso una forma de hacer política que se caracterizó por el monopolio de las decisiones en el líder, el carácter familiar y amical de la cúpula partidaria y la exacerbación de las relaciones clientelares con las bases y los votantes. Como ya se indicó, el rol de los líderes fue importante antes de Fujimori y el clientelismo siempre estuvo en la política peruana pero durante los ochentas el proceso apuntaba a un fortalecimiento de una naciente institucionalidad partidaria. Esta desinstitucionalización de los partidos llegó al extremo de que él mismo fundaba una nueva organización para cada proceso electoral y la discrecionalidad para designar las candidaturas al Congreso. Este estilo será repetido por otros políticos “independientes” y caracteriza el actual desempeño de las organizaciones políticas.

Cabe mencionar que la debilidad institucional de los partidos también está relacionada con factores estructurales. El final del “socialismo realmente existente” acabó con la polaridad que daba vida, cohesión e identidad a los partidos. Al desdibujarse la confrontación ideológica entre derecha e izquierda, el eje de los partidos pasó a concentrarse en las personalidades: Fujimori solo podía ser enfrentado por otras personalidades como Alejandro Toledo o Luis Castañeda quienes compartían en lo esencial la visión económica. Al no constituirse una alternativa al modelo económico, los electores solo podían evaluar a las personalidades. A decir de Grompone (2005) Fujimori consolidó el carácter “plebiscitario” de la relación entre el líder y sus electores. Es decir, la delegación de estos últimos de un amplio margen de maniobra a condición de obtener resultados que beneficien a la población. Aquí los medios y procedimientos pasan a una preocupación secundaria y el líder es evaluado positiva o negativamente de acuerdo a los resultados que exhiba. En este sentido, se registra una predisposición a aceptar decisiones autoritarias si éstas logran un resultado favorable a corto plazo.

1.7. La bifurcación de lo nacional y lo regional

El fujimorismo logró imponerse como el partido hegemónico a nivel del gobierno nacional pero no ocurrió lo mismo a nivel de lo municipal donde aparecen organizaciones políticas “independientes” que disputan con relativo éxito al fujimorismo como a los partidos políticos. Esto marca el comienzo de la dislocación electoral entre lo nacional y lo local, es decir, que las organizaciones políticas que llegan al gobierno central y al Congreso se ven desplazados de los municipios por grupos locales con un discurso regionalista y contra el centralismo limeño. En efecto, mientras que en los ochenta AP, el APRA y la IU tienen una presencia equilibrada en los espacios nacionales y locales, en los noventa, lo nacional corre por un cauce distinto de lo municipal-local. Por ejemplo, en las elecciones de 1993 en Lima Ricardo Belmont, candidato independiente fue reelecto con el 44.9% de los votos, derrotando al candidato promocionado por el fujimorismo, Luis Cáceres Velásquez, quien obtuvo solo el 22.5%. En las elecciones de 1995 Alberto Andrade, otro candidato “independiente”, le ganó a Jaime Yoshiyama con 52% contra el 47.9%; cabe recordar que Yoshiyama -ex Ministro de Energía y Minas y ex Presidente del Congreso Constituyente Democrático- era, por entonces, la segunda figura política en importancia después de Fujimori. En 1998 Andrade volvió a ganar al fujimorismo con el 58.7% contra el 32.6% de Juan Carlos Hurtado Miller, el ex ministro de economía que inició el programa de estabilización en 1990.

De otro lado, en las municipalidades de provincia las “listas independientes” superaron en votación a las fuerzas nacionales. En las elecciones de 1993 se produce una suerte de “boom” de las listas independientes que logran el 63% de los votos nacionales frente al 12.3% de Acción Popular, el 11.7% del APRA, el 5.3% del PPC y el 4% de la IU. En 1995 estas listas obtuvieron el 52.8% de los votos nacionales frente al 20% de Somos Lima, el 18.8% de Cambio 90 y el 5.1% de Acción Popular. En estas elecciones se ve claramente que el partido oficial queda en tercer lugar frente a listas locales. En 1998 las “listas independientes” locales se impusieron en los municipios provinciales con el 33.6%

frente al 28.4% de Somos Perú, el 25.1% de Vamos Vecino (del fujimorismo en el gobierno), el 6.1% del APRA y el 5.1% de AP; en los municipios distritales los independientes sumaron 37.3%, Somos Perú 25.4%, Vamos Vecino 24.7%, el APRA 4.9% y AP 4.6%. Aquí conviene señalar que buena parte de los cuadros de los “movimientos independientes” provienen de los partidos políticos de los ochenta en los cuales se formaron y ganaron experiencia política y en la gestión pública (Grompone 2012). En algunos casos estos “cuadros experimentados” se adherían a las listas independientes en calidad de invitados pero también es frecuente que organizaran sus propios movimientos locales o provinciales para inscribirlos ante el Jurado Nacional de Elecciones y presentar candidaturas. De otro lado, este “boom” de movimientos locales y provinciales atrajo a los empresarios y personalidades que contaban con recursos monetarios o prestigio para atraer votos y con ese “capital” ingresaban a la política. Como resulta fácil suponer, estos cuadros y nuevos actores políticos no tenían reparos en cambiar de organización las veces que fuera necesario para mantenerse en vigencia política.

Este divorcio entre los partidos nacionales y los movimientos locales y provinciales se consolidó en los años del pos fujimorismo con el proceso de descentralización y la convocatoria a elecciones para gobiernos regionales. Si bien en las elecciones regionales el APRA logró imponerse como la principal fuerza política con 12 de los 25 gobiernos regionales, parece que esto ocurrió debido a la premura de la convocatoria que dio ventaja a los partidos para cumplir con los requisitos de participación (Grompone 2012). En todo caso, en las elecciones de 2006 los movimientos regionales alcanzaron el 67% de los votos y 16 de los 25 gobiernos regionales contra el 25% de los partidos políticos (6 gobiernos regionales) y el 8% de las alianzas electorales (2 gobiernos regionales). En las elecciones de 2010 los movimientos regionales ganaron en 20 regiones, mientras que los partidos solo 5. En las últimas elecciones regionales del 2014, los partidos ganaron solo en tres regiones. Esta fragmentación política se complejizó pues en los municipios distritales los partidos políticos aparecen concentrando el 51% de los votos, le siguen los movimientos regionales con el 29%, las alianzas electorales con el 10%, las organizaciones políticas provinciales con el 7% y las organizaciones políticas distritales con el 3%. Esta dispersión de los votos es una de las principales características de la dinámica política peruana del pos fujimorismo. Algo similar ocurre en la relación entre el gobierno nacional y la alcaldía de Lima pues en 2002, durante el gobierno de Alejandro Toledo, el alcalde electo fue Luis Castañeda Lossio (reelecto en el 2006), un político del campo de la oposición; en el 2010, a finales del gobierno de Alan García, la alcaldía de Lima la ganó Susana Villarán, también una candidata ajena a la fuerza política del gobierno central, y en el 2014 ganó de nuevo Luis Castañeda en un contexto donde el partido de gobierno ni siquiera presentó candidato.

Así, en el pos fujimorismo se prolongó la dispersión electoral y se produjo el ascenso de los movimientos regionales, aunque también el retorno de la “política en las calles”, particularmente en las regiones y provincias donde aparecen movimientos sociales que se oponen a la explotación de las minas que afectan o pueden poner en peligro las actividades

agropecuarias. Estos movimientos sociales, sin embargo, se diferencian de los anteriores al fujimorismo en el sentido que sus vínculos con los partidos de izquierda son débiles o inexistentes (Grompone 2005). Estos movimientos tienen un carácter “coyuntural”, es decir, surgen en torno a una demanda específica y se disuelven luego de obtener su propósito principal o como consecuencia de la derrota por la represión del Estado. En algunos casos, sus líderes manifiestan un discurso radical con tintes antcentralistas y antimineros. Evidentemente estos movimientos sociales pueden ser instrumentalizados como plataforma para lanzar candidaturas a los gobiernos regionales y alcaldías. Esto ocurre, sobre todo, con los movimientos que se articulan en torno a liderazgos y personalidades que no permiten la alternancia de las estructuras dirigenciales.

1.8. El estancamiento económico y endurecimiento político

La rotunda victoria de Fujimori en primera vuelta en 1995, su segundo período (64% contra el 21% de Javier Pérez de Cuellar) tuvo como trasfondo una alta expectativa ciudadana en la reducción de la pobreza y del desempleo, los dos problemas más acuciantes para la opinión pública. Durante su primer gobierno Fujimori había derrotado a Sendero Luminoso y estabilizado la economía; se esperaba que en su segundo período suscitara el bienestar general de la población. Así, las elecciones de abril de 1995 pueden asumirse como un “pacto electoral” entre el candidato y sus votantes a favor de ampliar a los beneficiarios del crecimiento económico (Murakami 2006). Esto, sin embargo, no se produjo. En realidad, el gobierno llevó a cabo una política de “ajuste” que enfrió la economía. De acuerdo con Parodi (2014), este “ajuste” fue una precaución para evitar una crisis financiera como la ocurrida en México en 1994. De otro lado, el gasto público durante el proceso electoral de 1995 provocó un déficit comercial que se saldó gracias a los ingresos de capitales del exterior pero en una eventual retirada de éstos podía precipitarse una crisis. Se procedió entonces a reducir el gasto público y a contraer la demanda interna con medidas monetarias para mejorar la balanza comercial. No obstante, las importaciones no descendieron debido a la afluencia de capitales. Recién cuando en 1998 advino la crisis asiática y el fenómeno de El Niño esta afluencia se contrajo y la economía entró en recesión. En efecto, si bien en 1997 el PBI creció en 6.9%, éste cayó a 0.3% en 1998 y en 1999 llegó a solo 3.8%. En consecuencia, la pobreza y el desempleo en el segundo gobierno de Fujimori no mostraron un descenso significativo. En 1999-2000 la pobreza abarcaba a poco más de la mitad de la población peruana. La situación era peor de lo que las estadísticas arrojaban pues la mayoría de la población económicamente activa laboraba en la informalidad, es decir, sin estabilidad laboral, excediendo las ocho horas de trabajo, con sueldos bajos y sin seguro social.

Si bien los indicadores macroeconómicos eran buenos, los indicadores asociados al bienestar general como empleo de calidad y acceso a servicios públicos eran bastante bajos con relación a la media latinoamericana (Ghezzi y Gallardo 2013). Este infructuoso desempeño económico y la persistencia de la pobreza y del desempleo afectaron la popularidad de Fujimori. Las encuestas empezaron a registrar el aumento del pesimismo con respecto a las expectativas económicas de la población. Mientras que en 1995 la

opinión pública tendía a considerar que su situación económica mejoraría, en 1997 las encuestas mostraban que la mayoría de los peruanos creían que su situación económica no iba a mejorar en el corto plazo. En cierto modo, Fujimori empezó a ser percibido como el hombre no indicado para derrotar la pobreza. A fines de la 1997 la desaprobación presidencial fue, por primera vez, superior a la aprobación y se mantuvo así hasta 1999. Como señala Murakami (2006) entre las razones expresadas por la opinión pública para desaprobare a Fujimori destacaba el desempleo y los problemas de la economía. La percepción de que el ciclo político de Fujimori había terminado caló en la opinión pública, en el sentido que el empobrecimiento de la población, característico de los ochenta, empezó a percibirse como un problema que Fujimori no podría resolver.

Como señala Murakami (2006), la reducción de la pobreza y del desempleo requería una estrategia de desarrollo y la intervención del Estado en ciertos sectores de la economía donde el mercado no entraba. Sin embargo, en su segundo período Fujimori no llegó a aplicar una estrategia de crecimiento produciéndose el enfriamiento de la economía y luego la recesión. Asimismo, Fujimori no pudo enfrentar el problema de la pobreza porque esto significaba no solo generar empleo sino también elevar la calidad de las condiciones laborales cuando él mismo había aplicado una política de flexibilidad laboral que recortó drásticamente los derechos laborales de los trabajadores. Así, no obstante que los indicadores macroeconómicos eran positivos y la imagen de Perú en el exterior era muy buena, la población no necesariamente participaba ni se sentía parte del crecimiento económico (Schuldt 2005). La contradicción básica entre la riqueza económica y el malestar de la ciudadanía estuvo en la base del declive político de Fujimori.

Un elemento importante que bloqueaba el beneficio general del crecimiento económico era la postergación de la denominada “reforma de segunda generación” que consistía en la modernización y el fortalecimiento de las instituciones públicas, como educación, salud, seguridad y otros que son las que permiten llevar los beneficios del modelo a los sectores de bajos recursos. Como parte de esta reforma debió encararse el problema de la calidad profesional de la burocracia, pero excepto por las “islas de eficiencia” estatal - como la SUNAT (tributación), BCR (política monetaria), SBS (regulación bancaria) y otros- los noventa se caracterizaron por la superposición de distintos regímenes laborales y la falta de incentivos claros para una “carrera pública”. Bajo diversas modalidades, como la contratación a través de planillas del PNUD, nunca estuvo explícito cómo debía reclutarse a los profesionales y especialistas en cada sector del Estado. Como la precariedad de las instituciones públicas y de la burocracia bloqueó la extensión de los beneficios del crecimiento y de los servicios brindados por el Estado a la población, el modelo económico adquirió rasgos de un “crecimiento con desigualdad”. Este fue el factor primario del distanciamiento entre Fujimori y la opinión pública.

Otro elemento del distanciamiento de Fujimori y sus electores fue el endurecimiento político para asegurar la re-reelección. En efecto, la polémica decisión de Fujimori de postular a un tercer período en el 2000 definió la dinámica política de su segundo gobierno. En 1996 el Congreso de la República aprobó la Ley de “Interpretación

Auténtica” que señaló que para aplicar el artículo 112 de la Constitución que permitía la reelección presidencial por una única vez, no se computaba retroactivamente los períodos presidenciales iniciados antes de que la Constitución entrara en vigencia. Esto abrió el camino legal para que Fujimori postulara en el 2000. Sin embargo, en 1997 el Tribunal Constitucional dio un falló declarando inaplicable la Ley de Interpretación Auténtica para Fujimori. Casi inmediatamente en el Congreso de la República se formó una Comisión para investigar el hostigamiento a los magistrados del Tribunal Constitucional que sorprendentemente acabó en la destitución de éstos. Por otro lado, la oposición política y sectores de la sociedad civil llevaron a cabo la recolección de firmas para solicitar un referéndum que decidiera si Fujimori podía o no postular. Cuando finalmente se logró recolectar las firmas necesarias, el referéndum fue bloqueado en el Congreso con una ley que señalaba que éste debía contar con el respaldo de una votación del Pleno, el mismo que era controlado por el fujimorismo. Adicionalmente, la re-reelección había llevado al gobierno a ejercer presión y control sobre los programas periodísticos de los medios de comunicación y cuando el canal 2 empezó a propalar reportajes críticos contra el asesor presidencial Vladimiro Montesinos se produjo el despojo de la nacionalidad de Baruch Ivcher y el cambio de la política informativa con el nuevo directorio. La decisión de la re-reelección también incrementó el poder de Montesinos quien asumió un papel protagónico en el sometimiento de los otros poderes públicos al Ejecutivo, particularmente del Jurado Nacional de Elecciones y del Consejo Nacional de la Magistratura.

Estas medidas, la Ley de Interpretación Auténtica, la destitución de los miembros del Tribunal Constitucional, el bloqueo del referéndum y otros, fueron percibidas por la población como el uso desmedido del poder para el beneficio particular. Durante su primer mandato la transgresión de la institucionalidad, incluido el autogolpe del 5 de abril de 1992, fue vista con permisibilidad por la opinión pública pues se asumía que era la manera de garantizar la derrota de la subversión y las reformas económicas. Sin embargo, cuando las transgresiones se produjeron para garantizar la continuidad de Fujimori la opinión pública no la respaldó como ocurrió con el autogolpe. De acuerdo a una encuesta de la época, el 60% de la población, de producirse el referéndum, estaba dispuesta a respaldar el impedimento de la re-reelección (Murakami 2006).

En todo caso, la campaña contra la re-reelección unificó a la oposición política. Además del proceso de recolección de firmas para el referéndum, las fuerzas políticas firmaron el Acuerdo de Gobernabilidad, realizaron declaraciones colectivas a favor de los magistrados del Tribunal Constitucional y otras presentaciones públicas. La oposición también se proyectó en los pocos espacios de la prensa independiente como los periódicos La República y El Comercio, la revista Caretas, y el canal de cable Canal N. Sin embargo, no se llegó a la presentación de una candidatura unificada y la votación se polarizó entre Fujimori y Alejandro Toledo. La oposición volvió a unificarse en la llamada “marcha de los cuatro suyos” para tratar de evitar la ceremonia de asunción del mando, pero la crisis se precipitó finalmente con la filtración del video de Montesinos entregando dinero al Congresista Alberto Kuori a cambio de pasarse a la bancada oficialista y la noticia de

tráfico de armas desde Perú a las FARC de Colombia, en la que estaba implicado también Montesinos.

1.9. La *alternancia sin alternativa*

La transición democrática, sin embargo, se realizó sin partidos políticos institucionalizados y representativos, siendo la característica del escenario político pos fujimorista una suerte de “democracia sin partidos” (Tanaka 2005). De otro lado, la transición democrática no significó un cambio del modelo económico. Alejandro Toledo, Alan García ni Ollanta Humala alteraron las bases del actual modelo centrado en la exportación de mineras y materias primas, en la priorización de la inversión privada extranjera y la estabilidad macroeconómica. Estamos ante una situación que Alberto Vergara (2012) califica de “alternancia sin alternativa”, en el sentido que pese a las propuestas reformistas con que Toledo, García y, particularmente, Humala llegaron a la Presidencia, no se ha producido un giro significativo en la política económica. Así, se puede decir que en términos de la economía el pos fujimorismo se caracteriza por la continuidad. Más aún, el modelo económico, gracias a los altos precios de los minerales, se consolidó con la transición democrática. Esto viene favoreciendo una suerte de “imaginario neoliberal” que consiste en que buena parte de la clase política y de la opinión pública coincide en mantener algunos principios económicos: la estabilidad macroeconómica, la disciplina fiscal, la desregulación del mercado, entre otros.

Esto no quiere decir que no existan sectores descontentos y que rechacen el modelo económico. El problema es, más bien, que estos sectores no encuentran los canales institucionales para expresar y gestionar sus demandas, aunque tampoco han podido construir una organización política de alcance nacional que articule y procese la diversidad de sus intereses y aspiraciones (Meléndez 2012). Así, la oposición al modelo es principalmente social, antes que política. En efecto, las crisis políticas que han devenido en caídas de ministros e incluso de todo el gabinete se originaron en los movimientos de protesta en las regiones y localidades que se ven afectados por las actividades mineras y petroleras. De otra parte, existen sectores descontentos que si bien no se expresan en protestas concretas, sí lo hacen electoralmente y esto explica, en gran parte, el rechazo de los partidos políticos nacionales como el éxito de los movimientos políticos regionales.

En realidad, la continuidad del modelo económico se debe principalmente a las decisiones de los actores políticos que llegan al poder. En efecto, en el 2001 y 2006 Toledo y García ganaron las elecciones con la promesa de iniciar cambios que ampliaran a los beneficiarios del modelo (reforma de la educación, eliminación de las *services*, etc.), pero una vez en el gobierno la forma de llevar estos beneficios se restringió a la política de asistencia social y los programas de transferencia monetaria como el “Programa Juntos”. Si bien el aumento del empleo y los programas sociales redujeron la pobreza de casi 50% a un 29%, estos porcentajes deben tomarse con cuidado pues se trata de la “pobreza monetaria”, medida exclusivamente por el ingreso. Si se aplican otras formas de medir la pobreza como el acceso de las familias a servicios de salud, educación y seguridad social

(pobreza multidimensional), los pobres aumentan significativamente a alrededor del 40% (Ghezzi y Gallardo 2013). Algo parecido se puede decir sobre la calidad del empleo. El porcentaje de trabajadores urbanos con acceso a un seguro público o privado era de 55% en el 2010 cuando en otros países como Uruguay y Chile estos son del 97% y 95% respectivamente. Evidentemente en el ámbito rural el porcentaje de trabajadores con seguro de salud es menor.

En las elecciones de 2011 los sectores descontentos con el modelo económico encontraron en Ollanta Humala a un candidato que podía representarlos. No obstante, Humala solo obtuvo el 31% de la votación en la primera vuelta y se vio obligado a modificar sus planteamientos para captar votos de sectores más amplios. Gradualmente fue girando a posiciones moderadas y una vez en el gobierno no aplicó las reformas que había propuesto en la primera vuelta. Nuevamente los sectores contrarios al modelo vieron frustradas sus expectativas, prolongándose el divorcio de la esfera política con la sociedad y quedando sin resolver la escisión entre sectores que se benefician del modelo y aquellos que se ven excluidos o perjudicados por éste. Cabe señalar que además de la decisión de los actores políticos de no reformar el modelo, existen dos factores que coadyuvan a la continuidad. Por un lado, la existencia elites empresariales fortalecidas como consecuencia del crecimiento económico. Aquí también son importantes los medios de comunicación que, en su mayoría, crean sentidos comunes a favor de los beneficios del libre mercado y de las iniciativas empresariales. Un discurso predominante en la cultura política de ciertos sectores. Por otro lado, los tecnócratas que ocupan puestos claves en el Estado (Ministerio de Economía, BCR, SBS, etc.) y que resultan casi imprescindibles para la ejecución de los presupuestos, contratación de personal, aprobación de los proyectos e incluso para el desarrollo de las actividades cotidianas de la gestión pública pues dominan el conocimiento de los procedimientos administrativos. Estos tecnócratas son una suerte de garantes de la continuidad del modelo (Vergara 2012). Así, hasta hoy las propuestas de reforma se estrellan contra el poder y la hegemonía discursiva de los grupos empresariales y de la tecnocracia en el Estado, aunque también debido a que los sectores que demandan las reformas no pueden construir una plataforma político-discursiva que canalice y procese sus demandas. Los partidos son precarios, sin planteamientos claros, donde la defensa de reformas institucionales sede con facilidad al planteamiento populista electoral.

1.10. Un balance del funcionamiento de la democracia en Perú

Como ya lo señalaron en su texto clásico Almond y Verba (1970), la cultura cívica difícilmente se desarrollará si el mismo sistema no cuenta con mecanismos que permitan su puesta en escena en el día a día. Una de las críticas que se hizo sobre los planteamientos iniciales al enfoque era sobre la dificultad para establecer si la cultura política, en relación al sistema, era más una variable dependiente o independiente. Si bien el mismo Almond se encargó de señalar que se podía ver desde los dos puntos de vista, el llamado enfoque interpretativo da una perspectiva que ayuda en el análisis al señalar que no se debe ver la cultura como algo separado de la cultura política ni ambas del sistema político. Es

importante para el análisis considerar que todos son aspectos que interactúan entre sí y que por lo tanto se da un proceso de mutua influencia. Esto es, la cultura política fomentará un tipo de democracia pero a su vez la forma en que funciona la democracia promueve tipos de cultura política. En ese sentido, es importante entender cómo está funcionando la democracia en Perú hoy.

Como señalan algunos autores, vivimos en una “democracia sin partidos políticos” (Levitsky y Cameron, 2003; Tanaka, 2005). Nuestro sistema político se encuentra atomizado de organizaciones políticas centradas en los candidatos, basadas en liderazgos personalistas que distan del ideal democrático de partidos políticos institucionalizados (Crabtree, 2006; Levitsky, 2014). Un ejemplo reciente son las últimas elecciones municipales en Lima (octubre del 2014) con trece listas compitiendo donde solo cuatro pertenecen a partidos relativamente formales y establecidos. Lo grave de todo esto es que la crisis de los partidos se da dentro de una crisis general de la institucionalidad en Perú (Ganoza y Stiglich, 2015).

Con el fin del gobierno fujimorista se recuperó la democracia en el país, en el sentido formal, pero la política y los partidos no se reestructuraron. La llamada “transición democrática” (Grompone, 2005) que da cuenta de los años del gobierno de Valentín Paniagua, post caída del intento de tercer mandato de Fujimori (22 de noviembre de 2000 al 28 de julio de 2001) generó una serie de expectativas entre las cuales estaba una mayor transparencia en la gestión pública, precisas políticas de control y lucha contra la corrupción, un congreso y partidos políticos modernizados, etc. pero el resultado ha sido casi el contrario a juzgar por los bajos niveles de aprobación que todas las encuestas revelan sobre estos temas (GfK, octubre 2013, Datum, octubre 2014, Ipsos, octubre 2014). Los partidos más antiguos no han logrado modernizarse y van surgiendo nuevos líderes o movimientos que profundizan el problema. En Lima y las regiones aparece otro tipo de política, alejada de los partidos, agrupándose en coaliciones regionales e independientes. No tienen programas, adhesión cívica ni liderazgos sostenidos, pero sí recursos económicos (casi nunca transparentes) que impulsan a caudillos a dar el gran salto a la política, convirtiéndose en candidatos que ven la misma como un medio de acumulación económica. Con relación a las elecciones municipales y regionales de octubre del 2014, un analista político, miembro del partido aprista mencionaba:

¿Políticos y políticas integradoras? Estas elecciones municipales han acentuado el patrón de la anti-política. Con excepciones claras, tenemos un mar de candidatos de “partidos combi”, movimientos u organizaciones sin mayor vida institucional, maquillados o retocados, con frases vacías, con extravagancias mediáticas, ofreciendo de todo, con portátiles alquiladas y pegadores de carteles subvencionados. Corresponde ello a un archipiélago de gobiernos locales y regionales sin posibilidad de control,

sin rendición de cuentas, donde la autoridad electa tiene un poder totalizador. (Barreda, 2014, Diario La República, 14 de septiembre)

La democracia sin partidos tiene un costo importante. Para Levitsky (2014), nos gobiernan novatos (ciudadanos sin experiencia previa en gestión pública) o tráfugas (políticos poco comprometidos con las ideologías de las organizaciones en las que militan, tanto así que suelen cambiar de bancada política en más de una oportunidad). La pobre consolidación de estas fuerzas políticas dificulta la presencia de una oposición, que únicamente equivale a una simple lista de candidatos independientes y tráfugas que solo se juntan para las contiendas electorales, sin mayor futuro político. Una oposición débil le hace mucho daño a la democracia.

Contamos con un sistema político débil que tuvo su único momento de empuje entre 1980 y fines de los noventa, con una alta volatilidad electoral y partidos políticos que tienen vínculos frágiles con la sociedad, además de una baja legitimidad.

Todos le piden al presidente que diga cuál es su visión de futuro, adónde vamos. Pero si el señor no tiene partido, no representa a una clase en el sentido orgánico de la palabra, no hay una base social organizada que apoye, que sustente un discurso, unas ideas de país. No existe ningún referente cultural, intelectual o político que señale un horizonte. Tenemos 25 años de reformas económicas sin un referente intelectual, sin ideas. (Cotler, 2014, Entrevista a Perú21, 24 de Agosto)

¿Es posible hablar de institucionalización política cuando se carece de partidos estructurados como la teoría ordena? Meléndez (2012) considera que aunque contemos con instituciones debilitadas el panorama de los últimos años es favorable para el renacimiento de las identidades políticas y la creación de organizaciones en nuestro país. Levitsky (2014) afirma que para que una organización política logre consolidarse de manera duradera, los partidos políticos necesitan dos cosas. En primer lugar, una ideología o una identidad colectiva, probablemente basada en una historia de lucha. Adicionalmente, también se necesita una militancia, es decir, un grupo de personas que estén dispuestos a trabajar y a sacrificarse por el partido, así como un grupo de fieles seguidores que si bien no participan activamente de la organización, otorgan un respaldo abierto con su apoyo electoral.

Para Levitsky, la movilización social, la polarización y el conflicto son fundamentales para generar un tipo de lealtad política: es bajo esta percepción de injusticia que los ciudadanos se unen en pos de un ideal. De lo contrario, dicho agrupamiento carece de fundamento esencial y es fácilmente disuelta al finalizar una elección. Por ejemplo, las

fuertes represiones y los periodos de polarización dieron origen a partidos históricos como el Partido Peronista en Argentina o el Partido Aprista en nuestro país, que finalmente se consolidó durante la violencia de los años 1930 y 1940.

De esta manera, para Levitsky, el fujimorismo es en la actualidad la única fuerza política capaz de consolidarse en un futuro cercano. A pesar de su firme rechazo a la institucionalización de las organizaciones políticas, este movimiento es un actor legítimo de la política peruana (Levitsky, 2011, 2014). Esta organización cuenta con militantes (fujimoristas), una ideología (la justificación del autoritarismo y del irrespeto a los derechos humanos en contextos de violencia política y crisis económica), mártires, elites políticas y sucesores del líder. Además, los fujimoristas pasaron por dos conflictos importantes: la lucha contra Sendero Luminoso y posteriormente, una defensa incondicional durante la etapa de “persecución” (período después de la caída de Fujimori). Dicha sensación de injusticia se convirtió en una lucha política que fortaleció a la agrupación en su identidad colectiva y la hizo resucitar de las cenizas. Este sería un claro ejemplo de cómo la opinión pública adopta una posición política en función a ciertos temas ideológicos, pese al carácter personalista de los partidos. Meléndez (2012) sugiere que el nivel de personalismo se mantiene pero que este convive con el posicionamiento ideológico que tienen los ciudadanos, hecho que resulta favorable desde el punto de vista democrático.

(...) Los vínculos políticos predominantes son ideológicos a pesar del personalismo de la política, la legitimidad del sistema en su conjunto no se ha debilitado, e inesperados actores que solían ser anti-partidarios, como el fujimorismo, llevan la vanguardia en la formación de identidades políticas, conjuntamente con la subsistencia de identidades de larga data como la aprista. (Meléndez, 2012, p. 3)

La personalización del poder político se consolida como el principal obstáculo para la democracia. Los partidos políticos se convierten en estructuras al servicio personal del líder, como es el caso del APRA (Alan García), Gana Perú (pareja Ollanta Humala-Nadine Heredia), Solidaridad (Luis Castañeda), Perú Posible (Alejandro Toledo) o el Fujimorismo con Keiko Fujimori y su padre. La adopción de este patrón en las organizaciones políticas da pie a una serie de irregularidades dentro de las altas esferas del poder, en donde actitudes complacientes y el reparto de cargos no se hace esperar por parte de los subordinados (Álvarez Rodrich, 2014). El líder partidario termina actuando como un caudillo que representa en este caso al antiguo gamonal, prepotente y egocéntrico, que busca satisfacer únicamente sus propios intereses.

Carrión (2007), siguiendo otros autores (Diamond, 2002) califica nuestro sistema político como un régimen híbrido, aquel que combina aspectos democráticos (elecciones por

ejemplo) con prácticas de gobierno autoritarias (que se adoptan una vez en el poder). Nuestra realidad se ajusta bastante a ese tipo de régimen que, como mencionan Gilbert y Mohseni (2011) es un concepto más útil para el análisis que el de estar hablando de regímenes democráticos o autoritarios con adjetivos. Describe mejor el espacio gris, multivariado de este tipo de situaciones. Solo así, según algunos analistas (De la Puente, 2014) se explica que seamos alabados cada cuatro o cinco años, en cada elección, por candidatos que nos asumen ignorantes y frívolos, mientras los líderes de opinión celebran su alejamiento de la política. Elecciones democráticas se combinan con una actitud pasiva posterior al periodo electoral, lo que finalmente favorece a las autoridades en el poder.

Para O'Donnell (1994) la democracia delegativa se complementa con el populismo, y ambos se asocian con liderazgos personalistas. En el caso particular de Fujimori, cuando este gana las elecciones en 1995 afirmó que: “la democracia no debe incluir más la participación de los partidos políticos” e incluso sugirió que otros países deberían imitar el ejemplo de Perú. Esta postura anti partidaria gozó de un amplio respaldo popular porque dichas afirmaciones se daban luego del primer gobierno del partido aprista, el más antiguo y mejor organizado del país, que se caracterizó por tener una de las hiperinflaciones más grandes de la historia mundial, una izquierda fragmentada, acusaciones diversas de corrupción y avances importantes de la violencia de Sendero Luminoso y Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (Crabtree, 2005; Manrique, 2009). Los partidos no habían dado la talla y la inseguridad campeaba.

Desde nuestros primeros espacios socializadores, como el hogar y la escuela, hasta entornos que involucran una participación comunitaria y política; los peruanos estamos altamente familiarizados con las figuras autoritarias. De hecho, a lo largo de nuestra historia republicana, los gobiernos más abiertos y representativos han sido breves y escasos. Como señala Bernal (2000), cuando los gobernantes eran calificados de débiles no se atribuía a un mayor respeto por la democracia, sino a un mal manejo de su autoridad, por lo que debía ser remplazado por alguien de mayor carácter.

El Perú vive entre la caída del patrón y la añoranza del patrón. Esa dinámica del patrón como concentración del poder es una figura que se ha diluido bastante, pero como no sabemos organizarnos de otra manera, tendemos a buscar al jefe, a la autoridad. Existe una democratización de la sociedad, pero en nuestro imaginario aún existe el guion del patrón, la incapacidad de actuar colectivamente.
(Portocarrero, 2011, p. 38)

Otra de las características más representativas de nuestro sistema político es el sistema de redes de clientelas que muchos gobernantes han utilizado para su propio beneficio. En América Latina los partidos políticos basados en ideología de clases han venido perdiendo respaldo popular, especialmente aquellos de tendencias izquierdistas. Producto de esta

desazón emergen los partidos políticos populistas, que sin tener un planteamiento claro en su ideología, buscan el apoyo de diferentes segmentos de la población (Portes y Hoffman, 2003).

De esta manera, el populismo se basa en una relación directa entre un líder y el pueblo. Bajo este régimen, el gobernante es un individuo, no una organización. Este se legitima gracias a la cercanía que tiene con la población, hecho que le permite pasar por encima de las instituciones existentes (Crabtree, 1996). Los populistas son aquellos líderes que lejos de reforzar las instituciones, las debilitan (Weyland, 2001).

¿Cuál es la vigencia del populismo en nuestro país y en Lima en particular? Diversos autores responden introduciendo el concepto de neopopulismo, el cual comprende las mismas estrategias políticas del populismo, pero introduce reformas neoliberales en el plano económico. Weyland (2001) combina las dos categorías (neoliberalismo y populismo) para dar espacio a cuatro combinaciones posibles en la clasificación del populismo y de las políticas económicas en América Latina). Según Navia (2003), a diferencia de los economistas que asocian el populismo únicamente con características económicas, Weyland da pie a que existan populistas neoliberales como anti neoliberales.

Gráf. 17. Esquema dimensional de Weyland: Neoliberalismo y Populismo

	Populismo	
Economía/Política	Populismo	No populismo
Neo Liberalismo	Populista Neoliberal	Neoliberal No Populista
No Neo Liberalismo	Populista Anti Neoliberal	Anti neoliberal No Populista

Alberto Fujimori representa un claro ejemplo de gobernante neopopulista (Crabtree, 1996; Panfichi y Coronel, 2012; Portocarrero, 2011) o populista neoliberal (Weyland, 2001), al sentar las bases de un sistema económico caracterizado por la privatización del sector estatal y la liberalización de la economía.

No había fin de semana que Fujimori se quedara en Palacio. Fue por todas partes del Perú. Siempre iba a algún lado con regalos, lo que sembró una red de gratitud, hasta en los pueblos más chiquitos, que ahora alimenta su hija.
(Portocarrero, 2011, p. 43)

Para Crabtree (1996) el gobierno de Fujimori cumplió con los cuatro requisitos que lo clasifican como neopopulista:

- Una fuerte personalización del poder político (Presidente como eje central de la toma de decisiones y un Consejo de Ministros que solo las validaba).
- Un Poder Ejecutivo con carácter omnipotente.

- Una conexión emocional importante entre el Presidente y el pueblo peruano. Lo curioso es que esta popularidad era personalista, únicamente se generaba hacia la figura de Fujimori pero no hacia su agrupamiento político.
- Uso de recursos del Estado para construir su base de apoyo, especialmente entre los más pobres y excluidos.

Además, la televisión se convirtió en un aliado fundamental de Fujimori, al mostrarlo como un presidente cercano a los sectores más vulnerables y capaz de tomar decisiones prescindiendo de partidos y demás instituciones (Panfichi y Coronel, 2012). Para autores como Arce (1996) y Cotlear y Grompone (2001) Fujimori nunca se preocupó por construir un partido político que le sirviera de instrumento estable en su relación con el electorado. Su agrupamiento funcionaba únicamente en tiempo de elecciones, retornando a la pasividad o desapareciendo entre elección y elección. El fujimorismo ha cambiado el nombre de la agrupación con la que ha postulado en casi todos los procesos electorales que ha participado: Cambio 90 (1989), Nueva Mayoría (1992), Vamos Vecino (1998), Sí Cumple (2005), Perú 2000 (2000), Alianza por el Futuro (2006) y ahora, Fuerza Popular (2010, comenzó como Fuerza 2011 para las elecciones de ese año).

Gobiernos neopopulistas como el de Fujimori son el resultado de la frustración frente al fracaso de regímenes democráticos previos y del debilitamiento de las instituciones (Vilas, 2004). La política de miedo fue un elemento importante en el éxito de su primer gobierno, pues se encargó de criminalizar la protesta y tildar de “terroristas” a sus opositores, con lo que consiguió ganarse aún más el respaldo de la población.

Aun así, es importante señalar que este vínculo entre el gobernante y el pueblo no era gratuito, se encontraba en constante negociación según los intereses de cada una de las partes (Tanaka, 1999). En síntesis, los intereses de la población son afines a una permisiva cultura política latinoamericana, en donde mientras se obtengan beneficios, es posible pasar por alto ciertas irregularidades de quienes se ubican en las altas esferas del poder.

¿Por qué la acusación de corrupción tiene efectos más devastadores en el partido de Toledo que en el APRA y en el fujimorismo? La explicación probable es que Toledo emergió con fuerza en su lucha contra el fujimorismo corrupto y ahora es acusado de lo mismo. Al APRA y al fujimorismo, en cambio, los beneficia la permisiva cultura política latinoamericana: Roba, pero hace obra. (López, 2014; Diario La República 07 de agosto)

De manera complementaria, De la Puente (2014) da cuenta de un ciudadano peruano paternalista e hipócrita, que varía sus preferencias constantemente y se acomoda según el beneficio personal que le represente. No solo eso, también es fuertemente populista e incoherente con sus expectativas, fines y medios.

(El peruano) quiere una señal nítida para la telefonía celular pero se resiste a la colocación de torres de transmisión; demanda una reforma del transporte pero no está dispuesto a asumir el proceso; quiere salud universal pero que el Hospital del Niño no se construya en su distrito; exige el respeto a las personas con discapacidad pero que los colegios para niños “especiales” no se instalen cerca de su casa; está contra el cobro de cupos pero paga coimas a los policías; se queja de los políticos corruptos pero vota por ellos; y adhiere mayoritariamente de la democracia pero vende su voto por una camiseta o un helado. (De la Puente, 2014; La República: 12 de septiembre)

La actitud ciudadana refleja una desafección política que lejos de demandar propuestas y mejores candidatos, apoya un candidato o gobernante que pide “que lo dejen trabajar”. No hay ningún compromiso de por medio. Es por ello que el voto programático (votar por el candidato que propone implementar las políticas públicas que uno quiere) no tiene acogida, porque se requiere una cultura informativa de la viabilidad de las propuestas y, principalmente, la confianza en que se cumplirá el programa elegido (Levitsky, 2014). ¿Para qué votar por propuestas, si la experiencia previa demuestra que los políticos difícilmente cumplen sus promesas una vez que llegan al poder? Lo que se ha aprendido en la cultura política local es que no vale la pena interesarse mucho en el proceso y que el que salga, como todos son corruptos, que por lo menos haga obras. Se privilegia el resultado.

En una encuesta realizada por GfK en setiembre del 2014, de cara al proceso electoral de octubre, un 21% en Lima decía estar interesado por lo que ocurre en la política y solo un 16% seguía activamente las noticias sobre el proceso político. Además, 40% manifestó que iría a votar “por deber/para no pagar la multa” (el voto en Perú es obligatorio). En la misma encuesta, entre la gente con menor interés e información sobre la política (39% a 35% del electorado limeño), Luis Castañeda tenía una intención de voto a la alcaldía de Lima que estaba alrededor del 63%, a pesar de ser uno de los más cuestionados en la prensa por malos manejos (caso Comunicore). Por otro lado, entre la gente con mayor interés e informada sobre política, la minoría, el mismo candidato tenía una intención de voto de solo 36% a 39% y estaba a 6 y 7 puntos porcentuales de la persona que estaba en segundo lugar. El candidato ganador, con gran presencia entre los desinformados y desafectos de la política, fue el más asociado (49%) a la frase: “robará pero hará más obras” (Datum, 2014). No hay partidos fuertes, la política se personaliza y la gente siente que no tiene una oferta consistente por lo que termina votando, con cinismo, por el llamado “mal menor” que robará (como todos, en la lógica ciudadana) pero por lo menos hará obra.

Meléndez y León (2010) sostienen que los canales de intermediación política brillan por su ausencia y las demandas de la población son movilizadas por operados políticos independientes, sin filiaciones ni compromisos políticos, que pueden llevar a una radicalización de dichas protestas. Plantean que es preciso consolidar un sistema de partidos estable, dinámico y *accountable* para evitar que el populismo siga propagándose (Navia, 2003).

Por otro lado, es posible apreciar como tanto el patrimonialismo como el clientelismo están profundamente arraigados en la cultura política peruana y por lo tanto en el funcionamiento del sistema. Sus orígenes se pueden remontar a la sociedad colonial pero se han venido repitiendo bajo nuevas formas desde entonces (Crabtree, 2006; Cotlear, 2009). Relacionado a ambos, es posible retomar la figura del patrón o gamonal, que al igual que el clientelismo y el patrimonialismo, se encuentra fuertemente internalizada en nuestros imaginarios. Montoya (1987) afirma que la dominación cultural y racial ha sido profundamente interiorizada y aceptada y es un elemento que dificulta la consolidación de instituciones legítimas en democracia.

Nugent (1992) hace alusión al gamonalismo, como parte de nuestra herencia cultural, donde el racismo es parte de una lógica de clivajes que contradice los principios democráticos. Afirma que nos encontramos frente a una sociedad en la que predomina la pigmentocracia: sobrevaloramos el tono de piel y el apellido, a través de estos es posible definir quién es más y quién es menos. El ideal de igualdad para todos difícilmente se cumplirá bajo estos parámetros. Es interesante y pertinente analizar el concepto de “cholo”. Este se ha generalizado y se utiliza para jerarquizar, es decir, para determinar quién es más y quién es menos. De allí que se utilicen de manera cotidiana frases con alta carga discriminatoria como: “el dinero blanquea” o “¿quién se ha creído este para cholear si es tremendo indio?” (Nugent, 1992; Cotlear, 2009). Las categorías “indio” y “cholo” están impregnadas de alto desprecio y discriminación (Montoya, 1987). La pobreza dentro del espacio urbano limeño es asociada a términos como suciedad, exclusión y choledad (Nugent, 1992). Tendemos a separar espacios “lindos” y espacios “feos”, y a ser intransigentes frente a lo diferente.

...hay muchos que siguen pensando que los indios son “salvajes” y causantes del subdesarrollo peruano. Paralelamente, la raza blanca se impuso como dominante. Desde entonces, los aspectos racial y cultural son dos caras de una misma medalla. (Montoya, 1987, pp. 2)

En una democracia sin partidos, con líderes personalistas y oferta política de baja calidad, la incertidumbre gobierna. En el vacío institucional, los medios de comunicación son los encargados de fiscalizar y definir la agenda que permita rendir cuenta al electorado, pero muchas veces se cae en dinámicas de polarización. La situación se complica cuando se

observa la presencia de lógicas patrimonialistas y gamonalistas donde el racismo sirve eventualmente como legitimador de la discriminación o del abuso.

2. El proceso de cambio en Lima: la construcción de la ciudadanía

La Lima actual es una metrópoli que se caracteriza por el caos urbano, con un importante sector de economía informal, culturalmente diversa y políticamente fragmentada. Los procesos principales que fueron configurando esta Lima se produjeron en la segunda mitad del siglo XX, particularmente a partir de las oleadas de migrantes provincianos que se trasladaron a la capital y otras ciudades de la costa. Estas migraciones convirtieron al Perú en un país predominantemente urbano y, sumado a la expansión de los medios de transporte, de los circuitos de mercantilización de bienes culturales y de la comunicación de masas, enrarecieron las divisiones entre lo rural y lo urbano. La asociación del indio con lo rural y las actividades agrícolas dejaron de tener sentido; el “indio urbano” desempeñándose como vendedor ambulante, artesano de su propio taller, obrero de fábrica y asistiendo a la escuela nocturna abrió un proceso que Aníbal Quijano (1980) llamó de “cholificación” donde el “cholo” era un sujeto social en tránsito, que no dejaba de pertenecer a la cultura indígena pero tampoco se integraba completamente a la cultura urbano-occidental.

Este proceso fue más intenso en Lima donde las migraciones transformaron drásticamente su estructura urbana y su cultura. La Lima antigua de casonas, solares, residencias y urbanizaciones se vio rodeada progresivamente por “barriadas” que aparecían en los terrenos baldíos y arenales fuera del casco urbano, por lo general de propiedad del Estado. Con el tiempo estas barriadas se fueron constituyendo en distritos municipales ocupados casi enteramente por migrantes: Comas, San Martín de Porres, Villa El Salvador, etc. La forma de ocupación, la organización social y la vida cotidiana que se fueron desarrollando en las barriadas desbordaron y, en varios sentidos, transgredieron la autoridad del Estado, las normas vigentes y las pautas de conductas que regían el llamado Perú oficial (Matos Mar 1986). Así, la particularidad de estos cambios fue que el Estado no pudo conducir los procesos que desencadenaron las migraciones, surgiendo un mundo urbano popular dinámico con sus propias reglas sociales, valores y estilos de vida.

Uno de los fenómenos que más ha llamado la atención de las ciencias sociales es que en las barriadas los migrantes recrearon sus patrones culturales y, por sus dimensiones, fueron desplazando a la cultura criolla del lugar central que ésta había tenido. Los espacios públicos se vieron renovados con las vestimentas, la gastronomía, las fiestas y los rituales andinos. Algunos autores denominaron este proceso como de “andinización” de la ciudad, pero en realidad Lima es una ciudad culturalmente heterogénea, en la que conviven prácticas culturales de las diversas regiones del país, coexisten varias formas de “hibridez cultural”. Un sujeto sin prejuicios puede disfrutar sin salir de Lima de una sopa serrana, un cebiche criollo, un seco a la norteña y una cecina con plátanos (plato típico de la selva de carne de cerdo con bananos). No obstante, la convergencia de diversas tradiciones regionales también ha producido nuevas y creativas prácticas culturales. Esto

puede ilustrarse con el surgimiento de nuevos géneros musicales como la “chicha” y la “tecnocumbia”, así como con el ascenso de artistas regionales y migrantes a íconos nacionales: desde el célebre “Picaflor de los Andes” (Huancayo), pasando por “Chacalón” (Lima), Dina Paucar (Huánuco), Sonia Morales (Ancash), la orquesta “Hermanos Yaipén” (Chiclayo) y últimamente el grupo “Corazón Serrano” (Piura).

De otro lado, el proceso de migraciones fue interpretado como un caso de “urbanización sin industrialización”, con lo cual se quería señalar que la demanda de mano de obra de la industria y de la economía urbana estaba muy por debajo de la cantidad de migrantes que llegaban a Lima. Esta situación dio lugar al desarrollo de diversas actividades económicas “informales” (comercio, producción artesanal, etc.) que se expandieron en la década de los ochenta debido a la recesión económica y constituyen en la actualidad el principal sector que absorbe a la población económicamente activa. Algunos autores vieron en los microempresarios de la economía informal una “ética del migrante” en el sentido que, a diferencia de los trabajadores criollos que buscaban un puesto estable en el sector público, valoraban el trabajo y el esfuerzo individual como mecanismos de ascenso social. Desde la antropología se resaltó como una característica de estas microempresas su carácter familiar y el uso de redes de parentesco y paisanaje para reclutar la mano de obra y establecer una relación de confianza entre patrón y trabajadores (Adams y Valdivia 1994). Esto ocurrió sobre todo en las primeras generaciones de migrantes cuando se trataba de empresas de producción a pequeña escala. En la actualidad, como consecuencia del crecimiento económico y del desarrollo de empresas a mediana escala, esta situación se ha complejizado y la despersonalización de las relaciones tiende a ser más acentuada.

Una cuarta cuestión son los cambios en la cultura y prácticas políticas que las migraciones impusieron en Lima. El fenómeno más saltante en este aspecto fue la “politización” de los migrantes y los sectores populares. A diferencia de lo que ocurre en la sociedad rural, en las ciudades la política tiene una dinámica más intensa debido a la existencia de una “esfera de opinión pública” como por la acción de proselitismo de los partidos. En las décadas de los cincuenta y sesenta la vinculación de los migrantes con la política tuvo un carácter básicamente clientelista. Los Presidentes Manuel Odría y Manuel Prado, por ejemplo, eran conocidos por buscar apoyo en las barriadas a cambio de permitir su asentamiento y entregar regalos. En los setenta y los ochenta, en cambio, el gobierno de Velasco y los partidos de izquierda promovieron la organización popular y desplegaron un discurso de cambio social que cambió temporalmente las percepciones políticas de los sectores populares. Esta situación cambió en los noventa cuando se impuso el predominio de los “movimientos independientes” y una actitud pragmática de los electores.

Si bien los procesos mencionados son interpretados como “oleadas democratizadoras” de la sociedad (López 1991) en el sentido que Lima dejó de ser un espacio predominante de las elites para albergar a poblaciones de las diversas regiones de Perú, esto no ha culminado en un proceso de integración social y mucho menos en una identidad nacional. No obstante que capas de provincianos profesionales y empresarios han podido ascender a la clase media y en algunos casos incluso a la clase alta, Lima mantiene rasgos de

segregación. Los canales de movilidad social no son lo suficientemente amplios como para cambiar el hecho que las barriadas siguen siendo identificadas como el espacio de la población pobre y mestiza, mientras que algunos distritos y urbanizaciones son habitados mayoritariamente por la población “blanca” (Pereyra 2006). La aceptación de la diversidad cultural de Lima no tiene un correlato con una integración social. El Estado, que generalmente es el que activa los procesos de integración y equilibrio social, no cumple esa función. La época de Velasco fue una excepción. En los ochenta la recesión económica recortó las capacidades del Estado y desde los noventa las políticas de integración no son priorizadas por el Estado.

2.1. La transformación urbano-social

Las migraciones de la segunda mitad del siglo XX alteraron la estructura espacial y social de Lima. En un inicio los migrantes ocuparon y tugurizaron las casonas del centro histórico o se alojaban en casas de familiares y paisanos en La Victoria, El Agustino y Surquillo (en la periferia inmediata al centro de la ciudad). No pasó mucho tiempo, sin embargo, para que se produjeran las ocupaciones ilegales de terrenos baldíos y aparecieran las barriadas. La primera barriada importante surgió en 1946 en el cerro San Cosme, próximo al Mercado Mayorista, todavía en los contornos del caso urbano y fácilmente absorbidas por la ciudad convencional como ocurrió con otras pequeñas invasiones. La ocupación de San Cosme, organizada por un grupo de familias que trabajaba en el mercado, fue progresiva, sin la espectacularidad que tendrán posteriormente las grandes “invasiones” de zonas eriazas y arenales fuera del caso urbano (Matos Mar 1977). En efecto, la primera “gran invasión” que movilizó a 5,000 personas y se realizó con un estudio previo del área a ocupar fue la de Ciudad de Dios, realizada la noche del 24 de diciembre de 1954 en los arenales de San Juan, en el sur de Lima, próximo a la carretera a Atocongo (hoy parte del distrito de San Juan de Miraflores). Ciudad de Dios estableció un modelo de “gran invasión” que se replicará en las siguientes: la exploración previa de los terrenos a ocupar, un comité de dirigentes para conducir la operación, la organización de miles de familias para tener capacidad de resistencia frente a la policía y de negociación con las instancias gubernamentales para consolidar la posesión.

La segunda “gran invasión” ocurrió en las pampas de Comas, en el km 11 de la carretera a Canta, en el norte de la ciudad. Fernández-Maldonado (2013) señala que a partir de estos dos ejes (uno en el sur y el otro en el norte) se produjo la expansión urbana de Lima con el método de la invasión y la formación de conglomerados urbanos, muy precarios en infraestructura, que se denominó en ese momento barriadas. En 1960, por ejemplo, se formó una nueva barriada en el km 5 y 6 de la carretera a Canta (hoy avenida Túpac Amaru) que se convertiría en el distrito de Independencia en 1964; y en el sur nace en 1961, a partir de la barriada de “Nueva esperanza” que ocupaba la zona del km 23 de la carretera Lima-Atocongo, el distrito de Villa María del Triunfo. Ese mismo año el gobierno de Manuel Prado promulgó la Ley 13517 de Barrios Marginales y Urbanizaciones que otorgó reconocimiento legal a las barriadas. Si bien esta ley buscaba

paralelamente desarrollar una política de módulos de viviendas para sectores de bajos recursos, la formación de barriadas continuó en las décadas siguientes como la tónica del crecimiento urbano de Lima. Las características de estas “barriadas” eran la ocupación de zonas sin urbanizar, carentes de servicios básicos como agua potable, luz eléctrica, etc., y la autoconstrucción progresiva de las viviendas; primero con esteras, triplay, calamina, cartón y otros, para ir siendo reemplazadas por el “material noble” (Fernández-Maldonado 2013). Otra característica de estas barriadas era y es la débil “agencia” del Estado en cuanto a provisión de servicios de educación, salud y seguridad, aunque en algunos casos como el de Villa El Salvador se puede decir que fue una “barriada planificada” pues la ocupación de los arenales fue conducida por el gobierno de Velasco Alvarado; otro caso de “barriada planificada” fue Huaycán que fue organizada por la Municipalidad de Lima cuando Barrantes era alcalde de la capital (1986). En síntesis, los procesos de expansión y urbanización en la ciudad no han sido producto de un plan sino la resultante de todos estos esfuerzos desarticulados unos de otros. A diferencia de un proceso de urbanización regular, en estos casos, primero llega la gente y después comienzan a desarrollarse servicios y la titulación de terrenos. Una lógica de acción ilegal que se legitima en el tiempo, de lucha y conquista que se justifica por sus fines, se va haciendo parte del sentido común de este nuevo ciudadano.

Casi paralelamente a la formación de barriadas la clase media y alta terminó por abandonar el Cercado de Lima (que junto con otros distritos algunos llaman Lima Tradicional) y se concentró en los distritos del llamado “triángulo metropolitano” que se ubican a lo largo de las avenidas Arequipa y Salaverry (Jesús María, San Isidro y Miraflores), y posteriormente fue ocupando los distritos próximos a la avenida Javier Prado con dirección a La Molina, al este de la ciudad (Pereyra 2006). Estos son los distritos que Julio Calderón llama la “ciudad legal” en el sentido que se formaron mediante empresas urbanizadoras, con ocupación posterior a su habilitación residencial y cuyas viviendas fueron adquiridas en el mercado inmobiliario formal. A estos distritos también se les denomina como Zona de Alta Renta o Lima Moderna para indicar que allí residen los sectores de condición socioeconómica media y alta; esta zona, debido al nivel de consumo de sus habitantes, cuenta con una elevada oferta comercial, de entretenimiento y financiera, lo que la diferencia de las barriadas. Cabe señalar que en estos distritos los estratos socioeconómicos son heterogéneos pues si bien la población no pobre -según datos trabajados a partir del censo de 1993- es de 62.80%, la pobre constituye el 37.20% (el porcentaje varía de un distrito a otro).

La situación en lo que antes se conocía como el Cono Norte, Cono Sur y Cono Este se está complejizando como consecuencia del espectacular crecimiento económico de la última década. Los Conos, que ahora se identifican como simplemente Lima Norte, Lima Sur y Lima Este, están constituidos por grupos de distritos que se ubican en la periferia de Lima. Diversos analistas llegan a postular que las “clases medias emergentes” se convertirán en el componente principal de la sociedad peruana (Arellano, 2003, 2010). La apertura de grandes centros comerciales en Lima Norte (el término Cono Norte ya dejó de usarse), de universidades, institutos y centros educativos pertenecientes a

corporaciones empresariales, el incremento de los niveles de consumo de esta parte de la población y el uso extendido de las tarjetas de crédito parecen confirmar estas visiones. Donde hubo arenas ahora hay grandes avenidas con diversos negocios y centros comerciales. Estos cambios se estarían expresando en el imaginario social de estos sectores quienes empiezan a percibirse a sí mismos como “gente de clase media”. Este proceso se da principalmente en la ahora llamada Lima Norte y Lima Este pero se pone de manifiesto particularmente en Los Olivos (Lima Norte) donde las urbanizaciones “mercantiles” e industriales que llevaron a cabo los expropietarios de las haciendas atrajeron a sectores de profesionales y empleados públicos (Osorio 2006). Sin embargo, este proceso está todavía lejos de consolidarse. Se habla de una “clase media emergente” pero la misma está constituida por personas independientes, micro y pequeños empresarios que se desempeñan en el sector comercio y servicios donde no todos tienen una actividad económica consolidada. Los servicios estatales, como en el resto de Lima, son escasos y de baja calidad. Los residentes de estas zonas todavía son más vulnerables que otros sectores a las contracciones de la economía.

La aparición de las barriadas, entonces, transformó la estructura espacial de Lima la que, en realidad, estaba en proceso de expansión de su área urbana desde las primeras décadas del siglo XX. El otro cambio importante ocurrió en su composición demográfico-social. En 1940 Lima estaba habitada por 645 mil personas y en el siguiente censo, el de 1961, se había incrementado a 1,9 millones; en los setenta Lima era el lugar de residencia de 24% de la población, uno de cuatro peruanos; mientras que en los ochenta llegó a un tercio de la población nacional (50% si solo se toma la población urbana), situación que continúa hasta la actualidad. Este crecimiento se debía principalmente a la migración pues casi la mitad de los censados en 1961 había nacido en provincias (el 65% de ellos había llegado a Lima después de 1945) y el 22% de ellos vivía en una barriada; en 1981 el 31.7% de la población de Lima vivía en una barriada. Es decir buena parte de los migrantes encontraba alojamiento en los distritos populares, aunque también en distritos de clase media y alta como Miraflores y San Isidro donde el 40% de sus habitantes había nacido en provincias (cabe señalar que las migraciones fueron también de familias de clase media del interior del país); en las barriadas la población nacida en provincias era el 80%. El pico más alto de las migraciones corresponde a los años sesenta declinando un poco en los setenta y estabilizándose en los ochenta (Zapata 1996). En la segunda mitad de los ochenta e inicios de los noventa apareció el fenómeno de los desplazados, familias de migrantes que abandonaban sus pueblos para huir de la violencia política. Los desplazados, en términos cuantitativos, no redefinieron la tendencia y las características de las migraciones, pero se concentraron en algunas áreas de Huaycán, Villa María del Triunfo, Ventanilla y Villa El Salvador, por lo cual llamaron la atención de los medios académicos.

Ahora bien, dada la precaria presencia del Estado en las barriadas emergieron diversas organizaciones vecinales y sociales para tratar de gestionar y/o colaborar con las instituciones públicas en la dotación de servicios públicos. En la formación de estas organizaciones se suele señalar dos etapas: las organizaciones vecinales o de pobladores

que se movilizan demandando títulos de propiedad y servicios básicos como agua, luz y asfaltado de calles. Por lo general, estas organizaciones tenían éxito en cuanto a los títulos de propiedad, pero la situación se relativizaba con respecto a los servicios de agua y luz pues implicaba que el gobierno financiara los proyectos de electrificación y de redes de agua. Aquí es cuando entraba a tallar la movilización popular para ejercer presión sobre las autoridades y su éxito dependía de la fuerza de estas movilizaciones, de la capacidad de los dirigentes en establecer alianzas con personalidades influyentes y de la situación coyuntural de las finanzas públicas. En lo que tuvieron menor éxito las movilizaciones populares fue en la dotación de veredas y asfaltado de calles. Recién en las últimas dos décadas se ven cambios significativos en la infraestructura vial de las barriadas pero todavía es un problema pendiente.

La titulación y los servicios de agua y luz tendieron a consolidar las barriadas, luego de lo cual sobrevinía un progresivo declive de las organizaciones vecinales debido a la desmovilización de la población una vez que se consiguen los objetivos fundamentales como a las dificultades para reorientar los fines de estas organizaciones. El protagonismo lo asumen entonces las organizaciones “funcionales” que surgen para obtener y/o administrar bienes y servicios más específicos como son los comedores populares, los “comités del vaso de leche”, los clubes de madres, etc. Estas organizaciones se masificaron en los ochenta e inicios de los noventa cuando la recesión y el shock económico dado por Fujimori obligaron a estrategias colectivas de sobrevivencia. Fue en estos años que las federaciones de mujeres, los “comedores populares” y los comités del “vaso de leche” se multiplicaron gracias al apoyo del gobierno, de la iglesia, de las ONGs, así como por financiamiento de los propios asociados.

Los ochenta e inicios de los noventa fueron tal vez la época más densa en cuanto a organizaciones sociales o “funcionales”. Diversos partidos desarrollaron trabajo de base en estas zonas, con estos líderes y organizaciones populares. Esta situación, sin embargo, empezó a cambiar a fines de los noventa. Las organizaciones sociales y vecinales “clásicas” (tanto las vecinales como las de sobrevivencia) perdieron fuerza y ese espacio fue parcialmente cubierto por las organizaciones relacionadas con la economía informal como las asociaciones de mercados y de servicio de mototaxis; evidentemente estas organizaciones tenían un carácter de “grupo de interés” antes que de movimientos sociales que demandaban derechos ciudadanos. Asimismo, se vivió una suerte de reaparición de comités vecinales de vigilancia para intentar frenar las olas de robos de viviendas pero estos, cuando no cuentan con el respaldo efectivo de los gobiernos locales y de las autoridades policiales, tienden a desactivarse una vez que baja la intensidad de los robos o cuando se puede recurrir a vigilantes privados. Así, lo que se observa en las dos últimas décadas es la desarticulación de aquellas organizaciones con capacidad de cohesión y movilización de grandes colectivos sociales y vecinales, así como su vinculación con los partidos políticos. Es decir, una aguda atomización social que apenas es contrarrestada por asociaciones vinculadas a las actividades económicas, así como por aquellas que surgen bajo el amparo de las políticas de participación ciudadana de los gobiernos locales (asociaciones del “adulto mayor”, comités de vigilancia, etc.). Es como

si los partidos, en particular los de izquierda, hubieran perdido por segunda vez su base social. Primero fue la desindustrialización que desarticuló sindicatos y en general, al sector obrero. Luego fue el mismo crecimiento económico y consolidación urbana que fue desactivando las organizaciones barriales tradicionales.

Esta fragmentación social tiene como reverso la reaparición de asociaciones de baja escala y en torno a las identidades primarias. Así, las asociaciones culturales “provincianas” y las hermandades patronales tienden a recuperar visibilidad en un medio sin referentes de asociaciones sociopolíticas y a constituirse en referentes de grupalización de la vida cotidiana. Un renglón particular lo constituyen las denominadas “tribus urbanas” o asociaciones articuladas en torno al consumo cultural: grupos de adolescentes y jóvenes que se reúnen para practicar y exhibir coreografías de géneros musicales (hip hop, la batucada, etc.), aquellos que compiten en torneos de videojuegos en línea o los que se organizan para concursar en los festivales de skateboard (Huber 2002). Por último, esta baja asociatividad tiene que ver con el sentido común individualista que se empezó a imponerse en los noventa y que considera que el esfuerzo individual es el camino para el ascenso social. Este individualismo fue reforzado por el repliegue del Estado de su carácter “distribuidor” con lo cual se eliminaban los incentivos para la movilización social, así como por las oportunidades que el crecimiento económico viene brindando a los “emprendedores” en cuestión de negocios, educación y empleo, aunque no todos logren el éxito esperado. El crecimiento vertiginoso de clínicas y colegios privados en Lima Norte, Este y Sur es un indicador de cómo los pobladores de estas zonas van resolviendo sus demandas ciudadanas.

A los cambios señalados deben añadirse los que viene provocando los flujos de la economía y el consumo global. Estos circuitos de flujos están reconfigurando la ciudad a partir de las actividades de producción, financieras, de servicios y de comercio que forman parte de la economía global. Ramírez-Corzo (2006) propone la imagen de una “ciudad fractal” para reemplazar la noción de centro-periferia con que se analizaba la sociedad y economía de Lima. Desde esta perspectiva, en la capital sobresalen áreas como San Isidro que condensan las actividades financieras y de servicios alrededor de las cuales se organiza la vida económica y social de la ciudad. Estas áreas o nodos no se restringen a los distritos de renta alta, sino que existen también en Lima Norte, Sur y Este. Por ejemplo, los grandes centros comerciales que concentran cadenas de mercados, tiendas especializadas, agencias bancarias, restaurantes de comida rápida, cines y entretenimiento. El acceso o no a estos nodos y flujos es lo que determina la inclusión o exclusión de los individuos.

Ávila (2003 p. 69) describe esta situación de la siguiente manera:

Este proceso fragmenta la ciudad en islotes de consumidores en medio de un creciente mar de ghettos de pobreza, articulados entre sí, más allá de la contigüidad territorial por su capacidad o incapacidad de realizarse en el mercado, donde cada vez resulta más evidente la

coexistencia de realidades (aparentemente) de lo más contrapuestas (Ávila, 2003, p. 69).

De otro lado, Ávila señala que estos *malls* están desplazando a los antiguos espacios de sociabilidad y encuentro de los limeños: plazas, parques, alamedas, cafés y teatros. Los *malls* vienen a funcionar como megacentros de sociabilidad que concentran tiendas, bazares, gimnasios, salones de baile, salas de juego, restaurantes, cines y otros donde la sociabilidad aparece asociada al consumo. Estos malls estarían convirtiéndose en los nodos que articulan la vida social y económica de la población limeña y en un referente clave de la experiencia cotidiana de la ciudad, ya no solo en barrios residenciales, sino en los de la “periferia”.

2.2. El desarrollo de la economía informal en Lima

Lima había sido un polo de atracción para los migrantes por las oportunidades laborales que se abrieron en la década de los cincuenta, gracias al impulso de la demanda de materias primas y minerales que generó la reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Corea que emprendió los Estados Unidos. Asimismo, aunque tímidamente se promovieron las industrias, creció el sector de construcción civil, de servicios y el comercio. La demanda de fuerza de trabajo se incrementó más todavía en los sesenta, pero siempre por debajo de la oferta que generaban las migraciones. En todo caso, Lima se convirtió en la ciudad con la economía más dinámica del país. Esto fue un fenómeno nuevo pues en la época colonial los principales espacios económicos estaban en la sierra, particularmente en las minas. En el siglo XIX la producción minera decayó un poco pero se compensó con la producción de lanas en el sur para el mercado inglés. Lima y la costa empezaron a imponerse con el guano y la producción de azúcar y algodón de fines del siglo XX. Sin embargo, fue a lo largo del siglo XX que Lima se fue constituyendo como el principal espacio económico y esto se debió a que centralizó la producción manufacturera, el mercado financiero y el comercio. En 1970 Lima producía las 3/4 partes de los bienes industriales y empleaba las 2/3 partes de los trabajadores industriales del país (Zapata 1996).

No obstante, como se adelantó, Lima no podía absorber a la totalidad de migrantes en edad de trabajar. La salida que encontraron quienes no podían acceder a un puesto en las fábricas de la avenida Argentina y Colonial o en las empresas comerciales de la ciudad, fue incursionar en la venta al menudeo o en la producción artesanal. Esto fue un cambio y adaptación significativos si tenemos en cuenta que buena parte de los migrantes eran campesinos y debieron de aprender el oficio “en la marcha”. Parte de la producción de los “talleres artesanales” estaba dirigida al consumo de los propios migrantes que vivían en las barriadas y no podían pagar los precios de la industria nacional o extranjera. En la década de los sesenta y setenta los “talleristas artesanales” que producían la diversidad de bienes que se vendían en mercadillos y de manera ambulante eran ex trabajadores de las fábricas y empresas que luego de aprender los procesos y técnicas de producción vieron la oportunidad de independizarse o no les quedó otra alternativa frente al despido. Estaban también los artesanos tradicionales de Lima que reclutaban migrantes que luego de

aprender el oficio abrían su propio taller. Estos migrantes representaban en los ochenta el 72.4% de los trabajadores en el comercio, el 62.5% en la industria y el 67.5% en servicios (Grompone 1991). El mundo de la economía informal (que es también el de la micro y pequeña empresa) era y es bastante diverso: construcción, mecánica de autos, carpintería metálica, confección textil, tapicería, etc. A fines de los ochenta el 44% de la población económicamente activa de Lima Norte y Sur trabajaba en la misma zona en la que residía, configurándose algunas zonas como polos de actividad informal.

La parte más vistosa de esta economía fueron los vendedores ambulantes pero detrás de ellos existe una gama de productores de diversos bienes con una gran capacidad para innovar e imitar la producción de la industria formal a bajo precio. En la década de los ochenta la informalidad, particularmente la venta ambulatoria, creció enormemente. Las organizaciones que agrupaban a los diversos segmentos de la informalidad (productores de ropa, de calzado, vendedores ambulantes, etc.) no llegaron a vincularse plenamente con los movimientos sociales existentes en los ochenta. En los noventa estas organizaciones se revitalizaron temporalmente, en el contexto del ordenamiento del comercio informal, para adquirir y administrar predios donde se establecieron pequeñas ferias y galerías comerciales. Ahora bien, este crecimiento de las micro y pequeña empresa vinculada a la economía informal se debió, en algunos casos, a la dura recesión económica que se vivió en los ochenta y el ajuste a inicios de los noventa y, en otros, al desarrollo de una estrategia migratoria que suponía una suerte de reconversión laboral del campo a la ciudad en un complejo proceso que Degregori (2013) describió como el paso “Del mito de Inkari al mito del progreso”. Con estos términos se buscó describir un complejo proceso de modernización, impulsado por la búsqueda de mejoras en la calidad de vida, donde la búsqueda de integración activó diversos mecanismos de movilización social que a su vez han generado cambios en lo social y cultural. Para algunos la actividad económica independiente fue y es un refugio casi exclusivamente de sobrevivencia ante el desempleo (Grompone, 1991) y para otros (Degregori, 2013; Villarán 1998; Arellano, 2003), si bien esta lucha está presente, se tiene que tomar en cuenta que también hay un componente cultural, psicosocial donde la lucha por el éxito, el progreso, está presente. Es cierto que no todos se consolidan como empresarios pero eso no necesariamente se contradice que la búsqueda de un mejor bienestar. Esta cultura de progreso vinculada a la migración es descrita por Jorge Parodi en “Ser obrero es algo relativo” (Parodi, 1986). La actividad laboral de la misma persona, sobre todo en los ochenta, era oscilante y su identidad se iba construyendo en uno y otro escenario. Durante algunas temporadas se podía ser obrero industrial, y hasta dirigente de sindicato, y en otras se realizaba alguna actividad independiente en el mundo de los servicios o el comercio. La recesión inclusive hizo que numerosas empresas formales pasaran a la informalidad o emplearan más intensivamente a los informales para producir componentes de sus bienes finales o comercializar sus importaciones. En ese contexto, Parodi observa como el discurso de los “obreros” limeños revelaba la búsqueda de una estabilidad esquivada mientras que los de origen provinciano veían este proceso como parte de un proyecto mayor de desarrollo y progreso. En la lucha por la estabilidad o el progreso, la formalidad no era un tema de agenda de nadie. Toledo (1991) hizo popular la imagen de un sector “amortiguador” de

la crisis. Las fronteras de las empresas formales con las informales son bastante flexibles; en realidad los vasos comunicantes entre la economía formal y la informal son un rasgo significativo de la sociedad peruana.

Son muchas las empresas formales que tienen, indebidamente, a parte de su personal con pagos fuera de planilla. Estimaciones hechas en el 2010 (González, 2010) consideraban que solo una quinta parte de los trabajadores en Lima estaban en planilla. Muchos de ellos son personas que se dedican al comercio o servicios de manera unipersonal o a través de micro y pequeñas empresas. En el 2010, se estimaba que el sector de las micro y pequeñas empresas representaba más del 98% del total de empresas de Perú e incorporaba al 88% de la PEA (Población Económicamente Activa) nacional donde el 75% eran actividades informales (Matute et al, 2010). Para el mismo año, según el Instituto Nacional de Estadísticas (INEI <http://www.inei.gob.pe/estadisticas/indice-tematico/ocupacion-y-vivienda>) en Lima, el 69% de la PEA trabajaba en empresas de 1 a 50 trabajadores (58% en empresas de uno a diez trabajadores). El 75% de la PEA en Lima estaba en el sector comercio o servicios. No solo es relativo ser obrero sino que la forma de ganarse la vida puede variar con mucha frecuencia entre las personas que trabajan en estos sectores. La frase “mil oficios”, que en su momento fue el título de una telenovela de gran éxito, es casi un signo de identidad laboral en el mundo popular. Al igual que en Perú, en Lima este tamaño de empresas y sectores se caracterizan por un alto nivel de informalidad.

La informalidad fue vista como un caso típico de las economías subdesarrolladas. Los intelectuales y académicos vinculados a posiciones de izquierda trataron de buscar elementos potencialmente proclives al cambio social. Por ejemplo, Quijano (1998), quien prefiere el término de “polo marginal de la economía”, vinculó el sector informal con el mundo social de los pobres en el sentido que junto a dichas actividades económicas existen un conjunto de organizaciones sociales y vecinales que se caracterizan por sus formas de autogobierno, autónomas de las instituciones oficiales y con intereses contrapuestos con el Estado y la sociedad formal. Quijano veía en este mundo marginal-popular el espacio desde el cual podía emerger una “economía alternativa” y un movimiento social que transformara la sociedad capitalista. Sin embargo, las organizaciones de comerciantes y productores informales se vincularon, cuando lo hicieron, de modo débil con los movimientos sociales y los partidos de izquierda. Si bien en los ochenta los informales podían ser percibidos como próximos a los movimientos sociales en los noventa se colocaron en la órbita de los partidos independientes, del fujimorismo y de las políticas de promoción de las pymes. Un segundo enfoque desde la izquierda y el progresismo fue entender al sector informal como un “ejército de reserva” o “masa marginal” de las economías periféricas del capitalismo. Aquí la informalidad (o la “masa marginal”) se asume como señal de la crisis del capitalismo en el sentido que éste no solo no puede englobar a sectores importantes de la población del Tercer Mundo sino que es el propio sistema el que produce esta “masa marginal” ahondando sus contradicciones internas. De acuerdo con Nun (1969), este fenómeno muestra que la capacidad expansiva del capitalismo llegó a su límite y de manera muy particular en

América Latina donde la “economía marginal” concentra un número de trabajadores mayor que la economía formal.

Hernando de Soto, desde posiciones de la derecha liberal, fue quien desarrolló una visión optimista de la informalidad, en el sentido que percibió en ella una dinámica emprendedora y asociada al desarrollo de un “capitalismo popular”. De acuerdo con De Soto (1986), este sector podía convertirse en motor de desarrollo si el Estado llevara a cabo una política de reducción de los costos administrativos para la creación de empresas y de formalización de la propiedad inmueble de los migrantes mediante la titulación de sus viviendas y su inscripción en los registros públicos. Esto permitiría acceder al mercado de créditos (vía las hipotecas) y reinvertir en sus negocios dinamizando sus actividades económicas y la economía en general. De Soto inició una corriente de reflexión que ha tenido un gran impacto internacional y se tradujo rápidamente en políticas públicas de apoyo a la formalización y al desarrollo de la pequeña y mediana empresa. El sector informal dejó de pensarse como un problema para empezar a verse como un potencial de desarrollo generado desde el mundo de los pobres y que debía ser acompañado por el Estado. Así, contrariamente a Quijano o Nun, De Soto argumentó que estos informales podían conferir al capitalismo de bases populares y más democráticas, a condición de que se implementaran políticas de Estado que las incorporaran a la legalidad, les facilitaran créditos y ayuda técnica para consolidar a este pujante sector como una fuerza económica.

El auge del emporio comercial de Gamarra en La Victoria y del Parque Industrial en Villa El Salvador en los noventa fueron ejemplos de casos exitosos de la pequeña y mediana empresa. El caso de Gamarra es muy particular pues se trata de un cluster que reunía en 2001 a 17 mil empresarios alrededor del rubro de confecciones quienes cubrían el 60% del mercado nacional (De Althaus 2007). El origen migrante de estos empresarios y su carácter informal suelen ponerse como ejemplo de la potencialidad de estos pequeños empresarios. En el caso del parque industrial de Villa El Salvador se trata de un cluster que nació en una ex barriada y contó con el apoyo del gobierno local y nacional para su despegue. Aquí se suele destacar la capacidad de asociación como un activo clave para el éxito de estos empresarios provincianos (Távora 1994). Otros casos importantes son el “cluster informático de Wilson” en el centro de Lima y el “cluster metalmecánico de Infantas” en San Martín de Porres. El primero destaca porque se trata de ensamblaje de computadoras y venta de software, es decir, se trataría de una incursión exitosa de los informales provincianos en los negocios vinculados a la era de información; en el 2005 estos empresarios llegaron a facturar casi de 90 millones de dólares. En el caso del segundo se trata de productores de insumos y equipos industriales que proveen a las empresas mineras y de servicios de electricidad; en el 2006 estos empresarios facturaron más de 200 millones de soles. Un último caso que llamó la atención en los últimos años fue el del Grupo Unicachi que destaca porque se trataría de la transformación de pequeños empresarios en una corporación compleja con inversiones principalmente en el rubro de mercados de abasto, centros comerciales e inversiones inmobiliarias. Este caso es bastante significativo pues se trata de familias aymaras de Puno que se asociaron a partir

del paisanaje y que en su desarrollo empresarial juega un factor importante la valoración de su identidad cultural puneña puesta de manifiesta a través del “Centro cultural Unicachi” y de las numerosas presentaciones artísticas que realizan (La Cruz 2010).

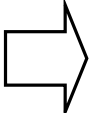
Todo lo anterior ha llevado a señalar que entre estos sectores informales se está formando una “nueva clase media emergente” que viene transformando la sociedad y la economía. Para contextualizar esta discusión es importante describir cómo se ha venido estratificando a la población en términos socioeconómicos.

La Asociación Peruana de Empresas de Investigación de Mercados (APEIM) cuenta con una fórmula para el cálculo del nivel socioeconómico en nuestro país, la cual recoge el bienestar material de cada entrevistado (www.apeim.com.pe). Las variables que se utilizan en la medición del nivel socioeconómico (en adelante, NSE) son:

- Nivel educativo alcanzado por el jefe del hogar.
- Sistema de salud al que está afiliado el jefe de hogar.
- Material predominante en los pisos de la vivienda.
- Material predominante de las paredes exteriores de la vivienda.
- Conexión del baño.
- Equipamiento del hogar:
 - Computadora
 - Refrigeradora / Congeladora
 - Lavadora
 - Horno Microondas
- Bienes o servicios:
 - Auto o camioneta de uso particular (no taxi ni auto de empresa)
 - Servicio doméstico pagado (que vaya por lo menos 1 vez por semana)

De esta manera, a partir de la sumatoria de los puntajes obtenidos en cada una de estas variables, se obtiene un indicador general con el cual es posible determinar el nivel socioeconómico, dependiendo del rango en el cual este se ubique. A mayor puntaje, mayor será nivel socioeconómico.

$$NSE = NivelEduJH + ServDomes + Paredes + Pisos + NBienes + Bano + Auto + SaludJH$$

N1			.12 puntos o menos	NSE E	8	.De 29 a 33 puntos	NSE B2	4
N2			.De 13 a 19 puntos	NSE D	7	.De 34 a 39 puntos	NSE B1	3
N3			.De 20 a 22 puntos	NSE C2	6	.De 40 a 47 puntos	NSE A2	2
N4			.De 23 a 28 puntos	NSE C1	5	.48 puntos a más	NSE A1	1
N5								
N6								
N7								
Total								

Las nomenclaturas utilizadas (A, B, C, D, E) tienen connotaciones ordinales. Si bien no hay un consenso explícito sobre los nombres de cada estrato, se puede considerar que el NSE A (A1/ A2) corresponde al sector “Alto”, el NSE B (B1/B2) es el sector “Medio tradicional”, el NSE C (C1/C2) puede considerarse un sector “Medio emergente”, el NSE D reúne al sector “Bajo” y finalmente el NSE E a la llamada “Muy bajo”. Actualmente, la distribución de niveles socioeconómicos por hogares en la ciudad de Lima Metropolitana es la siguiente: NSE A (4.9%), NSE B (18.8%), NSE C (40.7%), NSE D (26.2%) y NSE E (9.4%). A continuación se presenta un cuadro resumen con los datos proporcionados por APEIM (2014).

Gráf. 18. Estructura de los niveles socioeconómicos en Lima (2014)

NSE	PORCENTAJE
A (Alto)	4.9%
B (Medio tradicional)	18.8%
C (Medio Emergente)	40.7%
D (Bajo)	26.2%
E (Muy bajo)	9.4%

Este nivel medio emergente, ubicado principalmente en Lima Norte y Este, se caracterizaría por su actitud emprendedora y su gran capacidad de consumo evidenciado en el éxito de los megacentros comerciales (Arellano 2003). Sin embargo, para otros autores debajo de los casos exitosos de Gamarra, Wilson y Villa El Salvador se escondería una realidad más compleja y dura. Así, por ejemplo, Torres (2014) señala que de las más de siete millones de unidades productivas del país el 98% operan en actividades de baja productividad y solo permiten ganar entre 25 y 75 soles diarios para una o dos personas. Es decir, la gran mayoría de estas pequeñas empresas apenas permiten la sobrevivencia de familias por encima de la línea de la pobreza extrema. De otro lado, a pesar de los años de crecimiento espectacular que vive el país, de la expansión del microcrédito de la banca privada y de las políticas de fomento de la pequeña empresa, los empresarios informales están lejos de convertirse a la formalidad pues parece que su principal activo sigue siendo lo reducido de sus costos laborales: el exceso de las ocho horas de trabajo, la carencia de seguro médico, estabilidad laboral, régimen de pensiones y otros derechos de los trabajadores de la economía formal. Grompone (1991) señala que se trata de explotación encubierta. Otros señalan que la informalidad es funcional a la economía formal en el sentido que empuja los salarios a la baja y que las mercancías que produce permiten la reproducción a bajo costo de los trabajadores, lo cual es una transferencia indirecta de valor de la informalidad a la economía formal (Tokman 1991). Así, el sector de la economía informal aparece consolidado gracias a las políticas de fomento de la pequeña empresa, a las oportunidades que ofrece una economía en crecimiento y las condiciones

del mercado laboral. Es decir, la informalidad está lejos de disminuir y constituye una característica de la sociedad peruana actual, particularmente de Lima que aporta poco menos que la mitad del PBI y donde solo el 21% de los trabajadores está en planilla y el 63% es trabajador independiente (González 2010).

Ahora bien, un sector informal de estas dimensiones tiene efectos más allá de la economía. Por ejemplo, la transgresión de las normas y de la autoridad es bastante cotidiano en el mundo informal: ocupación de espacios públicos, evasión tributaria, etc. Esta cultura de la transgresión se puede ilustrar con el sistema de transporte donde los choferes de las “combis” y taxis no solo provocan desorden y accidentes cotidianos, sino que extienden la corrupción a pequeña escala a la policía de tránsito y alimentan el mercado negro de autopartes. En el contexto de debilidad de las instituciones públicas, este sector informal muestra una gran capacidad de resistencia como lo pone de manifiesto las dificultades que enfrentó la alcaldesa Susana Villarán para reordenar el transporte público (donde lo que prima es el transporte privado, en su mayoría informal) o el Mercado Mayorista. En cuanto a la esfera de la política se observan problemas para representar el mundo de la informalidad debido a las dificultades del sector informal para agregar intereses en un contexto de atomización social como por la propia naturaleza de las demandas del sector informal que se concentra en el rechazo del cumplimiento de las normas (Cotler 2014). A lo anterior debe añadirse el traslado de lo “informal” a un sistema político ya bastante precario. Aquí interesa destacar dos cuestiones. Por un lado, el protagonismo que adquieren actores del mundo informal que incursionan en la política local, particularmente en los distritos populares y en las regiones del interior. En una situación de debilitamiento de los partidos políticos estos actores aparecen con un importante capital económico y social que pueden canalizar a la política. Empresarios, comerciantes, profesionales locales suelen contar con redes, prestigio y recursos que los ponen en posición expectante en las elecciones del ámbito municipal. Por otro lado, el deterioro de las instituciones políticas debido a que estos actores suelen imprimir a sus gestiones un carácter personalista, clientelar y de favoritismo a las empresas asociadas a su red política. Vamos a retomar este tema en la siguiente sección.

2.3. La transformación cultural en Lima

Como se dijo, la presencia masiva de provincianos y la reproducción de sus prácticas culturales llevaron a algunos autores a plantear la “andinización” o “ruralización” de Lima, en el sentido que la música, la gastronomía, las fiestas y otras manifestaciones culturales empezaron a destacar en los medios de comunicación, los espacios públicos e incluso a ganar reconocimiento oficial, desplazando de su lugar central a la denominada cultura criolla del valse y la jarana. Este proceso correspondió principalmente a las primeras generaciones de migrantes cuando los artistas y músicos de provincia encontraron en los coliseos deportivos y “clubes provincianos” un público que demandaba de presentaciones y espectáculos de artistas andinos. Teófilo Altamirano (1984) señala que estos clubes provincianos impiden que los migrantes rompan sus lazos con la sociedad rural y sus pueblos de origen. Por el contrario, observa que ellos aparecen

como la prolongación de la vida social y cultural de la cultura provinciana en la capital: funcionan como redes efectivas para proveer a los migrantes de productos agrícolas, artesanías, bandas de músicos y otros elementos culturales de sus lugares de origen. A través de estas instituciones la cultura andina estaría instalándose y conquistando la ciudad.

Así, por ejemplo, el que a mediados de los sesenta el disco más vendido en Perú fuera el huayno “Río Mantaro” y pocos años después lo fuera “Ayrapito” daban cuenta de la importancia que la cultura andina había adquirido en la capital. Si bien en los medios de comunicación estos cambios todavía no se expresaban a plenitud, Lima se convirtió en la ciudad con el mayor número de intérpretes andinos (Degregori 1981). Los artistas que se convirtieron en fenómenos de masa como el “Picaflor de los andes”, uno de los máximos intérpretes del huayno en los sesenta y setenta, fueron aclamados en coliseos y carpas de circo antes que en la radio o la televisión. Cabe señalar que diversas canciones que ganaron popularidad nacional tenían un origen local y regional (pueblo, distrito capital o provincia) pero gracias a la industria cultural trascendieron sus referentes locales y regionales para ser consumidos y celebrados por el público de las distintas regiones del país. En tal sentido, es posible afirmar que la cultura local y regional andina adquirió una dimensión nacional.

Sin embargo, no se trataba de la simple reproducción de la cultura andina o de la “ruralización” de las ciudades. La cultura del migrante experimentó diversas transformaciones observadas, entre otros, por José María Arguedas (1998) quien llamaba la atención sobre la incorporación de instrumentos “foráneos”, como el saxofón, a las bandas de músicos andinos. En todo caso, en los ochenta se popularizó entre los hijos de los migrantes un nuevo género musical: la “chicha”, que combinaba elementos de la música andina y de la cumbia tropical. Si bien el huayno puede entenderse como una “reproducción” de la cultura andina en un medio urbano, la “chicha” fue una creación de los procesos de cambio y convergencia sociocultural en Lima. Algunos autores asociaron este fenómeno musical con la emergencia de la cultura chola en el sentido que expresaba el nacimiento de un género musical de síntesis de lo andino con elementos de la costa. De otro lado, la “chicha” debe entenderse como un típico fenómeno urbano y de la cultura de masas. El ícono de este nuevo género fue el cantante “Chacalón” (nombre artístico de Lorenzo Palacios Quispe) quien adquirió rasgos míticos al morir a temprana edad. A diferencia del huayno, los cantantes de “chicha” tuvieron más llegada a la radio y la televisión, aunque continuaron con los conciertos en la “carpa Grau” y en diversos locales (“chichódromos”) de La Victoria, El Agustino y otros distritos populares. Los grupos de “chicha” se adaptaron mejor a la industria cultural, en el sentido que incorporaron la guitarra eléctrica, las coreografías y las bailarinas como un paquete de espectáculo para el consumo masivo. Degregori (1981) señala que el ascenso de los grupos chicha a los medios de comunicación tuvo un efecto democratizador pues espacios antes “vedados” comenzaron a tener presencia de lo andino-popular.

El consumo del huayno no desapareció pero el de la “chicha”, y en los noventa el de la “tecnocumbia”, se fueron imponiendo como los predominantes en el mundo popular limeño. En el caso de la tecnocumbia, como anota Bailón (2004) tuvo la particularidad de penetrar los sectores medios y altos, algo que no había podido lograr la chicha. Esta aceptación se facilitó por el carácter internacional de la tecnocumbia, particularmente de los grupos mexicanos y argentinos que solían realizar presentaciones en Perú. En el ámbito nacional se considera a Rossy War la iniciadora de este género musical y su figura fue bastante controversial por su vinculación con el gobierno de Fujimori (era la cantante que siempre acompañaba o hacía de telonera en los mítines). Como en el caso de la “chicha”, la “tecnocumbia” es un espectáculo masivo y se realiza en lugares amplios donde el público pueda bailar y consumir cerveza (este último es un elemento clave en el negocio del espectáculo). El huayno, la chicha y la tecnocumbia fueron fenómenos masivos no solo porque movilizaban a grandes colectivos en sus presentaciones, sino también porque surgieron numerosos grupos musicales y porque en su popularidad jugó un papel fundamental los medios de comunicación. Paralelamente al desarrollo de estos géneros musicales, se difundían géneros transnacionales (rock, salsa, baladas, etc.) con un gran impacto entre los jóvenes, pero, a excepción de algunos grupos que visitan el país, básicamente se consumen mediante la radio y la televisión. El rock, por ejemplo, no llegó a ser un fenómeno de masas pese a contar con algunos grupos populares en la clase media y en los sectores populares; en este último el grupo emblemático fue “Los Mojarras”, surgido en un barrio de El Agustino. Otros géneros musicales como la salsa y el merengue tampoco llegaron a desarrollar la cantidad de agrupaciones que la convirtieran en un espectáculo de masas.

Esta diversidad y combinación del consumo de géneros musicales indican la coexistencia de múltiples identidades y sensibilidades culturales. Así, la tendencia a la “cholidización” cultural observada por Aníbal Quijano (1980) (en el que el cholo representaba la síntesis de la cultura andina y la criollo-urbana) no se consolidó y más bien estamos en una situación de emergencia de la diversidad cultural. En un mismo núcleo familiar, por ejemplo, conviven dos o tres generaciones con sus particulares preferencias culturales y musicales. En el mundo popular la aceptación y experimentación de varios géneros musicales viene siendo algo cotidiano. Wilfredo Hurtado (1997) ha mostrado que en las fiestas familiares de los barrios populares se puede empezar bailando cumbia y salsa, y cerrar la reunión con huayno y otros ritmos andinos. Los propios grupos musicales y orquestas populares ejecutan diversos géneros para complacer a un público que saben diverso. Lo mismo está ocurriendo con artistas peruanos con renombre internacional como Gianmarco y Eva Ayllón que pueden cantar ellos mismos varios géneros musicales o invitar a sus presentaciones a artistas de otros géneros para tener un impacto en la diversidad del público limeño.

Ahora bien, la tendencia predominante de los géneros de música popular está relacionada con las preferencias juveniles. Son los jóvenes quienes colocaron a la chicha como el fenómeno musical de los ochenta y son ellos los que colocaron a la tecnocumbia como el género de los noventa. Cabe señalar que hasta la década de los ochenta esta diversidad

era experimentada conflictivamente pues desde los sectores criollos y de clases media y alta estas expresiones culturales eran percibidas como “cultura baja”. Sin embargo, esto empezó a cambiar en los noventa como consecuencia de la globalización que activó dos procesos contradictorios: la expansión de valores culturales cosmopolitas y, al mismo tiempo, la valoración de lo local y de la experiencia de vida de lo específico (Borja y Castells 1998). De este modo, los discursos y conductas de discriminación basadas en las preferencias culturales vienen disminuyendo, por lo menos en sus expresiones públicas, y va ganando posicionamiento un discurso que reivindica lo diverso y lo local-regional. Esto no quiere decir que las conductas excluyentes hayan desaparecido sino que tienden a expresarse bajo criterios clasistas y educativos, antes que bajo criterios culturales. Esta valoración de la diversidad cultural se ha convertido en discurso oficial y ha penetrado en los medios de comunicación en los cuales es común observar la promoción turística de las particularidades regionales de la gastronomía, las fiestas, costumbres, etc.

Desde el lado del consumo y el mercadeo, Rolando Arellano (2003, 2010) ha planteado que, equivocadamente, se ha visto a los sectores populares de una manera paternalista y llena de prejuicios. Durante mucho tiempo se creyó que era un mercado que solo estaba concentrado en el precio de las cosas. Sus estudios, basados en el concepto de Estilos de Vida, buscan demostrar que en los llamados distritos populares pueden existir personas Conservadoras o Austeras pero también Progresistas, Modernas o Sofisticadas que, más allá de su situación socioeconómica, tienen hábitos y expectativas de consumo, desarrollo y crecimiento personal que se observan en sociedades o sectores más desarrollados económicamente. Habla de un “emprendedurismo popular”, presente en grupos de migrantes de primera y segunda generación, que aspira a tener una calidad o estilo de vida igual o semejante a la de sectores altos y medios. Este nuevo patrón se habría apoyado en el crecimiento económico de los últimos años y se habría expresado en el acceso (de manera privada), a mejoras en la vivienda, vestimenta, vehículos, desarrollo de centros comerciales en “zonas populares” así como un crecimiento de la oferta de servicios de salud y educación en los antes denominados “barrios periféricos”.

Años antes, Carlos Iván Degregori (2013), mencionaba como el proceso migratorio se había desarrollado como parte de una estrategia de progreso, como la de cualquier migrante de un país a otro, donde la tradiciones culturales andinas y/o provincianas (más colectivas) se habían redefinido en un contexto de estrategias personales/familiares (para él la migración es el tejido de una red campo-ciudad) imbuidas de lo que llamó “un espíritu pionero”. Mostró una distancia crítica de una mirada que describió como una “visión romántica” de lo popular donde la “...cultura presente no sería el producto de un conjunto de transformaciones, de contradicciones, de luchas, de un devenir histórico; sino que sería más bien algo incambiable a través de los milenios”. Para Degregori, todo el proceso migratorio estaría acompañado de una dinámica de individuación que no implicaría necesariamente la ruptura de lazos colectivos o comunitarios sino una reinterpretación o reutilización de los mismos. Se caracteriza por una lucha por la conquista del futuro y del progreso. En ese sentido, el acceso a una mejor educación, desarrollar un negocio o conseguir un empleo “estable” son demandas de desarrollo e

integración. Hay un proceso de aculturación (sobre todo en la lengua y la vestimenta) pero a la vez un cambio de su entorno urbano al incluir diversas prácticas y costumbres tradicionales que se vean recreando en el mundo urbano y en interacción con los nuevos vecinos (“yo no soy serrana y bailo huaynos, los de la sierra comen comida del norte”, Degregori et. al. 1986).

Lo que en realidad se ha dado con los grandes procesos migratorios y con los grandes movimientos sociales en general en nuestro país, es una muy creativa articulación, combinación, mezcla —o como quiera llamársele de tradición y modernidad, de colectivismo e individualismo. Creo que es importante enfatizarlo para no seguir cometiendo errores. Porque también desde el punto de vista de la izquierda y también, creo yo, desde el punto de vista cristiano, se ha puesto o se pone todavía mucho énfasis en lo colectivo y en lo comunitario, subestimando o ignorando los impulsos y las legítimas aspiraciones individuales de las poblaciones andinas. Es decir, procesos de individuación en los Andes tienen ya siglos. (Degregori, 2013, p. 300)

Degregori señala diversos matices de interés para nuestro estudio. Por un lado, como ya lo indicó Parodi (1986), la lógica del progreso del migrante andino contrasta e interactúa con los patrones de clientelismo criollo existentes en los sectores populares limeños tradicionales. Además, señala que, a diferencia de quienes migraron al extranjero a sociedades en franco desarrollo económico, acá el que migra a Lima se encuentra con una sociedad sin servicios básicos y que cíclicamente pasa por períodos de crisis económica. Estos migrantes que venían de situaciones ya precarias, se enfrentan a realidades también precarias que dejan huellas, las “Cicatrices de la pobreza” (Rodríguez Rabanal, 1998). Por último, muy importante, considera que la fuerza de este mito del progreso, de este afán pionero, generó una dinámica en los años setenta que no necesariamente tiene que ser la de los ochenta y años posteriores. Degregori se refería a los años de violencia política vinculadas al MRTA, Sendero y acciones de las fuerzas armadas (ochentas y noventas). Para él, en los setenta, si dos migrantes llegaban con sus esteras y luego uno de ellos, pasado el tiempo, construía con ladrillos; el otro se veía motivado a hacer lo mismo “En los ochenta esto ya no es posible. Si llegan dos con esteras y después de un par de años uno tiene su casa de ladrillos, el otro va a decir que está metido con la coca, o con el alcalde y se ha robado la plata, o tiene o recibe donaciones” (Degregori, 2013 p. 306). Degregori relacionaba esto con la acción armada pero también se puede ver, a la luz de los años, como un patrón producto del agotamiento y cambios de estrategia en una población que no ve fácilmente su “progreso”. Otra vertiente es tomarlo como la profundización de una cultura de progreso que se desarrolló en un entorno de baja institucionalidad donde la informalidad ya no solo es un asunto de la actividad económica sino que permea y caracteriza la cultura. En los noventa se comenzó a hablar de una “cultura combi” para aludir a una lógica de convivencia donde, de manera semejante a

como hacen estos medios de transporte “público” lo que se privilegia es la búsqueda de la ventaja personal a cualquier costo que además tiene un componente de agresividad y falta de respeto por el otro. Una lógica de confrontación que en lo sociocultural se expresaría en el éxito de programas de concurso como “Esto es guerra” o “Combate”, donde grupos de hombres y mujeres se enfrentan en competencias por equipos y donde lo que impera es la derrota del otro.

Aunque los procesos de cambio cultural están mejor estudiados para los sectores populares es evidente que elementos de la cultura andina y popular también han impactado en las clases medias y altas de Lima. Ciertamente sin la misma intensidad que la que se observa en el mundo popular limeño, la cultura indígena-popular se incorpora al mundo de la clase alta como elemento “exótico” que confiere distinción social y estatus de cosmopolitismo (García Canclini 1993). Así, en una residencia de clase alta es común encontrar al mismo tiempo que pinturas de autores vanguardistas y CDs de música internacional, cerámicas y telas indígenas adornando paredes y aparadores. De otro lado, en la última década el boom de la gastronomía nacional viene concitando una importante identificación de los sectores medios y altos con lo “peruano” entendido en su heterogeneidad regional-cultural. Algunos autores sugieren que finalmente los peruanos estamos generando símbolos de cohesión cultural, aunque ya no basados en una cultura nacional sino en la celebración de lo multicultural. No obstante, esto es bastante precario sin un correlato en las dimensiones materiales. Lima, por ejemplo, carece de espacios públicos que generen encuentro e interacción de sus diversos grupos sociales. Por el contrario, Aranda (2007) señala que debido a los problemas de transporte y de seguridad la población limeña tiende a restringir sus movimientos (de trabajo, estudio, consumo y recreación) a unos pocos distritos, por lo cual la ciudad se experimenta de manera fragmentada y se pierden sus referentes integrales. Esto dificulta la emergencia de sentidos de pertenencia e identificación con la ciudad y se refuerzan los referentes del barrio y del distrito. Así, Lima estaría compuesta por “microciudades” (Centro Histórico, Triángulo Metropolitano, Lima Sur, Lima Norte, Lima Este) que fragmentan las identidades y la vida cotidiana de sus habitantes.

Es decir, tendríamos una situación de desfase: por un lado, una tendencia a valorar y reconocer nuestra diversidad cultural y, por otro, una vida cotidiana marcada todavía por la desigualdad y la exclusión social donde las lógicas de confrontación van ganando terreno.

2.4. La politización de las capas populares en Lima

El otro hecho resaltante del proceso de migración fue la politización de los migrantes de las barriadas. La relación entre el gobierno y las barriadas (mundo urbano popular) tuvo un fuerte carácter clientelar, particularmente durante los períodos de Manuel Odría (1948-1956) y Manuel Prado (1956-1962) quienes las ampararon con reconocimiento legal y algunos servicios, así como brindando asistencia social a cambio de apoyo político (Matos Mar 1977). Un caso ilustrativo es la “Asociación de pobladores 27 de octubre” que luego se convertirá en el distrito de San Martín de Porres. Esta asociación tomó como

nombre la fecha del golpe de Estado de Odría para manifestar su identificación con el gobierno y beneficiarse con el proyecto de construcción de una urbanización popular a edificarse en terrenos baldíos. Estos terrenos estaban en litigio con los propietarios de la hacienda Condevilla y, después de varios años de espera, los miembros de la asociación terminaron por invadirlos en 1953 y levantaron precariamente sus viviendas. La esposa de Odría visitaba el lugar para llevar alimentos y ropa de donación, reforzando la relación clientelar entre el gobierno y los invasores. Este tipo de relación, de acuerdo con Zapata (1996), era facilitada por la baja experiencia política de los migrantes que en su mayoría eran ex campesinos y se conjugaba con la naturaleza de las organizaciones territoriales que, a diferencia de las sindicales con tradición de lucha e influenciadas por el APRA y la izquierda, necesitaban concesiones rápidas del gobierno, particularmente el consentimiento para permanecer en los terrenos ocupados y suspender la represión policial.

El clientelismo predominante bajo Odría y Prado, sin embargo, empezó a cambiar durante el gobierno de Belaunde por la acción de los partidos de izquierda y de numerosas instituciones civiles y religiosas que llegaron a las barriadas para realizar labores educativas, de capacitación de líderes sociales y formación política (Rodríguez et al 1972). Esto fortaleció a las organizaciones vecinales y conectó a los dirigentes con redes institucionales y políticas que se expresó en una reorientación de las formas de acción colectiva que pasaron de clientelares a demandas de derechos. El caso del distrito de San Martín de Porres es también ilustrativo al respecto. El nombre original con el que fue creado por Odría era de “Distrito Obrero Industrial 27 de octubre” pero pocos meses después de la salida del poder de Odría los pobladores lo cambiaron por el nombre actual. Esta variación era señal de cambios mayores en las organizaciones sociales y vecinales del distrito, así como en las relaciones con el Estado. En efecto, el gobierno de Belaunde fue renuente a dotar de servicios básicos y entregar títulos de propiedad a los invasores para desalentar la creación de nuevas barriadas. Belaunde creía más en la política de crear unidades vecinales y edificios de departamentos con apoyo del gobierno. Esto, sin embargo, benefició a los sectores medios y medios bajos, pero no a los pobres que no podían calificar para un crédito hipotecario quedando postergados y sin una política efectiva para adquirir viviendas. Como Belaunde, además, demoraba la entrega de títulos de propiedad, los pobladores de San Martín de Porres organizaron marchas de protesta, entre julio y octubre de 1968, exigiendo al gobierno la entrega de títulos y la realización de obras de electrificación e instalación de agua potable (Zapata 1996). Estas manifestaciones populares marcaron el inicio de la autonomización de las organizaciones vecinales y de las movilizaciones públicas como mecanismos de presión para la satisfacción de sus demandas.

Este cambio de las relaciones entre el gobierno y las barriadas en los ochenta fue analizado por Degregori, Blondet y Lynch (1986) precisamente en San Martín de Porres. Para ellos, los “invasores” se politizaron y experimentaron un proceso de ciudadanización. Las migraciones, siguiendo a estos autores, equivalieron a una especie de “conquista” de Lima que tuvo efectos sobre la consciencia de los migrantes. Estos se

comenzaron a mirar como “colonizadores” o “conquistadores” de los territorios ocupados, así como gestores de la transformación de la ciudad. Los migrantes construyeron organizaciones vecinales y sociales donde desarrollaron prácticas democráticas: elegían sus juntas directivas y dirigentes por voto universal, debatían las agendas y tomaban acuerdos por mayoría; la rotación de las dirigencias hacía que muchos asumieran posiciones de liderazgo, etc. Así, en estas prácticas cotidianas los migrantes estaban construyendo una “identidad popular” y regenerando la democracia desde abajo. Asimismo, en sus movilizaciones por demandas de servicios básicos y sociales, como educación y salud, estos migrantes se estaban asumiendo como ciudadanos, como individuos con derechos que exigen al Estado la universalización de las prestaciones que éste brinda.

Ahora bien, el cambio mayor de estos migrantes fue su vinculación con los partidos políticos, particularmente con el Apra y las izquierdas. Aquí es importante señalar que este proceso tiene que ver con la convergencia entre las formas organizativas de los migrantes y el activismo político-social de los partidos e instituciones públicas y privadas que apoyaban la “participación popular”. Este proceso se intensificó en la época de Velasco cuando a través de una entidad creada por el Estado con el nombre de SINAMOS (Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social) llegaron a las barriadas “ejércitos” de funcionarios y promotores sociales para llevar a cabo los proyectos y programas del gobierno (SINAMOS terminó haciendo las veces de partido político del gobierno). El vínculo entre migrantes y partidos políticos les otorgó una visión de la sociedad y de la política de dimensión nacional. De otro lado, la conversión de segmentos de migrantes en militantes de célula y cuadros políticos, así como la asunción de cargos en los gobiernos locales e incluso en el Congreso fue un cambio importante en la política local-barrial. En efecto, con el retorno a la democracia los partidos de izquierda llevaron a numerosos dirigentes vecinales y populares al gobierno local de sus distritos. En Carabayllo, Ate, San Martín de Porres, Comas y El Agustino ganaron los candidatos de la Izquierda Unida. En Independencia, Villa María del Triunfo, San Juan de Lurigancho y San Juan de Miraflores, la izquierda se presenta dividida y solo obtiene el segundo lugar (Tuesta 1983). En estos distritos numerosos migrantes convertidos en actores políticos llegaron a las concejalías y a puestos administrativos.

La constitución de la Izquierda Unida (IU) como segunda fuerza política fue confirmada en las elecciones de 1983 con la victoria de Alfonso Barrantes de la alcaldía de Lima y de casi todos los distritos populares. Debido a esto se empezó a señalar que los sectores populares estaban adquiriendo una identidad política de izquierda e incluso “clasista”. En todo caso, en los municipios donde la IU ganó se desarrolló una importante política de participación ciudadana que buscaba recolocar a los gobiernos locales en el seno de la sociedad y politizar a las organizaciones sociales y los pobladores que eran convocados a las “comisiones mixtas” y cabildos abiertos. A nivel provincial, Barrantes desarrolló el programa del “vaso de leche” que dio lugar a la formación de “comités” que tendrán gran importancia en el emergente movimiento de mujeres junto a los comedores populares que a fines de los ochenta habrían de ser protagonistas del movimiento social. La victoria de

Barrantes, el ascenso de los movimientos sociales y de la influencia de la izquierda en la política local-barrial llevaron a algunos autores (Ballón 1986) a plantear que estaba emergiendo “un nuevo orden social”, es decir, que se estaba reconstituyendo el Estado desde sus instancias locales y provinciales en el marco de lo nacional-popular y en interacción con los actores del movimiento social.

No obstante, el panorama era demasiado optimista. A fines de los ochenta Lima se vio sacudida por las acciones de Sendero Luminoso (SL) luego de que Abimael Guzmán (el líder del movimiento) lanzara la campaña para alcanzar el “equilibrio estratégico”. En realidad, las acciones subversivas en Lima se intensificaron debido al traslado de cuadros senderistas a Lima porque en el campo estaban siendo derrotados. En esta situación Guzmán emprendió una “fuga hacia adelante” desplegando gran parte de sus fuerzas sobre las ciudades y la capital en un intento de revertir la situación de retroceso (Degregori 2011). Al inicio de los ochenta Guzmán había considerado que la guerra popular se desarrollaría en el campo y en la ciudad tendría un carácter de “complemento”. A fines de los ochenta, sin embargo, las actividades de SL en las ciudades tuvieron un nivel similar o mayor que en el campo. En la estrategia senderista conquistar las barriadas era clave para cercar Lima, particularmente las barriadas como Huaycán que surgían en los bordes de la carretera central por donde llegaba a la capital buena parte de los productos básicos; asimismo, el distrito de Villa El Salvador desde donde podían controlar la Panamericana Sur en un hipotético asalto final al poder. El problema para SL era que en las barriadas y distritos populares existía un conjunto de organizaciones sociales que había surgido para paliar la recesión económica y que estaban influenciadas por los partidos de la izquierda legal. Estas organizaciones y cuadros políticos resistieron la presencia de SL y evitaron que las barriadas cayeran bajo su control. En esta disputa numerosos dirigentes populares y militantes de la izquierda legal fueron asesinados por SL, destacando la muerte de María Elena Moyano y Pascuala Rosado, la primera dirigente de Villa El Salvador y la segunda de Huaycán (Burt 1999). Las acciones de SL y el asesinato de dirigentes populares debilitaron seriamente el tejido social y las bases sociales de los partidos de izquierda, contribuyendo a la crisis de los partidos de los años noventa.

La violencia política, las dificultades de los mismos partidos para fortalecer su institucionalidad, las luchas al interior de la izquierda y la gran crisis económica y política del primer gobierno aprista, llevó a un gran desgaste de los partidos. El gobierno del APRA entre 1985 y 1990 canalizó grandes expectativas pues era el partido más antiguo de Perú, de profundas raíces populares, y era la primera vez que llegaba al poder. El colapso de partidos políticos a inicios de los noventa abrió un escenario en el cual los “movimientos independientes” se convirtieron en los actores protagónicos de la política local. Los sectores populares, que durante los ochenta tenían como un representante importante al APRA y a los partidos de izquierda, ahora se volcaban masivamente hacia personajes desvinculados de la política pero populares por otros motivos. El ascenso de los “independientes” se inició en 1989 con la victoria de Ricardo Belmont a la Alcaldía de Lima (carismático conductor de programas televisivos y radiales, empresario del

sector). Sin embargo, como Belmont no presentó candidatos en los distritos este proceso se consolidó recién en las elecciones de 1993 cuando logró la reelección y los “partidos tradicionales” fueron desplazados por los “independientes”. Adicionalmente la situación social había cambiado: el declive de las organizaciones vecinales y el ascenso temporal de las organizaciones “funcionales” (comedores populares) asociadas a las estrategias de sobrevivencia. El ascenso de los independientes coincidió con la ampliación de presupuesto municipal como consecuencia del DL 776 de diciembre de 1993, iniciándose una época de bonanza en los municipios que empezaron a recibir aumentos significativos del Fondo de Compensación Municipal. Evidentemente esto incentivó la competencia política de los actores locales por el control de estos recursos. En los noventa, entonces, se impusieron las distintas versiones de los movimientos independientes y un sentido común pragmático que abrió espacio en la política a los “tecnócratas”. En el ámbito provincial y local estos tecnócratas eran evaluados y obtenían votos por sus promesas de “eficiencia” antes que por su programa político o su discurso ideológico. Fue significativo que el nombre del movimiento de Ricardo Belmont fue “Obras”, un término que pasó a convertirse en la principal bandera electoral de estos candidatos. En una época en que las identidades políticas de la población casi estaban esfumadas, el éxito de una gestión edil radicaba en el mayor número de obras (la mayoría de cemento) que podían exhibirse.

Alberto Andrade, el candidato que ganó las elecciones a la alcaldía de Lima en 1995 llegaba con el prestigio de una exitosa gestión en Miraflores (distrito residencial en Lima pero que tiene también una zona comercial importante). Para sintonizar con los nuevos tiempos políticos se desvinculó del Partido Popular Cristiano con el que llegó a la alcaldía de Miraflores y formó el Movimiento Somos Lima con el que aterrizó en la municipalidad de Lima. Si bien Andrade era visto como un “independiente” y llevó a cabo una gestión tecnocrática de reordenamiento del comercio ambulatorio y de construcción de obras urbanas, en el contexto de la oposición al fujimorismo asumió un discurso democrático. Su figura fue representativa de las fuerzas de oposición, aunque esto no pudo capitalizarlo completamente a nivel distrital. En efecto, si bien en 1995, en Lima, Alberto Andrade venció al candidato oficialista Jaime Yoshiyama (52% contra 47.9%), Cambio 90 ganó en importantes distritos populares: Ate, Carabayllo, Comas, El Agustino, Independencia, San Juan de Lurigancho, San Juan de Miraflores y Villa María del Triunfo. En 1998 Andrade consolidó su posición política en Lima logrando reelegirse con el 58.7% contra el 32.6% de Vamos Vecino (el movimiento creado por el fujimorismo para las elecciones municipales). Logró ganar en 22 distritos (Vamos Vecino lo hizo en 16) y conquistar municipios que le habían sido adversos: Ate, Comas, San Martín de Porres y Villa María del Triunfo (Vargas 2002). En estas elecciones Andrade varió el nombre de su movimiento a Somos Perú para presentar candidaturas en el resto de provincias y distritos en la perspectiva de participar en las elecciones presidenciales del 2000.

Ahora bien, la mutación política y social de los noventa también significó la aparición de nuevas formas de participación ciudadana. Tanaka (1999) señala que debido al repliegue del activismo de los agentes externos (partidos políticos, agencias del Estado, iglesia y ONG) que permitían la articulación de las organizaciones populares en movimientos

sociales (así como por el repliegue del Estado “distribuidor” e interventor que proveía de bienes públicos para legitimarse), la participación ciudadana aparece en forma de “grupos de interés” en el sentido que no pretenden demandas generales sino específicas como la construcción de una escuela o una posta médica en un barrio carente de ella, el incremento de raciones para los comedores populares, etc. En esta situación el dirigente o líder local se erige como “mediador” o bróker que asume los costos de la gestión de estos intereses a cambio de prestigio social, beneficios extras o subvenciones por la propia población que necesita del “expertise” y de las relaciones de estos actores con las instituciones públicas y de las ONGs. Estos bróker, en un contexto de declive de los “dirigentes ideológicos”, se mueven en un escenario de precariedad institucional pero cumplen con tender relaciones entre sociedad, Estado y política. Así, las relaciones entre el Estado y los sectores populares ya no pasan por las grandes organizaciones y movimientos sociales, aunque éstas no necesariamente carezcan de importancia en algunas coyunturas (Tanaka 1999).

Después de la caída de Alberto Fujimori, el discurso democrático que líderes como Alberto Andrade enarbolaban decayó reforzándose el sentido tecnocrático de la gestión pública. Esto se puso de manifiesto con Luis Castañeda Lossio quien ganó las elecciones realizadas a finales del 2002 (para el período 2003-2006) e impuso una política del “silencio” (Meléndez 2011). Es decir, de baja exposición en los medios de comunicación y llevar a cabo un conjunto de obras de mediana y pequeña escala con las cuales ganar presencia y popularidad en la población (escaleras en los cerros, hospitales de la Solidaridad, parques recreacionales, etc.). Esto le dio grandes resultados que le permitieron estar en la alcaldía de Lima durante dos períodos consecutivos (2003-2006 y 2007-2010). Niveles de aprobación de 80% (Ipsos, 2010) lo llevaron a postular a las elecciones presidenciales del 2011 sin lograr mayor éxito. Le sucedió Susana Villarán, candidata de un frente de centro izquierda, que salió elegida en octubre del 2010 para el período 2011-2014. Inicialmente, quienes lideraban las encuestas eran personas vinculadas al centro o centro derecha (Lourdes Flores, Alex Kuori). Hasta agosto, los sondeos le daban a la candidata de izquierda solo un 9% de intención de voto. Luego de sucesivos problemas y errores de quienes lideraban la contienda, Susana Villarán salió elegida con 38.4% de los votos versus 37.6% de la candidata del Partido Popular Cristiano (PPC). Una vez en la alcaldía, trató de hacer un giro en la política municipal emprendiendo un programa de reformas de largo plazo en el sistema de transporte y levantando un discurso político sobre la gestión de la ciudad: inclusivo, democrático y de reconocimiento de la diversidad (una “Lima para todos”). Buscó tomar distancia de la gestión anterior que centraba su accionar en la ejecución de obras orientadas a ganar el favor popular inmediato. Sin embargo, diversos errores así como una oposición radical acabaron en una brusca caída de su popularidad y su derrota ante Castañeda Lossio en las elecciones de octubre de este año. La importancia dada al discurso político se asoció al descuido de las obras de mediana y pequeña escala (en todo caso, la difusión de lo que se hacía). Se presentó una fuerte oposición de diversos grupos de interés que se sintieron afectados por el retorno de la izquierda al ejercicio del poder (medios de comunicación, entre otros) así como por medidas concretas vinculadas al reordenamiento del transporte

y del mercado de abastos de la ciudad. Adicionalmente, se presentaron problemas en su política de alianzas. Durante parte del 2012 y comienzos del 2013 tuvo que enfrentar un pedido y campaña de revocatoria que finalmente ganó (51.2% versus 48.8%) pero que puso en evidencia no solo la presencia de una importante división en la ciudad sino que tuvo la consecuencia de perder una parte importante de sus concejales. En ese contexto, el retorno del exalcalde parece significar el reforzamiento del discurso tecnocrático y de las formas de hacer políticas basadas en el personalismo y el clientelismo. Como se verá más adelante, una encuesta realizada justo antes de las elecciones por Datum (agosto 2014) indicaba que un 41% votaría por alguien que “robe pero haga obras”. La misma empresa publicó un sondeo en setiembre donde se preguntaba: ¿quién cree que robará, pero hará más obras, de llegar a ser alcalde de Lima? Las respuestas ‘favorecieron’ a Luis Castañeda (Solidaridad Nacional) con 49%.

En efecto, si bien el personalismo y el clientelismo de los noventa disminuyeron en el período pos fujimorista, el hecho que los gobiernos se relacionen con una sociedad fragmentada con la que intercambian servicios y bienes específicos a cambio de respaldo político y social parece ser una forma de hacer política que se ha ido desarrollando y que no va a cambiar en el corto plazo. En el gobierno de Alejandro Toledo la congresista y ministra Doris Sánchez fue quien estableció este tipo de vínculos y organizó la conocida “portátil” de Perú Posible, mientras que en el gobierno de Alan García fue Carlos Arana, director del programa “Agua para todos”, quien organizaba y movilizaba a la población beneficiada por este programa a favor del gobierno. Se podría decir que el retorno del clientelismo y del personalismo es el marco estructural en el que se mueven los actores y sobre el cual se establecen las relaciones entre las autoridades políticas y la ciudadanía. Se puede asumir que la crisis de representación de los partidos lleva a que estas inquietudes se canalicen clientelariamente.

III. Los conceptos de cultura política y su aplicación al contexto peruano

Los estudios sobre cultura política en el país son relativamente recientes (Stokes, 1989; Alarcón, 1991; Vega Centeno, 1994; Macassi, 1994; Chávez, 1998; Murakami, 1999; De la Flor, 2000; Martínez, 2003; Abugattas, 2004; Lauer, 2006; Tanaka, 2007; Carrión, Zárate y Seligson, 2008, 2010, 2012; Portocarrero, Ubilluz y Vich, 2010; Calandria, 2011). Se puede encontrar trabajos que se basan en estudios empíricos así como ensayos; trabajos que abordan el conjunto del país y estudios de casos.

Es probable que el interés académico por este tema esté vinculado a la declinación, entre los llamados “sectores populares”, por apoyar ideologías vinculadas al cambio social, que en su momento se expresaron en un voto por agrupaciones de izquierda en Perú y en Lima. Alrededor del 10% de peruanos apoyó a la izquierda en las elecciones presidenciales de 1980, año en el que Alfonso Barrantes fundó el frente Izquierda Unida (IU) con el fin de congregar en un solo partido a los diferentes grupos izquierdistas. La IU ganó las elecciones municipales de 1983, donde el mismo Barrantes obtuvo el respaldo de más del 30% de limeños. Con este triunfo en Lima, la izquierda peruana alcanzó su pico más alto en la política peruana. Cuando todo hacía prever un futuro exitoso para la alianza, la gestión de Barrantes y su falta de liderazgo, así como las disputas entre los distintos movimientos izquierdistas, lograron que el equilibrio de fuerzas se desintegre lentamente. Con las derrotas de la izquierda en las elecciones presidenciales de 1985 (25% de votos) y municipales de 1986 (35% de votos), el frente se dividió en 1989 y marcó el fin del apogeo de la izquierda en el país. A esto hay que sumarle el crecimiento del respaldo popular a posiciones llamadas “neo populistas” (Crabtree, 1996) que se expresaron en el llamado “fujimorismo” (71% apoyó la disolución del congreso en 1992). Fujimori tuvo niveles de aprobación de alrededor de 60% durante varios años según encuestas de Apoyo, Opinión y Mercado. Esta tendencia se mantuvo especialmente durante su primer gobierno, que culminó con una abrumadora victoria en 1995 frente al entonces ex embajador de la ONU Javier Pérez de Cuellar. Gracias a ese 64% la reelección estuvo asegurada para el período 1995-2000.

Si bien su segundo gobierno no generó mayores cuestionamientos en la población, las encuestas de Apoyo, Opinión y Mercado, al mes de diciembre de 1996, consignaban una aprobación presidencial del 45% pero en abril de 1997 la misma era de 38%, frente a una desaprobación del 47%. El 70% de peruanos exigía la renuncia del entonces asesor del Servicio de Inteligencia Vladimiro Montesinos. Días después, con el rescate de los rehenes en la Embajada de Japón, nuevamente la aprobación presidencial volvió a una cifra auspiciosa (67%). Sin embargo, con el transcurrir de los meses esta fue disminuyendo, manteniéndose entre un 40% y 50% hasta finales de su gobierno. Cifras que daban cuenta de una alta legitimidad por parte de la población: Fujimori era un presidente popular.

Una revisión de los estudios mencionados permite observar que se han realizado pocas investigaciones sobre tipos específicos de cultura política, o sub culturas, en nuestro país. Tampoco hay estudios sobre cultura política en Lima, como conjunto. En este capítulo

se abordarán aquellos que se han desarrollado directamente en Lima (estudios de casos principalmente) o los que presentan resultados a nivel nacional pero son de interés para nuestra investigación.

En esta parte, queremos resaltar lo que Crabtree (2010) destaca, las dificultades para mejorar la legitimidad de la democracia en un país con una gran diversidad cultural que atraviesa toda su geografía y que también está en Lima.

...proyectar ciertos valores culturales que mejoren la legitimidad. La reciente historia del Perú muestra cuán difícil puede ser lograr esto en un país donde muchas culturas o más precisamente, subculturas, coexisten.
(Crabtree, 2010, p. 376)

Perú y sus ciudades, Lima entre ellas, es de una particular heterogeneidad porque su diversidad pasa por una mezcla de diversos tipos. Características étnicas, regionales y sociales se superponen todas a la vez.

Los procesos migratorios han desarrollado culturas híbridas (Crabtree, 2010) donde nuevas formas de liderazgo y cultura política deben emerger. Los procesos de migración ocurridos en los últimos cincuenta años (tanto en Lima como en otras ciudades del país) han creado un crisol cultural donde nuevos sistemas de valores, creencias e identidades emergen. Producto de estos procesos, valores como la competencia e individualismo están tan o más presentes que valores de solidaridad. Igualmente, sostiene Crabtree, los valores y creencias democráticas se han visto debilitados debido a la corrupción e inseguridad social reinante. Diversos estudios muestran resultados que respaldan estas afirmaciones (GfK, mayo 2014). En ese sentido, las instituciones democráticas tienen que encontrar nuevas formas de hacer política tomando en cuenta estas características culturales.

A fin de recobrar legitimidad, políticos y partidos necesitan comprender mejor la topografía política de la tierra donde están cultivando apoyo. Una forma de que estas nuevas preferencias culturales se hagan sentir es a través del desarrollo de nuevas formas de hacer política que retomen la diversidad cultural. (Crabtree, 2010. p. 379)

En buena medida, es ese el sentido de nuestra investigación, tratar de entender esta nueva “topografía política”, para comenzar, en Lima; a fin de ayudar a que los partidos incorporen estas demandas y reconstruyan su relación con la ciudadanía en un contexto de fuerte pérdida de legitimidad así como de crecimiento de agrupaciones vinculadas a la economía ilegal que terminan asumiendo presidencias regionales y alcaldías. En una encuesta de GfK realizada en julio del 2014, un 88% manifestó que “A los partidos sólo les interesan los votos de la gente, no sus opiniones”

Dentro de los estudios sobre cultura política en Perú se han abordado temas como la gobernabilidad, el autoritarismo, el capital social, la legitimidad, el apoyo a los partidos políticos, entre otros. En las siguientes páginas, se hará una presentación de los resultados encontrados con relación a cada una de estas temáticas. Adicionalmente, a fin de ir teniendo referencias para el desarrollo del cuestionario, en cada punto se hace una pequeña revisión de cómo se ha preguntado sobre este tema en estudios locales o realizados en otros países. A fin de organizar la presentación de estos trabajos, se tomará como base el esquema multidimensional de Morán y Benedicto (1995) haciendo adaptaciones pertinentes al caso peruano.

1. El ciudadano como actor

1.1. Creencias, valores sociales y actitudes

a) Los valores

Los valores pueden definirse como las creencias que guían nuestras actitudes y comportamientos. Son relativamente estables en el tiempo y están fuertemente mediados por la cultura en la que nos encontramos insertos. Puede decirse que ante una necesidad o la toma de una decisión, nuestros valores ejercen influencia en la forma en la que percibimos y en los criterios que utilizamos para adoptar una posición.

GfK Roper Reports Worldwide es una propuesta interesante de medición de los valores a nivel mundial. Realizada desde 1997 en 25 países representativos de los cinco continentes, cuenta con un amplio soporte y ha resultado especialmente útil en la apreciación de las tendencias de los consumidores y ciudadanos de diferentes naciones.

Este modelo contempla un bloque conocido como el ValueScope en donde se evalúan 54 valores según su nivel de importancia en una escala del 1 al 7, en donde 1 significa que el valor no es importante y 7 que es un aspecto fundamental para el entrevistado. De esta manera, es posible asignarlo a un determinado grupo de personas, según las orientaciones que predominen en su forma de ver el mundo. Los siete segmentos propuestos por GfK Roper son: Orientado al Éxito, Tradicional, Austero, Social Racional, Hedonista, Autónomo y Protector. ¿Y qué valores se agrupan en cada segmento?

1. **Orientado al Éxito:** Priorizan aspectos como la búsqueda de reconocimiento y mejora del estatus social. La mejora en el bienestar material y el consumo tiene relevancia, hay una preocupación por verse bien. Está orientado a buscar logros y privilegia los intereses individuales sobre los colectivos.
2. **Tradicional:** Fieles seguidores de las tradiciones, como los roles de género y las creencias religiosas. Altamente conservadores. Más nacionalistas.
3. **Austero:** Orientados al ahorro y al trabajo duro. Tienen una vida sencilla y se caracterizan por su modestia, no les gusta aparentar. El esfuerzo de hoy está orientado a los hijos o a la búsqueda de una seguridad futura.
4. **Social Racional:** Los guían principios como la tolerancia y la igualdad, consideran que la vida es un aprendizaje continuo y que lo mejor es vivir con

apertura mental. Muestran preocupación por el medio ambiente y el entorno en general

5. **Hedonista:** Muy ligados a la emoción y a las experiencias estimulantes. Disfrutan la vida y viven el presente, quieren divertirse y sentirse jóvenes.
6. **Autónomo:** Buscan libertad e independencia. Priorizan temas como la autenticidad con uno mismo y la honestidad. Son personas más tolerantes.
7. **Protector:** Se enfocan en la estabilidad de las relaciones, proteger a la familia y la amistad. Orientado a las relaciones sociales y grupales.

Esta tipología ha sido replicada por GfK Perú en nuestro país durante el 2012, con resultados bastante interesantes. Se desarrolló un estudio en una muestra de 2400 entrevistados, distribuida en las 11 principales ciudades de Perú (Lima Metropolitana, Sierra Sur, Sierra Centro, Costa Norte y Oriente) entre personas de NSE A, B, C y D de 15 a más años. A continuación, se destacarán principalmente los resultados obtenidos en la ciudad de Lima, por tratarse de una investigación similar a la actual.

Se encontró que en Lima el 39% forma parte del grupo Orientado al Éxito, mientras que un 24% se tipificó como Tradicional y un 13% como Austero. Solo estos tres grupos representan al 76% de los limeños. El 24% restante está compuesto por los segmentos Social Racional (10%), Hedonista (7%), Autónomo (5%) y Protector (2%).

Gráf. 19. Segmentación de valores en los peruanos (GfK 2012)

	Total Lima	Nivel socioeconómico			Edad		
		NSE A/B	NSE C	NSE D	15-29 años	30-49 años	50 a más
Orientado al éxito	39%	38%	41%	39 %	46%	37%	33%
Tradicional	24%	21%	28%	21%	19%	25%	30%
Austero	13%	11%	10%	17%	11%	13%	15%
Social racional	10%	11%	8%	11%	9%	11%	9%
Hedonista	7%	12%	7%	5%	10%	5%	6%
Autónomo	5%	5%	4%	6%	4%	6%	5%
Protector	2%	2%	2%	2%	1%	3%	3%
Total	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%

Fuente: GfK Perú 2012

Si se toma en cuenta que los dos segmentos donde hay mayor predominio de valores individualistas son el Orientado al Éxito y Hedonistas, se tiene que en el 46% priman valores individualistas y en un 39% valores más orientados a lo colectivo (Tradicional, Austero y Protector). En ese sentido, estamos hablando de una Lima relativamente dividida. Por un lado, ciudadanos que sienten que tienen que luchar para lograr una mejora de su estatus social y material. Que se preocupan mucho por su imagen y por diferenciarse del resto. Personas que le dan bastante importancia a la obtención de bienes materiales por ser el símbolo de su estatus social, lo que les permite situarse por encima

de los demás. Es por ello que también son altamente influenciados por las opiniones del resto (el qué dirán). Por otro lado, está un sector más conservador, donde las tradiciones son muy importantes, que valora el trabajo esforzado y que le preocupa más cómo quedarán sus hijos o su familia que el beneficio personal. Son personas que no gustan de mostrar o exhibir sus logros y que optan por “perfil bajo”. Sin embargo debe destacarse que esta descripción general varía relativamente cuando se visualizan cortes por nivel socioeconómico y edad.

En esa línea, es interesante notar por ejemplo que, los Orientados al Éxito conforman el grupo más grande de limeños y que junto con el segmento Hedonista son los que tienen más presencia entre las personas de menos de 30 años. Es decir, las nuevas generaciones se encuentran en una mayor búsqueda de emociones placenteras que le permitan una mejor calidad de vida en el presente. Es por ello que también en este grupo de edad los Orientados al Éxito son casi la mitad: necesitan de la aprobación social y buscan destacarse frente al resto.

Por otro lado, la edad también es un factor importante en el análisis de los valores en los limeños. Así, las personas más tradicionales se encuentran en el grupo de edad de 50 a más años (29.7%), mientras que los más jóvenes de 15 a 29 años (18.9%) demuestran tener una mayor flexibilidad respecto a las tradiciones. Esto guarda mucha relación con la búsqueda de emociones intensas de la que se hablaba anteriormente: a mayor apertura mental, mayor libertad para explorar nuevas formas de vida y nuevas formas de ver el mundo en general.

Asimismo, el nivel socioeconómico también es una variable que diferencia las orientaciones de valor. Por ejemplo, no resulta sorprendente que las personas con mayores carencias económicas operen bajo una lógica de austeridad (Segmento Austero: 16.7% en NSE D), dadas las circunstancias en las que sobreviven. Tampoco causa asombro que las personas más acomodadas sean las que tengan un poco más de conciencia social y sean las que más aboguen por la defensa de derechos humanos como la tolerancia y la igualdad (Segmento Social racional: 10.6% en NSE A/B).

Valores colectivos: Sobrevivencia vs. Autoexpresión y Tradicionales vs. Seculares

Como ya se ha mencionado dentro de la parte teórica, nuestro país ha sido incluido dentro de la Encuesta Mundial de Valores (EMV), investigación que nace con base en la propuesta conceptual de Inglehart sobre los valores colectivos.

Partiendo del esquema bidimensional de esta propuesta, Perú se ubica dentro de los países Tradicionales (en la dimensión Tradicional/Secular) y con una situación intermedia dentro del eje Sobrevivencia/Autoexpresión. A continuación se presentarán de manera detallada los resultados que sustentan esta ubicación y las implicancias de los mismos en otras variables relevantes para esta investigación. Se tomarán en cuenta principalmente los resultados obtenidos en la última medición (2010-2014), destacándose los comparativos con años previos en aquellos casos que den cuenta de una tendencia fuertemente marcada en alguna dimensión o valor.

Perú es un país tradicional, a pesar de que con los años, y en parte relacionado con el desarrollo económico, la tendencia es a irse secularizando en algunos aspectos de índole social. Sabemos que esta dimensión comprende áreas como la religiosidad, la autonomía, la justificación de actitudes hacia el aborto, el orgullo nacional y el respeto por la autoridad. Revisemos algunos de los resultados de estos indicadores.

Los peruanos se declaran mayormente creyentes (6 de cada 10 consideran que Dios es parte importante de sus vidas). Esta religiosidad se incrementa en las mujeres y en las personas mayores de 50 años. Considerando la muestra nacional, llama la atención que a pesar de que los peruanos conforman una sociedad abiertamente religiosa, estos sean cada vez menos asiduos a la Iglesia. De hecho, aquellos que manifiestan asistir han reducido su frecuencia de visita con los años, obteniéndose un promedio global de visita de una vez al mes. Por lo visto, dicha religiosidad es mucho más subjetiva que objetiva.

Por otro lado, si bien se percibe una mayor tendencia hacia la autonomía, especialmente en la población más joven, los hombres y las clases sociales más altas; a los peruanos todavía nos cuesta ser autónomos: 83% muestra una evidente predilección por la obediencia como pilar fundamental en su vida cotidiana. Este hallazgo guarda relación con el elevado respeto que se le tiene a la autoridad, en donde 7 de cada 10 peruanos considera que este es un cambio saludable para el país.

Otra de las variables que impactan en conforman esta dimensión es el orgullo nacional. En ese sentido, la gran mayoría de peruanos está muy orgullosa de su nacionalidad (63%), especialmente aquellos que gozan de una mayor calidad de vida (NSE A/B: 71%). En contraposición, quienes se encuentran en una situación de pobreza son los que no se sienten orgullosos de su país (9%).

Finalmente, una prueba más de lo tradicional que somos los peruanos se manifiesta en el contundente rechazo hacia la práctica abortiva (70% no le encuentra ninguna justificación). Aun así, las nuevas generaciones se muestran ligeramente más abiertas a esta posibilidad (el rechazo extremo se reduce a un 63%).

En síntesis, nuestra ubicación en el plano tradicional se debe a que somos todavía una sociedad ampliamente religiosa y nacionalista, muy afín a la obediencia y al respeto por la autoridad, así como poco autónoma y altamente orientada hacia la familia. Si bien es cierto, algunos de estos aspectos han ido matizándose con los años, todavía es largo el recorrido para llegar a reconocernos como una sociedad secular.

Si analizamos la segunda dimensión, tenemos que Perú se ubica en un lugar intermedio entre la sobrevivencia y la autoexpresión. A continuación se presentarán los principales resultados obtenidos en las variables que componen esta dimensión.

Una primera aproximación se da a través del continuo Materialismo-Postmaterialismo que, como se vio en el capítulo teórico, cuenta con 4 ítems (en su versión corta). Dos de ellos están vinculados a la importancia de la seguridad física y económica (mantener el orden social y combatir la subida de sueldos), y los otros dos al desarrollo de valores

expresivos (generar más oportunidades para escuchar las opiniones de la gente en las decisiones importantes de gobierno y la protección de la libertad de expresión).

De acuerdo con los resultados, en nuestro país lo que prima es un segmento mixto (59%), que no se inclina por ninguna de las posturas de manera contundente. En un segundo lugar se ubica el grupo Materialista (29%), es decir, 3 de cada 10 peruanos prioriza valores relacionados al sustento y a su seguridad. Finalmente, y como era de esperarse, solo un 11% se considera dentro del segmento Postmaterialista, enfocado más en valores que trasciendan lo material, que en teoría son necesidades ya cubiertas. De hecho, la presencia de los niveles socioeconómicos más altos resulta ligeramente mayor en este segmento, mientras que el polo Materialista habría una ligera tendencia a una mayor concentración de mujeres y de niveles socioeconómicos más bajos.

Otro de los indicadores de la dimensión sobrevivencia/autoexpresión es la sensación de felicidad. Durante los últimos años, los peruanos declaran ser más felices. Así, quienes declaraban ser muy felices o algo felices pasan de 63% en 1994 a 76% en 2014. En contraposición, el número de personas poco felices o infelices se reduce de 36% en 1994 a 23% en el 2014. Cabe destacar que los peruanos más jóvenes (18 a 29 años) los más felices (83%). Asimismo, cuando podríamos pensar que las personas de los niveles socioeconómicos más altos son las más felices porque cuentan con mayores recursos y una mejor calidad de vida, lo cierto es que es la clase media tradicional la que se caracteriza por un mayor número de personas felices (89%). Caso contrario ocurre con aquellos que se ubican al final de la pirámide social (30% de los niveles más bajos se declara poco feliz/ infeliz).

En el caso de la participación política no convencional, como la petición de una firma, solo 15% declara haber realizado esta actividad en algún momento de sus vidas, mientras que un 42% sostiene que podría realizarla. Sin embargo, este indicador sufre una reducción respecto a las últimas dos mediciones, en donde el porcentaje de personas que participó o podría participar en esta actividad llegaba a ser el 76% (1999-2004) y 61% (2005-2009).

Uno de los aspectos considerados en esta dimensión es la tolerancia social, es este caso evaluado a partir de las actitudes que se tienen hacia la homosexualidad. Los resultados muestran que nuestro país sigue siendo un país bastante conservador en este aspecto, en donde 3 de cada 10 peruanos señalan que ser homosexual no tiene ninguna justificación. Y esta cifra se incrementa en las personas de 50 a más años (en el cual el ratio es 5 de cada 10). Sin embargo, a nivel general, es rescatable que el número de personas más intolerantes se viene reduciendo, pasando de 42% en 1994 al 30% en el 2014%.

La confianza interpersonal representa un indicador importante de esta dimensión. Ya se ha mencionado que nuestro país se caracteriza por sus bajos niveles de confianza social e institucional: 90% de peruanos considera que no se puede confiar en la mayoría de personas, cifra consistente y vigente desde hace 20 años (92% manifestaba lo mismo en

1994). Además, esta desconfianza está generalizada a todos los niveles socioeconómicos y edades.

Podría decirse que nuestra ubicación intermedia en esta dimensión se debe a que los peruanos todavía privilegiamos valores materialistas sobre los postmaterialistas (hecho que resulta entendible dados los altos índices de desigualdad que se identifican en nuestro país). Del mismo modo, todavía son altos los márgenes de intolerancia y de desconfianza que se tienen hacia el resto de ciudadanos. Eso sumado a una pobre participación política no convencional y a un importante grupo de peruanos que no se considera feliz con su vida, perfilan una sociedad que todavía no encuentra un espacio concreto para la expresión de sus derechos y de necesidades más trascendentales.

El ser una sociedad todavía tradicional y ligeramente más orientada hacia la sobrevivencia ayuda a entender muchos de los resultados asociados a la cultura política nacional y a otros aspectos de índole social. Por ejemplo, nuestra baja tolerancia social se hace notar cuando se nos pregunta si los hombres son mejores líderes políticos que las mujeres. El nivel de acuerdo con esta afirmación llega a ser de 19%, cifra relativamente alta que muestra la vigencia de los estereotipos y roles tradicionales de género, en los que la mujer es percibida como menos competente que el hombre para ejercer tareas que no estén relacionadas a la crianza de los hijos o las labores del hogar. Aun así, es interesante que la cifra se haya reducido a comparación de 1994, en donde el apoyo a esta afirmación llegaba a ser de 28%. Claramente esta disminución se debe al incremento de mujeres profesionales y de mujeres pertenecientes a la fuerza laboral con respecto a hace 20 años.

Con respecto al ámbito político, el que solo 5% sea miembro de un partido (cuando en 1994 esta cifra llegaba a ser de 16%), da cuenta de una importante pérdida de interés en la política en los peruanos (de hecho al 73% de ellos no le interesa ni siquiera un poco lo que ocurre en la política). Además preocupa que dicho interés se haya venido reduciendo con el tiempo: para 1994 la cifra de desinterés llegaba a un tope de 65%.

De manera paralela, se ha incrementado el número de personas que ha participado en protestas o huelgas ilegales (forma de participación política no convencional), pues 10% declara haber participado y 32% que podría participar, frente a un 4% y 14% en 1994, respectivamente. Quizás este aumento en parte esté relacionado a un clima más condescendiente con la participación política no convencional: recordemos que para 1994 y 1999 todavía se vivía la época fujimorista en la que cualquier forma de protesta contra el régimen era fuertemente restringida por este gobierno.

Y en el caso de las preferencias políticas de los peruanos, seguimos siendo fieles a la figura del líder fuerte, lo cual tiene que ver con la alta valoración a la obediencia y a la poca autonomía que nos caracteriza. Así, 5 de cada 10 peruanos (54%) considera positivo que tengamos un líder fuerte o que tenga mano dura. Preocupa que esta cifra tienda a incrementarse con los años, siendo en 1999 un 34% y en 2005 un 41%. Parece que los peruanos extrañamos al “papá que ponga orden en la casa”.

Finalmente, nos caracterizamos por una baja confianza institucional (53% no confía para nada en los partidos políticos, 51% en el Congreso, 43% en el Poder Judicial, 36% en el Gobierno y 34% en la Policía). Todas ellas instituciones claves para el desarrollo de la democracia en cualquier nación. Estamos pues ante un grave problema de credibilidad, dado que la confianza es la base para lograr un mayor compromiso por parte de la ciudadanía: recordemos que uno no se compromete con quien no confía. Lo mismo ocurre a nivel institucional. Y en esa línea, resulta pertinente revisar algunas investigaciones que han abordado en mayor detalle el tema de la confianza interpersonal.

b) La confianza interpersonal

Algunos estudios afirman que la confianza interpersonal es más un producto de la continuidad democrática de un país, que una variable que la sostiene (Müller y Seligson, 1994). Desde ese punto de vista, la continuidad del sistema político va promoviendo el desarrollo de la confianza interpersonal. Como ya se ha visto antes, diversos autores que abordan el tema de la cultura política (Almond y Verba, 1970; Inglehart, 2000; Putnam, 1993), señalan que la confianza interpersonal es un recurso social fundamental para la consolidación de una cultura cívica. Estos autores consideran que la misma se desarrolla primero en el ámbito social y que desde ahí influye en la política. Como afirma De la Flor (2000), este punto de vista sostiene que las personas desarrollan niveles de confianza generalizada según experiencias interpersonales previas. Newton (2009) sostiene que la confianza social es prácticamente esencial para la vida económica, social y política de cualquier comunidad. Solo una sociedad donde unos tienen un nivel de confianza básico en otros es capaz de perseguir metas en común que benefician a sus ciudadanos (Carrión, Zárate y Seligson, 2010).

Montero, Zmerli & Newton (2008) definen la confianza social cuando A cree que B no le dañará consciente o intencionalmente, o cuando confían en que las personas cumplirán sus promesas, sin aprovecharse de uno mismo. La confianza puede darse entre personas que se conocen entre sí (confianza particularizada) o entre extraños, a partir de la creencia de que la gran mayoría de nuestro entorno es digna de confianza (confianza generalizada) (Medina, 2005). En esa línea, según Gu y Bomhoff (2012), Welzel ha sugerido utilizar más variables para medir confianza. Además de preguntar por confianza en la familia, en los vecinos y en personas que se conoce personalmente, plantea indagar por la confianza hacia gente que se conoce por primera vez, de otra religión o nacionalidad. Sin embargo, de acuerdo a Murga (2012), en la mayoría de los estudios sobre cultura política, su medición se ha realizado con relación a la confianza hacia otras personas en general, la llamada confianza generalizada (Murga, 2012).

Antes de señalar algunos de los estudios más destacados en nuestro país sobre confianza social, es pertinente abordar las formas de medición que se han utilizado para explorar este constructo. Por ejemplo, Almond y Verba (1970), en *La Cultura Cívica*, utilizaron una escala de cinco preguntas en donde se les pide a los entrevistados que den sus opiniones a través de una respuesta dicotómica de acuerdo o desacuerdo. Las preguntas

fueron agrupadas en dos categorías: manifestaciones de confianza (preguntas 1, 2 y 3) y de desconfianza (preguntas 4 y 5). Las preguntas utilizadas fueron las siguientes:

1. Se puede confiar en la mayoría de la gente.
2. Casi todos están más inclinados a ayudar a los otros que a pensar primero en sí mismos.
3. La naturaleza humana es fundamentalmente cooperativa.
4. Nadie se preocupará mucho de lo que le suceda a usted si cae en desgracia.
5. Si no tiene cuidado, la gente se aprovechará de usted.

Y así como Almond y Verba, otros autores han propuesto diferentes alternativas para medir la confianza social. A continuación se detalla un cuadro resumen (Murga, 2012), en donde una de las variaciones más importantes entre las escalas es la forma de identificar al objeto de confianza: en algunos casos se pregunta si “se puede confiar en la gente”, o “en la mayoría de la gente”, o “en las personas” o simplemente si “la gente es confiable”.

Fuente	Preguntas				
Latinobarómetro (2002)	<p>Hablando en general, ¿diría usted que se puede confiar en la mayoría de las personas o que uno nunca es lo suficientemente cuidadoso en el trato con los demás?</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Se puede confiar en la mayoría de las personas, 2. Uno nunca es lo suficientemente cuidadoso en el trato con los demás 				
Argentina y México (Cleary & Stokes, 2006)	<p>Dígame por favor, cuál de las siguientes expresiones se acerca más a su manera de pensar:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Creo que se puede confiar en la mayoría de la gente, 2. Creo que solo se puede confiar en una minoría de la gente 3. No confío en nadie 				
Chile, Costa Rica y México: Encuesta Hewlett (Camp 2007)	<p>En términos generales, ¿diría usted que la gente es confiable o no confiable?</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Sí, la gente es confiable 2. No, la gente no es confiable 				
Barómetro de las Américas (Seligson, 2008)	<p>Ahora, hablando de la gente de aquí, ¿Diría que la gente de su comunidad es...?</p> <table border="0" style="width: 100%;"> <tr> <td style="width: 50%;">1. Muy confiable</td> <td style="width: 50%;">3. Poco confiable</td> </tr> <tr> <td>2. Confiable</td> <td>4. Nada confiable</td> </tr> </table>	1. Muy confiable	3. Poco confiable	2. Confiable	4. Nada confiable
1. Muy confiable	3. Poco confiable				
2. Confiable	4. Nada confiable				
Chile (CEP, 2008)	<p>En general ¿usted diría que se puede confiar en la mayoría de las personas, o no se puede confiar en la mayoría de las personas?</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Se puede confiar 2. No se puede confiar 				

Los resultados en la mayoría de estas encuestas arrojan un bajo nivel de confianza interpersonal en Latinoamérica. Entre los años de 1996 al 2006 el promedio que registra nuestra región oscila alrededor del 20% (es decir, solo 2 de cada 10 latinoamericanos señala que confía en sus semejantes (Lagos, 2007).

Perú es de los países que se ubica dentro del 30% de países con menor confianza interpersonal (Latinobarómetro, 2013). La Encuesta Mundial de Valores (*World Values*

Survey) (en adelante EMV por sus siglas en castellano), que presenta encuestas realizadas en más de 80 países en “olas” de cada tres años, muestra que Perú es uno de los países con la menor tasa de confianza interpersonal durante las mediciones en las que ha participado en 1996, 2001 y 2006 (Díaz-Albertini, 2010). En líneas generales, los niveles de confianza interpersonal e institucional en Perú son bastante bajos.

De la Flor (2000), a través de un estudio exploratorio basado en entrevistas encontró, en una muestra de ambulantes de la ciudad de Lima, que entre ellos existe una mayor orientación hacia la confianza cuando se trata de personas de su entorno, mientras que en el caso de las instituciones, la tendencia es hacia la desconfianza. En ese sentido, es importante diferenciar entre confianza particularizada, generalizada e institucional.

Precisamente, Klesner (2007), en un estudio que abarca varios países de América Latina, entre ellos Perú, encontró que en nuestros países, la fragilidad de los vínculos sociales, fuera del entorno familiar, dificulta la convivencia entre ciudadanos y esta afecta la posibilidad de un mayor involucramiento en organizaciones políticas. La confianza familiar o amical (particularizada) se da en un entorno de desconfianza generalizada al entorno social o institucional.

En el estudio del 2010, el Latin American Public Opinion Project (en adelante, LAPOP) le pregunta a los ciudadanos: “Hablando de la gente de por aquí, ¿diría que la gente de su comunidad es: muy confiable, algo confiable, poco confiable o nada confiable?”. Las respuestas se convierten en una escala de 0-100, donde 100 representa una alta confianza interpersonal. Perú obtiene una puntuación de 46.2, lo que implica que la mayoría de peruanos se encuentra por debajo del promedio de la región (Carrión, Zárate y Seligson, 2010). A través de un análisis de regresión, se observó en el mismo estudios que las variables que impactan en el nivel de confianza interpersonal son el lugar de residencia (la confianza es mayor en zonas rurales que en Lima Metropolitana) y, en particular, la percepción de inseguridad personal. Asimismo, la percepción de que la corrupción se encuentra extendida entre los funcionarios públicos también está relacionada negativamente con menores niveles de confianza interpersonal (Carrión, Zárate y Seligson, 2010).

Como señala Díaz-Albertini (2010), en un estudio realizado sobre capital social en Lima, la confianza tiende a incrementarse cuando hace referencia a los entornos más cercanos: entiéndase la familia, los amigos y el barrio. Esto podría ser una explicación de por qué, en otros estudios, se encuentra que las personas confían más en aquellas de su misma raza o clase social (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). En términos de Putnam, sería un indicador de una sociedad donde el *bonding* (los lazos intragrupal) tiene una mayor fuerza que los intergrupales y sociales (*bridging*). Un indicador de bajo capital social.

Los resultados de Lima Cómo Vamos (2013) arrojan un incremento aproximado de ocho puntos porcentuales en la proporción de limeños que no confían o confían muy poco en

sus vecinos (41.5%), la cifra más alta a lo largo de todas las mediciones realizadas por esta organización.

c) Las creencias con relación a la igualdad y la desigualdad

Para la gran mayoría de peruanos una verdadera democracia implica la igualdad de oportunidades de los ciudadanos (Parodi, 1993), tanto a nivel de servicios públicos, educación, salud, etc.; así como una mayor participación en el aparato estatal. Otra forma de entender el binomio igualdad-desigualdad tiene que ver con la percepción de un trato de respeto, equitativo entre personas, más allá de sus diferencias de género, raza o condición social. Sin embargo, como veremos más adelante, lo que prima es la percepción de desigualdad, de una sociedad profundamente jerarquizada en función a distintos clivajes. Un contraste con la impresión que tuvo Tocqueville (citado por Lane, 1962) con relación a la cultura de igualdad que percibió en su primer contacto con los Estados Unidos. Algo semejante se podría decir con relación a los valores de igualdad presentes en la revolución francesa. Real o no en los hechos (porque lo era de todas maneras en lo simbólico), fue un elemento cultural que en su momento llamó la atención del autor de *Democracia en América* y que en Francia fue un valor fundamental para una nueva forma de gobierno.

De acuerdo a Lane (1962) puede existir una suerte de paradoja con relación a la percepción de desigualdad. El considera que cuando las personas perciben que una sociedad es muy desigual y que su ubicación en la misma es desfavorable, lo que se busca no es tanto una igualdad de oportunidades, como señala Parodi, sino más bien, la posibilidad de alguna oportunidad. Lo que se busca, afirma, es la oportunidad de una vida que por lo menos sea algo mejor que la que vive en ese momento. Esto está relacionado con lo que hemos visto en Lima con relación a la cultura del “progreso” en Lima. Una búsqueda de salir de la situación de pobreza y/o marginalidad que parte de una conciencia de desigualdad social y económica profunda. Como bien menciona Lane (1962) esta es una proposición es conservadora en sus implicancias. Llama a reflexión, además, si se considera que la izquierda tiene casi siempre en su discurso una búsqueda de la igualdad. ¿Cómo dialoga esta búsqueda de “progreso” de los ciudadanos con las propuestas de igualdad de los partidos o movimientos electorales?

Existen diversas formas de medir la desigualdad, en particular, la desigualdad social. Dentro del contexto latinoamericano, se han utilizado algunas variables que dan cuenta de este fenómeno: como la persistencia de la desigualdad social en general, la igualdad de las personas ante la ley, la desigualdad de género y la naturaleza conflictiva de la sociedad (Murga, 2012).

En el primer caso, el Latinobarómetro (2013) suele abordar la persistencia de la desigualdad social a través de la pregunta: “¿Piensa usted que desde que llegó la democracia, las desigualdades sociales han aumentado, han permanecido igual o han

disminuido?” En el caso latinoamericano, casi la mitad (48%) considera que la desigualdad se mantiene, contra una quinta parte (21%) que señala que esta ha descendido.

Para indagar sobre la percepción de igualdad de las personas ante la ley, en el mismo Latinobarómetro, se le pregunta a los ciudadanos: “diría usted que las personas de su país son iguales ante la ley”. Se presentan como alternativas de respuesta: Mucho, bastante, poco o nada. Menos de una tercera parte (30%) de los latinoamericanos cree que todos son iguales ante la ley.

La desigualdad de género ha sido evaluada por diferentes autores. Davis y Robertson (en Murga, 2012) midieron este componente a través de una escala de tres ítems, en donde las posibles respuestas eran: Mucho mejor las mujeres, Mejor las mujeres, No hay diferencias, Peor las mujeres o Mucho peor las mujeres. Las preguntas fueron:

1. ¿Diría usted que las oportunidades para una educación universitaria son mejores o peores para las mujeres?
2. Acerca de las oportunidades de trabajo para la mujer, ¿cree usted que estas son mejores o peores que las oportunidades de los hombres con educación y experiencia similares?
3. Y acerca de los ingresos y salarios -comparados con los que reciben los hombres con educación y empleo similares- ¿usted diría que las mujeres están mejor o peor pagadas que los hombres?

Nuevamente, dentro de la propuesta de Latinobarómetro, en el caso de la naturaleza conflictiva de la sociedad, una pregunta muy utilizada consiste en evaluar la percepción de conflicto entre grupos supuestamente opuestos económica y/o socialmente. En ese sentido, se suele preguntar por la intensidad de dichos conflictos: “En todos los países hay diferencias o incluso conflictos entre los diferentes grupos sociales. ¿En su opinión, cuan fuerte es el conflicto entre (ricos y pobres, empresarios y trabajadores, empleados y desempleados, gente joven y sociedad, hombres y mujeres, personas de distinta raza, nacionales y extranjeros, gente vieja y sociedad)?”.

En la visión latinoamericana, los conflictos más intensos (fuertes + muy fuertes) son aquellos que se producen entre ricos y pobres (75%), así como entre empresarios y trabajadores (72%). Es decir, se percibe, principalmente, una lucha de clases y/o económica, entre los actores principales de la sociedad.

Perú se ha destacado, durante los últimos años, por su liderazgo en la región en términos macroeconómicos; con un entorno caracterizado por su estabilidad fiscal, equilibrio externo y baja inflación. La última década ha consignado un crecimiento económico alto y sostenido, en especial desde el 2005 en donde se observa un despegue mayor en nuestra economía. Entre el 2005 y el 2011 nuestro PIB per cápita creció a un promedio anual del 7.9% (Jaramillo y Zambrano, 2013). Del mismo modo, se han logrado notables avances

en la reducción de la pobreza (20.9 puntos porcentuales), de 48.7% en el 2005 a 27.8% en el 2011. Además, el índice de Gini (medida de evaluación de la desigualdad económica a través de la distribución de los ingresos) disminuyó de 0.53 en el 2003 a 0.452 en el 2011. Para esa fecha, el coeficiente se encontraba por debajo del promedio latinoamericano (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Sin embargo, hay datos del Banco Mundial que ponen que el Gini de Perú, para el período 2000-2004 estaba en 0.449 y que en el período 2010-2014 era de 0.453. En todo caso, Lima se encontraría en el grupo de las ciudades latinoamericanas que esperan que la desigualdad se vaya reduciendo en el mediano plazo, junto con Santa Cruz, Guadalajara, Asunción y Córdoba (ONU Hábitat, 2013).

Acorde con esta mejora, los peruanos reportan una imagen de progreso del país considerablemente mayor a años anteriores, pasando de un 26% en 1996 a 37% en el 2013 (Latinobarómetro, 2013). Además, en el caso particular de Lima, uno de cada tres hogares considera que mejoró su situación económica (33.3%), siendo mayor esta percepción de mejora en los niveles socioeconómicos altos (Lima Cómo Vamos, 2013). Sin embargo, para muchos, la distribución de los ingresos no se considera equitativa y el “progreso” termina siendo solo un espejismo para los sectores más excluidos del país (Latinobarómetro, 2013), existiendo grupos especialmente vulnerables y en mayor desventaja económica como las mujeres, las personas de mayor edad y los residentes en áreas rurales (Carrión, Zárate y Seligson, 2012).

Y eso ocurre con las instituciones en nuestro país: existen, pero son débiles, están equivocadas. Cuando te encuentras con una sociedad tan heterogénea, tan desigual como la peruana, crear consensos es muy difícil. Hablamos de lenguajes y conceptos totalmente diferentes. ¿Qué cosa pueden tener en común un Marco Arana con una Keiko Fujimori? Hablamos de dos experiencias de vida radicalmente diferentes. ¿Qué une a un muchacho del Markham con otro de un colegio fiscal en Tarma? ¿Qué tienen en común para poderse comprender? Una de las grandes conquistas de los países europeos fue la educación pública, donde el hijo del rico y el hijo de pobre se juntaban, compartían, pero aquí desde que nacemos tenemos una segregación tremenda. (Cotler, 2014, Entrevista a Perú21, 24 de Agosto)

Solamente el 22% de peruanos manifiesta tener una buena situación económica, porcentaje inferior al promedio regional (25%) y mucho menor al de países como Ecuador (57%) y Uruguay (47%) (Latinobarómetro, 2013). Además, 41.9% de limeños cree que la desigualdad en Lima aumentó el último año (Lima Cómo Vamos, 2013).

Sin embargo, el incremento de nuestra clase media durante los últimos años ha impactado positivamente, no solamente en aspectos como la economía y la educación (Easterly, 2001), sino que al lograr su consolidación, esta se asocia a niveles inferiores de desigualdad y de conflictividad social, así como a una mayor estabilidad política (Jaramillo y Zambrano, 2013). Por ello es fundamental reducir de las brechas sociales y económicas entre los ámbitos urbano y rural, así como sostener el nivel de ingreso y la calidad de vida de aquellos que han salido de la pobreza, es decir, la nueva clase media (Jaramillo y Zambrano, 2013).

Finalmente, en el caso de Lima, aquellos que viven en los distritos de Lima Suroeste/Sureste son quienes tienen una mejor evaluación de los servicios brindados por el gobierno local, y por ende, quienes perciben tener una mayor calidad de vida (Lima Cómo Vamos, 2012). Este es un indicador de cómo la desigualdad persiste incluso en la misma ciudad y que aún falta mucho para que todos puedan gozar de los mismos beneficios. Queda la sensación de que los recursos se concentran principalmente en los sectores dominantes y que de allí nunca salen (Díaz-Albertini, 2010).

Actitudes hacia el racismo

Un tema importante para evaluar la percepción de Igualdad/desigualdad en las relaciones sociales, en particular en Lima, es el de actitudes hacia el racismo. Lima, como ya se indicó, creció en gran medida por las migraciones de diversos lugares del país donde las características étnicas son diferentes a las tradicionales limeñas, sobre todo de los sectores medios y altos. Como dice Nugent (2012) vivimos en una sociedad pigmentocrática en donde se premia el color de la piel: la blancura es asociada a la clase dominante, la tez oscura a las masas y a la sumisión. Motivos suficientes, según algunos, para discriminar y mostrar altos niveles de intolerancia ante alguien que es visto como ajeno a su grupo social. El mismo autor considera que hablar de racismo hoy en Perú es una forma encubierta de hablar del gamonalismo imperante en las relaciones sociales durante años.

Un régimen que, en torno a la figura del hacendado omnipotente, generaba una serie de prácticas que involucraban por sobre todo las maneras tanto benevolentes como despóticas de ejercer la autoridad tutelar. Jueces, militares, curas participaban de esas prácticas que definieron en gran parte el estilo cívico del Perú republicano. (Nugent, 2012, p. 199-200)

El racismo está a la base de un sistema de relaciones verticales, de jerarquización, donde el que se considera blanco discrimina y se muestra intolerante ante los que considera inferiores. La gran mayoría de peruanos perciben que el origen étnico o la identidad cultural siguen siendo determinantes en la generación de distancias sociales (DEMUS, 2005).

Cuando se quiere profundizar en la prevalencia del racismo en Perú, LAPOP utiliza las siguientes preguntas, en donde los ciudadanos deben responder por el grado de acuerdo donde 1 significa muy en desacuerdo y 7 significa muy de acuerdo.

- La mezcla de razas es buena para Perú. ¿Hasta qué punto está de acuerdo o en desacuerdo con esta afirmación?
- Estaría de acuerdo que una hija o hijo suyo se casara con una persona indígena. ¿Hasta qué punto está de acuerdo o en desacuerdo con esta afirmación?
- A usted le gustaría que su piel fuera más clara. ¿Hasta qué punto está de acuerdo o en desacuerdo con esta afirmación?

Los resultados muestran que la mezcla de razas es, en términos generales, mejor vista por los peruanos (“todos somos mestizos”), pero cuando se trata del matrimonio de un hijo con una persona indígena existe una mayor resistencia. Los peruanos, al igual que los bolivianos, son los que más prefieren tener la piel más clara, hecho que confirma la prevalencia de actitudes racistas en nuestro país (Carrión, Zárate y Seligson, 2010).

Una forma indirecta de medir la existencia de actitudes racistas es identificando las razones que los ciudadanos le atribuyen a la pobreza de la mayoría de personas indígenas. Es interesante que mientras en los países menos racistas, como Brasil o Colombia, la mayoría atribuya la pobreza al trato injusto que ha recibido esta población; los encuestados en Perú mencionan principalmente razones como el bajo nivel educativo, el que no trabajen lo suficiente o el que se sean menos inteligentes (Carrión, Zárate y Seligson, 2010). Existen cuatro factores que impactan en la adopción de actitudes más racistas en la población: el área de residencia, la percepción negativa de la economía nacional, la confianza interpersonal y el idioma de los padres (Carrión, Zárate y Seligson, 2010).

Por otro lado, investigaciones realizadas en las escuelas peruanas dan cuenta de la falta de promoción y tolerancia que comparten tanto instituciones públicas como privadas. Estamos acostumbrados a sancionar de manera explícita valores, actitudes y comportamientos distintos a los que se consideran deseables (Portocarrero, Sanborn, Cueva y Millán; 2002). De esta manera, la discriminación es la forma en la que los alumnos y docentes lidian con las brechas culturales y étnicas, en lugar de la tolerancia o la integración.

Este contexto ayuda a entender por qué alrededor del 20% de los peruanos confiesa haber sido víctima de discriminación racial en algún momento de sus vidas, ya sea por color de piel o su forma de hablar. Así mismo, entre el 62% y el 67% de los peruanos manifiesta haber “vivido o presenciado” discriminación hacia un otro por su color de piel o su forma de hablar. Además, casi un 66% señala tener una experiencia cercana con discriminación de tipo económica (Carrión, Zárate y Seligson, 2010), que muchas veces oculta una discriminación racial (“eres más cholo si eres pobre”).

Estas cifras no sorprenden si tomamos en cuenta la prevalencia del racismo en nuestro país. Manrique (2006) considera que el racismo es también un mecanismo de control del orden estamental en Perú, que prohíbe la movilidad social y que tenemos interiorizado como “verdad absoluta”. Precisamente el realismo que le otorgamos a este discurso, tanto discriminados como discriminadores, valida el eficaz mecanismo de control social.

Para Manrique, la educación es un elemento que se encarga de mantener este orden, en la medida de que los gobiernos no realizan reformas que fomenten una mejora en la educación pública, sabiendo que la mayoría de la población discriminada acude a este tipo de escuelas. Con ello, reforzamos el mito de la inferioridad biológica: esta gente es bruta, ignorante, etc.

Precisamente, las investigaciones realizadas en las escuelas peruanas dan cuenta de la falta de promoción y tolerancia que comparten tanto instituciones públicas como privadas. Estamos acostumbrados a sancionar de manera explícita valores, actitudes y comportamientos distintos a los que se consideran deseables (Portocarrero, Sanborn, Cueva y Millán; 2002). De esta manera, la discriminación es la forma en la que los alumnos y docentes lidian con las brechas culturales y étnicas, en lugar de la tolerancia o la integración.

La dificultad para superar el racismo radica en su enraizamiento inconsciente (Bruce, 2007), tanto en los que excluyen como que los que son excluidos. Esto se debería a que el componente racial es un elemento ineludible en la formación de identidad de los peruanos. Bruce afirma que es un tema que se actúa y que difícilmente se admite en público pues en las encuestas que abordan directamente el fenómeno se registra una mayor proporción de racismo cuando se trata de otros. Es un racismo solapado, que facilita su camuflaje en nuestros inconscientes. Bien señala Bruce (2007) que el racismo representa una experiencia que contamina las interacciones diarias de los peruanos. Vargas Llosa en “El Pez en el agua” lo describe como “la enfermedad nacional por antonomasia, aquella que infesta todos los estratos y familias del país y en todos deja un relente que envenena la vida de los peruanos: el resentimiento y los complejos sociales”.

d) La tolerancia social

Indagar sobre la tolerancia es una constante en los estudios sobre cultura política. Se diferencia entre la tolerancia dirigida hacia temas sociales y políticos pero se considera que, al igual que la confianza y otras actitudes, lo social y lo político están vinculados. Dentro de tolerancia social se evalúan diversos temas tales: actitudes hacia comportamientos e identidades sexuales, convicciones religiosas, identidades étnicas, etc.

La Encuesta Mundial de Valores (EMV) construyó una batería de preguntas que miden la tolerancia social o de convivencia para aceptar vecinos provenientes de otros grupos étnicos, ideologías políticas, preferencias sexuales, comportamientos sociales etc. La

pregunta planteada en esta encuesta fue: “En esta lista hay varios grupos de gente. Por favor ¿Podría decirme alguno que no quisiera tener de vecinos? Se seleccionaron catorce grupos diferentes frente a los cuales había que manifestar nuestro nivel de tolerancia hacia los mismos:

1. Gente con antecedentes penales,
2. Gente de raza diferente a la mía,
3. Extremistas de izquierda,
4. Bebedores empedernidos,
5. Extremistas de derecha,
6. Personas con familia numerosa,
7. Gente emocionalmente inestable,
8. Musulmanes,
9. Inmigrantes/trabajadores extranjeros,
10. Gente con sida,
11. Drogadictos,
12. Homosexuales,
13. Judíos e
14. Hindúes.

Al igual que en este estudio, otras investigaciones han utilizado la misma pregunta pero en una versión abreviada. Por ejemplo, la encuesta Hewlett (Camp, 2005; citado en Murga, 2012) la planteó de la siguiente manera: “Le leeré una lista de personas. Dígame a quién de ellos preferiría no tener como vecino”. Y únicamente se consideraron tres grupos: evangélicos, homosexuales y extranjeros.

Por su parte, Durand (2004) estudió el peso de la tolerancia-intolerancia social en la cultura política mexicana, a través de tres preguntas referidas a la ocupación casera de la mujer, la homosexualidad y el aborto. La pregunta se formuló de la siguiente forma, utilizando una escala de acuerdo-desacuerdo del 1 al 5: “Ahora le voy a leer algunas afirmaciones y me gustaría que usted me dijera si está de acuerdo o en desacuerdo con ellas”

1. Lo mejor que una mujer puede hacer es ocuparse de su casa (ítem inverso).
2. Los homosexuales son personas que deben ser aceptadas como cualquier otra persona.
3. Se debe permitir el aborto a toda mujer que quiera hacerlo.

Los resultados demuestran que hay un mayor perfil de intolerancia principalmente con relación al aborto, donde 8 de cada 10 mexicanos reprueban socialmente esta conducta, es decir, se muestran intolerantes frente al derecho de la mujer para decidir sobre su propio cuerpo.

En Guatemala, Torres (2008) realizó un estudio sobre la percepción ciudadana de la democracia en dicho país, en donde formuló dos preguntas que buscaban encontrar las percepciones de valores inclusivos que deberían existir en una democracia. Las preguntas estaban planteadas en función a la cantidad de indígenas y de mujeres en el Congreso, es decir, si se consideraban que eran pocos, suficientes o muchos. La información recogida le permitió establecer una clasificación de ciudadanos según sus niveles de tolerancia social:

1. **El tolerante (52%):** Es aquel que otorga un respeto mayor a la diversidad porque admite que tanto indígenas como mujeres son importantes para la sociedad y por eso deben tener una mayor representación en el Congreso.
2. **El prejuicioso (17%):** Tiene una débil tolerancia a la diversidad. Reconoce la falta de representación de indígenas y mujeres, pero sostiene que es mejor que las cosas se quedan como están.
3. **El intolerante (31%):** Este sujeto no admite la falta de representación, califica a ambos grupos como minorías y no los considera dignos del espacio político.

Por otro lado, las encuestas de GfK (Abril 2014) reflejan ciertas actitudes de intolerancia hacia sectores marginados de la población limeña, en donde un 33% no está de acuerdo en que los homosexuales y lesbianas tengan los mismos derechos que el resto de la población. Además, 90% de los peruanos se declara en desacuerdo con el aborto, 78% contra el matrimonio homosexual y 64% con la homosexualidad de manera general. Estamos pues frente a una sociedad todavía bastante intolerante.

e) Las actitudes hacia el rol de autoridad

Ubilluz (2006), Portocarrero (2010), García (2010) y Vich (2010) han realizado distintos análisis de la realidad peruana y la forma en que tenemos internalizadas a las figuras de autoridad, las motivaciones que creemos guían su comportamiento y nuestras expectativas respecto a su accionar en la gestión pública. Esto ejerce un impacto en la manera en la que actualmente concebimos la autoridad en materia política y social, en el rol que asumimos como ciudadanos y la actitud hacia quienes ejercen cargos públicos dentro de la esfera política nacional.

Portocarrero (2010) realiza un ensayo donde utiliza la metáfora del siervo-ciudadano y el patrón-autoridad para describir la relación con la autoridad en Perú. Esta representa un esquema de la realidad mediante el cual los ciudadanos se visualizan como víctimas de las autoridades, quienes abusan de su poder y los consideran seres ignorantes y fácilmente manipulables. Según Portocarrero, para el siervo-ciudadano, la figura del patrón-autoridad representa una ambivalencia de sentimientos: es una autoridad a la que se odia pero a la que, en el fondo, también se le admira. Se desea su poderío, para que una vez que se consiga, poder ir en contra de los otros siervos-ciudadanos, como alguna vez fue su caso.

Es como si la gente, en su calidad de siervo-ciudadano, soñara con terminar la injusticia y afirmar la ley. No obstante, una vez que logran el poder, lo que prima en ellos es el deseo de ser el patrón-autoridad. (Portocarrero, 2010, p. 23)

Las autoridades son claramente percibidas como abusivas y egoístas. Ubilluz (2006) recoge estas mismas impresiones de los ciudadanos, al caracterizar a aquellos que ostentan el poder político y económico en Perú como el personaje del “rico, egoísta y opresor”. Portocarrero (2010) señala que es por esta visión tan negativa y totalitaria que una vez que se ejerce algún tipo de poder, se abusa del que se encuentra *debajo*. Se goza, sostiene, de maltratar al otro y en situarse por encima de él.

En el Perú no se puede gobernar de manera consensuada. Acá lo que funciona es la yuca, el caballazo, la patada, de otra manera nos agotamos en comisiones que no llevan a ningún lugar. Y esto tiene que ver con la desconfianza, con la fragmentación, con la falta de referentes. La demanda de la autoridad fuerte surge del descontrol que resulta de la incapacidad de lograr acuerdos. (Portocarrero, 2010, p. 40).

Vich (2010) considera que este sentimiento de superioridad, al ejercer algún rol que implique poder, busca afirmar una seguridad que se pone en entredicho. Se está a la defensiva esperando ser los vencedores y no los vencidos. Plantea que esta actitud se ve reflejada en diversos elementos cotidianos como, por ejemplo, en la conocida expresión popular: *O les meto la yuca o me la meten*. Así mismo en el lenguaje se valora el ser más vivos que el resto, dividiendo el mundo entre *pendejos* (en Perú, significa alguien vivaz que no respeta normas) y *lornas*, el tonto asociado muchas veces al respeto estricto de lo legal o moral (Ubilluz, 2006).

Para Vergara (2012), bajo esta misma lógica, las autoridades hacen uso del poder que obtienen gracias a los ciudadanos. Consideran su posición política como una escalera que permite la corrupción, el abuso y el nepotismo, siendo muchas veces las primeras en violar las normas que ellas mismas establecen. Entonces, se pregunta, si las mismas autoridades no cumplen con sus leyes, ¿por qué los ciudadanos del común habríamos de hacerlo? Nuestras autoridades, sostiene, parecen hacerse los de “la vista gorda” frente a casos como el contrabando en ciudades de frontera o el narcotráfico, permitiendo que estas mafias crezcan y que algunos se enriquezcan ilícitamente a costa del debilitamiento de nuestras instituciones. Para el autor, si una persona cree en la ley, en un país donde pocos creen en ella, esta se ve presionada a violarla para no perjudicarse, para evitar ser un *lorna*.

Ubilluz (2006) plantea que este sujeto *vivo y criollo* es el mismo que apoyó a Fujimori durante todo su gobierno, no solo porque representaba al viejo patrón (el que sabía poner las cosas en orden), sino porque encarnaba además al nuevo patrón transgresor, con quien incluso sentía cierto placer identificadorio. Este aceptaba y gozaba con las transgresiones de Fujimori en el plano inconsciente mientras que se desentendía de ellas en el plano público.

La pícara o “cachosa” sonrisa ladeada de Fujimori al momento de impartir alguna medida oficial con la que perjudicaba a sus opositores cumplía precisamente esta función...sugerir “involuntariamente” a la masa criolla que él, Fujimori, era más que un tecnócrata...que él, el presidente de la república, era, en breve, un criollo como todos nosotros. (Ubilluz, 2006, p. 47)

Mientras tanto, Fujimori, parecía insinuar con su sonrisa todo un mensaje:

Yo sé que miento. Yo sé que ustedes saben que miento. Pero como hacer política es mentir, no hay que tomarse demasiado en serio mi mentira. Hay que celebrar más bien, cómo sé imponer mi voluntad... A diferencia de Toledo, entonces, Fujimori era un ‘canalla honesto’ (Ubilluz, 2006, p. 47).

Ciertamente, se sabía a voces que tanto Fujimori como Montesinos controlaban los poderes del Estado y las instituciones, así como de las persecuciones y acosos políticos, violaciones a derechos humanos y el control a la prensa. Aun así, la población reaccionó tardíamente frente a estas irregularidades (Bernales, 2000). ¿Podríamos estar hablando de una relación de complicidad entre la autoridad y los ciudadanos? Esta misma percepción surge frente al recién elegido alcalde de Lima Luis Castañeda Lossio quien, a pesar de las importantes acusaciones de corrupción durante sus gestión anterior (fue alcalde por dos períodos, del 2003 al 2006 y del 2007 al 2010), apela a reafirmar un pacto implícito de complicidad con el electorado limeño.

Yo sé que ustedes saben, ustedes saben que yo sé. Juntos nos hacemos los locos y todos salimos ganando. Déjenme seguir con mis chanchullos municipales, yo me hago el de la vista gorda con su informalidad. Como recompensa les construyo escaleras amarillas y nos cepillamos juntos el concepto, esencial para la convivencia, de la solidaridad. (Bruce, 2014, Diario La República)

Por último, en los estudios basados en la EMV (www.worldvaluessurvey.org) Perú está en la parte inferior del eje Tradicional/Secular donde el respeto a la autoridad es un valor importante.

1.2. Los sistemas de creencias políticas nucleares

a) La tolerancia política

Como ya se ha mencionado antes, la tolerancia implica un conjunto de actitudes y comportamientos que favorecen el respeto de aquello con lo que no estamos de acuerdo, lo que no nos gusta y lo diferente (Carrión y Zárate, 2007; Durand, 2004). Sin embargo, la literatura no ha construido una definición y una medición clara y precisa de este concepto. Las revisiones previas han focalizado su atención en dos componentes: la tolerancia social y la tolerancia política. La primera ya ha sido abordada en un espacio anterior, por lo que ahora nos centraremos en presentar algunas de las mediciones más importantes que se han hecho sobre la tolerancia política en particular.

De acuerdo con Orces (2008, citado en Murga, 2012), la tolerancia política se refiere al reconocimiento y la aceptación ciudadana de los derechos de aquellos que critican o están en desacuerdo con la forma de gobierno del país (Seligson et al, 2006). Niveles saludables de tolerancia política garantizan un mayor respeto de las libertades políticas y civiles de una nación. Además, reduce la potencialidad de conflictos serios debido al resentimiento de minorías que se sienten incomprendidas por mayorías intolerantes (Carrión, Zárate y Seligson, 2010).

LAPOP evalúa el nivel de tolerancia frente a las minorías políticas a través de cuatro preguntas relacionadas a la aprobación o desaprobación de algunos derechos por parte de sectores opuestos al gobierno. El promedio de estos cuatro aspectos da origen a un índice general de tolerancia política. Los resultados a nivel latinoamericano arrojan que el panorama de la tolerancia política en nuestra región no es muy alentador, pues prácticamente contamos con dos partes iguales de ciudadanos tolerantes e intolerantes (Latinobarómetro, 2012).

En el caso específico de Perú, la pregunta planteada es: “Hay personas que siempre hablan mal de la forma de gobierno de Perú, no solo del gobierno de turno, sino del sistema de gobierno, ¿con qué firmeza aprueba o desaprueba usted...”

- ...el derecho de votar de esas personas?
- ...que estas personas puedan llevar a cabo manifestaciones pacíficas con el propósito de expresar sus puntos de vista?
- ...que estas personas puedan postularse para cargos públicos?
- ...que estas personas salgan en la televisión para dar un discurso?

Al realizar una recodificación del promedio de las respuestas, en una escala de 0 a 100, en donde 0 representa “muy poca tolerancia” y 100 “tolerancia muy alta”; se obtiene que

Perú cuenta con un nivel de tolerancia de 43.8, que lo ubica por debajo del promedio regional. Además, este indicador continúa disminuyendo respecto a años anteriores, hecho que resulta preocupante (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012).

Cuando se analizan los componentes de la tolerancia en Perú, esta mejora únicamente en el caso de permitir manifestaciones pacíficas de aquellas personas que siempre hablan mal de la forma de gobierno. Asimismo, el grado de apoyo a la democracia (mayor apoyo, mayor tolerancia) y el que se considere que la religión es muy importante en la vida del entrevistado (mayor importancia de la religión, menor tolerancia) son variables que afectarían el nivel de tolerancia política en Perú (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). La relación opuesta entre religión y tolerancia ya ha sido destacada por otros autores (Putnam, 1994; Paxton, 2002).

Nuestra intolerancia también tiene relación con la presencia de actitudes discriminatorias hacia las personas de distinta orientación sexual y estatus social. En primer lugar, con respecto a las actitudes de los peruanos hacia la participación política de los homosexuales, en términos regionales, tendemos a estar más en el polo discriminatorio (35.7) (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Además, un 40% de ciudadanos no cree que la población homosexual tenga los mismos derechos que el resto de peruanos (GfK, Abril 2014), mientras que solo 9% de los limeños considera que nos portamos bien con personas de diferente orientación sexual (Lima Cómo Vamos, 2013). Estas cifras son esperables dado el alto componente autoritario de nuestra población, sabiendo que un alto autoritarismo está muy asociado con la intolerancia hacia lo diferente. De hecho, el autoritarismo se valida gracias al rechazo que se da hacia lo diferente, aquello que no encaja dentro de lo normal (Cornejo, 2010).

Por otro lado, con respecto a la intolerancia racial, cuando se pregunta si las personas de piel oscura no son buenos líderes políticos, los peruanos tienden a estar de acuerdo con esta afirmación, a diferencia de otros como Brasil y Uruguay, que son países menos discriminatorios (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Lima Cómo Vamos (2013) reporta que solo 10% de limeños se comporta bien o muy bien con las minorías étnicas. Estos resultados dan cuenta del nivel de intolerancia que caracteriza a nuestra sociedad.

Con respecto a si los hombres son mejores líderes políticos que las mujeres, cuál consideran que sería más corrupto y quién tendría un mejor manejo de la economía, los resultados arrojan que Perú no presenta actitudes relativamente discriminatorias en este aspecto, comparado con el resto de países de la región (Carrión, Zárate y Seligson, 2012).

b) Las subculturas políticas

Una forma tradicional de apreciar las subculturas ha sido preguntar por la autopercepción de izquierda-derecha. Por ser este un elemento de primer orden en el análisis sociológico-político, se deben destacar algunos trabajos previos realizados en la región latinoamericana y las formas que utilizaron para medir dicha autopercepción.

El continuo izquierda-derecha hace referencia a las posiciones ideológico-políticas de los sistemas y regímenes políticos, gobiernos, funcionarios públicos, políticas públicas, partidos y dirigentes políticos, así como de los ciudadanos (Mair, 2009; citado en Murga, 2012). Gracias a este binomio la realidad social puede organizarse y simplificarse, permitiendo determinar las percepciones de los ciudadanos frente a temas sociales, políticos, económicos y culturales. Se asume que mientras los seguidores de la izquierda apoyan el cambio y abogan por una mayor igualdad política, económica y social, aquellos con tendencia derechista apoyan el orden social en sentido jerárquico, no creyendo en la igualdad social.

Por lo general las encuestas utilizan una escala que va del 1 al 10, en donde 1 representa la posición más a la izquierda y 10 la más pegada a la derecha, generándose así diferentes agrupamientos:

1. **5 categorías:** 1-2 (izquierda); 3-4 (centro izquierda); 5-6 (centro político); 7-8 (centro derecha) y 9-10 (derecha) (Medina y Torcal, 2001).
2. **3 categorías:** 1-3 (izquierda), 4-7 (centro) y del 8-10 (derecha) (Ester, Halman y Rukavishnikov, 1997).
3. Autores como Bobbio (1995) han desagregado este binomio en cuatro componentes: la extrema izquierda, el centro izquierda, el centro derecha y la extrema derecha.

A continuación se presenta un listado con las principales preguntas que miden esta autopercepción ideológica (Murga, 2012):

Fuente	Preguntas
EMV (Inglehart, 2001, V248)	En temas políticos la gente habla de izquierda y derecha. De acuerdo con sus opiniones, ¿Dónde se colocaría usted en esta escala, hablando en términos generales?
Barómetro de las Américas- LAPOP, Informe Bolivia 2004	En esta tabla hay una escala que va de izquierda a derecha, donde 1 es extrema izquierda y 10 extrema derecha. Cuando se habla de tendencias políticas, se dice que una persona es de izquierda o que es de derecha...Ud. mismo cuando califica a una persona dice ese es de izquierda y ese es de derecha. ¿En esta escala, políticamente usted dónde se ubicaría?
Encuesta Social Europea (Torcal et al, 2005)	En política a veces se habla de “izquierda y derecha”. Utilizando esta tarjeta ¿Dónde se colocaría usted en esta escala? El 0 quiere decir “izquierda” y el 10 “derecha”.
Encuesta Hewlett 1998 (Camp 2007)	En la política, uno generalmente habla de la “izquierda” y la “derecha”. En una escala de 1 al 10, donde el “1” denota izquierda y el “10” la derecha. ¿Dónde se ubicaría usted?
Latinobarómetro (2008)	En política se habla normalmente de “izquierda” y “derecha”. En una escala donde “0” es la izquierda y “10” la derecha, ¿Dónde se ubicaría Ud.?

En el contexto nacional, encuestas recientemente realizadas en Lima por la empresa GfK (octubre 2014), revelan que un importante 41% no se identifica con ninguna ideología política. Aun así una cuarta parte de limeños (24%) se declara de derecha y un quinto (20%) se ubica en el la postura de centro. En menor medida (14%) se ubica como de izquierda. Es interesante cómo el apoyo a movimientos de izquierda se reduce en la capital versus el interior del país (19%). Estamos pues frente a una mitad de limeños de centro-derecha y otra mitad que no se auto identifica con ninguna posición, tendencia que se relaciona con la desafección política de los últimos años.

¿Qué caracteriza a personas que se auto perciben de izquierda? Considerando únicamente a los encuestados en Lima (GfK, Octubre 2014), entre las personas que se auto perciben de izquierda hay una mayor proporción de hombres (61%) y de gente que dice estar muy informada del acontecer político nacional (37%). La proporción de personas del nivel socioeconómico (en adelante NSE) Alto (A) y Medio Tradicional (B) es de 28%, ligeramente más grande que la presencia de estos dos sectores en el conjunto de la población (24%). Esto podría estar relacionado con el apoyo que tuvo en estos sectores la alcaldesa Villarán (de centro izquierda) durante su gestión (2011-2013).

Según la misma encuesta, entre quienes se auto perciben de derecha en Lima, un 33% son de los niveles socioeconómicos Alto y Medio Tradicional (A y B respectivamente). Asimismo, a diferencia del resto de segmentos, se caracterizan por contar con un régimen laboral más estable, en donde 42% declara figurar en una planilla dentro de su centro de labores. En el caso de los autodenominados de Centro, lo que prima son personas de nivel socioeconómico Medio Emergente (NSE C) y Bajo (NSE D) (46% y 28% respectivamente). Un 77% dice estar algo, poco o nada interesado en temas políticos. Como si decir que se es de Centro fuese una forma de manifestar el poco interés por estos temas. Para Ponce (2010), definirse de Centro podría expresar el deseo de no querer identificarse con ninguna postura política que, a la larga, sería una aceptación de la postura hegemónica. Por ejemplo, a través de entrevistas a jóvenes limeños universitarios (de 18 a 26 años), Ponce (2010) encuentra una actitud generalizada de desconfianza hacia las instituciones políticas y hacia quienes participan en ella. La participación política no resulta atractiva para ellos porque, más que beneficios colectivos, se cree que dicho involucramiento solo sirve para satisfacer intereses individuales.

Si bien 44% se declara de centro y derecha, el 41% no se identifica con ninguna tendencia política (ni izquierda, centro o derecha). Entre estas personas hay mayor proporción de personas de los niveles socioeconómicos más bajos (42% de NSE D y E), mujeres (56%) y amas de casa (35%). Además, como es de esperarse, muestran menos interés que el resto de grupos en seguir lo que ocurre en la política local (GfK, octubre 2014).

Como señala Murakami (1,999), en los estudios sobre este tema, se ha pasado de ver a las personas de menores recursos como altamente activas políticamente a presentar información, como la expuesta, que habla de desafección política. Mientras hace algunos

años estos segmentos eran vistos como parte de los movimientos sociales y sindicatos para conseguir mejoras en su calidad de vida (Rodríguez et al, 1976; Guerrero y Sánchez León, 1977; Riofrío, 1991), hoy la gran mayoría se declara apolítica. Diera la impresión que, al menos para un segmento importante, la decepción política, las promesas no cumplidas y la sensación de exclusión han terminado por socavar sus esperanzas.

Veinte años atrás, el panorama resultaba algo distinto. Para entonces, la gran mayoría se calificaba de centro, mientras que existía un rechazo contundente hacia la izquierda por tratarse de una ideología política muy relacionada a los terroristas. Las mujeres se mostraban más indecisas respecto a su orientación política. Quienes se inclinaban más hacia la derecha moderada eran los hombres, personas de 46 a 60, de sector medio alto, solteros y ambulantes; mientras que las personas con simpatía hacia la izquierda moderada eran los desempleados, retirados y sin ingresos. Por su parte, la gente con educación superior adoptaba mayormente la postura de centro (Tello, 1994).

Otra investigación que abordó el estudio de diferentes tipos de cultura política en los limeños fue la realizada por Stokes (1995) en el distrito de Independencia. Ella describe la existencia de dos subculturas políticas mutuamente excluyentes, que probablemente también coexistan en otros distritos populares de la capital. Para diferenciar a ambos grupos, Stokes utilizó las respuestas a las siguientes interrogantes:

- ¿Qué es mejor para conseguir beneficios para el barrio? ¿Proceder a trámites legales o acudir a la fuerza?
- ¿Aceptarían una oferta de trabajo, a condición de no pertenecer al sindicato?
- ¿Las organizaciones en su barrio deben depender del gobierno central?

Así, obtuvo un primer grupo al que llamó “clientelista” y tradicional, sumiso frente a la autoridad y fiel ante el ofrecimiento de favores a cambio de su apoyo incondicional. En segundo lugar, un segmento llamado “radicalista”, cuyo discurso abogaba por la igualdad social y la defensa de los derechos humanos.

Otro estudio sobre subculturas políticas en Lima puede apreciarse en el trabajo con vendedores ambulantes desarrollado por De la Flor (2000). Su investigación se realizó en tres momentos: 1985/1986; 1994 y 1996, bajo la modalidad de entrevistas a profundidad. Dentro de los temas que abordó encontramos la percepción que se tenía del país, las preocupaciones políticas así como sus experiencias con la política durante su vida, sus conocimientos sobre organización política y sus orientaciones de los cambios en la política peruana y los líderes políticos. A partir de los análisis estadísticos realizados y, utilizando un análisis factorial no métrico (Princals/SPSS), se establecieron un conjunto de dimensiones de pensamiento político. Posteriormente, a través de un análisis de conglomerados se describieron las similitudes y diferencias para establecer tipologías. De esta manera se identifican tres grandes grupos a partir de sus diferentes pensamientos políticos:

- Un primer segmento orientado a la búsqueda de un liderazgo político en una *Presidencia Fuerte*, el cual expresa un nivel muy básico en el desarrollo político. En este caso, la política se basa en líderes personalistas, teniendo al Presidente a la cabeza como figura y guía hacia la seguridad. Muestran preferencia por gobiernos de corte autoritario.
- Un segundo grupo ha sido llamado *Medianamente Inmaduros* políticamente. Tienen una visión positiva de la política, tanto de ciudadanos como de autoridades. Se encuentran en una etapa anterior a la mayor madurez política, se centran en la acción concreta y honesta de los líderes políticos.
- El tercer y último segmento *Más Maduro* tanto en su pensamiento político y más cooperativo. Se basa en la institucionalización. Interesante que este último grupo haya estado conformado exclusivamente por ambulantes jóvenes que formaron parte del primer estudio de la autora (1985/1986), de manera previa al gobierno fujimorista y la crisis institucional.

Amat y León (2006) presenta una tipología de los peruanos, construida a partir de valores y modos de comportamiento que adoptamos en diferentes situaciones. El autor plantea que adecuamos nuestra conducta a las diversas circunstancias que se afrontan y que en cada una de ellas ponemos en acción algunos de los roles que tenemos incorporados. Utiliza la metáfora de los “disquetes” para describir cómo vamos cambiando comportamientos de acuerdo a lo que consideramos más apropiado para cada ambiente y más efectivo para lograr nuestros objetivos.

Describe seis modelos de conducta, que varían y se ajustan tanto al escenario como a las personas con las que interactuamos. Asimismo, si bien cada grupo social se ubica en mayor o menor grado sobre uno de los modelos de comportamiento, su presencia se encuentra esparcida según la actividad específica. En cada oportunidad tenemos que escoger el disquete adecuado. Estos modelos son:

- El modelo andino se encuentra fuertemente arraigado en las tradiciones religiosas y sociales de los pueblos de la sierra y en la actividad económica del campesinado. Quienes adoptan este modelo buscan la armonía con la naturaleza y para ello, organizan su vida en comunidad sobre la base de la reciprocidad.
- El modelo colonial lo tenemos incorporado en nuestro subconsciente: responde a la figura del peón y la del señor latifundista, la del indio y el patriarca. Esta representación se produce por ejemplo cuando los sindicatos se refieren a los empresarios como los “abusivos” y los empresarios con sensibilidad social consideran que tratan bien a su “gente”. Cuando buscamos un favor personal y nos valemos de algún tipo de parentesco o la jerarquía para salir beneficiados estamos haciendo uso de este modelo. Cuando apelamos a nuestra autoridad o nuestra posición social.
- El modelo populista se representa en todas aquellas situaciones en las que buscamos gozar de algún tipo de influencia, sobre todo en el Estado. No solo se

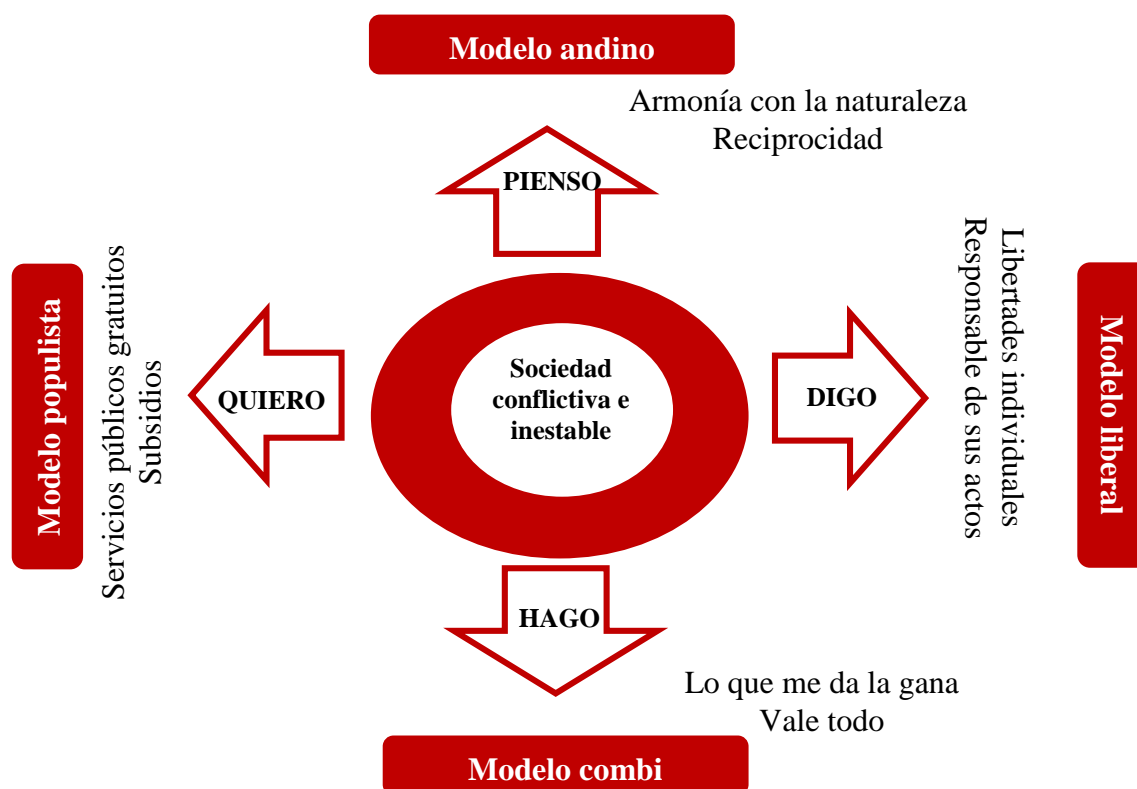
aplica a los funcionarios públicos (8.2% de la PEA), sino a todos los que creen que el Estado es el ente que debe resolver sus problemas y en el cual depositan su fe y esperanza. Encaja para quienes el Presidente de la República es el salvador del país.

- El modelo liberal se afianza en la vida corporativa y empresarial, en la gran y mediana empresa. Su principal objetivo es la acumulación de riquezas y bienes materiales, hecho que genera una competencia por los recursos y un caldo de cultivo para los conflictos sociales. La base de este modelo la conforman las empresas más capitalizadas y de mayor productividad, las que producen el 46% del PBI pero solo emplean al 9.1% de la PEA. Se trata del núcleo moderno de la economía del país. Nos es útil en cualquier contexto en el que debamos mostrar solvencia económica. Cabe añadir que este modelo es el más frecuente en los países más desarrollados. Sin embargo, si bien se asocia con crecimiento económico y una población más educada, también es excluyente y es la fuente de la desigualdad social.
- El modelo de sobrevivencia tiene la finalidad de subsistir. Quienes mayormente lo adoptan son las personas que buscan mejorar su calidad de vida y salir de la pobreza. Su estrategia es clara: trabajan en lo que sea con tal de mejorar su situación y la de su descendencia. Podemos encontrarlo principalmente en los microempresarios, en los trabajadores independientes no calificados y los campesinos en el área rural (73.5% de la PEA).
- Por último, el modelo combi se caracteriza por la primacía del beneficio personal a costa de los derechos de los demás. Por lo general, la consigna en este caso es ganar dinero de manera rápida y fácil. En estas circunstancias, las personas nos tornamos agresivas y desconfiadas, las lealtades se vuelven frágiles y los consensos son cada vez más difíciles de lograr. Es el modelo que se asume más eficiente para obtener ingresos y satisfacer nuestras necesidades con prontitud. Es el que utilizamos cuando, por ejemplo, cerramos el paso en nuestros autos si es que estamos apurados en una zona con alta congestión vehicular, o cuando nos colamos porque estamos apurados, es decir, conductas que demuestran nuestra falta de respeto por los demás. Para el autor, el modelo combi no es más que una respuesta a la falta de autoridad y a la fragilidad de nuestras instituciones. Para Amat y León, es preocupante que el modelo combi sea cada vez más hegemónico en nuestro país, permeando su influencia a todos los sectores de la sociedad. El gran desafío de los peruanos es evitar que este modelo continúe expandiéndose y que deteriore aún más las instituciones, deforme las conductas personales y la vida colectiva.

El autor sintetiza su propuesta en la siguiente figura, en la que se ubican los modelos más característicos de los peruanos. En principio, nos ubica como una sociedad conflictiva e inestable, en la que terminamos contradiciéndonos al hacer cosas distintas a las que pensamos y sentimos. Por ejemplo: pensamos en función al modelo andino, buscando la armonía y la reciprocidad; sin embargo, decimos cosas relacionadas al modelo liberal, en la que manifestamos nuestro apoyo a las libertades individuales y nos hacemos

responsables de nuestros actos. Todo esto ocurre en un contexto en el que realmente queremos vivir en un modelo populista, donde los servicios públicos sean gratuitos y el Estado nos subsidie muchos beneficios. Y al final, actuamos según el modelo combi, en el que hacemos lo que nos da la gana bajo la filosofía del *vale todo*.

Gráf. 20. Modelos de conducta de Amat y León



Es interesante que esta propuesta se alinee con otras investigaciones que tocan temas como la transgresión de las normas y fenómenos como la corrupción, así como la pérdida de la confianza en las instituciones. Todos estos temas importantes para comprender la compleja ideología de los peruanos.

Torres (2010) plantea una clasificación de los peruanos, más política, en función a sus orientaciones hacia la democracia. Parte del cruce de tres preguntas consideradas en ediciones previas de la encuesta Latinobarómetro: si la democracia es preferible a cualquier otro sistema de gobierno, si la democracia puede funcionar sin partidos políticos y si aquella puede funcionar sin un Congreso nacional.

De esta manera, Torres nos presenta los siguientes cuatro segmentos:

- **Los demócratas institucionales:** Son aquellos ciudadanos que consideran que la democracia es preferible a cualquier otro sistema de gobierno y que tanto los partidos políticos como el Congreso son fundamentales para garantizar la vigencia de la democracia en nuestro país. Cabe resaltar que solo alrededor del

27% de peruanos forman parte de este grupo más democrático. El resto se distribuye en los segmentos que serán descritos a continuación

- **Los seudo demócratas:** Al igual que los demócratas institucionales manifiestan su apoyo incondicional al sistema democrático, pero no consideran indispensable la presencia del Congreso y de los partidos políticos en la escena política local. Esta postura se encuentra alineada al concepto de “tendencia plebiscitaria” planteado por Murakami (2000), quien sostenía que en nuestro país lo que sustenta la legitimidad y el respaldo popular hacia un dirigente o líder es su capacidad para obtener resultados beneficiosos para el pueblo, más que el respeto a los principios democráticos. No llama la atención entonces que al menos uno de cada tres peruanos se ubique en este grupo para el cual, si bien la democracia otorga el derecho a elegir a un gobernante, la estabilidad de este en el cargo está siempre sujeta a su buen desempeño, no a un marco constitucional.
- **Los proautoritarios:** Estos ciudadanos creen que en algunas circunstancias es preferible un gobierno autoritario, mostrando cierta indiferencia por instituciones como el Congreso o los partidos políticos. Es decir, no solo desconfían de las instituciones sino también de la propia capacidad del pueblo para elegir a sus representantes. Por eso, apoyan la opción de salirse del sistema democrático cuando las circunstancias lo ameriten. Este grupo representa al 19% de los peruanos.
- **Los indiferentes:** Finalmente este segmento de ciudadanos considera que le da lo mismo un régimen autoritario que uno democrático. Los resultados muestran que uno de cada cuatro peruanos mantiene una relación distante y de desconfianza hacia el sistema político. En general, este suele ser el grupo de ciudadanos que, en caso de una crisis política, son firmes candidatos a apoyar líderes radicales y antisistema.

c) **La eficacia frente a la alienación política**

La eficacia política se entiende como la sensación que tiene la persona de ser capaz de influir en el gobierno. Un autor importante con relación al concepto de eficacia política es Robert E. Lane (1959,1962). Primero en *Political Life* (1959) y luego en *Political Ideology* (1962), desarrolla este concepto. Como otros de su generación, influenciado por el Psicoanálisis y la psicología en general, busca integrar en el análisis del comportamiento político el rol que cumplen diversos aspectos de la personalidad. En *Political Life* (1959) se presta del Psicoanálisis el concepto de Fortaleza del Yo. Este último alude a la capacidad de la persona para manejar sus impulsos y, lo más importante con relación al comportamiento y actitudes políticas, el sentimiento de que es capaz de controlar e influir sobre su entorno para canalizar sus deseos. El yo, sostiene Lane, debe aprender los medios y beneficios de controlar su entorno (con relación a la satisfacción de sus impulsos) y, desde ahí, su destino. Un yo débil tiene poca confianza en la propia capacidad de planificar, percibe que su influencia sobre el entorno es mínima y considera

que el mundo es impredecible. En estos casos, se tiende a ver el mundo como algo inamistoso, opresivo, frustrante, con una actitud fatalista. Esta actitud general, que en parte depende de la socialización infantil, se extiende a la política.

No debe ser sorprendente que las personas con esta actitud también tiendan a sentir que las decisiones políticas están fuera de su alcance y que los políticos no escuchan a 'personas como nosotros'. (Lane, 1959, p. 148)

Así como puede influir negativamente, lo puede hacer en un sentido positivo. Señala que en diversas investigaciones, las personas con un mayor sentimiento de Eficacia Política (derivado en primera instancia de este yo fuerte) están más interesadas y participan más en política, están más informadas y demandan más de la misma. Lane se pregunta qué pasa con este Yo y el sentimiento de eficacia cuando el entorno social o político no favorece un adecuado desarrollo. Menciona que los estudios tienden a asociar una mayor sensación de Eficacia Política entre hombres, personas con mayor estatus social y educativo. Bajos niveles de eficacia política se registran en mujeres y en sectores de bajo estatus social. Sin embargo, señala, son tendencias y esto no siempre ocurre. Si bien le da mucha importancia al proceso de socialización incorpora en su análisis el rol del sistema político. Esto es, la persona puede haber pasado por un proceso de socialización que le haya permitido o no un yo fuerte pero puede que las circunstancias actuales lo lleven a un proceso de aprendizaje diferente. La sociedad puede reforzar o inhibir este sentimiento y llevar a la persona a generalizarlo a un sentimiento de eficacia/ineficacia política.

Posiblemente, entonces, en cierta medida, la sensación de eficacia política se relaciona menos con profundas cualidades de la personalidad que la actual capacidad de respuesta de las autoridades gubernamentales. (Lane, 1959, p. 151)

En esa misma línea, considera, que el ejercicio mismo de los derechos políticos o la participación política (votar, escribir a las autoridades, participar en discusiones políticas) podría desarrollar la sensación de eficacia “como en un juego de roles, votar y hablar de política puede alterar las actitudes personales hacia las actividades en las que se compromete” (p. 153). En síntesis, el sistema mismo o la relación con el sistema puede inhibir o reforzar actitudes previas.

Para Lane, la estructura social afecta el comportamiento político de dos maneras: motivándolo (impactando en actitudes como la de eficacia política, entre otros) y a través de la disposición de recursos para alcanzar los fines deseados. En ese sentido, concluye que para incrementar la participación política (el objetivo inicial de su investigación) se debe orientar el enfoque no tanto a la participación (o al sujeto) en sí, si no a la naturaleza

de la sociedad en la que la vida política se desarrolla. Las instituciones en las que se desarrollan y con las que interactúan los sujetos deben ser el foco.

La vida política es una expresión de los valores, de las instituciones y las tensiones de la sociedad; los síntomas políticos que aparecen como patológicos, desde el punto de vista del modelo democrático, son reflejos de las disfunciones de las instituciones sociales. (Lane, 1959, p. 356)

Un aspecto interesante es el análisis que hace Lane de las estrategias que desarrolla una persona con baja sensación de eficacia política (más allá de sus orígenes) para enfrentar este desagradable sentimiento. Señala que puede mostrarse indiferente u hostil hacia asunto públicos donde siente que nada puede hacer pero si los hechos le afectan directamente, como puede ser el caso de un aumento del costo de vida, la actitud cambia. Lo convierte en un asunto personal, no lo ve como un problema social "...y lo enfoca totalmente en cómo le afecta a sí mismo".

El mundo de la persona con un bajo sentido de eficacia política es un mundo personal, no un mundo social o político, y está lleno hasta el borde de sus propios e inmediatos problemas personales. (Lane, 1959, p. 153)

Es una forma diferente de entender un individualismo que responde más a una sensación de impotencia frente a lo público (motivado por el sistema y/o la socialización) que al egoísmo en sí.

Luego, Lane (1962) publica su libro sobre ideología política, un año antes que aparezca La Cultura Cívica. Entre otros, aborda el tema de la eficacia política pero desde el concepto de alineación. Define la misma como:

...la sensación de extrañamiento de una persona con relación a la política y al gobierno de su sociedad...un sentimiento de que estos asuntos públicos no son "mis asuntos", que el gobierno no es "mi gobierno"... (Lane, 1962, p. 161)

Entiende la alienación como una "desidentificación", que es más que un desinterés, implica un rechazo y a la vez la sensación de no pertenencia. Considera que se pueda describir como un síndrome compuesto por diversas actitudes:

- La persona percibe que no tiene influencia en la política y no participa, que es más un objeto que sujeto de la misma. Participar en política es inútil, no tiene sentido.
- Considera que el gobierno no se preocupa por la persona. No es su gobierno.
- Se percibe que las reglas del juego son injustas, que el sistema, las leyes, la constitución es ilegítima.
- La persona no sabe o duda sobre qué tipo de rol podría jugar él como ciudadano en su participación política.

El opuesto sería un sentimiento de integración, de lealtad (allegiant) con los valores centrales, la moral del sistema político. Una actitud de lealtad y de apoyo al sistema existente. Cita a Riesman (La Muchedumbre Solitaria) para decir que parte de este discurso de la alienación percibe la existencia de una clase dominante tanto en lo económico como en lo político que es la que “maneja” todo. Es un mundo de “ellos” donde las personas “hablan en la voz pasiva”. Se percibe no solo que el gobierno no se preocupa por él sino que sí se preocupa por los intereses de los poderosos o, simplemente, de otros. Como dice Lane, se tiene la sensación de tener un gobierno de otros para otros en un conjunto de reglas injustas. Un aspecto importante es que, a diferencia de lo que Lane llama “tradicionalista” (que sería el apático en La Cultura Cívica) donde nunca se ha dado un vínculo mayor con el gobierno, en el caso del alienado, este es consciente de la existencia de alternativas y sufre por lo que no tiene. Este sufrimiento generado por la sensación de injusticia llevará, finalmente, dice Lane a *producir la demanda por un nuevo César que alivie al hombre de sus preocupaciones y miedos*. (Lane, 1962, p. 403).

Siempre en la línea de los estudios de personalidad y política, Lane habla de las “patologías del hombre democrático” para dar cuenta de la existencia de ciertas identidades no favorables a la democracia producto del proceso de alienación descrito. Entre ellas, destacamos algunas que él denomina patologías sociales y culturales: la anomia, el cinismo y el tradicionalismo.

La anomia la define como la sensación de confusión y pérdida de valores. Señala que no hay consenso con relación a su origen. Para Merton sería producto de la discrepancia, en la cultura existente, entre las metas y los medios para conseguir dichas metas. La apatía (el retraimiento de la política) y la rebelión caerían en esta categoría. Por otro lado, cita a De Grazia para indicar que la anomia se da cuando se pierde la fe en los gobernantes y sus códigos de conducta. En esas situaciones se dará una sensación de abandono e inseguridad que predispone a *falsos profetas políticos*. Por otro lado, en el cinismo, la persona no percibe ni en la sociedad ni en sí mismo valores a tomar en cuenta. Lo que prima es *el reino de sí mismo*. A su vez, por tradicionalismo, Lane entiende lo que Almond y Verba denominaron apatía. Es la persona pasiva que percibe que la sociedad es la que actúa sobre ella. Considera que ella misma no tiene el derecho o la capacidad de influir en asuntos públicos. Para el tradicionalista, la distancia de lo político es visto como cosa natural, que solo ocurre. No se siente alienado con relación al gobierno o la

política porque nunca se sintió parte de la misma. Pueden estar contentos con lo que hay porque no esperan nada, nunca se ha dado un vínculo significativo con el sistema.

Como bien señala Bergere (1991), el concepto de alienación ha sido criticado por su carácter polisémico pero, como la misma autora señala, lo mismo ocurre con conceptos como los de trabajo, y otros que son parte de la teoría social (paradigma, nacionalismo, etc.). En ese sentido, la misma Bergere (1991) considera que es importante hacer un análisis específico de los diferentes tipos de alienación existente: religiosa, económica, jurídica, política, etc., así como diferenciar entre las aproximaciones que se acercan a la comprensión de la alienación en tanto característica de la existencia humana, estado psicológico o proceso social. En este caso, nos interesa la alienación política en tanto proceso psicosocial. Bergere señala cómo este concepto y otros relacionados (como el de eficacia política, entre otros) son importantes para entender la participación política. Se señala así el trabajo de Finifter (1970) donde se aplican las dimensiones de la alienación, desarrolladas por Seeman (1959), al análisis y conceptualización de la alienación política. Finifter menciona cinco formas de alienación política, describe cuatro de ellas y profundiza en dos: la Anomia (*normlessness*) y la Impotencia (*powerlessness*). Es importante resaltar que en su enfoque considera que las mismas están vinculadas a la experiencia, directa o indirecta con el mismo sistema político. Incluso plantea que en el futuro se deben incorporar elementos vinculados al sistema político si se desea elaborar un modelo comprensivo de la alienación política. Además señala que en todas o casi todas estas modalidades se observan bajos niveles de confianza social.

El concepto de percepción de falta de normas (*perceived political normlessness*), está inspirado en el concepto de Anomia de Durkheim. Se define como la percepción personal de que las normas que buscan regular las relaciones políticas no funcionan. Ejemplo de ello sería la percepción de que los funcionarios o los políticos no cumplen la ley y hacen lo que a ellos les parece. La persona no percibe que ella misma sea alguien que incumple las normas sino que son los funcionarios o políticos los que no cumplen con lo que deberían. Finifter habla de *cinismo político*. Observa que altos niveles de anomia están relacionados con una mayor percepción de injusticia (no todos son iguales ante la ley) y que esto podría estar relacionado con que estas personas tienen un mayor conocimiento y/o experiencia (negativa) con el sistema político, ya sea en aspectos del *input* como del *output*.

El sentimiento de *political powerlessness* o de Impotencia Política es el reverso de la Eficacia Política descrita por Lane (1959). Es el sentimiento de que la persona no puede influir en las decisiones o acciones de gobierno. Se percibe que la política es *algo que sucede* sin conexión o relación con los deseos de la persona. Señala que estas personas con una percepción de baja eficacia política no gustan participar en ningún tipo de asociación, ya sea esta religiosa o no.

La modalidad de *Political Meaninglessness* (*Carencia de Sentido* según Bergere, 1991), es entendido como el sentimiento de que la acción política de quien está en el poder no es predecible. Es no entender cuál es el sentido de lo que ocurre en la política y/o que lo que ahí sucede no se llega a entender ni se puede anticipar. Estaría relacionado con el concepto de Eficacia Política Interna de Lane relacionado con el sentimiento de no entender que es la política o qué hacen los políticos o funcionarios.

Por último, el Aislamiento Político (*political isolation*) se refiere al rechazo a las normas y convenciones políticas compartidas por otros. Se diferencia de la anomia porque en esta última está implícita que la persona acepta las normas que percibe que los demás no cumplen. En el aislamiento, votar o participar en debates (obligaciones políticas socialmente consensuadas) no tiene sentido o es vista como un formalismo. Según Lane (citado por Finifter) para estas personas, las reglas del juego son injustas, sesgadas, ilegítimas. Se rechaza todo lo que sea visto como políticamente convencional.

Bergere (1991) señala que la relación que se observa entre la alienación/eficacia política y la participación debe llevar a diferenciar entre la participación política convencional (que en algunos casos se rechaza) y la no convencional (que podría ser un canal de expresión). En ese sentido, considera que también se debe tomar en cuenta las diferencias entre la motivación intrínseca y extrínseca. Señala, por ejemplo, que en su investigación sobre actitudes políticas entre trabajadores, identificó una relación entre motivación expresiva de valores (intrínseca) y participación política. El mismo Finifter (1970) plantea que la alienación en tanto *powerlessness* puede ser funcional al *statu quo* pero que el sentimiento de “normlessness”, de anomia puede ser lo que él denomina “orthofuncional” (del griego “orthos” que significa estricto, corregir, poner en orden) antes que disfuncional. Citando a Geertz, señala que la anomia supone la expresión de una incongruencia entre los patrones culturales (la cultura política) y la organización social (el sistema político) que permite identificar aquellos aspectos que promueven el cambio. Esto supondría que en ciertas circunstancias estos sentimientos de anomia podrían llevar a que estas personas privilegien lo que en la literatura se denomina participación política no convencional (marchas, huelgas, etc.) como una forma de buscar que se reduzca la inconsistencia entre cultura y sistema político. Un concepto vinculado a lo que luego Dalton y Welzel (2014) denominarán, en un tono más positivo, *ciudadano asertivo*. Para Finifter, como veremos más adelante, en ciertas circunstancias, la anomia puede llevar a que las personas demanden al sistema, de manera más o menos activa, el cumplimiento de normas. Esto se daría porque, aunque parezca paradójal, estas personas serían leales a un conjunto de ideales a los que la comunidad adhiere pero que son constantemente dejadas de lado.

Finifter desarrolla un esquema donde pone en relación la *anomia política* con la *impotencia política*. A partir de esto, plantea cuatro tipos de posibilidades donde el rechazo al sistema (la alienación en términos de Almond y Verba), la apatía, la orientación a la reforma y la integración serían el resultado de una combinatoria de estas dimensiones.

Gráf. 21. Dimensiones de la alienación política (Finifter, 1970)

DIMENSIONES DE LA ALIENACIÓN POLÍTICA TIPOS DE COMPORTAMIENTO POLÍTICO ASOCIADO A LA COMBINACIÓN DE DOS TIPOS DE ALIENACION POLÍTICA (HIPÓTETICA)			
		Impotencia política	
		Alta	Baja
Percepción de falta de normas	Alta	Falta de compromiso extrema. Movimientos separatistas y revolucionarios. Retiro total.	Orientado a las reformas. Grupos de protesta trabajan dentro del marco institucional.
	Baja	Apatía. Bajos niveles de involucramiento político.	Integración política. Participación conformativa

Finifter señala que algunos de los tipos de movimientos políticos que se podrían derivar de la tipología arriba descrita, en particular aquellos donde hay una fuerte anomia, son similares a los descritos por Smelser (1963) y que el mismo denomina como movimientos orientados por valores (revolucionarios) y movimientos orientados por normas (de protesta). Los orientados por valores se darían con mayor probabilidad cuando las personas no solo perciben el incumplimiento generalizado de normas sino que tienen un importante sentimiento de impotencia ante el sistema (Ineficacia Política). Quieren el cambio del mismo y rechazan el actual en su conjunto. Que estas personas pasen del simple rechazo a la acción revolucionaria dependería más de otros aspectos tales como la oportunidad o características personales (sentimiento de eficacia personal). Ahí donde la anomia se combina con bajos sentimientos de impotencia (Eficacia Política), se daría mayores posibilidades de que se desarrollen movimientos orientados a las normas, esto es, que busquen ciertos cambios, mejoras, incrementos, etc. a normas existentes. Una orientación más reformista.

Hayes & Bean (1993) distinguen dos dimensiones separadas, pero a la vez complementarias en la Eficacia Política: la Eficacia Política Interna y la Externa. La eficacia interna hace alusión a la imagen que el individuo tiene de sí mismo como ciudadano capaz de actuar e influir políticamente, mientras que la externa tiene que ver más bien con la imagen que se tiene del sistema político (instituciones, gobernantes, funcionarios y políticos) y la receptividad a las demandas que provienen de diferentes sectores de la sociedad.

Una variable fundamental en la salud global de los sistemas democráticos es el sentimiento de eficacia interna que manifiestan sus ciudadanos (Murga, 2012). Almond y Verba (1970) la consideraban una competencia subjetiva, en donde nuestras creencias y sentimientos respecto a nuestra capacidad para participar e influir en asuntos

propriadamente políticos determinaban en buena medida nuestro accionar en la sociedad. Estos autores construyeron una batería de cinco preguntas referidas al gobierno local, en donde se les preguntaba a los entrevistados si podían entender la política local e influir sobre dicho gobierno; si tenían alguna esperanza de éxito al influir en el gobierno local y si alguna vez intentaron hacer valer esa influencia. Dichas respuestas, clasificadas previamente en positivas y negativas, distribuyeron a los encuestados en seis categorías, desde el grupo con puntuación máxima (5) que demostró tener el mayor grado de competencia subjetiva, hasta el grupo de ciudadanos políticamente incompetentes (0). Aquellos con puntajes 4 y 5 fueron catalogados como ciudadanos confiados –alta competencia subjetiva– y los valores 2-3 consignaban a los sujetos con competencia media. De esta forma, los ciudadanos eficaces vienen a ser aquellos que creen tener los medios para decirle al gobierno lo que piensan y que, a su vez, sienten que son escuchados por estos funcionarios.

Otra de las mediciones clásicas de este constructo es planteada por Campbell et al (1954), quienes construyeron una batería de cinco ítems y, en función al grado de acuerdo, distinguieron a los ciudadanos políticamente eficaces:

1. A veces, la política y el gobierno parecen tan complicados que una persona como yo realmente no puede entender qué está sucediendo.
2. El voto es el único medio por el cual la gente como yo puede opinar acerca del modo en el que el gobierno maneja las cosas.
3. No creo que a los funcionarios les importe mucho lo que piensa la gente como yo.
4. La gente como yo no tiene ninguna participación en lo que hace el gobierno.
5. El modo en que vota la gente es lo principal para decidir cómo se manejan las cosas en este país.

Es importante mencionar el avance empírico en las mediciones de este concepto, cuyos hallazgos han confirmado que las personas que se sienten políticamente competentes tienen más probabilidades de seguir regularmente en la política, de prestar más atención a campañas electorales y también discutir más sobre cuestiones políticas (Murga, 2012). Incluso, muchas de estas personas tienen una orientación mayoritariamente democrática.

A continuación, se presentan algunas escalas de medición utilizadas a nivel latinoamericano, como la pregunta propuesta por Portes (1970): Tomando en cuenta la siguiente situación:

1. Tomás dijo: “lo mejor es estarse quieto y no meterse en política. Después de todo, los pobres tienen muy poca influencia en el país”.
2. José dijo: “es necesario organizarse y participar en política. Los pobres si actúan con decisión pueden cambiar el país”.

De manera seguida se le pide al entrevistado que diga quién tiene la razón: 1) Tomás, 2) José y 3) Ninguno.

Más recientemente, Durand y Smith (1996) construyeron una escala sobre la eficiencia de la persona en la política, con el fin de conocer la percepción del entrevistado en relación a su mundo político. La escala se aplicó en el contexto mexicano y consideró el siguiente texto: “Ahora le voy a leer otras frases sobre política y le agradecería que me diga si está de acuerdo o en desacuerdo con:”

1. Votar es la única posibilidad que tienen las personas como yo para decir si el gobierno hace bien o mal las cosas.
2. Yo no creo que los funcionarios del gobierno se preocupen mucho sobre lo que las personas como yo piensan.
3. A veces, la política y el gobierno parecen tan complicados que una persona como yo no puede realmente entender.
4. Personas como yo no tienen cómo influir en lo que el gobierno hace.

Aparentemente, los resultados destacan una ciudadanía mexicana fuertemente alicaída de eficacia política, pues tres cuartos de ellos (75%) creen que el voto es el único mecanismo para determinar si un gobierno está haciendo bien las cosas. También se percibe un fuerte desinterés por parte de las autoridades por las opiniones de los ciudadanos.

El Latinobarómetro propone una medición adicional sobre la eficacia política, preguntando a la ciudadanía “qué es lo que considera más efectivo para que usted pueda influir en cambiar las cosas”:

1. Votar para elegir a los que defienden mi posición;
2. Participar en movimientos de protestas y exigir los cambios directamente; o
3. Si cree usted que no es posible influir para que las cosas cambien.

En el caso peruano, de acuerdo con los resultados de GfK (Julio, 2014), cuando se les pregunta a los limeños por su comportamiento habitual cuando va a votar por alcaldes y presidentes regionales, prácticamente la mitad de ciudadanos (46.4%) señala que solo acude a las urnas porque es su deber y no quiere pagar una multa. Si a este porcentaje le sumamos el 7.5% de personas que votan con molestia y que sienten que solo están perdiendo su tiempo, tenemos una mayoría de ciudadanos limeños inconformes y con un bajo sentimiento de eficacia política externa, que difícilmente creen en el impacto de su voto y se sienten poco motivados con su participación electoral. En términos de Finifter, con un fuerte sentimiento de aislamiento político.

Adicionalmente, según esta misma encuesta, tres de cada cuatro limeños (75.2%) considera abiertamente que “la gente como ella no tiene ninguna influencia sobre lo que la municipalidad hace en su distrito”. Situación altamente preocupante dada la alta relación entre eficacia política y la adopción de conductas participativas y prodemocráticas en los gobiernos locales.

En otra encuesta realizada por GfK en febrero del 2015, ante la pregunta si la gente, los políticos o las autoridades respetan las leyes, un 96%, 98% y 96% respectivamente percibe que no se respetan. La anomia política señalada por Finifter.

Por otro parte, LAPOP (2012) evalúa los indicadores de eficacia política interna y eficacia política externa. En el primer caso se les pregunta a los entrevistados “hasta qué punto está de acuerdo con que a los que gobiernan el país les interesa lo que piensa la gente como usted”. Para medir la eficacia política externa en cambio se les pregunta “hasta qué punto siente que entiende bien los asuntos políticos más importantes del país”. Ambas preguntas utilizan una escala del 1 al 7. Los resultados muestran que la eficacia se encuentra distribuida de manera bastante desigual en la región. En el caso de Perú, la eficacia interna se encuentra por debajo del promedio latinoamericano. Por lo general, las personas que más apoyan al sistema político y las que muestran un mayor interés en la política son quienes obtienen mejores niveles de eficacia política interna (LAPOP, 2012).

d) El autoritarismo en la política

¿Es posible afirmar que tenemos una cultura política autoritaria? Dados los sucesos políticos presentados en nuestro país a largo de su historia republicana la respuesta parece ser afirmativa (Alarcón, 1991; Parodi, 1993; Martínez, 2003; Ubilluz, 2006; Portocarrero, 2010). Tenemos un largo historial de golpes de Estado que en muchas oportunidades han gozado de la aprobación mayoritaria de los peruanos. Ante la falta de una autoridad capaz de *poner orden en la casa* cuando se enfrentan crisis económicas o políticas, se genera una demanda muy fuerte por orden y seguridad en la población que deriva en opciones autoritarias (Martínez, 2003; Tanaka, 2007). De acuerdo a lo presentado por Murga (2012) sobre la cultura política en otros países de la región, una tendencia que se comparte. Luego de los años de dictadura militar (1968-1980) donde las fuerzas armadas sufrieron un fuerte desgaste político, este clima que beneficia el uso de la fuerza y el manejo autoritario no ha desembocado en un golpe de Estado militar, aunque las encuestas registren actitudes favorables a su uso. Sin embargo, el 5 de abril de 1992, Alberto Fujimori, presidente electo de la República, disolvió el Congreso. En una encuesta aplicada en Lima, a los dos días de este hecho, se registraba que un 71% apoyaba la medida. Para un 60% este acto no suponía una violación a la constitución y un 51%, siempre en Lima, consideraba que el régimen seguía siendo democrático versus un 31% que lo veía como una dictadura (Diario Expreso, 1992). Fujimori acuñó una frase que resume este pensamiento: *El Perú necesita un Pinochet*. (Ubilluz, 2006).

De hecho, el gobierno de Fujimori (1990-1995 y 1995-2000) representa la más reciente expresión de nuestra tradición autoritaria, que hoy sigue presente en muchos políticos locales y regionales que actúan con un estilo de caudillo (Reyna, 2010). Podría decirse que los peruanos estamos acostumbrados a delegar en los dirigentes políticos o gobernantes la solución de diversos problemas, esperando resultados concretos en plazos relativamente cortos, aunque eso implique *poner mano dura* y una limitación en los derechos civiles y en el ejercicio democrático de las instituciones gubernamentales. Esta

actitud de idealización de la figura empoderada como *salvador de problemas* es denominada por Parodi y Twanama (1993) una tendencia plebiscitaria. Desde esta perspectiva el dirigente es una persona capaz de aplacar las carencias y en quien se depositan las responsabilidades para superar las dificultades inmediatas.

Lo sucedido el 5 de abril de 1992 (autogolpe del gobierno de Alberto Fujimori) es una muestra evidente de nuestro apego al autoritarismo. Solo así se explica el apoyo mayoritario que recibió el entonces presidente Alberto Fujimori, al menos en Lima, quien, pese al rechazo de los partidos políticos, intelectuales y medios de comunicación, contó con el apoyo ya señalado. Las razones que justificaban el autogolpe se refieren a la obstrucción política del congreso, la crisis económica y la corrupción (Macassi, 1994).

Para 1992, la democracia estaba asociada principalmente a demandas por orden y seguridad que eran lógicas consecuencias de la crisis económica y la violencia política (Tanaka, 2007). Quizás por ello más de la mitad de los peruanos (51%) creyó que tras esa fecha el gobierno seguía siendo democrático, básicamente porque *el Presidente seguía siendo el mismo, finalmente a quien eligieron (Fujimori) se mantenía en su cargo*. No se veía como dictadura porque no había militares directamente involucrados. Además, el cese del parlamento fue percibido más como un acto de justicia que como un despojo de derechos. En un estudio realizado un tiempo después, 89% manifestó que el Congreso *hacía lo que quería* (Macassi, 1994). Fujimori entonces fue bien aceptado por una población que consideraba que el parlamento no podía tener más poder que el presidente.

Este hecho ejemplifica una visión de poder existente, donde se acepta un poder patriarcal (un Presidente con facultades plenas, que no depende del resto de poderes del Estado para gobernar). Según Macassi, los peruanos no cuentan con un esquema mental de poderes divididos y autónomos, sino que el Presidente es quien finalmente responde por el gobierno y de quien se espera adopte las mejores medidas para el país. En pocas palabras, *no importa quedarnos sin Congreso y sin Poder Judicial. Mientras el Presidente sea el mismo que elegimos y haga las cosas bien, todos contentos* (Macassi, 1994).

Este punto de vista termina reduciendo la democracia y sus instituciones a simples instrumentos. De acuerdo a Macassi, prima un enfoque pragmatista de la democracia. Esta no tiene un valor intrínseco, sino que debe adaptarse a nuestra cultura política de la eficacia, en donde buscamos resultados a corto plazo que satisfagan nuestras necesidades, sin que nos importe mucho la diferencia entre democracia y dictadura. Así, 24.7% de peruanos manifestaba que personalmente, la democracia no le era útil (Macassi, 1994). En aquel entonces, las instituciones democráticas, en teoría encargadas de fiscalizar y representar a los ciudadanos, eran percibidas más como estorbos que como facilitadores de un buen gobierno. Lo que Almond y Verba llamarían una cultura política de súbdito.

La pregunta que salta a la vista es ¿por qué la gran mayoría aprobó estas medidas? La respuesta más frecuente se remonta a la crisis política, social y económica que azotaba

nuestro país (primer gobierno de Alan García, entre 1985 y 1990). Hay que incluir en el diagnóstico los rasgos de la cultura política antes señalados. En ese entonces, la población demandaba una figura que impusiera orden y solucionara rápidamente los problemas del país. Temas como el respeto a las normas, la vida en democracia y la autonomía de las entidades gubernamentales pasaban a un segundo plano frente a problemas prioritarios para la supervivencia, como los ya mencionados. En términos de Inglehart, una primacía de los valores de supervivencia versus los de autoexpresión. Así, solo un 26% era consciente de que el autogolpe significaba la ruptura de la democracia o un golpe de Estado (Macassi, 1994). A la crisis de partidos expuesta y la violencia política expresada en Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), se sumó una hiperinflación que comenzó en 1987 con un 114% y que en 1989, al final del gobierno de García, llegó a la cifra anual de 2,775%.

Podría decirse que detrás del apoyo a Fujimori, había en la población un deseo de subvertir las estructuras sociales, políticas y económicas existentes (Ubilluz, 2006). En la literatura se suele poner énfasis en el *legado autoritario* del Fujimorismo (Grompone, 2005; Meléndez y León, 2010). Si bien esto es cierto no debe llevar al olvido de que hay patrones de cultura política preexistentes a ese período que, probablemente, durante el fujimorismo se acentuaron e institucionalizaron. Los partidos políticos, supuestamente encargados de representar a la población en el período post gobierno militar (1980-1990), tuvieron su oportunidad en el poder y no hicieron mejoras significativas. Por el contrario, se considera que los años del primer gobierno de Alan García (1985-1990) contribuyeron a que las condiciones de vida empeoraran y que la corrupción política se generalice a todas las instituciones (Crabtree, 2005). Sin embargo, es importante destacar que el apoyo a Fujimori no era una apuesta ciega a su persona, se esperaban resultados y acciones concretas. No se trataba de un populismo clásico, sino de un contrato de intercambio: servicio profesional a cambio de votos y apoyo popular (Macassi, 1993).

Cuando se hacen evaluaciones sobre el gobierno de Fujimori, y se les pide elegir a los ciudadanos si se trataba de una dictadura democrática o de una democracia autoritaria, la mayoría de peruanos consideraba que su gobierno era una democracia autoritaria (es decir, reconocían que hubo excesos, pero no los suficientes para creer que se trataba de una dictadura). Cabría preguntarnos entonces si los peruanos seguimos apoyando el llamado *autogolpe* con la misma convicción que en 1992. Veinte años después de la medida, un 54% de la población consideró que fue una acción justificada en esa época, mientras un 41% declaró lo contrario. La gente mayor, los limeños y las personas de nivel socioeconómico alto y medio alto (NSE A y B) fueron quienes más lo justificaron (GfK, 2012), un porcentaje alto aunque menor que el 71% que se mostró a favor en 1992. Sin embargo, cuando se le preguntó a la población si, en caso se volviese a una situación semejante a la de 1992, aprobaría el cierre del congreso, 37% mencionó que daría su apoyo (Ipsos Apoyo, 2012),

Actualmente el fujimorismo cuenta con un soporte de alrededor del 20%, lo cual lo consolida como uno de los movimientos políticos más sólidos en nuestro país. De hecho un 42% de peruanos califica lo que fue su gobierno como bueno/muy bueno y 38% como regular (GfK, 2011), lo que refleja cierta gratitud hacia el régimen de Fujimori por un grupo importante de la población. Sin embargo, también existe un grupo (especialmente en las clases altas) que asocia a este partido con características negativas como corrupción, injusticia y violación de los derechos humanos, dados los escándalos en los que se vio envuelto este gobierno.

Podría decirse que para la gran mayoría el *chino* fue algo así como un mal necesario. Incluso los no fujimoristas han internalizado el discurso de *salvador de la Patria: este país estuvo completamente enamorado de su chino vengador, quien, sin ley ni compasión, reventó a balazos a esos terrucos malnacidos*. (Vergara, 2013, pp. 277). En ese sentido, Perú es todavía un país con un sector fujimorista importante, no por su apoyo al partido en sí sino a nivel de cultura política (el éxito o progreso económico a costa del otro y de la transgresión). Nuestra sociedad responde al llamado *fujimorismo sin Fujimori* (Sheput, 2012)

Eso explicaría por qué, a pesar de transcurrir 15 años, los legados del autoritarismo se pueden apreciar claramente en hechos como la vigencia de una red de espionaje telefónica a disposición de los actores políticos que toman decisiones (caso Petroaudios durante el segundo gobierno de Alan García, 2006-2011) y la represión violenta frente a una movilización social que carecía de una intermediación política (el llamado Baguazo) (Meléndez y León, 2010). El autoritarismo forma parte de nuestra realidad cotidiana, favoreciendo la dependencia y el clientelismo, que precede al fujimorismo pero que se ha ido profundizando y complejizando (Portocarrero, 2001). En ese sentido, se habla de neopopulismo como una forma de caracterizar lo que fue el gobierno de Fujimori (Crabtree, 1996) pero también para hacer referencia al segundo gobierno de Alan García (2005-2011) (Orihuela, 2009).

1.3. La socialización política

Como señalan diversos autores (Rodríguez, 1988; Garay, 1996), al igual que en el proceso de socialización general, en el político se debe distinguir entre una socialización primaria, normalmente vinculada a la familia; una secundaria, vinculada a la escuela; y una terciaria, en el trabajo. Sin embargo, el rol de los grupos de pares y medios de comunicación es cada vez mayor. Esta investigación no está dedicada a indagar en el proceso de socialización política pues ello implica una mayor profundización en el tema. Debido a ello, y a que existen muy pocos trabajos a nivel local, se presentan de manera somera algunos trabajos realizados al respecto en el país.

Considerando que una de las fuentes de esta cultura política son los procesos de socialización primaria y secundaria, hemos realizado una breve revisión de algunas de

las investigaciones realizadas en nuestro país sobre la transmisión del concepto de autoridad en los espacios socializadores ya mencionados. No es el objetivo de la investigación y no se pretende hacer una revisión exhaustiva del tema pero nos parece que ayuda a dar una idea de que este es un patrón que va más allá de lo que aconteció con un gobierno en particular.

a) La familia como agente de socialización

Pease (2000) realizó entrevistas en profundidad a jóvenes limeños de 15 a 24 años, de diferentes sexos y niveles socioeconómicos, con el fin de abordar su visión de la autoridad en los padres. Encontró que estos representan para los jóvenes su primera figura de autoridad, los valoran como maduros y por su capacidad para decidir y actuar. Su autoridad no es puesta en discusión, se legitima por ser “quienes son” y por tratarse de una relación atravesada por lo afectivo. Sin embargo, la dependencia económica es una fuente de subordinación frente a los mismos.

Las hijas mujeres perciben un estilo autoritario más fuerte por parte de sus padres que los hijos varones. Cuando los padres se vuelven controladores e imponen normas sin dar mayor pie al diálogo, los hijos rechazan su autoridad. En ese caso, no suele generarse un conflicto propiamente dicho, sino más bien una desvalorización de su figura parental, originando que la relación se vuelva fría y distante (Pease, 2000).

Por otro lado, la encuesta PNUD (2006) aborda la verticalidad de las relaciones en el hogar, en función a la reacción de los padres frente al incumplimiento de alguna orden suya. Así, el castigo físico se empleó en 36.2% de los casos, mientras que el diálogo se utilizó en 17.5% de las experiencias. El empleo del castigo físico aumenta conforme se descende en el estrato social y también es mayor en provincias y en el ámbito rural, así como también en personas mayores.

Se observa una tendencia favorable hacia una visión de la crianza más horizontal y versátil, producto del cambio generacional y de una mayor modernización social, provista por los espacios educativos, la urbanización y los medios de comunicación.

¿Será esta una señal de una próxima democratización social y política? Aparentemente sí, siempre y cuando luchemos contra la pobreza y el subdesarrollo, enemigos fundamentales de la democracia (PNUD, 2006).

b) La escuela como agente de socialización

Para ilustrar las concepciones que se tiene respecto a la autoridad en el entorno escolar, Ames (2010), realizó visitas etnográficas en tres colegios nacionales: un colegio secundario de Comas, distrito de Lima (1995) y escuelas rurales de los departamentos de Cuzco (sur andino) y Cajamarca, en el norte andino (1996-1997). En estos colegios se observaron las dinámicas de clase en todas las aulas de educación primaria. Por su lado, Ansión (2010), realizó entrevistas a seis directores y subdirectores de escuelas públicas

durante los años 1997-1998 para examinar cómo estos directivos conciben su autoridad frente a los alumnos.

Dentro de los hallazgos se concluyó que impera una fuerte necesidad de los alumnos por mantener una relación jerárquica con el docente, quien se considera una autoridad incuestionable (Uccelli, 2000) y el único encargado de enseñar o impartir conocimiento (Ames, 2000). Las clases son expositivas, la participación del alumnado se limita a contextos en los que se les pide que hagan uso de la palabra, generándose reacciones de temor y nerviosismo en los mismos.

Bajo estas circunstancias, resulta poco sorprendente que durante los años que Sendero Luminoso estuvo muy activo en el país (1980-1993) encontrara en las escuelas un terreno fértil dado su carácter autoritario y la ausencia de pensamiento crítico. Contribuyó además la poca presencia del Estado especialmente en la escena rural, entorno central en donde surgió y se desarrolló la violencia política (Ruiz, 2012). La violencia y el discurso autoritario de Sendero Luminoso sumado al carácter autoritario que se encuentra en la mayoría de escuelas peruanas era un caldo de cultivo preciso para Sendero Luminoso (Panfichi y Coronel, 2012).

Por otro lado, resulta útil el planteamiento de la llamada “idea crítica” (Portocarrero y Oliart, 1989), el cual sintetiza un discurso de la realidad nacional: diversas percepciones de la realidad peruana marcadas por una acumulación de experiencias de fracaso. Estas valoraciones constituyen el trasfondo emocional de la “idea crítica”. Se adopta la idea de que el peruano ha sido víctima de abusos y dominaciones a lo largo de su historia. Al igual que en la escuela peruana, se presenta una autoridad fuerte y opresora, que origina temor y desconfianza en un grupo de menor estatus. Este no es más que el reflejo de una sociedad en la que los adultos se encuentran por encima de los niños y adolescentes (Ames, 2000). Los mismos alumnos reproducen relaciones autoritarias entre sus mismos pares (Uccelli, 2000). Dentro de la dinámica de pares se observan liderazgos informales basados en el temor que inspiran algunos chicos en sus compañeros y en la búsqueda de protección que algunos encuentran en estos líderes. Esto nos permite apreciar cómo el autoritarismo permea las relaciones escolares más allá de la relación alumno-profesor (Ansión, 2000).

Otro de los hallazgos de Ames (2000) es el poder del castigo físico para convertirse en la mejor forma de obtener orden, silencio y atención en una clase. De hecho los alumnos exigen y avalan el autoritarismo como componente necesario de la autoridad, al respetar al profesor estricto y rechazar al participativo. Así, los alumnos pueden descalificar a un profesor por no mantener el orden en el salón de clase, sin importar cuánta sea la capacidad académica que demuestre (Uccelli, 2000).

Algunos estudiantes están a favor de una relación más amistosa y un trato más abierto con sus profesores. Sin embargo, estos docentes a veces son criticados por otros miembros

de la institución, dado el esquema cerrado de profesor-autoridad bajo el cual radica su legitimidad (Ansión, 2000). De hecho, al igual que cómo ocurre con la “idea crítica”, existe en el docente una especie de desesperanza aprendida, una percepción generalizada de que se puede ejercer muy poca o ninguna influencia (Portocarrero y Oliart, 1989)

Otro tema importante es la inconsistencia entre la enseñanza de valores cívicos a partir de prácticas y discursos con una clara impronta militar (Ruiz, 2012). Pese a las objeciones de algunas instituciones e intelectuales que critican el alto componente militarista que se utiliza en la celebración de fiestas patrias escolares, su presencia es aún preponderante. Difícilmente en este tipo de espacios es posible aprender prácticas democráticas e interiorizar la noción de tener derechos ciudadanos.

Los colegios, lejos de ser modelos de instituciones democráticas, contribuyen a la reproducción de esquemas autoritarios en la sociedad peruana, en especial las escuelas públicas (Portocarrero, Sanborn, Cueva y Millán; 2002). Por un lado se les enseña a los niños de la importancia de las reglas de convivencia y la importancia de que participen activamente para fijar un mejor aprendizaje, mientras que por otro lado se les pide inmovilidad del cuerpo, obediencia y ausencia de diálogo (Ruiz, 2012).

Una de las razones que podrían explicar el fuerte autoritarismo que caracteriza a la mayoría los docentes peruanos es la dificultad para respetar las reglas de juego, o a la inversa, la curiosa habilidad para transgredir las normas. Más adelante se especificara el mecanismo mediante el cual la transgresión forma parte en la manera cómo la autoridad es asumida en nuestro país.

Salvo las propuestas académicas de algunos colegios denominados “alternativos”, que enfatizan la necesidad de transmitir la democracia en la misma formación de aulas, el panorama para el desarrollo de valores democráticos no parece ser muy alentador. En la actualidad los colegios parecen reproducir un orden patronal, en el que se perpetúa un orden social injusto (Panfichi y Coronel, 2012). El resultado es la formación de ciudadanos sumisos, con poco espíritu crítico y poca confianza en sí mismos, dispuestos a seguir a un líder autoritario que les ofrezca solución a sus problemas. En el peor de los casos, es posible que estos jóvenes frustrados canalicen su frustración y descontento en opciones violentistas (Ruiz, 2012).

Dentro de las excepciones podemos ubicar a los colegios de Fe y Alegría, que forman parte de un proyecto creado por la compañía de Jesús (conformada en su mayoría por jesuitas) que en 1966 crearon cinco colegios en las zonas más pobres del perímetro de Lima. Actualmente se han creado cerca de 80 instituciones educativas en 20 regiones del país durante los últimos 47 años (La República, marzo 2014). Sus alumnos se han venido destacando por su notable desempeño en distintas materias, pese a tratarse de escuelas públicas gestionadas y dirigidas por religiosos. Resulta interesante que uno de los pilares del éxito de estas escuelas sea el fuerte compromiso que asumen sus docentes, además de

la comunidad que acoge a cada uno de estos centros educativos. Estas condiciones son propicias para generar un mayor capital social gracias al esfuerzo de todos los agentes involucrados en estas instituciones.

2. La vinculación del ciudadano a la política

Si la dimensión Individuo-ciudadano como actor indaga en aspectos de las personas a nivel individual, cuando las preguntas se hacen sobre el vínculo del ciudadano con la política el interés está puesto en la interacción con lo público en general pero con un mayor énfasis en la relación de los ciudadanos con la sociedad civil de la que forman parte. En ese sentido, es acá donde se indaga por la participación del ciudadano en organizaciones de diverso tipo.

2.1. La implicación política personal

Interés en la política

El grado de interés en la política o la motivación política de los ciudadanos ha dado origen a distintas formas de medición a lo largo de los últimos años. Murga (2012) presenta una reseña con las principales escalas que han evaluado esta variable:

Fuente	Preguntas
(Torcal, 2005)	¿En qué medida diría usted que le interesa la política? 1. Mucho 2. Bastante 3. No mucho 4. Nada
Encuesta Social Europea 2002-2003	Cuando se reúne con amigos, ¿diría usted que hablan de temas políticos 1. Frecuentemente 2. De vez en cuando 3. Nunca
Durand (2004)- México	Dos preguntas: una hacia la política en general y otra relacionada al nivel geográfico de interés político. 1. Respecto a la política, ¿usted diría que se interesa mucho o poco? (4) Se interesa mucho, (3) se interesa regularmente, (2) se interesa poco o (1) no se interesa. 2. Ahora dígame por favor, ¿usted diría que se interesa más por la política del...? (1) país; (2) de su estado (o departamento); (3) de su ciudad o (4) de su localidad (por ejemplo, barrio).

Dentro del contexto latinoamericano, La Encuesta Mundial de Valores (2000) evalúa el interés en la política de manera más específica. La pregunta que utilizan es: ¿En qué medida diría que usted está interesado en la política? Siendo las cuatro opciones de respuesta: Muy interesado, algo interesado, no muy interesado y nada interesado. El rango

de los interesados en América Latina (muy interesado + algo interesado) oscila entre el 18% (Argentina) y el 47% (Perú) (Inglehart et al 2004).

Precisamente, a continuación se presentan los estudios realizados por el proyecto de la Encuesta Mundial de Valores (EMV) en Perú de manera evolutiva, en donde el interés de la ciudadanía por la política se mide a través de la escala tipo Likert descrita.

Gráf. 22. Interés por la política (EMV comparativo 1994-2014)

Interés en la política	1994-1998	1999-2004	2005-2009	2010-2014
Muy interesado	7%	12%	6%	7%
Algo interesado	25%	35%	15%	20%
No muy interesado	32%	33%	39%	38%
En absoluto interesado	33%	19%	38%	35%
No sabe/ No responde	3%	-	1%	1%
Muestra	1211	1501	1500	1210

Como se observa, desde el 2005 el nivel de interés por la política se coloca por debajo del 30% (tomando en cuenta los que dicen estar Muy y Algo interesados). El mayor interés durante el período 1999-2004 (47% Muy o Algo interesado) puede responder a la atención y eventuales expectativas que surgieron a raíz de la caída del gobierno de Fujimori. Se revelaron diversos videos que pusieron en evidencia un gran sistema de corrupción orquestado desde el poder. Esto llevó a la caída del régimen y al inicio de lo que se denominó “la transición democrática” (Ford, 2004) que luego ha perdido interés frente a diversidad de nuevos casos de corrupción, de otro tipo, que siguieron apareciendo en los sucesivos gobiernos de Toledo, García y Humala.

En el estudio de LAPOP del 2006, 2008 y 2010 (Carrión, Zárate y Seligson, 2006; 2008; 2010) también se mide el interés político a través de una escala de cuatro puntos. ¿Qué tanto interés tiene usted en la política: mucho, algo, poco o nada? (1) Mucho (2) Algo (3) Poco (4) Nada (88) NS (98) NR. Solo un 28% de los encuestados en Perú en 2010 (similar a la EMV) manifiestan tener algo o mucho interés en la política. Un 38% dice tener poco interés y poco más de un tercio (34%) afirma no tener ningún interés en ella. Según los autores, estos resultados son semejantes a los encontrados en los estudios anteriores y, en términos latinoamericanos, ubican al Perú en el grupo de los países menos interesados por la política en América Latina junto con Brasil, Guyana, Ecuador, Chile, etc. Dentro de los resultados del Latinobarómetro 2013, tanto Chile como Perú son los países con mayores tasas de crecimiento económico en la región pero también las más bajas de interés en la política.

En las encuestas mensuales que realiza GfK en Perú, se pregunta también por el nivel de interés en la política pero a través de una escala tipo Likert de cinco puntos: Bastante, Mucho, Algo, Poco y Nada Interesado. En la encuesta de noviembre del 2014, para Lima

(resultados semejantes a los que se encuentran a nivel nacional) solo un 15% se muestra bastante y muy interesado por la política. Casi la mitad (47%) dice estar poco o nada interesado. El interés es mayor entre los varones, la gente de cuarenta a más años y aumenta en la medida que la situación socioeconómica es más favorable. En los segmentos Alto y Medio Tradicional (NSE A y B) un 25% tiene bastante y mucho interés. Este porcentaje baja a 17% en el Medio Emergente (NSE C) para disminuir a 12% y 7% en los segmentos de más bajos recursos (NSE D y NSE E, respectivamente).

2.2. La política y los medios de comunicación

Conocimiento político y consumo de información política

Una de las dimensiones estratégicas en la cultura política se refiere al conocimiento sobre la política que exhiben sus ciudadanos, es decir, el conjunto de información, del que disponen en materia política.

Sin embargo, ¿cómo se logra explicar un mayor o menor conocimiento político de los ciudadanos, los grupos y los sectores sociales? Se han mencionado una serie de factores individuales y estructurales, como el género, la edad, la educación, el status socioeconómico y el sentimiento de eficacia política, así como el interés político. Todos ellos ejercen algún tipo de impacto en el conocimiento político que manifestamos, pero se dice que el nivel educativo es quizás la variable más determinante en la formación de nuestras actitudes políticas (Almond y Verba, 1970). A fin de profundizar en dicho conocimiento político, estos autores plantearon algunas formas de medición de dicho conocimiento político.

1. Primero, se exploró en la importancia que le atribuye el ciudadano a las acciones del gobierno nacional y local sobre la vida cotidiana.
2. Luego, se indagó sobre el conocimiento de los asuntos políticos y públicos, así como el grado de exposición a los mismos.
3. Posteriormente, se construyeron dos medidas de nivel de información: la capacidad de identificar a los líderes nacionales de los principales partidos políticos y también a personajes importantes de la política actual, como ministros y otras autoridades.

A partir de estos hallazgos, presentaron conclusiones tales como que los mexicanos son los más pobremente informados de todos los grupos (Almond y Verba, 1970), a diferencia de los alemanes, ingleses y norteamericanos.

Por su parte, Latinobarómetro (2013) construyó una batería de preguntas compuesta por tres variables para indagar en el conocimiento político de la población:

1. Política nacional

- a. Personajes: Nombre de sus representantes en el Congreso, nombre del Presidente del Congreso
- b. Reglas del juego político: ¿Recuerda cuántos congresistas hay en el Congreso?, ¿Cómo se llama el presidente del Congreso?, ¿Cuánto dura el período presidencial?, ¿Qué se requiere para ser candidato? Todas las respuestas se registran como correctas o incorrectas.

2. Política internacional: Únicamente se registra un indicador, que se identifiquen correctamente personajes políticos de otros países. Por ejemplo, utilizando preguntas directas como: ¿Recuerda cómo se llama el presidente de Brasil?

3. Geografía: También compuesta por preguntas igualmente sencillas, como las regiones o departamentos que componen el país.

En el caso de nuestro país, en los estudios mensuales de GfK se pregunta por diferentes formas en que una persona se puede informar o no sobre lo que ocurre en la política. Se indaga por la frecuencia con que conversa con amigos o familiares sobre política, la frecuencia con que se lee diarios para informarse sobre política, se ve programas políticos, se escucha radio con este fin, se sigue la política a través de redes sociales o se trata de convencer a alguien sobre algún tema en particular. La escala de frecuencia que se utiliza va desde Siempre, Casi Siempre, Algunas Veces, Rara Vez, Nunca. A partir de estas variables se construye un índice tomando en cuenta el nivel de frecuencia de cada una de las actividades así como el interés manifestado en la política. En el índice, se valora la diversidad de medios y la frecuencia de uso de los mismos para informarse sobre política. En la encuesta de noviembre del 2014, solo un 19% clasifica como una persona informada sobre política. De nuevo, es entre los varones, gente de cuarenta a más y en los niveles socioeconómicos más favorecidos donde hay una mayor proporción de “informados sobre política”. En Lima, los medios más utilizados para enterarse sobre política son los programas de políticos de la televisión (37%) y la lectura de diarios (29%). Su frecuencia varía según el patrón sociodemográfico ya presentado: hombres, niveles altos y mayores de cuarenta leen más diarios y miran más los programas políticos. Las redes sociales son el medio menos usado (solo 6%) pero entre los jóvenes (18 a 24 años) esta cifra es mayor que entre los mayores llegando a un 13% de personas que siempre o casi siempre usan este medio para informarse sobre política.

2.3. El asociacionismo

Una de las interrogantes más frecuentes en cuanto a la participación ciudadana tiene que ver con el por qué algunos individuos se involucran más que otros en la vida política. En ese sentido, Morales (2006) realizó una revisión sistemática de los modelos teóricos

disponibles, a través del examen del asociacionismo político en diecisiete democracias occidentales, para con ello poder definir y medir el concepto de asociacionismo político. Gracias a este procedimiento pudo establecer cuatro categorías de ciudadanos: aquellos que no pertenecen a ningún grupo u organización política, quienes solo pertenecen a grupos políticos tradicionales, quienes solo pertenecen a grupos políticos de “nuevo tipo” y quienes pertenecen tanto a grupos tradicionales como nuevos.

Sin embargo, esta revisión conlleva a señalar que existen otras formas de asociacionismo, menos ligadas a la política pero circunscritas dentro del ámbito social. Así, además de grupos propiamente políticos, la participación ha sido considerada también en entornos como: sindicatos, asociaciones profesionales, grupos de acción comunitaria, ecologistas, derechos humanos, grupos de mujeres, movimientos pacifistas y grupos de derechos de los animales, entre otros.

Un dato interesante es el de la Encuesta Europea de Valores (EEV) 1999-2000, en donde se destaca que la pertenencia a este tipo de organizaciones a nivel mundial se ha mantenido relativamente estable. Además, la participación difiere considerablemente entre países como Estados Unidos y Canadá (altamente activos) y algunos países escandinavos (fundamentalmente pasivos). Mientras tanto, en países latinoamericanos, si bien la participación política es bastante menor, es cada vez mayor el número de ciudadanos que se consideran parte de asociaciones sociales voluntarias, un aspecto importante del capital social.

Acá es necesario hacer algunas precisiones porque no es lo mismo la participación en asociaciones de base, como las juntas vecinales, donde son los mismos vecinos los que las promueven, que la participación en comedores populares, programas de vaso de leche o similares donde hay una acción del Estado (a nivel de gobierno local, regional o central), la iglesia u organizaciones sin fines de lucro que las incentivan. En líneas generales, los datos indican que, en comparación a otros países de la región, el nivel de participación se encuentra en una situación intermedia mostrando una serie de matices.

Hay estudios que señalan que por lo general prima el involucramiento en organizaciones religiosas (PNUD, 2006; Carrión, Zárate y Seligson, 2010, 2012: Lima Cómo Vamos, 2013). Se debe recordar los hallazgos de Putnam (1994,2000) y de Paxton (2002) señalando cómo la participación en organizaciones religiosas va en desmedro del desarrollo del capital social de una comunidad.

LAPOP indagó sobre la frecuencia con la que los ciudadanos se involucran en diferentes tipos de asociaciones, como organizaciones religiosas, asociaciones de padres de familia del colegio y comités de mejoras para la comunidad. Además, preguntó si aquellos que participan en estas organizaciones entre una o dos veces al año, eran miembros simples o si formaban parte de la directiva. De esta manera, se construyó un indicador de participación comunitaria en función al promedio de participación en las asociaciones ya

mencionadas, ajustadas a una escala de 0 a 100, donde 0 indica que nunca ha participado en ningún grupo y 100 indica una participación frecuente en todos los grupos.

Perú se ubicó en una posición intermedia dentro de la región, en donde un 8% se calificó como líder de una asociación (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Las organizaciones de naturaleza religiosa fueron las que más atrajeron a los ciudadanos (Carrión, Zárate y Seligson, 2010), aunque se encuentran todavía por debajo del promedio de la región. Las asociaciones de padres y los comités para la mejora de la comunidad mostraron un nivel de participación intermedio (Carrión, Zárate y Seligson, 2008).

Los datos de Lima Cómo Vamos (2013), que se refieren únicamente a la capital, confirman la tendencia de los limeños por la participación en organizaciones religiosas (17.9%), seguida por las juntas vecinales (8.8%) y las asociaciones de padres de familia (7.5%). Un dato interesante respecto a la medición del 2010 es que la participación de la población en estas asociaciones civiles ha disminuido. Esto puede estar relacionado con el crecimiento económico de los últimos años pues una parte importante de la participación, sobre todo en los ochentas y noventas, se dio a través de las organizaciones de lucha por la subsistencia (comedores populares, vaso de leche, etc.)

La participación comunitaria tiende a incrementarse en los estratos sociales más bajos (niveles socioeconómicos D y E), así como en mujeres casadas y sin ingresos (Murakami, 2000; Portocarrero, Sanborn, Cueva y Millán, 2002; Díaz-Albertini, 2010; Carrión, Zárate y Seligson, 2012). La participación de mujeres y jóvenes ha sido fundamental en áreas como las organizaciones sociales de base y las entidades educativas (Portocarrero, Sanborn, Cueva y Millán, 2002).

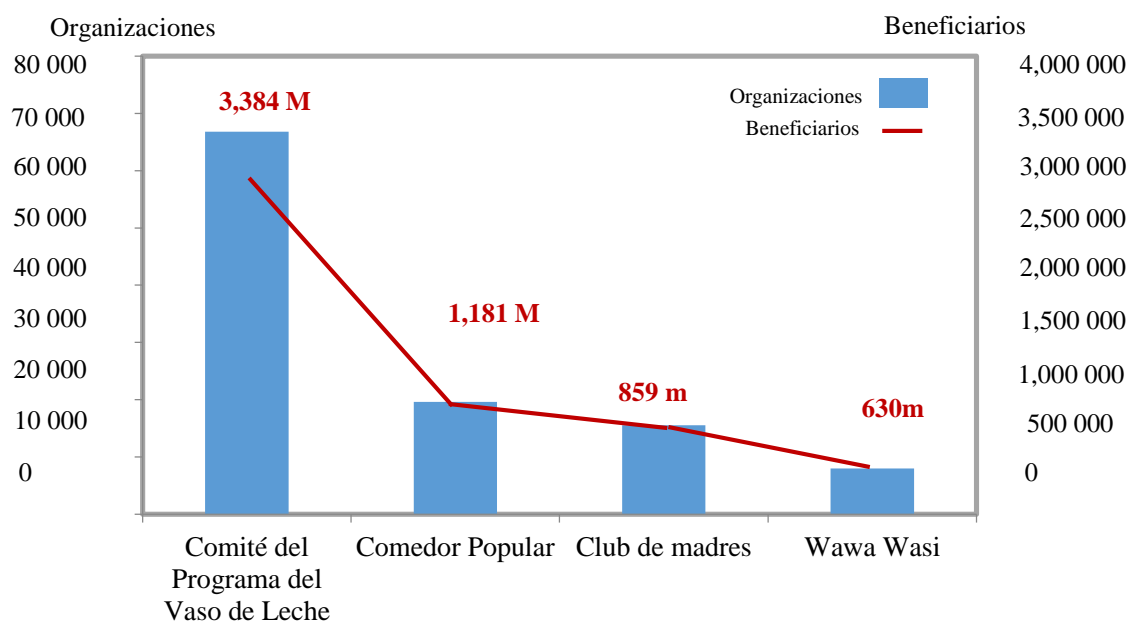
Por otro lado, contrariamente a lo que se podría suponer, las personas que tienen conductas políticas más democráticas no necesariamente tienen una mayor participación que las personas con una orientación más autoritaria. De hecho, es común encontrar tanto “democráticos” como “autoritarios” asistiendo a asambleas de los comités vecinales o a los trabajos comunales (Alarcón, 1991).

La situación mejora cuando se observa lo que ocurre entre la población universitaria. Estudios realizados con universitarios limeños de la Pontificia Universidad Católica del Perú muestran que 65% de los mismos ha tenido o tiene experiencia en organizaciones de tipo artístico, deportiva, religiosa o cultural; habiendo participado la mayoría en asociaciones religiosas o parroquiales (18%) (Mujica, 1998). Otra investigación realizada por el Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico (CIUP) revela que un 36% de los universitarios realiza algún tipo de trabajo voluntario.

El país cuenta con una larga historia de participación cívica pero vinculada a la presencia de una gran cantidad de organizaciones privadas sin fines de lucro (OPSFL) que han trabajado a lo largo del territorio nacional en diversas áreas relacionadas a la educación,

la salud y los servicios sociales comunitarios. Gracias a ellas, no solo millones de peruanos se han visto beneficiados a lo largo de los últimos veinte años, sino que estas organizaciones también han promovido las habilidades de participación entre sus miembros. En el siguiente cuadro puede apreciarse la cantidad de organizaciones sociales y beneficiarios de acuerdo con los datos del Instituto Nacional de Estadística e Informática (2012).

Gráf. 23. Organizaciones sociales y beneficiarios (Perú 2011)



Fuente: Instituto Nacional de Estadística e Informática- Registro Nacional de Municipalidades 2012

El Programa del Vaso de Leche es ejecutado por las municipalidades y está presente en todos los distritos del país. Dada la cantidad de personas beneficiadas con el mismo (más de 3 millones de niños, madres gestantes y madres en periodos de lactancia a la fecha del informe) no resulta sorprendente que este goce de una amplia aceptación por parte de los ciudadanos (76.7%) (Calandria, 2011).

Las OPSFL se originaron ante la ausencia del Estado y la limitada capacidad del sector empresarial para resolver las necesidades de los sectores populares (Portocarrero, Sanborn, Cueva y Millán, 2002). Durante el gobierno de Fujimori (1990-2000) se implantaron programas sociales que llegaron a beneficiar a más de la mitad de Perú en aquel entonces (casi 10 millones de habitantes). Estas asociaciones llegaron a redefinir la forma en la que el Estado y la sociedad civil se relacionaban. Muchas se caracterizaron por ser altamente centralizadas y personalizadas. Institucionalmente débiles y económicamente precarias, aquello como consecuencia del trato clientelar con el que el Estado concebía estas asociaciones (Portocarrero, Sanborn, Cueva y Millán; 2002).

Así, las relaciones entre el Estado y algunas organizaciones sociales de base (OSB), especialmente aquellas que se ocupaban de la alimentación popular (comedores

populares, clubes de madres, comités de vaso de leche), implicaban una fuerte relación clientelista, donde las donaciones de alimentos y otros recursos se intercambiaban por votos y apoyo político proveniente de beneficiarios de estos programas. Esta práctica no es novedosa en Perú. Se puede rastrear fácilmente desde los años cincuenta con el gobierno de Odría (Collier, 1978) y es particularmente frecuente en muchos países con una alta población en condiciones de pobreza. De hecho, los sectores populares llegaron a conformar una base social de apoyo al entonces presidente Fujimori.

Los clubes de madres, los comedores populares y los agricultores locales a los que se compraba alimentos fueron percibidos no tanto como beneficiarios, sino como una clientela política cuyas demandas debían ser satisfechas. A cambio de ello, en circunstancias especiales, debían colaborar y hacer acto de presencia en los mítines presidenciales, a los que llegaban gracias al transporte proporcionado por la institución, cargados de pancartas y banderolas en nuestras de adhesión al Presidente.
(Portocarrero y Romero, 2000, p. 168)

Es discutible el carácter democrático que se le atribuyen a estas organizaciones, a pesar de que se cumplen ciertos criterios básicos en la organización. Para algunos autores (Portocarrero, Sanborn, Cueva y Millán; 2002), con sus limitaciones, fomentan actitudes democráticas en sus miembros, al existir una Junta Directiva y una Asamblea General, que cumplen funciones como la de elegir a los directivos, aprobar planes de trabajo, la fiscalización de las labores, la incorporación de socias nuevas y cualquier otra actividad relevante. Sin embargo, algunos aspectos dentro de estas instituciones no terminan siendo del todo democráticos. Por ejemplo, el acceso a los puestos directivos es limitado, en la medida de que no todos los miembros tienen la misma posibilidad de ser elegidos, habiendo preferencias por las personas con un nivel educativo mayor. Del mismo modo, la rotación en estos cargos es mínima, hecho que confirma la poca accesibilidad a los cargos más importantes.

Un tema aparte es el tipo de relación entre dirigentes y asociados, que muchas veces se caracteriza por ser un trato desigual entre miembros y dirigentes. Murakami (1999) encontró que entre los miembros de organizaciones locales una gran mayoría consideraba que su opinión era tomada “poco” o “nada” en cuenta. En general, encontró la creencia de que el mecanismo interno de las organizaciones locales no reflejaba las opiniones de sus miembros. Algo semejante se encuentra en los trabajos realizados por Parodi (1993) y Stokes (1995) que describen la tendencia a canalizar la toma de decisiones en un dirigente que sea capaz de resolver los problemas en el corto plazo o la preferencia por líderes autoritarios y dinámicas clientelistas en este tipo de organizaciones.

En la literatura sobre capital social y cultura cívica, muchas veces se considera que hay una línea de continuidad entre la participación cívica y la política (en partidos, gobiernos local y central). Estudios recientes confirmarían que las actitudes democráticas tienen un impacto positivo en el desarrollo de un mayor capital social, pues la participación de los ciudadanos en asociaciones incrementa las oportunidades de los mismos para expresar sus puntos de vista y sus intereses, con lo cual se da pie a un mayor ejercicio de la democracia (Pillai, Díaz, Basham y Ramírez-Johnson; 2011). En Perú en general y en Lima en particular no hay evidencias de ese proceso, al menos en lo que respecta a la participación en partidos políticos.

2.4. La participación política

a) Participación y estrategias electorales

La participación política puede definirse como una serie de actividades, formales e informales, realizadas por los ciudadanos para influir de alguna manera en el gobierno, en sus funcionarios y/o sus políticas. Almond y Verba, así como Inglehart y Putnam, identifican este aspecto como un elemento fundamental para la democracia.

Votar en las elecciones generales, elegir representantes al parlamento y afiliarse a un partido político son ejemplos de participación política formal (Ekman y Amna, 2012). Adicionalmente, los ciudadanos pueden ejercer formas de participación política no convencional tanto legales (huelgas, protestas, marchas pacíficas) e ilegales (protestas violentas y bloqueo de carreteras).

El fenómeno de la participación política ha sido medido desde sus diferentes enfoques en distintos contextos geográficos. Por ejemplo, el cuestionario de la Encuesta Social Europea (ESE 2002-2003) construyó varias preguntas relacionadas a los tipos de participación política dentro de la población europea. A continuación, se presenta una tabla con las preguntas planteadas en esta investigación, en donde primero se pregunta por si su participación fue efectiva en las últimas elecciones generales; luego se presenta una lista de actividades para saber en cuáles se involucró durante los últimos doce meses previos a la entrevista y, finalmente, se incluye una pregunta sobre la afiliación hacia algún partido político.

¿Ha realizado usted algunas de las siguientes actividades en los últimos doce meses?	
1.	¿Votó usted en las elecciones generales de marzo de 2000?
2.	Ponerse en contacto con un político o con una autoridad o funcionario estatal, autonómico o local.
3.	Colaborar con un partido político o una plataforma de acción ciudadana.
4.	Colaborar con alguna otra organización o asociación.
5.	Llevar o mostrar insignias o pegatinas de alguna campaña.
6.	Firmar una petición en una campaña de recogida de firmas.
7.	Participar en manifestaciones autorizadas.
8.	Boicotear o dejar de utilizar ciertos productos.

9. Comprar ciertos productos deliberadamente por motivos políticos, éticos o medioambientales.
10. Dar dinero a un grupo u organización política.
11. Participar en acciones ilegales de protesta.
12. ¿Está usted afiliado a algún partido político?

Algunas otras escalas de participación política han permitido la construcción de un índice general de participación política. Como parte del Estudio Eleitoral Brasileiro (ESEB 2002), utilizados por Martins Júnior (2004), se registraron 3 componentes para la elaboración de dicho índice:

1. Participación social y política: Diez indicadores que miden el contacto de ciudadanos con políticos o funcionarios del gobierno para demandar soluciones a problemas de la comunidad. Otros ejemplos son si participó en alguna forma de protesta en contra o en favor del gobierno y si forma parte de alguna organización sindical.
2. Participación en campañas: Cuatro indicadores que miden la participación de los entrevistados en las campañas electorales. Por ejemplo: Si distribuyó propaganda o y si mostró su apoyo abiertamente a algún candidato, y si este llegó a contactarse con él para pedirle su voto, entre otros.
3. Información política: Cinco indicadores que evalúan cómo los ciudadanos se informan de la política. Así, se pregunta si acostumbra leer los periódicos y cuántos días a la semana; o con qué frecuencia escucha programas de radio que debaten temas políticos (siempre, a veces, raramente o nunca).

De esta forma, el índice general responde a una escala del 0 al 19, donde 0 equivale a ninguna participación y 19 a la máxima posible. Los resultados indican que los valores de 0 a 4 (primer cuarto de la escala) concentra a prácticamente la mitad de entrevistados brasileiros; y que la primera mitad (valores del 0 al 9) recogen a 9 de cada 10 (87%). En líneas generales, se concluye que la participación política en este país es todavía limitada.

Por otro lado, Durand y Smith (1996) construyeron una escala de participación política que, a través de una sola variable, sea capaz de recoger la calidad de la participación política de los ciudadanos, desde su acceso a medios o su involucramiento en actividades, hasta su interés por saber de política. A continuación, Murga (2012) presenta la recopilación de dicha escala de participación:

1. Escucha o ve noticieros sobre política.
2. Platica con otras personas sobre política.
3. Intenta convencer a sus amigos para que voten por los candidatos que usted cree que son los mejores.
4. Asiste a reuniones de asociaciones o comunidades para resolver problemas de su barrio o ciudad.

5.	Asiste a reuniones de partidos políticos.
6.	Trabaja (ó) por algún candidato o partido político en campañas electorales.
7.	Hace solicitudes (cartas, visitas) a políticos o funcionarios públicos.
8.	Firma documentos de protesta o pidiendo algo.
9.	Participa en manifestaciones a favor o en contra del gobierno o por alguna causa.

La escasa participación política mexicana tendría su fundamento en el sistema político autoritario que tanto tiempo estuvo presente en este país. Durand (2004) concluye que se trata de un proceso complejo en el que el camino hacia la democracia es una meta constante e ineludible.

Morán y Benedicto (1995) realizaron una matriz que combina siete acciones políticas de participación política convencional, llegando a la conclusión que únicamente dos (hábitos de información política – si lee las secciones políticas de los periódicos- y las pautas de comunicación política – si comenta o discute de política con otras personas) registran niveles superiores en los entrevistados. El resto de conductas son difícilmente seguidas por la población española. A continuación se presenta la batería utilizada por el Consejo de Investigaciones Científicas (CIS), analizada por Morán y Benedicto:

1.	Lee las secciones políticas de los periódicos.
2.	Comenta o discute de política con otras personas.
3.	Trata de convencer a sus amigos para que voten como usted.
4.	Trabaja con otras personas para resolver algún problema local.
5.	Asiste a un mitin político.
6.	Participa en una manifestación.
7.	Dedica parte de su tiempo a trabajar por un partido político.

En nuestro país, estas formas de participación son relativamente variadas: mientras algunos nunca se involucran, otros pueden únicamente votar pero no participar en nada más. Y finalmente también están quienes se involucran en campañas, participan en proyectos vecinales o en peticiones a las autoridades para lograr beneficios individuales y/o comunales (Dietz, 2001).

Si nos enfocamos únicamente en la participación electoral, esta bordea el 90% en nuestro país y es la más alta comparada con el resto de países de la región (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). No se puede dejar de señalar que estos porcentajes están vinculados al hecho de que la participación electoral en Perú es obligatoria.

Con respecto a formas de participación política que demandan un mayor involucramiento de la población, además del ejercicio del derecho a voto, esta suele ser reducida en parte por la baja presencia de asociaciones políticas en las diferentes localidades (17.9%) (PNUD, 2006). Comentando las elecciones regionales y municipales de octubre del 2014, Jaime de Althaus (2014) señala cómo es que desde las primeras elecciones

regionales realizadas en el 2002 los llamados partidos políticos nacionales no han ido más que disminuyendo su presencia a favor de diversos movimientos regionales y locales. En el 2002 los partidos ganaron 56% de las alcaldías provinciales cayendo a solo un 23% en el 2014. En el sentido inverso, los movimientos regionales que presentaron algún candidato en el 2002 fueron 49 y en el 2014 llegaron a 149. El punto es, como menciona Tanaka (2014, La República) que estas organizaciones regionales son principalmente maquinarias electorales muchas veces asociadas, además, a grupos vinculados a la economía ilegal local. Difícilmente serán instituciones interesadas en canalizar inquietudes cívicas.

Algunos ciudadanos participan en actividades de campañas políticas. LAPOP evalúa la frecuencia con la que las personas intentan influir a otras para que voten por algún partido político o candidato, así como también si han participado en campañas electorales de manera activa.

Perú se encuentra en una posición intermedia respecto al porcentaje de ciudadanos que intentan influir en el voto de los demás (16%). Sin embargo, cuando se trata de la colaboración con algún partido político, los peruanos apenas llegamos al 5%, ubicándonos por debajo del promedio de la región (Carrión, Zárate y Seligson, 2012).

En líneas generales, cuando se pregunta directamente por formas más activas de participación política como la firma de una petición, asistir a manifestaciones o trabajar para un partido político, únicamente el 10% de la población peruana se involucra en alguna de estas actividades (Latinobarómetro, 2013).

¿Por qué la gran mayoría de peruanos participa únicamente con su voto en contextos electorales? ¿Por qué no estamos acostumbrados a participar de manera más activa en organizaciones políticas? A lo largo de nuestra historia política, nos hemos visto insertos en una dinámica clientelista, en donde las decisiones importantes eran tomadas por un personaje políticamente poderoso (caudillo) y una elite especialmente cerrada, mientras que el grueso de la población se comportaba de manera obediente y pasiva frente a este patrón; a cambio de bienes, servicios u protección. Además de ser fuertemente autoritaria, se percibía una notoria verticalidad entre el líder y la población que autores como Cotlear (1968, 1978) han descrito como un *triángulo sin base*. Esto es, un tipo de relación entre élites y sectores populares que se caracteriza por la presencia de estrategias clientelistas, relaciones verticales, donde la base del triángulo no tiene mecanismos de articulación entre sí. El desarrollo de una sociedad civil, bajo estos mecanismos, se dificulta.

Las actitudes y comportamientos políticos de los sectores populares han concitado la atención de diversos estudiosos en nuestro país. Uno de los momentos cruciales en nuestro acontecer político se remonta a la aparición de numerosos movimientos sociales, entre la década de 1970 y 1980, durante los años del gobierno militar que inició Velasco Alvarado en 1968. Dentro de estos se encontraban los gremios de trabajadores, asociaciones vecinales, regionales, comedores populares y rondas campesinas.

Frente al aumento del sector informal y los grupos de izquierda, algunos empezaron a preguntarse si estábamos ante un giro importante en la política tradicional peruana. Una de las perspectivas (a la que se le denominó “positiva”) sugería que los movimientos sociales representaban un cambio en la vieja política, al establecer nuevas relaciones democráticas en los sectores populares. Según este enfoque, los integrantes de estos movimientos sociales se caracterizaban por resolver de manera conjunta sus dificultades, colaborar entre sí, así como ser instituciones relativamente autónomas. Esta interpretación positiva fue dominante a mediados de la década de 1980 (Matos Mar, 1984; Ballón, 1986; De Soto, 1986).

Sin embargo, este entusiasmo inicial fue desvaneciéndose poco a poco. A mediados de esta misma década aparece un conjunto de opiniones que podrían considerarse como parte de la perspectiva escéptica, que ponen en duda el comportamiento y la actitud democrática de las organizaciones populares. Reafirman que las relaciones clientelistas no forman parte del pasado, sino que la tradición y el autoritarismo siguen presentes en las estructuras organizativas de los sectores populares. Los miembros y los dirigentes mantienen lazos autoritarios basados en la relación patrón-cliente (Murakami, 1999). Los miembros actúan en función del corto plazo: aceptan decisiones tomadas por los dirigentes siempre y cuando se superen los problemas concretos a la brevedad. Difícilmente se discuten objetivos a largo plazo con miras al futuro del Estado.

En esa línea, se tiene los trabajos de Stokes (1995), que se dedicó durante un año a la observación participativa de las actividades y gestiones de las organizaciones comunales en Independencia, distrito de Lima. Posteriormente, realizó 24 entrevistas a pobladores y activistas para complementar su análisis de la cultura política en esta población. Concluyó con la existencia de dos grupos importantes en el distrito: los clientelistas y los radicales. Los primeros actuarían de la forma escéptica ya descrita, mientras que estos últimos enfatizan aspectos como la igualdad social y de derechos humanos, el trato horizontal y la solidaridad con los más excluidos, así como una mayor participación y activismo político. Se rescatan los aportes de Stokes, sin embargo, su planteamiento no permite explicar por qué ambos grupos apoyaron por igual a la izquierda local, cuando teóricamente los radicales eran quienes supuestamente deberían respaldar en mayor medida a este grupo político. Parodi y Twanama (1993) brindan un concepto que ayuda a entender este hecho: la tendencia plebiscitaria.

A través de una encuesta a 600 limeños en 1990, Parodi y Twanama (1993) encuentran que los ciudadanos se interesan principalmente en superar las dificultades inmediatas y conciben la política únicamente como un medio para hacerlo. Los pobladores no han asimilado la participación democrática como un valor propio y esencial. Parodi califica de plebiscitaria la democracia que conciben los pobladores. El dirigente es visto como un agente proveedor que aplaca las carencias y en quien se delegan las responsabilidades. Es el equivalente a un héroe o salvador que carga con la esperanza del resto de ciudadanos. Bajo este sistema, a los ciudadanos les importa muy poco el origen del dirigente o el

gobierno; mientras este sea capaz de resolver los problemas y satisfacer las expectativas y las esperanzas que en él fueron puestas.

Este sería el motivo por el cual los partidos políticos no cuentan con una base sólida de apoyo, ya que en cada contienda electoral las preferencias de los ciudadanos varían de acuerdo al nivel de esperanza que se deposita en cada candidato para que resuelva temas concretos de interés más o menos inmediato. Esta conclusión es similar a la planteada por Matos Mar (1984) quién recalca que los peruanos tenemos una actitud de *aceptar lo que nos conviene*. (Murakami, 2000).

La tendencia plebiscitaria de Parodi es útil para explicar no solo la caída de los partidos políticos, sino también otros episodios de nuestra historia política como la elección de Fujimori en 1990 y el apoyo masivo al 05 de abril, que la investigación de Stokes no pudo explicar.

Murakami (2000) realizó un estudio cualitativo (6 grupos focales) y una encuesta a 600 ciudadanos entre los años 1999 y 2000. Sus resultados, al igual que los de Parodi, muestran que los ciudadanos asignan funciones proveedoras al Estado y que prefieren una autoridad fuerte y justa antes que una amplia libertad política.

De esta manera, estas investigaciones revisadas sobre cultura, comportamiento y conciencia política en los sectores populares de Lima (Stokes, 1995; Parodi, 1993 y Murakami, 2000), confirman la vigencia de la postura escéptica hacia la cultura y participación política en nuestra ciudadanía. En términos de Almond y Verba, hay poco interés por el *input*, salvo que tenga algún retorno inmediato, y expectativas hacia el *output*. Una situación que ubicaría la cultura política limeña en la categoría de súbdito o de súbdito participante.

A partir de investigaciones cualitativas realizadas en tres ciudades del país, incluyendo Lima, Muñoz (2013) sostiene que no solo no contamos con partidos políticos institucionalizados sino que tampoco tenemos organizaciones clientelares a largo plazo, que se encarguen de monitorear efectivamente el cumplimiento del trato clientelar, como sí ocurre en países como Argentina y México. Propone que más que un clientelismo relacional (a largo plazo y organizado), tenemos un clientelismo electoral, mediante la cual un político ofrece beneficios privados (alimentos, bienes, dinero, etc.) a individuos o sus familias durante las campañas electorales a cambio de apoyo electoral. Se suele considerar que esto es un indicador de cómo el electorado es manipulable. Sin embargo, lejos de una compra de votos, los políticos peruanos compran únicamente la participación electoral de esta población, pues no tienen forma de hacer un seguimiento del voto (este es secreto y la gente sabe que así se mantendrá).

¿Por qué es tan importante para los políticos invertir en una participación electoral que no les garantiza con seguridad el voto? Muñoz sostiene que es porque contar con una masa considerable de seguidores es igual de importante, no solo para darse a conocer sino porque la gran mayoría se inclina por los partidos y candidatos que tienen mayores posibilidades de ganar. Los candidatos “pitufos”, aquellos a los que la prensa encasilla

como Otros, no llaman la atención y por ello es importante transmitir la imagen de que “les está yendo bien”.

En síntesis, lo que tenemos en nuestro país son básicamente intercambios clientelares de corta duración en los que se distribuyen presentes (víveres, polos, gorros, etc.) a cambio de una participación en actos de campaña como mítines o caravanas. De esta manera, puede decirse que esta variante de clientelismo electoral (más conocido como clientelismo de campaña) resulta indispensable para cualquier político que quiera incrementar sus posibilidades de lograr una victoria electoral (Muñoz, 2013).

Este fenómeno se acompaña del *obrismo* (Muñoz, 2013), estrategia que consiste en desarrollar obras públicas en determinados distritos electorales esperando que los votantes de dicha jurisdicción voten por el líder en cuestión. No hay una forma de controlar ni condicionar dicha reciprocidad: se apela a la gratitud de los votantes.

El obrismo sucede al periodo electoral y se adopta una vez que el candidato ha conseguido el poder. Es una traducción del inglés *pork barrel politics* (política para conseguir votos) y a diferencia del clientelismo electoral, no implica una condicionalidad, como la participación en mítines a cambio de presentes (Stokes et al., 2013). Las obras son bienes públicos locales, que generan beneficios no excluyentes. Una vez que esta obra se entrega y se hace uso de la misma, no es posible restringirla a ciertos individuos (Díaz-Cayeros, Magaloni y Estévez, 2007). Por ejemplo, una vez que un colegio ha sido puesto en operación, no es posible restringir la matrícula a los estudiantes de padres que votaron por el político que construyó el colegio.

El obrismo funciona mejor que una máquina clientelista relacional porque es menos costosa (Auyero, 2001; Stokes, 2005). Así los políticos optan por destinar los recursos públicos para invertir en el obrismo, con el que esperan generar gratitud en los votantes para el siguiente ciclo electoral. Y si bien logran asegurarse cierta legitimidad con los ciudadanos agradecidos, este es un peligroso complemento de la corrupción. Aparece aquí la figura del *diezmo* (10% del valor de la obra o incluso más), el cual se utiliza para cubrir desfalcos, licitaciones irregulares entre otras comisiones de dudosa legalidad.

En ese sentido, la frase *roba pero hace obra* goza de plena vigencia en el contexto político actual. Lo vemos ahora con el triunfo de Luis Castañeda como Alcalde de Lima en las recientes elecciones municipales de octubre del 2014. El mismo es un político conocido como *el mudo* (por sus pocas intervenciones en prensa durante la campaña electoral) y cuyo lema de campaña fue *volverán las obras* (ya había sido antes alcalde de Lima terminando con cerca de 80% la aprobación de su gestión). Dirige una agrupación (Solidaridad Nacional) que depende de su liderazgo y, como ya se indicó, a pocos días de las elecciones, un 49% lo asoció con la frase *robará pero hará más obras*. En su anterior gobierno municipal tuvo gran respaldo gracias a proyectos tales como las *escaleras solidarias* (escaleras para los pobladores ubicados en los cerros de Lima), y los *hospitales solidarios* (clínicas que dan atención a cualquier ciudadano a muy bajo costo). Dejó de lado reformas importantes pero que eran polémicas y de difícil gestión (reforma del

transporte público, del Mercado Mayorista, taxistas, etc.) y se dedicó a lo que generaba mayor apoyo y era de rápida ejecución. No solo se dedicó a desarrollar obras que se entendía eran populares sino que además les puso nombres vinculados al nombre de su agrupación. Se puede inferir que esa mitad que votó por él en Lima, en la reciente elección, participa de una cultura política *obrista*, en la cual se valoran más las obras que las investigaciones por corrupción que estas puedan implicar. Lo que no es claro, y está vinculado al objetivo de esta investigación, es cuales son los patrones existentes en la otra mitad de la población cuyo voto se dispersó entre otros doce candidatos con cerca de un 10% de voto por la candidata de izquierda (la alcaldesa que postulaba a la reelección) y cerca de una quinta parte de electores que optaron por un candidato del partido aprista cuya campaña buscó ser lo menos política posible, desvinculada de su partido (entre los vigentes, el más antiguo en la historia de Perú) y buscando resaltar sus capacidades técnicas así como su condición de *menos malo* entre las personas que rechazaban votar por Castañeda y la candidata de la izquierda.

b) La participación política en el contexto del gobierno local

Como ya lo habían señalado Almond y Verba (1970), es importante analizar la participación ciudadana en el gobierno local. Es una instancia de gobierno más cercana a las inquietudes ciudadanas y con mayor facilidad de acceso que el gobierno central. En muchas localidades, estas son las únicas instancias públicas que permiten una interacción entre los ciudadanos y el poder público (Portocarrero, Sanborn, Cueva y Millán; 2002). Las percepciones que se puedan tener sobre estos organismos pueden impactar de manera importante en las actitudes hacia el sistema político en general.

La participación política en reuniones municipales no es tan alta (12%), pero se ubica en un nivel intermedio en comparación con el resto de países de la región (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Para medirla, se les preguntó a los encuestados si han asistido a alguna sesión de cabildo abierto; si han solicitado una petición a alguna oficina de la municipalidad durante los últimos 12 meses; si les resolvieron el asunto y si han participado en la elaboración del presupuesto del municipio.

Cuando se trata de la presentación de solicitudes de ayuda o peticiones, Perú se ubica en los primeros lugares. Las personas de más de cuarenta años, por lo general hombres y quienes tienen un rol más activo en la comunidad, así como también quienes cuentan con un nivel educativo más alto son los que tienen una mayor participación (Carrión, Zárate y Seligson, 2012).

Según datos del INEI (2012) en Lima Metropolitana el número de miembros que participó en juntas vecinales fue de 6,647, es decir, el 17.7% del total nacional. Se destaca que entre los años 2008 y 2012 el número total de miembros se ha incrementado en 32.8%.

Sin embargo, la gran mayoría (49.5%) señala que nunca acude a las municipalidades de sus distritos y un 33.3% refiere que solo lo hace para pagar impuestos. Esta situación refleja una escasa comunicación entre los ciudadanos y las instituciones municipales (Calandria, 2011). Esto se debería en parte a la calidad de la atención recibida en esta

instancia. De hecho, en este último indicador, Perú se encuentra por debajo del promedio de la región (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Esto es importante en la medida de que quienes tienen una mejor evaluación de los servicios que brinda su municipalidad muestran un mayor apoyo al sistema político.

El nivel de satisfacción con el gobierno local depende de variables como la confianza que se tenga en el buen manejo de los recursos, el buen trato que reciban los ciudadanos y también la percepción del propio individuo de tener una mayor influencia en los asuntos municipales (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Por esta razón, es preocupante que 42% de limeños considere que hace 5 años se le prestaba más atención a los vecinos que en la actualidad y, sobre todo, que esta cifra continúe en aumento respecto a mediciones previas, donde no se llegaba ni al 30% (Lima Cómo Vamos, 2013). En esta misma encuesta, 49.6% está de acuerdo con que los vecinos tienen muy poca influencia en las decisiones de las autoridades municipales. Este resultado también se incrementó con respecto al 2012 (36.3%).

Esta competencia política no se manifestaría por igual en todos los niveles socioeconómicos. Si bien en los estratos populares existe el deseo de asumir un rol protagónico en la dirigencia de las principales organizaciones políticas (Dietz, 2001), la participación en actividades concretas del gobierno local es mucho menor que en los niveles socioeconómicos más altos (Alarcón, 1991).

Por ejemplo, Alarcón (1991) encontró que dentro de la mentalidad popular la dirección del gobierno local es ejercida por una élite que, muchas veces, tiene un desempeño ineficaz en la solución de los problemas de los más pobres. A pesar de ello, la poca confianza que tienen en sí mismos los limita en la asunción de cargos políticos, pues sienten que carecen del conocimiento y de la experiencia necesaria para tener una posición dirigenal.

En líneas generales, 73% de limeños estaría de acuerdo en participar en las decisiones del gobierno regional mediante asambleas y 65.3% en consultas. Por su parte un 56.8% aceptaría participar en las decisiones referentes al presupuesto participativo (Calandria, 2011). Es esperable que haya una necesidad subyacente de involucramiento dados los bajos niveles de confianza municipal que obtenemos. Nuestro promedio es menor que el resto de países de la región, y está muy relacionado con la baja confianza con la que cuentan diferentes instituciones estatales y el bajo apoyo al sistema político (Carrión, Zárate y Seligson, 2012).

c) Formas alternativas de participación

Así como existe una participación de tipo más convencional, existen otros mecanismos que surgen para buscar cambios y ejercer algún impacto en las decisiones políticas. Se dice que principalmente los jóvenes, las personas más educadas y aquellas con

orientaciones hacia valores postmaterialistas son quienes suelen involucrarse mayormente en actividades políticas no convencionales (Inglehart, 2001).

La Encuesta Mundial de Valores (<http://www.worldvaluessurvey.org>) utiliza una escala de cinco ítems que miden la disposición de la gente a involucrarse en actividades de participación no convencional. Cada una de pregunta sobre si el comportamiento se realizó, si podría hacerlo (protesta potencial) o si “nunca lo harían”. A los que dicen que sí lo han hecho, se les pregunta si lo hicieron una, dos tres o más veces.

La batería utilizada utiliza la siguiente pregunta: “Le voy a leer algunas formas de acción política que la gente puede realizar y me gustaría que me dijese, en cada caso, si usted ha realizado esa actividad, si la realizaría o no la realizaría nunca bajo ninguna circunstancia”.

	La ha hecho	Podría hacerla	Nunca la haría
1. Firmar una petición	1	2	3
2. Secundar boicots.	1	2	3
3. Participar en manifestaciones pacíficas	1	2	3
4. Participar en huelgas ilegales.	1	2	3
5. Algún otro acto de protesta	1	2	3

Estos ítems han tenido ligeras modificaciones en las sucesivas olas de la EMV. En versiones anteriores se preguntaba por la ocupación de edificios o fábricas y no existía el ítem para indagar sobre otros tipos de actos de protesta. Nos parece que en general, posiblemente más la versión anterior, los ítems aluden a comportamientos “no autorizados” o ilegales y eso es algo que debe revisarse. En la experiencia peruana, se observa además que las formas de protesta pueden estar afectadas por el entorno. En las ciudades del interior del país o las cercanas a carreteras, las tomas de las mismas ha sido un tipo de protesta muy usada por las comunidades.

Durand y Smith (1996) abarcan un enfoque diferente, en el que evalúan las reacciones de la sociedad civil frente a las medidas adoptadas por el gobierno para lidiar con este tipo participación. La pregunta tiene el siguiente encabezado: “Ahora me gustaría saber lo que usted opina sobre ciertas acciones que a veces realiza el gobierno cuando hay protestas. Para cada una de las acciones me gustaría que me dijera si la aprueba o desaprueba”:

1. Usar a la policía contra manifestaciones públicas.
2. Hacer leyes para prohibir manifestaciones de protesta.
3. Castigar a los que están contra las autoridades.
4. Usar al ejército para acabar con las huelgas.

Las protestas ganan cada vez mayor presencia como un método más de participación política en América Latina. Perú no es la excepción, de hecho es uno de los países más propensos a este tipo de activismo político.

Un 65% apoya este tipo de manifestaciones en Perú, solo un 12% se encuentra en desacuerdo y un 22% señala que este tema no le interesa en particular (GfK, 2014), por lo que existe una mayoritaria tendencia a favor de las protestas en general, además de contar con un nivel de participación bastante alto (13.1%) con respecto al resto de países de la región (Carrión, Zárate y Seligson, 2012).

En el estudio del 2012, el proyecto LAPOP (Carrión, Zárate y Seligson, 2012) indagó por la participación en protestas de la siguiente manera:

- ¿En los últimos 12 meses ha participado en una manifestación o protesta pública?
- Que las personas participen en un cierre o bloqueo de calles o carreteras como forma de protesta. Usando la misma escala, ¿Hasta qué punto aprueba o desaprueba?
- Que las personas invadan propiedades o terrenos privados como forma de protesta ¿Hasta qué punto aprueba o desaprueba?

Estos son ítems que reflejan mejor la realidad local con relación a este tipo de comportamientos y no tienen un sesgo que las presente como ilegales.

Los altos niveles de participación en este tipo de manifestaciones en nuestro país están asociados al mal funcionamiento de las instituciones formales de democracia participativa (Machado, Scartascini y Tommasi, 2011), debido a ello es que los ciudadanos eligen canales de participación informales. Cabe señalar que la participación en protestas también tiene una relación directa con el autoritarismo de derecha y a variables como el potencial de represión y a la legitimidad de la protesta pública. En este último caso, en Lima Metropolitana, las personas menos autoritarias son quienes legitiman en mayor medida las protestas públicas, mientras que en el interior del país y en el ámbito rural, quienes legitiman más las protestas públicas y quienes ejercen una mayor participación en estas manifestaciones son las personas más autoritarias (Córdova, 2013).

En el estudio de LAPOP del 2012 (Carrión, Zárate y Seligson, 2012) se encontró que el 13% había participado en una manifestación en el último año. Esto ubica a Perú en el tercer lugar de los países estudiados. Las personas con mayor participación en protestas son aquellas con un nivel educativo más alto, mayor interés en la política, menor riqueza material, quienes han sido víctimas de corrupción y de la delincuencia y viven en ciudades relativamente más pequeñas. En el estudio del 2010 este comportamiento también estaba vinculado a los que tienen un bajo apoyo al sistema político y residen en la sierra sur (Carrión, Zárate y Seligson, 2010). Esta región concentra los mayores niveles de pobreza extrema del país (especialmente en el ámbito rural), por lo que no sorprende que sean estos ciudadanos quienes tienen más argumentos que reclamar al gobierno central. Si bien el crecimiento económico de los últimos años ha generado la expectativa de progreso para todos, aún 7,8 millones de peruanos están todavía en situación de pobreza (INEI, 2013).

Por otro lado, en el estudio del 2012 un 26% apoyaba el bloqueo de carreteras (semejante a resultados anteriores) pero se encontró un mayor apoyo a las invasiones, en

comparación al 2006, al pasar de 13% a 17% de apoyo. Tanto individualmente como promediados, el apoyo a este tipo de protestas es bajo si se compara con los otros países de América (Carrión, Zárate y Seligson, 2012).

Con respecto a la probabilidad de que surja alguna protesta en su ciudad durante el siguiente mes, más de la mitad (57%) lo considera probable (GfK, 2014). Dentro de las razones más mencionadas por las que ocurren las protestas (estas son encuestas urbanas) se encuentran principalmente los salarios bajos (49%) y el alza de precios (47%). Otros motivos son la demanda de mejoras en la seguridad ciudadana (28%), temas de salud (22%), temas de educación (19%) y la exigencia de obras para la ciudad (15%) (GfK, 2014).

Nos encontramos frente a un sistema político con dificultades para entender las expectativas de la población y también para representarlas. Las protestas son la evidencia de esta ruptura entre la representación política y las demandas sociales, hecho que tiene un impacto importante en la confianza hacia el gobierno y los actores políticos. Sin embargo, ante la ausencia de una oposición organizada, la posibilidad de capitalizar el descontento en opciones alternativas queda reducida (Meléndez y León, 2010). La ausencia de intermediación dificulta la canalización adecuada de las demandas de la población.

d) Consideraciones acerca de las elecciones locales del 2014

El 5 de octubre del 2014 se realizaron elecciones regionales y municipales en todo el país. En Lima, la capital, algo más de seis y medio millones de mujeres y hombres mayores de 18 años cumplieron con el deber ciudadano de elegir a las autoridades que regirán sus municipios distritales y el provincial durante el periodo 2015 - 2018. Los resultados obtenidos en las urnas nos ayudan a entender no solo el clima político actual, sino que también permiten realizar reflexiones sobre las actitudes políticas detrás del comportamiento electoral de los limeños.

El triunfo de Luis Castañeda como alcalde de Lima no tiene precedentes. Es el primer burgomaestre en ser reelegido para un tercer periodo y con una abrumadora ventaja. Su primer período como alcalde fue del 2006 al 2010 y fue reelegido para ejercer del 2007 al 2010. Terminó su mandato con 79% de aprobación en las encuestas y en su peor momento tuvo una aprobación de 62% (Ipsos Apoyo, octubre 2010). En esta oportunidad, salió elegido con el 46% de los votos válidamente emitidos, cifra semejante a la que registraron las encuestas durante casi toda la campaña (GfK, setiembre 2014) y distante del segundo puesto (16% de los votos) que se definió recién en las últimas dos semanas de un proceso que tuvo trece listas en competencia.

Diversos factores han contribuido al éxito de Castañeda. Se le conoce como *el mudo*, o mejor dicho, el que habla con obras. Un político que se beneficiaría de lo que Paula Muñoz (2013) llama, el *obrismo* un rasgo de la cultura política peruana que consiste en valorar no tanto al que reparte bienes (un manejo más clientelar) sino al que se ubica

como aquel que centra su gestión en la construcción de obras. 66% manifestó que votó por él por lo que hizo como alcalde (sus obras) y un 45% mencionó también su capacidad de gestión municipal – más referencias a la capacidad de hacer obras- (GfK, setiembre 2014). Esta postura pragmática empata muy bien con el sentir ciudadano, que prioriza estas acciones por sobre las ampliamente difundidas denuncias de corrupción y malos manejos durante su gestión anterior. En una encuesta realizada en junio, solo un 15% creía que las denuncias sobre malos manejos en su anterior gobierno eran ciertas (GfK junio 2014). En todo caso, como ya se indicó en otra parte, 49% lo terminó asociando con la frase *robará pero hará más obras* (Datum, setiembre 2014). La gente menos informada y con menor interés en la política votó masivamente por él (GfK, setiembre 2014). Esta lógica de votar por “el que hace obras” (el llamado *obrismo*) lleva inevitablemente a recordar que fue Ricardo Belmont con su movimiento Obras, a fines de 1989, quien inició la llegada al poder (en este caso el municipal) de los llamados *independientes*. Como afirma Tuesta (2014) desde aquel momento, Lima solo ha tenido alcaldes que lideraron agrupaciones bastante nuevas o en todo caso muy poco estructuradas donde el liderazgo personal ha primado. Los llamados “partidos tradicionales” no llevan un alcalde a Lima desde 1986. El movimiento Obras, Somos Perú, Solidaridad Nacional y Fuerza Social fueron o son movimientos independientes que se crearon específicamente para ganar las elecciones en un corto plazo. Fuera de eso, su presencia es prácticamente inexistente. En esta última contienda, siete de los trece candidatos en Lima fueron como invitados en agrupaciones de las que no son miembros. Y probablemente nunca más vuelvan a formar parte del partido o movimiento por el que postularon.

Para Barreda (2014), nuestra política siempre fue carismática, incluida la limeña. Sostiene que la posibilidad de un voto programático (basado en la comparación de propuestas de los diferentes candidatos) es prácticamente imposible, ya sea por la enorme cantidad de promesas incumplidas por los candidatos, o por la desconfianza que generan los políticos en la actualidad. La democracia peruana, sostiene, se basa más en carismas que en organizaciones. Esto puede ser cierto pero se soslaya que hubo un período, entre 1980 y 1992, en que la actividad partidaria era mayor y convivía con los liderazgos personales dentro y fuera de los partidos. Eso hoy ha quedado solo como parte de un reclamo por ver una actividad partidaria que no reflota.

En diferentes distritos de Lima, se repite el fenómeno, la actitud pragmática. Un claro ejemplo lo encontramos en el reelecto alcalde de Villa El Salvador (en adelante VES), Guido Iñigo. VES es un distrito limeño ubicado en Lima Sur, un sector de Lima poblado por personas de bajos recursos económicos, es el conjunto de distritos más pobre de la ciudad. Al igual que Castañeda, la asociación del alcalde con las obras lo ha convertido en el candidato más votado de Lima (66.7%). Su campaña electoral se basó en un discurso que rescataba la cuantiosa cantidad de obras que había realizado solo en dos años y medio de gestión, destacando la rehabilitación de 800 mil metros cuadrados de pistas y veredas. *En un distrito lleno de arena y pampa, donde el polvo era un habitante más de los barrios*

y de las casas, el concreto cambió el paisaje. Y la gente lo notó. (Miranda, 2014; pp. 9). Sin embargo, el *chiquillo* (como popularmente se le conoce por tener solo 29 años) también tiene asuntos que aclarar respecto a malos manejos dentro de la municipalidad. El alcalde es acusado de complicidad en el delito de colusión por la Fiscalía Anti Corrupción de Lima Sur. Adicionalmente, también ha sido acusado por brindar información falsa en su hoja de vida (estudios superiores no concluidos en instituciones de educación superior) aunque en este último juicio resultó absuelto. No deja de sorprender cómo, a pesar de que mucha gente se encuentra al tanto de estas irregularidades, la percepción de que es un alcalde trabajador parece ser suficiente y no melló para nada su popularidad o, al menos, la intención de voto.

Como ya se indicó es importante preguntarse qué pasó con aproximadamente la otra mitad del electorado que no votó por Castañeda en estas últimas elecciones para la alcaldía de Lima. Durante casi todo el proceso, quien figuró en segundo lugar en la intención de voto fue la alcaldesa que postulaba a la reelección, Susana Villarán. Casi siempre estuvo entre un 11% a 12% de intención de voto (GfK setiembre 2014) pero con un fuerte porcentaje de gente que decía que de ninguna manera o probablemente no votaría por ella (72%). Ella es una persona de centro izquierda que llegó a la alcaldía en las elecciones del 2010 por una mezcla de cualidades personales y errores de sus rivales. Pasó de tener un 9% en las encuestas de agosto a ganar las elecciones en octubre del 2010 (para el período 2011-2014) con un 34% de los votos emitidos. Sus dos rivales, que la superaban en intención de voto y que estaban en la derecha y centro derecha, cometieron errores que terminaron favoreciéndola. Uno de ellos tuvo problemas en su proceso de inscripción y la otra fue objeto de burlas y críticas por unos audios que revelaron conversaciones de tono muy subido. Susana Villarán se favoreció de esta situación (una suerte de “mal menor”) y triunfó. Una vez en el poder, fue objeto de constantes críticas desde diversos frentes (grupos de interés, medios de comunicación, rivales políticos) y esto, sumado a diversos errores cometidos, la llevó a pasar de un 46% de nivel de aprobación en enero del 2011 (recién elegida) a solo 17% en octubre del 2014. Como alcaldesa buscó, desde el comienzo, tomar distancia de este *obrismo* de Castañeda que le ponía el nombre y color de su agrupación (Solidaridad) a casi toda obra pública (Hospitales de la Solidaridad, escaleras solidarias, etc.). Intentó acuñar el concepto, más amplio y democrático, de *Lima para todos* e, incluso en sus más difíciles momentos, fue la más asociada con el concepto de honestidad (GfK setiembre 2014). Sin embargo, una crítica constante estuvo dirigida a sus dificultades para realizar una gestión eficiente contra la delincuencia, no tener un plan claro de gobierno, estar rodeada de malos funcionarios y tener una mala comunicación con la ciudadanía (GfK enero 2014). Un sector de la prensa la etiquetó con la frase de *Lady Vaga* para aludir a su baja asociación con la obra pública. Un aspecto que siempre llamó la atención fue que siendo una persona vinculada a la izquierda sus niveles de aprobación siempre fueron más bajo en los segmentos de más bajos recursos (C, D y E, 19% aproximadamente) y más altos en los sectores con mejor ubicación en la estratificación socioeconómica, los segmentos A y B, con un 32% de aprobación (GfK setiembre 2014). Entre la gente más informada e interesada en la política, su intención

de voto llegaba a un tercio del electorado, muy cerca de Castañeda. Entre los menos interesados y desinformados, se ubicaba en un segundo distante lugar, con 10% a 15% de intención de voto (versus 50% a 60% de intención de voto por Castañeda en este segmento). Su distanciamiento de los sectores de bajos recursos fue mayor desde que comenzó a liderar dos proyectos que suponían formalizar actividades económicas donde la presencia de personas de sectores populares es importante: el comercio ambulatorio (en particular, el comercio en el mercado mayorista) y el transporte público (en Lima, paradójicamente, está en manos de empresas privadas que destacan por su nivel de informalidad). Esta situación siempre llevó a pensar que su discurso y propuesta, más formal, aludiendo siempre a valores cívicos tenía serias dificultades para llegar a una población inmersa en una lógica utilitaria y *obrista*, donde el individualismo se cultiva asociado al bajo respecto a las reglas de convivencia y la formalidad (pago de impuestos, entre otros). La motivación de esta investigación surge en buena medida al calor de esta experiencia. Indagar en mayor profundidad en estas probables dos (¿o más?) tendencias de cultura política: una donde el civismo tiene mayor presencia y otra donde el pragmatismo individualista impera.

3. Creencias y actitudes hacia el sistema político

3.1. Actitudes hacia la democracia

a) La concepción de la democracia

El concepto de democracia supone nociones distintas en diferentes contextos. Para evaluar esta disyuntiva, el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) realizó una pregunta de cinco ítems sobre qué cree que es lo más importante para que exista democracia (Morán, 2001; citado en Murga, 2012). Las opciones de respuesta fueron:

1. La posibilidad de votar para elegir representantes
2. En el que todos puedan satisfacer sus necesidades económicas
3. El derecho a decir lo que uno piensa
4. El respeto a las minorías y
5. La existencia de diversos partidos políticos

Por su parte, Moises (1995) y Durand (2004) en sus estudios sobre cultura política brasileña y mexicana presentaron una pregunta cerrada compuesta por nueve ítems sobre las concepciones democráticas en la población de estos países. La pregunta utilizada fue: “Las personas asocian la democracia con cosas muy diferentes. Voy a citar algunas frases y me gustaría que usted me dijera si la democracia tiene mucho, bastante, poco o nada que ver con cada una de ellas”.

1. Derecho a participar en las elecciones
2. Libertades políticas
3. Igualdades sociales
4. Igualdad frente a la ley
5. Fiscalización del gobierno a través del Legislativo/ Judicial

6. Control de la corrupción/ tráfico de influencia
7. Derechos sociales (salud, empleo, educación y otros)
8. Derechos de las mujeres y
9. Libertades en cuestiones morales y sexuales.

Una modalidad aún más abreviada se utilizó por la Hewlett Poll 1998 (Camp 2001) en Costa Rica, Chile y México. En este caso, se preguntó: “En una palabra, ¿podría decirme qué significa para usted la democracia?”. Las opciones de respuesta que se consideraron fueron:

1. Libertad
2. Igualdad
3. Voto y elecciones
4. Una forma de gobierno
5. Bienestar y progreso
6. Respeto al estado de derecho.

Los resultados del Latinobarómetro también brindan una aproximación importante a la noción latinoamericana de la democracia. De esta manera, cuando se pregunta por lo más importante para ellos y se les presenta opciones como: mantener el orden, aumentar la participación, prevenir las alzas de precios o proteger la libertad de expresión; en general, el mantenimiento del orden ocupa la primera elección en ocho de los nueve países evaluados; mientras que la defensa de la libertad de expresión siempre resulta ser la última elección.

Así como estas, diferentes investigaciones en el contexto nacional han buscado explicar qué es la democracia para los peruanos, especialmente en el grueso de la población. Cuando se le ha preguntado a los ciudadanos de los segmentos bajos qué es para ellos la democracia, se mencionan a aspectos como igualdad ante la ley (justicia), libertad de prensa, progreso económico y social, así como cumplimiento de promesas electorales (Murakami, 2000). La democracia representa además la posibilidad de tener una participación activa en las decisiones importantes que involucran a la sociedad, así como una situación económica llevadera (Alarcón, 1991).

De manera general, en la actualidad, la democracia está mayormente relacionada con la igualdad de oportunidades y a la consolidación de las instituciones políticas como organizaciones capaces de responder a las necesidades de la población (Carrión, Zárate y Seligson; 2012). Mientras continuemos con instituciones débiles y con problemas de inclusión social es difícil creer en una nación plenamente democrática.

Díaz-Albertini (2010) encontró que casi un 50% de limeños ignoraba qué es la democracia o simplemente no le importaba. Un estudio del PNUD (2006) concluyó que la democracia y la política peruanas son poco conocidas y que generan insuficiente interés (34.9% no sabía ni tenía idea de qué era la democracia y el 26.5% aunque tenía idea no

le importaba el tema). Quienes tenían un mayor conocimiento eran aquellas personas de una posición social más alta, mientras que las de menor educación e ingresos percibían la democracia como algo distante y lejano.

Dargent (2009) presenta una visión interesante de la relación entre la clase política peruana y la democracia que estos mismos ejercen. Afirma que la élite política en Perú actúa como “demócratas precarios”, pues lejos de tener un compromiso permanente con la democracia, solo se comportan como auténticos demócratas cuando ven peligrar sus propios intereses y apelan a los recursos de este sistema para protegerlos de los gobiernos abusivos. Sin embargo, el resto del tiempo se comporta de manera precaria y ceden fácilmente a medios no democráticos, si estos le representan algún beneficio personal.

En ese sentido, los peruanos somos más prácticos que éticos. Tanto la democracia como el autoritarismo figuran como opciones estratégicas a las cuales se recurre dependiendo de la situación. Nos encontramos ante un panorama donde lo democrático y lo justo se liga y se desliga al mismo tiempo (Calandria, 2011). Por todo lo anterior, es hemos revisado algunos estudios que dan cuenta de indicadores relacionados al apoyo al sistema democrático en nuestro país.

b) El apoyo a la democracia

El apoyo a la democracia resulta fundamental para la consolidación de una cultura cívica. No llama la atención que se hayan presentado diferentes formas de evaluar este constructo. Por ejemplo, la *Four Nations Study* (Murga 2012) considera que el apoyo a la democracia puede descomponerse en tres dimensiones: una legitimidad difusa, una legitimidad “por defecto” y finalmente la eficacia percibida de dicho sistema político.

La legitimidad difusa se refiere a la preferencia de la democracia frente a cualquier sistema político. La forma de evaluar este indicador es la siguiente: “¿Con cuál de las frases siguientes está usted de acuerdo?” (1) La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno, (2) En algunas circunstancias, un régimen autoritario, una dictadura, puede ser preferible al sistema democrático; o (3) A la gente como yo, lo mismo le da un régimen que otro.

Mientras tanto la legitimidad por defecto u opiniones del pasado abordan las preferencias ciudadanas por otros sistemas además del democrático. Por ejemplo, la pregunta utilizada es: “Teniendo en cuenta lo que usted recuerda del franquismo en España, ¿Cree usted que: (1) fue en parte bueno y en parte malo, (2) fue solamente malo, o (3) en conjunto fue bueno?

Finalmente, en relación a la eficacia percibida, que tiene que ver con todas las actitudes positivas hacia la democracia como régimen, la pregunta formulada es: “¿Con cuál de las frases siguientes frases está usted más de acuerdo? (1) Nuestra democracia funciona bien;

(2) nuestra democracia tiene muchos defectos, pero funciona; (3) nuestra democracia funciona cada vez peor, y de seguir así, no funcionará en absoluto”.

Por otro lado, la Encuesta Mundial de Valores (1995) considerando una batería de cuatro ítems, preguntó: “Ahora voy a describirle diversos tipos de sistemas políticos y a preguntarle qué piensa usted de cada uno de ellos como forma de gobernar este país. Para cada uno de ellos, ¿Diría usted que es un modo muy bueno, bastante bueno, bastante malo o muy malo de gobernar este país?

1. Tener un líder fuerte que no tuviera que preocuparse por el parlamento ni por las elecciones.
2. Tener expertos, no un gobierno que tome las decisiones de acuerdo con lo que ellos piensen que es lo mejor para este país.
3. Tener un gobierno militar.
4. Tener un sistema político democrático.

Los resultados obtenidos a nivel internacional denotan una alta preferencia por los sistemas democráticos por parte de la población. De hecho, en doce de veinticuatro países, entre el 84% y el 89% de los entrevistados manifestó que la democracia es el mejor sistema de gobierno, mientras en el resto de países el apoyo fue entre 90% y 98%. En el caso latinoamericano, la distribución fue bastante similar: de los ocho países que participaron en el estudio, cuatro de ellos (Brasil, Chile, Colombia y México) obtuvieron puntajes entre el 85% y 86%, mientras que nuestro país, junto con Argentina, Uruguay y Venezuela, eligieron la democracia entre 91% y el 96% (Inglehart et al 2004).

En el caso de la encuesta Latinobarómetro, esta ha generado un índice de apoyo a la democracia, en función a seis indicadores, los cuales se listan a continuación:

1. Con una escala de 1 a 10, le pedimos evaluar cuán democrático es (su país), en donde 1 quiere decir que el país no es democrático y 10 que el país es totalmente democrático. ¿Dónde pondría usted al país...?
2. ¿Cuánta confianza tiene usted en la democracia como sistema de gobierno para que el país llegue a ser un país desarrollado? 1) Mucha confianza, 2) Algo de confianza, 3) Poca confianza, o 4) Ninguna confianza.
3. ¿Diría usted que el país está gobernado por (1) unos cuantos grupos poderosos en su propio beneficio, o (2) que está gobernado para el bien de todo el pueblo?
4. La democracia puede tener problemas, pero es el mejor sistema de gobierno: (1) muy de acuerdo, (2) de acuerdo, (3) en desacuerdo, (4) muy en desacuerdo.
5. Con sus decisiones el gobierno busca el bienestar de la gente: (1) muy de acuerdo, (2) de acuerdo, (3) en desacuerdo, (4) muy en desacuerdo.
6. La democracia crea condiciones para que la gente como yo pueda prosperar por su propio esfuerzo: (1) muy de acuerdo, (2) de acuerdo, (3) en desacuerdo, (4) muy en desacuerdo.

De esta forma, el índice ha generado siete valores (de 0 a 6 puntos), que reagrupados conforman 3 niveles de apoyo: apoyo alto a la democracia (de 5 o 6 puntos), apoyo medio (de 3 o 4 puntos) y apoyo bajo (de 0 a 2 puntos). A nivel regional, se ha encontrado que el grupo intermedio es el que consigue una mayor representación.

A partir de estos resultados, nuestro país incrementa de manera sostenida su apoyo general a la democracia, por encima del 50%, llegando al 56% en el 2013, es decir, casi al mismo nivel del promedio de la región y por encima de su propio promedio (Latinobarómetro, 2013). Para el 2014, un 62% consideró que este sistema de gobierno es preferible a cualquier otro. Sin embargo, esta valoración disminuye en los segmentos más vulnerables de país, como el NSE E (51%) y entre las personas que viven en el interior (55%) (GfK, 2014). Estos datos confirmarían los hallazgos de Alarcón (1991) quien planteaba que a mayor acceso a recursos materiales mayor apoyo a la democracia. Otro aspecto a considerar sería el tiempo que ha durado la alternancia democrática en Perú. Desde 1980 a la fecha (34 años) los gobiernos elegidos en elecciones se han sucedido unos a otros, salvo la breve interrupción de 1992. Algo nuevo en la historia del país.

LAPOP (2012) utilizó una pregunta semejante para conocer la opinión de los ciudadanos respecto a esta variable: “Puede que la democracia tenga problemas, pero es mejor que cualquier otra forma de gobierno. ¿Hasta qué punto está de acuerdo o en desacuerdo con esta frase?”. Se utilizó una escala de 7 puntos en donde 1 es “muy en desacuerdo” y 7 es “muy de acuerdo”. El resultado fue bastante similar al registrado por GfK en el 2014 (63%) y semejante al encontrado antes en el mismo estudio de LAPOP del 2010. Estos fueron resultados que estuvieron por debajo del promedio regional, pues la gran mayoría de países obtuvo puntuaciones por encima del 70% (Carrión, Zárate y Seligson; 2010, 2012). Como señala Murga (2012) al comentar un estudio de PNUD sobre el apoyo a la democracia en la región, esta preferencia por la democracia versus otros regímenes puede coexistir con “actitudes poco democráticas en relación con diversas cuestiones sociales” (Murga, 2012, p. 184). De acuerdo a los estudios presentados, en Perú coexiste este apoyo a la democracia, en tanto régimen menos malo, junto con altos niveles de desconfianza interpersonal, actitudes autoritarias y racismo. Esta combinatoria explicaría lo señalado por Macassi (1994), con relación al golpe de Fujimori el 5 de abril de 1992, a la gente puede no importarle quedarse sin Congreso y sin Poder Judicial, mientras el mandatario sea el mismo y sea eficiente. Situación semejante a la de otros países latinoamericanos (Murga 2012). Como señalaron Almond y Verba (1970) en su clásico estudio, cuando en un país existe una cultura política mixta del tipo súbdito-participativa, durante los períodos democráticos, la cultura de súbdito, más autoritaria, se expresa disfrazada a través del populismo. Catterberg (1989) señala una situación de este tipo para el caso de Argentina, por ejemplo.

La percepción de que el gobierno está trabajando duro en mejoras para la población, vivir en zonas urbanas, tener dinero ahorrado y contar con un mayor nivel educativo son

fuentes importantes de apoyo a la democracia, según lo planteado en un análisis de regresión realizado para toda la región latinoamericana (Latinobarómetro, 2013; Carrión, Zárate y Seligson, 2010). Esto confirmaría la relación existente entre educación y desarrollo de una cultura política democrática (Tello, 1994), pues son las personas con mejor educación quienes apoyan en mayor medida el derecho de participación de los ciudadanos.

Sin embargo, al recoger las opiniones de estudiantes universitarios limeños, quienes supuestamente son los que mejor representan a la población más instruida del país, solo 47% de estos prefiere la democracia como forma de gobierno, mientras un 25% estaría dispuesto a aceptar un gobierno autoritario si este llegara a ser necesario, 9% no tiene preferencia por ningún tipo de sistema de gobierno y 20% no sabe qué elegir (Mujica, 1998). Llama la atención que más de la mitad de estos jóvenes no tenga una conciencia ciudadana claramente definida.

Resulta paradójico además que aquellos que perciben que la corrupción se encuentra bastante generalizada manifiesten un mayor apoyo a la democracia (Carrión, Zárate y Seligson, 2008). Esto quizás se debe a que quienes tienen una mayor percepción de corrupción son quienes tienen mayor educación, es decir, se trata de una relación indirecta entre educación y apoyo a la democracia. Por otro lado, cuando se presenta un alto descontento con el desempeño del gobierno, dicho apoyo empieza a disminuir (Carrión, Zárate y Seligson, 2010).

c) Grados de satisfacción con respecto a la democracia

Esta variable es otra de las que más impactan en la consolidación democrática de una nación. En muchas circunstancias, se apoya a la democracia como el mejor sistema de gobierno, se tiene valores democráticos pero en la práctica se siente que la misma no está cumpliendo con las expectativas. Dalton y Welzel (2014) utilizan el concepto de “ciudadano asertivo” para referirse a este hecho. Es por ello que un tercer nivel de análisis, además de la concepción de democracia y el apoyo manifiesto hacia la misma, es importante. En este caso, se trata de evaluar expectativas ciudadanas preguntando por el desempeño del régimen político a través de indicadores que reflejen cómo los ciudadanos están respondiendo a las acciones llevadas a cabo por el gobierno.

La literatura nos ha aportado una serie de medidas. El proyecto *Four Nation Study* (Murga, 2012) utilizó una pregunta con 3 ítems para evaluar las actitudes hacia la democracia, en el que se les pide a los entrevistados que digan ¿con cuál de las frases siguientes está usted más de acuerdo?

1. Nuestra democracia funciona bien
2. Nuestra democracia tiene muchos defectos, pero funciona
3. Nuestra democracia funciona cada vez peor, y de seguir así, no funcionará en absoluto.

La tendencia mayoritaria es a darle una valoración importante a la democracia, pero reconociendo que tiene muchos defectos que solucionar. En el caso de la EMV- 2000 (Inglehart et al 2004) se pregunta directamente por el nivel de satisfacción con la forma en la que la democracia se desenvuelve en el país, con una escala de: muy satisfecho (4), algo satisfecho (3), no muy satisfecho (2) o nada satisfecho (1). La misma pregunta fue utilizada en Latinobarómetro, de donde se concluyó que, en promedio, cerca de la cuarta parte (27%) se encuentra satisfecha con el desempeño de la democracia en sus respectivos países (Latinobarómetro, 2013). Dentro de los países más insatisfechos se destacaron Honduras, México y Perú; mientras que Uruguay y Ecuador se consolidaron como los más contentos con el desempeño de sus sistemas democráticos.

En Perú, la gran mayoría (61%) se encuentra insatisfecho con la forma en que la democracia funciona en nuestro país. Cuando se comparan estos resultados a nivel regional, Perú es el cuarto país menos satisfecho con la democracia (Latinobarómetro, 2013), tendencia que se mantiene estable respecto a la medición del 2008 (Carrión, Zárate y Seligson, 2010).

Dentro de los factores que afectarían la satisfacción con la democracia en Perú se encuentran una serie de aspectos económicos y políticos vinculados a la gestión del gobierno de turno. El desempeño económico prima sobre lo político. Con relación a lo primero, está la percepción del desempeño del gobierno en el manejo del desempleo y la pobreza. Esta es la variable de mayor impacto en la satisfacción con la democracia. Siempre dentro de lo económico, también influye la percepción de la situación económica personal (quienes atraviesan una crisis económica se encuentran menos satisfechos). En lo político, son importantes la evaluación de la gestión del presidente actual (mejor evaluación equivale a mayor satisfacción con el sistema), y la experiencia previa de corrupción (quienes han sido víctimas se encuentran menos satisfechos con la democracia) (Carrión, Zárate y Seligson, 2010).

En líneas generales, la satisfacción con la democracia se define ante resultados principalmente económicos, y secundariamente políticos, que afectan la situación personal o familiar en un plazo relativamente corto, esto es, con relación a la gestión del gobierno de turno. Esto lleva a una situación, como menciona Tanaka (2007) donde existen diversos desajustes entre las expectativas y la situación que viven los ciudadanos con relación a la democracia. Se apoya la misma pero se considera que este tipo de régimen deja mucho que desear. Se desconfía de los mecanismos y medios institucionales que intervienen. La precariedad del apoyo se entiende dado que el mismo depende de la satisfacción con aspectos que eventualmente un gobierno no democrático sí podría satisfacer: empleo, combate a la pobreza, mejora de situación económica personal, disminución de la corrupción

d) Las actitudes hacia los golpes militares

América Latina ha sido testigo a lo largo de su historia de una serie de golpes de Estado. Los mismos han estado vinculados a severas crisis económicas y/o políticas que dan cuenta de una fragilidad en la preferencia de las élites y la ciudadana por la democracia. Esto ha venido cambiando con el tiempo en la región y en Perú. Desde los noventas aproximadamente, en lugar de gobiernos militares comenzaron a constituirse regímenes que surgieron por elecciones pero como bien señalaron Collier y Levitsky (1996) comenzaron a gobernar de manera plebiscitaria prescindiendo o dejando de lado instituciones fundamentales como el congreso, denigrando a los partidos políticos o cuestionando lo que se podría llamar algunos lugares comunes de lo que se considera democracia. Los casos de Menem en Argentina, Collor de Mello en Brasil o Fujimori en Perú se ponen como ejemplos de esto. Estos regímenes vinculados al neoliberalismo y al neo patrimonialismo llevaron a desarrollar el concepto de “democracia con adjetivos” (Collier y Levitsky) En Perú, se no se toma en cuenta la disolución del congreso por parte de Fujimori en 1992 (que a los pocos meses tuvo que reestablecer convocando al llamado CCD, Congreso Constituyente Democrático, que elaboró la constitución de 1993), el último golpe de Estado fue en 1975, dirigido por Francisco Morales Bermúdez contra Velasco Alvarado (que también había llegado al poder por golpe de Estado).

Hasta cierto punto existe coherencia con el planteamiento del informe PNUD (2004), el cual destaca que muchas personas dicen preferir el sistema democrático pero que, sin embargo, registran actitudes poco democráticas en relación a diversas cuestiones sociales. Por ello, genera una lista de diez indicadores para medir dichas actitudes hacia la democracia y la toma del poder por la fuerza, considerando los promedios obtenidos en una muestra de 18 países, según los datos del Latinobarómetro 2002.

Estoy de acuerdo con que el Presidente de la República vaya más allá de las leyes.
Creen que el desarrollo económico es más importante que la democracia.
Apoyarían a un gobierno autoritario si resuelve los problemas económicos.
No creen que la democracia solucione los problemas del país.
Creen que puede haber democracia sin partidos.
Creen que puede haber democracia sin Congreso.
Están de acuerdo con que el Presidente ponga orden por la fuerza.
Están de acuerdo con que el Presidente controle los medios de comunicación.
Están de acuerdo con que el Presidente deje de lado al Congreso y los partidos.
No creen que la democracia sea indispensable para lograr el desarrollo.

Por su parte, los datos del Barómetro de las Américas (LAPOP) consideran que el apoyo a los golpes militares está relacionado a justificar un golpe de Estado, preferir mano dura gubernamental, apoyar el retorno de militares al poder y a optar por un líder no electo por la población. Según los resultados obtenidos, la orientación autoritaria con mayor apoyo es la eventualidad de un golpe de Estado (46%), seguida por la mano dura en lugar de un

gobierno participativo (36%). Menor apoyo registra la vuelta de los militares al poder (20%) y la preferencia por un líder fuerte no electo por la población (13%). Queda demostrado que los latinoamericanos no somos tan prodemocráticos como creemos.

¿La adopción de medidas extremas ante contextos de crisis goza de la aceptación de la población peruana? LAPOP mide las actitudes de la población ante un golpe de Estado y la justificación de este bajo tres condiciones distintas: alto desempleo, elevada delincuencia y alta corrupción.

En Perú, una proporción que se ubica entre el 29% y el 55% está dispuesta a apoyar un golpe militar. Las variaciones se encuentran en función al contexto que lo desencadene. Por ejemplo, la proporción más baja (29%) apoyaría un golpe militar frente a una situación de alto desempleo, 52% lo haría frente a mucha delincuencia, mientras que un 55% manifiesta su apoyo si se trata de enfrentarse a una situación de alta corrupción. Cuando se analiza la disposición de apoyar un golpe militar en Perú versus el resto de países de la región, nuestro país ocupa uno de los lugares más altos (45%). Sin embargo, esta tendencia disminuye versus las mediciones del 2006 y 2008 (Carrión, Zárate y Seligson, 2010).

Dentro de los factores que afectan el grado de apoyo a los golpes militares en nuestro país se destacan la percepción del desempeño económico del gobierno, es decir, dependiendo de cómo se evalúen la gestión del Ejecutivo y las medidas económicas planteadas por el mismo, es mayor la probabilidad de apoyar la interrupción de la democracia a través de un golpe de Estado militar. Por otra parte, a partir de modelos de regresión, se ha encontrado que las personas con los menores niveles de educación, las de menor edad (aquellas entre 15 y 25 años) y las que se sienten más inseguras en su barrios y que tienen una evaluación más negativa de la economía son las más propensas a apoyar una salida militar (Carrión, Zárate y Seligson, 2010; 2012). Estos autores no encuentran una relación entre apoyo a golpes militares e insatisfacción, descontento con la democracia. Sin embargo, es muy importante destacar que la insatisfacción sí afecta el apoyo a la democracia. Una resultante de este proceso sería, como ya se ha mostrado, un apoyo débil a este tipo de régimen que tolera y/o apoya comportamientos autoritarios o plebiscitarios dentro del mismo.

En conclusión, encontramos que el descontento político en el Perú se encuentra bastante difundido y que aunque no tiene un impacto en la determinación de las actitudes frente a los golpes militares, sí es importante cuando se trata del apoyo a la democracia. (Carrión, Zárate y Seligson, 2012, p. 171).

En los niveles socioeconómicos más bajos existe una lealtad democrática más débil, habiendo una mayor disposición a justificar una eventual medida extrema (Alarcón, 1991;

Murakami, 2000; Carrión, Zárate y Seligson, 2010). Asimismo, la percepción de una corrupción generalizada y la violencia interna (narcotráfico y terrorismo) son problemas sociales que en Perú se asocian a la necesidad de “mano dura” para ser resueltos (Murakami, 2000; Martínez, 2003).

Una investigación realizada en San Juan de Lurigancho, uno de los distritos más poblados de la capital, muestra que entre el 69% y el 59% de estos pobladores aceptarían una dictadura si esta logra resolver los principales problemas sociales del país, como el desempleo, la crisis económica, el narcotráfico y la corrupción. En este caso, lo que interesa es que se actúe prontamente, sin importar la forma en la que asume el poder el gobernante (Martínez, 2003).

Otras encuestas que abordan actitudes favorables hacia el cierre del Congreso por parte del presidente en caso de una crisis económica y social, nos muestran que 66% no lo justificaría versus un 27% que avalaría una medida como tal (GfK, 2014). Es decir, que uno de cada tres peruanos reclama firmeza en los gobernantes, aunque ello implique ir en contra de principios constitucionales.

3.2. Instituciones y actores políticos democráticos

a) El apoyo al funcionamiento del sistema político

Según Dalton (2004), el apoyo político puede definirse como un conjunto de orientaciones afectivas y evaluativas hacia objetos o grupos políticos. Dichas orientaciones fluctúan entre un apoyo favorable o positivo hacia otro desfavorable o negativo. Dentro del primer polo, se denotan sentimientos de afecto y confianza (alto apoyo), mientras que un apoyo negativo implica más bien desafecto y desconfianza. Dentro de ambos fluctúan niveles intermedios de apoyo.

Por otro lado, Easton (1969 y 1975) define el apoyo político como un concepto multidimensional, con diferentes objetos y modos de evaluación. Distingue entre el apoyo difuso y el apoyo específico. El primero se refiere a la confianza de los ciudadanos en los objetos políticos, como fines en sí mismos. Su actitud es favorable, independientemente de las políticas gubernamentales que adopte el gobierno. Por su parte, el apoyo específico sí se basa en la satisfacción de demandas ciudadanas, es decir, se produce a partir de los beneficios y ventajas específicas que recibe un ciudadano y que lo dejan satisfecho porque sus demandas fueron solucionadas.

En el proyecto LAPOP, el *apoyo al sistema político* es una medida resumen que indica el grado en el que los individuos confían, en general, en las instituciones políticas del país, las respetan y se sienten amparados por ellas (Carrión, Zárate y Seligson, 2010). Este es un requisito importante, aunque no suficiente para el funcionamiento de la democracia.

Crabtree (2010) cita un trabajo del 2005 de PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo) donde se encuentra que en Perú los sectores populares consideran que la democracia sirve *a los intereses de los ricos*. Esta actitud de desafección política afecta de manera importante al sistema político en su totalidad (Meléndez y León, 2010).

LAPOP considera las siguientes preguntas para evaluar el apoyo al sistema utilizando una escala del 1 al 7 (de menos a más):

- ¿Hasta qué punto cree usted que los tribunales de justicia de Perú garantizan un juicio justo?
- ¿Hasta qué punto tiene usted respeto por las instituciones políticas de Perú?
- ¿Hasta qué punto cree usted que los derechos básicos del ciudadano están bien protegidos por el sistema político peruano?
- ¿Hasta qué punto se siente usted orgulloso de vivir bajo el sistema político del Perú?
- ¿Hasta qué punto piensa usted que se debe apoyar al sistema político del Perú?

Con estas respuestas se construyó un índice de apoyo al sistema, que se ajusta a una escala de 0 a 100 donde 0 significa “muy poco apoyo” al sistema político y 100 significa “mucho apoyo”. Perú registra un puntaje intermedio (49.5) versus el resto de países de la región. Además, el nivel de apoyo varía en algunas dimensiones individuales más que en otras. Por ejemplo, el nivel de apoyo más bajo se encuentra en relación a si las cortes garantizan un juicio justo. Por el otro extremo, los niveles de apoyo más altos se encuentran en el indicador de respeto a las instituciones políticas y apoyo al sistema (que son actitudes más generales). Este último puntaje ha mejorado con respecto a anteriores mediciones (2010 y 2012), donde nos encontrábamos entre los últimos países que pensaban que se debería apoyar al sistema político (Carrión, Zárate y Seligson, 2012).

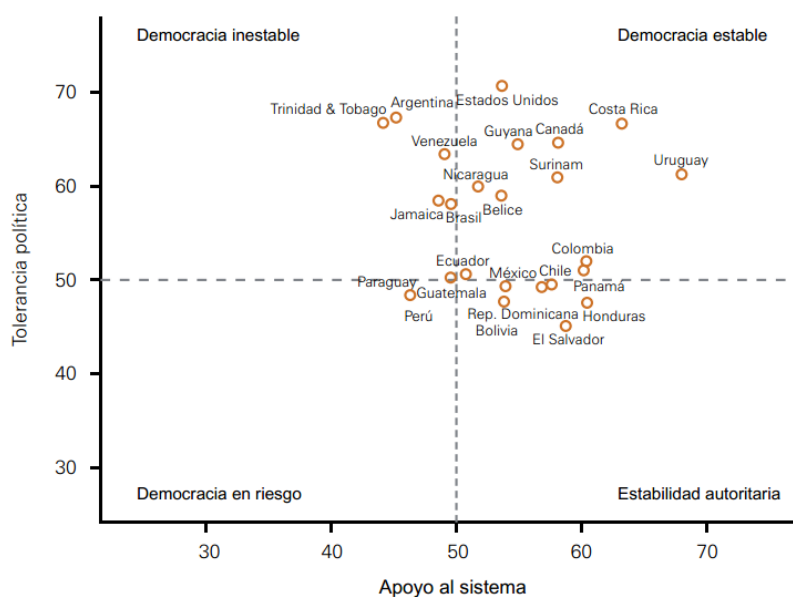
Gracias a un análisis de regresión, se encontró que dentro de los factores que impactan en un mayor apoyo al sistema político peruano figuran el lugar de residencia (cuanto más pequeña la ciudad, más se apoyará el sistema) (Carrión, Zárate y Seligson, 2010); la ubicación (la población del sur muestra los menores indicadores de apoyo al sistema); así como la evaluación que hacen los ciudadanos a la gestión del presidente (Tanaka, 2007). De hecho, la percepción del desempeño económico del gobierno de turno es fundamental para saber si se apoyará o no al sistema (Booth y Seligson, 2009). Es lógico entonces que al haber una mejora en la satisfacción con el desempeño económico se haya incrementado también el nivel de apoyo al sistema. Zárate, Carrión y Seligson (2010, 2012) plantean que apoyo al sistema y la tolerancia política resultan elementos vitales para la estabilidad de la democracia, para su legitimidad. La combinación de ambas actitudes genera una tipología con las diferentes situaciones que atraviesa la democracia en cada país, tal y como puede apreciarse a continuación.

Gráf. 24. Apoyo al sistema político y tolerancia política

Tolerancia política		
Apoyo al sistema (i.e. legitimidad)	Alto	Bajo
Alto	Democracia estable	Estabilidad autoritaria
Bajo	Democracia inestable	Democracia en riesgo

Distribución de países en los ejes de apoyo al sistema y tolerancia política (Carrión, Zárate y Seligson, 2010)

Gráf. 25. Apoyo al sistema político y tolerancia política en América Latina



Perú se encuentra dentro del grupo de países cuyo porcentaje de personas que presenta de manera conjunta un alto apoyo al sistema y una alta tolerancia es menor al 20%, lo que nos ubica en una posición relativamente baja en la región (15.8%) (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Si bien es mayor el número de personas que apoyan el sistema político, el incremento de la intolerancia entre los ciudadanos a lo largo de los últimos años nos mantiene en el mapa global como una democracia en riesgo.

Si una forma de entender la legitimidad política es verla como el resultado de un adecuado balance entre el apoyo al sistema político y la tolerancia a los derechos políticos y participación del resto de ciudadanos (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). La capacidad de respuesta de los gobernantes de turno ante las demandas de la ciudadanía resulta fundamental para la legitimidad del Estado, lo que permite la estabilidad política del país (Booth y Seligson, 2009).

Cuando las expectativas hacia el Estado son altas pero este goza de poca legitimidad, la percepción de desigualdad entre peruanos ante la ley se incrementa y, según Murakami

(2000), esto genera un fuerte descontento y un profundo sentimiento de desconfianza social, elemento importante que dificulta el desarrollo de una cultura cívica en el nuestro país.

Linz y Stepan (1996, citados en Crabtree, 2010) mencionan cinco “arenas” como las indispensables para el proceso de democratización: una sociedad civil activa, una sociedad política en funcionamiento, el gobierno de la ley, un aparato burocrático en funcionamiento y lo que denominan una “economic society”. Si bien el autor considera que son criterios muy estrechos e inflexibles para evaluar complejas realidades como la peruana, no deja de señalar lo distante que está el país de cumplir con estos requisitos. Para él, es fundamental incluir en este análisis el rol de las fuerzas antidemocráticas y los factores que favorecen la legitimidad de un sistema entre la ciudadanía.

A menos que la mayoría de las personas en una democracia crean que el gobierno tiene el deseo y la habilidad de perseguir sus intereses de largo plazo, rápidamente perderán la fe en las instituciones democráticas, partidos incluidos. (Crabtree, 2010, p. 368)

b) La confianza en las instituciones del sistema

La evaluación de la confianza en las instituciones no ha sufrido mayores variaciones metodológicas en cuanto a su medición. Por lo general, se ha utilizado la pregunta de la Encuesta Mundial de Valores 1990 y el *European Values Study* 1999, en el que se les pide a los entrevistados que: “Vea esta tarjeta y dígame para cada una de las instituciones de la lista, cuánta confianza tiene usted en ellas: mucha, bastante, poca o ninguna (Inglehart, 2001 y 2004).

La EMV- 2000 presenta la confianza en catorce instituciones latinoamericanas. En general, se percibe una baja confianza en dichas instancias, en donde existe un claro patrón descendiente cuando se pasa del gobierno al parlamento y de este a los partidos políticos. Mientras tanto, el Latinobarómetro formula una pregunta similar pero añadiendo los tipos de institución (políticas, sociales, públicas, privadas) y el número de instituciones. Dentro de las que generalmente figuran el Poder Ejecutivo, Parlamento, las Cortes de Justicia, las Fuerzas Armadas, entre otras (Murga, 2012).

En el caso específico peruano, con relación a la confianza en las instituciones, LAPOP evalúa estos niveles de confianza a través de una escala del 1 al 7, en donde 1 significa “nada” y el 7 “mucho”, para luego ser transformados a una escala de 0-100. Los resultados muestran que los niveles de confianza institucional se mantienen relativamente estables en el tiempo. Es alentador que haya un aumento en la confianza hacia el Presidente (52.9), que se incrementa de manera significativa con respecto a las mediciones del 2008 y 2010 (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). La Iglesia Católica se mantiene como la institución más confiable (60.5), seguida por los medios de comunicación (58.7) y las elecciones

(55.2). En un punto intermedio se encuentran las Fuerzas Armadas (52) y el Jurado Nacional de Elecciones (50.1) (Carrión, Zárate y Seligson, 2012).

Encuestas más recientes determinan que la radio es la institución en la que más confían los peruanos (67%), seguida por la Iglesia Católica (65%), el Registro Nacional de Estado Civil (RENIEC) con 59% y el Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) con 51% (Ipsos Apoyo, Septiembre 2013).

Las instituciones con el menor grado de confianza son la Policía Nacional (40%), el sistema de justicia (39 %), el Congreso (37%) y los partidos políticos (32%) (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Los partidos políticos son las instituciones que de lejos generan la menor confianza (5%) (Ipsos Apoyo, Septiembre 2013). La desconfianza institucional suele ser mayor en los niveles socioeconómicos más bajos debido a la desigualdad existente en estos sectores de la población (Murakami, 1999).

Los resultados de Calandria (2011) repiten esta tendencia: los congresistas son los actores políticos que mayor desconfianza generan (74.7%), le siguen las autoridades regionales (67.4%) y las municipalidades (63.6%). Además, casi la mitad de los limeños señala que no confía en ninguna institución pública (48.1%).

Estos resultados se complementan con las encuestas que evalúan la aprobación de estas instituciones (GfK, junio 2014). Aquí, las más valoradas son aquellas que realizan una labor vinculada a lo electoral como la RENIEC, responsable de los documentos de identidad (69%); la Oficina Nacional de Procesos Electorales, ONPE (62%); y el Jurado Nacional de Elecciones (59%). En un punto medio encontramos a la Defensoría del Pueblo (51%), la Contraloría General de la República (38%) y al Tribunal Constitucional (33%). Finalmente, las dos instituciones más cuestionadas por la población son las que tienen una relación más directa con la democracia: el Poder Judicial (13%) y el Congreso de la República (12%) (GfK, 2014). Es tal el descontento con el Congreso de la República que un 47% aprobaría que Ollanta Humala disuelva esta institución, versus 46% que se manifiesta en contra (GfK, 2012). De hecho, 39% considera que la calidad de los congresistas está peor desde el autogolpe de 1992. El reclamo popular es que los congresistas ganan mucho para la gestión que realizan (49% cree que deben bajarse los sueldos) (GfK, 2012).

Asimismo, un dato importante es que la confianza en la municipalidad (gobierno local) es una de las más bajas de la región (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Tomando en cuenta que se trata del entorno político más inmediato para los ciudadanos, y que este favorece el acercamiento a la política y la participación ciudadana (Almond y Verba, 1970), no deja de ser un resultado que preocupa.

c) Actitudes hacia los partidos políticos

Se dice que la identificación con un partido político es una de las orientaciones centrales en la vida política de los ciudadanos y en cierto modo un factor importante en el desarrollo de otras orientaciones políticas (Mercado, 1997; citado en Murga, 2012).

De esta manera, muchos autores sostienen que la identificación con un partido político tiende a conservarse, salvo un acontecimiento decisivo que pueda llevar a una renuncia voluntaria a dicha afiliación. Pero en todo caso, esta identificación es importante en la medida que contribuye a la estabilidad y legitimidad de un sistema político. Sin embargo, hay diversas evidencias de que la relación de la ciudadanía con los partidos está profundamente debilitada. Levitsky y Cameron (2003) hablan de la existencia de una *democracia sin partidos* y el primero afirma que los partidos políticos en Perú han colapsado por completo (Levitsky, 2014 set)

La medición de dicha actitud partidaria se ha revisado metodológicamente, como es el caso de la Encuesta Social Europea 2002- 2003, la cual ha formulado tres preguntas (P-B25a, b y c) relacionadas a este tema:

1. ¿Hay algún partido político al que usted se siente más cercano que a los demás?
(Respuesta dicotómica: Sí/No)
2. A aquellos que respondieron afirmativamente, se les preguntó qué partido era, de manera asistida con una lista de partidos existentes.
3. Finalmente, se preguntaba: ¿En qué medida se siente usted cercano a ese partido?
Las alternativas de respuesta eran cuatro: Muy cercano, bastante cercano, poco cercano y nada cercano.

Además de este precedente, Murga (2012) recopila una serie de preguntas utilizadas por otros investigadores en América Latina.

Fuente	Preguntas
Argentina 1996: Romer y asociados (Mercado, 1997)	1. ¿Con cuál partido u orientación política se siente usted más identificado? ¿Cuál cree usted que representa mejor su manera de pensar? (se adjunta relación de partidos, incluyendo independiente y ninguno/apolítico).
México, 1997: Los Ángeles Times- Diario Reforma (Mercado, 1997)	1. Sin importar por quien haya votado usted antes, ¿con cuál partido simpatiza más? (se adjunta relación de partidos). 2. ¿Simpatiza mucho o no mucho con este partido?

Encuesta Hewlett 1998: Chile, Costa Rica y México (Camp 2007)	1. ¿Con qué partido político simpatiza más? (se adjunta relación de partidos). Opciones de respuesta: Mucho; algo, ninguno, NS/NC
Chile 2008. Estudio Nacional sobre Partidos Políticos y Sistema Electoral (CIEPLAN, PNUD, Centro de Estudios Públicos).	1. Ahora, de los siguientes partidos políticos que se presentan en esta tarjeta. ¿Con cuál de ellos se identifica más o simpatiza más usted? (se adjunta relación de partidos).

Los resultados regionales sugieren que existe un buen grupo de países latinoamericanos que no sienten ninguna cercanía ni afinidad política, hecho que deriva en un clima de desafección ciudadana.

En cierta forma, puede decirse que en la actualidad se vive una crisis latinoamericana asociada a los partidos políticos, especialmente acentuada en nuestro país (Tanaka, 1999; Levitsky y Cameron, 2003; Crabtree, 2010). Durante la década de 1980 se facilitó la creación y desarrollo de organizaciones políticas que debían representar efectivamente a la gran masa poblacional peruana (Martínez, 2003). Todo hacía prever que los partidos políticos iban en camino a la consolidación, organizados en función al continuo ideológico de izquierda- derecha. Sin embargo, los malos resultados de los mismos durante su estancia en el poder, tanto en materia económica como política, hicieron que estos pierdan legitimidad entre los peruanos (Tanaka, 1999). Como señala Crabtree (2010), los partidos de izquierda, especialmente en la década del ochenta, tuvieron una íntima relación con los movimientos sociales (sindicatos, federaciones campesinas, asociaciones vecinales, comedores populares y comités de vaso de leche, principalmente). Esto se expresó en la presencia de grupos de izquierda en el congreso así como en la gestión municipal. Se creía que la izquierda era “la expresión natural” del movimiento popular. Los años del fujimorismo pusieron en cuestión la existencia de ese tipo de sentimiento popular.

...al final de 1980 y comienzos de 1990 se puso en duda algunas de las afirmaciones hechas en esos tiempos de que la izquierda era la “expresión natural” del movimiento popular. Las experiencias durante el período de Fujimori han hecho que esas afirmaciones se vean más que ligeramente prematuras y presuntuosas. (Crabtree, 2010, p. 375)

Durante los años de gobierno militar (1968 a 1980), especialmente, mientras estuvo Velasco Alvarado en el poder (1968-1975), se dio un importante cambio en la cultura política peruana al tornarla menos jerarquizada socialmente e integrando actores antes desvalorizados como el campesinado y, étnicamente hablando, al indígena (Neyra, 1996). Luego de ellos, se inició un nuevo período democrático con una nueva constitución. Se instauró la participación electoral de la población analfabeta en un país que pasó,

aproximadamente, de un 56% de población urbana en 1968 a 64% en 1980 (INEI, 2002). La presidencia del país, entre 1980 y 1990 fue ejercida por dos partidos con importancia histórica: Acción Popular (1980-1985), que fue la agrupación derrocada en 1968 y que en su momento canalizó el sentir de los sectores medios, y el APRA (1985-1990), el partido más antiguo de Perú y con una gran presencia, al menos en sus orígenes, en los sectores populares.

Algo semejante ocurrió con la alcaldía de Lima. Recién en 1981 los alcaldes se eligieron a través de procesos electorales. Antes de que el primer independiente, Ricardo Belmont y su movimiento Obras, llegara al sillón municipal en 1989; la alcaldía fue ejercida (entre 1981 y 1989) por Acción Popular, por Izquierda Unida y después por el APRA. Todos eran partidos y movimientos de masas relevantes en esa época. Lo que ocurrió después, la elección de personajes desvinculados de los partidos políticos como Ricardo Belmont a la alcaldía de Lima, en noviembre de 1989; y Alberto Fujimori a la presidencia, en 1990 (los llamados “independientes”), fue expresión de un voto de protesta y de una crisis de representación de los partidos que se extiende hasta nuestros días.

Como ya se indicó, la sociedad peruana se hizo más urbana. Las ciudades que se fueron configurando se construyeron a partir de un sector informal, dedicado al comercio y servicios principalmente, que puso en cuestión la idea de partidos vinculados a los clásicos sectores sociales. Sus demandas eran otras y los partidos no lograron conectar adecuadamente (Levitsky y Cameron, 2003; Kenney, 2003). La relación vertical con los partidos se mantuvo pero así como en lo social y económico los sectores oligárquicos perdieron legitimidad ante el ciudadano, igual pasó en la política. Si bien se escogió como primer presidente post Velasco a una persona con estilo “señorial” (Fernando Belaúnde de Acción Popular), el mismo era una suerte de símbolo de transición pues en su primer gobierno planteó una reforma agraria, recorrió zonas alejadas del país como no lo habían hecho antes otros presidentes. Su signo de la lampa buscaba integrar al campesino y demás claves que expresaban un intento, ambivalente si se quiere, de inclusión de sectores antes marginados. Debido a ello, su segundo gobierno generó diversas expectativas que no se cumplieron (Crabtree, 2010).

Algo semejante ocurrió con el primer gobierno aprista de la historia. Alan García llegó al poder con una estrategia que abría la puerta a los independientes y con una serie de promesas de reforma pero terminó envuelto en el desgobierno y escándalos de corrupción (Crabtree, 2005). Gente cansada de promesas incumplidas y de gestiones fallidas de partidos políticos (“derecha e izquierda atrapadas en ghettos ideológicos”) optaron por una alternativa diferente para asumir cargos de importancia en un país en cambio social y con una crisis económica y gran violencia política (Sendero Luminoso y el MRTA). Fujimori fue expresión de esta frustración y pérdida de credibilidad en un débil sistema de partidos (la llamada “partidocracia” que nunca llegó a funcionar democráticamente (Crabtree, 2010).

La ruptura de una democracia basada en partidos puede ser trazada en la falla de los partidos para adaptarse y responder a los rápidos cambios en las identidades y preferencias ideológicas. También debe ser dicho que la lucha contra Sendero tuvo un impacto devastador no solo en la izquierda peruana sino en el sistema de partidos en su conjunto. (Crabtree, 2010, p. 364)

Luego de la crisis política del 2000, donde se desataron diversos escándalos de corrupción vinculados al fujimorismo (que gobernó desde 1990 hasta el 2000), se entró a una nueva fase democrática. En este período se mantuvieron partidos políticos tradicionales como el Partido Aprista Peruano (APRA), el Partido Popular Cristiano (PPC) y Acción Popular (AP); pero también incursionaron organizaciones como Perú Posible (PP), Solidaridad Nacional (SN), Fuerza Popular (FP) y el Partido Nacionalista del Perú (PNP). La mayoría de estas nuevas agrupaciones están basadas en liderazgos personales y débiles estructuras partidarias. Como señalan Levitsky y Cameron (2003) y Crabtree (2010) con el autogolpe de Fujimori en 1992 y todos los hechos ocurridos luego (su forma autoritaria de gobierno, la captura del líder de Sendero Luminoso, el manejo de la hiperinflación dejada por el gobierno de Alan García, la creación y uso constante de “partidos descartables” que lo apoyaran en los procesos electorales), esta forma autoritaria y caudillista de hacer política se profundizó y legitimó. En la revisión que Crabtree (2010) hace de la literatura sobre el acontecer de los partidos en Perú destaca las etiquetas que se usaron para describir el régimen fujimorista: neopopulismo, democracia delegativa, democradura o autoritarismo competitivo. Plantea que los políticos aprendieron que la población no tenía interés en defender a los partidos y que no necesitaban de partidos sólidos para hacer política o ganar elecciones. Muchos “independientes” surgieron al salirse de partidos constituidos y formar organizaciones básicamente electorales. Los partidos ya tenían problemas de legitimidad antes de Fujimori y los diez años en el poder de este último profundizaron esa desconexión (Levitsky y Cameron, 2003; Crabtree, 2010).

Como señalan estos autores, durante estos años se desarrolló una cultura política donde las instituciones tradicionales de la democracia, en particular los partidos y el congreso, tenían una asociación negativa (la “partidocracia”). Entre otras reformas impulsadas por el régimen de Alberto Fujimori, el congreso se reestructuró para reducir las dos cámaras (senadores y diputados) a una sola. El discurso que legitimaba esta decisión, durante el fujimorismo, era que mientras menos congresistas hubiese, mejor para una “democracia eficiente”. Se construyó la figura, negativamente evaluada, de los “partidos tradicionales” y todos querían ser “independientes” (Levitsky y Cameron, 2003). Desde el poder se fomentó una cultura anti partido (Kenney, 2003). Los interesados en hacer política, construyeron nuevos movimientos y partidos desvinculados de los “tradicionales” (que tampoco hacían mayores esfuerzos de renovación). En ese sentido, la ciudadanía fue experimentando la aparición de movimientos y partidos como Somos Perú, Solidaridad Nacional y Perú Posible, entre otros. Sus líderes, asociados a la

oposición, venían de “partidos tradicionales” y constituían agrupaciones sin propuestas ideológicas, muy orientadas a ganar elecciones en función a las características de sus líderes (Levitsky y Cameron, 2003; Crabtree, 2010, Calandria, 2011). Se buscó combatir el “fujimorismo” con la lógica política del fujimorismo. Esto fue característico de la llamada “transición democrática” iniciada en el 2000 y se ha mantenido hasta la fecha.

Levitsky y Cameron (2003) señalan que hay hasta tres formas de entender por qué, luego de la caída del gobierno de Fujimori, no se han reconstruido en Perú los partidos políticos: Se desprestigiaron al quedar descolocados entre el neopopulismo fujimorista y la violencia senderista; el marco institucional no fortalece a los partidos sino a las personas y no fomenta la transparencia; es un problema histórico y estructural.

La primera explicación alude a que el colapso se originó porque los partidos se descolocaron entre el estilo fujimorista que caló en la ciudadanía (Planas, 2000; Lynch, 2000) y la presencia de Sendero. Se pone énfasis en el ataque directo que hubo durante este gobierno a los partidos (“la oposición”) y a sus líderes (la llamada “prensa chicha” era manejada desde el gobierno para desprestigiarlos). El espacio de acción natural de los partidos, el congreso, era también objeto del ataque fujimorista. Habría que añadir que, debido a la fuerte presencia de Sendero Luminoso en aquellos años, la acción de la izquierda fue muy difícil porque desde el gobierno se les tildaba de “senderistas” y porque el mismo Sendero Luminoso se encargó de eliminar a muchos de sus dirigentes en todo el país. En síntesis, una pérdida de presencia debido a la hegemonía de un estilo neopopulista y al ataque desde dos diferentes frentes (desde el fujimorismo y desde Sendero Luminoso). Si bien mucho de lo que se plantea es cierto, no da luces sobre porqué, luego de caído el régimen fujimorista y derrotado Sendero Luminoso, los partidos siguen débiles e insertos en lógicas caudillistas o, si se quiere, gamonalistas con organizaciones al servicio del líder, con poca democracia interna y conexión con la ciudadanía.

Una segunda perspectiva considera que el problema es básicamente institucional (Schmidt, 2000; Tuesta, 1996, 1998, 2005), en particular, las reglas electorales donde la representación proporcional, el voto preferencial y el distrito único electoral, por mencionar algunos temas legales, serían elementos que llevan al debilitamiento partidario al mellar su transparencia y necesaria relación con la ciudadanía. Fomentan el caudillismo. En la actualidad hay un proyecto de ley para la reforma del sistema de partidos, propuesto por los organismos electorales, y no se ve voluntad en el congreso para debatirla. Entre otros, se plantea mejorar el financiamiento a los partidos, mayor fiscalización y procesos de elección interna más transparentes. El voto preferencial, en los últimos años, ha estado en fuerte debate. Al no entrar en práctica el financiamiento partidario por parte del Estado, personas que se ofrecen a poner fondos y/o financiar con propios recursos sus campañas ha permitido que lleguen al congreso “invitados” de partidos y movimientos con agenda propia. El financiamiento partidario tiene serios problemas y las recientes elecciones municipales y regionales dan cuenta de cómo hay

una fuerte presencia de capitales vinculados a la economía ilegal (minería y tala ilegal, narcotráfico, etc.) que están financiando movimientos regionales. Se habla de partidos o frentes que cumplen una función de *vientre de alquiler*.

Una tercera explicación, a la que Levitsky y Cameron (2003) se adscriben es la “histórico estructuralista”. Se parte del principio de que los partidos no surgen y se desarrollan a partir de leyes sino de procesos históricos. Que su fortalecimiento democrático se da porque el partido mismo, en la historia de una sociedad, se revela como un medio importante para ganar elecciones y ejercer el poder. En ese proceso, los partidos fortalecen y desarrollan lógicas democráticas que permiten, por un lado, canalizar los intereses individuales que convocan (promover la participación de la ciudadanía) y, por otro, desarrollan la estructura y dinámica que le dará sostenibilidad en el tiempo (democracia interna, formación de cuadros, etc.). Para entender por qué los partidos no se fortalecen en Perú post Fujimori, Levitsky y Cameron ponen énfasis en dos aspectos: los cambios en la estructura socioeconómica (en particular de las clases sociales) del país y los cambios en la tecnología, principalmente los medios de comunicación. Como se verá, una explicación muy similar a la dada por el enfoque de la Nueva Cultura Política. Con relación al primer punto, se afirma que la estructura de los partidos tradicionales era útil cuando la base social era, principalmente, sectores campesinos (mundo rural) y obreros (mundo urbano). Los procesos de migración del campo a la ciudad y la constitución de un nuevo sujeto popular que Matos Mar (1994, 2012) describió con el concepto de *desborde popular* pusieron en crisis no solo al Estado sino al conjunto de la institucionalidad del país, entre ellos, a los partidos políticos. Este nuevo actor popular, caracterizado como *sector informal* es visto como más disperso geográficamente y, muy relevante para nuestra investigación, heterogéneo en su actividad económica (comercio y servicios principalmente), ubicado en el auto empleo o en micro y pequeñas empresas. No hay una estructura clásica de clases sociales donde el sector obrero tenga gran presencia en el mundo popular urbano. Los autores no lo plantean pero es de esperar que en estas particulares relaciones sociales de producción la subjetividad que emerge, la cultura política existente, tenga un tipo de demandas hacia los partidos que no estén siendo comprendidas.

Geográficamente fragmentados y extremadamente heterogéneos en términos de su trabajo, intereses e identidades, los trabajadores del sector informal son difíciles de organizar...pocos partidos en América Latina han construido bases electorales estables en estos sectores.
(Levitsky y Cameron, 2003, p. 24)

Un aspecto en el que pone énfasis Crabtree (2010) es que varios estudios han señalado que el autoritarismo, el patrimonialismo y el caudillismo han sido una característica de la cultura política peruana durante muchos años (Stein y Salgado, 1987). Sin embargo, es cierto, como ya se ha señalado en otro capítulo, que durante el gobierno fujimorista, la

apertura de la economía y la política laboral del régimen llevó al cierre de fábricas (por cierre o deslocalización de procesos) y la reciente población obrera disminuyó considerablemente. En ese sentido, el débil proceso de industrialización formal retrocedió, el sector informal creció (principalmente pequeñas y micro empresas de comercio y servicios) y, además, se profundizó una lógica de relación entre el poder político y el ciudadano que privilegió y reforzó el trato vertical, autoritario, paternalista, que venía de antaño (Degregori y Grompone, 1991). Una versión *aggiornada* de lo que Cotlear (1968) denominó, un *triángulo sin base*, el clientelismo como forma de relación con sectores sociales desvinculados entre sí de manera orgánica.

La referencia a la tecnología se refiere al uso de los medios masivos. Levitsky y Cameron, coincidiendo con los postulados de Clark sobre la Nueva Cultura Política (Clark y Navarro, 2007), consideran que con su uso la organización partidaria es menos necesaria para las campañas electorales. En el caso de Perú, donde los partidos ya eran precarios, el uso de los medios redujo incentivos y aumentó los costos para el desarrollo de estructuras partidarias (sobre todo si se vinculan a las campañas electorales). Desde esta situación, los mensajes y el proceso de interacción con la ciudadanía se centra en personas (los dirigentes), durante períodos electorales y basada en campañas de medios.

¿Es posible la vida en democracia sin partidos políticos? Un 30% de los peruanos responde afirmativamente, especialmente aquellos que tienden a identificarse con ideologías de derecha (GfK, 2014). Luego de las elecciones municipales y regionales de octubre del 2014, Ipsos registró que un 43% considera que la democracia puede funcionar sin partidos. Estos resultados no causan sorpresa dados los altos niveles de desconfianza hacia los partidos políticos en general. En el 2012, 34% de los peruanos sostenía que los partidos políticos no le aportan nada al país y que, de cada 100 políticos, 78 eran corruptos (Ipsos Apoyo, 2012).

En el 2010 solo 21% de peruanos se declaraba simpatizante de algún partido político (Carrión, Zárate y Seligson, 2010). Encuestas más recientes especifican los tipos de simpatizantes más fuertes en nuestro país. En el caso del fujimorismo, 28% se declara afín a este movimiento, de los cuales el 13% representa el voto duro de este partido. Cuando se trata del APRA, sus simpatizantes alcanzan el 19%, contando con un 6% del voto más fiel. Finalmente, en el partido del gobierno actual (PNP), su afinidad política alcanza el 15%, y solo el 4% se considera partidario fiel. En los tres partidos, sus anti simpatizantes superan el 40% o 50% (GfK, 2014), hecho que se alinea al gran rechazo de la población hacia este tipo de organizaciones, no solo porque no logran responder a las expectativas de los ciudadanos, sino también porque únicamente buscan su propio beneficio (Parodi y Twanama, 1993).

Han vivido para sus propios intereses; la política corrompe al más inocente, porque la política en el Perú es corrupta. Dicen que representan al pueblo, es absurdo, llegan a la

política para aprovecharse personalmente... Se serruchan el piso, cada uno quiere estar a la cabeza... La política es pésima, entran al cargo para llevarse lo que pueden... Es una mafia. (Parodi y Twanama, 1993, p. 69).

Es por este anti partidismo que un alto porcentaje de la población prefiere candidatos independientes aunque no esté segura de que serán buenos gobernantes, votando únicamente por ellos porque les generan menos pánico que los partidos políticos (Vergara, 2007). Estas instituciones generan tal desconfianza en los ciudadanos que esta llega a impedirles un acercamiento mayor (Murakami, 2000; Meléndez, 2012).

Nos encontramos frente a un electorado muy dado a la experimentación, en donde más de la mitad de peruanos, de una elección a otra, modificó el partido político por el que votó (Murakami, 2000; Vergara, 2007). Se ha instaurado una lógica no de votar por una ideología, partido o líder preferido sino de escoger al que se percibe como *mal menor* (Torres, 2009) o, como dramatizó en su momento Mario Vargas Llosa, verse obligados a escoger entre el Sida y el cáncer. Las instituciones políticas están desacreditadas y lo mismo pasa con los caudillos. Hay un serio problema en la oferta política. Esto se ve no solo en la calidad de lo que se plantea en períodos electorales, donde nadie cree en lo que se ofrece o plantea como programas de gobierno (Levitsky, 2014) sino en la relación general de los partidos con la ciudadanía (Parodi y Twanama, 1993; Murakami, 2000)).

Esta falta de consolidación de un sistema de partidos y liderazgos políticos ayuda a explicar la frágil democracia con la que contamos donde los ciudadanos no se sienten bien representados (Murakami, 2000). Como resultado se da una sensación de anti partidismo y anti política generalizada, así como también una baja participación política. En una encuesta a nivel nacional urbano, realizada por GfK en julio del 2014, un 48% manifestó que la política le interesa poco o nada (44% dice lo mismo en Lima).

Hay otros indicadores que dan cuenta de este proceso, por ejemplo, el porcentaje de votantes que participó trabajando para un candidato o partido llega apenas al 5% en nuestro país (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Murakami (2000) obtiene que esta cifra es de apenas el 1.3% en el NSE D y el 2.4% en el NSE C. Lo paradójico es que la presencia de estas organizaciones en los barrios, si bien no es extraordinario, tampoco pasa desapercibida.

En suma, los partidos políticos afrontan en Perú dificultades estructurales e históricas (Vergara, 2007). Las mismas están relacionadas con una cultura política de gran desconfianza general y hacia los partidos dificultando que las inquietudes cívicas se trasladen al terreno de la participación política partidaria.

4. Actitudes hacia la acción del Estado y del gobierno

4.1. Evaluación de los tres poderes

a) La evaluación de la gobernabilidad

Para Carrión, Zárate y Seligson (2010), la gobernabilidad es un concepto que abarca diversos aspectos de la relación del gobierno con el ciudadano y que en general tiene que ver con asuntos políticos, económicos e institucionales.

El Banco Mundial define la gobernabilidad como las tradiciones e instituciones por medio de las cuales la autoridad en un país es ejercida para el bien común. Esto incluye: el proceso a través del cual aquellos que están en el poder son elegidos, controlados y remplazados (la dimensión política); la capacidad del gobierno para manejar sus recursos e implementar políticas sólidas (la dimensión económica); y el respeto por parte de los ciudadanos y del estado a las instituciones del país (la dimensión del respeto institucional) (Carrión, Zárate y Seligson, 2010; p. 39)

Mientras la gobernabilidad es, sencillamente, la capacidad de gobernar, la gobernanza es una manera de gobernar. De manera general la noción de gobernanza designa el conjunto de los procedimientos institucionales, de las relaciones de poder y de los modos de gestión públicos o privados, formales e informales, que regulan la acción de los organismos políticos. Supone que mediante procesos de negociación o de decisión participativa, agentes económicos o sociales ejercen una influencia tan significativa como los actores políticos o administrativos. (Revesz, 2006, p. 6)

A pesar de una década de crecimiento económico y de mejoras en problemas como la pobreza y el desempleo, todavía existen grandes áreas que reclaman la atención del Estado y que mantienen descontenta a la población con las instituciones políticas y sus representantes.

El crecimiento económico es un logro frágil si no se cuenta con instituciones sólidas. La economía es una condición necesaria pero no suficiente para resolver problemas institucionales. Existen países que, habiendo dejado la pobreza, continúan con graves problemas debido a la fragilidad de sus instituciones políticas (Vergara, 2012). En nuestro caso, las instituciones públicas se caracterizan por su estructura burocrática y neo

patrimonialista, bajo la figura de un “patrón” que utiliza su cargo como fuente de riqueza y que goza de un poder significativo en el Estado (Huber, 2008). El patrón oligárquico es ahora un caudillo burócrata de clase media, que está presente en muchos espacios de la gestión pública.

La gobernabilidad neo patrimonial se ve acompañada de dos mecanismos: el clientelismo y la prebenda. El primero alude al uso de políticas públicas y programas sociales, con el fin de generarle a los gobernantes una clientela política en las organizaciones de base (Chatterjee, 2007). Por otro lado, la prebenda responde al otorgamiento de beneficios a las personas o instituciones con las que se quiere establecer una red de alianzas (toma y daca) (Reyna, 2010).

Esta cultura política se encuentra fuertemente asociada la corrupción y a una alta tolerancia hacia la transgresión de la ley. Para Portocarrero (2004) representa la consolidación de la actitud pragmática, en donde el fin justifica los medios, percepción que resulta incompatible con la noción de ciudadanía y bien común.

(...) sirvió para ocultar y adecentar la “pendejada”, es decir para justificar la inmoralidad y el abuso (...). El pragmático es el pendejo que reivindica la inmoralidad, donde la transgresión puede ser valorada como la “viveza”, lo ilícito como algo ingenioso y hasta admirable, necesarios para obtener algo que se postula conveniente (cínicamente) para (casi) todos, y que suscita simultáneamente, censura y admiración. (Portocarrero, 2004, p. 137)

Asimismo, la combinación de una democracia sin partidos y la permanencia de la herencia autoritaria dificulta la gobernabilidad que se intenta llevar a cabo (Meléndez y León, 2010). Cuando el ciudadano percibe que sus gobiernos no están funcionando bien, pierden su fe en la democracia y se acercan a sistemas autoritarios, volviéndose al origen del asunto. Las prácticas neo patrimonialistas y pragmático utilitarias conllevan precisamente a una gobernabilidad conflictiva caracterizada por sistemas autoritarios y caudillistas (Reyna, 2010).

Nuestra cultura política se ve afectada por algunos temas que concitan el interés de los ciudadanos. Hasta hace algunos años, la pobreza y el desempleo asomaban como los problemas que más preocupaban a la población. Con la mejora económica de los últimos años y el incremento de puestos de trabajo, aspectos como la seguridad ciudadana y la corrupción pasaron a convertirse en temas prioritarios en la agenda nacional. Del mismo modo, la participación política se ha visto afectada dado el desprestigio y la pérdida de confianza en los partidos y en las instituciones gubernamentales. En una encuesta realizada por GfK en julio del 2014, 75% a nivel nacional manifestó que “La gente como yo no tiene ninguna influencia sobre lo que hace la municipalidad de mi distrito”. A

continuación, presentamos los resultados de algunos estudios que dan luces sobre temas que afectan al país en tanto tienen un impacto importante en la gobernabilidad local.

b) Las actitudes hacia el combate contra la corrupción

La corrupción, definida comúnmente como el uso de recursos públicos para beneficio particular, es uno de los problemas principales que enfrenta el Estado y que más impide el desarrollo del país (Ipsos Apoyo, 2012). Portocarrero (2010) describe a este fenómeno como el “aceite” lubricante de la maquinaria de las instituciones públicas en Perú.

Resulta pertinente distinguir entre la “gran” y la “pequeña” corrupción. La gran corrupción es aquella que ejercen los altos funcionarios del Estado, como los miembros del Ejecutivo, Congreso, etc. La pequeña es aquella que afecta al ciudadano común y corriente. Es difícil romper con la pequeña corrupción si hay disposición, por parte de los ciudadanos, a realizar algún tipo de soborno o coima para poder seguir adelante (Carrión, Zárate y Seligson, 2008). El ciudadano combate la corrupción (el juez que detiene el proceso arbitrariamente, el policía que demora la denuncia, etc.) con más corrupción (dinero o prebendas). Subyace a todo ello la creencia y el sentimiento de que el sistema legal no funciona y que esta es una forma de convivir con el mismo y solucionar situaciones personales. Investigaciones previas demuestran que existe una marcada desesperanza en el ciudadano común ante el cumplimiento eficiente de sus derechos por parte del Estado (Informe GfK y Defensoría sobre la Percepción General de Derechos, 2008). Esta reacción se produce en asociación con una profunda desconfianza que existe hacia las instituciones públicas, la cual facilita una alienación del ciudadano y una búsqueda de justicia “a su manera”.

Los estudios de LAPOP (Proyecto de Opinión Pública de América Latina) han desarrollado algunas preguntas para evaluar la percepción, victimización y tolerancia a la corrupción. En el primer caso, se mide a través de una sola pregunta que se recodifica de 0 a 100, en donde 0 representa que la percepción de corrupción entre los funcionarios públicos no está muy generalizada y 100 que está muy generalizada.

Los resultados en este indicador, medido en el 2012, arrojan que Perú se encuentra en el séptimo lugar de la región latinoamericana con un promedio de 76.9, mejorando su ubicación del 2010 en la que ocupaba un tercer lugar. Sin embargo, dados los intervalos de confianza, sigue ubicándose en los primeros lugares a nivel comparativo (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Viéndolo en términos porcentuales, cerca del 80% de la población peruana cree que la corrupción está algo o muy generalizada en el país.

Cuando se aborda la victimización por corrupción, una de las preguntas que plantea LAPOP es: “¿en el último año ha tenido usted que pagar un soborno a un funcionario del gobierno?”. Del mismo modo, se hacen preguntas similares sobre sobornos al gobierno local, agentes de la policía, militares, escuelas públicas, en el trabajo, tribunales de justicia y servicios de salud pública. En este caso, se indaga en la vivencia de corrupción en la vida cotidiana con los servicios que debería brindar el sistema político. En el mundo del “output” como dirían Almond y Verba.

En el estudio del 2012, Perú ocupa el quinto lugar en victimización por corrupción con 28.5%, porcentaje parecido al de México y bastante menor al de otros países como Bolivia y Ecuador que obtienen 40% y 45%, respectivamente. En nuestro caso, el mayor porcentaje de victimización por corrupción se presenta con la Policía Nacional y en menor medida en los juzgados. Los hombres son más propensos a ser víctimas de la corrupción, así como también quienes tienen más años de educación aprobados y quienes viven en Lima o en otras ciudades grandes (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Además, la victimización por corrupción se relaciona altamente con la participación en el espacio público y el contacto con entidades y servicios estatales (Carrión, Zárate y Seligson, 2008).

Respecto al margen de tolerancia frente a la corrupción, la misma estaría disminuyendo. Al menos en lo que respecta a la llamada “pequeña corrupción”. LAPOP considera una pregunta relacionada a la justificación del pago de un soborno. Es positivo que en Perú el porcentaje de ciudadanos que justificaron estos pagos se haya reducido de 21.8% en el 2006 a 13.7% en el 2012 (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Un resultado similar se obtiene en el caso de Lima, donde pagar una coima a un funcionario municipal resulta tolerable para un 13.2% (Lima Cómo Vamos, 2013). Esto podría significar que ha mejorado la actitud de los peruanos hacia estas situaciones. Estudios realizados por el proyecto Lima Cómo Vamos, en el 2010 y el 2013, tiene resultados que llevan a pensar que hay, al menos en un sector de la ciudadanía, una mayor preocupación por el cumplimiento de las leyes. En el 2010 un 37.8% manifestó una preocupación por el cumplimiento de las leyes y este porcentaje fue de 45.2% en el 2013.

Las vivencias con relación a la corrupción (la “grande” y la “pequeña”) son relevantes para la construcción de una determinada cultura política. La gente que ha pasado directamente por estas experiencias de “pequeña corrupción” tienen un mayor rechazo hacia el régimen político (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Sin embargo, la población parece no percibir su papel activo en el mantenimiento de la misma cuando realiza pagos indebidos como los mencionados.

La percepción de gran corrupción, también es alta e impacta en la cultura política. Según un sondeo realizado en octubre del 2014 por la empresa Datum (Gestión, octubre 2014), un 92% considera que la corrupción en el país es alta/muy alta y un 76% está de acuerdo con que en los dos últimos años el nivel de corrupción en el país ha aumentado. En el imaginario popular se hacen presentes pensamientos del tipo: ¿Para qué cumplir las normas, si quienes las establecen son los primeros en violarlas? (Portocarrero, 2010). De esta manera, la transgresión se vuelve parte de la cotidianidad: las normas pierden su vigencia y legitimidad. Para Mujica (2005), todos somos cómplices al estar involucrados en algún grado con los actos de transgresión. Todos sabemos lo que ocurre y al mismo tiempo sabemos que nadie sabe: se trata de una complicidad explícita.

La falta del otro, que hoy yo paso por alto, es la que yo mismo puedo cometer en cualquier momento, todos pretenden la vigencia de la ley, pero en realidad nadie la

respeto...no se toma demasiado en serio. (Portocarrero, 2004, p. 138)

La corrupción termina siendo no una forma de transgredir la política, sino un modo diferente de practicarla (Mujica, 2005). No sorprende entonces que la mayoría de limeños (57%) considere que el manejo de los recursos públicos de su municipalidad no es transparente y que un 55.4% considere que hay corrupción en la gestión municipal (Lima Cómo Vamos, 2013).

Cuando la percepción de corrupción es alta, las autoridades políticas, lejos de ser modelos de actuación, se perciben en su mayoría como ineficientes. Esto genera un clima de desconfianza, donde el respaldo institucional se vuelve cada vez menor (Díaz-Albertini, 2010). En ese sentido, se ha confirmado que hay una relación entre la percepción de corrupción y la confianza en las instituciones, independientemente de las experiencias directas de los individuos con la corrupción (Carrión, Zárate y Seligson, 2010). Esto es importante porque cuanto mayor sea el nivel de corrupción que le atribuyamos a las instituciones públicas, mayor será nuestra desconfianza hacia el sistema democrático y hacia el Estado (Ipsos Apoyo, junio 2014).

Por tal motivo preocupa que, cuando se les pregunta a los ciudadanos si consideran que las instituciones tienen algún tipo de intención de luchar contra la corrupción, los resultados sean abrumadoramente contundentes. Un 57% de la población no cree que el Presidente de la República quiera luchar contra la corrupción, 63% piensa lo mismo de la Contraloría, 70% del Congreso y 71% del Poder Judicial (GfK, 2014). Con respecto al Poder Judicial, esta institución cuenta con una desaprobación del 84% de la población peruana. Preocupa además que, siendo supuestamente la entidad estatal encargada de velar por la justicia en el país, un 55% considere que esta actúa únicamente en función a los intereses de partidos políticos y un 31% en función a intereses personales (GfK, 2014). Incluso, cuando se pregunta por los gobiernos regionales, que son una de las instituciones políticas más cercanas a los ciudadanos, un importante 57% considera que la mayoría de personas que dirigen estas instituciones son corruptas, siendo ligeramente mayor esta tendencia en la zona sur y oriente del país (GfK, 2014). De cara a las elecciones regionales de octubre del 2014 tres presidentes regionales estaban con prisión preventiva en junio, por casos de corrupción, y había 19, de 25 en total que tenían 158 procesos abiertos.

Los resultados de las encuestas de intención de voto para alcalde de Lima, para el periodo 2015-2019, permiten ver que hay una mezcla de tolerancia y cinismo en la población con relación a la corrupción de funcionarios públicos. La frase que circuló en redes sociales, encuestas y medios masivos: *roba pero hace obras* podría ser una expresión resumen de estas actitudes. Como ya se indicó, semanas antes de las elecciones (realizadas el 5 de octubre de 2014) un encuestadora local (Datum) preguntó sobre qué candidato se asocia con la frase *robará pero hará más obras*; 49% mencionó a Castañeda.

¿Cómo explicar esta tolerancia frente a la corrupción por parte del electorado limeño? Del Río (2014) plantea que gran parte de los limeños se encuentran deprimidos y resignados a que le roben. En cierta forma, estos electores creen que todos los políticos roban, por lo que racionalmente se debe escoger al más útil: el que haga más obras (Tafur, 2014). El próximo alcalde de Lima debe ser entonces un “ladrón eficiente” (Álvarez Rodrich, 2014). De hecho, solo un 22% considera importante para su decisión electoral el que un candidato no haya estado involucrado en casos de corrupción, presentándose notorias diferencias cuando se observan los resultados por niveles socioeconómicos (48% en el NSE A y 6% en el NSE E) (Ipsos Apoyo, 2014).

Estamos frente a un tipo de político que no solo no asume ninguna responsabilidad frente a los hechos que (con justicia o no) se le imputan, sino que le da lo mismo el daño moral que se hace a la sociedad cuando se pasan por agua tibia escándalos, robos, trafas y enriquecimientos ilícitos evidentes. Actúan como si no fuera su responsabilidad haber trabajado con funcionarios elegidos por ellos que terminaron robando, y, lo que es peor, están dispuestos a cargar con el sambenito de “roba pero hace obra” siempre y cuando eso no les reste votos. (Del Río, El Comercio, 25 de Septiembre de 2014)

Mientras tanto, los políticos reciben un voto desmoralizado tranquilamente, cómodos y dispuestos a ser elegidos por quienes los consideran unos corruptos. Lejos de intentar cambiar esta percepción, la afrontan orgullosos: *Sí, pues, choro soy y no me compadezcan.* (Del Río, 2014). No solo hay una indefensión aprendida (Seligson, 1975) en la ciudadanía (recordar que 75% en julio del 2014 dijo que estaba de acuerdo con la frase *La gente como yo no tiene ninguna influencia sobre lo que hace la municipalidad de mi distrito* (GfK, julio 2014). Además, los políticos no valoran la importancia de rendir cuentas ante la ciudadanía. Como se señalan Almond y Verba (1970), la gobernabilidad pasa porque los representantes elegidos sientan que deben responder a las demandas ciudadanas para no perder su apoyo. Si, como plantea Del Río, esto no es algo relevante para quienes ejercen el poder, la corrupción, entre otros actos, puede ser vista como algo que no necesariamente tiene un impacto negativo.

Una de las graves consecuencias de esta dinámica entre electores y autoridades, además del incremento de la desconfianza institucional y de la falta de apoyo al sistema, es la pérdida del Estado de Derecho entre la población. De esta manera, cuando se les pregunta a los ciudadanos si para capturar a los delincuentes las autoridades deben respetar las leyes o si es posible que actúen al margen de las mismas, los resultados corroboran esta afirmación: la mitad de los peruanos afirma que, a veces, se puede actuar al margen de la ley; tendencia que se viene acentuando durante los últimos años (Carrión, Zárate y

Seligson, 2010; GfK, 2014). Solo los ecuatorianos y salvadoreños presentan un menor apoyo al Estado de Derecho.

En síntesis, se tiene una población que percibe que hay altos niveles de corrupción, tanto en la esfera oficial como en las instituciones con las que a diario trata. Ante esta percepción de la situación, se encuentran comportamientos adaptativos que retroalimentan el proceso de corrupción (el pago de *coimas* para poder obtener lo que se necesita), actitudes de desconfianza hacia el sistema, alienación, apatía (falta de interés en la política), indefensión y cinismo al establecer una relación donde se pide eficiencia en obras a cambio de tolerancia o negación frente a la corrupción.

c) Las actitudes hacia la lucha contra la inseguridad ciudadana

Se vive una sensación generalizada de inseguridad personal en todo el continente americano. Perú no es ajeno a dicha realidad y la seguridad ciudadana es considerada en la actualidad el principal problema del país (Carrión, Zárate y Seligson, 2012; Lima Cómo Vamos, 2012, 2013; GfK, 2014). Se dice que la delincuencia no solo afecta la calidad de vida en general: como el caminar tranquilo por la calle, transportarse, salir a plazas y calles; sino que también incrementa la desconfianza social que es fundamental para el desarrollo económico y político de nuestro país (Chaparro, 2014). Algunas investigaciones en nuestro país confirmarían la relación entre la sensación de miedo e inseguridad frente al delito y la adopción de actitudes autoritarias (Amaya, Espinosa y Vozmediano, 2011; Rottenbacher et al., 2009). Bajo esta perspectiva, los entornos se comienzan a percibir como más peligrosos y se adoptan estrategias para menguar la amenaza, que van desde una mayor inversión en sistemas de seguridad hasta el rechazo explícito hacia personas que se consideran diferentes y potenciales victimarios.

LAPOP mide la percepción de inseguridad de los ciudadanos a través de la pregunta: “Hablando del lugar o el barrio donde usted vive y pensando en la posibilidad de ser víctima de un asalto o robo, ¿usted se siente muy seguro(a), algo seguro(a), algo inseguro(a) o muy inseguro(a)?”. Las respuestas obtenidas se recodifican en una escala de 0 a 100, donde los valores más altos indican una mayor percepción de inseguridad. Nuestro país obtiene el primer lugar de percepción de inseguridad ciudadana con un promedio de 48.6, flanqueado por países como Venezuela, Bolivia y Ecuador. Pese a ello, se aprecia una mejoría en este indicador respecto a los resultados obtenidos en las mediciones del 2008 y 2010 (Carrión, Zárate y Seligson, 2012).

Cuando se realiza el análisis por ciudades capitales de la región, Lima ocupa el segundo lugar en percepción de inseguridad con un promedio de 53.9, solo después de Ciudad de México (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Un resultado similar se obtiene en la encuesta de Lima Cómo Vamos (2013), donde 65.6% se siente inseguro en la ciudad, cifra mayor a la del 2012 (50.8%). En esta misma investigación se ha encontrado que la mitad de limeños está de acuerdo con poner rejas en calles y parques del barrio, mientras que la

otra mitad defiende el libre tránsito. Las mujeres se muestran más favorables al enrejado de calles y parques.

Pero así como la percepción de inseguridad es alta en nuestro país, lo es también el índice de criminalidad, más conocida como la variable de victimización. Para abordar las experiencias de los ciudadanos con la delincuencia, LAPOP realiza las siguientes preguntas:

- Si ha sido víctima de algún acto de delincuencia en los últimos 12 meses (robo, hurto, agresión, fraude, chantaje, extorsión, amenazas o algún otro tipo de acto delincencial).
- Si la respuesta es afirmativa, se indaga por el lugar en el que se fue víctima pensando en el último acto delincencial.
- Si la persona no ha sido víctima de ningún delito en los últimos 12 meses, se le pregunta por algún miembro de su hogar que sí lo haya sido.

Perú se encuentra en los primeros lugares de victimización por delincuencia personal y en el hogar. Presenta una victimización por delincuencia personal (declarada por el propio encuestado) de 28.1%, solo superado por Ecuador y Bolivia (Carrión, Zárate y Seligson, 2012)

Cuando se realiza la comparación por ciudades, Lima se encuentra en el sexto lugar de la región en victimización por delincuencia personal (33.5%) y en quinto lugar si se considera que un miembro de su familia fue victimizado (38.9%) (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Cabe destacar que si bien nos caracterizamos por ser un país con altos índices de inseguridad y una alta sensación de amenaza, el tipo de crimen más común es el hurto, lo que nos aleja de países en donde las tasas de homicidios y en general la violencia asociada al crimen es mucho mayor (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Se han planteado algunas variables que podrían incrementar el riesgo de ser víctima de la delincuencia en nuestro país. Así, aquellos que residen en localidades de mayor tamaño, los jóvenes y los estudiantes son los más propensos a ser víctimas de la delincuencia (Carrión, Zárate y Seligson, 2012).

En Perú, la delincuencia y el crimen se entienden como fallas del funcionamiento de las instituciones estatales (Policía Nacional y sistema de justicia). Así, en primer lugar, 55% de los ciudadanos atribuye la delincuencia a la falta de vigilancia policial, 52% a las débiles sanciones que los jueces aplican a los delincuentes, 43% a que la ley no contemple penas más duras para los delincuentes y 42% al consumo de drogas (GfK, mayo 2014).

En líneas generales, la percepción de inseguridad ciudadana no solo afecta el espacio privado, sino que también tiene consecuencias políticas como la disminución del apoyo y de la confianza en el sistema, en sus instituciones y la democracia en sí misma. Por ejemplo, se ha encontrado que quienes han sido víctimas de un acto delincencial tienden a justificar el que las autoridades se salten las leyes si se trata de capturar delincuentes

(Carrión, Zárate y Seligson, 2010). Al igual que las percepciones sobre la situación de corrupción, la percepción de inseguridad ciudadana termina corroyendo el apoyo ciudadano al Estado de Derecho y tolerando el uso de la violencia o métodos no legales para su combate (Carrión, Zárate y Seligson, 2010).

La adopción de este tipo de actitudes resulta perjudicial para la consolidación de una cultura cívica, afecta la gobernabilidad y la estabilidad democrática (Carrión, Zárate y Seligson, 2008). Se profundiza un sentimiento de falta de competencia ciudadana (Almond y Verba, 1970) que se expresa en el sentimiento de que el ciudadano no tiene como influenciar en el curso de estos hechos.

4.2. Actitudes hacia el papel del Estado

Según algunos trabajos que abordan el rol del Estado (Vergara, 2007; Torres, 2010), los peruanos tienen actitudes mixtas hacia el mismo. Por un lado, se valora la estabilidad macroeconómica y la inversión privada. Por otro, se demanda la participación del Estado en sectores como educación y salud donde la actividad con fines de lucro no está bien vista.

En su estudio del 2012 (Carrión, Zárate y Seligson, 2012), LAPOP incluyó seis afirmaciones relacionadas al rol del Estado, en donde el ciudadano debe responder de acuerdo a una escala de 1 al 7 según su apoyo a cada una:

- El Estado peruano, en lugar del sector público, debería ser el dueño de las empresas e industrias más importantes del país.
- EL Estado peruano, más que los individuos, debería ser el principal responsable de asegurar el bienestar de la gente.
- El Estado peruano, más que la empresa privada, debería ser el principal responsable de crear empleos.
- El Estado peruano debe implementar políticas firmes para reducir la desigualdad de ingresos entre ricos y pobres.
- El Estado peruano, más que el sector privado, debería ser el principal responsable de proveer las pensiones de jubilación.
- El Estado peruano, más que el sector privado, debería ser el principal responsable de proveer los servicios de salud.

En todos los casos las respuestas se transformaron en una escala de 0 a 100 en donde el puntaje 100 representaba un fuerte rango de acuerdo con la intervención del Estado.

Los resultados son semejantes a los comentados por Vergara (2007) y Torres (2010). Indican que los peruanos tienen una actitud favorable hacia la participación activa del Estado pero sobre todo en áreas vinculadas a lo social: salud, lucha contra la desigualdad,

empleo, bienestar general. En todos estos temas los índices se encuentran por encima de 70. Sin embargo, el índice baja a 56.9 cuando se pregunta si el Estado debe ser dueño de las empresas e industrias más importantes del país (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Recordando los trabajos de NCP, se podría decir que hay actitudes liberales en lo social pero conservadoras en lo fiscal. Sin embargo, cuando se compara con el resto de países de la región, Perú se encuentra entre los países con menor actitud estatista, con un puntaje promedio de 76.8, mientras que en 14 países de la región el valor es de 80 a más (Carrión, Zárate y Seligson, 2012).

Dentro de los factores que distinguen a aquellos que tienen una actitud más estatista se encuentran: el grado de interés en la política (mayor interés en la política implica un mayor deseo de intervención del Estado), el nivel de apoyo a la democracia (las personas que apoyan más la democracia evalúan la intervención del Estado de manera más favorable) y el haber sido víctima de la delincuencia (quienes han sido víctimas apoyan una mayor intervención del Estado). Adicionalmente, aquellos distritos que tienen mayores carencias sociales y económicas son quienes más reclaman la participación del Estado en la sociedad y la economía (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). Si se toma como referencia de la importancia que le da el Estado a un sector qué porcentaje del presupuesto nacional se destina al mismo, tenemos que el gasto social del sector público para el 2012 representaba el 6.1% del PBI, cifra menor a la de muchos países de la región (Propuesta Ciudadana, 2012). En ese sentido muchos de estos reclamos son más la demanda frente a una carencia. En Perú, el Estado se ha comportado sobre todo de manera patrimonial (Stein y Monge, 1988; Althaus, 2010) al servicio de proyectos populistas o neopopulistas. Su rol en el bienestar ciudadano ha sido bastante limitado.

La opinión de la gente respecto al rol del Estado se mantiene relativamente estable en los últimos años, pese a que la elección de Ollanta Humala como presidente en el 2011 daba la impresión de un giro estatista por parte del gobierno peruano, reclamado por un sector importante de la población. Esta tendencia puede explicarse con lo que Vergara llama la *promesa republicana* no cumplida. Para este autor (2013) ser una república implica contar con principios firmes como la igualdad (ante la ley, accesibilidad a servicios públicos por ejemplo), instituciones legítimas y representativas, así como un elevado nivel de confianza interpersonal entre autoridades y ciudadanos. Para que esta república se consolide la educación resulta un aspecto primordial para hacer posible una sociedad más igualitaria. Nada más lejos de nuestra realidad actual.

Vergara sostiene que la promesa de un Estado de Bienestar nunca se cumplió en nuestro país porque la elite limeña y el resto del país nunca llegaron a comprenderse. Hoy por hoy, cuando las cifras macroeconómicas reportan un crecimiento económico sostenido, recordamos que el gran artífice de nuestro desarrollo económico es el neoliberalismo. Dicho programa fue aplicado con éxito durante la década de 1990. Tenía la misión de sacarnos de la crisis económica más fuerte de nuestra historia republicana. Lo logró bajo los postulados del libre mercado y el foco en el emprendimiento local.

¿Y por qué el neoliberalismo tuvo éxito y la república no? se pregunta. El primero no requería de una ciudadanía comprometida con la igualdad y las instituciones, de hecho funcionaba muy bien independientemente de las mismas. Se podría plantear también al revés. Las reformas neoliberales desarrolladas durante el primer gobierno de Fujimori (1990-1995), no necesitaban de mucho Estado. Incluso, cuanto menos intervención del Estado se tuviera, mejores resultados se obtenían. Claro ejemplo lo encontramos en la ola de privatizaciones que se dieron durante ese período. Ni la crisis de las entidades estatales ni el autoritarismo de la época representaron trabas para el neoliberalismo. Finalmente, la institucionalidad democrática nunca fue su prioridad (Vergara, 2013). El neoliberalismo no es opuesto al ideal republicano, pero sí se encuentran en estados diferentes.

Autores como Bruce (2014) señalan que la implantación de este modelo económico con los años no solo ha cambiado los valores de nuestra población (en donde el éxito a cualquier costo convierte a la solidaridad en un estorbo), sino que ha prácticamente definido nuestras personalidades, haciendo que estas sean funcionales al modelo económico.

Sin duda, hay una racionalidad tras la decisión de un contrabandista de Juliaca que vota por Anduviri, pues este ofrece neutralizar a los organismos del gobierno central que obstaculizan su actividad. De la misma manera que un usuario agradecido de los hospitales de Solidaridad está dispuesto a hacer la vista gorda con Comunicore. Y un trujillano desesperado con la inseguridad prefiere, como ya se adelantó en esta columna, un alcalde sospechoso de comandar escuadrones de la muerte. O un empresario acaudalado para quien Pinochet o Fujimori tuvieron un balance largamente positivo, pues no se hacen tortillas sin cascar huevos. El problema es que dicha racionalidad es incompatible con la noción de ciudadanía y bien común.
(Bruce, 2014, Diario La República 09 de octubre)

No deja de ser paradójal que en un acápite donde se habla de estudios sobre actitudes hacia el Estado sea necesario recordar lo que ya hemos planteado sobre el individualismo imperante. Estudios hechos por Arellano (2003, 2010) y Chaparro (2012) permiten ver cómo hay toda una tendencia hacia la primacía de un comportamiento centrado en el progreso personal. Sea desde el punto de vista de los “estilos de vida” (Arellano, 2003) o desde el cambio de valores (Chaparro, 2012) hay una tendencia a darle prioridad a lo personal que también puede entenderse como una salida frente a una visión de lo público y/o estatal que se ve como un camino que no conduce a buen término. Como señala Sudarsky (2007), en una cultura clientelista, donde los agentes en el Estado actúan de manera patrimonial, lo público vinculado a la sociedad civil no existe. Solo se asocia a un tipo particular de relación con el Estado y lo demás es un asunto de particulares. Una relación con el Estado que se observa más como un proceso de demandas que de

respuestas. Probablemente esto explique, en parte, el reciente auge de las clínicas y colegios privados en zonas populares de Lima (diario Gestión, 2013). Gracias al crecimiento económico la gente que vive en las zonas periféricas de la ciudad puede pagar un servicio que durante años esperó por parte del Estado.

La actitud hacia el Estado, como señala el estudio de LAPOP, puede ser de demanda hacia el mismo pero termina siendo algo que se sostiene casi solo por mantener una estrategia de diversificación sobre la cual se cree poco. Parafraseando el título de un libro de Jorge Parodi (1986) sobre lo relativo de ser obrero en Perú; en un país con un Estado populista y patrimonialista, con serios problemas de corrupción, ser ciudadano es algo relativo. Es más fácil ser consumidor que ciudadano (Chaparro, 2014). Junto a estos pedidos de que el Estado tenga una mayor intervención en salud o educación, por ejemplo, no ha hecho más que crecer la oferta en zonas populares de colegios y clínicas privadas. En paralelo al pedido de que el Estado asegure calidad en el empleo, no ha hecho más que crecer el autoempleo, las micro y pequeñas empresas. Como señala en su trabajo sobre capital social en Lima Díaz Albertini (2010), en un entorno de poca y defectuosa institucionalidad (que incluye al Estado y su relación con la ciudadanía en todos los niveles – gobierno central, regional, local-) se desarrolla una cultura de poco o ningún respecto a la norma formal. Se desarrolla lo que él llama una *cultura del arreglo* que, en este contexto se podría ver como una cultura de *haber cómo me las arreglo*, confiando más en las alternativas individuales o vinculadas al grupo primario (familia, amigos) o, como menciona Nugent (1992), desarrollando una cultura de *las argollas* donde la dependencia de lo que el Estado pueda hacer, es una alternativa más.

SEGUNDA PARTE
MÉTODOS Y TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN

I. Diseño de la investigación

1. Aspectos generales

Nuestro interés está centrado en identificar qué tipos de cultura política existen en Lima y sus características. Deseamos entender la extensión de las mismas en la población de estudio así como el significado de los patrones actitudinales que las componen. Debido a ello, se ha optado por un diseño multimétodo interparadigmático (Ruiz, 2008) donde se combinan métodos cualitativos y cuantitativos. De acuerdo a Morse (citado por Ruiz, 2008) nuestro acercamiento se denomina “enfoque multimétodo simultáneo” en la medida que desde una perspectiva interpretativa planteamos primero una fase cualitativa pero con el objetivo de centrar el análisis en los hallazgos de la fase cuantitativa (las tipologías que se identifiquen). En esa línea, de acuerdo a Ruiz (2008) y a Bericat, citado por Balestrini (2005) nuestra estrategia de integración de métodos es una de “combinación” pues buscamos que los resultados del estudio cualitativo nos sirvan de ingrediente para fortalecer y potenciar el objetivo de la encuesta, que es la identificación de diferentes tipos o segmentos de cultura política. Como señalan Heras (2002) y Samudio (2009), los métodos cualitativos no permiten conocer en qué medida están extendidas ciertas actitudes o valores en la población. Solo utilizando dinámicas grupales, etnografías o cualquier otro tipo de técnica cualitativa no se podría tener una noción clara de cuán extendido está uno u otro patrón en la ciudadanía. Sin embargo, las técnicas cualitativas nos deben ayudar a comprender mejor los significados subyacentes, la gramática existente en las tipologías que se identifiquen. Buscamos así mejorar la riqueza del análisis de datos multivariado (aplicado a los resultados de la encuesta), incorporando el análisis desarrollado en la fase cualitativa. En ese sentido, la contribución de las dinámicas de grupo es de diverso tipo. Si bien la revisión de la literatura internacional y nacional sobre cultura política nos ha permitido identificar diversos componentes de la misma, es importante tener un acercamiento naturalista a la forma en que se representa y vivencia lo público en general y lo político en particular en el discurso de la gente. Nos interesa observar si se están recogiendo las dimensiones que la literatura indica o si hay algún otro aspecto que se debe incorporar en la fase cuantitativa. En ese sentido, tal como señala Valles (2003), se busca que los grupos de discusión ayuden a identificar tópicos que podrían generar rechazo o no respuesta en la encuesta pero también para ayudar a mejorar el diseño de la misma y entender mejor el significado de lo que se evalúa. Otro aporte es que si bien el análisis multivariado nos permitirá definir los componentes y atribuir ciertos significados, al tener un análisis de los discursos sobre los mismos temas que se han abordado en la fase cuantitativa se enriquecen los referentes para la interpretación y se gana calidad interpretativa.

De acuerdo a lo expuesto, se desarrollará una primera fase cualitativa, a través de la técnica de grupos de discusión, y una segunda que consistirá en encuestas cara a cara en hogares. Antes de entrar al detalle de las técnicas que se utilizarán, es importante resaltar algunos trabajos que abordan la forma en que se enfoca el uso de las encuestas y el análisis estadístico multivariado desde un enfoque interpretativo. Ante la importancia que se le

da a las técnicas cualitativas en el paradigma del análisis simbólico o enfoque interpretativo Gonzáles (2001) subraya otros trabajos que plantean la necesidad de la complementariedad entre ambas perspectivas (Alvira, 1983; García Ferrando, 1988). Algo semejante señala Fernández (2003) mencionando a Gergen (1988; 1985) y a Iñiguez (1997) como investigadores que desde un enfoque interpretativo incorporan “técnicas o procedimientos empíricos tradicionales”. Todos estos autores consideran que se puede aplicar metodologías cuantitativas pero desde una orientación crítica. Como señala, Gonzáles (2001)

...los autores que plantean la integración de los dos enfoques, una vez admitida la diferencia entre un nivel paradigmático y otro metodológico, tienden a defender la autonomización de este último señalando que aunque existan diferencias conceptuales y epistemológicas, se puede producir una convergencia de las técnicas con las que trabaja cada enfoque. (Gonzáles, 2001, p 236)

Por otro lado, Aguilar (2010), al igual que Heras (2002), plantean que las encuestas ahora van más allá de la recopilación de datos y que con el avance conceptual en los estudios de política comparada (y de cultura política en general) así como el auxilio de diversas técnicas multivariadas se puede ir más allá de informes descriptivos y ensayar la exploración estadística. Como ya Dittmer (1977) y Merelman (1998) planteaban, las actitudes (identificadas a través de técnicas cuali o cuantitativas) son solo el material manifiesto que debe ser interpretado. Se critica o subraya el límite de las encuestas versus el material producido por los actores pero no se puede caer en el error de creer que ese material (lo que se dice y hace durante estudios cualitativos) está exento de sesgos y subjetividad en el análisis. Como señalan Lindesmith, Strauss y Denzin (2006) toda investigación científica es un proceso de construcción de significados. Parafraseando a Watzlawick, cuando hablaba de la comunicación, es imposible no interpretar.

Asumimos que en ese proceso de construcción de significados los insumos tienen que ser evaluados tanto en sí mismos como en lo que aportan en relación con otros elementos, más allá de que provengan de estudios cuali o cuantitativos. Becker (en Balan et al 1974) hace un símil entre la construcción del conocimiento y el desarrollo de un mosaico sobre el que profundizaremos más adelante. Por su lado, Ortí (en Delgado y Gutierrez, 2007) señala que si bien se pueden encontrar posiciones extremas en uno y otro enfoque, la experiencia de investigar muestra que ambos se complementan y tienen sus propios aportes.

Pero en todo caso, la realidad concreta de la investigación social nos informa una y otra vez de la insuficiencia abstracta de ambos enfoques tomados por separado. Pues los procesos de la interacción social y del comportamiento personal implican tanto aspectos simbólicos como elementos medibles (número de actores intervinientes,

tamaño de los grupos, características o tipos objetivos, etc.). Mientras que el enfoque cualitativo de esos mismos fenómenos (significaciones de los discursos/sentidos de su proceso motivacional, etc.) ni es suficiente -en cuanto se supera el nivel de las observaciones localizadas- para determinar el marco "objetivado" de su extensión o frecuencia... (Ortí, 2007, p. 88)

Ulmer y Wilson (2003) señalan que se debe diferenciar entre la investigación de los procesos y los resultados. Para entender los procesos es muy importante el enfoque interpretativo donde se da importancia a la interacción y el proceso de significación. Las técnicas cualitativas pueden ayudar mejor con este objetivo. Lo usual es decir que se puede usar técnicas exploratorias como previas a un estudio cuantitativo pero lo opuesto también es posible. Citando a Becker, se dice que las estrategias cuali o cuantitativas tienen que ayudar al investigador para decidir donde más se debe mirar, sin importar el orden. Afirman que las técnicas cuantitativas pueden ser útiles para evaluar los resultados de los “procesos”. Luego de señalar que entre 1986 y el 2002 la revista *Symbolic Interaction* publicó dieciocho artículos donde se usan datos cuantitativos, sostienen que el enfoque del Interaccionismo Simbólico puede usar diversos métodos: análisis estadístico, encuestas, análisis comparativo e histórico, métodos cuasi experimentales, etc. Lo importante es, como siempre defendió Blumer, que sean funcionales a la pregunta de investigación. Finalmente, afirman, la cuantificación y la estadística son herramientas que pueden ayudar a comprender y representar el mundo social. Señalan que el mismo Blumer (1933, 1948, 1969) defendió el uso e incluso utilizó datos estadísticos para entender lo que él denominó “procesos sociales”. Destacamos todas estas consideraciones tomando en cuenta que en la presente investigación se utilizarán encuestas con el objetivo de identificar y perfilar diferentes tipos de cultura política en Lima.

Ulmer y Wilson (2003) consideran que los investigadores pueden usar datos y análisis cuantitativos sin violar principios pragmatistas si se siguen las siguientes condiciones:

1. Usar el recojo de datos y análisis estadístico de resultados de un proceso social para sensibilizar o dar pie a estudios cualitativos del proceso social en cuestión
2. No se debe considerar que la única forma de hacer estudios empíricos es la cuantificación o las encuestas. Estudios empíricos también son los trabajos etnográficos, entrevistas en profundidad, dinámicas grupales, análisis de redes, etc.
3. Tener claro que los individuos o grupos son los que actúan, no las variables (género, edad, nivel socioeconómico). Como también señala Merelman (1998), las variables pueden ayudar a entender las variaciones en los comportamientos según diverso tipo de situaciones pero no reemplazan a los actores sociales. Las variables ni piensan ni actúan.

4. La comprensión de lo social no depende de variables o modelos estadísticos sino de procesos de interpretación que toman en cuenta la acción social que se deriva de la interpretación de una situación. Existen diversos procedimientos estadísticos pero es el investigador el que decide qué y cómo analizar, además de interpretar.
5. Mantener la distancia conceptual entre el proceso de cuantificación (y lo que se cuantifica) y los fenómenos que se estudian. Como señalaba Blumer (1993) no se puede confundir los resultados de una encuesta con el objeto de estudio. La realidad no se puede constreñir a los métodos. Como señala Welch (2013) en el positivismo tradicional se confunde las encuestas sobre actitudes políticas con la cultura política como proceso social. Una vez más, la interpretación es un imperativo.

Ulmer y Wilson (2003) mencionan varios casos y ponen ejemplos donde el uso de encuestas y el análisis estadístico multivariado es útil para el Interaccionismo Simbólico. Consideran que es importante para estudiar el significado (enfocándose en la amplitud de una interpretación por ejemplo), hacer comparaciones (cita a Strauss, 1993) o la importancia de una situación (a través del análisis de cómo afectan diferentes variables un mismo comportamiento).

Considerando que los datos y el análisis estadístico proveen un tipo de información menos naturalista e interpretativa que la etnografía o las entrevistas, señalan que las encuestas son una foto o serie de fotos de una situación, actitudes o interpretaciones. Son menos profundas y menos eficientes para ver los procesos que los métodos exploratorios pero igual son útiles. Su uso en particular es para ver la amplitud de una actitud o una opinión (que porcentaje piensa o siente de determinada manera) y poder hacer comparaciones entre diferentes puntos de vista. El estudio de las actitudes políticas a través de las encuestas es una foto que busca dar cuenta del mundo normativo que significa la cultura. Nos parece que en ese sentido la imagen de la construcción de conocimiento como un mosaico que plantea Becker (versus el muro positivista) es interesante.

La imagen del mosaico es útil...Cada pieza que se añade a un mosaico añade algo para entender el cuadro total. Cuando son muchas las piezas que se han colocado podemos ver, con mayor o menor claridad, los objetivos o la gente que componen el cuadro y sus relaciones mutuas. Las distintas piezas aportan cosas diferentes a nuestra comprensión: algunas resultan útiles a causa de su color, otras porque aclaran el contorno de un objeto. Ninguna de las piezas desempeña un papel fundamental pues, si carecemos de su aporte, existen todavía otras maneras de llegar a una comprensión del todo. (Becker, en Balan et al; 1974, p. 30)

Consideramos que las encuestas, y por lo tanto, el estudio que vamos a emprender; son parte de este gran azulejo que vamos diseñando para tener una mejor comprensión de la cultura política en el país.

2. El estudio cualitativo sobre cultura política en Lima

Se dice que, al interior de las ciencias sociales, el primero en publicar un trabajo donde se hablaba de los *focus groups* fue Robert Merton quien utilizó esta técnica para evaluar la capacidad persuasiva de la propaganda durante la segunda guerra mundial (Merton y Kendall, 1946 y Merton et. Al, 1956). A mediados de la década del 50, en la sociología en general, se empezaba a dar énfasis a los procesos grupales como parte de la dinámica social. Entre fines de los 40 y mediados de los 50 los trabajos de los sociólogos de la comunicación norteamericana (Lazarsfeld, Katz y Merton entre otros) incorporan en sus estudios a los grupos y la comunicación interpersonal como dimensiones fundamentales de la dinámica social (véase Katz y Lazarsfeld, 1979, por ejemplo). Vinculado a la importancia conceptual de los grupos pequeños, empezaron a surgir métodos que tomaban como unidad de análisis a un reducido conjunto de personas para buscar comprender los aspectos subjetivos de los procesos macro sociales. Los grupos terapéuticos fueron un primer referente para las ciencias sociales interesadas en conocer con mayor profundidad este tipo de procesos (Merton, 1987). Morgan (1988) señala cómo, en la sociología, las primeras técnicas utilizadas fueron la entrevista en profundidad y la observación participante, en parte por la influencia del Interaccionismo Simbólico. El uso de las dinámicas grupales fue posterior. Los trabajos de Lazarsfeld, que se dieron tanto en el terreno de lo que se denominó “investigación administrativa” (comercial o por encargo) y la investigación académica, ayudaron al desarrollo de esta técnica. Por otro lado, como bien señalan Canales y Peinado (2007) así como Valles (2003), en España se desarrolló un particular trabajo con relación a lo que se ha denominado “grupos de discusión” donde las figuras de Jesús Ibáñez (1979, 1985, 1989, 1991) y Alfonso Ortí (1996, 2007), entre otros, destacan. Como señala Ortí, esta técnica tiene un objetivo pragmático, macrosociológico y extragrupo. El grupo se conforma no de manera natural sino para un medio que permita expresar las ideologías sociales, una “unidad pertinente de producción de discursos ideológicos”.

El grupo tan solo es un marco para captar las representaciones ideológicas, valores, formaciones imaginarias y afectivas, etc., dominantes en un determinado estrato, clase o sociedad global. (Ortí, 1996, p. 216)

En esta reunión, los participantes van construyendo un discurso grupal con relación a los temas que se plantean. Como bien señala este autor, se busca “reproducir el discurso ideológico cotidiano o discurso básico sobre la realidad social” de los segmentos ahí representados por los asistentes. En este espacio microsocial surgen tópicos, conflictos, emociones, normas diversas referidas a la situación que se investiga. Como mencionan Canales y Peinado (2007), en los grupos de discusión se trabaja con el habla (cuyo análisis se tiene que realizar en el contexto e incorporando los elementos no verbales) y en ese

proceso, el orden social y la subjetividad se hacen presentes. Estos mismos autores señalan que el grupo de discusión debe ser visto como una situación discursiva particular donde el discurso social diseminado *se reordena para el grupo*. Citando a Ibáñez, se menciona que esta técnica lo que recupera no es un dato sino un discurso que hay que *(re)producirlo*. El discurso grupal es como la huella que deja la presa en el camino, afirman: *Lo investigable es lo que puede ser rastreado y explicado. Pero el seguimiento del rastro no es mera recolección*. (Canales y Peinado, 2007, p. 291). Hay que interpretar.

Canales y Peredo (2007) mencionan la *forma-grupo* y la *forma-discusión* como elementos a tomar en cuenta. Con relación a la forma-grupo, se menciona que es un artificio metodológico:

1. Su existencia depende de que se genere la situación discursiva. No es un grupo natural sino que se forma a partir del objetivo de investigación y debe promover, gracias al investigador, un juego de conversación entre iguales
2. Se realiza una tarea aunque, siguiendo el enfoque de grupos operativos de Pichón Riviere (1975) realmente se realizan dos tareas: la manifiesta y la latente. Por un lado, se aborda la discusión de los temas que se plantean y, por otro, se facilita una interacción entre sus miembros que posibilite la discusión grupal enfocada en la tarea manifiesta.
3. Se instaure un espacio de opinión grupal, se hace uso de un derecho al habla que es regulado por el intercambio grupal y la participación del facilitador...mientras haya grupo.

Con relación a la *forma-discusión*, Canales y Peinado (2007) señalan que *el investigador provoca la constitución del grupo en la conversación...Sobre el fondo de un lenguaje común...se articulan las distintas perspectivas: es su forma-discusión*. (p. 293). Se toma la conversación como una totalidad donde lo mencionado por cada participante es parte de un solo proceso. Tomando como referencia a Ibáñez (1988), se señala que el individuo es una cosa y su rol como interlocutor en el grupo es otra. En tanto interlocutores en un grupo, los individuos pueden mostrar *perspectivas distintas de una misma persona, perspectivas de distintas personas*. Se asume que cada interlocutor no es un individuo sino un proceso pues en el desarrollo de la discusión, su texto puede ir cambiando o incluso contradiciéndose en función de la dinámica grupal. Los textos que se producen, por lo tanto, están en relación con el contexto mismo de producción, el grupo en el que se desarrollan.

Haciendo un balance de ventajas y limitaciones de esta técnica, Valles (2003) menciona diversos aspectos donde nos parece importante destacar, dentro de las ventajas, el que se desarrolle una interacción grupal. La riqueza del grupo es que los textos que surgen son realmente contruidos en la interacción grupal misma. Se habla de una sinergia provocada por el propio escenario grupal. Los textos tienen un sentido en su contexto grupal a pesar de que, en comparación a técnicas como la observación participante, los grupos de discusión son más artificiales.

Para este estudio, los grupos de discusión se organizaron para abordar diversos aspectos de interés con relación a las características de la cultura política en Lima. Se buscaba conocer la perspectiva de la gente con relación a valores, normas de reciprocidad, confianza, asociacionismo, democracia, etc.; en general, todos los aspectos señalados por Morán y Benedicto (1995) como parte del modelo multidimensional de cultura política.

Tal como sugiere Valles (2003), nos pareció útil comenzar las reuniones con un juego de *lluvia de ideas* a fin de promover una actitud más abierta a la discusión. Como se puede ver en el Anexo 1, la guía de discusión consideraba diferentes temas a ser abordados de acuerdo a la literatura pero nos pareció conveniente iniciar las dinámicas de manera más abierta, a través de un juego, para poder tener un acercamiento a las actitudes y valores sociales más espontáneo. Considerando que las reuniones se desarrollaron con personas de niveles educativos diversos, el usar material gráfico para expresarse fue de gran ayuda. Al comienzo de cada dinámica se le planteaba a la gente que se desarrollaría un juego. El mismo consistía en responder con imágenes a la pregunta del moderador sobre ¿Cómo somos los limeños? Se ponía una cartulina al centro de la mesa y se le daba a cada uno unas cinco a seis revistas. La consigna era que escogieran una imagen que expresase cómo veían ellos a los limeños (que en otros momentos se podía variar con cómo ven a los peruanos). Luego que cada uno escogía su imagen, se pegaba en la cartulina y se formaba un *collage*. La gente tenía que decir en cada grupo como era esta foto construida por todos y luego debía de contar qué lo llevó a escoger la imagen que tomó. La experiencia fue que en todos los grupos, muchos de los temas vinculados a la dimensión “ciudadano como actor” surgieron espontáneamente. A partir de ahí se fue planteando al grupo qué tenían que decir sobre los diferentes aspectos que se fueron sugiriendo y que cubren las diferentes dimensiones consideradas en la propuesta de Morán y Benedicto (ver Anexo).

2.1. Perfil de los participantes

Se desarrollaron ocho grupos de discusión entre mujeres y hombres de 18 a 55 años de todos los niveles socioeconómicos (A/B, C D y E). En términos de edad, se consideró un segmento de jóvenes (18 a 24) y un segmento “adulto (30 a 55). El número de grupos se definió con el objetivo de abordar, de manera exploratoria, diferencias en el discurso a nivel de género, grupo etario y condición socioeconómica.

NSE	GENERO	EDAD
A/B	FEMENINO	18 a 24
A/B	MASCULINO	30 a 55
C	FEMENINO	18 a 24
C	MASCULINO	30 a 55
D	FEMENINO	18 a 24
D	MASCULINO	30 a 55
E	FEMENINO	18 a 24
E	MASCULINO	30 a 55

2.2. Instrumento

Se trabajó con una guía de indagación (ver Anexo 1) que se dividió en dos grandes partes. Una primera, de indagación espontánea, donde se le pidió a la gente que imaginara cómo somos los limeños y lo expresara a través de imágenes (se les dio revistas para que escogieran las que expresaban sus ideas). La segunda parte aborda las diferentes dimensiones de la cultura política señaladas por Morán y Benedicto (1995) en su modelo dimensional de cultura política. La estrategia en cada dinámica fue observar qué tipo de contenidos surgían a partir de la dinámica inicial para ir planteando los temas de indagación pre establecidos en función de los contenidos que el mismo grupo ponía en agenda.

2.3. Trabajo de campo

El trabajo de campo se realizó entre el 13 y el 16 de enero del 2015.

3. El estudio cuantitativo sobre la cultura política en Lima

La encuesta tiene como objetivo el poder recoger información que sirva de insumo para el análisis multivariado que se desea desarrollar y así establecer qué dimensiones dan forma a la cultura política limeña y qué tipos de cultura política existen en Lima así como sus características. El objetivo final, que es la identificación de los tipos de cultura política existente, debe ayudar en la reflexión sobre qué tareas pendientes tienen tanto la sociedad política, civil y academia, para el desarrollo de una democracia que no solo cumpla, como bien señala Munck (2010) con un rol minimalista centrado en lo electoral. Una concepción más amplia de la democracia supone cambios que pongan en relación cultura y sistema político y no solo que se piense en qué tipo de cultura política es funcional a un sistema que ni se cuestiona.

...sería un error suponer que la lucha por la democracia puede ser tomada como un asunto resuelto. En efecto, la transformación de las democracias que los latinoamericanos y las latinoamericanas hoy tienen en democracias más completas, es decir, democracias dotadas de poder político y de un poder político sometido al control democrático, se perfila como el próximo gran reto político de la región...los investigadores interesados en la política latinoamericana contemporánea deberían abocarse a la comprensión de la cuestión democrática del siglo XXI y a la producción de conocimientos que en alguna medida aporten al reto nuevo de democratizar la democracia. (Munck, 2010, p. 590)

¿Por qué señalar cuál es el objetivo de la investigación en un momento donde lo que se está presentando es una de las técnicas que se han utilizado? El uso de las encuestas en la investigación social no es solo un asunto técnico o metodológico. Sánchez Carrión (2000) en un libro dedicado al análisis de la no respuesta plantea algunas reflexiones sobre

el *proceso de dar sentido a los fenómenos sociales basado en la encuesta*. Para ello, plantea la idea de un *triple ojo escrutador* que permite analizar este instrumento en términos técnicos, metodológicos y epistemológicos.

La mirada epistemológica está vinculada al para qué de la encuesta y en general de la investigación. Señala una tradición (más vinculada a Durkheim) donde lo que se plantea es que la encuesta debe permitir explicar la realidad social, otra relacionada con Weber donde este instrumento debe ayudar a comprender *el sentido que para los propios individuos investigados tiene su actuación* y, finalmente, la búsqueda de la transformación de la realidad que se estudia (que para él es un enfoque más relacionado con Marx).

Este nivel de reflexión epistemológica plantea cómo se concibe la existencia y relación entre objeto investigado y sujeto investigador. Sánchez Carrión considera que si el objeto de la investigación se considera de naturaleza reflexiva y al sujeto de naturaleza subjetiva, *lo que hace la investigación no es conocer/reproducir la “realidad” (el objeto investigado), sino contribuir a su construcción en el propio acto investigador*. Desde este punto de vista, la aplicación de la encuesta no queda reducida, como comúnmente se hace, a un objetivo explicativo sino que se concibe como parte de una estrategia mayor de transformación. Bajo esta perspectiva, un análisis de la validez de sus resultados se debe realizar considerando la plausibilidad teórica de lo que se postula.

...y su capacidad para efectuar predicciones que se cumplan...pero reconociendo ahora el carácter socialmente negociado tanto de la teoría como de la predicción...Se trata de postular la capacidad de negociación social de las partes interesadas en un saber como criterio de su validez, frente a las adecuación de la teoría o de la predicción a una verdad que es independiente de los objetos y sujetos participantes en la investigación. (Sánchez Carrión, 2000, p. 15-16)

Lo que el autor denomina *ojo metodológico* es la pregunta sobre en qué medida la técnica de la encuesta se adecúa a la dimensión del objeto que se está estudiando. Citando a Ortí (1993) Sánchez Carrión afirma que las encuestas y el análisis estadístico permite dar cuenta de los hechos que se desean estudiar. Si bien el autor hace referencia a que a este nivel las encuestas sirven para dar cuenta de lo que *acontece, se hace*, nosotros ponemos énfasis que en este caso es la encuesta nos ayuda a identificar el “cuánto” de los fenómenos. Por último, el *ojo técnico* analiza el *cómo, los posibles errores que se comenten en la implementación de la encuesta* y que remiten a los normalmente conocidos errores muestrales y no muestrales. Sánchez Carrión clasifica los errores en tres bloques:

- Errores de no observación: problemas de cobertura del marco muestral, de no respuesta y de muestreo

- De *mala* observación: atribuibles al entrevistado, al entrevistador, al instrumento y al modo de generar la información
- De análisis: de procesamiento y análisis de datos.

Como señalan García Ferrando (1996) y Alvira (2004) el uso de las encuestas en la investigación social es antiguo y se puede remitir a los clásicos (Marx, Weber) que *realizaron encuestas sociales, o al menos lo intentaron*. De manera semejante a lo ocurrido en lo cualitativo, el rol de Lazarsfeld en la difusión de esta técnica, yendo y viniendo entre el mundo de sus aplicaciones comerciales y académicas, fue en su momento importante (García Ferrando, 1996). Como señala Heras (2002), el uso de las encuestas en los estudios sobre cultura política ha evolucionado de una manera notable. Desde el estudio clásico de Almond y Verba a la fecha, si bien la discusión sobre la viabilidad y/o potencia del concepto se mantiene, el análisis multivariado ha permitido ir más allá de lo descriptivo a fin de identificar variables latentes que permitan una mejor interpretación. En ese sentido, permiten ver el *cuánto* señalado por Sánchez Carrión pero también el *por qué*. Por ejemplo, con relación a los estudios de la Encuesta Mundial de Valores (EMV) hay toda una discusión metodológica sobre el tipo de estrategias analíticas que se aplican y que incluso ha llevado a que algunos autores planteen la invalidez de los postulados de Inglehart sobre el rol de los valores en el proceso de modernización social. (Rojas y Fernández, 2002; Ippel, 2013; Jasny, 2013).

3.1. Universo y muestra

Universo

La población está conformada por habitantes de la ciudad de Lima de todos los niveles socioeconómicos, mayores de edad (18 años en adelante) y que se encuentran ubicados en el casco urbano de la capital peruana (6, 272,772 hab. Fuente: RENIEC 2013).

La distribución de la muestra se ha realizado de manera proporcional a la población limeña, considerando variables como la edad, el nivel socioeconómico, el sexo y las zonas geográficas en las que se agrupan los 31 distritos que conforman Lima.

En el siguiente cuadro se resume la composición del universo del estudio y la distribución de la muestra considerando las 5 zonas en las que se subdivide la ciudad.

Tabla 1. Distribución de la muestra por zona geográfica

Zona	Pob. de 18 años a más con DNI¹	%	Muestra Proporcionada	Muestra Desproporcionada	Margen de error +/- (%)²
Lima Centro	835,912	13%	199	192	6.9%
Lima Este	1,353,676	22%	337	332	5.3%
Lima Moderna	1,366,534	22%	336	330	5.3%
Lima Norte	1,621,214	26%	398	418	4.9%
Lima Sur	1,095,436	17%	260	258	6.1%
Total	6,272,772	100%	1,530	1,530	2.5%

1 Fuente: RENIEC 2013

2 El margen de error es calculado a un 95% de confianza y $p/q=0.5$

Muestra

La muestra del estudio está conformada por 1530 personas, de 18 años a más (Media= 42.38 años, DE= 16.45) de todos los niveles socioeconómicos, de ambos sexos y todos ellos habitantes de la ciudad de Lima. La elección de 1530 casos responde a la necesidad de contar con una muestra lo suficientemente grande para la construcción de submuestras (segmentos) que permitan realizar comparaciones entre las mismas. De manera más detallada, los participantes se subdividen:

Tabla 2. Distribución de la muestra por sexo

Sexo	%	Muestra Proporcionada	Muestra Desproporcionada
Hombre	49.3	754	743
Mujer	50.7	776	787
Total	100	1,530	1,530

Tabla 3. Distribución de la muestra nivel socioeconómico

NSE	%	Muestra Proporcionada	Muestra Desproporcionada
A	5.3	81	86
B	19.2	293	304
C	40.5	619	603
D	26.1	399	399
E	8.9	136	138
Total	100	1,530	1,530

Tabla 4. Distribución de la muestra por edad

Edad	%	Muestra Proporcionada	Muestra Desproporcionada
18-24	17.0	260	264
25-39	30.2	462	462
40-80	52.8	808	804
Total	100	1,530	1,530

Selección de la muestra

Para seleccionar a los participantes del estudio se utilizó un muestreo de tipo polietápico, probabilístico en las fases de selección de manzanas y viviendas y utilizando un criterio de cuotas para elegir las unidades de análisis que permitan obtener una muestra representativa por edad y sexo. El aspecto polietápico se organizó de la siguiente manera:

1. Primera etapa: Las manzanas se agrupan según el nivel socioeconómico predominante, de acuerdo con la información codificada por el INEI (2007) en la cartografía digital de Lima.
2. Segunda etapa: Se elige al azar la manzana de inicio entre todas las manzanas pertenecientes al nivel socioeconómico. Se tiene en cuenta la proporción de manzanas del NSE del ámbito seleccionado y del marco muestral.
3. Tercera etapa: Dentro de la manzana de inicio se elige al azar la vivienda de inicio. Para la elección de las siguientes viviendas se aplica un salto sistemático de 3. En cada manzana o unidad de muestreo primaria seleccionada se aplicaron 5 encuestas.
4. Cuarta etapa: se elige a la persona a entrevistar según las cuotas que figuran en la guía de ruta.

3.2. La encuesta y la entrevista estandarizadas

Para el presente estudio, se desarrolló una revisión de la literatura conceptual sobre cultura política y se tomó como referencia el esquema multidimensional planteado por Morán y Benedicto (1995). Una vez identificadas las dimensiones, a ser validadas por el estudio, se hizo una revisión de diversos trabajos sobre cultura política desarrollados en el país. Esto ha sido de ayuda en la medida que son preguntas que ya fueron en su momento probadas y adaptadas al entorno local y han mostrado su utilidad para el análisis. En ese sentido, las fuentes principales fueron los estudios sobre cultura política desarrollado por el proyecto LAPOP (Carrión, Zárate y Seligson; 2006, 2008, 2010, 2012), el estudio realizado por Murakami (2000) sobre cultura política en los sectores populares, el estudio sobre capital social de Díaz Albertini (2010) y la Encuesta Mundial de Valores (<http://www.worldvaluessurvey.org/wvs.jsp>). Además, se consideraron preguntas ya elaboradas en otros estudios sobre cultura política en países de América Latina.

Luego de diseñar el primer borrador de cuestionario se desarrollaron diez entrevistas piloto del instrumento. Se contactó a individuos de manera accidental, de diferentes niveles socioeconómicos y edades. Se evaluó el entendimiento de las preguntas del cuestionario y el tiempo de duración del mismo. El cuestionario finalmente tuvo una extensión de 55 minutos, en promedio, de aplicación.

A continuación se describe cada uno de los indicadores. Luego del nombre adjudicado se pone entre paréntesis el código de la pregunta que figura en el cuestionario y que se puede consultar en el Anexo. Los constructos abordados y los indicadores construidos en el cuestionario fueron:

Valores de Schwartz (SWT1, SWT2, SWT3³): Se utilizó la versión recortada de la traducción castellana del Portrait Values Questionnaire (PVQ) de Schwartz, adaptada por Herrera y Lens a la población peruana (2003). Dicha versión fue validada en estudiantes peruanos, 965 universitarios y 431 escolares durante el 2002 en la ciudad de Lima.

El cuestionario mide valores individuales y consta de 21 enunciados en una escala de tipo Likert de 6 puntos, en la que los encuestados responden en qué medida consideran que se parecen a la persona descrita en cada ítem. Las opciones de respuesta son: “Se parece mucho a mí”= 6; “Se parece a mí”= 5; “Se parece algo a mí”= 4; “Se parece poco a mí”= 3; “No se parece a mí”= 2; y “No se parece nada a mí”= 1 (Schwartz, 2003).

Con estas puntuaciones se obtienen los diez tipos de valores individuales propuestos por Schwartz, los que a su vez se agrupan en cuatro dimensiones. Los coeficientes de confiabilidad (Alpha de Cronbach) hallados en la presente investigación son los siguientes: Universalismo ($\alpha=.44$), Benevolencia ($\alpha=.45$), Conformidad ($\alpha=.40$), Tradición ($\alpha=.25$), Seguridad ($\alpha=.26$), Poder ($\alpha=.27$), Logro ($\alpha=.52$), Hedonismo ($\alpha=.51$), Estimulación ($\alpha=.43$) y Autodirección ($\alpha=.44$).

Tomando en cuenta los bajos niveles de confiabilidad en algunos de los 10 grupos motivacionales propuestos por Schwartz, se considera pertinente incluir los coeficientes de confiabilidad (Alpha de Cronbach) que se obtienen en las cuatro dimensiones generales que comprenden dichos valores, tales como: Apertura al cambio ($\alpha=.50$), Conservación ($\alpha=.58$), Autopromoción ($\alpha=.64$) y Autotrascendencia ($\alpha=.61$), los cuales sustentan el agrupamiento general que será presentado en esta investigación.

Cabe añadir que, de manera adicional, se incorporaron 10 ítems distintos a los planteados por Schwartz, pero que han sido validados en investigaciones previas en nuestro país (Informe Roper GfK, 2012). No obstante, estos enunciados no forman parte de los indicadores generales asociados a valores por ser ajenos a los grupos motivacionales originales, simplemente serán revisados a modo descriptivo para la presentación de los segmentos hallados.

³ Para cada constructo evaluado, se ha colocado entre paréntesis el número de pregunta que figura en el cuestionario original.

Escala de Valores de Inglehart (EMV): Al igual que en la Encuesta Mundial de Valores, se utilizaron 10 de las preguntas que sirven para generar las dos dimensiones que plantea el autor:

1. **Sobrevivencia-Autoexpresión:** En este continuo se contraponen la preferencia por valores asociados a la seguridad material versus valores más vinculados a la libertad de expresión y la participación. Las puntuaciones en este eje van de 6 a 22, en donde un mayor puntaje significa una mayor preferencia por valores postmaterialistas. Los indicadores que forman parte de este eje son:

- **Índice de Materialismo-Postmaterialismo (V5):** Escala corta que consta de 4 ítems en el que se les pide a los encuestados que elijan las dos funciones más importantes por parte del Gobierno: dos de ellas vinculadas a preferencias por la seguridad física y económica (1= mantener el orden social y 3= combatir la subida de precios); y otras dos relacionadas con valores expresivos (2= generar oportunidades para escuchar a la población y 4= proteger la libertad de expresión).

Los puntajes asignados en esta escala son del 1 al 3, en donde:

- Si se eligen los ítems 1 y 3 (sin importar el orden de preferencia) la persona es calificada como Materialista y recibe un puntaje de 1.
- Si se eligen los ítems 2 y 4 (sin importar el orden de preferencia) la persona es calificada como Postmaterialista y recibe un puntaje de 3.
- Si se elige cualquier otra combinación la persona es calificada como Mixta y recibe un puntaje de 2.
- **Felicidad (V3):** Pregunta única en la que se le pide al entrevistado que diga qué tan feliz se considera, en una escala del 1 al 4 en donde 1= nada feliz, 2= no muy feliz, 3= bastante feliz y 4= muy feliz.
- **Actitud hacia la homosexualidad (TS1):** En este caso, se le pregunta al encuestado qué tan justificable considera que es ser homosexual, en una escala del 1 al 5, donde 1=nunca se justifica y 5=siempre se puede justificar. Dado que la escala de Inglehart es del 1 al 10, se recodificaron los valores de manera proporcional para tener puntajes en el rango original.
- **Firma de una petición (PP2):** Se le pregunta al entrevistado por la realización de esta actividad, que consiste en participar en una recolección de firmas o firmar una solicitud dirigida a alguna autoridad. Se utilizó una escala del 1 al 3 en donde 1= La ha hecho/ la hace, 2= Podría hacerla y 3= Nunca la haría. Estos valores fueron invertidos para el cálculo de la dimensión general.
- **Confianza interpersonal (CI1):** En este caso se le pide al entrevistado que elija entre dos opciones respecto al grado de confianza que se debe tener hacia la gente en general, en donde 1= Se puede confiar en la mayoría de personas y 2= No se puede confiar en la mayoría de personas. Al igual que en el indicador anterior, los valores fueron invertidos para el cálculo de la dimensión general.

2. **Tradicional- Racional Secular:** Esta dimensión fue creada originalmente para analizar el paso de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas. Combina actitudes hacia la religión, la familia, el país y hacia la autoridad en general. Las puntuaciones en este eje van de 3 a 29, en donde un mayor puntaje significa una mayor preferencia por valores asociados a la secularidad. Los indicadores que forman parte de este eje son:

- **Índice de Autonomía en los niños (V1):** Se le presenta al encuestado una lista con 10 cualidades que se pueden desarrollar en los niños en casa y se le pide que escoja hasta cinco de ellas que el entrevistado considere importantes en la crianza de los niños. El cálculo del indicador se obtiene de la diferencia entre valores como la Independencia (+1) y la Perseverancia (+1); menos valores como la Obediencia (-1) y la Fe religiosa (-1). Este índice se ubica en el rango de -2 a +2, en donde un menor puntaje representa una mayor preferencia por valores religiosos y tradicionales.
- **Importancia de Dios (V2):** Pregunta única en la que se le pide al entrevistado que diga qué tan importante considera que es Dios en su vida, en una escala del 1 al 10 en donde 1= nada importante y 10= muy importante. Para el cálculo de la dimensión general los puntajes fueron invertidos.
- **Actitud hacia el aborto (TS1):** En este caso, se le pregunta al encuestado qué tan justificable considera que es el aborto, en una escala del 1 al 5, donde 1=nunca se justifica y 5=siempre se puede justificar. Dado que la escala de Inglehart es del 1 al 10, se recodificaron los valores de manera proporcional para tener puntajes en el rango original.
- **Orgullo nacional (ORG1):** Pregunta única en la que se le pide al entrevistado que diga qué tan orgulloso se siente de ser peruano, en una escala del 1 al 4 en donde 1= nada orgulloso, 2= poco orgulloso, 3= algo orgulloso y 4= muy orgulloso. Para el cálculo de la dimensión general los puntajes fueron invertidos.
- **Actitud hacia la autoridad (CS2):** Se le pregunta al entrevistado por su percepción frente a cambios que se pueden dar en un futuro, como el que haya un mayor respeto por la autoridad. Se utilizó una escala del 1 al 3 en donde 1= Sería algo malo, 2= No le importa y 3=Sería algo bueno. Estos valores fueron invertidos para el cálculo de la dimensión general.

Confianza interpersonal (CI2): Se le define como un recurso social fundamental para la consolidación de una cultura cívica. La confianza interpersonal puede asociarse a personas que se conocen entre sí (confianza particularizada) o entre extraños (confianza generalizada) (Medina, 2005). Para evaluar ambos aspectos de la confianza interpersonal se incluyeron dos ítems en los que se le pregunta al encuestado qué tanto confía en la gente de Lima (generalizada) y qué tanto en la gente de su comunidad o vecindario (particularizada), en una escala del 1 al 4 en donde 1= Nada confiable, 2= Poco confiable, 3= Algo confiable y 4=Muy confiable.

Se construyó un indicador de confianza interpersonal que consiste en el puntaje promedio de ambos ítems. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) hallado para ambos ítems como formas de evaluar la confianza interpersonal es de $\alpha=.64$.

Racismo (RAC1, RAC2): Dada su prevalencia en el país y la valoración de la “blancura” como fuente de inequidad social y económica, se consideró pertinente evaluar este constructo. Para ello, se incluyó un primer ítem en el que se le pregunta al encuestado qué tan de acuerdo se encuentra con la frase: “En el Perú hay racismo”, en una escala del 1 al 5 en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

Adicionalmente, se le preguntó al encuestado si alguna vez se ha sentido discriminado por su nivel socioeconómico, nivel educativo, color de piel/raza, creencias políticas, por ser provinciano o si nunca se ha sentido discriminado por alguna de estas condiciones. Para fines analíticos, esta escala se recodifica quedando únicamente dos grupos: las personas que señalan haber sido discriminadas por al menos uno de estos motivos y los que nunca se han sentido víctimas de la discriminación.

Igualdad/ Desigualdad ante la ley (NC2): Para fines de esta investigación, esta variable fue medida con dos ítems independientes que dan cuenta del nivel de desigualdad percibido por parte de los ciudadanos, en temas concretos como la igualdad frente a la ley y la falta de cumplimiento de las normas por parte de las autoridades. En ambos casos, se utilizó una escala del 1 al 5, en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

Percepción de incumplimiento de normas (NC1): En línea con lo anterior, se intentó abordar la percepción de incumplimiento de las normas por parte de la población en nuestro país. De esta manera, se preguntó por la frecuencia con la que comúnmente los ciudadanos realizan alguna de las siguientes cinco actividades: comprar artículos robados, aceptar un soborno o “coima, meterse en una cola cuando se está apurado y nadie lo ve, sacar la basura a la calle en cualquier momento si el carro de la basura no tiene horarios fijos y no pagar impuestos. La escala de respuesta consta de 5 puntos, en donde 1= Nunca, 2= Rara vez, 3= Algunas veces, 4= Casi siempre y 5= Siempre.

Se construyó un indicador de percepción de incumplimiento de las normas. Se realizó una suma simple de todos los ítems descritos y luego se obtuvo el promedio general. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems que conforman esta batería es de $\alpha=.90$.

Actitudes hacia el cambio social (CS1): Las reacciones frente a posibles cambios en la sociedad fueron evaluadas a través de una pregunta única, en la que se les pidió a los encuestados su opinión sobre la sociedad en la que viven. Las opciones de respuesta fueron: 1=Está bien como está, 2=Puede mejorarse con pequeños cambios, 3=Necesita reformas profundas, 4=Debe cambiarse radicalmente con una acción revolucionaria y 5=Debe cambiarse radicalmente con un golpe de Estado.

Tolerancia política (TP1): Entendida como el respeto de los ciudadanos hacia los derechos políticos de los demás, en especial de aquellos con quienes no se está de acuerdo (Seligson, 2000). Consta de una batería de 4 ítems que abordan el grado de acuerdo con que personas que siempre hablan mal de la forma de gobierno de Perú, realicen una serie de actividades políticas; tales como ejercer su derecho al voto, participar en manifestaciones pacíficas, postularse a cargos públicos y salir en televisión para dar un discurso. Esta batería ha sido validada por LAPOP durante los últimos años en nuestro país (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012). Comprende una escala del 1 al 5 en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

Con estos datos, se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de tolerancia política. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems que conforman esta batería es de $\alpha=.73$.

Autopercepción ideológica (IPO1, IPO2, IPO3): Mayormente conocida como la posición ideológica política auto percibida por el ciudadano, dentro de un continuo que va de izquierda a derecha. Para medir este binomio se utiliza una escala del 1 al 10, en la que se le pide al encuestado que manifieste en qué posición del continuo se ubicaría, considerando que 1 es Izquierda y 10 es Derecha (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012).

Para esta investigación, se incluyeron de manera adicional dos preguntas en las que se les pidió a los encuestados que describan de manera asistida qué significa para ellos ser de Izquierda y ser de Derecha, siempre en términos políticos.

Eficacia Política (EP1, EP2, códigos 2 y 4): Es la capacidad auto percibida de poder influir en asuntos políticos. La escala seleccionada fue la de Durand y Smith (1996), cuyos ítems recogen los sentimientos asociados a la competencia subjetiva en el plano político, tanto hacia el gobierno central como hacia el gobierno local (orientada a la municipalidad del distrito en el que vive el participante). Comprende una escala del 1 al 5, en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

Con estos datos, se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de eficacia política. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) para esta batería es $\alpha=.63$.

Entendimiento Político (EP1, EP2, códigos 1 y 3): Es la autopercepción de la capacidad para entender lo que ocurre en el gobierno local o nacional. Para medirla se utilizó la escala de Durand y Smith (1996). Se evalúa con relación al gobierno central y al gobierno local (orientada a la municipalidad del distrito en el que vive el participante). Comprende una escala del 1 al 5 en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

Con estos datos, se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de Entendimiento Político. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) para esta batería es $\alpha=.72$.

Interés en la política (INT1, INT2, INT3): Se refiere al grado de motivación por la política que tienen los ciudadanos. Para medirla se utilizó la escala de LAPOP (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012), compuesta por 4 puntos: 1= Nada de interés, 2= Poco interés, 3= Algo de interés y 4= Mucho interés.

Adicionalmente, se preguntó por el nivel de interés hacia seis aspectos específicos en nuestro país: la salud, la educación, lo que ocurre en los partidos políticos, lo que ocurre en el Congreso, lo que ocurre en su distrito y lo que ocurre en su vecindario; a través de una escala del 1 al 4, en donde 1= Nada de interés, 2= Poco interés, 3= Algo de interés y 4= Mucho interés.

La literatura revisada (Almond y Verba, 1970) nos permite plantear el agrupamiento de estos seis ítems en solo tres aspectos: Interés por temas del output (salud y educación), interés por temas del input (lo que ocurre en los partidos políticos y en el Congreso) e interés en asuntos locales (lo que ocurre en el distrito y vecindario). Las correlaciones obtenidas en esta investigación entre los ítems correspondientes a cada uno de estos tres aspectos son buenas, todas mayores a .60, por lo que se consideró pertinente utilizar esta clasificación y generar tres indicadores.

Así, se consideró un indicador de actitudes hacia el output, otro de actitudes hacia el input y otro de interés en asuntos locales. Para cada caso se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de interés hacia el output, interés hacia el input e interés en asuntos locales. Los coeficientes de confiabilidad (Alpha de Cronbach) obtenidos fueron $\alpha=.76$, $\alpha=.80$ y $\alpha=.78$; respectivamente.

Finalmente, se incluyeron dos ítems que buscaban medir el nivel de interés político puntual que caracteriza a los ciudadanos limeños. A través de una escala de acuerdo de 5 puntos, en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo; se evaluaron las siguientes afirmaciones: “la política me interesa solo cuando hay elecciones” y “la política me interesa solo cuando afecta temas que me tocan personalmente”. Ambos ítems se trabajaron de manera individual.

Conocimiento político (CON1): Es el conjunto de información del que disponen los ciudadanos en materia política. Para medirlo se utilizó una batería de preguntas utilizada en Latinobarómetro, compuesta por 3 variables: Política nacional, política internacional y geografía. En el primer caso se les pidió a los encuestados que mencionen quién es el actual Presidente del Consejo de Ministros y cuánto tiempo dura el periodo presidencial. Para evaluar el conocimiento político internacional se le pidió que mencione el nombre del Presidente de Estados Unidos. Finalmente, un último indicador es que responda correctamente cuántos departamentos o regiones tiene Perú. Para las cuatro preguntas se

utilizó una escala de 3 puntos, en donde 1= Respuesta correcta, 2= Respuesta incorrecta, 3= No sabe/ no precisa la respuesta. Para fines analíticos, se realizó una recodificación en la que se le asignó un puntaje de 10 puntos a cada respuesta correcta, y un puntaje de 1 para cada respuesta incorrecta o no precisa.

Con estos datos, se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de conocimiento político. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) para esta batería es $\alpha=.59$.

Exposición a fuentes de información política (MED1, MED2): Para medir la frecuencia de uso de medios de comunicación con fines políticos, se utilizó una escala del 1 al 5 en donde, 1= Nunca, 2= Rara vez, 3= Algunas veces, 4= Casi siempre y 5= Siempre. Se evaluó la exposición a las siguientes fuentes: escuchar noticias por la radio sobre política, mirar noticias en la TV sobre política, leer noticias en los periódicos sobre política, leer o escuchar noticias vía internet sobre política y conversar con amigos y/o familiares sobre política.

Con estos datos, se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de consumo de información política. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems que conforman esta batería es $\alpha=.75$.

Cabe añadir que para fines analíticos y comparativos se incluyó esta misma escala de frecuencia de uso de medios pero de manera general, en donde se evaluó la exposición a las mismas fuentes sin que se especifique el contenido político, sino únicamente la frecuencia con la que: se escucha la radio por música o cualquier programa, se mira televisión, se lee periódicos y se usa internet. Con estos datos, se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de consumo de información. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems que conforman esta batería es $\alpha=.37$.

El objetivo responde a la obtención de un ratio que determine cuántas de las personas que usan determinado medio de modo general, también lo utilizan para informarse de temas políticos.

Por otro lado, en relación con esta variable, se incorporó un ítem independiente que es utilizado únicamente con fines descriptivos: “Informarse de lo que ocurre es imposible, porque todos los medios de comunicación mienten y tienen posturas interesadas”. Se midió a través de una escala de acuerdo de 5 puntos, en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

Asociacionismo voluntario (ASO1- ASO8): Entendido como la participación ciudadana en organizaciones de ámbito social y en menor medida, del sector político. Esta participación considera la pertenencia a grupos de acción comunitaria, agrupaciones profesionales, partidos políticos, hermandades y grupos religiosos, movimientos de

derechos humanos, voluntariados, asociaciones de padres de familia y grupos deportivos, entre otros que serán más detallados a continuación.

En un primer momento se les preguntó a los encuestados de manera general con qué frecuencia se han juntado con otras personas para resolver algún problema de interés común o para resolver problemas del barrio con sus vecinos (ASO1). Se utilizó una escala del 1 al 4, en donde 1= Nunca, 2= Una o dos veces al año, 3=Una o dos veces al mes y 4= Una vez a la semana. Asimismo, a todos los que mencionaron haberse juntado al menos una o dos veces al año, se les preguntó por el grado de dificultad con esta experiencia de trabajo conjunto (ASO2); en una escala del 1 al 5, en donde 1= Muy fácil, 2= Fácil, 3= Algunas veces, 4= Casi siempre y 5= Siempre.

Nuevamente a todos los encuestados, se les preguntó de manera específica por su pertenencia a 16 organizaciones características en la ciudad de Lima (ASO3):

- Asociación de padres de familia del colegio (APAFA)
- Asociación deportiva (club de futbol, vóley, etc.)
- Hermandades patronales (ej. Señor de los Milagros).
- Grupos parroquiales o religiosos.
- Agrupación cultural o artística.
- Agrupación de protección al medio ambiente.
- Asociación de protección a los animales.
- Organizaciones de apoyo social como el Vaso de Leche, comedores populares u otros.
- Sindicatos o agrupaciones profesionales.
- Partidos políticos/ agrupaciones políticas.
- Voluntariados.
- Juntas vecinales o comité de la comunidad.
- Juntas de ahorro.
- Comités vecinales de vigilancia.
- Clubes o asociaciones de provincianos.
- Grupos de amigos para hacer skate, bailar hip hop, etc.

En caso de que la persona no pertenezca a ninguna de estas organizaciones, se le asignaba el código: Ninguna/ No pertenencia. Para fines analíticos, se consideraron dos grupos respecto a esta variable: 1= Quienes no pertenecen a ninguna asociación y 2= Quienes pertenecen a al menos una de estas asociaciones.

De manera adicional, se incorporaron preguntas que ayudan a comprender el fenómeno del asociacionismo, y que fueron aplicadas para quienes pertenecían a alguna de las asociaciones listadas. Por ejemplo, variables como:

1. *La frecuencia de asistencia a las reuniones de cada asociación a la que pertenece* (ASO4), con una escala del 1 al 4 en donde 1= Una vez a la semana o más, 2= Una o dos veces al mes, 3= Una o dos veces al año, y 4= Nunca. Para

finés analíticos la pregunta fue recodificada de la siguiente manera, considerando una escala del 1 al 5, en donde: 1=No pertenece a ninguna asociación, 2=Nunca asiste a reuniones, 3=Asiste una o dos veces al año, 4=Asiste una o dos veces al mes y 5=Asiste una vez a la semana o más.

2. *El rol que cumple el encuestado en cada asociación a la que pertenece (ASO5)*, con una escala de dos puntos, en donde 1= Cumple el rol de asistente/miembro y 2= Cumple un rol directivo en la asociación.

Para fines analíticos la pregunta fue recodificada de la siguiente manera, considerando una escala del 1 al 3, en donde: 1=No pertenece a ninguna asociación, 2=Cumple el rol de asistente/miembro y 3= Cumple un rol directivo en la asociación. Cuando el encuestado cumple diferentes roles en más de una asociación, el criterio utilizado para calificarlo como un participante activo es que, en al menos una de las asociaciones a las que pertenece, ocupe un rol directivo. De lo contrario se le califica como un participante pasivo.

3. *El tipo de dirección de cada asociación a la que pertenece (ASO6)*, con una escala de dos puntos, en donde 1= La organización funciona de manera democrática y 2= La asociación funciona de manera vertical.

Para fines analíticos la pregunta fue recodificada de la siguiente manera, considerando una escala del 1 al 3, en donde: 1=No pertenece a ninguna asociación, 2= La organización funciona de manera democrática y 3= La asociación funciona de manera vertical y 4= Algunas de las asociaciones a la que pertenece funcionan de manera democrática y en otros casos de manera vertical (Mixta).

4. *El tipo de vinculación de cada asociación a la que pertenece con otras asociaciones (ASO7)*, con una escala de 3 puntos, en donde 1= Su asociación está en contacto con otras asociaciones, 2= Su asociación está en contacto con el municipio o el gobierno y 3= Su asociación funciona por sí sola.

Para fines analíticos la pregunta fue recodificada de la siguiente manera, considerando una escala del 1 al 4, en donde: 1=No pertenece a ninguna asociación, 2= Su asociación está en contacto con otras asociaciones o con el municipio/ gobierno, 3= Su asociación funciona por sí sola y 4= Algunas de las asociaciones a la que pertenece funcionan con otras asociaciones y en otros casos funcionan solas (Mixtas). Este agrupamiento recoge la posición de Putnam, quien consideraba que asociaciones que funcionan de manera conjunta hacían uso de un capital social caracterizado por el Bridging, mientras que aquellas que trabajan de manera solitaria representan una relación más de Bonding.

5. Además, en función al tipo de organización(es) al que pertenecía el encuestado, se elaboró una clasificación en donde se recogieron:
- 1= No pertenece a ninguna asociación;
 - 2= Pertenece a alguna organización de tipo funcional (APAFA, Organizaciones de apoyo social como Vasos de Leche y comedores populares, sindicatos o agrupaciones profesionales, juntas vecinales, juntas de ahorro y comités de vigilancia);
 - 3= Pertenece a alguna organización de tipo expresiva (Asociaciones deportivas, hermandades patronales, agrupaciones culturales, protección de animales, voluntariados, clubes de provincianos y grupos artísticos);
 - 4= Pertenece a alguna organización de tipo religiosa (Grupos parroquiales y religiosos);
 - 5= Pertenece a alguna organización de tipo política (Partidos y agrupaciones políticas); y
 - 6= Pertenece a organizaciones de diferentes tipos (Mixta).

Como última pregunta del bloque, se preguntó a todos los encuestados por una pertenencia previa (pasada) a alguna de estas organizaciones (ASO8).

Cooperación cívica (CCIV1): En cuanto a la medición de esta variable, definida por Almond y Verba (1970) como la disposición a buscar el apoyo de otros para influir en asuntos políticos, la pregunta que se utilizó para esta investigación fue de tipo dicotómica, en la que se les pidió que elijan la afirmación que más se ajustaba a su forma de pensar: ¿diría usted que la mayor parte de la gente está dispuesta a ayudar (1) o que casi todos piensan solo en sí mismos (2)? Este ítem únicamente es utilizado a modo descriptivo y no forma parte de ningún indicador.

Identificación y afiliación partidaria (PPOL2, PPOL3, PPOL4, PPOL5, PPOL6, PPOL7): La identificación con un partido político corresponde a una de las orientaciones centrales en la vida política de los ciudadanos (Murga, 2012). Para medir esta variable se les preguntó a los encuestados tanto si simpatizaban con algún partido político en particular, como su afinidad con algún líder político en especial. En ambos casos se les preguntó con qué partido o con qué líder simpatizaban más y el nivel de simpatía que manifestaban hacia los mismos, con una escala del 1 al 5 en donde 1= Simpatía muy débil, 2= Simpatía débil, 3= Simpatía ni débil ni fuerte, 4= Simpatía fuerte y 5= Simpatía muy fuerte. Esta actitud partidaria se basa en la escala planteada por la Encuesta Social Europea (2003), en donde todas estas preguntas fueron consideradas.

Para fines analíticos, las preguntas fueron recodificadas de la siguiente manera, a fin de tener un indicador de simpatía política partidaria y de simpatía política con un líder político. Se utilizó una escala del 1 al 5, en donde: 1=No simpatiza con ningún partido/ líder, 2=Simpatía muy débil/ débil hacia un partido/ líder, 3= Simpatía ni débil ni fuerte hacia un partido/ líder, 4= Simpatía fuerte hacia un partido/ líder y 5= Simpatía muy fuerte hacia un partido/ líder.

Por otro lado, se les preguntó a los encuestados de manera espontánea por las cualidades ideales en un candidato a la presidencia del país (ACT1), así como las razones que los harían inscribirse y participar de una manera más activa en un partido político (PPOL1).

Y a modo de control, también se registró en este bloque el nombre del candidato por el que votó en las últimas elecciones municipales (PPOL8) y las razones principales que orientaron su voto (PPOL9).

Finalmente, se consideraron algunos ítems que de manera individual explican algunas actitudes relacionadas a los partidos políticos (PPOL12). A través de una escala del 1 al 5 en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo; se consignaron las evaluaciones de los siguientes ítems: “para gobernar un presidente no necesita de partidos, suficiente con hacer una buena campaña para ganar las elecciones”; “un presidente puede hacer un buen gobierno con él al mando y un buen grupo de técnicos”; “prefiero un candidato que robe y que por lo menos haga obras, a uno honrado pero ineficiente”; “si los partidos políticos tuvieran procesos más democráticos sí podría pensar en participar en uno de ellos”; y “los partidos políticos actuales representan bien a sus votantes”.

Participación política partidaria (PP3, códigos 1, 2 y 3): Definida como una serie de actividades, formales e informales, realizadas por los ciudadanos para influir de alguna manera en el gobierno, sus funcionarios y/o sus políticas. Se le reconoce como un elemento fundamental para la democracia.

Consta de una batería de 3 ítems que miden dicha participación; tales como: la asistencia a mítines políticos durante campañas electorales, la asistencia a reuniones de partidos políticos y si se trabaja para algún candidato o partido político en campañas electorales. Esta batería es una adaptación de las escalas de Durand y Smith (1996) y Morán y Benedicto (1995). Comprende una escala de 5 puntos, en donde 1= Nunca, 2= Rara vez, 3= Algunas veces, 4= Casi siempre y 5= Siempre.

Con estos datos, se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de participación política partidaria. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems que conforman esta batería es de $\alpha=.83$.

De manera adicional, se preguntó por los sentimientos asociados al acto de votación (PP1) (GfK; 2013, 2014). En este caso se utilizó una escala de 4 puntos, en donde 1= Satisfacción porque ejerzo mi derecho a votar, 2= Lo hago porque es mi deber y no quiero pagar la multa, 3= Molestia, es una pérdida de tiempo, y 4= Nada en particular.

Participación cívica (PP3): Aquí se mide la participación en aquellas actividades no necesariamente políticas, pero que responden a un interés por reformas o cambios en el entorno social. Muchos autores consideran que una participación cívica considerable augura una buena base para la participación política tradicional, he allí la importancia de considerarla como parte de los indicadores de cultura política.

Se compone de una batería de 7 ítems: participa en una recolección de firmas o firma de una petición; se pone en contacto con un político o autoridad estatal; avisa al periódico, la radio o TV acerca de algún problema local; avisa a la policía o a un juzgado acerca de algún problema local; participa en una marcha autorizada; participa en acciones ilegales de protesta y asiste a reuniones vecinales de su distrito.

Esta batería es una adaptación de las escalas de Durand y Smith (1996) y Morán y Benedicto (1995). Comprende al igual que la participación política una escala de 5 puntos, en donde 1= Nunca, 2= Rara vez, 3= Algunas veces, 4= Casi siempre y 5= Siempre.

Con estos datos, se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de participación cívica. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems que conforman esta batería es de $\alpha=.71$.

Actitudes hacia la participación cívica (PP4, códigos 1, 2, y 3): Para medir esta variable, que comprende aquellas actitudes que se tienen hacia la participación tanto cívica como política de otras personas, se utilizó la batería de 3 ítems validada por LAPOP durante los últimos años en nuestro país (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012). Esta comprende una escala del 1 al 5 en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

Los ítems correspondientes son: “que las personas participen en manifestaciones permitidas por la ley”; “que las personas participen en un grupo para tratar de resolver los problemas de las comunidades” y “que las personas trabajen en campañas electorales para un partido político o candidato”.

Con estos datos, se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de actitudes hacia la participación cívica. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems que conforman esta batería es de $\alpha=.67$.

Actitudes hacia la protesta social y política (PP4, códigos 4 y 5): En este caso, se especifica una forma de participación vinculada a la protesta. Se utilizaron 2 ítems validados por LAPOP (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012). Consta de una escala del 1 al 5 en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

Los ítems correspondientes para esta variable son: “que las personas participen en un bloqueo de calles o carreteras como forma de protesta”; y “que las personas trabajen en campañas electorales para un partido político o candidato”.

Con ambos datos, se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de actitudes hacia la protesta social y política. El

coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems es de $\alpha=.73$.

La concepción de la democracia (DEM1): Se compone de una pregunta única en la que se le pide al encuestado que, de manera asistida, mencione qué significa la democracia para él. A través de una escala de respuesta múltiple, validada por Murakami (2000), las opciones a elegir recogen aspectos como: la libertad (de prensa, de participación, poder organizarse, escoger autoridades y protestar); la igualdad (de oportunidades, frente a la ley); el respeto de las leyes y derechos; el bienestar económico y social; entre otros temas.

Satisfacción con la democracia (DEM2): Incluye un único ítem validado por LAPOP (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012), en el que se le pregunta al encuestado qué tan satisfecho se encuentra con el desempeño de la democracia en nuestro país, en una escala del 1 al 5 en donde 1= Totalmente insatisfecho, 2= Insatisfecho, 3= Ni satisfecho ni insatisfecho, 4= Satisfecho y 5= Totalmente satisfecho.

Apoyo a la democracia (AUT1): Se mide a través de una pregunta en la que se evalúa la preferencia de la democracia frente a cualquier otro sistema político (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012). El encuestado debe elegir la afirmación con la que se sienta más identificado: 1= A la gente como yo, lo mismo le da un régimen democrático que uno no democrático; 2= La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno y 3= En algunas circunstancias, un gobierno autoritario puede ser preferible a uno democrático.

A modo de control, como ítem independiente, se consideró la afirmación: “Puede que la democracia tenga problemas, pero es mejor que cualquier otra forma de gobierno”. En este caso se utilizó una escala del 1 al 5 en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

Eficacia percibida de la democracia (DEM3): En este caso, con el fin de medir todas las actitudes positivas hacia la democracia como régimen, se utilizó la pregunta de Murakami (2000), en la que se le pide al encuestado que mencione con cuál de las siguientes afirmaciones se siente más de acuerdo: 1= Nuestra democracia funciona bien; 2= nuestra democracia tiene pequeños problemas, pero funciona bien; 3= nuestra democracia tiene grandes problemas pero funciona, a pesar de todo; 4= nuestra democracia funciona cada vez peor, y de seguir así, no funcionará en absoluto; y 5= no tenemos una democracia.

Para fines analíticos, se invirtieron los puntajes de esta escala, de tal forma de que a mayor puntaje, mejor sea la percepción de eficacia de la democracia en nuestro país.

Actitudes antidemocráticas (DEM4): Para medir esta variable, que comprende aquellas actitudes que priorizan algunos otros aspectos frente a la democracia churchilliana, se utilizó una batería de 10 ítems adaptada de algunos indicadores considerados por LAPOP durante los últimos años en nuestro país (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012).

Esta consta de una escala del 1 al 5 en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

Los 10 ítems considerados fueron: “el desarrollo económico es más importante que la democracia”; “la democracia puede funcionar sin partidos políticos”; “la democracia puede funcionar sin Congreso”; “el Presidente puede ir más allá de las leyes si el país tiene dificultades”; “el Presidente de la República debe controlar los medios de comunicación, si el país está pasando por una situación difícil”; “la democracia no es necesaria para lograr el desarrollo”; “la democracia puede funcionar sin Poder Judicial”; “el pueblo debe gobernar directamente y no a través de los representantes electos” y “la democracia solo se justifica si la gente como yo puede prosperar”.

Con estos datos, se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de actitudes anti democráticas. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems que conforman esta batería es de $\alpha=.79$.

Finalmente, como ítem independiente, se consideró la afirmación: “En este país se necesita mano dura para gobernar”, para el cual se utilizó una escala del 1 al 5, en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

Justificación de golpes militares (AUT2): Una forma de medir el apoyo a los golpes militares se asocia a la justificación de los mismos, especialmente ante situaciones extremas y contextos de crisis. LAPOP evalúa la disposición de los ciudadanos a apoyar este tipo de medida bajo tres condiciones distintas: frente a un desempleo muy alto, frente a mucha delincuencia y frente a mucha corrupción (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012). Para esta investigación se incluyó un contexto adicional: frente a la subida de precios.

En todos los casos se utilizó una escala dicotómica en donde 1= Sí se justificaría que los militares tomen el poder por un Golpe de Estado, y 2= No se justificaría que los militares tomen el poder por un Golpe de Estado.

Para fines analíticos, la escala fue recodificada de tal forma que a todos aquellos que mencionaron que justificarían un golpe militar en al menos una de las circunstancias presentadas, se les asignó el código 1 (se justifica golpe militar); mientras que todos los que se negaron a cualquier tipo de intervención militar obtuvieron el código 2 (No se justifica golpe militar)

Valoración de la eficacia de gobiernos democráticos y militares frente a contextos de crisis (AUT3): Un aspecto importante que se tomó en cuenta para esta investigación es la percepción ciudadana de eficacia por tipo de régimen frente a la resolución de los principales problemas del país (Murakami, 2000). De manera previa, se le aclaraba al encuestado que sus respuestas podían ser independientes a su opinión personal,

simplemente se quería lograr un acercamiento a dicha percepción de eficacia gubernamental.

La pregunta textual fue: ¿qué tipo de gobierno cree que es el más capaz de resolver los siguientes problemas que tiene el Perú? ¿Un gobierno autoritario por golpe de Estado (1), un gobierno demócrata pero con mano dura (2) o un gobierno demócrata con participación de todos (3)?

Las situaciones presentadas fueron: “la mala administración estatal/burocracia”; “los bajos sueldos”; “la corrupción”; “el desempleo”; “la desigualdad”; “la baja calidad del sistema de justicia”; “la pobreza”; “la baja calidad de la educación/ salud”, “el terrorismo” y “la delincuencia”. Para cada una de ellas, el encuestado debía elegir el tipo de gobierno que creía el más eficaz de resolver dicho problema.

Percepción sobre las autoridades que gobiernan el país (DEM5): Como ítem independiente, se consideró la pregunta dicotómica: “¿diría usted que el país está gobernado por unos cuantos grupos poderosos que buscan su propio beneficio (1) o que está gobernado para bien de todo el pueblo (2)? Todos los encuestados deberían seleccionar solo una de estas opciones.

Evaluación de los actores e instituciones democráticas (ACT2, ACT3, ACT4, ROL1): LAPOP realiza estas evaluaciones generales para los principales actores e instituciones democráticas de nuestro país (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012). Utilizan una escala del 1 al 5, en donde 1= Muy mal, 2= Mal, 3= Regular, 4= Bien y 5= Muy bien. Los agentes políticos evaluados fueron: el Congreso Nacional de la República, el Poder Judicial, los partidos políticos peruanos y el Presidente de Perú.

Para el caso particular de los funcionarios públicos (ACT5), se utilizó una batería con dos ítems, considerando una escala del 1 al 5, en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo. Los ítems fueron: “los funcionarios están dispuestos a atender a la gente” y “los funcionarios son eficaces en su trabajo”. Con estos datos se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de evaluación general de los funcionarios públicos. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems que conforman esta batería es de $\alpha=.74$.

De manera adicional, en relación con los partidos políticos, se profundizó en uno de los fenómenos sociales que más ha caracterizado su labor durante los últimos años: el clientelismo de campaña (Muñoz, 2013). Este último es definido como el uso de favores y/o regalos por parte de los candidatos políticos hacia la población general, con el fin de generar en ellos una clientela política que los apoye durante la campaña electoral, ya sea a través de firmas, presencia en mítines y en última instancia, su voto durante la respectiva elección.

Para medir esta variable, también se consideraron dos preguntas planteadas por LAPOP (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012). La primera (CLI1) es si algún candidato a alguien de un partido político le ofreció algún favor, comida o alguna cosa a cambio de que el encuestado lo apoye yendo a una manifestación, pidiendo que firme algo o que vote por él. A través de una escala de 1 al 5, en donde 1= Nunca, 2= Rara vez, 3= Algunas veces, 4= Casi siempre y 5= Siempre; el encuestado era capaz de expresar la frecuencia de ocurrencia de dicho fenómeno a lo largo de las últimas campañas electorales. Cuando esta conducta se había realizado en alguna oportunidad, el encuestado debía señalar si la última vez que ello le ocurrió, lo que le ofrecieron le hizo estar más inclinado o menos inclinado a votar por el candidato o partido político que le ofreció ese bien (CLI2); ello a través de una escala de 3 puntos, en donde 1= Lo hizo estar menos inclinado, 2= Ni más ni menos inclinado, 3= Lo hizo estar más inclinado.

Juicios sobre la labor del gobierno (CRP1, CRP2, VIC1, VIC2): La evaluación de los resultados de la acción gubernamental se miden específicamente en aspectos como la corrupción y la seguridad ciudadana en nuestro país. Esto de acuerdo a lo planteado por Almond y Verba (1970) quienes señalaban que estos configuran el output o el resultado de la gobernabilidad de cada régimen.

En el primer caso, para medir la percepción de corrupción dentro del sector público se utilizó la pregunta de LAPOP (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012), con una escala del 1 al 4, en donde 1= No hay corrupción, 2= Hay poca corrupción, 3= Hay algo de corrupción y 4= Hay mucha corrupción. De manera adicional, se incorporó una pregunta planteada por Díaz Albertini (2010), en la que se explora la frecuencia de victimización correspondiente a actos de corrupción. La interrogante fue: En el último año, ¿ha tenido usted que pagar algún tipo de coima o soborno en alguno de estos casos o con alguna de estas autoridades? Se le presentó al encuestado un listado de funcionarios (del gobierno, del municipio de Lima, del municipio de su distrito); agentes de seguridad (policías, militares); escuelas/ colegios públicos; tribunales de justicia (secretarios de juzgado); entre otros.

En cuanto a la percepción de seguridad ciudadana, se utilizó nuevamente la pregunta de LAPOP (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012), en la que se le pide al encuestado que manifieste en función al lugar o el barrio donde vive, y pensando en la posibilidad de ser víctima de un asalto o robo, qué tan seguro se siente con ello. Para ello se contó con una escala del 1 al 4, en donde 1= Nada seguro, 2= Poco seguro, 3= Algo seguro y 4= Muy seguro. Y como un segundo indicador independiente, se preguntó por el grado de acuerdo con la siguiente afirmación: “La mejor medida para enfrentar la delincuencia es hacer leyes más duras”. Esta pregunta consta de una escala del 1 al 5, en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

Confianza institucional (GOB1): Para medir el grado de confianza hacia las instituciones, se utilizó la pregunta planteada en la última Encuesta Mundial de Valores, en la que se le pide al entrevistado que para cada institución, señale qué tanto confía en

la misma, a través de una escala del 1 al 4, en donde 1= No confía, 2= Confía poco, 3= Confía algo y 4= Confía mucho.

Se evaluaron 12 instituciones, las más representativas en nuestro país, validadas en la investigación de Díaz Albertini (2010). Con estos datos, se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de indicador de confianza institucional general. El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems que conforman esta batería es de $\alpha=.85$.

Además, se generaron agrupamientos por tipo de institución. De esta manera, se obtienen indicadores adicionales para cada una de estas clasificaciones:

- Confianza hacia el gobierno central (Gobierno, Congreso y Poder Judicial)
- Confianza hacia los partidos políticos (Partidos y líderes políticos)
- Confianza hacia el gobierno local (Municipalidad de Lima y municipalidad del distrito)
- Confianza hacia instituciones expresivas (Medios de comunicación y Defensoría del Pueblo)
- Confianza hacia instituciones del output (Policía Nacional y Fuerzas Armadas).
- Confianza en la Iglesia

Las correlaciones obtenidas en esta investigación entre los ítems correspondientes a cada uno de estos seis grupos son buenas, todas mayores a .50, por lo que se consideró pertinente utilizar esta clasificación, a través de las sumas simples en estos indicadores.

Satisfacción con la gestión del gobierno (ROL3): De acuerdo con las encuestas realizadas por GfK (2013, 2014), es posible medir la satisfacción con el desempeño del gobierno en aspectos específicos. Para ello, se le pide al encuestado que teniendo en cuenta la situación actual del país, defina qué tan satisfecho se encuentra con cómo el gobierno actual está gestionando cada aspecto, considerando una escala del 1 al 5, en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

El coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems (10) que conforman esta batería es de $\alpha=.85$. Por ello es posible generar un indicador conjunto de Satisfacción con la gestión del Estado.

De manera adicional, los 10 aspectos han sido clasificados en función al tipo de problemática que abordan:

- Satisfacción con la gestión de aspectos sociales (Lucha contra la pobreza, la mejora de la seguridad ciudadana, la calidad de los servicios médicos y de salud públicos, la calidad de las escuelas públicas, el funcionamiento del Poder Judicial y el funcionamiento de la Policía).
- Satisfacción con la gestión de aspectos políticos (La defensa de la democracia y la lucha contra la corrupción).

- Satisfacción con la gestión de aspectos económicos (Lucha contra el desempleo y el manejo de la economía).

Las correlaciones obtenidas en esta investigación entre los ítems correspondientes a cada uno de estos tres grupos son aceptables, todas entre 0.30 y .50, por lo que se consideró pertinente utilizar esta clasificación y generar tres indicadores.

Así, se consideró un indicador de satisfacción con la gestión de aspectos sociales, otro de satisfacción con la gestión de aspectos políticos y otro de satisfacción con la gestión de aspectos económicos. Para cada caso se generó una suma de puntajes de las variables descritas y se tomó el promedio de esta suma como indicador de satisfacción con la gestión de aspectos sociales, otro de satisfacción con la gestión de aspectos políticos y otro de satisfacción con la gestión de aspectos económicos. Los coeficientes de confiabilidad (Alpha de Cronbach) obtenidos fueron $\alpha=.77$, $\alpha=.57$ y $\alpha=.66$; respectivamente.

Actitudes hacia el rol del Estado (ROL2): Los peruanos se caracterizan por una actitud ambivalente, en donde si bien valoran la estabilidad macroeconómica y la inversión privada, también demandan una mayor participación del Estado en sectores básicos como la salud y la educación.

Para medir esta actitud, se consideraron las preguntas planteadas en la batería de LAPOP (Carrión, Zárate y Seligson; 2008, 2010, 2012), con una escala del 1 al 5, en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo.

Los ítems evaluados fueron: “El Estado debería ser el principal responsable de asegurar el bienestar de la gente, más que los mismos individuos” (1); “La empresa privada debería ser el principal responsable de crear empleos, más que el Estado” (2); “El Estado debe implementar políticas firmes para reducir la desigualdad de ingresos entre ricos y pobres” (3); “El sector privado debería ser el principal responsable de proveer los servicios de salud, más que el Estado” (4); y “El mercado debería ser el encargado de regular los precios, no el Estado” (5).

Para fines analíticos, se generaron dos indicadores que, por separado, evalúen la actitud hacia el Estado, tanto en su rol intervencionista (ítems 1 y 3) como en la importancia que le debe otorgar al sector privado para el desarrollo del país (ítems 2, 4 y 5). Para ambos casos los indicadores se crearon con la suma de puntajes de las variables descritas y se tomaron los promedios de cada suma como indicadores de Actitudes a favor de la intervención estatal y otro de Actitudes a favor del sector privado.

En el primer caso, el coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems que conforman el indicador de Actitudes a favor de la intervención estatal es de $\alpha=.46$; mientras que en el segundo caso, el coeficiente de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrado para el conjunto de ítems que conforman el indicador de Actitudes a favor del sector privado es de $\alpha=.59$.

Percepción de importancia de problemas (PER1): Un tema importante para la investigación es identificar el nivel de impacto que tienen los diversos problemas del país en los ciudadanos limeños. Por tal motivo, se les pidió a los encuestados que considerando una escala del 1 al 4, en donde 1= Nada importante, 2= Poco importante, 3= Importante y 4= Muy importante; evalúen el nivel de importancia que le atribuyen a cada uno de los 16 problemas presentados. Estos mismos han sido clasificados en función al tipo de problemática que abordan:

- Importancia de problemas sociales (delincuencia y crimen; corrupción; contaminación ambiental; respeto de la gente hacia normas/leyes; calidad de la educación pública; situación de las postas médicas/ centros de salud; acceso a agua potable; mantenimiento de las pistas y veredas; tenencia de un título de propiedad en su vivienda; y la presencia de alumbrado público).
- Importancia de problemas económicos (su situación económica; la falta de trabajo/ desempleo; la diferencia entre ricos y pobres; el comercio informal/ ambulatorio; y la inflación/ aumento de precios).
- Importancia de problemas políticos (la situación política del país).

Para fines analíticos, se generaron dos indicadores creados a partir de la suma de puntajes de las variables descritas para luego tomar los promedios de cada suma como indicadores de Importancia de los problemas sociales e Importancia de los problemas económicos. Los coeficientes de confiabilidad (Alpha de Cronbach) encontrados para cada indicador son $\alpha=.63$ y $\alpha=.46$. En el último caso (Importancia de los problemas políticos) se utilizó el promedio directo por tratarse de un único ítem.

Estrategias de resolución frente a los problemas (PER2): Por otro lado, como pregunta individual y en función a la validación realizada por Murakami (2000), se les pidió a los encuestados que señalen cuál de las medidas presentadas consideraban la más eficientes para enfrentar los problemas económicos y sociales que ocurren en el país.

El formato utilizado fue el de respuesta única, siendo las opciones presentadas:

- Uno debería juntarse con otras personas para buscar soluciones (1).
- Cada uno tiene que ver lo que hace para salir adelante (2).
- Confiar en que las cosas mejoren (3).
- Apoyarse en personas influyentes, varas o padrinos (4).
- Protestar en la calle y hacer huelgas (5).
- Pedir ayuda a los familiares/ paisanos (6).

Para fines analíticos, se realizó una recodificación de estos seis ítems en solo dos grupos, en función al tipo de estrategia más utilizada. De esta manera, los ítems 1, 5 y 6 se consideran “formas de enfrentar los problemas con ayuda de otros” = 1; mientras que los ítems 2, 3 y 4 se entienden como “formas de enfrentar los problemas de manera individual” = 2.

Uso de contactos como estrategia de resolución de problemas (V4): Finalmente, dado que se trata de un aspecto muy presente en el contexto local, se midió la preferencia por el uso de contactos frente a los problemas versus el uso de recursos personales para solucionar los mismos. De esta manera, se les pidió a los encuestados que, en una escala del 1 al 5, en donde 1= Totalmente en desacuerdo, 2= En desacuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= De acuerdo y 5= Totalmente de acuerdo; evalúen su nivel de acuerdo con las siguientes dos afirmaciones: “para solucionar muchos de mis problemas, necesito contar con los contactos necesarios” y “para salir adelante en la vida, las habilidades personales son más importantes que los contactos que uno tenga”. En ambos casos, ambos ítems han sido trabajados de manera independiente en la presente investigación.

Ficha de nivel socioeconómico (NSE): Como ya se ha mencionado anteriormente, la Asociación Peruana de Empresas de Investigación de Mercados (APEIM) cuenta con una fórmula para el cálculo del nivel socioeconómico en nuestro país, la cual recoge el bienestar material de cada entrevistado. Las variables que se utilizan en la medición del nivel socioeconómico son:

- Nivel educativo alcanzado por el jefe del hogar.
- Sistema de salud al que está afiliado el jefe de hogar.
- Material predominante en los pisos de la vivienda.
- Material predominante de las paredes exteriores de la vivienda.
- Conexión del baño.
- Equipamiento del hogar:
 - Computadora
 - Refrigeradora / Congeladora
 - Lavadora
 - Horno Microondas
- Bienes o servicios:
 - Auto o camioneta de uso particular (no taxi ni auto de empresa)
 - Servicio doméstico pagado (que vaya por lo menos 1 vez por semana)

De esta manera, a partir de la sumatoria de los puntajes obtenidos en cada una de estas variables, se obtiene un indicador general con el cual es posible determinar el nivel socioeconómico, dependiendo del rango en el cual este se ubique. A mayor puntaje, mayor será el nivel socioeconómico.

Ficha de datos sociodemográficos (DAT1-DAT18): En este consolidado, se abordaron algunos aspectos relacionados al entorno sociodemográfico del entrevistado, tales como:

- Su rol en el hogar (Jefe de hogar, ama de casa, u otro).
- Su estado civil (Soltero, conviviente, casado, divorciado, viudo).
- Su lugar de nacimiento y el de sus padres (Lima o provincia).
- Su nivel de instrucción.

- Su ocupación principal y la de la persona que más aporta a la economía familiar del hogar (en caso sea una persona distinta a él).
- El rubro o sector laboral en el que trabaja él y la persona que más aporta a la economía familiar del hogar (en caso sea una persona distinta a él).
- La cantidad de trabajadores con la que labora él y la persona que más aporta a la economía familiar del hogar (en caso sea una persona distinta a él).
- La pertenencia a una planilla, tanto en su caso como para la persona que más aporta a la economía familiar del hogar (en caso sea una persona distinta a él).
- El contar con un seguro de salud, tanto en su caso como para la persona que más aporta a la economía familiar del hogar (en caso sea una persona distinta a él).

De manera adicional, se generó un indicador de formalidad para cada encuestado, dependiendo de la situación laboral de la persona que más aporta a la economía familiar del hogar. Para ello se tomaron en cuentas las preguntas de la pertenencia a una planilla y el contar con un seguro de salud. De este modo, cada encuestado queda asignado como 1= Informal (No está en planilla y no tiene un seguro de salud); 3= Formal (Sí está en planilla y sí tiene seguro de salud); y 2= Otras combinaciones.

3.3. Trabajo de campo

Luego de los ajustes realizados, se realizó una capacitación exhaustiva a 40 encuestadores quienes se encargaron de la recolección presencial de los resultados. Como paso previo, todas estas personas pasaron por juegos de roles y una evaluación final aprobatoria que acreditaba su participación en la presente investigación.

Se aplicaron encuestas estructuradas cara a cara en hogares a la muestra seleccionada. A los participantes se les pidió su autorización para participar en un estudio de opinión pública. Luego de ser aceptada la solicitud por el participante se realizó la aplicación de la encuesta. El trabajo de campo se realizó entre el viernes 20 de febrero y el viernes 6 de marzo del 2015.

Se realizó una supervisión coincidental del 30% del total de la muestra del estudio, a fin de garantizar la selección adecuada de los hogares participantes y la calidad de la aplicación del instrumento.

Un equipo de editores se encargó de la revisión preliminar de los cuestionarios, de modo tal que se corrigieran dudas e imprecisiones de manera anticipada. Posteriormente, las encuestas fueron digitadas y procesadas utilizando el paquete estadístico QUANTUM. Los datos fueron ponderados en función al peso poblacional de nivel socioeconómico, la edad, el género y el rol en el hogar del encuestado.

II. Plan de análisis

1. Plan de análisis del estudio cualitativo

La información cualitativa, recabada con los grupos focales, fue analizada teniendo el análisis de contenido como herramienta principal. El mismo es un método para la interpretación y comprensión de información cualitativa. Así, el objetivo de este tipo de análisis es la identificación de patrones latentes por medio de una revisión exhaustiva de la información expresada (Andreu, 2002).

Este análisis de contenido reúne grandes similitudes con los procesos de análisis recomendados desde la Teoría Fundamentada, en tanto la clasificación inicial de las respuestas deja de lado las hipótesis previstas por los investigadores, para incorporarlas en un proceso posterior, durante la categorización axial (García & Manzano, 2010). Este alejamiento momentáneo de las hipótesis para priorizar los resultados obtenidos refleja, por una parte, la creatividad del investigador y, por otra, la libertad adquirida para profundizar distintas dimensiones teóricas (Strauss & Corbin, 2002), incluso sin ser previstas por el marco conceptual.

Tal como recomienda Andreu (2002), el análisis comprende la revisión del texto y el contexto sobre el cual se emiten cada una de las opiniones. La consideración de estos dos elementos permite mantener dos reglas críticas que el análisis de contenido debe mantener para ser empleado como un método científico (Strauss & Corbin, 2002). La primera es la objetividad del análisis, entendido como la actitud que toma el investigador para desligar sus sesgos profesionales de la información, esto genera la posibilidad de verificación de los procedimientos para el análisis, así como sus resultados. La segunda regla es la sistematización de información, esto ya que se establece un orden para analizar la información. Esta sistematización hace factible la verificación del análisis (Andreu, 2002).

En suma, el análisis de contenido propuesto tiene, en principio, la cualidad de facilitar el despojo de prejuicios teóricos a priori del investigador, pero mantiene el ordenamiento suficiente como para ser considerado un método científico (García & Manzano, 2010).

Además de la perspectiva de la Teoría Fundamentada, el análisis de contenido propuesto se encuentra sustentado también desde la metodología émica de la psicología transcultural (Berry et al., 2002). En tal sentido, por medio de la categorización planteada, se intenta explicar la complejidad de las actitudes y valores de la muestra desde la comprensión de su realidad específica y particular, en este caso, la compleja realidad limeña. Ello lleva a la factibilidad de plantear un modelo de comportamiento ad hoc para el contexto (Berry 1999).

En cuanto a los pasos previstos para el análisis, estos son tres: la generación de un inventario de respuestas, una categorización inicial o categorización abierta y una segunda categorización o categorización axial (Andreu, 2002; García & Manzano, 2010). En el primer paso la materia de análisis se obtiene de los discursos emitidos dentro de la

dinámica de grupos focales. Una vez transcritos, los discursos fueron descompuestos para contar con unidades mínimas para el análisis. Estas unidades formaron un inventario de respuestas. Cabe mencionar que si bien las unidades de análisis fueron enlistadas, estas se encontraban codificadas por cada participante. Esta característica permitió la distinción de tipos de discursos basado en características personales, como las edades o niveles socioeconómicos.

El segundo paso fue la clasificación de todas las unidades mínimas de análisis en categorías (García & Manzano, 2010). El criterio base para esta asignación fue la similitud conceptual de cada una de las respuestas. La asignación estricta de unidades similares en una categoría es la base para la generación de categorías mutuamente excluyentes, un requisito básico considerado por Andreu (2002) para realizar un análisis de contenido. Asimismo, la generación de estas categorías ad hoc facilita, tal como lo considera Strauss & Corbin (2002), el conocimiento de las propiedades y dimensiones de las categorías. En tal sentido y, en consideración a la estrategia empleada para recoger información, no fueron consignadas las frecuencias de respuestas, sino la ocurrencia de la información.

Una vez que las categorías son formadas, se genera una segunda agrupación (García & Manzano, 2010). Esta reagrupación se da sobre la base de ejes temáticos, formando una categorización axial (Andreu, 2002; Strauss & Corbin, 2002; García & Manzano, 2010). Estos ejes son los mismos a los de la guía de indagación y, por consiguiente, similares a las hipótesis de investigación presentadas y previstas en el marco conceptual de la investigación. Ello no implica que las categorías sean moldeadas o alteradas por la teoría, sino por el contrario, las categorías son los criterios para contrastar las hipótesis planteadas inicialmente. Así, los resultados encontrados responden a las hipótesis y objetivos de investigación, pero mantienen las reflexiones y dialéctica de cada uno de los participantes de los grupos focales.

2. Plan de análisis del estudio cuantitativo

El análisis de la información se llevó a cabo utilizando el paquete estadístico SPSS versión 21. En este programa se realizó una limpieza de base de datos para el tratamiento de casos perdidos (respuestas no sabe/no precisa), aplicándose un reemplazo por la media o la mediana, dependiendo del tipo de variable trabajada (de tipo escala o dicotómica).

Como parte de los análisis trabajados, se presentan estadísticos descriptivos de la muestra, análisis de confiabilidad de los indicadores construidos para corroborar su consistencia interna y contrastes de comparación de medias. Del mismo modo, se plantean algunas correlaciones entre variables y análisis multivariados (análisis factorial y cluster K-means).

Las variables construidas fueron sometidas a un análisis de normalidad, según la prueba de Kolmogorov-Smirnov. Pese a que no todas cuentan con una distribución normal, se realizaron contrastes de medias utilizando las pruebas paramétricas T-Student y ANOVA. Esto es posible porque la asimetría es menor a 3 y la curtosis también es menor a 8 por lo

que la falta de normalidad no podría considerarse extrema y los métodos indicados son pertinentes (Kline, 1998 p.82). Además, la T- Student es una prueba robusta cuando la falta de normalidad no es extrema (Glass, Gene & Stanley, 1988), por lo que su uso se asume pertinente para esta investigación.

En una primera fase, se desarrolló un análisis exploratorio y luego un proceso de reducción de dimensiones a través de la definición de factores. Se utilizó el método de extracción de componentes principales con rotación Varimax. Adicionalmente, se crearon una serie de índices que se construyeron a partir de la data existente.

A partir de los factores identificados, se pasó a realizar el análisis de conglomerados (segmentación) a través de un análisis multivariado K medias. Luego de evaluar diversas alternativas de solución (probando con la inclusión/exclusión de diversas variables) se definieron los segmentos y se procedió a realizar un análisis bivariado entre los segmentos identificados y el total de las variables de la encuesta así como con los indicadores creados a fin de tener una descripción más adecuada de cada segmento.

Si bien los resultados de la fase cualitativa se han presentado de manera separada, se han tomado en cuenta para tomar decisiones sobre qué variables mantener o descartar en el análisis estadístico. Además, en la descripción de los segmentos encontrados se ha tomado en cuenta tanto los resultados cualitativos como cuantitativos para comprender mejor el sentido de los resultados de los segmentos identificados.

TERCERA PARTE
ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS
Y CONCLUSIONES

Introducción

La presentación de resultados y su respectivo análisis se ha dividido en tres partes. En la primera, se presenta lo que corresponde al estudio cualitativo a través de dinámicas grupales. La segunda parte, consiste en la presentación de resultados y el análisis de la fase cuantitativa. En este acápite se buscará, además, integrar en el análisis lo encontrado en el estudio cualitativo a fin de enriquecer la comprensión de base de la cultura política en Lima. En un tercer momento se abordará lo que se ha definido como el objetivo central del estudio, la identificación y descripción de diferentes tipos de cultura política (subculturas políticas) en Lima. En este proceso se tomará como eje el análisis cuantitativo enriquecido por lo encontrado en la fase exploratoria. Tal como se indicó en el plan de análisis, en esta última etapa se desarrolló un análisis factorial exploratorio basado en las escalas e indicadores construidos en esta investigación. Las dimensiones encontradas a través del análisis factorial se utilizaron para construir cuatro segmentos de subculturas políticas. Finalmente, se describirán cada uno de los perfiles encontrados y se analizarán las implicancias de los mismos.

I. Resultados y análisis cualitativo

Una vez concluida la categorización abierta y axial, se organizó la información en cuatro ejes temáticos. El primero es aquel que ve al ciudadano como actor; el segundo revisa la vinculación del ciudadano con la política; luego, se abordan las creencias y actitudes hacia el sistema político y, finalmente, las actitudes hacia la acción del Estado y el gobierno. Como se puede apreciar, se ha mantenido el esquema inicialmente propuesto para el análisis. Sin embargo, al interior de cada punto la información se ha organizado de acuerdo a las categorías que han ido apareciendo.

Es importante precisar que las categorías generadas en la categorización abierta serán presentadas en los párrafos en *cursiva*, mientras que las categorías que fueron producto de la categorización axial serán presentadas durante la redacción en **negrita**.

Las dinámicas siempre comenzaron con un juego que consistía en que a cada uno de los participantes se le daba un grupo de revistas. Entre ellas debían escoger una imagen que expresara la idea que tenían de como son los limeños. Al pedirles que comentaran qué era lo que veían se fueron abordando temas vinculados a valores y otras actitudes sociales y políticas.

1. El ciudadano como actor

1.1. Creencias, valores sociales y actitudes

a) La vida en comunidad o en grupo

Uno de los temas que surgió espontáneamente al comienzo de casi todas las dinámicas fue la posibilidad o no de una **vida en grupo o comunidad**. Algunos participantes mencionaron que *no sabemos vivir en comunidad*, ya que *uno se impone a otros*, lo cual resta posibilidades de *ponerse de acuerdo*. En el nivel socioeconómico AB se consideró que como *cada uno vive su vida*, ello restringe espacios de interacción y generación de vínculos. La *falta de ayuda mutua cuando alguien lo necesita*, la *generación de conflictos* se presentan como limitantes para poder establecer una convivencia armoniosa en los distintos niveles socioeconómicos. Esta dificultad de vida en común, la relacionan con la heterogeneidad existente en la ciudad, que se desarrollará más adelante, y con la falta de confianza deriva en que las personas se preocupen principalmente por sí mismas y su entorno inmediato (su familia o vecindario) y muy poco por asuntos públicos o temas que impliquen una confianza generalizada, en términos de Putnam. La desconfianza es un elemento que juega en contra de la colaboración, hubo incluso personas que llegaron a mencionar que ni en su familia podían confiar.

En mi caso, la vida me ha dado demasiadas experiencias porque mi propia familia me traiciona, hasta mis mejores amigos... (Joven, varón, NSE AB)

En algunos grupos se puso como ejemplo la actitud de la gente hacia actividades como la llamada Teletón, donde se hace una colecta pública con fines sociales. Lo que se menciona es que el nivel de colaboración con estas campañas es muy bajo en comparación a otros países donde también se desarrolla el mismo evento.

En el caso que es el Teletón allí no se refleja tanto la solidaridad, en otro país pasan más de 20 millones y aquí como 5 o 6 millones, a pesar de ser un país más grande. (Adulto, mujer, NSE AB).

b) Percepción de inequidad y desigualdad ante la ley

Se dice que la gente no respeta normas de convivencia y que lo que se da son situaciones donde el que está ubicado en una situación de poder se aprovecha de la misma. Hay una frase coloquial que describe esta situación: *el que puede, puede*. Se considera que esto siempre estuvo pero que es más fuerte en los últimos años

Falta de valores, antes había más cultura, antes te saludaban, no había falta de respeto (Joven, mujer, NSE C)

También se menciona que el trato desigual está vinculado con la desconfianza social reinante, *no te sientes identificado*. Al no sentirse identificados, se le da un trato al otro que marca la desigualdad: *así no hay comunidad, no hay trabajo en equipo, no hay unión*. En general, en todos los grupos se dice que los peruanos no somos iguales ante la ley. Se considera que existe una estructura de relaciones vertical donde los actores vinculados al poder siempre abusan de él. Se plantea que en esta ubicación de “privilegio” están *los ricos, los políticos, los empresarios*, entre otros. Existe un fuerte sentimiento de alienación donde las personas se perciben que poco o nada pueden influir en los acontecimientos que viven.

...la ley está hecha para unos, y otras para otros. (Adulto, varón, NSE C).

La ley es de los ricos (Joven, mujer, NSE D)

Es que es verdad la ley no es igualdad. (Joven, mujer, NSE C)

Ante esta situación de percepción de desigualdad e injusticia, una de las estrategias es recurrir a contactos personales que permitan el acceso a estos privilegios de *los mejor ubicados*. Como veremos más adelante, la informalidad y el no cumplimiento de las normas son otras formas de respuesta.

Uno mismo usa los contactos, se quejan pero cuando los necesita hace uso de esos contactos (Joven, varón, NSE AB)

c) Actitudes hacia la colaboración

Respecto a las actitudes hacia la **colaboración** en la vida en comunidad, los participantes de los niveles más altos mencionan que esta colaboración *no existe ya que cada persona vela por sus propios intereses*:

Entre los mismos vecinos, cada uno vive su vida. (Adulto, varón, NSE AB)

En los sectores AB esta falta de colaboración se pone más en evidencia porque las zonas donde viven han pasado de ser casas independientes a edificios multifamiliares. Cuando la gente vivía predominantemente en casas unifamiliares, los vecinos se veían muy poco y se presentaban pocas ocasiones para discutir sobre asuntos comunes. Producto de los años de crecimiento económico la ciudad se ha densificado y llenado de edificios. Las

personas de los sectores socioeconómicos AB vive más en este tipo de vivienda y esto lleva a que se presenten con mayor frecuencia situaciones donde se tiene que discutir sobre problemas comunes a la propiedad. Es en estas situaciones donde la dificultad para colaborar o vivir en comunidad se pone en evidencia.

En los sectores medio emergente (C), bajo y muy bajo (D y E), consideran que sí existe colaboración pero en un nivel más acotado, entre familiares o en el entorno vecinal, y para fines específicos (normalmente, de tipo funcional como cobertura de emergencias en salud, accidentes, escaleras para los cerros, etc.).

Si bueno donde yo vivo es asentamiento y es cerro y no tenemos apoyo de otros, de entidades pero nosotros por nuestros propios recursos, con nuestras propias manos, escaleras para el bienestar de nuestros hijos. Hacemos las escaleras, las pistas, los muros. (Adulto, mujer, NSE E)

Ello podría apuntar a una *colaboración selectiva*, la cual incluye únicamente a la familia nuclear –entendida como la pareja formal, los hijos y los padres; y en algunos casos a la familia extendida y/o los vecinos. Para los participantes de los niveles medios y bajos, esta colaboración selectiva puede ser expandida a las siguientes condiciones: cuando se trata de personas *que uno conoce bien*; personas que se encuentran desprotegidas, como *enfermos, ancianos, personas que han sido víctimas de desastres naturales*; así como cuando se comparte una *creencia religiosa*. Incluso sobre este tipo de ayudas, cuando se tratan de donaciones económicas, algunas personas mencionan la necesidad *de tener confianza de que la donación sea empleada para los fines contemplados* y no sea una estafa (el ejemplo de la Teletón). Finalmente, como se explicará más adelante, la solidaridad puede surgir en los niveles socioeconómicos D y E cuando existe una *problema comunitario*.

En los niveles medio emergente (C), bajo y muy bajo (D y E) la colaboración o la solidaridad entre las personas también se presenta como una característica que diferencia al “limeño” del “provinciano”. El limeño es visto como egoísta y el provinciano como más solidario. Además, se habla de una falta de solidaridad o empatía entre limeños y provincianos.

En parte, acá en Lima no (se es solidario), todos somos unidos en provincia. (Adulto, varón, NSE D)

O también le echan la culpa al provinciano, viene el provinciano de la sierra a buscar empleo, y hace todo el servicio por 1000 soles y un limeño busca trabajo, no va a querer mil soles, va a querer ganar más (mil doscientos, mil quinientos) y dicen que le malogran la plaza (Joven, mujer, NSE C)

Se han identificado categorías que están muchas veces presentes cuando la gente quiere explicar por qué la solidaridad no se da siempre. En la competencia por recursos surgen las creencias sobre la *envidia* o el *egoísmo* que son muy recurrentes en los diálogos. Se recurre con frecuencia al término de *envidia* para aludir a sentimientos que dificultan la colaboración más allá del entorno familiar o de barrio.

Los de otra provincia vienen de frente a trabajar porque quieren progresar. Allí es donde empieza la dificultad, la envidia y el egoísmo. (Adulto, mujer, NSE C)

A mí me han dicho que el problema del peruano es el otro peruano. Que quiere surgir pero, hay otro que te envidia, que tiene recelo. (Adulto, varón, NSE C)

En el grupo siempre hay egoísmo y envidia. Pueden agruparse, pero siempre hay uno o dos que quieren malograr todo. (Adulto, mujer, NSE D)

En los niveles medios se habla de la *hipocresía*, la misma que se genera cuando estos vecinos y amigos no manifiestan abiertamente sus opiniones sobre las personas cercanas a ellos; y cuando los demás parecieran *creerse superiores a ellos*, mencionado por los niveles medios también. Esto ocurre cuando estas personas intentan demostrar haber actuado mejor o haber obtenido mayores y mejores bienes o tratan de dar señales de un mejor estatus que los participantes. Como se puede observar, son sentimientos vinculados a la falta de una confianza de base entre las personas.

Porque de repente una persona que quiera salir adelante, tiene ese pensamiento que tienen que chocar con otras personas para ganar. La oportunidad no se lo da a todas las personas y a los que se les dan y a los que les dan, tienen que dejar de lado los otros y menospreciarlo para que esa persona pueda salir adelante. (Varón joven del NSE C).

Un elemento que funciona como limitante de la posible ayuda a otras personas, fuera del entorno inmediato, son las *posibles consecuencias negativas frente a la ayuda*, como las represalias de delincuentes, en los niveles medios y bajos (cuando una persona intenta evitar un asalto) o las experiencias de fraude frente a una experiencia similar.

d) La confianza interpersonal

Es importante mencionar que una limitante de la colaboración es *la desconfianza que existe*. Respecto a los bajos niveles de **confianza interpersonal**, una parte de los participantes considera que *no existe confianza* con otras personas. Se ha identificado excepciones en los jóvenes de los niveles AB y C. Esto quiere decir que en algunos casos

se da de manera selectiva con *personas cercanas*, las cuales son, por lo general, miembros de la *familia nuclear*.

Tú confías y al otro día te vacían la casa, la única confianza es tu madre, no hay amigos, ni en nada, ni en la suegra.
(Joven, mujer, NSE C)

Solo hay confianza con tu papá y tu mamá. Si das mucha confianza, es como dar mucho de ti. Hay algunos que dan la mano y se van hasta el hombro y allí comienzan los conflictos, las peleas. (Joven, varón, NSE AB)

Claro, tú le das confianza y te dicen préstame 200 soles y al día siguiente vas y dice no vive aquí. (Adulto, mujer, NSE C)

En adultos del nivel C, D y E, se ha identificado la creencia de una diferenciación entre la desconfianza que se vive en Lima y la confianza y tranquilidad que sería posible encontrar en ciudades del interior del país (*en provincia*). Esto posiblemente esté relacionado con que son personas que han nacido en provincia o tiene parientes en provincia. Como se verá en la parte cuantitativa, en los sectores AB hay una mayor proporción de personas nacidas en Lima con ambos padres limeños. En los sectores C, D y E aumenta el número de personas que pueden haber nacido en Lima pero al menos uno de los padres nació en el interior (que hemos llamado “limencianos”) o personas que nacieron en diversos lugares del interior del país (costa, sierra o selva) y que ahora viven en Lima, los llamados “provincianos”. Como se verá más adelante, esta dinámica entre “limeños” y “provincianos” está marcada por el racismo y autopercepciones diversas.

En la sierra, el de la esquina se conoce a medio pueblo. Eso no pasa en Lima y el limeño no te da ganas de ayudarlo porque se quiere hacer el vivo (Joven, varón, NSE AB)

Esos casos de desconfianza suceden más en Lima. En la Selva había una confianza con la gente única. Entraban a tu casa a comer, le decías que se sirva, atiéndete tú mismo. Hay más confianza en provincia que en Lima (Adulto, varón, NSE C)

En provincia se mantiene gente más noble, más sana. Todavía queda. (Adulto, mujer, NSE D)

Un ambiente sin confianza habría generado consecuencias en ciertas dinámicas sociales. En tal sentido, los participantes mencionan que la desconfianza puede ser uno de los causantes y facilitadores de *delitos*, como la corrupción. En todo caso la falta de confianza dificulta el desarrollo de normas compartidas que se respeten. Otra consecuencia es el *individualismo*, entendido como una actitud egoísta que limita las

interacciones recíprocas en comunidad. Para algunos, este individualismo se convierte en un recurso necesario que evita el sacrificio de intereses propios o que otros se aproveche o abusen de la confianza que se les da. La desconfianza termina promoviendo una suerte de individualismo defensivo: se piensa solo en uno mismo (o en su entorno inmediato) porque no se confía en los demás. Esto parece tener una mayor presencia en el discurso de los jóvenes.

La desconfianza genera corrupción, delincuencia (Joven, mujer, NSE C)

Uno se vuelve más individualista (Joven, varón, NSE AB)

Es que no te inspira confianza y no te da, no recibes.
(Varón, joven, NSE AB)



...porque a veces las personas somos indiferentes, si nuestros intereses no son tocados estamos tranquilos, pero una vez que nos han tocado, saltamos, nos ponemos mal.
(Mujer adulta del NSE C).

Esta desconfianza no solo se da a nivel interpersonal sino que está presente también en la relación con diversas instituciones. La gente considera que no se puede confiar en instituciones que tienen el deber de servir al ciudadano (policía, jueces, médicos) y esto aumenta su sensación de inseguridad. Las consecuencias de este sentimiento de inseguridad y desprotección institucional deriva en demandas de **mano dura** que desarrollaremos cuando veamos las actitudes hacia la política.

La inseguridad del país, la violencia que hay. Por las muertes que hay, a mí me da miedo salir a un restaurante, como es el corralito que mataron a dos policías y yo he ido a cenar allí (Adulto, varón, NSE AB)

Nadie es confiable ahora. Porque hay muchos estafadores, que engañan, corruptos, hay delincuencia, no se puede confiar al 100%. Un 20% puede ser y aun así, teniendo suerte. Ni en los policías hay confianza, hay mucha corrupción (Joven, mujer, NSE D)

Desde el momento que hay un juicio, revienta la mano al juez y ya está corrupción. (Adultos, mujer, NSE C)

e) Percepción de heterogeneidad

Una idea asociada a la de poder vivir o no en comunidad es la de *diversidad cultural*. Se considera que en Lima viven personas muy diferentes entre sí. Diferentes perfiles raciales, diferentes culturas (de acuerdo al lugar de origen, limeños y provincianos), diferentes gustos musicales. La misma gastronomía sería la expresión de esta gran diversidad que convive en un mismo espacio urbano.

Veo diversidad cultural, muchas razas, muchas culturas. (Adulto, varón, NSE C)

Los músicos andinos, creo que Lima es mayoritariamente de la sierra, y todo hábito de la sierra no es una cultura propiamente española sino más serrano. Lima tienen muchos rasgos así. Porque escuchas música netamente serrana. Es difícil escuchar cumbia amazónica o cumbia del norte, pero vas a escuchar huayno y chicha. Es mucho más fácil conectarte con eso. (Joven, mujer, NSE AB)

Esta *diversidad cultural* es tomada, por algunos en los niveles altos y medios, como una fuente de caos (...caótico, *está todo mezclado y no se encuentra un orden...*). Entre las personas de sectores bajos, algunos lo asocian con discriminación basada principalmente en el racismo. Por otro lado, junto a estos significados negativos, hay quienes ven la diversidad cultural, la heterogeneidad, como una cualidad que se expresa, entre otros, en nuestra diversa gastronomía y en la música.

f) Preocupación por el bienestar material y la seguridad

En los sectores medio emergente (NSE C), bajo y muy bajo (NSE D y E respectivamente) aparece una mayor preocupación por el bienestar material. En algunos casos asociado al goce hedónico o como símbolo de éxito pero en otros solo como una preocupación de sobrevivencia.

Más le preocupa la economía, que les alcance y les sobre para poder comer, para tener un techo y poder vestir y la diversión. (Joven, varón, NSE C)

En todos los niveles socioeconómicos está la preocupación por la delincuencia, y en general, por la inseguridad ciudadana. En casi todos los grupos, cuando se conversa por problemas en el barrio que los hayan llevado a juntarse, se habla de la delincuencia local, muchas veces asociada a problemas de drogas y a efectivos policiales y un poder judicial que no cumple con las expectativas.

La inquietud es la delincuencia, es que sales y te roban. La inseguridad, hay demasiado delincuencia en el Perú y eso es lo que el peruano está preocupada para combatir eso.
(Joven, mujer, NSE C)

g) Actitudes hacia las normas sociales

Un tema recurrente en los grupos fue la relación de aceptación o rechazo hacia las **normas sociales**. La mayoría de los participantes en los grupos focales de los distintos niveles consideró que, por lo general, *no existe respeto por las normas*, sino que existen una serie de mecanismos desarrollados para evitar el cumplimiento de las mismas. Según los participantes del NSE AB, *son muy pocas las personas quienes sí las respetan*. El mantenimiento de la falta de respeto a las normas podría ser reforzado por el incumplimiento de las mismas que se ve en políticos y funcionarios. Cuando se habla ya no solo de normas sociales sino de las mismas leyes, la gente dice que nadie las respeta y que tampoco hay quien las haga respetar pues la policía o el poder judicial son muy corruptos *todo es coima*. De algún modo, la gente justifica su no cumplimiento de normas o leyes porque hay la percepción de que la autoridad no cumple su función. En los grupos se habla de una *informalidad generalizada* para dar cuenta de este proceso.

Sin embargo, también se comenta las resistencias de las personas a seguir normas cuando hay una autoridad que busca ponerlas. La gente está acostumbrada a moverse en situaciones de “no norma” y se resiste cuando alguna institución intenta ejercer su rol. Se da como ejemplo la reforma que se intentó realizar del transporte urbano. En esa situación se prohibió a los buses parar en cualquier esquina (que era lo que venía ocurriendo, la “no norma”) y hacerlo cada tres a cuatro cuadras. Este es un caso donde la autoridad pone la regla (lo que en un nivel se reclama, predictibilidad) pero la gente se resiste.

... tú ves el corredor azul, a nadie le parece porque no les parece justo caminar tres cuadras y reniegan. No queremos educarnos, somos nosotros los que no queremos, pero nos cuesta, es por eso la informalidad. (Joven, mujer, NSE C)

Una forma de denominar esta falta de respeto a las normas es considerar que *somos chicha*. Las personas que no cumplen con las normas son personas *criollas*, vivos donde lo que no hay es valores o *moralidad*. Para la gente, esta situación depende de la educación formal (colegio) o la crianza familiar y no es algo que caracterice a un

determinado sector social. Sin embargo, en el sector AB, sobre todo entre los adultos, hay quienes consideran que esto es característico de gente que viene de niveles socioeconómicos más bajos que, producto del crecimiento económico, ha mejorado de situación material. No se menciona directamente, pero como se verá más adelante, implícito queda que estas son personas mestizas, cholas o andinas que han pasado de una situación de precariedad económica a otra de mayor holgura.

Hay gente que tiene dinero y es muy corriente como los nuevos ricos que son patanes y de un día para el otro se hicieron ricos (Adulto, varón, NSE AB)

Como ya se comentó, esta falta de respeto por las normas lleva a que se vea la convivencia comunitaria como algo difícil o imposible. Se percibe que la gente *no respeta el derecho del otro* y en lugar de buscar acuerdos se busca imponer un punto de vista de un lado, lo cual vuelve este tipo de situaciones conflictivas: *el que puede, puede*.

...entre los mismos vecinos, cada uno vive su vida. (Adulto, mujer, NSE AB).

Cuando se pregunta por mecanismos sociales que ayuden a dirimir conflictos se alude a situaciones donde lo que priman son estrategias basadas en el vínculo afectivo interpersonal antes que en acuerdos racionales/generales de cumplimiento

...se arregla con cerveza, hay confianza y se da mayor comunidad (Adultos, varón, NSE AB).

En el discurso de la gente, esta falta de reciprocidad se explica por problemas de socialización (falta de valores en la educación, durante la crianza familiar) pero también por aspectos situacionales, del “aquí ahora” en el cual la gente interactúa. Se manifiesta que las personas no cumplen las normas porque asumen que los demás tampoco las van a cumplir. La percepción es que se genera un círculo perverso que hace recordar al postulado de Thomas sobre las profecías autocumplidas o al concepto de anomia.

La gente se pone a pensar para que voy a llegar temprano si todos van a llegar tarde. (Adultos, mujer, NSE AB).

Así, la carencia de reciprocidad en el cumplimiento de las normas, genera un rechazo para su cumplimiento, lo cual sería reforzado, además, por la carencia de instituciones que intenten preservarlas y hacer cumplirlas.

...hay ese pensamiento de que porqué hay que respetar esas leyes, si no nos respetan en cuestión de política, o haciendo las cosas. (Joven varón del NSE C).

La falta a las normas se evidencia, para los niveles medios y bajos, en la *deshonestidad* observada en algunas personas; *la falta de consideración y respeto a las autoridades*, como la policía; *daños a monumentos históricos*, lo cual manifestaría una falta de respeto y desconocimiento del pasado histórico del país; y *la falta de consideración de criterios urbanistas*, los cuales se tendrían que regular. Las faltas a las normas no sólo serían cometidas por los ciudadanos, sino también por otros actores sociales, como las autoridades, donde la corrupción sería una expresión de esta actitud.

Esta falta de respeto a las normas sociales se expresa también en una falta de **respeto a las demás personas**. Esta creencia se vería expresada en diversos hechos de la vida cotidiana.

Se ha perdido el respeto. Como decían el joven, que incluso en los carros, o también me pasa cuando voy con mi hijo, veo personas jóvenes y no te ceden el asiento, anteriormente si lo hacían, ahora incluso se hacen hasta los dormidos y constantes peleas. (Mujer adulta del NSE E)

Otra expresión de esta falta de respeto entre las personas sería *la falta de orden y limpieza de espacios públicos*. Este es un discurso más recurrente en los niveles altos y medios para hacer referencia a los hábitos de personas de más bajos recursos. Según estos criterios, la falta de mantenimiento y limpieza en estos sectores demuestra la poca consideración y respeto hacia otros posibles usuarios. Además, en todos los niveles se considera *las faltas a las normas de tránsito*, las mismas que afectan a otros conductores y a los peatones. Estas manifestaciones de falta de respeto serían alimentadas por *una falta de cultura* según los niveles medios y altos, lo cual hace referencia a una falta de educación no formal – la que se adquiere en el hogar, por ejemplo basada en valores como el respeto a los demás.

Una expresión de esta falta de respeto se expresa en uno de los sentidos que se le da a la palabra *criollo*. Ser *criollo* puede ser utilizado para referirse a la persona que se aprovecha de la confianza del otro, no respetar ninguna norma y aprovecharse de la situación: saltarse la cola de espera, tirar la basura a la calle, etc. Esto básicamente no haría más que confirmar que hay que ser desconfiado *porque la gente es criolla*, no respeta las normas y se puede aprovechar de uno.

h) Percepción de hedonismo

A pesar de estos problemas identificados, algunos participantes consideran que *la diversión puede ser un motivador para ponerse de acuerdo* y lograr cierto nivel de convivencia social. Así, el *ser alegres* y considerar que *les gusta la diversión*, se percibe como una **característica** común en los participantes de los distintos niveles socioeconómicos en Lima. Esta búsqueda de diversión está asociada a la fiesta pero también a la gastronomía y en general a la búsqueda del placer. Se genera la idea del limeño como alguien que gusta de la diversión y *la jarana*. Que siempre está buscando

motivos para celebrar. Esta actitud puede ser vista por algunos como una tendencia al placer y por otros como una forma de saber sobrellevar los retos de una vida esforzada.



La que está bailando porque pienso que la gente le gusta divertirse, tomar, todo eso porque como dicen que vamos a tonear por los fines de semana... (Varón, joven, NSE C).

Somos muy fiesteros, muy amigueros, así estemos mal, pones una radio, unas chelas y tu parrilla. (Varón, adulto, NSE AB)

Este mismo carácter alegre puede ser considerado por los participantes adultos de los niveles más altos como una limitante para ser *trabajador*. En los sectores bajos esta connotación negativa de la alegría o la diversión se vincula al limeño (versus el provinciano, que sería el que sí trabaja). En tal sentido, se percibe que a veces, los limeños pueden llegar a ser *relajados, no perseverantes* debido a que se prioriza el hedonismo antes que el esfuerzo por salir adelante.

De alguna manera, se genera una idea donde subyace el hedonismo como algo propio del limeño. Esta característica tendría un aspecto positivo, que sería la tendencia a festejar y a divertirse; y un lado negativo, la tendencia a *ser dejado, relajado, conformista, vago*. Lo interesante es que entre las personas de nivel alto se considera que esto puede ocurrir más entre la gente de niveles bajos. Mientras tanto, entre las personas de niveles bajos, los dejados o vagos son los limeños de origen (muchas veces asociados a los sectores medios o altos).

El limeño es vago y ladrón (Adulto, varón, NSE D).

El hedonismo podría manifestarse en la búsqueda de *vivir bien*, lo cual es entendido como la compra y adquisición de objetos de consumo (ropa, autos, celulares, etc.) que denoten estatus y prestigio. Si bien se pueden encontrar diferencias entre los diferentes niveles socioeconómicos sobre los objetos que puedan adquirir, en todos se observa la búsqueda

de un consumo que sea un símbolo de modernidad o de mejora de estatus. Se habla del desarrollo de un espíritu consumista que antes no existía y que está asociado al crecimiento económico que ha experimentado el país durante los últimos años. El acceso al lujo y/o la tecnología podría ser interpretado como una forma de buscar ser incluido en una sociedad que es vista, como veremos más adelante, como discriminadora. Se percibe que la gente hace diferencias en función a criterios de raza (blancos, mestizos, chinos, etc.), origen (limeños o provincianos) o por motivos económicos (ricos, pobres). Vestirse bien o tener lo último en tecnología sería una forma de tratar de disminuir estas diferencias.



Yo escogí el audífono con el celular, porque los limeños son bastante consumistas, les gusta tener lo de última generación. Parcan en la calle escuchando música. Ahora es más que antes... (Adulto, varón NSE C)

...ya sea en la moda o en la tecnología, quieren lo mejor. (Joven, mujer, NSE C)

i) Actitudes hacia la informalidad

Es importante mencionar que la falta de respeto a las normas está presente en el discurso de la gente como **informalidad**. Ella se entiende como el conjunto de herramientas desarrolladas y creadas para hacer frente a las normas -las cuales pueden llegar a ser vistas como impuestas y contrarias a las necesidades y derechos de la población- y como una estrategia de supervivencia en un entorno donde no existe respeto a ciertas normas de convivencia.

La *informalidad* se manifiesta de diversas maneras:

- *La creación de oficios y trabajos fuera de la regulación laboral y tributaria – como por ejemplo, los comerciantes ambulantes- permite la manutención de la familia y el acercamiento al salir adelante o progreso anhelado.*

- *Uso de servicios o productos menos costosos*, ello debido a que una fuente de informalidad es el tener bajos costos.

El factor económico, todo lo que es economía es la informalidad. Por ejemplo si esta zapatilla cuesta 100 soles y hay otra que son sus imitaciones, tú te vas a la imitación. Comparas precios: la bamba por no pagar impuesto cuesta 20 soles. (Adulto varón del NSE C).

- *Tardanzas*, ya que existiría un hábito generalizado de llegar a una reunión después de la hora pactada inicialmente
- *El caos del transporte público en Lima*, por medio del cual empresas y conductores tienen poco respeto por las normas de tránsito



Buses, no por el tráfico sino porque es una imagen caótica. Yo creo que Perú es una mezcla variopinta, demasiadas pinceladas de caos. (Mujer adulta del NSE AB)

- *Los trámites burocráticos ante fallas o errores de empresas privadas o instituciones públicas*, debido a que una queja o reclamo puede tardar en ser resuelta en un tiempo excesivamente prolongado. En tal sentido, la falta de orden en los procesos organizacionales para aceptar una queja es una muestra de un sistema informal
- *Personal incompetente*, el mantenimiento de este tipo de personal serían clave para el mantenimiento de los trámites burocráticos extensos y, por ende, un sistema incompetente e informal.

Cabe mencionar que quienes se comportan bajo estos cánones de la informalidad para subsistir son denominados *vivos o criollos*. Con este término, se alude a la capacidad de emplear la informalidad con éxito, dejando poca inversión, pero logrando un mayor beneficio personal. La existencia de la estrategia contiene dos mensajes, el primero

referente al éxito que implica el evitar cumplir las normas; mientras que el segundo alude a la importancia de ser desconfiado, ya que cualquiera podría engañar para el beneficio personal.

Se cree que el origen de la informalidad y el poco respeto a las normas sociales tienen orígenes diversos. Entre los participantes se identificaron dos tipos de motivos, uno vinculado a los ciudadanos y otro a un Estado considerado lejano para los participantes. La primera explicación del origen de la informalidad se encuentra fuertemente vinculada a una suerte de evaluación de ganancias y costos que tendría el actuar de acuerdo a las normas sociales. La formalidad sería vista como más costosa, ya que adquirir productos legales o seguir los procedimientos legales para obtener permisos puede implicar invertir dinero y/o tiempo excesivo. Bajo estas creencias, la informalidad implica una baja inversión para obtener los resultados deseados o similares a los deseados.

La criollada, porque digamos que el peruano va a otro país, nunca se va a morir de hambres siempre va a buscar otra chamba de lo que otro país no quiere hacerlo, en esa parte es criollada, es vivo. Pero la parte mala es la mala fe que tiene un peruano. Si va a otro país y le dan confianza y este peruano lo recibe pero a la vez lo recibe con un poco de malicia y se va a la mala. Y a la vez hace que desconfíe la otra persona. (Varón adulto del NSE AB).

La segunda explicación, centrada en el rol del Estado, es la poca severidad percibida en el establecimiento de sanciones frente a la informalidad. Esta falta de sanciones rigurosas y la corrupción serían la base de ello. Ambas fuentes de la informalidad tienen, como una consecuencia mencionada, *la generación de un caos social*, debido al incumplimiento de normas consideradas como básicas para la convivencia.

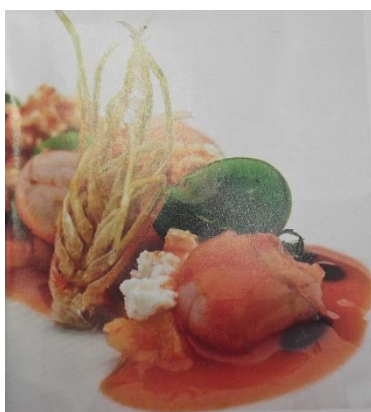
Algunos participantes consideraron que la solución a la informalidad debe provenir de las autoridades. Las mismas deberían tener **mano dura** (creencia que será explicada más adelante), lo cual implicaría que las sanciones sean más tangibles por medio de *poner multas* a quienes no respetan las normas, y fomentar una *mejor educación*, de manera que los escuelas públicas refuercen el respeto a las normas sociales establecidas.

Es importante precisar que la informalidad es una estrategia que se construye a partir de la percepción de un sistema social y gubernamental que excluye. Esta exclusión percibida del gobierno se basaría en las experiencias de gran parte de los participantes de los niveles socioeconómicos medios y bajos de *no haber sido escuchados por el gobierno* central o local. Algunas personas refieren que la causa para esta exclusión se encuentra ligada *al bajo nivel socioeconómico al que pertenecen* y a que los reclamos son individuales. En tal sentido, *tendrían que ser muchos*, agrupados en una masa, *para ser escuchados*. En cambio, los adultos de los niveles AB mencionan que sí cuentan con posibilidad de comunicarse con sus autoridades.

Camilo: Para comenzar el que tiene más plata te atienden mejor
Antonella: Para comenzar te atienden primero
Camilo: El que tiene más plata y tiene contactos
Pilar: Si no tengo contactos me quedo atrás (Adultos, NSE AB)

j) Creencias sobre la creatividad

La informalidad se asocia muchas veces a la *creatividad*, la cual puede ser vista como un potencial para la supervivencia, ya que se considera que su uso en la gastronomía ha permitido la generación de comida incluso cuando los medios económicos limitan la adquisición de comida.



La comida...porque le gusta la creatividad, sacando nuevos platos, combinan y hacen de todo. No sé, les gusta comer bien (Joven, mujer, NSE D).

Asociado a lo hedónico está la creatividad, que se expresa en la culinaria y en el placer de comer. La gastronomía es vista como expresión de nuestra capacidad para mezclar de manera creativa diferentes tradiciones (española, china, árabe, andina, etc.). Esta imagen de gastronomía también algunos la asocian al pisco (licor peruano) *el pisco porque es un patrimonio para nosotros*. Tanto la gastronomía como el pisco son aspectos vinculados a tradiciones antiguas que de algún modo han sido rescatadas y puestas en valor en los últimos años de crecimiento económico. Ambas están muy asociadas al orgullo nacional.

Hay una suerte de secuencia discursiva donde se habla del peruano relajado, luego viene el creativo y de ahí sale la imagen del *ingenioso, criollo, mil oficios* que tiene el recurso de la inventiva para afrontar la adversidad material.

k) La creencia de salir adelante

Tal como se ha mencionado, la meta del *progreso* es recurrente en los sectores bajos, D y E, y en los medios emergentes (NSE C). En tal sentido, tanto el *ser trabajador*, el

esforzarse en uno o varios trabajos, así como la *creatividad* tiene el *progreso* o el salir adelante como principal fin. De esta forma, la creatividad forma parte de una cultura de sobrevivencia, en donde las soluciones creativas permiten reponerse ante condiciones adversas y asegura la supervivencia.



El que está pintando la casa, porque los limeños son trabajadores, les gusta salir adelante. (Joven, mujer, NSE D)

La gran mayoría. Quizás La misma necesidad que uno tiene, te ayuda a empujar un poquito. (Joven, varón, NSE E)

Los limeños somos aguerridos, buscamos llegar a nuestra meta, son gente emprendedora, que poco a poco trata de superarse (Adulto, mujer, NSE D)

Asociada a la creatividad está también la imagen del *recursero*, del *mil oficios* que hace de todo para *salir adelante*, enfrentar la adversidad. Esto normalmente se asocia a *ingenio* pero como una reacción más que como algo asertivo: *la necesidad es madre del ingenio*. Hay una cultura de sobrevivencia (Inglehart) donde se opta por soluciones de corto plazo para salir de la situación adversa del momento.



...la creatividad que tiene para salir adelante, lo que hace para subsistir. (Varón adulto de NSE AB).

Al respecto, los participantes del sector C, D y E refieren que hay una diferencia importante entre el esfuerzo y búsqueda del progreso entre el limeño, a quien se le considera como *más flojo y deshonesto*, que el provinciano, a quien se evalúa como *más trabajador, más honesto y más colaborador*.

Es importante puntualizar que el progreso se encuentra estrechamente vinculado a la colaboración selectiva mencionada previamente. El progreso se intenta lograr para el beneficio familiar, incluso si ello representa el sacrificio personal. Este beneficio suele tener la imagen de un negocio propio, siendo esta meta frecuente en los niveles D y E, recalcando la independencia económica, o de la profesionalización de los hijos, donde se evidencia la mejora de oportunidades de la familia.

Acá a Lima viene para superarse, no come, no duerme, no ve a su familia para progresa. (Varón adulto del NSE D).

Esta imagen del sacrificio se entrelaza con el pasado, con las raíces incaicas, con la idea de un migrante asentado en Lima, lugar en donde converge la *diversidad cultural*. Además de la diversidad, en los sectores medios emergentes como el C, se considera que este pasado ha facilitado *el tener fuerza y actitud* para sobreponerse ante la adversidad.

...cuando quiere conseguir algo el limeño no para hasta conseguirlo. Por la mezcla de razas que tenemos, sangre de incas. (Varón adulto del NSE C).

De tal manera, la *fuerza y actitud* podría tener impacto en las imágenes que son tomadas como representativas, así como en la preferencia de líderes políticos ideales o el apoyo a líderes que se perciban con **mano dura**.



Escogí a Natalia Málaga, porque ella siempre tiene coraje y actitud para llevar adelante a sus jugadoras. (Adulta, mujer, NSE C)

En ese sentido, más allá del anhelo, que existe, por un trabajo estable, la gente tiene sus expectativas de mejora en un esfuerzo personal que se debe desarrollar en un ambiente de adversidad donde la ley no lo favorece sino que beneficia a otros (*poderosos*, políticos, *ricos*, etc.). Esta podría ser la matriz relacional a partir de la cual se desarrolla esta mentalidad “vale todo”. Esta idea de que finalmente lo importante son los resultados más allá de cómo se llega podría estar presente en esta valoración de *robará pero hace obra*. Se desarrollaría una cultura donde el fin justifica los medios.

Una persona que quiera salir adelante, tiene ese pensamiento que tienen que chocar con otras personas para ganar. (Joven, varón, NSE C)

I) Creencias con relación a los limeños y provincianos

Entre las personas del nivel socioeconómico medio emergente (NSE C) y entre los sectores de más bajos ingresos (D y E) se habla mucho de las diferencias entre provincianos que viven en Lima y limeños nacidos en la ciudad. El provinciano que vive en Lima aparece en el discurso como gente luchadora, trabajadora y progresista que desea mejorar su calidad de vida. Esta mejora, en algunos casos, está asociada a la mejora de la familia (NSE C, D y E). En el C, D y E la gente se percibe más provinciana

Aquí casi la mayoría somos hijos de provincianos. (Adulto, varón, NSE D)

Una viene de provincia a capital para salir adelante y darles lo mejor a nuestros hijos (Adulto, mujer, NSE D)

En contraposición, el limeño es visto como más hedónico, relajado, poco solidario y que no es trabajador.

Yo pienso que la gente de provincia es más metódica, ellos ósea la gente de provincia viene, trabaja acá y logra alcanzar sus objetivos, en cambio el limeño como que es un poco más relajado. (Adulto, varón, NSE E)

También se ve en estos sectores un aumento importante del énfasis que se le da a la mejora y al progreso material, en general, versus la idea de comodidad que hay en el NSE AB. Esta búsqueda de progreso y *mentalidad luchadora* se asocia, como ya se mencionó antes, no solo a la migración sino al pasado incaico. La narrativa presenta a un luchador provinciano que llega a la ciudad y tiene que ir desde abajo hacia arriba *la necesidad te impulsa a hacerlo*, siempre contra la adversidad y por lo tanto necesita ser agresivo *para salir adelante*.

Gente que quiere sacar adelante a sus hijos y quiere emprender. (Joven, mujer, NSE C)

Acá a Lima viene para superarse, no come, no duerme, no ve a su familia para progresar. (Adulto, varón, NSE D)

Poner un negocio, ser *aguerridos* o la mejora en el nivel de instrucción son expresiones de este espíritu de mejora *pones un negocio para tratar de mejorar*. Sin embargo, se percibe con mayor frecuencia y énfasis en el discurso del sector D y E y cuando se refieren al provinciano. Para la gente, instalar un *negocio* es la expresión de un país que está en mejor situación pero es también el elemento que simboliza el afán de lucha contra la adversidad. Gastón Acurio, renombrado chef peruano, es un símbolo de algo que era importante para todos pero que no se valoraba, la cocina. Lo no valorado que ahora sí se valora es un criterio que se puede aplicar a otros ámbitos de la sociedad (el pasado andino, los sectores emergentes, etc.)

Gastón Acurio a pesar de empezar abajo ahora tiene una súper cadena de restaurantes y ayuda a los demás. (Adulto, varón, NSE D)

Estas expresiones recuerdan lo planteado por Carlos Iván Degregori (2013) sobre el llamado “mito del progreso”, muy asociado al provinciano en tanto ha formado parte de su historia de migración de ciudades del interior (o el campo) a la ciudad de Lima. En el C, D y E se habla de negocios que sirven para mejorar, que se enfrentan a diversos problemas, fracasan pero persisten, de ahí la idea de ser aguerrido, porque la sensación es que se es parte de una *guerra de superación*

Se dice que, hay una encuesta, que dice que los provincianos son los más emergente de acá en Lima, inclusive vemos el

centro comercial, como el emporio comercial de Gamarra, porque creo que no en su totalidad pero la mayoría es gente de provincia. Y son los que mayormente gente de empuje, que emergen (Adulto, varón, NSE E)

m) Actitudes hacia la exclusión social

Se considera que las diferencias sociales y la exclusión entre clases sociales es un tema álgido para la formulación de una vida en comunidad. Las exclusiones y distinciones alcanzan diversos aspectos, como el racial, el económico, el lugar de procedencia y el sexo.

Se habló de las distinciones basadas en el sexo de una persona. Se conversó de los tratos diferentes que reciben varones y mujeres. Además de las diferencias sexuales, se identificó una categoría que hace referencia a las distinciones por la identidad de género desarrollada. Se menciona entre adultos de distinto nivel social, al igual que con el racismo, que hoy en día *existe más apertura en el manifestar las preferencias sexuales*, aunque ello *no implica aceptación de las manifestaciones públicas de afecto* entre personas del mismo sexo. Así, se considera que las personas homosexuales *pueden existir, pero no hacerlo público*. Esta evitación de mostrarse en un ambiente público está determinado por una creencia que el hacerlo *afecta a uno mismo*, al ser observador, y *a los niños*. Frente a esto, los jóvenes de nivel socioeconómico AB son quienes muestran una actitud de mayor apertura. Así, se menciona que una muestra de la apertura a preferencias sexuales diversas es *la aceptación y legalidad de la unión civil* aunque este es un tema que todavía sigue en debate y sobre el cual no hay una solución jurídica.

Respecto a la distinción sobre el lugar de procedencia, como ya se indicó, la distinción entre los habitantes de Lima y los de provincia ha sido comentada por los participantes en las dinámicas grupales. Las distinciones han sido dadas, en algunos casos, para enaltecer a los provincianos, frente a los limeños; y en otros, para destacar la segregación de los provincianos por su origen étnico. Respecto a lo primero, parte de los participantes, de los NSE medios y bajos, consideran que los provincianos son *más trabajadores y honestos* que los limeños. Esta distinción hace alusión a dos discursos encontrados: uno que ubica al limeño como un aquel centrado en el goce y en la diversión, el cual es capaz de buscar lo informal para mantenerse; el otro, el del provinciano sacrificado por lograr un nivel de vida que, mínimamente, pueda asegurar la supervivencia.

Lo que pasa es que los limeños son muy flojos. En cambio los de otra provincia vienen de frente a trabajar porque quieren progresar. Allí es donde empieza la dificultad, la envidia y el egoísmo. Los limeños quieren ganar más por ser limeños, y no es así. Tienes que trabajar más si quieres ganar más. (Mujer adulta del NSE C).

En cuanto a las distinciones raciales, gran parte de los participantes consideraron que *las distinciones de clases sociales se basan*, principalmente, en *el grupo étnico al que pertenece una persona*. Por ejemplo, en los niveles más altos se encuentran comentarios que expresan la creencia en estas diferencias al considerar que las personas de grupos étnicos como el andino son *responsables de ciertos niveles de atraso debido a su ignorancia* o de un nivel de *conformismo* que limita el progreso y lleva a optar por lo más simple y lo *informal*.

Yo lo que sí he notado es que, no en términos generales, pero los peruanos están acostumbrados a ser conformistas, a obtener las cosas fáciles y al no buscárselas. Se cierran en un círculo y es por eso que no progresan. Los pocos que han progresado y vienen más abajo, El pobre que viene de abajo son los que no se trazan metas si no que no tienen límites, el límite es el cielo. (Varón joven del NSE AB).

A pesar de estas distinciones basadas en el origen y grupo étnico, se dieron otro tipo de comentarios emitidos para manifestar rechazo a las distinciones raciales. Estos mismos comentarios ponen, en contraparte, a los niveles socioeconómicos altos como los reforzadores de la inequidades halladas por las *actitudes y conductas racistas* que pueden manifestar.

n) Actitudes hacia el racismo

En cuanto al **racismo**, el mismo se percibe como muy extendido, *hasta por gusto*. Como bien señala Nugent (1992) y Bruce (2007) el mismo siempre supone una suerte de confusión de lenguas. Esto se pudo observar en los grupos donde palabras como *provinciano, cholo, pobre, serrano*, entre otras, se intercambian porque lo étnico, lo socioeconómico o lo geográfico tienen un denominador común. En los sectores AB y C hay conciencia de esto pero se percibe mayor rechazo entre los jóvenes de estos mismos sectores.

El fin de semana me fui a una discoteca del sur, en la puerta te eligen a dedo porque estaba con un grupo de amigos...me eligieron con unas amigas y dos amigos más y el resto se quedó afuera, yo pregunte porque, y me dijeron lo siento señorita lo que pasa es que hay un tema de filtro. No lo podía creer, estaba indignada porque había bastante racismo. (Joven, mujer, NSE AB)

Este racismo ha sido manifestado por medio de *insultos, burlas, restricciones de ingreso a espacios públicos* y atribuciones negativas respecto a las acciones realizadas por los grupos segregados.

Acá en Lima hay mucha desigualdad en lo que son razas étnicas, tu eres cholo, eres menos y porque soy blanco soy más eso está mal. (...) Porque no va un blanco hablar con las tribus sino que va una persona mestiza hablar porque no aceptan al blanco porque dicen que es imperialista, empresarial, esa ideología. (Varón joven del NSE AB).

Cuando vas a una tienda, y la tratan mejor a la rubia que está delante de ti que a una persona que no es rubia. (Joven, mujer, NSE C)

No tanto por el color sino también por el nivel social. Si no te ven con una clase social alta, si tienes plata tienes más oportunidades y si no te ven con una clase social alta, te restringen las oportunidades. (Mujer joven del NSE C).

La discriminación en general se da no solo por el color de piel. La forma de vestir y el dinero también se usan como indicadores de nivel social. Se puede ser mestizo pero si la vestimenta indica un mayor nivel social, se daría una compensación en la valorización.

...si tienes plata tienes más oportunidades y si no te ven con una clase social alta, te restringen las oportunidades...por el vestir también. (Joven, mujer, NSE C)

Te tratan como te ven, si entras a un sitio que debes entrar con camisa y corbata, si entras distinto, un ratito y si te ven como es dice si señor que desea. (Adulto, varón, NSE C)

Otra creencia vinculada a la discriminación racial, es la idea de que *los cholos* no cumplen con ciertas normas de convivencia vinculadas a los niveles socioeconómicos altos y blancos. Un tópico frecuente es la alusión a familias mestizas, de bajos recursos, que van a la playa con sus ollas y dejan sucio el lugar. Esto se escucha más en los sectores AB adultos donde se asocia temas de discriminación étnica con falta de educación. Como sostiene Nugent hay una ecuación mental donde los conceptos de: provinciano, de bajos recursos y sin educación, son sinónimos

Como dicen los peruanos no tienen educación, como van a la playa y tu basura la botas en una bolsa, por más que comas algo lo guardas y lo llevas a tu casa. Pero hay también gente que quizás por sus recursos... (Adulta, mujer, NSE AB)

Eso me paso a mí, una vez en el carro hace años, una señora de aspecto de mercado, como mi madre le diría

aspecto de placera, sin querer discriminar pero la verdad es que hay aspectos. Estaba con su hijito y está comiendo su plátano, que hace con la cascara, la arrojo por la ventana y un señor le dijo eso es una asquerosidad y dijo a usted que le importa, media malcriada, contestona y gritona, por eso es que digo que aspecto de mercado y tienen aspecto agresivo, placera. (Adulto, varón, NSE AB)

Esta discriminación que funciona para ingreso a diversos espacios públicos (temas recreativo sociales) también está presente en la posibilidad de conseguir empleo. Se considera que una persona más mestiza no tiene *contactos*, esto es, redes sociales que lo ayuden a conseguir un trabajo en empresas de prestigio.

En los supermercados también. La vara, ya viene por contactos, porque se va formando desde pequeño. Pero para un puesto alto dice la consigo fácil y para eso sí. (Joven, varón, NSE AB)

Frente a las situaciones donde se observan actitudes racistas, fueron encontradas categorías que hacen alusión a *respuestas frente a este racismo*. En tal sentido, se han identificado categorías que responden a una sensación de rechazo frente a esta situación. Por ejemplo, se menciona que estas situaciones de exclusión generan lástima o *pena*; rechazo hacia quienes generan esa discriminación en grupos de nivel socioeconómico medio y bajo, al considerarlos *de mente cerrada* y que no *valoran su propio origen*. Cabe mencionar que también se encontró respuestas que demuestran aparente *habitación* ya que se considera que no podría haber cambios frente a este problema.

Un aspecto interesante ocurre cuando se considera la posibilidad de que una persona de origen andino y/o afroperuano llegue a la esfera pública, sea en medios de comunicación o en la política. Una parte de los participantes de los niveles socioeconómicos AB menciona que estas *apariciones son una demostración de la diversidad cultural* asumida por la sociedad, así como la aceptación de grupos étnicos diversos. Sin embargo, otro segmento de los participantes, jóvenes del segmento AB y del nivel C, mencionan que esta participación es poco relevante. Plantean que personas de diverso origen étnico *con cargos públicos son muy pocos* y, que a pesar de llegar a la televisión, por ejemplo, se *replican las actitudes racistas* hacia estas personas o hacia otros.

El racismo ha bajado, antes no se veía un moreno en la televisión pero ahora si se ve. (Varón adulto del NSE C).

En los grupos de nivel socioeconómico C y D mayores se dice que todavía hay racismo pero que éste ha disminuido. Para algunos, la educación y la capacidad de trabajo son aspectos que se deberían valorar más o que ya se vienen valorando.

(hablando del racismo) *...el que trabaja, el que estudia, el que se esfuerza, a donde quiera llegar, llega.* (Adulto, varón, NSE C)

Ahora ya no nos tratan como serranos, ahora ya nos reciben en los trabajos. (Adulto, varón, NSE D)

1.2. Sistemas de creencias políticas nucleares

Además de los valores sociales mencionados, fueron indagadas las creencias y actitudes hacia temas políticos diversos.

a) Autodefinition ideológica

Ser de derecha

En cuanto a la **derecha** política peruana, se han encontrado creencias diversas sobre quienes la conforman, así como lo que significa ser de derecha:

- Está *conformada por gente pudiente*, para los niveles medios y altos, sus integrantes son personas de un nivel socioeconómico alto.

La derecha siempre ha sido conocida como la gente pudiente, la clase empresarial, las familias poderosas que nos domina. (Adulto, mujer, NSE C)

- Es sinónimo de *capitalismo*, el cual es entendido como la defensa del capital privado o las empresas privadas;
- Es *conformado por quienes se encuentran en el gobierno*, es decir, para los niveles C, son quienes cuentan con el poder político para la toma de decisiones;
- *No son comunistas*, ya que se considera el comunismo se encuentra vinculado a la izquierda;
- *Son extremadamente democráticos*, expresado por el NSE AB
- *Son personas con educación*, siendo esta preparación lo que se vincula con una creencia sobre su capacidad de atender y trabajar bien cuando se encuentran en el gobierno. Esta idea fue expresada por participantes de los niveles AB
- Son *gente tranquila*, según los niveles altos, en contraste con personas agresivas que serían identificadas en grupos de izquierda;
- Son *gente con más valores*, debido a la coherencia y consistencia entre las promesas dadas y las acciones tomadas.

Además, de lo mencionado, existe una categoría sobre cómo los medios de comunicación impactan en la imagen de la derecha peruana en los jóvenes del NSE AB. Así, fue mencionado que *los medios de comunicación te hacen creen que es buena*.

Ser de izquierda

En cuanto a la **izquierda** política peruana, se presentaron las siguientes creencias sobre su conformación:

- Está *conformada por gente del sector popular*, ya que se considera que es conformada por personas del pueblo;
- Son personas que *ven por el pueblo*, ya que su preocupación principal sería trabajar para los estratos más bajos;
- *Es socialismo*, según algunos jóvenes de los niveles AB, lo asocian con el socialismo, el cual sería considerado un comunismo moderado;
- *Conformado por opositores del gobierno y de los empresarios*, parte de los participantes de los sectores bajos consideran que los miembros de la izquierda políticas son siempre opositores al gobierno de turno, así como de los empresarios que podrían ser favorecidos por estos gobiernos;
- Son *vigilantes de los otros grupos*, en tanto serían personas independientes que señalan los aciertos y errores de otros grupos políticos;
- *Buscan la igualdad*, identificado a personajes como Fidel Castro o Hugo Chávez, quienes, para algunos participantes, buscaron la igualdad;
- *Son comunistas*, para varios participantes del sector AB ser de izquierda es igual a ser comunistas, lo cual para algunos no pareciera tener algún tipo de carga actitudinal, mientras que para otros esta afiliación tiene una carga negativa ya que lo consideran como *algo mal visto*. Esto es manifestado por algunos jóvenes de los niveles altos.
- *Son agresivos*, para los participantes de los niveles altos, ser de izquierda es similar a ser *terroristas, rebeldes y resentidos sociales*, lo cual tendría su origen en haber sido *gente maltratada con ideas bien agresivas*.

Pero la palabra exacta como dije Felipe es que son resentidos. (Adulto, varón, NSE AB).

A pesar de la variedad de creencias mencionadas, llama la atención que una gran parte de los participantes mencionó que *no sabe* que significa ser izquierda. Asimismo, se generó una categoría que hace mención al efecto de la prensa en la generación de la imagen de la izquierda, así se mencionó que *los medios te hacen creer que es mala*.

Ser de centro

Finalmente, se preguntó sobre el o los sectores políticos que serían de **centro**. Al respecto se encontraron creencias sobre:

- La *imparcialidad* de los políticos de centro. Los participantes del nivel C mencionan que son personas neutras sobre sus opiniones;
- Algunos participantes consideran que ser de centro implica *ser de ambos*, refiriéndose a ser de izquierda y de derecha al mismo tiempo;
- *Son una propuesta alterna*, siendo personas que buscan *una nueva propuesta*, alterna al apoyo a la gran empresa;
- Son personas que *se acomodan a lo que hay y les gusta cualquier opinión*, ya que, para algunos jóvenes y adultos del nivel AB, van de acuerdo a la coyuntura del momento, priorizando sus propios intereses.

Cabe mencionar que algunos participantes jóvenes consideran que *no han escuchado* que es ser de centro, *no saben* lo que es o consideran que *no existe*, siendo los congresistas poco eficientes (denominados otorongos) los que podrían caer en la categoría.

Es que los medios te hacen entender que la izquierda mala y la derecha buena o centro no hay nadie de centro. (Joven, varón, NSE AB)

b) Sentimiento de eficacia política

Entre los adultos del nivel socioeconómico AB se percibe que a nivel de municipios distritales sí se puede influir y tener contacto con las autoridades pero solo en ciertos distritos percibidos como *modernos* y muy vinculados a sectores medio/altos (San Isidro, Miraflores, etc.). Se considera que no depende tanto de la organización municipal en sí sino de los alcaldes de turno y cierta tradición que se ha ido construyendo en algunos distritos conocidos por tener población con mayores ingresos. De algún modo lo que se transmite es que se percibe que el alcalde puede ser un vecino o un conocido *alguien como uno*.

En los niveles socioeconómicos medio emergente (C), bajo y muy bajo (D y E respectivamente), se considera que en la política todo es corrupción y que no hay solución, no tanto por la dificultad de los ciudadanos por influir sino que el nivel de corrupción es tan grande que no se ve alternativas (*ningún gobierno lo ha hecho*). Al igual que en los niveles AB, algunos perciben que ciertos alcaldes puede ser más asequibles. Depende más de la persona que está temporalmente ahí que de la lógica de la relación con la institución.

c) Afiliación política

Además de las imágenes de sectores políticos, muy pocos participantes manifiestan tener una **afiliación** o identificación con alguna de las posiciones políticas mencionadas. En algunos casos, como en los niveles altos, se mencionan preferencias hacia personajes, como Pedro Pablo Kuczynski, Alberto Fujimori o Daniel Urresti (en esos días, ministro del interior del gobierno nacionalista) por quien la afinidad se basa en un supuesto

conocimiento de sus ideas, acciones y/o sus planteamientos. Aunque, como se verá más adelante, este conocimiento suele ser genérico y, salvo en algunos casos, recogido de información periodística bastante resumida.

d) Socialización política

En los grupos el tema se tocó indirectamente. En algunos casos para hacer referencia a la formación de las personas en el hogar y en otras para comentar cómo debería ser la educación en los colegios. En ambos casos estos temas surgieron cuando se discutía sobre la ausencia de normas de convivencia o de valores de colaboración. Cuando se habló de la importancia de la educación en el hogar fue para mencionar que el respeto a los otros y/o a las normas era un tema que se debía de fomentar desde el hogar.

Las referencias al estilo de educación esperado en los colegios surgieron cuando se discutía sobre la necesidad de que un presidente en Perú tenga o no **mano dura**. Lo que se planteó en estos grupos era que cómo el limeño es relajado y poco apegado a las normas se debería de tener una educación más estricta. Una forma de hacerlo era reincorporar los cursos de instrucción militar que en algún momento existió en los colegios.

En la generación de los 80, al menos yo estudié con instrucción militar, los auxiliares nos metían palo, en la casa nos metían palo y nadie si murió (Adulto, varón, NSE AB)

Hay más delincuencia, juventud descarriada, fiestas a escondidas, lo que antes pues era más estricto. (Adulto, mujer, NSE C)

2. La vinculación del ciudadano con la política

2.1. Creencias sobre la política

Es generalizada la asociación de **política** a creencias y sentimientos negativos: caos, corrupción, búsqueda de interés personal y donde nada se puede hacer. Hay una idea generalizada de que los políticos están más preocupados por sus intereses personales que por los asuntos públicos. En los grupos de nivel D se llega a decir que es *una basura*. La política se asocia a políticos, no a la posibilidad de ellos mismos participando. De manera semejante a lo que se demanda a la democracia, lo que se pide es que la política *sea justa*. Hoy se percibe que hay mucha corrupción.

Todo se inclina a favor a los que tienen dinero (Joven, mujer, NSE D)

La política es un robo (Joven, varón, NSE AB)

Para mi es corrupción (Adulto, mujer, NSE C)

*Están que se pelean para ver para llegar al mando para ver
cuánta plata te puedes meter a los bolsillos* (Adulto, mujer,
NSE D)

Se asocia negativamente a conflictos, corrupción, baja calidad de la representación, falta de alternativas (votar en “contra de” antes que a “favor de”) y esto repercute en que se deja de tener interés por la misma. Se considera la política muy asociada a lo congresal y a su vez se percibe a los congresistas como personas con bajo nivel de preparación, solo interesadas en sacar provecho personal de sus cargos (patrimonialismo) o en cobrar sueldos que se consideran inapropiados.

Ese congreso es un circo. Cobran y cobran. (Adulto, mujer,
NSE C)

Parte de este discurso suelen ser reflexiones que plantean sistemas que sean más rigurosos con la selección de candidatos al congreso. Normalmente se plantean vallas más altas a nivel de formación educativa, como si los problemas de representatividad pasaran por un asunto de capacidades técnicas. Además, se menciona que *ya no existen políticos con buena oratoria*, siendo contrastados los políticos actuales con políticos ya desaparecidos (Belaúnde, Alfonso Barrantes o Armando Villanueva), en quienes se reconocía su capacidad para dar discursos frente a multitudes.

*Debería haber gente más preparada. Debe tener un
curriculum. Es gente que viene a ganar dinero fácil*
(Adulto, varón, NSE C)

Para algunas personas en los niveles socioeconómicos AB la política es considerada *una herramienta de defensa y reclamo ante las autoridades*. El tener conocimiento de los eventos recientes puede ayudar a asumir medidas para evitar futuros problemas. Para otros participantes, la política es *igual a ir a votar*, ya que asistir a las elecciones es parte de asumir una posición activa frente a la política. Además, se encuentra creencias sobre que *conocer de política es estar informado*. En estos casos se considera que la política es un posible tema de conversación, por lo cual es necesario estar atento a los eventos recientes y así poder tener una postura en el dialogo. Otras categorías encontradas fueron *es algo que hacemos todo el tiempo y es corrupción*.

Entre las personas de nivel socioeconómico D y E la política se ve también asociada a los congresistas. En este caso se subraya el poco interés de los políticos por cumplir con sus promesas. El sentimiento es que los mismos ofrecen mucho durante las campañas pero una vez que salen elegidos no cumplen con lo que les ofrecen.

Se olvidan por el que han votado (Adulto, varón, NSE D)

Prometen que va a haber agua, que se va a mejorar, pero cuándo se logra ya se olvidaron de nosotros (Adulta, mujer, NSE E)

2.2. Desinterés hacia la política

Asociado a esta imagen negativa, se observó un gran **desinterés hacia la política**. Lo que se suele hacer es seguir las noticias generales con la idea de no sentirse aislado del entorno.

Conocer los problemas del gobierno o del país. Que a veces, ignoramos tanta cosa y cómo podemos reclamar si somos ignorantes de la política. (Adulto, varón, NSE C)

La política se asocia a los políticos y al congreso en particular por lo que hay un gran rechazo hacia estos temas (del congreso o los congresistas). No se concibe como una posibilidad de organización propia o vinculada a lo público en general.

La lectura de diarios o la conversación sobre política en el hogar es baja o nula. Solo algunas personas tienen o han tenido algún nivel de participación en campañas electorales apoyando alguna agrupación a partir de vínculos directos con el candidato en cuestión.

En varios grupos lo que siguió a la pregunta fue un prolongado silencio. El principal motivo encontrado es que *se ve robo y corrupción en la política* así como poco interés por cumplir las promesas electorales. Todo esto genera sentimientos de *decepción*, rabia y desesperanza que no motivan a mantenerse informado de lo que ocurre o a participar.

“No hablo nunca de política, me deprime, nunca se ponen de acuerdo, se llenan los bolsillos. (Mujer adulta del NSE AB

Otro motivo hace referencia a la falta de medios de comunicación que puedan dar información completa y sencilla para comprender los eventos y noticias políticas. Se menciona que *no hay un medio que explique los antecedentes*.

2.3. Vinculación con el entorno comunitario

a) Problemas comunitarios

El nexa del ciudadano con la política y el sistema público suele estar dado principalmente cuando surgen preocupaciones o problemas comunitarios que deben ser resueltos con la participación conjunta de los pobladores y el empleo de los recursos comunitarios. Incluso en estos casos, el interés y/o la participación solo dura mientras el problema o la

urgencia (salud, terremoto, accidente) está presente. Una vez que se soluciona, el interés y/o participación desaparece o decrece.

Respecto a los **problemas comunitarios** identificados, se formaron las siguientes categorías: *la seguridad ciudadana*, la cual es constantemente amenazada por un incremento de experiencias de robos y pandillaje en todos los niveles socioeconómicos. Esto afecta la tranquilidad personal y comunitaria, y genera pérdidas a nivel económico.

La inquietud es la delincuencia, es que sales y te roban. La inseguridad, hay demasiado delincuencia en el Perú y eso es lo que el peruano está preocupada para combatir eso.
(Varón, joven varón del NSE C)

Las *faltas al orden y la limpieza pública*, evidenciado en la contaminación sonora de los vehículos en las calles, el descuido en el desecho de la basura en espacios públicos; *tráfico* vehicular, lo cual podría generar accidentes de tránsito y una mayor contaminación sonora. En los segmentos D y E se habla más de casos de *drogadicción* e impunidad frente a *delincuentes que no son detenidos*.

Además, en distintos niveles socioeconómicos se menciona *la corrupción*, la cual se encuentra instaurada en varios ámbitos sociales y *las dificultades para ponerse de acuerdo* dentro de barrios o asociaciones de vecinos para la gestión de obras que benefician a los pobladores.

En los niveles socioeconómicos AB el crecimiento económico de los últimos diez años se ha visto reflejado en zonas que se han transformado totalmente pasando de estar pobladas por casas residenciales de 250 a 1,000 metros cuadrados a multiplicidad de edificios. La construcción misma de los edificios (muchas veces varios a la vez en la misma zona) y la convivencia entre casas y edificios o entre los mismos inquilinos de los edificios a supuesto nuevas experiencias socio urbanas. No son sectores que tengan tradición de organización a nivel vecinal.

Era un barrio tranquilo y de casa de dos pisos, han venido y nos han tapado la vista al mar. (Adulto, varón, NSE AB)

Imagínate que se venga el edificio encima de tu casa.
(Adulto, mujer, NSE AB)

Se ha desarrollado un nuevo entorno donde se tiene que negociar acceso a recursos diversos (la vista, seguridad, etc.). En general, el balance es negativo. Se resaltan diverso tipo de dificultades para llegar a acuerdos satisfactorios entre las partes. En ese proceso de negociación por asuntos públicos, la corrupción, como una forma de promover la inequidad, se hace presente

“...ellos tuvieron que pagar...La constructora le bajó plata a la municipalidad y hay edificios de doce pisos”. (Adulto, varón, NSE AB)

b) Recursos comunitarios

Frente a estos problemas, surgen **recursos comunitarios** que permiten, en muy pocos casos, resolver el problema. El principal recurso identificado fue la *organización entre vecinos*, aunque esta suele ser esporádica. Cuando se pregunta si han intentado organizar a sus vecinos para resolver colectivamente un problema, se responde que se puede lograr pero que siempre hay dificultades:

“Van grupalmente pero a los tres días se olvidan” (Adulto, varón, NSE D)

“No te hacen caso” (Adulto, mujer, NSE E)

Se juntan para ayudar a una persona con problemas de salud y una vez lograda la colecta, no se vuelven a reunir. Es una red que se activa para responder a emergencias, no para solucionar problemas. Muchos prefieren no participar de manera permanente porque dicen que cuando esto ocurre muchas veces se dan acusaciones por malos manejos. En el discurso siempre se representa la búsqueda de organización como algo difícil donde no siempre se colabora o que reporta riesgos personales. Donde se recogen más experiencias de organización y acción a este nivel son el nivel D y el E. Suelen ser experiencias donde son los mismos pobladores los que se organizan y donde ponen énfasis en la falta de apoyo de responsables tales como la policía o el poder judicial. Un ejemplo es cuando se captura a un delincuente que está robando por la zona y donde la policía no interviene o donde si lo hace pero es liberado al poco tiempo. Esta situación lleva a que en algunas zonas y circunstancias se den ajusticiamientos al ladrón por parte de los mismos pobladores.

En otros casos, en el nivel medio emergente (C), bajo (D) y muy bajo (E) frente a la falta de atención de las autoridades, los pobladores terminan *haciéndose cargo de problemas* como el cuidado de la zona en la que viven.

Si bueno donde yo vivo es asentamiento y es cerro y no tenemos apoyo de otros, de entidades pero nosotros por nuestros propios recursos, con nuestras propias manos, escaleras para el bienestar de nuestros hijos. Hacemos las escaleras, las pistas, los muros. Y de allí, todos nos juntamos de tal hora a tal hora, todos somos iguales. (Mujer adulta de NSE E)

Otra estrategia es el *llamar a la prensa*, siendo los medios de comunicación una herramienta para llamar la atención de autoridades para que ayuden en la solución de un problema. En tal sentido, la prensa funciona como un *generador de escándalo para llamar la atención*.

A pesar de las alternativas que puedan surgir para responder a los problemas generados, existen otros limitantes que dificultan la generación de coordinaciones y esfuerzos comunitarios. Una dificultad reside en que, entre los vecinos, los problemas se discuten *pero no se ejecuta propuestas de cambio* debido al desinterés en involucrarse en acciones comunitarias. Entre otros problemas se encuentra el de las *resistencias a las propuestas de cambios*, mencionado por los niveles socioeconómicos más altos como una suerte de temor a lo nuevo. Así, este tradicionalismo se observa como una limitante para mejorar problemas que surgen en el contexto comunitario.

Nosotros nos juntamos para poner rejas, no quieren pagar un guardián para que abra las rejas, siempre hay un pero y para evitar eso no pusimos nada, después no se quejen si les roban” (Varón adulto del NSE AB).

Además, se menciona el temor a *recibir amenazas* de grupos que podrían ser perjudicados con los cambios, *falta de recepción y escucha en gobiernos locales* para la ejecución de propuestas de mejora, *la pérdida del tiempo personal invertido en hacer gestiones y desconfianza de los vecinos cuando uno asume un cargo*. Respecto a este último limitante de la organización en los niveles bajos, es importante explicar aquello que lo sustenta. Para algunos participantes, el participar en una organización comunitaria genera suspicacias en la población respecto a los supuestos intereses en participar en esta organización, la misma que sería el de emplear, irregularmente, los fondos económicos. En los grupos de discusión participaron personas que habían tenido experiencia como dirigentes barriales o en el vaso de leche y en estos casos su balance era negativo. En algunos casos les molestó ser acusados de malos manejos y en otros les incomodó observar un uso inadecuado de los recursos existentes. Esta desconfianza se observará más adelante en la imagen de actuales y posibles futuros políticos.

c) Participación en asociaciones

Además de las menciones de participar en organizaciones vecinales –generadas para resolver problemas comunitarios (asociaciones de inquilinos de edificios, vaso de leche, comedores populares, etc.) - se han encontrado otras experiencias de participar en asociaciones civiles y/o políticas. Algunas organizaciones mencionadas por los niveles más altos y, más aun, por los jóvenes son *grupos de amigos jóvenes* para la defensa de animales. También se mencionaron *grupos de música, grupo con creencias religiosas compartidas, ONGs en donde se realizan voluntariados, clubes de fútbol, Boy Scouts y*

clubes sociales. En los niveles C, D y E hay también experiencias de asociaciones creadas para organizar festividades religiosas

Por donde yo vivo hay una Cruz de Mayo, todos los años se celebra la Cruz de Mayo hay donde todos los vecinos cooperan, yo pongo la cerveza, yo el pollo, yo la papa, allí se le da a todo el barrio, es lo único que si hacen, para la diversión sí. (Adulto, varón, NSE C).

El interés y la participación efectiva en organizaciones son más bajas en los jóvenes. Cuando se planteó este tema en estos grupos muchas veces hubo solo silencio o menciones esporádicas a grupos parroquiales. Entre los adultos, especialmente de los niveles C, D y E, la participación en asociaciones parece ser mayor y siempre como respuesta a problemas del barrio. En el grupo de adultos de nivel C se habló de la participación para luchar contra problemas de inseguridad ciudadana recurrentes (delincuencia, drogas). Esto no suele estar formalizado en una organización particular sino que son los vecinos que se convocan y organizan algún tipo de acción que no siempre tiene continuidad. Entre las personas de nivel D y E la gente se organiza en función a temas de seguridad ciudadana, lucha contra delincuencia local vinculada a drogas. En el nivel E se menciona, además, la participación en comedores populares, vaso de leche y organizaciones parroquiales. Tanto en el nivel D pero sobre todo el E se habla de organizaciones de muchos años, como el vaso de leche que han perdido reputación debido a problemas con manejos de dinero en los comités de gestión.

2.4. Participación política

a) Participación en organizaciones políticas

La organización política más mencionada fue el APRA. En casi todos los grupos de diferentes niveles se ha tenido algún tipo de experiencia directa o indirecta: hay un pariente cercano a esta institución o la familia tiene la costumbre de votar por el APRA. Algunos jóvenes de nivel socioeconómico AB y C comentaron que de niños o adolescentes habían participado en *cursos de oratoria* de este partido. La motivación en algún caso había estado más orientada a la búsqueda de desarrollo personal y en otros por el sentido de pertenencia que le daba como adolescente. Al final no se mantuvo el vínculo, ya sea porque el curso terminó y no se buscó seguir más o porque se tomó distancia de lo que se vio como un intento de *lavado de cabeza: te lavan la cabeza, en todos los partidos políticos* (Joven, varón, NSE C).

Lo que se dice en la mayoría de grupos es que *no tienen intención* de participar en partidos porque *están manchados* como instituciones para canalizar inquietudes sociales. Para la gente, los partidos *no se pueden tomar en serio*. Se prefiere una organización entre pares, que tenga mayor autonomía.

Estamos manchados de corrupción, de mentiras, de promesas falsas... (Joven, varón, NSE AB).

Por darte un ejemplo, agruparte con un grupo de personas, hacer un proyecto que le pueda servir al país... Yo no entraría en un partido. Yo pienso no hacerlo como un partido porque las personas están acostumbradas a que un partido es algo malo. (Adulto, varón, NSE C)

En los grupos de nivel socioeconómico bajo (NSE D) hay más experiencia de participación vinculadas a actividades de los partidos que parecen estar más asociadas a captación política o estrategias clientelares. Sin embargo, también hay experiencia de personas con familia que está en partidos y a través de los cuales han tenido algún nivel de contacto muy básico (recojo de firmas para inscripción de una candidatura, reuniones festivas)

b) Participación política no convencional

Para los participantes, las marchas y manifestaciones surgen como una posibilidad de hacer que las autoridades escuchen sus reclamos. Sobre ello se menciona que *a pesar que toma tiempo, las marchas, pueden funcionar.*

Respecto a las experiencias dentro de una huelga o marcha, algunos participantes mencionan que *no han participado nunca*. Entre algunos jóvenes del nivel AB el motivo para no participar se centra en que *se encuentran enfocados en temas personales*. En varios grupos de diferente nivel socioeconómico se considera que *las marchas siempre terminan en problemas* y, para algunos, es considerado *una pérdida de tiempo*.

Siempre las marchas o esas corridas, siempre terminan en pleito. Para que gastarse uno su tiempo y sus energías y exponerse porque de repente por quien vas te atacan. (Joven, varón, NSE AB).

A pesar de ello, otros jóvenes de los niveles AB y adultos de otros niveles socioeconómicos reconocen que son los jóvenes quienes han logrado manifestaciones masivas con éxito, lo cual sería una señal de cambio.

...yo tengo 24 años trabajando en la industria y veo por primera vez que un grupo de jóvenes sale a protestar sin miedo, y logró su objetivo. Anteriormente no se podía hacer eso, éramos dominados por el terrorismo... (Adulto, varón, NSE C).

En todos los niveles había llamado la atención lo que fueron las marchas contra lo que se conoció como la “Ley Pulpín” que era una ley para flexibilizar el mercado laboral donde los jóvenes tuvieron un fuerte protagonismo. Como algo embrionario, se percibe que este tipo de participación no convencional puede ser una forma de lograr influenciar en quienes toman decisiones. Algunos lo ven como expresión de un proceso de mejoras en la libertad de expresión. Se mencionó que durante los años del terrorismo y los siguientes, las protestas se podían asociar a comportamientos políticos extremos o violentos

...anteriormente no se podía hacer eso, éramos dominados por el terrorismo (Adulto, mujer, NSE C)

Ahora hay más libertad de opinión. Un caso más reciente fue la ley Pulpín que fueron como seis marchas y al final erradicaron esa ley (Joven, varón, NSE AB)

El país está cambiando poco a poco, yo tengo 24 años trabajando en la industria y veo por primera vez que un grupo de jóvenes sale a protestar sin miedo, y logró su objetivo (Adulto, varón, NSE C)

Entre los adultos de los niveles socioeconómicos C y D, algunos consideran que la gente puede estar molesta pero no se expresa

Nos quejamos, pero nos quejamos callados. No salimos a reclamar con la gran masa como es en otros países (Adulta, mujer, NSE C)

Pienso que el peruano no está acostumbrado a decir “esto” de otra persona... no se expresa, no es directo (Adulto, varón, NSE D)

En el nivel socioeconómico D y E hay alguna experiencia en marchas vinculadas a grupos del vaso de leche, reclamos por agua y semejantes. Se valora una marcha pacífica como una forma de hacerse escuchar.

La marcha te ayuda a que se hagan escuchar. (Adulta, mujer, NSE E).

c) Comportamiento electoral

Los participantes de los distintos grupos afirmaron que **asisten a votar desanimados**, pues al *ser obligados* a votar y no tener un candidato que cumpla con sus expectativas, consideran no tener motivación. Frente a esto, se conversó sobre la posibilidad de tener el **voto voluntario**. Esta alternativa tuvo dos tipos de reacciones. Entre las personas de nivel C, D y E, lo que se tendió a mencionar fue el bajo nivel de participación que habría

si el voto fuese voluntario. Se argumenta que la decepción frente a los políticos lleva a tener esa actitud. Entre las personas de nivel AB se apoya esta medida porque, a su criterio, *evitaría que la gente de no debe votar lo haga, evitaría que se elijan corruptos* y porque *iríamos más animados* ya que las personas tendrían *ilusión*. Lo que se menciona es que las personas de niveles socioeconómicos bajos, con bajos niveles de educación, terminan votando por obligación y sin saber bien por quién votar.

Una experiencia reciente de votación fueron las **elecciones municipales** de noviembre del 2014. Los votos de los participantes fueron diversos, pero fueron identificados algunos motivos por los que decidieron votar por un candidato. Así, quienes votaron por Susana Villarán (candidata de centro izquierda que postuló por la reelección en el 2014), mencionan que lo hicieron *por su trabajo con la cultura, por darle la oportunidad de hacer obras en la segunda gestión* y por su *intento por ordenar el transporte urbano*. Contrario a ello, algunos participantes mencionaron que no votaron por ella ya que *no hacía obras y robaba*. Quienes votaron por Luis Castañeda, sólo mencionaron que *hace obras*, haciendo referencia a que en sus gestiones anteriores (2003-2006 y 2007-2010) hizo obras como escaleras y mercados. Quienes no votaron por él refieren que no lo hicieron porque *roba* y, a pesar de lo que se cree, *no hace obras*. En cuanto a quienes votaron por Enrique Cornejo (candidato del partido aprista), lo habrían hecho *por tener un buen plan de gobierno* y porque habría demostrado *tener oratoria y empatía*, haciendo referencia a su desempeño en el debate municipal semanas antes de las elecciones. Otro segmento mencionó haber votado nulo ya que *todos roban, sabía que no iban a hacer algo y no le interesa la política*.

d) Roba pero hace obras

Un tema que surgió en los grupos fue el de la corrupción. Se comentó la frase que apareció en unas encuestas y en diversos medios para aludir al candidato que finalmente salió elegido como alcalde de Lima (Castañeda Lossio): *roba pero hace obras*. Se menciona que no es de extrañarse ya que *todos los políticos roban*. Frente a esto, algunos participantes refieren que aceptar y votar por políticos que *roban pero hacen obras*, es una muestra de *aceptación* de ello, lo cual representa *el conformismo* de ciertos sectores. Es interesante notar que la aceptación de esta noción es muy similar a la de la *informalidad*, en donde los medios no son relevantes, sino el fin que se persigue. En la informalidad, el fin principal es la supervivencia; mientras que en robar y hacer obra, el fin es obtener infraestructura que mejore aspectos de la calidad de vida actual. Es una respuesta que retroalimenta el sistema del cual la misma gente se queja. La anomia se retroalimenta.

e) El clientelismo

Dentro de la conversación que se dio en los grupos sobre el voto, se identificó diverso tipos de incentivos que usarían los políticos para obtener votos, entre ellos, el **clientelismo**. En los niveles AB y C tienen conocimiento de estos hechos pero se les representa como algo que ocurre con otras personas, no con ellos. En estos sectores se asume que estas prácticas son efectivas y que la gente vota por aquel que ofrece o regala más. En los niveles D y E se habla de experiencias directas al respecto pero con resultados diferentes a los que se mencionan en los niveles más altos. No siempre la gente vota por el que más ofrece.

Se han identificado las siguientes categorías: *alimentos* (como refrigerios durante la campaña o canasta de víveres), *juguets para niños*, *prendas de vestir* (como polos) y *dinero*. Se menciona que con estos incentivos, la asistencia a manifestaciones está asegurada ya que las agrupaciones políticas llegan a *acuerdos con dirigentes de asociaciones vecinales para convocar a más gente* durante los mítines o marchas.

Respecto a la **funcionalidad de los incentivos** mencionados algunos participantes, principalmente en el nivel AB, mencionan que *sí funciona*. En los niveles C, D y E se comenta de candidatos que hacen fiestas u ofrecen bienes pero se considera que no siempre son efectivos. Se habla de candidatos a ciertas alcaldías distritales en zonas populares que ofrecieron de todo y perdieron frente a candidatos que pusieron más énfasis en presentar propuestas articuladas.

Hay mucha gente en la calle que les regalaran un jugo y galletas que les hacen firma un planillón y después si gana para pertenecer a un grupo. (Adulto, varón, NSE D)

En Villa María, la alcaldesa hizo muchas cosas así, regaló de todo pero al final perdió y no votaron por ella. (Adulto, mujer, NSE E)

En los niveles D y E hay más experiencia con prácticas clientelares. Se habla de haber recibido polos, vasos, participado en sorteos, etc. pero también se comenta que se ofrecen obras para cuando se salga elegido (pistas, campos deportivos, veredas). Sin embargo, como ya señaló Paula Muñoz (2013), la gente no necesariamente orienta su comportamiento en función a estos estímulos. Se dice que en general no se cree en las promesas pero que sí se recibe lo que entregan. El candidato o político en funciones intenta utilizar al ciudadano y éste último busca utilizar al candidato.

Después que ganan no ayudan nada. (Adulta, mujer, NSE E)

Vienen hasta tu casa, te dan hasta la mano. Después ya ni te conocen y ni la mano te quieren dar. (Adulto, varón, NSE D)

No, obsequio es un obsequio, recibimos y ya. (Adulta, mujer, NSE E)

3. Creencias y actitudes hacia el sistema político

3.1. La relación con la democracia

a) Creencias y actitudes hacia la democracia

En general, se ve una conceptualización pobre y negativa de qué es la democracia. Solo en el nivel socioeconómico AB se dan opiniones matizadas pero ya en el C prima lo negativo y en el D y E lo que se observa es la ausencia de conceptos que se pone en evidencia con silencios prolongados cuando se pregunta qué entienden por democracia. En el nivel D no se logró conceptualizar nada sobre democracia, se dijo que no encontraban las palabras y una persona llegó a mencionar *corrupta*. Lo que primó fue el silencio. En el NSE E pocos fueron los que opinaron. Se le vincula más a un sistema que debe escuchar y estar *cerca del pueblo*.

Entre las asociaciones negativas se habla de *mentiras*, haciendo referencia a que los políticos elegidos no cumplen con lo que prometen; *es protesta*, ya que se vincula directamente la posibilidad de reclamo con el desorden que podría generar una huelga o conflicto; *es desigualdad*, ya que representaría como ciertos sectores usan su poder para obtener favores, la *dedocracia*; y *es lento*, ya que se cree que la democracia favorece la burocracia, lo cual genera que los trámites, solicitudes y decisiones tengan que pasar por muchas opiniones. Algunos consideran que la democracia en general se ha ido deteriorando con el tiempo. La calidad de la misma es asociada, por algunos, a la calidad del congreso y consideran que este es cada vez menos competente. Se dice que se valoraría más la democracia si percibieran que *hay justicia*.

La democracia se basa en un grupo de gente que habla, habla, habla y es para un propósito que se quiere. La gente grita, por algo que quieren que les hagan caso. (Joven, mujer, NSE C)

La política es manejada por un grupo, si vas y votas y de pronto te roban la alcaldía, se puede decir que la democracia no existe. (Adulto, varón, NSE D)

Porque todo es comprado, todo está manipulado. (Joven, mujer, NSE C)

Al indagar en los aspectos positivos, se encontró las siguientes categorías: *es libertad de opinión*, ya que en democracia las personas tendrían la libertad de expresar sus ideas; *es igualdad*, ya que implica que todos tienen las mismas oportunidades y la posibilidad de ser tratados igual; *es ser tomados en cuenta*, lo que implica que las opiniones de todos sean escuchados, y *tener la posibilidad de reclamar* si esto no ocurriera; *es tolerancia*; *respetar la opinión de cada persona*; *es justicia* y que *el pueblo tiene la oportunidad de cambiar a su presidente*, si es que se considera que este ha cometido un error. Algunos adultos en el nivel AB consideran que ahora hay algo más de control ciudadano sobre la corrupción gracias a las redes sociales. Habría cierta mejora en la capacidad de fiscalización de la misma sociedad civil.

En algunos casos, sobre todo en sectores de bajos recursos, la democracia se equipara a igualdad o justicia pero más como un ideal que como una realidad. Para algunos se asocia a *libertad*, *ser oídos*, *igualdad para todos*, *tolerancia*.

Justicia. Porque una persona demócrata es una persona justa. (Joven, varón, NSE C)

Esta expectativa de democracia social, vista como sustantiva, se opone en el discurso de los grupos a la democracia electoral. Se percibe que el funcionamiento de la democracia, en tanto proceso electoral, no es algo que cumpla con las expectativas de progreso puestas en esta forma de gobierno.

...no ir cada 4 o 5 años a votar sino tener todas las mismas oportunidades. (Adulta, mujer, NSE C)

b) Democracia en Perú

Respecto a la **democracia en Perú**, la mayoría de participantes considera que *no existe*, ya que no tendríamos real libertad de opinión y, debido a la existencia de ciertas condiciones particulares a nuestro contexto, la democracia es percibida como inviable. Se percibe que no hay igualdad y que los políticos solo se aprovechan de su posición para su provecho personal.

Las condiciones que limitarían la existencia y desarrollo de la democracia en Perú han sido agrupadas en las siguientes categorías: *debido a la corrupción*, ya que se percibe que no es posible que la decisión popular sea escuchada o considerada cuando *todo es comprado*, *todo está manipulado*. Se considera que *las promesas* de los candidatos, ofrecidas durante la campaña política, *no son cumplidas* cuando este candidato llega a la posición a la cual postuló. *Existe desigualdad* en los beneficios que recibe cada nivel socioeconómico, siendo los niveles más bajos quienes menos se benefician. *Existe burocracia*, lo cual, como se mencionó, se asocia a la lentitud de los procesos institucionales y con la ineficacia para la toma de decisiones. *Los funcionarios públicos*

no tienen respeto, ni compromiso para el cumplimiento de las normas. En comparación con otros países, los participantes consideran que *nadie reclama* por esta falta de cumplimiento de la democracia.

No hay democracia, en si la democracia es libertad de expresión pero acá no hay. (Joven, varón, NSE AB)

Una democracia verdadera es la elección de alguien...No es como acá que todo se vende. (Adulta, mujer, NSE C)

c) **Igualdad**

Al mencionarse en los grupos que una forma de entender la democracia era la igualdad, se profundizó en los niveles de **igualdad** percibidos en el sistema político. Al respecto, algunos participantes mencionaron que *no existe igualdad*, lo cual se evidencia en las diferencias entre clases sociales y el racismo previamente expuesto. Para otros, *al menos hay libertad de expresión*, esta categoría muestra como, para algunos participantes, la libertad de expresión es vista como una compensación a las inequidades sociales percibidas. Para otros, no hay igualdad porque solo *se ofrecen beneficios a ciertos sectores* esto es, a los niveles socioeconómicos más altos, a las personas con contactos en el poder —esto es lo que se denomina *tener vara*, lo cual ocurre cuando una persona tiene amistades o conocidos que cuentan con cierto poder económico, social o político, siendo este poder usado para el beneficio de quien lo necesita.

La ley es de los ricos. (Mujer adulta del NSE E).

Uno mismo usa los contactos, se quejan pero cuando los necesita hace uso de esos contactos. (Mujer joven del NSE AB)

Ante ello, algunos participantes mencionan que la desigualdad genera *indignación y sentirse discriminados*. Frente a esto, se considera que *las redes sociales sirven de facilitadores de la democracia*, ya que son un medio en el cual las personas pueden comunicarse y dar su opinión abiertamente.

3.2. **La reivindicación de la Mano dura**

Dentro de la discusión sobre qué se entendía por democracia y la percepción de igualdad o no en la sociedad, surgió el tema de las características esperadas de un **presidente**. Lo que se planteó fue que, dada la situación de corrupción, injusticia y falta de respeto a las normas que hay en el país, se necesita un presidente que tenga **mano dura** para que lo respeten y, al mismo tiempo, haga respetar las normas. La corrupción y la injusticia estaría más en el terreno de las instituciones (congreso, poder judicial, políticos en general) pero también se observaría en el conjunto de la ciudadanía. La falta de respeto

a las normas, sí se percibe como algo generalizado en todos, en la sociedad civil y política así como entre instituciones y personas. En esa línea, se considera que solo la firmeza de la **mano dura** logrará que la gente y las instituciones respeten las normas.

...la política...la democracia debe ser como la mamá porque es la mano dura. Como mamá, porque te va a decir no hagas esto para que tú aprendas y te vaya bien. Para que puedas crecer y tengas un mejor futuro e inculcarte valores, que es lo que mucha falta... (Joven, mujer, NSE AB)

Las personas tienen que aprender a la fuerza porque no aprenden, te hablan bonito y lo toman a la ligera. Hay que poner mano dura pero también con empatía pero darles los derechos. (Adulto, varón, NSE C)

Cuando se pregunta por qué se da este tipo de demanda de **mano dura**, se menciona la informalidad de la gente que no respeta normas (la *mano dura* haría cumplirlas); la corrupción en la política, en la policía y el poder judicial; la inseguridad ciudadana que se percibe en avance; que la democracia es lenta y; como ya se señaló líneas arriba, la percepción de que en la política (partidos y congresistas principalmente) lo que prima es la búsqueda de sus propios intereses. Con **mano dura** se dejaría la discusión que no lleva a nada y se haría obra (o que las cosas funcionen).

La democracia es lenta, si quieres que algo se apruebe va a pasar por muchos controles y al final el gobierno acepta y el otro gobierno lo elimina (Joven, mujer, NSE AB)

“A esos hay que meterlos preso (funcionarios y políticos corruptos), cadena perpetua por traición a la patria. Hay que ser drásticos. (Joven, varón, NSE AB)

En los grupos de nivel socioeconómico AB y C, se habló de la voleibolista Natalia Málaga (medalla de plata olímpica), como la demostración de que la **mano dura** es necesaria. Ella es vista como un *mal necesario* para que las cosas que no caminan sí lo hagan. Ella es famosa por su carácter fuerte y trato duro como entrenadora. Subyace esta idea de que a la gente *le gusta* personas de este tipo *Les gusta que los arreen* (Adulto, varón, NSE C).

Escogí a Natalia Málaga, porque ella siempre tiene coraje y actitud para llevar adelante a sus jugadoras. (Adulto, mujer, NSE C)

Se encontraron las siguientes categorías que explican lo que es una autoridad con **mano dura**:

Disciplinado, siendo posible que esta disciplina sea de tipo militar y que, además, *haga cumplir las leyes*. En diferentes grupos se planteó que uno de los motivos para votar por Humala fue considerar que había sido militar y que por lo tanto tenía la capacidad de poner orden y hacer cumplir las leyes.

Pero mi decepción era porque pensé que iba a poner mano dura, iba a ser estricto, militar. No importa por quien votes, todo es plata, todo es corrupción no tiene nada que ver con nosotros. (Adulto, varón, NSE AB)

Yo la última elección, voté por Ollanta pero voté porque pensé que tenía una formación militar e iba a reducir la delincuencia pero veo que al final no fue así, ni a su familia. (Adulto, mujer, NSE C)

Justo, con la capacidad de frenar las injusticias mencionadas y capaz de *castigar a todos por igual*. Esta idea de hacer justicia a través de la llamada **mano dura** es un concepto que todos los grupos destacan. Se percibe que solo con la firmeza de una **mano dura** se puede lograr que los diversos grupos que se aprovechan del poder ya no lo hagan.

Si no funciona la democracia, y un presidente de mano dura encaminara, a lo mejor nos funciona.” (Joven, mujer, NSE C)

Que sea tanto para los pobres como para los ricos igual, más equidad. (Adulto, varón, NSE C)

Otros aspectos mencionados para describir esta forma de entender la **mano dura** fueron: *una gestión de resultados tangibles*, es decir que pueda hacer obras e invertir en campos como, por ejemplo, la tecnología; *que no se rodee de corruptos*, para evitar la corrupción en su entorno; *decidido* y comprometido para generar un impulso de cambio sostenible; y que *escuche las opiniones del pueblo*, tomándolo en consideración para las gestiones que deba realizar. En ese sentido, es una propuesta que privilegia los resultados en la relación con la política, el *output* porque los aspectos vinculados al *input* (partidos, políticos, el congreso, que el ciudadano sea escuchado) le son adversos.

En algunos casos la **mano dura** se expresa en la preferencia porque el poder sea ejercido por un solo partido. Esto, como respuesta a la percepción de que en la actualidad hay una gran fragmentación de grupos donde se acusan constantemente de actos ilícitos y donde se percibe que no se avanza en resolver los problemas que le preocupan a la población.

Debería ser solo un grupo de un partido político. No se ponen de acuerdo, están peleando todo el tiempo (Joven, mujer, NSE AB)

No se ve como algo opuesto a la democracia sino que por el contrario, la facilita. Se plantea que tener **mano dura** es algo que se debe hacer *sin violencia*. Si bien se plantea que las decisiones deben ser tomadas con firmeza y disciplina, se afirma que ello no tendría que llegar a la violencia. Lo que se busca es un comportamiento que lleve a la justicia, y por lo tanto, permita alcanzar la democracia (igualdad para todos). En ese sentido, no se ve que exista conflicto entre ejercer con autoridad el gobierno y ser demócrata.

Un presidente que sea elegido democráticamente, que tenga la mano dura, que sea firme en sus decisiones. (Joven, varón, NSE E)

Mano dura es que tienen bien planteadas las reglas y las leyes y hacerlas cumplir por más insignificantes que sean, en democracia. (Joven, mujer, NSE AB)

Cabe mencionar que algunos participantes mencionaron la posibilidad de que presidente con **mano dura** pueda llegar al poder *por un golpe de estado* en casos como, por ejemplo, *la delincuencia llegue a niveles más elevados*. En ese sentido, hubo personas en los diferentes grupos que le daban más importancia al fin que al medio. Sin embargo, participantes de distintos niveles socioeconómicos consideraron que un **golpe militar** es una *medida extrema* y que *no debe ocurrir*.

Yo pondría una pizca de Pinochet para que no haya delincuentes mandarlos fuera de la ciudad...enérgica y sacaba el pecho por la gente, que quería un orden. (Adulto, mujer, NSE AB)

Es que no confundan mano dura con golpe de estado. (Adulto, varón, NSE AB)

Algo así como tipo Pinochet, pero sin llegar a ese extremo, ni de muertes (Joven, varón, NSE C).

Más que todo sea ni tan militar ni tan así blando, que tenga uno de cada uno. Pero es difícil (Joven, mujer, NSE D)

En general, lo que prima en todos los niveles socioeconómicos, edades y género es la preferencia por un líder o presidente que pudiendo haber sido elegido en elecciones ejerza el poder con **mano dura**. Lo interesante es que la idea de esta **mano dura** no es el ejercicio de un autoritarismo abstracto. Se busca una **mano dura** que permita que se

alcance *justicia* en una sociedad percibida como muy desigual, corrupta y donde prima el abuso de posiciones de poder. Paradojalmente, se busca una gestión con **mano dura** para que exista lo que la gente entiende por democracia, igualdad y justicia para todos.

3.3. Las actitudes hacia los partidos políticos

Además de la exploración de ideales, se consultó sobre las preferencias y opiniones con relación a los **partidos políticos**. En los grupos de nivel AB y C se afirma que el APRA es *el único partido político*, ya que es el único que cuenta con una ideología partidaria. En varios de los grupos participaron personas que tenían un pariente aprista, que pertenecían a una familia que era aprista o que no siendo aprista había participado de niño en las escuelas de oratoria aprista.

Mi familia es aprista pero en la época de Victor Raúl ósea de la esa ideología pero no comparto la ideología del loco. Yo soy anti Alan... (Adulto, varón, NSE C)

El único partido ha sido el APRA. Fujimori no ha sido partido sino fue un movimiento...El APRA es partido porque tuvo una ideología de hace 60 u 80 años. (Adulto, varón, NSE AB)

La relación con las agrupaciones políticas está estrechamente vinculada a la imagen y preferencia hacia los políticos que las lideran. La relación con los partidos pasa, en la mayoría de los casos, por la relación con quien ejerce de líder. Por ejemplo, en una de las dinámicas, cuando surgió una discusión sobre la necesidad o no de tener **mano dura** al momento de ejercer el poder en Perú la conversación aludió por un momento a los años del fujimorismo (1990-2000) para inmediatamente pasar a una conversación sobre los logros y el estilo de Alberto Fujimori durante el ejercicio del poder o si mejor era ahora el ministro del interior (Daniel Urresti en ese momento) que tenía también un estilo autoritario y efectista saliendo todos los días en medios para anunciar la captura de delincuentes o medidas similares. En los grupos de NSE AB se habla del *partido de Kuczynski* y no se sabe el nombre del mismo. Algo semejante sucede cuando se habla de *Alberto Andrade* como alcalde de Lima (fue líder de Somos Perú, pero no se habla del partido sino del líder). En los niveles C, D y E se habla de partidos pero aparecen en el discurso solo cuando se habla de las campañas electorales o para criticar a los congresistas.

3.4. Las actitudes hacia los políticos

Considerando lo desprestigiados que están los partidos en Perú, se preguntó por los líderes políticos y candidatos por los que han votado o votarían como una forma de entender parte de la cultura política local. Los textos clásicos sobre cultura política indagan en las actitudes hacia el sistema o las instituciones. En este caso, es importante conocer las

actitudes hacia las personas. En algún momento se decía en Perú que la política se había vuelto *antropomorfa* dando a entender que la falta de representatividad y confianza en los partidos se suplía con la presencia de personalidades políticas. Como se podrá ver, esto tampoco es hoy una alternativa que genere expectativas.

Los participantes consideran que quienes se interesan en la política serían personas que buscan *su conveniencia*, ya que ven posible *obtener trabajo* en los gobiernos entrantes y tener mejores *antecedentes laborales*, *conseguir dinero* de licitaciones y *conseguir contactos* que les faciliten trámites u otras solicitudes frente al Estado.

Además de las intenciones mencionadas, se considera que *no son personas preparadas*, es decir con estudios superiores, y *no son políticos de carrera*, ya que se cree que la mayoría conforma sus agrupaciones políticas de manera temporal, mientras dura las elecciones o son elegidos. Frente a todo esto, algunos participantes consideran que *no debería ser la edad de 25 años como único filtro para participar como candidato*.

Los participantes adultos del nivel AB refieren que, a pesar de esta desconfianza, se sigue eligiendo a los mismos políticos. Sobre esto, se cree que habría una *falta de memoria*, la cual facilita que las malas experiencias sean obviadas para seguir eligiendo lo conocido.

La mala memoria, volvemos a escoger al mismo. No nos acordamos de lo malo que hizo, no nos acordamos y pensamos que va a cambiar. Yo apuesto a que postulan y lo ponen. (Adulta, mujer, NSE AB).

Sobre esto, es importante considerar que la creencia de *roba pero hace obra* ayudaría a entender que más allá de la mala memoria, se trataría de una suerte de conformidad frente a los malos actos, como los robos o la corrupción, con el fin de conseguir algún nivel de beneficio.

De acuerdo a lo discutido en los grupos, lo que se espera de un líder político es que *no esté contaminado* por la corrupción o el estilo político existente (algunos mencionan a Kuczynski por este motivo, político que tiene doble nacionalidad y que como extranjero *es diferente a los peruanos*). En el segmento AB concita interés. Fue ministro de economía en anteriores gobiernos y candidato en las elecciones pasadas. Se le asocia a la juventud porque desde las elecciones pasadas ha logrado un respaldo importante de jóvenes en los sectores AB que además se ha expresado en una importante presencia en redes sociales. Se le percibe como muy técnico, con experiencia política pero con dinero personal y por lo tanto, para estas personas, poco interesado en vincularse a la corrupción

Tiene plata y tiene un gabinete excelente. (Joven, mujer, NSE AB)

PPK él está súper preparado, y te sabe todo. (Adulto, varón, NSE AB)

Otra característica es que sea firme y *estricto*, la ya mencionada **mano dura** (quienes apoyaron a Villarán en las elecciones municipales del 2014 fue por su búsqueda de poner orden en el mercado mayorista - La Parada- y en el transporte público). Otros mencionan que ese fue el motivo por el que apoyaron a Humala en las elecciones presidenciales. Para otros, es lo que explica su respaldo a Alberto Fujimori o el apoyo al ex ministro del interior Daniel Urresti (un ex militar).

Lo que más se destaca es, *que hace obras*. Esto fue lo que llevó a elegir a Castañeda como alcalde de Lima con aproximadamente 50% del voto.

Yo voté por Castañeda, porque es el único que hace obra así le digan que roba porque hace obra. (Adulto, varón, NSE AB)

Aunque sea si vas a robar, haz obra como Castañeada, ha robado un montón pero ha hecho obra. (Adulto, mujer, NSE E)

En estos segmentos algunos defendían a Alberto Fujimori, por su capacidad para hacer obras.

...él (Fujimori) nos apoyó en asentamientos humanos y como nosotros vivimos al pie del cerro, somos de bajos recursos y nos dio el comedor, nos dio de todo, cocina, todo. (Adulto, mujer, NSE E)

En todos los grupos esto llevó a una discusión sobre si es posible votar o apoyar a alguien *que hace obras* pero tiene acusaciones de corrupción. Para algunos, la corrupción no se puede compensar con hacer obras pero el discurso que predominó en todos los niveles fue que corruptos eran todos los políticos y que por lo tanto se debería buscar uno que haga y no solo hable, aunque sea corrupto.

No hablar mucho y hacer obra. (Adulto, varón, NSE D)

...si va a venir a todo un distrito que haga veredas a todo el parque, si es de extrema pobreza, así la gente ve que es un apoyo. (Joven, mujer, NSE C)

En una situación donde se percibe que todos son deshonestos, se privilegia el que se asocia a obra física.

¿Quién no roba? ¿Hay algún político que no robe? (Joven, varón, NSE E)

...es la realidad y todos lo hacen. No existe ninguno que no lo haga. (Adulto, mujer NSE C)

Uno de los motivos que se da para no darle tanta importancia a las acusaciones de corrupción es que se considera que todos los políticos se acusan entre sí de corrupción y que por lo tanto ya no se puede creer en esas acusaciones.

Una demanda que se hace a todos los políticos es que se cumplan con lo que se promete, que sean *francos y sinceros, que cumplan*. Esta experiencia está a la base de que la gente se centre más en obras que en promesas o planteamientos conceptuales. La honestidad que más se demanda no sería tanto la vinculada al “no robo” sino a que se cumpla con la palabra ofrecida.

Francos y sinceros y sean cumplidos, te dicen una cosa y te dan la espalda. (Adulto, mujer, NSE D)

Siempre aparece la demanda de que el político, una vez en el poder debe estar siempre *escuchando al pueblo* o al débil. No hay la idea de una persona que debe cumplir un deber, con un mandato, sino de alguien que deber ser benévolo *escuchando al pueblo*.

Que sepa escuchar a los demás, lo que las personas necesitan. (Joven, mujer, NSE D)

Que trabaje con el pueblo. (Adulto, varón, NSE E)

3.5. Las actitudes hacia instituciones y funcionarios públicos

a) Actitudes hacia el congreso

Se consultó por entidades, como el **Congreso de la República**. Al respecto sólo se obtuvieron categorías negativas que muestran el rechazo a los congresistas que conforman el actual congreso. Así, se identificó *incompetencia, no debieron ser elegidos, deberían recibir un sueldo menor, debería haber menos congresistas, corrupción, intereses personales*.

Cuando se pregunta directamente por la posibilidad de gobernar sin congreso no hay una posición clara. En todo caso, se deja ver que se percibe que en años anteriores la calidad del congreso era mejor. Lo que se esperaría es más bien una mejora de mismo pero no se tiene claridad de cómo. Algunos proponen un mejor sistema de selección, más filtros, su reducción, etc. Normalmente la mejora en la calidad congresal se asocia a mejor nivel educativo de los congresistas.

Si fueran los de la época de nuestros papas, salían preparados y sabían una barbaridad. Estaríamos felices.
(Joven, mujer, NSE C)

“Debería haber la mitad de congresistas, la mitad de todo. Y si tuviera la oportunidad de escoger la mitad de un presidente, lo escogería” (Joven, mujer, NSE E)

Está la creencia de que el congresista no trabaja y cobra sueldos altos cuando todos sienten que generar sus ingresos es un esfuerzo muy grande. Esto motiva gran malestar entre las personas.

Yo gano 1000 soles - 1200 y ellos están que ganan 16 mil – 20 mil soles por dormir, es impresionante. Eso que hice la prueba, me eche a dormir todo el día y dije bueno hoy día ganó el sueldo de congresista. (Adulto, varón, NSE D)

b) Actitudes hacia el sistema de justicia

Respecto al **Poder Judicial**, de igual forma, se encontró menciones sobre *donde hay más corrupción, hay ineficiencia* y ser una institución donde pueden darse *ajustes de cuentas*. Se asocia fuertemente a corrupción (*Esos fiscales son corruptos y manejados*). Se considera que puede haber funcionarios probos pero en general se percibe un sistema con grupos de interés frente al cual no hay posibilidad de influencia en el mismo (no se percibe competencia administrativa, en términos de Almond y Verba).

“A mí me da mucha pena pero no hay justicia para los pobres, porque no pueden pagar el abogado, por más que tengan la prueba que son inocentes, rompen la mano el otro y fue. Esta la plata por medio del poder judicial” (Joven, varón, NSE C)

En todo hay mafia. Son cosas que no vamos a poder cambiar. (Adulto, mujer, NSE AB)

Si no tienes plata no eres nadie. Si tienes plata para hundir a alguien a la cárcel, ya estas. (Joven, varón, NSE C)

Como es de esperarse, los pedidos de **mano dura** y justicia en todos los grupos son constantes. Se considera que el poder judicial es uno de los lugares donde se necesita mayor intervención pero a la vez es una de las instituciones hacia las cuales se expresa mayor desesperanza.

c) Actitudes hacia los funcionarios públicos

Finalmente, en cuanto a los **funcionarios públicos**, se ha identificado categorías que los consideran como aquellos que *dan una mala atención* al ciudadano y promueven la demora en los trámites que se realizan.

En general, hay una mala percepción del sector público. Se considera que el sistema no funciona. En los grupos se asocia sector público con el personal que trabaja en educación, salud pública y policía. Se considera que hay bajos sueldos que repercuten en una mala atención y personas que más allá de su calidad personal están desmotivadas.

Essalud tiene magníficos médicos, buenas enfermeras, lo que hay es mala atención y la parte burocrática es lo que es malo. (Adulta, mujer, NSE C)

Un sector sobre el cual se reconoció que había algunas mejoras fue en educación. Las dinámicas grupales se realizaron al comienzo del año escolar y varias mujeres con hijos comentaron que en comparación a otros años se veía mayor organización en el inicio de clases. Esto podría responder a que el actual ministro es una persona con varios años en el Banco Mundial, trabajando en el sector, y que ha emprendido una reforma a varios niveles.

Entre las instituciones **no confiables** se destaca a la *Policía Nacional* que debería proteger y no lo hace o que incluso muchas veces forma parte del proceso de corrupción.

Yo he visto varias veces, que la misma policía que te tiene que dar seguridad no te la da. Cuando me robaron mi bicicleta, el policía no se metió y me fui a la comisaria... (Joven, varón, NSE AB)

Si los policías ganaran mejor, habría mayores jóvenes que querían ser policías. (Joven, varón, NSE D)

4. Los resultados de la acción institucional

4.1. El papel del Estado

Respecto al **papel del Estado**, los participantes del nivel socioeconómico AB mencionaron que el Estado debe ser *administrador*, en tanto debe organizar y gestionar los recursos públicos; *estructurador*, en tanto brinde un orden y estructura para la atención al ciudadano. En este nivel se espera un papel activo del Estado pero sin que intervenga directamente en la economía (*tiene roles como organizador, pero no salirse de esos roles tampoco*). Se le ve más enfocado en el sector social (educación, programas sociales, género) aunque para algunos los programas sociales no son positivos: *ha creado*

vagos. *Porque la gente como dice el refrán no le regales al pobre un pescado sino dale una caña para pescar.* En este nivel socioeconómico el sector privado es el que debería invertir y crear empleo. Cuando se pregunta qué política tomar frente al sueldo mínimo, algunos consideran que debería ser una responsabilidad tanto del Estado como del sector privado (*En realidad es del Estado y del mercado, es mitad y mitad porque es cuestión de equilibrio*) pero la tendencia en los sectores AB es opinar que el Estado no debe intervenir en general en la economía porque genera muchas distorsiones.

En los niveles C, D y E se considera que el Estado debe tener un papel importante en la economía para poder ayudar a la gente de bajos recursos. En el nivel C, D y E consideran que el Estado debe *intervenir para mejorar los precios de productos*, reduciéndolos; *mejorar el sueldo mínimo*, elevándolo; y *defender al consumidor*, sancionando cuando se incurra en estafas.

El Estado porque...la gente de bajos recursos esta como no saben si se come o no se come, porque no hay un sol.
(Joven, varón, NSE C)

4.2. La evaluación de gestión del gobierno

a) Actitudes hacia la presidencia

En algunos grupos se habló de la gestión del presidente Humala. En general lo que se manifestó fue decepción frente a una persona que se esperaba que pusiera orden, enfrentara la corrupción y combatiera la inseguridad ciudadana. Se critica su falta de liderazgo. El hecho de que su esposa tenga un fuerte protagonismo en la conducción del gobierno habría decepcionado porque lo habrían visto como una falta de carácter (de **mano dura**). Frente al rol de Nadine Heredia, la esposa del presidente, las mujeres suelen tener palabras de respaldo.

Pienso que las mujeres son más decididas que el hombre, no nos tiembla la mano para hablar (Adulta, mujer, NSE AB)

La mujer tiene un perfil bajo. A veces somos así para ayudar al marido, solo para ayudarlos. A mí no me parece mal porque siempre detrás de un hombre hay una mujer
(Adulta, mujer, NSE D)

En cuanto a la **gestión del gobierno**, se han encontrado opiniones negativas hacia las gestiones del realiza el gobierno actual respecto a distintos servicios públicos.

b) Educación pública

El primer servicio consultado fue la **educación pública**, en el cual se identifica que *la formación en instituciones públicas es de menor calidad y menos estricto* que en instituciones privadas. Se reconoce que este año se han visto mejoras pero la evaluación general es negativa. La mala calidad de la educación pública se percibe como un elemento excluyente, que discrimina frente a quienes han pasado por o están en la educación privada.

Yo estudié en un colegio público y cuando fui a estudiar a un instituto, me tocaron compañeros pudientes, ellos eran cómo que no te han enseñado esto o aquello. (Joven, mujer, NSE C)

Si quieres estar en un buen nivel tienes que lucharla, en colegios particulares hay más tiempo, más horas y en los públicos tienes que ir a otro lado. (Joven, varón, NSE D)

c) Salud pública

Sobre la **salud pública**, los niveles altos y medios emergentes (que acuden muy poco o no usan los servicios de salud pública) mencionan que los hospitales públicos son considerados como *lo peor, son caóticos, no tienen los materiales y medicamentos, sin limpieza*, donde los pacientes *esperan mucho para ser atendidos*. Respecto a los médicos que atienden en los hospitales, se evalúa que *tienen una mala atención*, con poca calidez, *y poco capacitados*.

Cuando hay una persona que está entre la vida y la muerte, no se arriesgan a recibirte porque tienen el temor de que se mueran en las manos de ellos (Adulta, mujer, NSE C).

No culpo al sector salud pero es falta de amor a tu país para ayudar a la gente, te pagan mal y yo no voy a ayudar, tampoco es. (Joven, mujer, NSE AB)

En los niveles D y E, que suele atenderse en postas del sector público, se habla positivamente de mejoras en los servicios de salud aunque se menciona que saben que el personal de estos locales *reciben un mal sueldo*.

d) Seguridad ciudadana

Respecto a la **seguridad ciudadana**, se menciona que si bien han sido superados problemas como el terrorismo, en provincia empieza a tener poder el *narcoterrorismo*. Además, una muestra de la poca seguridad percibida se encuentra en los casos de *asaltos*,

robos y pandillaje, problemas a los que los participantes se enfrentan. Aunque no se manifiesta haber tenido experiencias vinculadas, algunos participantes mencionan la expansión del *sicariato* como una demostración de los bajos niveles de seguridad. Además, se sugiere que el problema se mantiene ya que la Policía y el Poder Judicial *dejan libres a los delincuentes*. Este es un tipo de problema donde en varios grupos las primeras palabras fueron *no hay solución*. El sentimiento de indefensión es muy fuerte.

Prácticamente acá en el Perú no hay solución. Los meten y peor salen, es mentira que dicen ahí va a estar y va a salir reformado, va a ser por las puras. (Adulto, varón, NSE E).

No existe policía honrado en la vida. Todos, desde las mujeres y los jóvenes, vienen desde el comandante... (Adulta, mujer, NSE D)

En la seguridad ciudadana que no hay solución y vemos como crece, no nos dan una seguridad en la calle, con nuestra familia y nuestros hijos. Yo no sé si el día de mañana regresarán mis hijos. Esa es mi preocupación. (Adulto, varón, NSE C)

e) **Lucha contra la corrupción**

En todos los grupos la **corrupción** está fuertemente asociada a la política en general, a los políticos, al gobierno y a la gestión pública. La **corrupción** se asocia a diversas instituciones. Las que más se mencionan son: poder judicial, la policía, el congreso. En menor medida se vincula al sector privado.

Todos los participantes consideran que el problema de **corrupción** no ha sido confrontado por el actual gobierno. Algunos participantes mencionan que revertir los niveles de corrupción es muy difícil ya que *no se pueden cambiar a los políticos corruptos*.

Es un tema que genera gran rechazo y actitudes autoritarias de **mano dura** o francamente violentas como forma de solución ante una situación frente a la cual se sienten con poca capacidad de influencia individual o colectiva. Se pone en evidencia cómo esta actitud favorable a la **mano dura** responde a la sensación de falta de eficacia o competencia política que permita cambiar el comportamiento de estos actores.

La gente que ya está metida en política hace tiempo ya no vas a poder cambiar. (Adulta, mujer, NSE C)

Yo los pondría contra el paredón - haciendo además de estar disparando con las manos-. (Joven, mujer, NSE AB).

Entre el conjunto de propuestas de solución se han identificado las siguientes categorías: *juntos debemos reclamar*, ya que las manifestaciones públicas pueden ayudar a llamar la atención de las autoridades; *ser rectos*, que las autoridades deben asumir mano dura; *tener sanciones más drásticas*, a quienes cometen actos de corrupción; *elegir mejor*, ya que se considera que las autoridades con las que se cuentan han sido seleccionadas por la misma población en elecciones.

La corrupción no solo está en el sector público. También se habla de experiencias de pago de “coimas” a responsables de compras en el sector privado o en servicios públicos (salud por ejemplo) para que a la persona la atiendan mejor. Igual pasa con la policía, a la que se le paga coimas para que intervenga.

En el caso del hospital, por ultimo tienes que dar plata por lo bajo al médico para que te atienda y confiar en que van a hacer lo mejor que ellos puedan. (Adulta, mujer, NSE C)

Al gran empresario que evade durante años, no lo tocan, entonces eso también genera resentimientos... Por ejemplo, una señora pone una tienda, su bodeguita, que con las justas puede sobrevivir. Viene la SUNAT y la cierra. Teniendo el negocio en su casa. Pero a la Telefónica le aprueban un recontrato debiendo 100 millones de soles. (Adulto, mujer, NSE D)

En el nivel AB algunos consideran que la corrupción es un problema de socialización. Plantean que desde el colegio y en la familia se debería de educar. Sin embargo, consideran que en los hogares de bajos recursos es difícil enseñar a ser honesto: *hay padres que no están culturizados para enseñarles a sus hijos, por eso digo que porque tienen un montón de hijos y no los educan.*

f) Calidad del servicio público

En general, hay falta de confianza en el servicio que se puede recibir de un organismo público. La gente considera que no se sabe si uno va a ser bien o mal atendido, eso depende de la persona que lo trata a uno y no de un parámetro institucional. Esta situación se asocia al poco respeto a las normas y a la informalidad presente en todas las relaciones

Algo de todo lo que están hablando, un país bastante informal, no estamos seguros de nada, siempre tenemos un temor, todo es un desorden, si vas a una institución, no sabemos si nos atenderán bien, mucha burocracia. (Adulto, varón, NSE C)

II. Resultados y análisis cuantitativo

A continuación se presentan los principales resultados obtenidos a través de la aplicación y el análisis realizado para cada una de las variables planteadas en esta investigación. Lo que se busca es describir cuáles son las características principales de la cultura política en Lima siguiendo el esquema formulado por Morán y Benedicto (1995). En esta primera parte no se hace un análisis por subcultura política sino que se busca dar una idea de las tendencias generales haciendo un análisis más tradicional donde se analizan los resultados segmentados por nivel socioeconómico, edad y género. Se mostrarán contrastes de medias y porcentajes para las variables mencionadas. Solo se enfatizarán aquellas diferencias que hayan resultado ser significativas. Se intercalan resultados y frases surgidas del estudio cualitativo ahí donde las mismas ayuden a una mejor comprensión del resultado cuantitativo que se describe.

1. El ciudadano como actor

1.1. Creencias, valores sociales y actitudes

a) Valores

Si bien Morán y Benedicto (1995) incluyen los valores dentro de su modelo de cultura política, esto no ocurre con otros autores. Almond y Verba (1970) o Inglehart (2000, 2007), entre otros, consideran que los mismos tienen influencia directa o indirecta (a través de las actitudes) pero no las incluyen en su modelo, salvo que sean valores relacionados a la política. Desde el enfoque Interpretativista, no se hace un corte entre la cultura y la cultura política y por lo tanto se considera que los valores o las actitudes inmersas en la cultura están de algún modo vinculadas o interactúan con otras variables vinculadas a la política. En nuestro estudio, hemos incluido las escalas de valores más estudiadas, la de Schwartz y la de Inglehart. La discusión sobre los aportes y límites de cada enfoque ya se han realizado en capítulos anteriores.

Antes de profundizar en los valores que más caracterizan a los limeños, es importante conocer cuáles son las cosas que más les preocupan. Las respuestas se han agrupado por temas: problemas sociales, problemas económicos, problemas políticos. Al interior de cada uno están los ítems mencionados. En orden de importancia, vemos que su atención está puesta principalmente en temas sociales (98%) y económicos (87%) que les afectan directamente como la seguridad ciudadana (TB⁴: 75%), el acceso a agua potable (TB: 63%), la calidad de la educación pública (TB: 58%), la situación de las postas médicas/ centros de salud (TB: 57%), el desempleo (TB: 52%) y el aumento de los precios (TB: 51%). Los temas políticos son los que concitan menor interés (solo a 34% de limeños les preocupa la situación política actual).

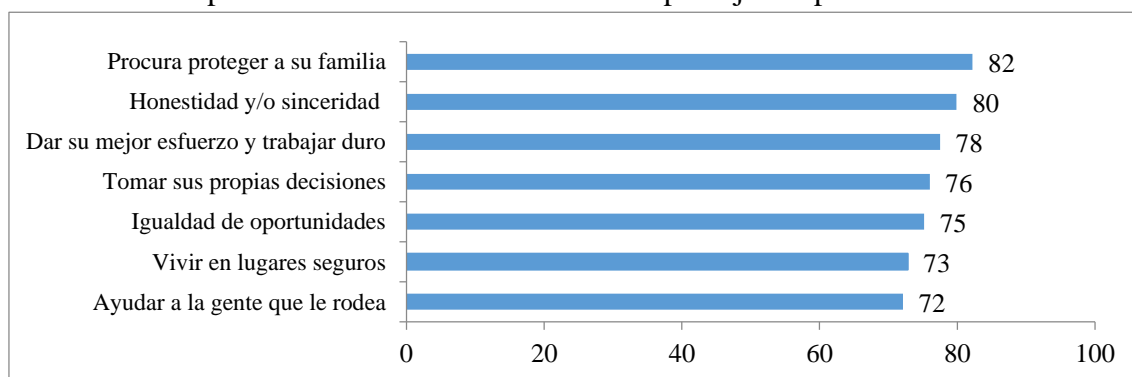
⁴ TB: Top Box o Porcentaje correspondiente al máximo valor de la escala. Se trabajó con escalas de cinco puntos por lo que el Top Box corresponde al porcentaje que marcó 5.

Gráf. 26. Principales preocupaciones de los limeños. % de puntajes Top box



Es decir, los principales temas de interés están relacionados a la seguridad material, al acceso a recursos y a la calidad de los servicios públicos. Todo esto nos habla de un limeño preocupado por su estabilidad y su bienestar básico. Lane (1962) señala que cuando la población tiene una relación alienada con la política, su vínculo con lo público se concentra solo en aquello que la implica en su ámbito privado: la seguridad, el agua, educación, etc. Complementando este panorama, el siguiente ranking de valores brinda una primera mirada de qué priorizan los limeños.

Gráf. 27. Principales valores de los limeños. % de puntajes Top box



En primer lugar, lo que más los caracteriza es la preocupación por la familia (T2B⁵: 82%). Cabe destacar que esta preocupación se incrementa con la edad, probablemente porque una vez que se tienen hijos este tipo de preocupaciones aumenta. Otra razón puede ser que en el segmento de personas mayores, el cuidado de la familia es un valor importante en sí mismo. Este hallazgo se relaciona con lo visto en las dinámicas grupales, en donde se destacaba el esfuerzo y la lucha por progresar (especialmente de los provincianos en Lima) como un mecanismo para la mejora de la calidad de vida y en especial de la familia:

Nuestra inspiración es nuestra familia. (Joven, varón, NSE C)

Acá a Lima uno viene para superarse: no come, no duerme, no ve a su familia para progresar. (Adulto, mujer, NSE D).

La búsqueda de progreso es un tema sobre el cual volveremos más adelante pero en este caso lo que queremos subrayar es que este esfuerzo está más concentrado en la mejora de la familia, no solo de la persona. Observar esta preocupación por la familia en el contexto del poco interés por la política y, como veremos más adelante, el bajo interés por los asuntos públicos (salvo que los mismos los afecten), lleva a recordar el trabajo de Banfield (1958) sobre el familismo amoral. Este se describe como *una pauta de comportamiento encontrada en países tradicionales, con una economía poco desarrollada y con una experiencia histórica de dominación*. Esta es una consideración a tomar en cuenta si además, como veremos luego, los niveles de confianza interpersonal son especialmente bajos en Lima.

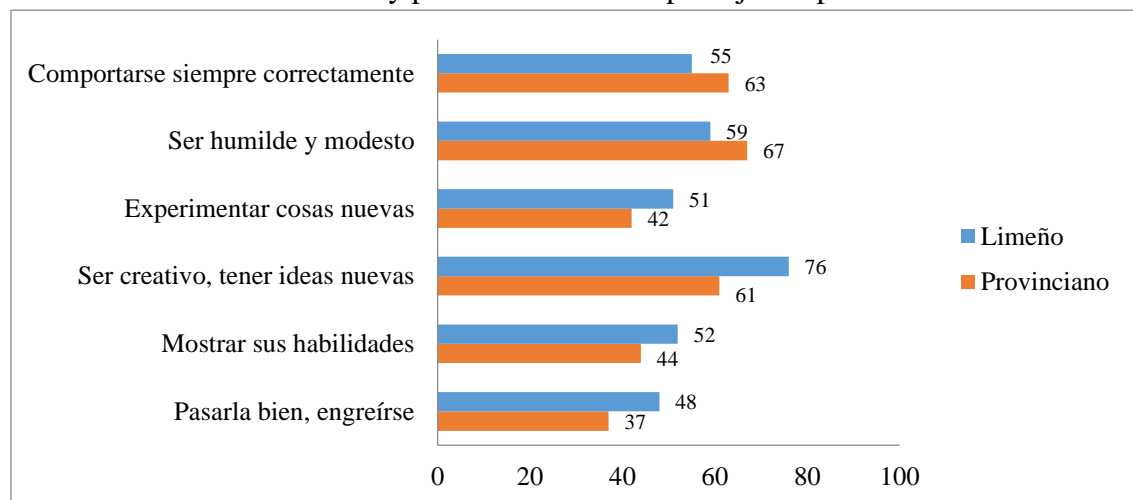
Dado que en la fase cualitativa se identificó que el lugar de nacimiento era una variable importante (el discurso de “limeños vs provincianos” en Lima), la misma se tomó en cuenta para el análisis cuantitativo. Se generaron tres grupos: los “limeños”, nacidos en Lima al igual que sus padres (20%); los que hemos llamado “limencianos” (mezcla de limeño y provinciano), limeños con al menos un padre del interior (37%) y los “provincianos”, nacidos en el interior pero residentes en la capital (43%). Dicho de otra manera, alrededor del 80% tiene una relación directa o indirecta con el interior del país, hecho que va más allá de lo plenamente geográfico.

En líneas generales, se observa un contraste interesante entre los “limeños” y los “provincianos” en muchos de los temas evaluados. Los “limencianos” ocupan una situación intermedia en varios de los aspectos que señalaremos. En ellos se observa una combinación de valores presentes con mayor fuerza en los otros dos segmentos. Es interesante destacar cómo el “limeño” se reconoce mucho más vinculado a valores hedónicos: pasarla siempre bien, engreírse a sí mismo, buscar constantemente oportunidades para divertirse: el placer orienta sus acciones. Además, constantemente busca reconocimiento y aventura. Por su parte el “provinciano” se ve a sí mismo más asociado a valores espartanos: el trabajo duro, la austeridad, no llamar la atención.

⁵ T2B: Top Two Box o Porcentaje correspondiente a los dos valores máximos de la escala (Números 4 y 5 de la escala)

Además hay una mayor valoración de las tradiciones, la familia y seguir o cumplir con las normas establecidas. En ese sentido, Parodi (1986) señalaba que mientras que en el discurso limeño el futuro laboral estaba asociado a ser jefe con escritorio y asistente asignado, el provinciano se miraba trabajando y ahorrando para poner su empresa. Interesantes contrastes que confirman que el ser limeño resulta ser algo relativo, dados los matices que se encuentran entre los que habitamos en esta ciudad.

Gráf. 28. Valores de limeños y provincianos % de puntajes Top Two Box



Uno de los aspectos más mencionados por los ciudadanos es la importancia del trabajo duro (T2B: 78%) aunque, en ciertas circunstancias, como se mencionó en las dinámicas grupales, ello implique ser agresivo e individualista *para salir adelante*. Pensando en el concepto de capital social de Putnam, podría decirse que estamos frente a una sociedad en donde la confianza generalizada es mínima y lo que prima es la confianza particularizada.

Quizás por esta razón la honestidad y la sinceridad (T2B: 80%) han sido también valores destacados en la muestra. En una sociedad donde la corrupción, el incumplimiento de las normas y la desigualdad son vistas, como se mostrará más adelante, como el *pan de cada día*, encontrar personas íntegras y honestas puede resultar complicado, por lo que se trata de una cualidad altamente valorada. Esta búsqueda resulta ciertamente paradójica cuando, como se mencionó en los grupos, se considera que cumplir fielmente las normas y las leyes *es de tontos*, porque nadie las respeta. Adicionalmente, dentro del nivel socioeconómico (en adelante NSE) A/B (T2B: 84%), entre las mujeres (T2B: 83%) y entre las personas de 40-80 años (T2B: 82%) se encuentra una mayor proporción de personas que destacan este valor. En líneas generales, esto aplica perfectamente al contexto político, como se verá más adelante.

Otros aspectos importantes señalados por los limeños son: la autonomía para tomar decisiones (T2B: 76%), la igualdad (T2B: 75%), el vivir en lugares seguros (T2B: 73%) y el ayudar a la gente que lo rodea (T2B: 72%). En este último caso, es interesante apreciar cómo al interior de las personas que se auto identifican con la izquierda política hay una mayor proporción de personas que destacan la ayuda al prójimo (T2B: 80%). Más

adelante se desarrollará con más detalle cómo la tendencia ideológica impacta en muchas actitudes y comportamientos, tanto sociales como políticos.

Luego de esta introducción general, es preciso destacar los resultados obtenidos a partir de la escala de valores de Schwartz. Recordemos que según su modelo los valores pueden reducirse a solo 10 grupos motivacionales. De esta manera, los más destacados son: Autodirección, Universalismo, Benevolencia y Seguridad; tanto a nivel de medias como de proporciones (Ver Tabla 5).

Tabla 5. Valores Schwartz 1. Medias, desviaciones típicas. Top Two Box y Top Box

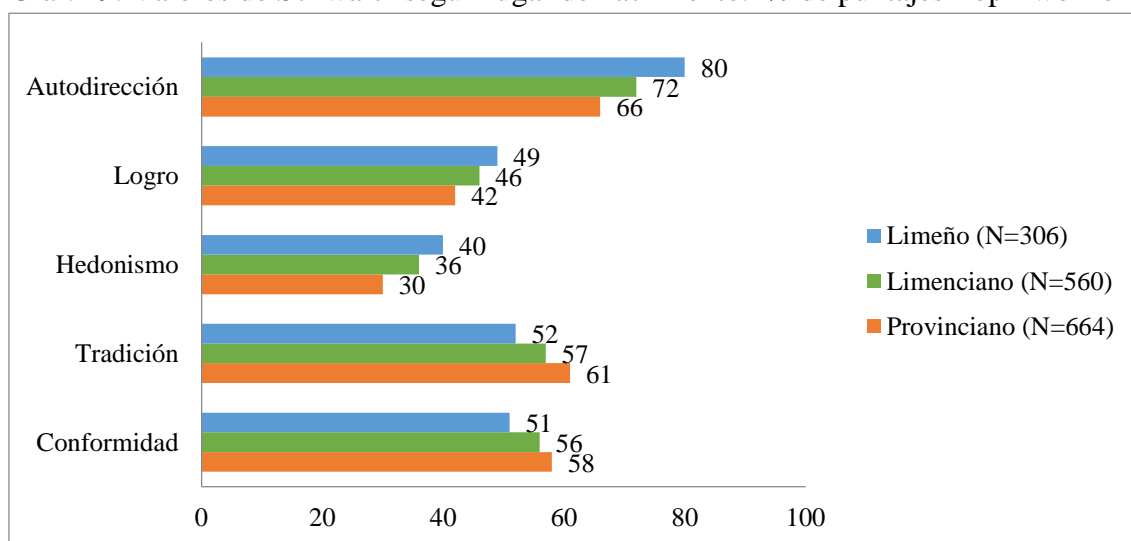
	Media (1-6)	Desviación Típica	T2B	TB
Autodirección	4.85	.55	69%	26%
Universalismo	4.77	.67	73%	24%
Benevolencia	4.77	.74	73%	21%
Seguridad	4.73	.41	69%	24%
Tradición	4.55	.84	66%	20%
Conformidad	4.44	.92	60%	17%
Logro	4.15	1.00	50%	12%
Hedonismo	3.82	1.06	38%	10%
Estimulación	3.76	1.04	44%	10%
Poder	3.41	1.00	27%	7%
N	1530	1530	1530	1530

Tanto el Universalismo como la Benevolencia configuran el eje que Schwartz denominó Autotrascendencia y que implica una fuerte orientación hacia los demás, con aspectos como la búsqueda de la igualdad, entender a las personas que piensan distinto a uno mismo y la protección del medio ambiente (Universalismo); así como también ayudar a la gente de nuestro entorno y ser leal con las personas más cercanas a uno (Benevolencia). En términos porcentuales, ambos valores son los más importantes en la muestra de estudio (T2B: 73% en cada caso).

En el caso del Universalismo no se presentan diferencias significativas por segmentos sociodemográficos. Para Benevolencia, cabe destacar dos resultados interesantes. En primer lugar, esta conducta altruista y de entrega hacia los demás se incrementa con la edad (hay más personas de 40 a 80 años que destacan este valor por encima de los más jóvenes). Tiene sentido pues este segmento en particular está más orientado a la participación vecinal y también está más involucrado con asociaciones civiles y políticas, en donde es necesario trabajar en equipo. En términos funcionales esto implica confiar y apoyarse en los demás miembros del grupo, por lo que la Benevolencia es un tema importante. El otro dato interesante es que al interior de las personas que se autodenominan de izquierda hay una mayor proporción que destaca este valor (T2B: 75%). Nuevamente, el ser de izquierda en Lima representa, para quienes adoptan esta posición política-ideológica, un mayor compromiso con los demás que aquellos que se declaran de derecha o de centro.

La Autodirección comprende la creatividad o ingenio para plantear ideas nuevas y a su vez ser capaz de tomar decisiones de manera autónoma, no depender de otros. Revisando los porcentajes, es el tercer valor más destacado en la muestra (T2B: 69%). Expresa un valor que en las dinámicas grupales apareció como la idea de que el limeño es *recursero*, ingenioso para tener una salida creativa a un problema. Una creatividad para la supervivencia que implica cierta distancia de las normas sociales. Este valor de Autodirección, según Schwartz, es opuesto a los que implican el respeto a las normas y tradiciones (Conformidad, Tradición). En ese sentido, entre los “limeños” (hijos de padres también limeños) la Autodirección es mayor (T2B: 80%), que entre los “provincianos” (T2B: 66%). y entre estos últimos, la Conformidad y la Tradición tienen una mayor presencia. Mientras los “limeños” buscan autonomía y no tener que depender de otros (T2B: 83%), así como innovar y ser creativo en su día a día (T2B: 76%); los provincianos rescatan la Conformidad (T2B: 58%), y la Tradición (T2B: 61%), como valores con los cuales se identifican más. En el caso de la Conformidad, los provincianos evitan llamar la atención, piensan que deben comportarse siempre correctamente (T2B: 63%). En cuanto a la Tradición, al interior de este grupo también hay una mayor orientación a la modestia y humildad (T2B: 67%), así como al respeto de las tradiciones (T2B: 55%).

Gráf. 29. Valores de Schwartz según lugar de nacimiento. % de puntajes Top Two Box



Para complementar este perfil, el “limeño” tiene también una mayor orientación al Logro (T2B: 49%) y al Hedonismo (T2B: 40%); comparativamente hablando con la gente “provinciana” (T2B: 42% y T2B: 30%, respectivamente). En el caso del Logro, el “limeño” busca ser reconocido por sus habilidades (T2B: 52%) y anhela ser exitoso y admirado (T2B: 46%). En cuanto al Hedonismo, el “limeño”, tal como se señaló en las dinámicas grupales, valora la diversión y el pasarla bien (T2B: 48%), busca disfrutar de experiencias placenteras (T2B: 31%) en una proporción mayor que el “provinciano”, que tiene este valor como uno de los menos importantes pero que además valora de manera significativa la humildad y la modestia (T2B: 67%).

Schwartz propone cuatro grandes áreas (dos dimensiones contrapuestas) que simplifican los diez valores principales. Está, por un lado, la dimensión “Mejora de uno mismo”/“Auto-trascendencia”, esto es, desde la primacía de la búsqueda de desarrollo de intereses personales hasta valores orientados al desarrollo de lo colectivo; y por otro, la segunda dimensión que es la de “Apertura al cambio” vs “Valores Conservadores”, esto es, la apertura a novedades y cambios versus la búsqueda de seguridad, el respeto a normas y tradiciones. Es interesante cómo ambos grupos difieren en estos ejes, por ejemplo, el “limeño” tiene mayores niveles de Apertura al cambio (Autodirección y Estimulación), versus un provinciano que se orienta más hacia valores de Conservación (Tradición y Conformidad). En este último caso, hablamos de un provinciano que no gusta mostrar lo que tiene y que es más respetuoso de las tradiciones. En oposición, el limeño tiene otro tipo de mentalidad: quiere independizarse, crecer y experimentar cosas nuevas (T2B: 51%). Además, se orienta a la Autopromoción (Logro y Hedonismo), porque quiere ser exitoso y reconocido. Su definición de éxito implica disfrutar de la vida y engreírse, vivir el presente.

Todas estas descripciones son congruentes con el discurso desplegado en las dinámicas grupales. En ellas, los limeños eran descritos como personas creativas e ingeniosas, alegres, fiesteras, que pueden estar pasando por momentos difíciles pero aun así se divierten. Se trata de una mezcla de Autodirección y Hedonismo: el limeño disfruta, el provinciano...no tanto, él trabaja duro. Dada su condición de migrante, este último ha tenido que empezar desde abajo para luchar por un futuro mejor.

Los provincianos (por lo general los mayores y los de niveles más bajos) no se identifican con esta versión del limeño alegre y hedónico. Ellos se definen como gente emprendedora a la que le ha costado más esfuerzo conseguir lo que ahora tienen. Por ello son más cuidadosos con el dinero y más humildes, no tan ostentosos como los “limeños”. Consideran injusto que por ser provincianos tengan menos beneficios que los limeños, a quienes pueden calificar como *flojos* porque todo lo quieren fácil.

Lo que pasa es que los limeños son muy flojos. En cambio los de otra provincia vienen de frente a trabajar porque quieren progresar. Allí es donde empieza la dificultad, la envidia y el egoísmo. Los limeños quieren ganar más por ser limeños, y no es así. Tienes que trabajar más si quieres ganar más. (Mayores NSE C)

Mientras el limeño se rebela o reclama más; el provinciano que vive en Lima se siente en desventaja. Hasta cierto punto esta dinámica de limeño-provinciano nos remite a la figura de autoridad-súbdito (Portocarrero, 2010), en donde la autoridad (el limeño) es odiada por abusiva. Como se mencionó en los grupos y se describe más adelante en la encuesta, hay una imagen de sociedad injusta y jerárquica donde cada quien hace lo que quiere y donde los que están en el poder abusan (*ricos*, políticos, congresistas, *limeños*). Desde esta perspectiva, el limeño no solo genera odio por su posición de poder sino también la envidia del provinciano, y hasta cierta admiración. El provinciano, en cuanto le sea

posible, anhela cambiar su rol de *siervo* al de *autoridad* para poder también ser parte de esta dinámica de poder (Portocarrero, 2010).

Este panorama se puede extrapolar a la política, en donde, de acuerdo a las dinámicas grupales, las altas esferas del poder también son percibidas como abusivas y corruptas. Un espacio público en el que prima la burocracia y solo algunos se ven favorecidos, más por conexiones que por méritos reales. Las entidades del Estado se ven como instancias en donde prima el patrimonialismo y la falta de normas. En la fase cualitativa se ha visto cómo esta visión del poder genera en los ciudadanos un espíritu de revancha ante la injusticia que lleva a que se plantee que solo *una mano dura* es capaz de poner orden. La encuesta permite ver cómo la ley y el orden tienen baja legitimidad. El 62% considera que en Perú no todos somos iguales ante la ley y un 78% de los encuestados está de acuerdo con que las autoridades son las primeras en no cumplir con las normas. Los valores descritos se tienen que comprender en este contexto de creencias. Se percibe que la ley no es la misma para todos y que el *vale todo* prima.

Retomando los valores de Schwartz, la Seguridad es entendida como la importancia de vivir en lugares seguros y la demanda de un Estado fuerte, capaz de proteger a los ciudadanos. Es otro de los valores más importantes para los limeños (T2B: 69%). La única diferencia encontrada dentro de este segmento es que al interior de las mujeres hay una mayor proporción de personas que destacan este aspecto (T2B: 67%). Cuando se analizan las medias, utilizando la prueba paramétrica T de Student para muestras independientes, se encuentra que las mujeres no solo sobresalen por tener mayores niveles en el valor de Seguridad sino que también le dan mayor importancia a los valores de Tradición. En el caso de los hombres, ellos cuentan con un mayor puntaje en el valor de Estimulación (Ver Tabla 6).

Tabla 6. Valores Schwartz 2. Medias y desviaciones típicas por sexo

	Hombres	Mujeres	<i>t</i>	P
Estimulación	M= 3.82 (DT= 1.05)	M= 3.71 (DT=1.03)	1.96	.05*
Tradición	M= 4.49 (DT= .87)	M= 4.61 (DT= .79)	-2.78	.01*
Seguridad	M= 4.70 (DT= .44)	M= 4.76 (DT= .38)	-2.85	.00**
N	754	776	1530	1530

*p < .05, **p < .01

Tomando en cuenta que vivimos en una sociedad limeña donde la inequidad de género es todavía un fenómeno social importante (Huerta, 2011), estos resultados confirman cómo la mujer presenta todavía valores más tradicionales que un hombre, quien busca experiencias y se aventura más.

Por otro lado, la edad es una variable que permite ver diferencias en algunos valores como Logro (T2B: 50%), Estimulación (T2B: 44%) y Hedonismo (T2B: 38%); los cuales tienen una mayor presencia en la población más joven (18 a 24 años). De hecho, al interior de este segmento, hay una mayor proporción de personas orientadas al Logro (T2B: 57%), Estimulación (T2B: 46%) y Hedonismo (T2B: 48%). Esto coincide con resultados de

estudios realizados por GfK (2012), también sobre valores, donde se observa que la gente más joven tiene este tipo de valores. Esto lleva a que los jóvenes sean más exigentes con relación a las empresas o instituciones que deben darles un servicio y que estén buscando que los mismos se den de manera rápida. Los lleva a tender a reclamar con mayor énfasis que sus mayores por aquellos aspectos que consideran les corresponde.

El análisis de medias confirma los niveles más altos en este grupo de edad: Estimulación ($M=4.20$, $DT=1.03$), Logro ($M=4.46$, $DT=.93$) y Hedonismo ($M=4.27$, $DT=1.03$). Por el contrario las personas de 40 a 80 años sobresalen por sus mayores niveles de Tradición ($M=4.65$, $DT=.81$) frente al resto de grupos de edad. Revisando los porcentajes se encuentra esta misma tendencia: la Tradición aumenta con la edad. El ya mencionado estudio de GfK (2012) sobre valores, así como los resultados de la Encuesta Mundial de Valores en Perú (<http://www.worldvaluessurvey.org/wvs.jsp>) coinciden con estos resultados. Generaciones de gente joven más hedónica, buscadora de experiencias nuevas y más orientadas al logro personal que las generaciones de sus mayores. Dicho de otra manera, con menor interés por asuntos públicos o, como se planteó líneas arriba, con una relación diferente con lo público.

Estos resultados confirman el cambio de mentalidad en los ciudadanos limeños, probablemente vinculado al crecimiento económico de los últimos años, que ha permitido que las nuevas generaciones se encuentren más optimistas y más ávidas por experimentar nuevas experiencias, dándole mayor importancia a temas como el disfrute por la vida y la búsqueda de emociones positivas en el presente, así como el reconocimiento social y una mayor motivación de logro. Por lo mismo, también es esperable que las generaciones más antiguas cuenten con esquemas más conservadores y que por ello puntúen alto en valores como la tradición y el mantenimiento del status quo. La gente de 40 a más años pasó su niñez, pubertad y parte de su adolescencia (los más jóvenes) entre las acciones de Sendero Luminoso (1980 a 1992), la hiperinflación durante el primer gobierno de Alan García (1985-1990) y los años del llamado Fujishock (1990-1995). Los que tiene 25 a menos años, por poner un corte de edad que marque diferencias, pasaron parte de su niñez y adolescencia en un país cuyo Producto Bruto Interno (PBI) creció entre 4% y 7%, durante algo más de diez años, de manera sostenida (Jaramillo y Zambrano, 2013). Este crecimiento se dio dentro de un contexto de gran fragilidad institucional (Ganoza y Stiglich, 2015) pero con un nivel de crecimiento económico que marcó diferencias con los años precedentes.

En líneas generales, se destaca la imagen de un limeño emprendedor, progresista y protector, que ciertamente busca la igualdad de oportunidades. En las dinámicas grupales se ha podido ver la importancia que la gente le da a la igualdad porque perciben que es lo que menos se da. Asimismo, la desigualdad económica y social⁶, que todavía persiste, genera una demanda ciudadana de justicia y orden que no solo garantice el bienestar

⁶ Según datos de la Encuesta Nacional de Hogares (ENAH), el porcentaje de pobres cayó de 58,7% en el 2004 a 23,9% en el 2013 pero, de acuerdo al Banco Mundial, el coeficiente de Gini, medido en una escala de 0 a 100, ha pasado de 44.9 en el período 2000-2004 a 45.3 en el período 2010-2014, sigue casi igual.

general, sino principalmente la seguridad de la familia y el entorno cercano, valores vitales de los limeños. En esa línea, cabe resaltar también la importancia que se le da al *trabajo duro*, que está relacionado con lo que se observó en las dinámicas sobre la importancia del esfuerzo para poder *salir adelante* de una situación socioeconómica adversa. Un 78% valora *dar su mejor esfuerzo y trabajar duro*. Otro recurso para afrontar la adversidad, como se conversó en los grupos, es *ingeniárselas para salir adelante*, en la lógica del *recursito* para salir de apuros en el corto plazo. Lo que Inglehart denominaría una cultura de sobrevivencia.

Con respecto a esto último, Inglehart plantea dos grandes ejes que engloban los valores de las sociedades contemporáneas. Una primera dimensión, Tradición vs Secularidad, nos permite ubicar a los limeños en términos de su apego a la tradición, donde nueve de cada diez ciudadanos (94%) se orienta a la tradición y solo un 6% entra en el polo secular. Acá no hay diferencias entre segmentos. Lo tradicional está definido para el autor por valores como una alta religiosidad (TB: 68% señala que Dios es lo más importante en su vida), un elevado orgullo nacional (T2B: 95% se siente orgulloso de ser peruano), tolerancia mínima al aborto (6 de cada 10 limeños nunca lo justificaría), un elevado respeto por la autoridad (88% considera positivo que en el futuro haya un mayor respeto por la autoridad) y un índice bajo de autonomía en los niños ($M = -.34$, $DT = 1.0$), en donde la mayoría destaca cualidades como la obediencia (58%) como aspectos que hay que enseñarles a los hijos, por encima de valores como la independencia (21%).

En el caso de la segunda dimensión Sobrevivencia vs Autoexpresión los resultados son relativamente más parejos. Algo más de la mitad (56%) de limeños se orienta hacia valores de sobrevivencia, sin embargo, es importante el número de personas que se orientan a valores autoexpresivos (44%), es decir, hacia valores que van más allá de temas como la seguridad material y que buscan la trascendencia en aspectos como la defensa de los derechos humanos y la expresión de sus opiniones, así como también en su bienestar subjetivo (T2B: 83% se considera una persona feliz).

Aun así, los limeños todavía tendemos a estar en el polo de los valores de sobrevivencia: vivimos en un clima de desconfianza en donde un contundente 90% señala que no se puede confiar en la mayoría de personas; todavía una tercera parte (TB: 30%) considera que la homosexualidad nunca se justifica; existe resistencia a participar de manera activa en actividades como la firma de una petición (36% sostiene que nunca haría esto); y cuando se analizan los grupos en función al Índice de Materialismo- Postmaterialismo, la gran mayoría se ubica en el segmento mixto (Ver Tabla 7).

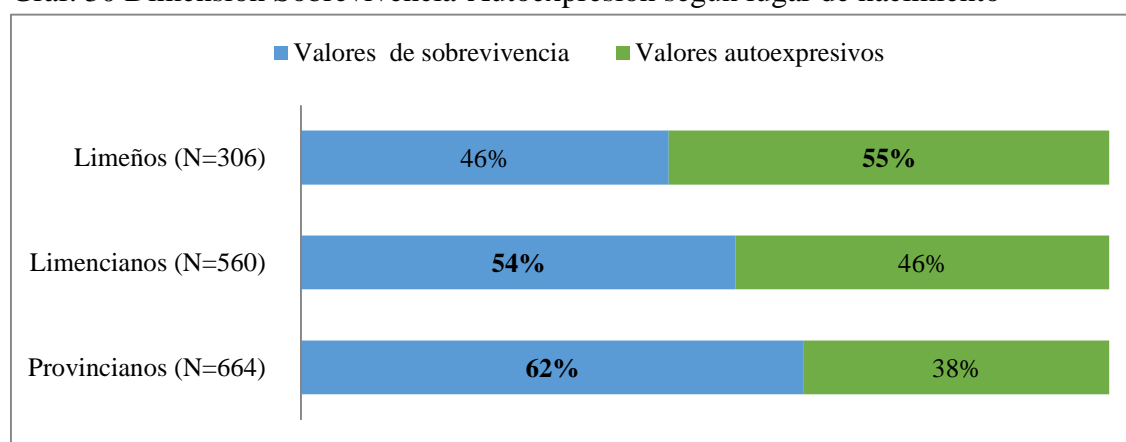
Tabla 7. Indicador de Materialismo- Postmaterialismo

	Frecuencia	Porcentaje %
Materialista	249	16%
Mixto	1002	66%
Postmaterialista	279	18%
Total	1530	100%

Las personas con un bajo nivel educativo tienen una mayor orientación hacia valores de sobrevivencia (63%); a diferencia del grupo con educación superior, en donde la tendencia es opuesta: aquí más bien se destaca la cantidad de personas con valores autoexpresivos (53%). La educación está asociada a la presencia de valores autoexpresivos.

Por otro lado, quienes nacieron en provincia tienen una mayor orientación hacia valores de sobrevivencia (62%); a diferencia de los limeños y los limencianos, en cuyos casos hay una mayor proporción de personas con valores autoexpresivos, especialmente en el caso de los limeños, segmento en el que se invierte la tendencia general: hay más personas autoexpresivas (55%) que materialistas (46%). Como hemos visto, los limeños tienen una mentalidad más hedónica y de apertura al cambio, lo que favorecería esta tendencia a la autoexpresión.

Gráf. 30 Dimensión Sobrevivencia-Autoexpresión según lugar de nacimiento



Si se analiza por rangos de edad, se observa que los valores expresivos tienen una mayor presencia en los grupos de menor edad (en el segmento de 18 a 24 es el 54% vs 46% de valores materialistas) mientras que en los segmentos de mayor edad (40 a 80) la situación es la contraria, 61% privilegia los valores materialistas vs el 39% que da más importancia a los expresivos. Esto coincide con el análisis hecho a partir del enfoque de Schwartz.

De esta manera, las nuevas generaciones estarían interiorizando el discurso Postmaterialista, lo que explicaría el porqué de la migración de un polo al otro. No obstante, no habría mayores cambios en el eje Tradicional-Secular, tomando en cuenta que somos un país altamente religioso, nacionalista y con un fiel respaldo a las figuras de autoridad, costumbres con las que hemos sido socializados desde el hogar y que también se expanden a la esfera política.

Cabe resaltar que estos resultados coinciden con los obtenidos en la Encuesta Mundial de Valores (2010-2014) que se realizó a nivel nacional (<http://www.worldvaluessurvey.org/wvs.jsp>). Perú destaca como uno de los países con valores más tradicionales. Este panorama es bastante similar en Lima, en donde debe reconocerse el avance en temas como la tolerancia hacia la homosexualidad (existe una

mayor apertura al tema en la agenda local y en los medios de comunicación), así como el incremento de la participación ciudadana en marchas por temas como la aprobación de leyes que benefician solo a grupos poderosos o por la mejora de la televisión nacional. Todos estos acontecimientos recientes han tenido un gran respaldo popular, gracias al movimiento generado en redes sociales y al involucramiento de los segmentos más jóvenes.

En síntesis, vemos que hay una serie de valores que caracterizan a los limeños pero que dentro de los mismos, hay diferencias interesantes en términos de edad, género, nivel educativo y lugar de nacimiento. Tomando los extremos, un joven varón, nacido en Lima y de nivel educativo superior tiene un conjunto de valores opuesto al de una persona mayor, mujer, nacida en el interior y con un bajo nivel educativo.

b) Confianza interpersonal

Así como los valores, la confianza interpersonal representa un aspecto clave para las relaciones entre los ciudadanos y en particular para el capital social. Si bien se desarrolla primero en el ámbito social, es un aspecto que, según algunos autores (Putnam, 1994) logra también influir en la cultura política.

En general, solo 3 de cada 10 limeños confía en los demás (T2B: 30%). Esto varía dependiendo del entorno específico al cual nos estemos refiriendo: cuando se trata de la confianza hacia la gente del vecindario el indicador mejora, 4 de 10 confían (T2B: 42%); pero si se trata de la gente de Lima, en general, solo 2 de 10 lo hace (T2B: 19%).

Lo mismo ocurre cuando se analizan las medias del indicador generado de confianza interpersonal. La media general es de 2.11 (DT=.64), lo que confirma el bajo nivel de confianza interpersonal entre los limeños. Asimismo, utilizando la prueba paramétrica T Student para muestras relacionadas, se obtiene que, en efecto, la gente de la comunidad o vecindario ($M=2.30$, $DT=.81$) resulta ser significativamente más confiable que la gente de Lima ($M=1.91$, $DT=.69$; $t = -19.58$, $p<.001$). Esto se relaciona con lo encontrado en investigaciones previas en nuestro país: somos una sociedad que confía únicamente en su entorno más cercano (Amaya, Espinosa y Vozmediano; 2011; De la Flor, 2000; Díaz Albertini, 2010). Como se dijo en las dinámicas grupales, solo se confía en la familia e incluso, algunos ni siquiera en ella.

Al observar los resultados por nivel socioeconómico (NSE), utilizando el contraste paramétrico ANOVA de homogeneidad de varianzas, se encontró que la confianza interpersonal se reduce con el nivel socioeconómico: el segmento A/B confía más en su entorno que el NSE D/E, así como el segmento C confía más que en los niveles D/E (Ver Tablas 8 y 9).

Tabla 8. Confianza interpersonal 1. Medias y desviaciones típicas por NSE

	NSE A/B	NSE C	NSE D/E	F	P
Confianza interpersonal	M= 2.20 (DT= .66)	M= 2.12 (DT= .63)	M= 2.02 (DT= .60)	9.01	.02*
N	365	656	509	1530	1530

*p < .05

Tabla 9. Confianza interpersonal- Diferencia de medias por NSE

	Nivel socioeconómico		Diferencia de medias	p (Games Howell)
Confianza interpersonal	NSE A/B	NSE C	0.08	.16
	NSE A/B	NSE D/E	0.18	.00**
	NSE C	NSE D/E	0.10	.03*

*p < .05 **p < .01

Revisando los porcentajes, esta tendencia a la desconfianza es efectivamente mayor en los niveles socioeconómicos más bajos. Así, dentro del NSE D/E, solamente 25% confía en los demás; panorama que es ligeramente mejor en el NSE A/B (T2B: 36%) y en el NSE C (T2B: 31%).

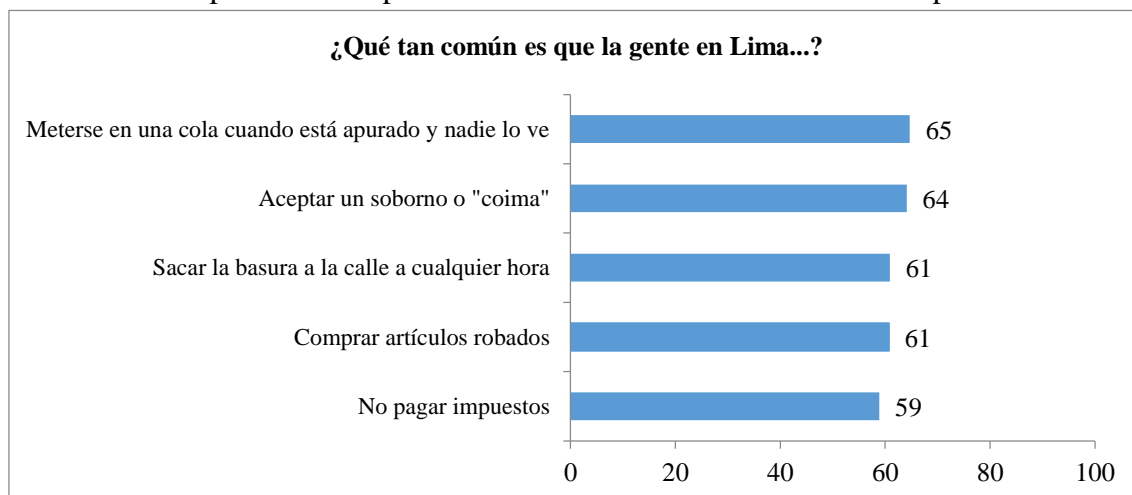
Estos resultados son altamente preocupantes pues, como ya se ha visto antes, la fragilidad de los vínculos sociales fuera del ámbito familiar perjudica la convivencia ciudadana y tiene un impacto en la participación cívica y política (Klesner, 2007). Además, y como se verá más adelante, parte de nuestro capital social se fundamenta en la confianza interpersonal, el cual es básico para el emprendimiento o acercamiento a la participación en asociaciones y en la política en general.

c) Percepción de cumplimiento de las normas

Podría decirse que vivimos en una cultura anómica o alienada, en donde prima la sensación de que lo que ocurre en la política es algo que está más allá de la voluntad de las personas y/o que es una situación donde la acción política no tiene ningún sentido (Lane, 1962). Una de las actitudes que más caracterizan a los limeños es la percepción de que en nuestra ciudad todo el mundo hace *lo que le da la gana*. Cuando esta sensación es grande, provoca no solo malestar general, sino también un mecanismo de adaptación a dicho *modus operandi*, de lo contrario, como dijeron en los grupos, uno queda como el tonto o *lorna*.

Se generó un indicador de percepción de incumplimiento de normas, basado en la frecuencia con que se percibe conductas como: comprar artículos robados, aceptar un soborno o *coima*, meterse en una cola, sacar la basura a la calle en cualquier momento y no pagar impuestos. La pregunta textual aludía a qué tan frecuentes se consideraban estos comportamientos en el ciudadano limeño.

Gráf. 31. Percepción de cumplimiento de normas de convivencia. % Top Two Box



La media de este indicador es de 3.61 (DT=1.04), lo que equivale a decir que los limeños tienden a percibir una frecuencia relativamente alta de incumplimiento de las normas. Viéndolo en términos porcentuales, 6 de cada 10 limeños considera que las normas se incumplen siempre o casi siempre (T2B: 62%). Cabe añadir que esta actitud se percibe como más alta al interior del NSE C (T2B: 66%), aunque en general se trata de un sentir prácticamente compartido por todos los ciudadanos.

Un aspecto relacionado a la anomia o a la percepción de falta de normas es observar qué tanto los limeños sentimos que somos iguales ante la ley. Solo 24% se manifiesta de acuerdo o totalmente de acuerdo con esta afirmación, no habiendo mayores diferencias por otras variables demográficas. Para un 76%, en el país se hacen diferencias según cuánto dinero se tenga y en qué nivel de la jerarquía social se ubique la persona. Un claro ejemplo es cuando uno de los participantes en las dinámicas grupales señala que una bodega (un negocio pequeño) sí puede ser multada por la SUNAT (autoridad tributaria) pero que a Telefónica no se le aplica sanciones. Ello conlleva a una alta frustración: ¿Cómo pedir justicia en una ciudad donde al grande no lo tocan y al chico sí?

Se sabe que altos niveles de percepción de injusticia como estos se asocian con niveles altos de anomia (Finifter, 1970), así como también la percepción de que los funcionarios o los políticos no cumplen con las mismas normas que estipulan. El panorama no resulta alentador pues, precisamente la gran mayoría de limeños consideran que las autoridades son las primeras personas que violan o incumplen las normas (T2B: 78%), siendo mayor esta percepción en el NSE C (T2B: 81%). En esa línea, un 83% cree que el país está gobernado por unos cuantos grupos poderosos que buscan su propio beneficio, sin diferencias entre segmentos.

Estamos pues ante un ciudadano desconfiado y reactivo hacia las autoridades, que no solo percibe una fuerte desigualdad sino que considera que las normas no tienen legitimidad y que por lo tanto no hay incentivo para cumplirlas. Esto mismo fue mencionado en las dinámicas grupales, en donde abundan los ejemplos de informalidad y de falta de respeto a las normas: la falta de puntualidad; los buses que paran en *donde quieren* (en donde la

gente sube y baja *donde quiere*); las respuestas de las empresas de servicios frente a los reclamos; los productos que son imitación de marcas conocidas; gente que orina en la calle; todos ellos comportamientos que denotan una falta de respeto por el otro, en tanto se trata de un sujeto que se ignora o desconoce, a pesar de que ambos compartan un espacio público. Más adelante se verá como existe un segmento en particular que se define por este tipo de actitud, en el que la sensación de injusticia es de tal magnitud que llega a haber un rechazo explícito por lo que se considera políticamente convencional.

En general, se percibe una necesidad de cambio. Casi 80% de los limeños señala que la sociedad peruana necesita reformas profundas (65%) o radicales (13%). Y es que ante la fuerte percepción de incumplimiento de normas y el incremento de la sensación de que aquí cada uno hace lo que quiere, los ciudadanos sienten la necesidad de reformas profundas o terminen demandando una *mano dura* para gobernar. El 72% T2B está Totalmente de acuerdo/de acuerdo con la frase *En este país se necesita mano dura para gobernar*, cifra que marca diferencias entre el nivel A/B (66% está a favor) y el C o el D/E (73% y 74%, respectivamente, están de acuerdo con esta frase).

c) Percepción de racismo

Uno de los temas más asociados a la desigualdad en el país es el racismo, dado que estamos en una sociedad profundamente jerarquizada en sus relaciones sociales. El racismo es una forma de mantener dicho sistema vertical y se mezcla con variables como la pobreza o el color de piel como criterios para diferenciar y valorar a unos ciudadanos sobre otros (Nugent, 2012).

Ante la pregunta de si hay racismo en Perú, 9 de cada 10 limeños está de acuerdo con esta afirmación (T2B: 91%). Esta percepción es generalizada: se da en todos los niveles socioeconómicos, edades y géneros. Llama la atención la elevada cantidad de personas que reconocen este fenómeno social, pese a tratarse de una encuesta de opinión en la que muchas de estas preguntas podrían generar un sesgo de deseabilidad social en los entrevistados.

Con respecto a experiencias previas de discriminación, 4 de cada 10 limeños (42%) señalan haberse sentido discriminados en algún momento de su vida, principalmente por aspectos relacionados con su nivel socioeconómico (21%), el color de piel o su raza (15%) y por ser provinciano (13%). Estas cifras se incrementan en el segmento D/E, donde esta victimización ha sido mayor que en el resto de estratos socioeconómicos (56%). También hay mayores experiencias de discriminación al interior de las personas con un bajo nivel educativo (46%) y en el caso de los provincianos que viven en Lima (50%). Pobre, *cholo*, serrano y provinciano son categorías que muchas veces se usan con afán discriminatorio y casi como sinónimos. Nugent (2012) definía una ecuación mental en la que ser provinciano, ser de bajos recursos y no tener educación es prácticamente lo mismo, especialmente para las clases más altas.

Esto coincide con lo planteado por DEMUS (2005) en donde el origen étnico es la principal causa de racismo. En ese sentido, no solo la pobreza es una fuente de discriminación sino que en el fondo se oculta una discriminación de tipo racial: *eres más pobre si eres cholo*. Pero la discriminación no se da solo por el color de piel, pues tanto la forma de vestir como el dinero son indicadores de nivel social. Esto fue lo que se narró durante las dinámicas grupales, en donde también se vio que en el proceso de discriminar se hace una asociación amplia entre personas con bajos recursos económicos, nivel educativo o recursos cognitivos: *Tú no puedes concientizar a personas ignorantes que viven en un cerro*. (Joven, mujer, NSE A/B).

Por otra parte, cuando se cruzan las percepciones de racismo y la experiencia de haberse sentido discriminado (Ver Tabla 10) casi 40% del total de la muestra reconoce abiertamente haber sido víctima de discriminación, con notorias diferencias por nivel socioeconómico: la cifra llega a 53% en el NSE D/E, mientras que el número de personas que reconoce que hay racismo pero que no se ha sentido afectado personalmente por el mismo llega a 66% en el NSE A/B.

Tabla 10. Percepción de racismo y experiencia de discriminación (cuadro al 100%)

	Sí se ha sentido discriminado	No se ha sentido discriminado
Sí hay racismo	39%	52%
No hay racismo	2%	7%

Para la cultura política peruana, el racismo y la discriminación son una fuente de desigualdad que, como ya se ha revisado en la literatura previa, genera una sensación de exclusión que es una de las bases para la desconfianza social. También podría ser una de las razones por las cuales las autoridades, cuando llegan al poder, discriminan a los menos favorecidos. La lógica discriminadora sería algo así como: no vale la pena esforzarse para dar un mejor servicio de colegios, hospitales, etc. (servicios públicos) a los cholos/pobres. Un hecho histórico que apunta en esta dirección es revisar la actitud que en su momento tuvo el gobierno para combatir la violencia política de Sendero Luminoso (1980-1992). Mientras las acciones de este grupo armado estuvieron focalizadas en la sierra del país, existía preocupación y se le combatía pero la sensación de urgencia no existía. Era algo que pasaba en la sierra (*donde están los cholos*). Cuando Sendero detona una bomba en el centro de una zona residencial como Miraflores, en Lima, la sensación de urgencia se elevó notablemente. Sendero ahora sí estaba cerca y no era solo un asunto que ocurría en la sierra.

d) Tolerancia social

Al igual que la confianza y el resto de actitudes sociales, la tolerancia social está muy vinculada al sistema político. Para esta investigación en particular esta es evaluada a través de las actitudes hacia la homosexualidad y el aborto, dos temas controversiales hacia los cuales los limeños todavía se muestran socialmente intolerantes.

Cuando se les pregunta qué tan justificable consideran que es la homosexualidad, la tercera parte de los ciudadanos (TB: 30%) señala que esta no tiene ninguna justificación. Dicha cifra se incrementa de manera significativa a un 35% en el NSE D/E; 34% en los hombres y 35% en las personas mayores (40-80 años). Es dentro de estos perfiles demográficos que se incrementan las probabilidades de rechazo hacia la homosexualidad.

En el caso del aborto, la intolerancia es aún más fuerte: 6 de cada 10 limeños (TB: 57%) manifiestan que el aborto no se justifica bajo ninguna circunstancia, percepción compartida en todos los segmentos sociodemográficos.

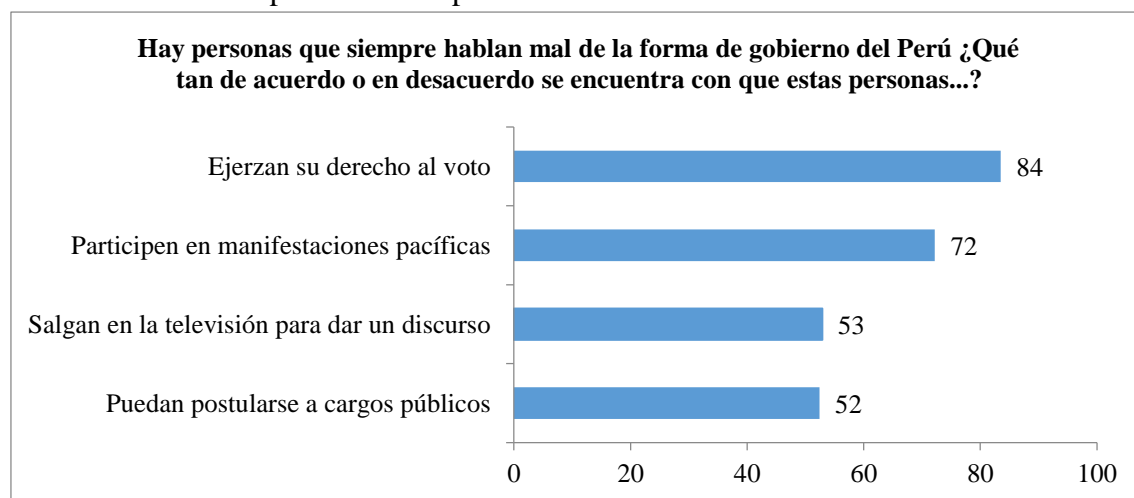
De esta manera, y en relación a los resultados obtenidos en la escala de valores de Inglehart, los limeños nos mostramos todavía conservadores con estos temas, si bien es cierto que hay mayor apertura que en años anteriores. Durante las dinámicas grupales se reconocía que la gente todavía tenía rechazo hacia estos temas pero menos que antes: *“no somos liberales, pero aceptamos más cosas”*. Por ejemplo, hoy día diversas figuras mediáticas de la política y el espectáculo se declaran abiertamente homosexuales. Eso era algo impensable hace algunas décadas. Esta percepción de mayor apertura es ligeramente mayor en los niveles socioeconómicos más altos: *“Creo que eso ha cambiado con el tiempo, antes era más reservado. Ahora hay tanto en hombres como en mujeres”*.

1.2. Los sistemas de creencias políticas nucleares

a) Tolerancia política

Para medir la tolerancia política, se utilizó un indicador promedio de los cuatro ítems que conforman dicha escala y que abordan el nivel de aprobación o desaprobación de algunos derechos por parte de sectores opuestos al sistema político, tales como: el ejercer el derecho al voto, participar en manifestaciones, postular a cargos públicos o salir en la TV para dar un discurso.

Gráf. 32 Tolerancia política. % Top Two Box



Previa recodificación en una escala del 1 al 100, los limeños obtienen una media de 65.4 (DT=16.2), lo cual nos ubica en un nivel intermedio alto de tolerancia, no encontrándose

diferencias significativas entre los grupos demográficos. Este resultado difiere considerablemente de los 49 puntos que recoge el estudio de LAPOP, considerando únicamente Lima Metropolitana (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). La diferencia entre una y otra podría deberse al tipo de escala utilizada: LAPOP considera una escala del 1 al 10 mientras que para esta investigación se usó una escala del 1 al 5. Otra fuente de diferencia puede ser que en LAPOP se ponen énfasis en que *se está hablando no sólo del gobierno de turno, sino del sistema de gobierno* cosa que no se hizo en esta encuesta. Desde este último punto de vista, nuestra encuesta podría estar recogiendo más la actitud de la gente ante las personas que discrepan del actual gobierno.

Otra manera de abordar este indicador es considerando el porcentaje promedio de personas que se manifestó de acuerdo o totalmente de acuerdo con estos cuatro comportamientos. De esta manera, se obtuvo que 6 de cada 10 limeños se muestran, en general, tolerantes frente a la participación política de los opositores (T2B: 57%). Esta cifra es relativamente más cercana a la de LAPOP, y presenta un incremento significativo al interior de las personas que se autodenominan de derecha, en donde la tolerancia política llega a un 70%, muy por encima de las personas de izquierda (T2B: 67%) y de centro (T2B: 64%).

Analizando los ítems de manera individual, 8 de cada 10 limeños está de acuerdo con que estos opositores al gobierno voten (T2B: 76%), siendo este el comportamiento político más socialmente aceptado. Esta tolerancia disminuye cuando esta implica que los opositores participen en manifestaciones (T2B: 60%). Dicha aprobación decrece aún más cuando se trata de que estos personajes salgan en la televisión para dar un discurso (T2B: 46%) o que puedan postular a cargos públicos (T2B: 45%). En ese sentido habría una diferenciación en los derechos que podrían tolerarse: desde lo más básico (como es permitir su libre derecho al voto) hasta la posibilidad de ejercer funciones públicas o influir en los demás a través de los medios de comunicación, derechos que menos de la mitad de limeños aprueba.

b) Auto definición ideológica

Un aspecto que nos interesaba analizar es el tipo de auto definición ideológica que el ciudadano tiene. La manera más tradicional de evaluar este indicador es a través del binomio izquierda-derecha. Los resultados en esta investigación confirman que casi 6 de cada 10 limeños (55%) se autodenominan de centro; 20% se considera de derecha y solo un 10% se define de izquierda. El 15% restante no precisa una auto identificación.

Como era de esperarse, estos resultados varían considerablemente cuando se analizan las cifras al interior de cada nivel socioeconómico. Así, dentro del NSE D/E hay una mayor proporción de personas de izquierda (13%) aunque sigue siendo baja, a diferencia del NSE A/B en donde la gente que se declara de izquierda es de apenas al 5%.

Por su parte, la derecha se incrementa considerablemente al interior del NSE A/B en donde llega a conformar un 36%, siendo el segmento socioeconómico que más congrega

a este grupo ideológico. Por otro lado, existe una mayor presencia de gente de Centro en el NSE B (61%) y una mayor concentración de personas de Izquierda principalmente en el NSE D/E, donde la cifra llega a 14%. Por género, los hombres tienden a declararse más de izquierda (11%) que las mujeres (8%); mientras que por edades, las personas de 40 a 80 años son abiertamente más de Derecha (23%) que el resto de grupos de edad. Finalmente, entre las personas con nivel educativo superior, existe una mayor proporción de gente de centro (63%) y entre las de menor nivel educativo hay una proporción mayor de gente de Derecha (22%) y de quienes no precisan una posición (18%).

¿Pero qué es ser de izquierda y qué es ser de derecha para los limeños? Los resultados permiten ver con claridad que la definición de estos conceptos varía mucho en función a cómo se perciba uno. Por ejemplo, para la gente que se autopercibe de izquierda, esta ideología responde a un deseo por *tener una sociedad más justa para todos* (62%), o por sentir que se pertenece a *la clase trabajadora* (42%). La asociación entre izquierda y búsqueda de la igualdad también está entre personas que se autodefinen de centro pero en una menor proporción (42%). Por el contrario, desde la gente que se define de derecha, ser de izquierda es ser *un comunista o socialista* (42%); ser un *radical/extremista/terrorista* (29%) o *de oposición al gobierno* (26%). Es visto como un rival peligroso.

Para la gente que se autopercibe de derecha, este término (ser de derecha) expresa un *deseo de justicia para todos* (53%). Esto quiere decir que los que se autoperciben de derecha y de izquierda se definen a sí mismos buscando los mismos objetivos. Las diferencias están en otros aspectos. Entre las personas que se autodefinen de derecha, una segunda interpretación de este término es que lo asocian a una actitud favorable hacia el libre mercado (34%). Entre la gente de izquierda, ser de derecha significa *pertenecer a los poderosos* (35%), *tener dinero* (31%) o *ser capitalista* (31%). Es interesante ver cómo cada grupo se percibe a sí mismo buscando la igualdad y la justicia y percibe al otro como un “enemigo” (comunista/extremista o poderoso/capitalista).

Al parecer, esta búsqueda de equidad es transversal a la ideología. Implica más bien una demanda generalizada por igualdad de oportunidades. La desigualdad existente en nuestro país habría generado esta necesidad de justicia y de orden en la población, deseo que trasciende la auto adscripción ideológica.

c) El sentimiento de eficacia política

Entendida como la capacidad de influencia en el gobierno central y/o local que los ciudadanos perciben de sí mismos (Lane, 1959, 1962), la eficacia política fue evaluada a través de un indicador construido para la investigación, a través de una escala del 1 al 100. Los resultados demuestran que los limeños contamos con una percepción de baja eficacia política ($M=43.1$, $DT=12.5$), presentándose algunas diferencias significativas básicamente por sexo y nivel socioeconómico.

En cuanto al sexo, utilizando la prueba paramétrica T de Student para muestras independientes, se encontró que los hombres (M=44.1, DT=12.7) presentan una mayor percepción de eficacia política que las mujeres (M=42.1, DT=12.1, $t = 3.09$, $p < .005$). Por nivel socioeconómico, utilizando el contraste paramétrico ANOVA de homogeneidad de varianzas, se encontró que la percepción de eficacia política es mayor en los niveles socioeconómicos más altos, y que esta se reduce significativamente conforme se disminuye en el nivel socioeconómico (Ver Tablas 11 y 12). Todos estos resultados son coincidentes con literatura previa que confirma que ser mujer y pertenecer a niveles bajos correlaciona altamente con una menor eficacia política en general.

Tabla 11. Eficacia Política 1. Medias y desviaciones típicas por NSE

	NSE A/B	NSE C	NSE D/E	F	p
Eficacia política	M= 47.61 (DT= 12.41)	M= 42.73 (DT= 12.27)	M= 40.27 (DT= 11.83)	39.11	.00**
N	365	656	509	1530	1530

**p < .01

Tabla 12. Eficacia Política 2. Diferencia de medias por NSE

	Nivel socioeconómico		Diferencia de medias	p (Games Howell)
Eficacia Política	NSE A/B	NSE C	4.88	.00**
	NSE A/B	NSE D/E	7.33	.00**
	NSE C	NSE D/E	2.46	.00**

*p < .05 **p < .01

Adicionalmente, el nivel educativo es una variable que genera diferencias en la eficacia política, pues la educación está muy ligada a la calidad y la cantidad de información que se maneja, así como también la seguridad sobre la propia capacidad para opinar o participar en situaciones relacionadas a la política (Almond y Verba, 1970). Esto se confirma cuando revisamos las percepciones de eficacia política entre quienes tienen un nivel educativo básico (hasta secundaria) y quienes tienen estudios superiores. Claramente, la educación es un factor diferenciador en términos de eficacia política: la gente con mayor grado de instrucción se percibe más auto eficaz en materia política (Ver Tabla 13).

Tabla 13. Eficacia Política por nivel educativo

	Nivel educativo básico (hasta secundaria)	Nivel educativo superior
Eficacia Política	M= 41.08 (DT= 11.99)	M= 45.54 (DT= 18.60)
N	844	686

La otra cara de la moneda se presenta en los niveles más bajos (quienes suelen congregar a gente con menos años de estudios), en donde se percibe menor posibilidad de intervenir y/o quejarse. Esto representa un problema importante pues el grueso de la población se

encuentra concentrada en los niveles socioeconómicos C, D y E. La misma situación ocurre con el grupo de “provincianos” versus el de “limeños”, en donde estos últimos destacan por su mayor percepción de eficacia política (Limeños: 48.73 vs. Provincianos: 42.10). Es decir los limeños se sienten más capaces de influir que los provincianos.

Un tema que nos parece importante destacar es que se ha identificado una correlación baja pero positiva entre el sentimiento de Eficacia Política Interna y el interés general en la política ($r(1530)=.201$, $p<.01$). Esto quiere decir que hay una relación entre la percepción que tiene la gente de poder influir en las decisiones políticas de los gobernantes y su nivel de interés en la política.

Finalmente, un tema importante que nos interesaba abordar era la diferencia entre la eficacia política dirigida hacia el gobierno central y aquella orientada al gobierno local (municipalidad del distrito). Ello debido a que la literatura previa nos dice que muchos ciudadanos, si bien cuentan con una baja percepción de eficacia hacia el gobierno central, su percepción de eficacia política puede incrementarse cuando dicha capacidad es dirigida hacia una instancia más cercana al sujeto (Almond y Verba, 1970), como el municipio de su distrito (gobierno local). Esto se reflejó también en las dinámicas grupales en donde la eficacia política era mayor cuando las instancias eran los municipios distritales, en donde incluso tener contacto con las autoridades era factible, especialmente en los distritos más modernos (San Isidro, Miraflores).

Se realizó la prueba paramétrica T de Student para muestras relacionadas, encontrándose que, en efecto, existe una mayor percepción de eficacia política cuando la instancia evaluada es el gobierno local ($M=44.44$, $DT=13.66$) versus el gobierno central ($M=41.71$, $DT=13.71$; $t = -9.43$, $p<.001$). Esto resultaría ser un hecho positivo en el sentido de que un mayor acercamiento al gobierno local puede significar un potencial acercamiento hacia instancias más importantes, como el gobierno central (Almond y Verba, 1970). Sin embargo, no debemos olvidar que las cifras en general son bajas (promedios entre 40 a 45), por lo que tenemos un problema de eficacia política tanto a nivel central como a nivel local.

Adicionalmente, algunos autores plantean que la percepción de eficacia política puede desagregarse en dos dimensiones: una eficacia política externa (“*a los que trabajan en el gobierno/ mi municipio les interesa lo que piensa la gente como yo*”) y una eficacia política interna (“*personas como yo pueden realmente influir en lo que el gobierno/ mi municipio deciden*”). Dado que ambos ítems fueron evaluados en esta investigación, se planteó una correlación de Pearson, encontrándose que efectivamente existe una relación directa y significativa: $r(1530)=.307$, $p<.01$. Es decir, cuanto más fuerte es la percepción de que a las autoridades les interesa lo que pienso, mayor será la capacidad de influencia política percibida en los ciudadanos.

Hemos revisado diferentes aspectos del individuo limeño, sus valores, diversas actitudes sociales y algunas creencias políticas básicas. A continuación, se muestran los resultados del segundo eje dimensional de la cultura política, que es la vinculación del ciudadano

con esta última. En primer lugar, se muestran los resultados correspondientes a la implicación con la política manifestada por los limeños.

2. La vinculación del ciudadano con la política

2.1. La implicación política personal

a) El interés en la política

La motivación que tienen los ciudadanos por seguir de cerca la política es uno de los aspectos más estudiados dentro de los trabajos sobre cultura política, por ello se incluye en la presente investigación. A través de la pregunta directa sobre qué tanto interés se tiene por la política, se obtiene que 6 de cada 10 limeños no tiene ningún interés o este interés es muy bajo (B2B⁷: 63%); seguido por un 26% que manifiesta tener algo de interés y solo un 11% que dice tener mucho interés por la política. De esta manera, el grupo de interesados por la política llega al 37% (cifra relativamente superior al 27% de la Encuesta Mundial de Valores realizada en nuestro país durante el periodo 2010-2014). Este resultado es esperable tomando en cuenta que en este caso solo se presentan resultados para la ciudad de Lima, que por ser la capital, suele concentrar mayor cantidad de personas interesadas en política y en temas de actualidad que en las localidades del interior del país.

Cuando se analizan las medias, el promedio general de interés en la política es de 2.24 (DT=.94), el cual refleja el poco interés de los limeños y es consistente con las cifras mencionadas líneas arriba. Cuando se analizan los segmentos sociodemográficos, se observan algunas diferencias significativas por sexo y también por nivel socioeconómico. A través de la prueba paramétrica T de Student para muestras independientes, se encontró que los hombres (M=2.34, DT=.96) tienen un mayor interés en la política que las mujeres (M=2.14, DT=.91, $t = 4.04$, $p < .001$). De hecho, al revisar los porcentajes de quienes manifiestan mucho y algo de interés, se observa que los hombres (T2B: 41%) tienen un interés por la política significativamente mayor que las mujeres (T2B: 34%).

Sin embargo, estas diferencias entre hombres y mujeres desaparecen cuando se considera únicamente a las personas con un nivel de instrucción superior (n=686). De esta manera, utilizando nuevamente la prueba paramétrica T de Student, no se encontraron diferencias significativas entre hombres (M=2.53, DT=.98) y mujeres (M=2.45, DT=.88, $t = 1.14$, $p > .05$). Es decir, la educación representa un factor importante que repercute en nuestro nivel de interés en la política: cuando se trata de hombres y mujeres con la misma educación, ambos se interesan de igual forma en asuntos políticos.

Por otro lado, a través de un contraste paramétrico ANOVA de homogeneidad de varianzas, se obtuvo que el interés por la política es mayor en el NSE A/B versus el resto

⁷ Bottom Two Box: Porcentaje correspondiente a los dos valores más bajos de la escala, los puntos 1 y 2 de una escala tipo Likert de cinco puntos.

de segmentos socioeconómicos (Ver Tablas 14 y 15). En términos porcentuales, el NSE A/B (T2B: 47%) muestra un interés significativamente mayor que el resto de niveles socioeconómicos (NSE C: 38% y NSE D/E: 29%).

Tabla 14. Interés general por la política- Medias y desviaciones típicas por NSE

	NSE A/B	NSE C	NSE D/E	F	p
Interés general en la política	M= 2.48 (DT=.91)	M= 2.24 (DT= .96)	M= 2.08 (DT= .90)	19.80	.00**
N	365	656	509	1530	1530

**p < .01

Tabla 15. Interés general por la política- Diferencia de medias por NSE

	Nivel socioeconómico		Diferencia de medias	p (Games Howell)
Interés general en la política	NSE A/B	NSE C	.24	.00**
	NSE A/B	NSE D/E	.40	.00**
	NSE C	NSE D/E	.16	.02*

*p < .05 **p < .01

Además del interés general por la política se presentaron dos afirmaciones para ver si el tipo de interés existente en los limeños está circunscrito al contexto electoral o relacionado básicamente a sus intereses personales. Lo que se encontró es que 4 de cada 10 limeños (T2B: 42%) manifiesta que la política solo le interesa cuando hay elecciones (porcentaje superior al interés manifestado hacia la política en general, 37%). Este porcentaje llega al 52% en el segmento D/E. Por otro lado, un 38% está de acuerdo con que la política solo le interesa cuando afecta temas que lo tocan personalmente. Cabe destacar que este interés de tipo más circunstancial (sea electoral o por temas que le tocan personalmente) se incrementa en la medida que el nivel socioeconómico es más bajos. Por ejemplo, dentro del segmento A/B, solo un 27% dice que se interesa por la política solo cuando le afecta personalmente mientras que en el D/E un 43% está de acuerdo con esta afirmación.

Finalmente, también se preguntó por el interés de los ciudadanos por aspectos específicos como la salud y la educación (aspectos del *output*), lo que ocurre en los partidos políticos y en el Congreso (aspectos del *input*) y lo que ocurre en su distrito y en su vecindario (asuntos locales). Con esto, se quería ver si el interés en la política varía no solo según las circunstancias inmediatas (elecciones o cuando afecta temas personales) sino en función al tipo de relación con la política (más orientados al *input*, *output* u orientados hacia asuntos de interés nacional o local). Para el análisis se tomará en cuenta este agrupamiento al considerarse indicadores confiables, como se mencionó en la parte metodológica.

En primer lugar, el grado de interés que suscitan estos temas no es el mismo. Los aspectos del *output* (TB: 76%) involucran más a la población que los aspectos del *input* (TB: 11%). Los limeños estamos principalmente orientados al *output*, es decir, nos interesa ver

resultados en aspectos claves como la salud y la educación. Esto está relacionado con la baja percepción de Eficacia política externa, más relacionada con el *input*.

Del mismo modo, nos interesan más los temas que ocurren en nuestro entorno más inmediato como es nuestro distrito y vecindario (Tabla 16). Sin embargo, cuando se trata de asuntos relacionados al congreso o partidos, relacionado a las legislaciones y propuestas que generan finalmente las acciones en los temas que nos interesan, el interés disminuye considerablemente (no nos interesa lo que ocurra en el congreso o en los partidos políticos, las instancias del *input* que son la base para nuestro sistema político). Esto estaría relacionado con la percepción de baja eficacia política externa y expresa un tipo de alienación (Finifter, 1970) vinculada al sentimiento de impotencia. Como veremos más adelante, la baja confianza en los partidos y el congreso es parte de este escenario.

Tabla 16: Interés por aspectos de la cultura política
Medias, Desviaciones Típicas, Top Two Box y Top Box

	Media 1-4	Desviación Típica	T2B	TB (Mucho interés)
Interés por aspectos del <i>output</i>	3.72	.50	96%	76%
Interés por aspectos del <i>input</i>	2.19	.86	34%	11%
Interés por asuntos locales	3.28	.73	85%	48%
Interés General por la Política	2.24	.94	37%	11%
N	1530	1530	1530	1530

¿Y quiénes se interesan más por aspectos del *output*? A través de un contraste paramétrico ANOVA de homogeneidad de varianzas, se encontró que el NSE A/B (M=3.79, DT= .41) tiene mayor interés por temas del *output* que los NSE D/E (M=3.66, DT= .59; F= 7.77; p<.001). Aunque este hallazgo puede resultar paradójico (porque los niveles bajos tienden a estar muy pendientes de temas como la salud y la educación); aun así confirmaría que a mayor nivel social y educativo mayor interés y preocupación por temas como los señalados. En términos de porcentajes (TB), 81% dentro del NSE A/B muestra mucho interés por estos aspectos, cifra muy por encima del 74% correspondiente al NSE D/E. Una posibilidad es que el bajo interés en los sectores bajos sea porque desde una lógica de alienación hacia el Estado, se espera poco o nada del mismo.

En cuanto al interés en aspectos del *input* se encuentran diferencias por nivel socioeconómico y también por sexo. En el primer caso, a mayor nivel socioeconómico mayor interés en aspectos del *input*, según lo visto en el contraste paramétrico ANOVA de homogeneidad de varianzas (Ver Tablas 17 y 18). Revisando los porcentajes (TB), 14% dentro del NSE A/B muestra mucho interés por estos aspectos, cifra significativamente mayor al 9% correspondiente al NSE D/E.

Tabla 17. Interés en el *input 1*. Medias y desviaciones típicas por NSE

	NSE A/B	NSE C	NSE D/E	F	p
Interés en el input	M= 2.36 (DT=.85)	M= 2.19 (DT= .86)	M= 2.06 (DT= .84)	14.02	.00**
N	365	656	509	1530	1530

**p < .01

Tabla 18. Interés en el *input 2*. Diferencia de medias por NSE

	Nivel socioeconómico		Diferencia de medias	p (Games Howell)
Interés en el input	NSE A/B	NSE C	.18	.01**
	NSE A/B	NSE D/E	.31	.00**
	NSE C	NSE D/E	.13	.02*

*p < .05 **p < .01

Y en el caso del sexo, a través de la prueba paramétrica T de Student para muestras independientes, se encontró que los hombres (M=2.27, DT=.89) tienen un mayor interés en aspectos del *input* que las mujeres (M=2.10, DT=.82, $t = 3.84$, $p < .001$). En términos porcentuales, el interés por aspectos del *input* es significativamente mayor en los hombres (TB: 13%) que en las mujeres (TB: 8%). Al igual que en el caso anterior, cuando se consideran únicamente a las personas con un nivel de instrucción superior, estas diferencias se reducen.

Finalmente, en cuanto al interés en temas locales, la única variable que genera diferencias es la edad. Utilizando el contraste paramétrico ANOVA de homogeneidad de varianzas, se encontró que los más jóvenes (18-24) son los menos interesados en temas relacionados a su vecindario y a su distrito versus el resto de grupos de edad, tal y como se puede ver en las siguientes tablas (Ver Tablas 19 y 20). Este aspecto ya se había observado en las dinámicas grupales donde los grupos de jóvenes de los diferentes niveles socioeconómicos expresaron, de diversas formas, su bajo interés por participar en asociaciones o temas comunitarios. Esto podría estar vinculado al hedonismo observado o responder a otras variables. En términos de proporciones, confirmamos que el interés en asuntos locales se incrementa con la edad: al interior del grupo más joven la cantidad de personas muy interesadas es del 38%, en el grupo intermedio esta cifra llega al 48%, pero es en el grupo de mayor edad donde el interés se despunta: 51% está realmente interesado en lo que ocurre en el distrito y en el vecindario.

Tabla 19. Interés en asuntos locales 1. Medias y desviaciones típicas por edad

	18-24	25-39	40-80	F	p
Interés en asuntos locales	M= 3.16 (DT=.72)	M= 3.30 (DT= .71)	M= 3.32 (DT= .74)	4.81	.01**
N	260	462	808	1530	1530

*p < .01

Tabla 20. Interés en asuntos locales 2. Diferencia de medias por edad

	Edad		Diferencia de medias	p (Games Howell)
Interés en asuntos locales	18-24	25-39	-.14	.03*
	18-24	40-80	-.16	.01**
	25-39	40-80	-.02	.93

*p < .05 **p < .01

Es interesante apreciar cómo a pesar de que en el escenario político nacional el segmento joven ha estado presente en recientes manifestaciones de protestas por temas sociales (marchas contra la llamada “Ley Pulpín” vinculada a temas laborales o las protestas por la “Televisión Basura”), este segmento no parece involucrarse en temas relacionados a su distrito, en donde las personas mayores suelen tener un mayor interés. Las manifestaciones pueden responder a un mayor activismo de grupos de minorías activas pero igual es un tema que en otros estudios se debe profundizar. El mayor interés por lo local entre los mayores quizás ocurra porque en su mayoría son jefes de hogar y amas de casa que se preocupan por el bienestar de su familia y por los sucesos que se puedan presentar en sus localidades. También porque tienen mayor experiencia con este tipo de gestiones locales y participan más en temas de la comunidad, como se verá más adelante en el bloque de asociacionismo y participación cívica.

b) Conocimiento político

Otra de las dimensiones de la cultura política es el grado de conocimiento político que sus ciudadanos manifiestan. Utilizando la batería de preguntas del Latinobarómetro, se construyó un indicador de conocimiento político (1-10), basado en tres variables: política nacional, política internacional y ordenamiento político territorial.

El promedio obtenido resultó intermedio superior (M=7.01, DT=2.62), encontrándose algunas diferencias significativas por sexo y por nivel socioeconómico. Utilizando la prueba paramétrica T de Student para muestras independientes, se encontró que los hombres (M=7.66, DT=2.51) tienen un mayor nivel de conocimiento político que las mujeres (M=6.36, DT=2.57, $t = 10.00$, $p < .001$).

Por nivel socioeconómico se realizó el contraste paramétrico ANOVA de homogeneidad de varianzas, obteniéndose que el NSE A/B presenta mayores niveles de conocimiento que el NSE C, y este a su vez mayor conocimiento político que los niveles D/E (Ver Tablas 21 y 22).

Tabla 21. Conocimiento político 1. Medias y desviaciones típicas por NSE

	NSE A/B	NSE C	NSE D/E	F	p
Conocimiento político	M= 8.20 (DT=1.98)	M= 7.11 (DT= 2.51)	M= 6.01 (DT= 2.78)	83.42	.00**
N	365	656	509	1530	1530

**p < .01

Tabla 22. Conocimiento político 2. Diferencia de medias por NSE

	Nivel socioeconómico		Diferencia de medias	Games Howell p
	NSE A/B	NSE C		
Conocimiento político	NSE A/B	NSE C	1.09	.00**
	NSE A/B	NSE D/E	2.19	.00**
	NSE C	NSE D/E	1.10	.00**

**p < .01

Analizando la data en porcentajes, se encuentra que la tasa de efectividad de respuesta es mayor a la pregunta de cuánto dura el período presidencial en Perú: 90% dio la respuesta correcta de 5 años. En segundo lugar, 88% sabía que Barack Obama es el presidente de los Estados Unidos. Solo 69% conocía con exactitud la cantidad de regiones o departamentos que tiene nuestro país (24/25 regiones). Y finalmente, solo 53% sabía el nombre de la Presidenta del Consejo de Ministros (Ana Jara, durante las fechas que se aplicó la encuesta).

A partir de estos números se generó un promedio general de conocimiento político en términos porcentuales: 67% es la tasa de efectividad promedio en esta variable. Asimismo, se confirma lo descrito a nivel de medias: dentro del NSE A/B existe una mayor proporción de personas que tienen un mayor conocimiento político (80%), a diferencia del NSE C (68%) y el NSE D/E (56%). Un 74% de efectividad corresponde al grupo de hombres, cifra significativamente mayor al 60% que obtienen las mujeres.

Cabe destacar que en función a los promedios obtenidos en un inicio se generaron tres grupos: aquellos con un bajo conocimiento político (40%), un grupo con un conocimiento intermedio (31%) y un último grupo con un conocimiento político alto (29%). Este último grupo está mayormente conformado no solo por los niveles socioeconómicos más altos (NSE A/B: 45%) y hombres (42%) como acabamos de ver; sino que también las personas mayores (40-80 años) se muestran más conocedoras que el resto de grupos de edad (34%).

2.2. La política y medios de comunicación

Una de las maneras de abordar el grado de exposición a los medios (ya sea para fines de entretenimiento, información general o política) es a través de la frecuencia de consumo de los mismos. Se generaron dos indicadores: uno para consumo de medios en general y otro para consumo de medios para informarse de temas políticos. Se usó una escala de frecuencia que tenía los siguientes niveles: nunca, rara vez, algunas veces, casi siempre, siempre. La pregunta de frecuencia de consumo se hizo para cada medio.

En el primer caso (consumo de medios para fines diversos), se obtuvo una media de 3.55 (DT=.72), la cual representa una frecuencia relativamente elevada de uso de medios como la radio, la televisión, la lectura de periódicos y el uso de internet. Revisando los porcentajes, se obtiene que 6 de cada 10 limeños utiliza los medios de modo general con una frecuencia habitual de siempre o casi siempre (T2B: 56%). Analizando cada medio

específico, se encuentra que la gran mayoría acostumbra mirar TV (T2B: 78%) y escuchar radio (T2B: 60%). En menor medida se lee periódicos frecuentemente (T2B: 48%) y todavía mucho menor es el número de personas que utiliza Internet de manera habitual (T2B: 38%)

¿Y quiénes utilizan más estos medios? El uso frecuente de medios se incrementa según el nivel socioeconómico: el NSE A/B (T2B: 66%) presenta una mayor proporción de uso frecuente que el NSE C (T2B: 56%) o NSE D/E (T2B: 49%). Del mismo modo, al interior de los hombres hay una mayor proporción de personas que consumen medios de manera habitual (T2B: 60%), a diferencia de las mujeres (T2B: 52%). Sin embargo, en líneas generales, la gran mayoría de limeños es consumidor habitual de los medios de comunicación.

El panorama cambia drásticamente cuanto se toma en cuenta únicamente el consumo de medios para informarse de asuntos políticos. Si el consumo promedio de medios en general es de 56%, el consumo promedio de medios para informarse de política es de solo 19%. Es decir, prácticamente solo 2 de cada 10 limeños se informan de manera frecuente (siempre o casi siempre) del acontecer político. Y al comparar las medias, utilizando la prueba T de Student para muestras relacionadas, se confirma que, en efecto, el uso de medios para informarse de política ($M=2.43$, $DT=.80$; $t = 53.27$, $p<.001$) es significativamente menor al uso general de los medios ya mencionados.

Cuando se trata de un hábito como el conversar con amigos y/o familiares sobre política, solo 12% de los limeños lo hacen con una frecuencia alta (casi siempre y siempre); mientras un 56% lo hace rara vez o nunca. Quienes más conversan sobre política son las personas de NSE A/B (T2B: 18%), los hombres (T2B: 16%) y las personas de 40 a 80 (T2B: 15%).

En el caso de los medios, lo más frecuente es mirar noticias en la TV sobre política (T2B Siempre + casi siempre: 33%), seguido por leer noticias en los periódicos sobre política (T2B: 22%), escuchar noticias por la radio sobre política (T2B: 21%) y, en menor medida, leer o escuchar noticias sobre política vía internet (T2B: 9%).

En general, el consumo habitual de medios para informarse de política agrupa también una mayor proporción de personas de niveles socioeconómicos más altos (NSE A/B: 26%), hombres (T2B: 24%) y, a diferencia del consumo de información en general, personas de 40-80 años (T2B: 24%). Estos resultados se confirman con los análisis de medias planteados por nivel socioeconómico, sexo y edad. En el primer caso se realizó el contraste paramétrico ANOVA de homogeneidad de varianzas, obteniéndose que el NSE A/B presenta mayor consumo que el NSE C, y este a su vez mayor consumo político que los niveles D/E (Ver Tabla 23 y Tabla 24).

Tabla 23. Consumo de información política 1. Medias y desviaciones típicas por NSE

	NSE A/B	NSE C	NSE D/E	F	P
Consumo de información política	M= 2.72 (DT=.80)	M= 2.45 (DT= .82)	M= 2.21 (DT= .71)	44.99	.00**
N	365	656	509	1530	1530

**p < .01

Tabla 24. Consumo de información política 2. Diferencia de medias por NSE

	Nivel socioeconómico		Diferencia de medias	Games Howell p
Consumo de información política	NSE A/B	NSE C	.27	.00**
	NSE A/B	NSE D/E	.51	.00**
	NSE C	NSE D/E	.23	.00**

**p < .01

En cuanto al sexo, utilizando la prueba paramétrica T de Student para muestras independientes, se encontró que los hombres (M=2.61, DT=.80) tienen un mayor consumo de información política que las mujeres (M=2.26, DT=.76, $t = 8.66$, $p < .001$). Por otro lado, si bien las personas de mayor edad no utilizan los medios con una frecuencia elevada, su uso se restringe básicamente para informarse de política, a diferencia de los otros grupos de edad. Esto se relaciona con que este mismo grupo de edad muestre mayor interés en la política, en temas locales y que precisamente conozca más sobre política, como se ha visto en el los análisis previos (Ver Tablas 25 y 26).

Tabla 25. Consumo de información política 3. Medias y desviaciones típicas por edad

	18-24	25-39	40-80	F	p
Consumo de información política	M= 2.28 (DT=.73)	M= 2.35 (DT= .78)	M= 2.53 (DT= .83)	12.94	.00**
N	260	462	808	1530	1530

**p < .01

Tabla 26. Consumo de información política 4. Diferencia de medias por edad

	Edad		Diferencia de medias	p (Games Howell)
Consumo de información política	18-24	25-39	-.07	.46
	18-24	40-80	-.25	.00**
	25-39	40-80	-.18	.00**

**p < .01

Otra variable que genera diferencias en este indicador es el nivel educativo. En el primer caso, las personas con mayor nivel de instrucción utilizan los medios para informarse de manera frecuente del acontecer político nacional (43% los utiliza de manera regular y 16% siempre). El panorama es distinto en el grupo cuyo nivel educativo llega hasta

secundaria completa, en donde el porcentaje de personas que utilizan los medios para fines políticos con una mínima frecuencia (nunca o rara vez) llega al 67%.

En síntesis, los limeños se informan poco de política y conocen los temas básicos y de manera superficial. Si bien se encuentran en constante interacción con los medios de comunicación, difícilmente los utilizan para profundizar en los temas políticos. Esto guarda relación con el bajo interés en la política que se observa, y que mayormente surge en contextos electorales o cuando la política afecta intereses propios o del *output*. Fuera de eso, la política es percibida como un ente lejano de la cotidianidad. Asimismo, el interés ciudadano se concentra en los resultados de la gestión política (temas del *output* como la educación y la salud) o en la gestión municipal (asuntos del distrito o del vecindario), mas no en los procesos que son afines a instancias del sistema político del *input* o que involucran el escenario nacional, tales como el Congreso y los partidos políticos. Considerando que el voto en Perú es obligatorio, lo que hay es que la mayoría de la gente que va a votar tiene poco interés en la política (aumenta algo en el período electoral) y bajos niveles de información con relación a la misma.

2.3. El asociacionismo

La participación en asociaciones es considerada por diversos autores (Almond y Verba, 1970; Putnam, 1994) como un aspecto fundamental para el desarrollo de una cultura cívica, en particular de una mayor participación política. En esta investigación se abordaron diferentes aspectos relacionados a la participación en asociaciones por parte de la población limeña.

En primer lugar, cuando se les pregunta a los limeños si en algún momento se han juntado para resolver algún problema de interés común con otras personas o algún problema del barrio con sus vecinos, más de la mitad (57%) manifiesta que nunca se ha juntado con otros. Esta cifra se incrementa en los niveles altos y especialmente en los más jóvenes de 18 a 24 años (77%). Adicionalmente, se destaca que dentro de aquellos que sí se han juntado en algún momento (43%), la experiencia de trabajo conjunto con otras personas ha sido considerada mayormente difícil (T2B: 35%). Esto guarda relación con lo visto en las dinámicas grupales, en donde muchas veces, la buena voluntad de participar en este tipo de reuniones se ve mermada por comentarios donde se cuestiona la honestidad de quienes se involucran, en particular si asumen roles directivos.

Muy relacionado a este resultado se encuentra que solo 3 de cada 10 limeños pertenece en la actualidad a algún tipo de asociación (36%), es decir, la gran mayoría no se involucra en ninguna (64%). Cabe señalar que mayor asociacionismo se presenta dentro de los estratos de bajos recursos (NSE D/E: 40%) y en las personas de mayor edad (40-80 años), en donde la cifra de pertenencia a asociaciones se eleva significativamente a 43%. Esto cobra sentido si tomamos en cuenta que las personas de menos recursos por lo general recurren a las asociaciones con fines de supervivencia, como es el caso de organizaciones como el Vaso de Leche o los comedores populares; aunque este tema se profundizará más

adelante. Los adultos se involucran más que los jóvenes en organizaciones, lo cual tiene sentido tomando en cuenta que son los más comprometidos con su localidad y los más informados a nivel político. Es importante tomar en cuenta que la participación en asociaciones, como se verá más adelante, se da principalmente en asociaciones funcionales (junta de vecinos, comités de vaso de leche, asociaciones de padres de familia, principalmente). Son organizaciones donde son las personas mayores, con hijos quienes más participarán llevados más por necesidades básicas de seguridad y sobrevivencia que por afanes expresivos.

Se observa que la gente nacida en provincia (41%) se asocia más que los limeños típicos (30%). Esto también se ha identificado durante las dinámicas grupales: los provincianos que migraron a Lima tienden a generar mayores vínculos con los demás, podría ser por la necesidad de contar con una mayor red de contactos que los ayuden a mejorar su calidad de vida o el mantenimiento de tradiciones de trabajo colectivo. Como hemos visto, muchos vecinos se asocian para luchar contra la delincuencia en el barrio, problemas de drogadicción, o para formar parte de organizaciones de apoyo social. Lo que no se ha logrado profundizar es en la fortaleza de estas organizaciones. Diera la impresión de que es bastante baja dada la poca proporción de participantes identificada a través de la encuesta y los testimonios recogidos en las dinámicas grupales donde se afirma que la gente, si participa, prefiere hacerlo para solucionar un tema en particular y luego ya dejar de asistir.

Putnam (1994) plantea que el asociacionismo (junto con las normas de reciprocidad y la confianza interpersonal) es uno de los pilares más importantes del capital social. En ese sentido y dados los resultados obtenidos en estas tres variables, podemos inferir que nuestra ciudad cuenta con un bajo capital social de manera general, tal y como se ha visto en investigaciones previas (Carrión et al; 2012, 2010, 2008, 2006; Díaz Albertini, 2010). Este último autor hablaba de Lima como una *sociedad familista*, en donde prima la desconfianza hacia el otro y el bajo respeto a las normas. Incluso, sostiene que vivimos en una *cultura del arreglo*, en donde uno tiene que ingeniárselas como sea para resolver diferentes asuntos.

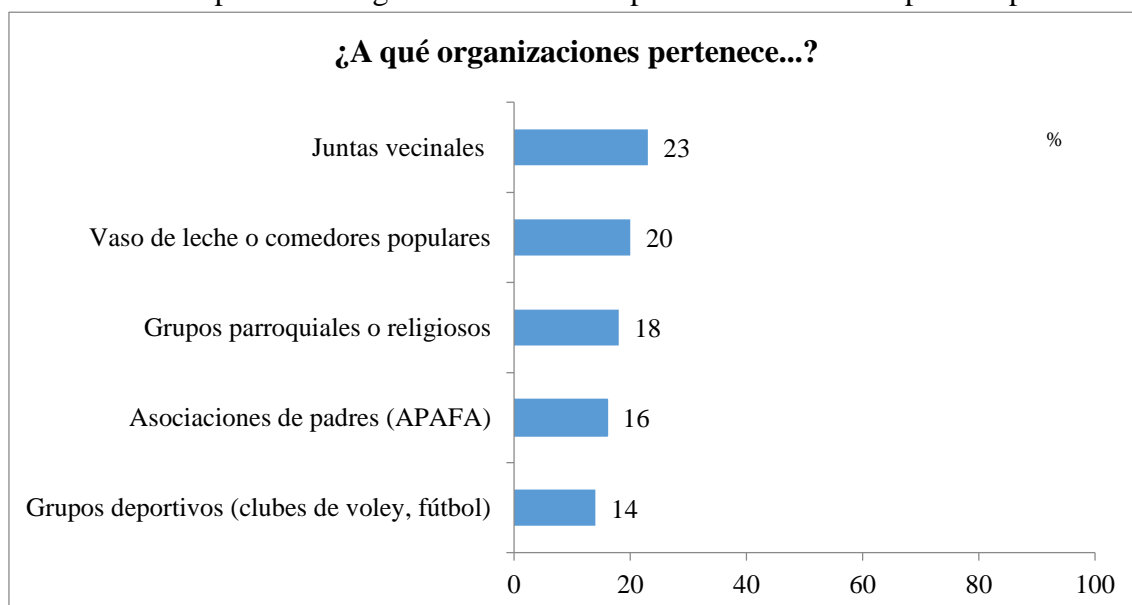
En nuestra investigación, se indagó por las estrategia que los limeños consideran la más eficiente para enfrentar los problemas sociales y políticos que ocurren en el país. Se preguntó *Para usted ¿Qué medida es la más eficiente para enfrentar los problemas económicos y sociales que ocurren el país?*. Un 44% señala que lo mejor es juntarse con otros para buscar soluciones y 41% opta por estrategias individuales o solo esperar (30% considera que cada uno tiene que ver lo que hace para salir adelante y un 11% solo esperar que las cosas mejoren). Considerando los bajos niveles de confianza interpersonal, es probable que esta búsqueda de trabajo conjunto para solucionar problemas sea un espacio de fuertes conflictos, como ya se vio en las dinámicas grupales.

Al agrupar las estrategias en únicamente dos: *resolver problemas con ayuda de otros* y *resolver problemas individualmente*, encontramos que 55% opta por juntarse y 45% decide resolverlos solo. Interesante notar como al interior del NSE A/B hay una mayor

proporción de personas con una actitud favorable a recurrir a otros (60%); mientras que en el NSE D/E ambas estrategias se eligen por igual (50%). Cuando se visualizan estos resultados por edad, son los más jóvenes los más dispuestos a conversar con otros para resolver conflictos (63%); en el caso de las personas de 40 a 80 años existe un buen grupo dentro de este segmento que prefiere resolver de manera individual (49%). Este último resultado llama ligeramente la atención, dado que es la gente mayor la que más participa en asociaciones y la que tiene más experiencia en la resolución de problemas sociales. Quizás pueda deberse en muchos casos a una mala experiencia previa de asociacionismo. Esta desazón se reflejaría en un mayor deseo de resolver los problemas de manera individual. En los más jóvenes la situación es distinta, pues probablemente su experiencia de asociacionismo sea menor o incluso nula, por lo que tienen una actitud más favorable hacia este tipo de solución. En todo caso, hay una discrepancia entre las actitudes manifestadas y los comportamientos declarados. Es probable que la pregunta esté recogiendo una actitud más general que no necesariamente está vinculada con las actitudes hacía las asociaciones en sí mismas.

Volviendo al tema de las asociaciones, por lo general las personas que pertenecen a estas organizaciones se involucran en una sola asociación (64%), si bien existe un 36% que participan en dos o más. ¿Pero en qué tipo de organizaciones se involucran los limeños? En general, existe una alta dispersión en el tipo de asociaciones, siendo la más común las juntas vecinales o comités de la comunidad (23% de los que pertenecen a asociaciones participan en este tipo de organizaciones). En segundo lugar, con un 20%, figuran las organizaciones de apoyo social como el Vaso de Leche o comedores populares; seguido por grupos parroquiales o religiosos (18%), las asociaciones de padres de familia del colegio (APAFA: 16%) y en menor medida las asociaciones deportivas (clubes de fútbol o vóley: 14%). El resto de organizaciones cuenta con menos del 10% de participación.

Gráf. 33 Participación en organizaciones. Principales menciones. Resp. Múltiple



Para fines prácticos se realizó un agrupamiento por tipo de asociación: organizaciones funcionales (cuando el juntarse con otros responde a un motivos pragmáticos, una acción con arreglo a fines); expresivas (cuando el agrupamiento implica una expresión voluntaria de alguna meta en común, más cercano al concepto de acción con arreglo a valores); religiosas y políticas. De esta manera, un 36% pertenece a más de una organización de diferente tipo (funcional, expresiva, etc.); seguido por un 34% que pertenece a organizaciones funcionales (dentro de las cuales se incluyen las asociaciones de padres de familia del colegio, las organizaciones de apoyo social, sindicatos o agrupaciones profesionales, juntas vecinales o comités de la comunidad, juntas de ahorro y los comités de vigilancia); un 19% forma parte de organizaciones expresivas (agrupaciones culturales, asociaciones deportivas, asociaciones que protegen a las animales, voluntariados, clubes de provincianos, grupo de amigos para hacer skate, etc.); un 9% pertenece a organizaciones religiosas (grupos parroquiales, hermandades patronales) y 2% a partidos u otro tipo de agrupación política.

Gráf. 34. Participación en organizaciones según tipo de organización. Resp. Múltiple



Cabe destacar que la cifra de personas que pertenecen a organizaciones de tipo funcional se incrementa considerablemente (50%) en el NSE D/E. Tal y como se mencionó anteriormente, en este segmento se recurre a los otros más que nada como estrategia de supervivencia. Por otro lado, se observa una mayor presencia de jóvenes (18-24) dentro de las organizaciones expresivas (39%), así como también una mayor proporción de hombres (27%) que mujeres (11%).

Respecto al nivel de participación, se agrupó a los miembros de las asociaciones en función a la frecuencia de asistencia a las reuniones de las mismas. De esta manera quienes asisten de manera mensual o semanal a sus asociaciones se clasifican como “participantes activos”; mientras quienes acuden únicamente una o dos veces al año, o incluso menos, se clasifican como “participantes pasivos”. La gran mayoría (82%) de quienes asisten a sus asociaciones, lo hacen de manera mensual o semanal, mientras que solo un 18% de los que participan lo hacen de manera esporádica.

Otro de los aspectos que nos interesaba evaluar era el tipo de rol asumido en estas asociaciones, es decir, si la participación era solo en calidad de miembro o asistente, o si más bien se participaba como parte de la directiva o si se tenía un rol de liderazgo. Un 88% ejerce únicamente la función de miembro y el 11% asume el rol de dirigente.

Finalmente, un tema importante respecto a las asociaciones es el funcionamiento de las mismas: si interactúan con otras agrupaciones afines, con instituciones como el municipio o el gobierno, o si únicamente trabajan solas. Este tema en particular nos pareció interesante abordarlo en términos de Putnam y las definiciones que plantea de *Bridging* y *Bonding*. El primero alude a los lazos que se establecen con organizaciones distintas, mientras que el segundo se remite a la fortaleza de los vínculos dentro de un mismo grupo o asociación. Este último, si bien resulta positivo para los miembros de la asociación, si es el único tipo de vínculo existente, implica un alejamiento del resto de instituciones puesto que es tanta la interacción que se genera en un mismo grupo que se genera una desconexión con los demás, lo cual dificulta las relaciones de la sociedad en general. Desde esta perspectiva, los resultados obtenidos muestran que, al menos en la percepción de los participantes, existe igual número de asociaciones que funcionan sin mayor vínculo con otras (50%) que agrupaciones que trabajan o están vinculadas con otros grupos (50%).

2.4. Participación cívica

Además de la participación en asociaciones, existen otras actividades que reflejan un interés de participación en asuntos públicos por parte de los ciudadanos. Como se vio en la sección metodológica, se construyó un indicador de participación cívica tomando en cuenta las siguientes seis actividades: participar en una recolección de firmas; ponerse en contacto con un político o autoridad estatal; avisar al periódico, la radio o TV acerca de algún problema local; avisar a la policía o a un juzgado acerca de un problema local; participar en una marcha autorizada y asistir a reuniones vecinales del distrito.

De esta manera, se obtuvo un promedio general bastante bajo de participación cívica ($M=1.37$, $DT=.44$). Los ciudadanos limeños prácticamente nunca se involucran en este tipo de participación. En términos porcentuales, el promedio de personas que declara participar siempre o casi siempre en este tipo de actividades apenas llega a 3%. La actividad que más se realiza es el asistir a reuniones vecinales del distrito (T2B: 7%), seguida por el aviso a un policía o juzgado acerca de un problema local (T2B: 5%). El resto de actividades se realiza con mucha menor frecuencia, o incluso, no se realiza.

Por segmentos sociodemográficos, solo se presentan diferencias significativas por edades, siendo el grupo mayor (40 a 80) los más involucrados con su comunidad, a diferencia de los otros grupos de edad. Este segmento, como se vio anteriormente, es también el que más se asocia y el más interesado en la política general (Ver Tablas 27 y 28).

Tabla 27. Participación cívica 1. Medias y desviaciones típicas por edad

	18-24	25-39	40-80	F	p
Participación cívica	M= 1.25 (DT=.37)	M= 1.35 (DT= .42)	M= 1.42 (DT= .47)	14.01	.00**
N	260	462	808	1530	1530

**p < .01

Tabla 28. Participación cívica 2. Diferencia de medias por edad

	Edad		Diferencia de medias	p (Games Howell)
Participación cívica	18-24	25-39	-.10	.00**
	18-24	40-80	-.16	.00**
	25-39	40-80	-.06	.04*

*p < .05 **p < .01

Estos resultados nos llevan a plantear si esta baja participación cívica está relacionada al bajo nivel de confianza interpersonal que se tiene entre los ciudadanos y, en general, al bajo capital social existente. La elevada desconfianza puede inhibir comportamientos prosociales como el alertar a la policía o a los medios de comunicación de algún problema local, así como un menor involucramiento en marchas, peticiones o la asistencia a reuniones vecinales. Por tal motivo se realizó una correlación de Pearson en donde se confirmó esta relación directa, aunque ciertamente se trata de una correlación pequeña: a mayor confianza interpersonal mayor participación cívica $r(1530) = .064$, $p < .05$. y viceversa. Ello permite entender la importancia de abordar los bajos niveles de confianza existentes y a la vez evaluar qué posibilidades hay de promover una mayor participación cívica en tanto la misma debería ayudar a tener experiencias que mejoren la confianza interpersonal. El problema que se observa, es que durante las dinámicas grupales y los mismos datos de la encuesta es que las experiencias de participación suelen tener una evaluación negativa.

2.5. Participación política

Así como se generó un indicador para la participación cívica, se construyó uno similar para la participación política. Dentro de la misma se incluyen diferentes acciones: desde el voto como forma de participación más básica hasta la afiliación y trabajo activo en un partido político. A esta última le llamaremos participación política partidaria. Ambos indicadores serán analizados a continuación.

a) Participación electoral

En el caso del voto, nos interesaba saber qué sentimientos se producen en los ciudadanos cuando estos acuden a votar. Casi la mitad de los limeños (46%) señala que principalmente van a votar solo para evitar pagar la multa (que va desde 20 a 5 euros, aproximadamente, según la zona donde se viva). A ellos se les podría sumar un 8% que siente que ir a votar es una pérdida de tiempo y que ello les genera molestia. En ese

sentido, tendríamos que más de la mitad de limeños (54%) vota con un bajo nivel de compromiso y básicamente por obligación. Esta actitud expresaría un sentimiento semejante al del aislamiento político descrito por Finifter (un tipo de alienación): el sentimiento de que este tipo de acciones son meros formalismos sin mayor sentido. Sin embargo, también hay que rescatar que el 42% vota con satisfacción porque ejerce su derecho a votar. Finalmente, un 5% manifiesta no sentir nada en particular en relación a su voto.

Es interesante encontrar diferencias significativas, principalmente por edad, por nivel socioeconómico y por autodefinición ideológica. Al interior del NSE D/E (50%), de las personas de 25 a 39 años (51%) y dentro de quienes se autodenominan de Centro (47%) hay una mayor proporción de personas que dicen que votan por obligación; mientras que al interior del NSE A/B (49%), personas de 40 a 80 años (47%) y tanto gente de Izquierda (46%) como de Derecha (53%), se encuentra una mayor proporción de personas que votan con satisfacción. Por último, se destaca que dentro del grupo de gente joven de 18 a 24 años (10%) hay una mayor proporción de personas indiferentes, cuyo voto no les genera nada en particular.

Es preocupante pero a la vez entendible la elevada cantidad de limeños que acuden a votar fastidiados o por coacción (voto para evitar multas). Las últimas campañas electorales han acrecentado la frustración de muchos ciudadanos, quienes prácticamente están acostumbrados a votar *para que no gane* un candidato que les genera temor o antipatía, siendo realmente muy pocos quienes votan convencidos de que el político al que le están entregando su voto hará el cambio que necesita el país. Como sostiene Meléndez (2014), con relación al conjunto de Perú, lo que prima en el voto es el antivoto. Ante tantos ofrecimientos incumplidos y malos manejos una vez asumido el cargo se genera impotencia y malestar cuando llega el momento de elegir nuevamente a nuestras autoridades. No obstante, es interesante notar como aquellos que se identifican con alguna tendencia política son más proclives a votar con satisfacción, a diferencia de la gente que se autodenomina de Centro.

b) Participación política partidaria

El interés por lo que ocurre con los partidos políticos es de 31%. Un 9% dice tener *mucho interés* y un 22% *algo de interés*. La confianza en los partidos aún es más baja, solo el 10% dice confiar en ellos. El interés va variando según el nivel socioeconómico al que se pertenezca. En el NSE A/B este interés llega al 39%, baja a 31% en el NSE C y desciende hasta 24% entre el NSE D/E. Entre la gente que se autodenomina de Izquierda, Centro o Derecha el interés por los partidos es semejante. Un 35% de Izquierda dice estar muy o algo interesado y esto ocurre con un 31% de personas autodenominadas de Centro y con 36% de quienes se consideran de Derecha.

De hecho, estos resultados son consistentes con el nivel de simpatía que se tiene hacia los partidos y líderes políticos. En el primer caso, solo 1 de cada 5 limeños (20%) muestra

algún tipo de simpatía con un partido político; mientras que la simpatía con un líder político se da en 1 de cada 4 limeños (27%), un porcentaje ligeramente mayor. Este resultado confirma la tendencia vista en los últimos años: nos dejamos influir más por personas que por instituciones políticas: preferimos líderes carismáticos a organizaciones partidarias.

Al interior del grupo de hombres y de quienes tienen entre 40 y 80 años (23% en cada caso), así como en el segmento de personas que se auto identifican con la Izquierda (36%) hay una mayor proporción de personas que simpatizan con partidos políticos. En el caso de la simpatía hacia líderes políticos, esta suele ser mayor en el grupo de 40-80 (31%) y nuevamente en las personas que simpatizan con la Izquierda (39%). El bajo nivel de simpatía que se presenta hacia los partidos políticos guarda relación con la baja participación política partidaria de la población, ambos síntomas de la desafección política que caracteriza a la población.

¿Y quiénes son entonces los que se involucran más en la política partidaria? A continuación se profundizará en la participación política partidaria, aquella que implica una afiliación y una participación activa en partidos políticos. Dentro de este indicador se consideran tres actividades: asistir a un mitin político durante campañas electorales, asistir a reuniones de partidos políticos y trabajar para algún candidato o partido político en campañas electorales. En primer lugar, bastaba con que el encuestado participe en una de estas actividades, sin importar la frecuencia de participación, para incorporarlo dentro del grupo de personas que participa en política partidaria. De esta manera, se obtiene que solo un 14% participa en política, versus un 86% de limeños que no tienen ningún tipo de participación. Este resultado es similar al 10% planteado por Latinobarómetro en nuestro país (2013). Las cifras varían relativamente cuando consideramos la variable edad. Así, quienes más se involucran son la personas mayores (16%); mientras que el porcentaje de no participación en política partidaria se incrementa en los más jóvenes (91%).

Con respecto a las actividades políticas específicas que se les plantearon a los encuestados, se destaca que 1 de cada 4 limeños ha asistido a un mitin político durante campañas electorales al menos alguna vez en su vida; mientras que un contundente 75% nunca ha participado en este tipo de actividad, especialmente mujeres (79%) y jóvenes (81%). La participación se reduce aún más cuando indagamos por actividades políticas que implican una afiliación partidaria, como el asistir a reuniones de partidos políticos o trabajar para algún candidato o partido político en campañas electorales. En el primer caso, solo 16% del total de limeños asiste o ha asistido a este tipo de reuniones en alguna oportunidad; mientras que apenas un 9% trabaja o ha trabajado en algún momento de su vida para algún candidato o partido político durante campañas electorales.

En un país donde la política y los partidos políticos (como se verá más adelante) están tan mal vistos, no sorprende que solo 1 de cada 10 limeños participe en política partidaria. Adicionalmente, un factor importante es la baja presencia de asociaciones políticas en las

diferentes localidades, pues más que partidos políticos han ido surgiendo movimientos regionales y locales (PNUD, 2006). Es por ello que estas agrupaciones, que únicamente se forman con fines electorales, difícilmente logran canalizar inquietudes cívicas.

Si la participación cívica es baja en la muestra, la participación política lo es aún más. Utilizando la prueba paramétrica T de Student para muestras relacionadas, se analizan los promedios y se encuentra una baja participación político partidaria ($M=1.27$, $DT=.57$), significativamente menor al promedio de participación cívica visto anteriormente descrito ($M=1.37$, $DT=.44$; $t=-8.79$, $p<.001$). Dentro de los segmentos sociodemográficos existe una mayor participación política partidaria en hombres ($M=1.31$, $DT=.60$) que en mujeres ($M=1.23$, $DT=.53$; $t=2.72$, $p<.01$); así como también una mayor participación en el segmento de 40 a 80 años ($M=1.31$, $DT=.62$) versus el grupo de 18 a 24 años ($M=1.17$, $DT=.46$; $F=6.18$; $p<.001$).

Cabe señalar que esta participación es mayor en el caso de los provincianos que de los limeños. Así, un 78% de los limeños se ubican dentro de los que menos participan; porcentaje significativamente mayor al de los llamados provincianos (68%).

Cuando se les pregunta a los ciudadanos por aspectos que los motivarían a inscribirse o a participar de manera activa en un partido político, 64% destaca la posibilidad de ser gestor de cambios (43% resalta la posibilidad de hacer cambios en su distrito y un 41% la posibilidad de hacer un cambio en la sociedad). Estas razones son más fuertes en los niveles altos y en los hombres. Un 35% manifiesta que podría pensar en participar en partidos políticos si estos tuvieran procesos más democráticos. Se demandan organizaciones más abiertas, que realmente representen a los votantes. Actualmente, los partidos no transmiten un compromiso real con ideologías, siendo más bien organizaciones de turno o alianzas que se forman para ganar elecciones. En un tercer lugar figura lo que comúnmente llamamos clientelismo (17%). Dentro de este porcentaje se ubica un 12% que considera que un partido político le ayudará a conseguir un mejor trabajo para él o su familia y un 7% destaca la posibilidad de ampliar su red de contactos o influencias. En menor medida (11%) aparece la posibilidad de socializar y hacer nuevos amigos. Cabe destacar que un 23% del total no tiene claridad en este tema en particular.

Finalmente, se planteó una correlación de Pearson entre las variables participación política partidaria e interés en la política. Se confirmó que ambas se encuentran directamente relacionadas, si bien es cierto se trata de una correlación pequeña entre ambas variables: $r(1530)=.26$, $p<.001$.

c) Clientelismo

Para 2 de cada 10 limeños el tener algún tipo de influencia o *vara política* resulta un motivador importante para incursionar en política. Muchos ciudadanos (T2B: 41%) consideran que tener contactos ayuda cuando se tiene que solucionar algunos problemas. Sin embargo, como se mencionó en la parte teórica, más que una red clientelar, lo que tenemos en nuestro país es una suerte de clientelismo de campaña (Muñoz, 2013). Este

responde a la necesidad de los partidos políticos de contar con la presencia de personas que los apoyen en actos públicos, generalmente haciendo uso de regalos como víveres, electrodomésticos, entre otros. Los políticos son conscientes de que con esto no garantizan la compra de votos (finalmente, el voto es secreto), pero al menos se aseguran una mayor difusión dentro de cada distrito o zona que visitan. Ser un candidato conocido aumenta las probabilidades de ganar, por ello el clientelismo de campaña resulta fundamental en el contexto electoral peruano.

En esta investigación se preguntó a los ciudadanos si han tenido experiencias directas con el fenómeno clientelar. Solo 23% ha tenido una experiencia cercana con algún partido político que les ha ofrecido algo a cambio de apoyo, firmas o el voto en sí mismo. Y dentro de este grupo lo curioso es que al 49% este ofrecimiento lo hizo estar menos inclinado a votar por el candidato en cuestión. Solo el 8% estuvo más inclinado a votar después de dicho ofrecimiento, mientras que 40% se mantuvo neutral en su posición.

De esta manera, podemos afirmar que el clientelismo de campaña no es tan efectivo como quizás si lo sea el obrismo (Muñoz, 2011). Este es entendido como una estrategia que consiste en el desarrollo de obras públicas con la esperanza de ganar votos entre los beneficiarios de dichas obras. Sin embargo, aquí no hay una forma de controlar ni de condicionar dicha reciprocidad, simplemente se apela a la gratitud de los votantes. Los limeños le demostraron gratitud a Luis Castañeda al elegirlo nuevamente como alcalde por un tercer período (2003-2006, 2007-2010, 2015-2019), así como la gente de menos recursos recuerda a Fujimori por los colegios, carreteras y demás obras públicas que hizo durante su gobierno. Estas personas son conscientes de los actos de corrupción y de los abusos cometidos por el ex presidente, pero pesa más el recuerdo de esas obras (y su relación con la derrota de Sendero Luminoso). El fujimorismo tiene hoy un sólido 20% en las encuestas de intención electoral, el cual prácticamente responde a un apoyo a la figura de Alberto Fujimori, hoy trasladado a su hija, Keiko Fujimori.

2.6. Actitudes hacia la participación cívica y política

Además de la participación en sí misma, nos interesó conocer las actitudes existentes frente a la participación de los otros, tanto a nivel cívico como político. En el primer caso, se consideraron dos aspectos: las actitudes hacia la participación de las personas en manifestaciones permitidas por la ley y el que las personas participen en un grupo para tratar de resolver los problemas de las comunidades.

Considerando a las personas que se manifestaron de acuerdo o totalmente de acuerdo con estas acciones se obtuvo un promedio de 80%, es decir, 8 de cada 10 limeños están de acuerdo con este tipo de participación cívica. El que las personas se junten en un grupo para resolver los problemas de las comunidades recibe la mayor aceptación (T2B: 82%), seguida por el que las personas participen en manifestaciones permitidas por ley (T2B: 78%). De esta manera, los limeños se muestran abiertos al ejercicio de la protesta, siempre y cuando esta sea pacífica y esté permitida por la ley. Este resultado es coincidente con

el respaldo que han tenido marchas como la “Ley Pulpín”, contra la televisión “basura” o a favor de la unión civil entre personas del mismo sexo.

La situación varía drásticamente cuando se trata de evaluar la participación política partidaria. Así, el que las personas trabajen en campañas políticas para un candidato o partido político recibe la aprobación de apenas más de la mitad de los limeños (T2B: 53%). Esta aprobación se incrementa únicamente en el NSE A/B (T2B: 57%), lo que representa que este segmento sería el más tolerante frente a la participación política. En un contexto donde la política ha sido tan desprestigiada, es consistente que otras formas de participación reciban mayor aceptación que el involucramiento político formal.

2.7. Actitudes hacia las protestas

Para este indicador se presentaron dos actividades específicas: el que las personas participen en un bloqueo de calles o carreteras como forma de protesta y que las personas participen en un grupo que quiera derrocar por medios violentos a un gobierno electo. En el caso de la aceptación de bloqueos de calles o carreteras como forma de protesta, esta recibe un apoyo de solo el 10% de la población en Lima. Cabe destacar que esta cifra se incrementa al interior de los NSE D/E a un 14% (T2B Totalmente de acuerdo + De acuerdo), al igual que en la gente que se declara de izquierda (T2B: 15%). Interesante como existe una mayor disposición a tolerar este tipo de reclamos precisamente en dos grupos sociales que tradicionalmente han sido los más vinculados a la protesta, ya sea por ser segmentos desfavorecidos (estratos sociales más bajos) o los más opositores al régimen político (la izquierda). En líneas generales se trata de un apoyo relativamente bajo hacia este tipo de conducta. Apoyo que se reduce todavía más cuando se trata de avalar a grupos que quieran derrocar a un gobierno electo y que impliquen un quiebre con el sistema democrático. En este caso la aprobación pasa de un 10% a un 7%. Nuevamente, es el NSE D/E el que más apoya esta medida (T2B: 9%), así como también quienes alcanzan un nivel educativo básico (T2B: 8%).

En síntesis, queda claro que los limeños muestran una relativa tolerancia frente a la participación de los demás ciudadanos, incluso si estos se muestran opositores al gobierno de turno. Sin embargo, existe un límite entre la aceptación de conductas como votar, ejercer una opinión públicamente o participar en una marcha; y avalar otras como bloquear carreteras o participar en grupos violentos y/o radicales.

Los actos de protesta violentos son rechazados por los ciudadanos, aunque tienen una mayor aceptación en los estratos sociales bajos, quienes suelen concentrar los mayores niveles de insatisfacción por la gestión de los servicios del Estado, y quienes más demandan la intervención de las autoridades. Al parecer, una de las consecuencias de la violencia política y social de los años 80/90, es el temor en la población de que vuelvan a aparecer movimientos radicales que pongan en riesgo la situación actual del país. Es por ello que este tema se maneja con cuidado: está bien que la gente exprese sus

opiniones, pero sin que se llegue a tomar acciones que quebranten el estado democrático actual.

A continuación se presentan los resultados de la tercera dimensión de la cultura política: la imagen que se forman los ciudadanos acerca del sistema político democrático.

3. Creencias y actitudes hacia el sistema político

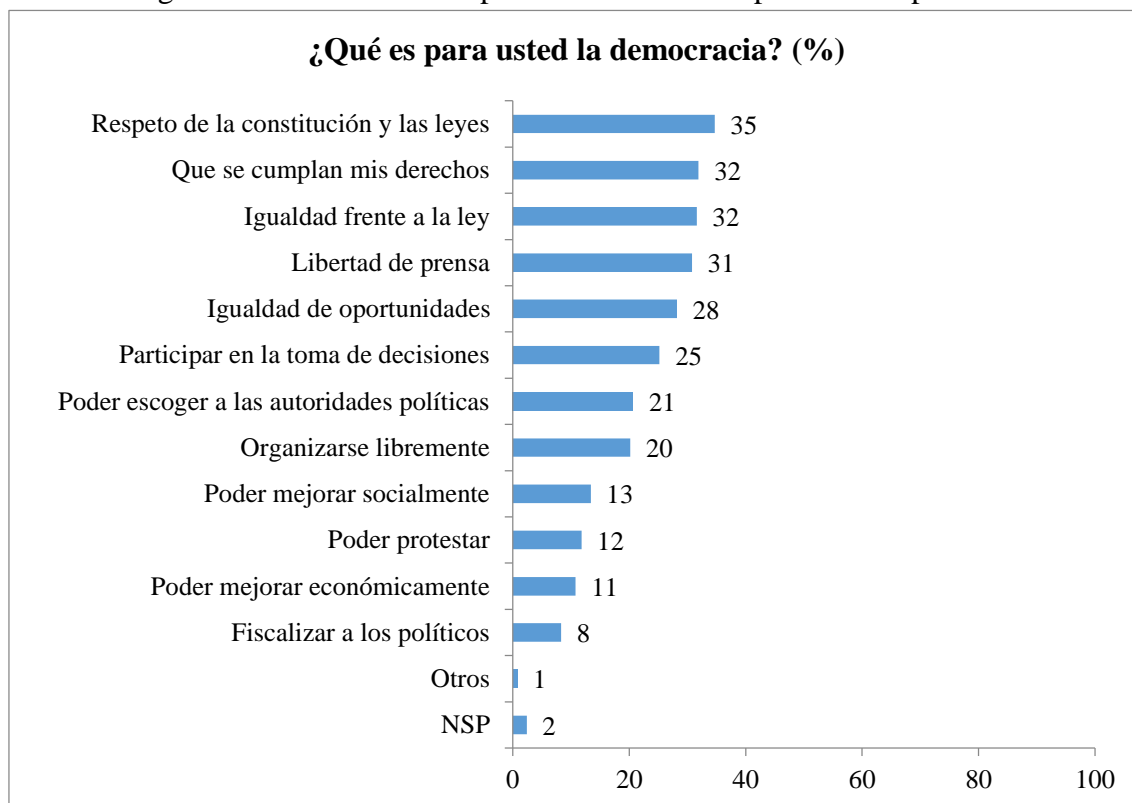
3.1. Representaciones del sistema democrático

Además del ciudadano y su vinculación con la política, un componente importante es la imagen que los individuos se forman sobre el sistema democrático: cuál es su percepción acerca de la democracia, qué tanto apoyo manifiestan hacia la misma y, en esa misma línea, cuál es su nivel de satisfacción con el régimen actual.

a) La democracia para los limeños

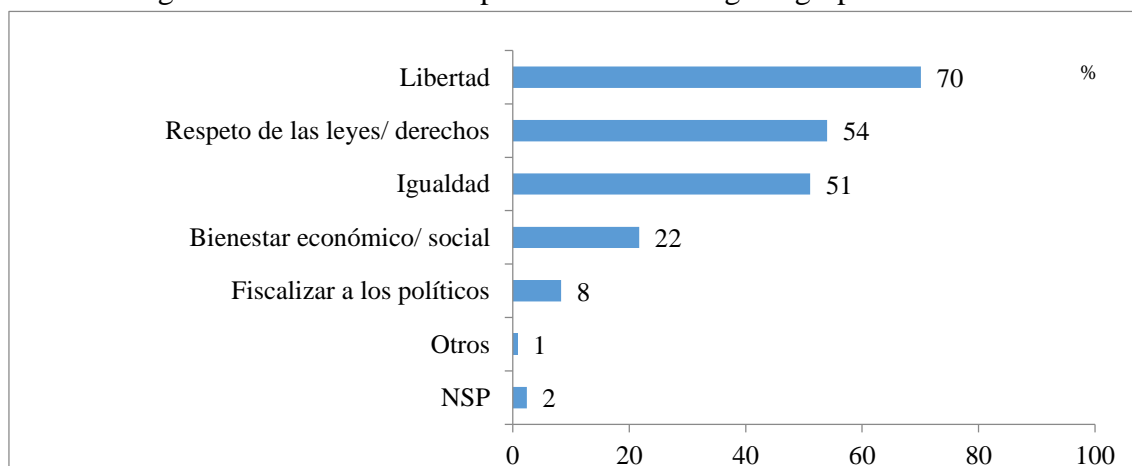
A las personas se les preguntó *¿Qué significa la democracia para usted?* y se les presentaron algunas ideas a los encuestados, quienes debían elegir las que más se adecuaban a su opinión (podían escoger más de una). Las alternativas presentadas se plantearon a partir de lo conversado en las dinámicas grupales y de una revisión de trabajos anteriores (Díaz Albertini, 2010; Murakami, 2000). Las principales asociaciones son cuatro: la democracia es que se cumpla con la constitución y la ley (35%), igualdad frente a la ley (32%), que se cumpla con mis derechos (32%) y libertad de prensa (31%). Estas conceptualizaciones coinciden con lo visto durante las dinámicas grupales. Durante la fase cualitativa lo que más se asoció con democracia fue que era la igualdad para todos, escenario percibido más como ideal que real, como una promesa no cumplida más que un hecho concreto. Es muy interesante que las tres asociaciones más frecuentes aludan a la vigencia de la ley y en particular que la misma se relacione con la igualdad y los derechos. Hay que recordar que cuando en los grupos de discusión se hablaba de la necesidad de una mano dura la misma se entendía como la necesidad de poner disciplina (que se cumpla con la ley) y que se haga justicia. En la práctica, estos mandatos terminan teniendo el efecto contrario y derivan en gobiernos corruptos y abusivos pero es interesante conceptualizar esta demanda contradictoria de la ciudadanía: pedir mano dura para lograr lo que se concibe como democracia.

Gráf. 35. Significado de democracia para los limeños. Respuesta múltiple



Además del análisis de ítem por ítem se realizó una agrupación de ítems en función a la similitud conceptual de estos entre sí. Así, se agrupó algunos de ellos bajo el concepto de Libertad, Respeto de las leyes/derechos, Igualdad, Bienestar económico/social y Fiscalización de los políticos.

Gráf. 36. Significado de democracia para los limeños según agrupaciones.



Bajo este criterio, para una gran mayoría (70%) la democracia está asociada a la libertad para realizar una serie de acciones, tales como: tener libertad de prensa (31%), participar en la toma de decisiones (25%), escoger a las autoridades políticas (21%) y poder organizarse libremente (20%).

Para un importante 54% la democracia también tiene que ver con un mayor respeto por las leyes y el cumplimiento de nuestros derechos. Se reclama una democracia en la que los derechos se hagan valer. Vinculado al concepto anterior, para casi la mitad de la muestra (51%) la democracia representa igualdad, desde que todos los ciudadanos seamos iguales ante la ley (32%) hasta que todos podamos acceder a las mismas oportunidades (28%). Finalmente, para el 22% la democracia se asocia con el bienestar económico y social. Esta tendencia se percibe con más fuerza en los niveles bajos (D/E).

En general, estos resultados coinciden con los hallazgos de Murakami (2000) quien encontró que en los niveles bajos la democracia se entiende como igualdad, progreso económico y social y el cumplimiento de promesas. De acuerdo a los mismos ¿podríamos afirmar que los limeños actuamos democráticamente? Se ha mostrado la concepción de la misma pero no qué sentimientos y si se actúa de acuerdo a ellos. Dargent (2009) plantea que los peruanos somos *demócratas precarios* en términos de que en realidad solo apoyamos la democracia cuando afecta nuestros intereses, y que el resto del tiempo cedemos fácilmente ante medidas antidemocráticas. Como se verá más adelante, el compromiso de los ciudadanos limeños con la democracia es en su mayoría circunstancial, en parte porque las promesas asociadas a la misma no se han cumplido y se ha incrementado la insatisfacción.

De lo visto en las dinámicas grupales y el análisis de la encuesta, se observa que para la gente el funcionamiento de la democracia actual representa desigualdad. Recordemos que para el 54% la democracia tiene que ver con el respeto de las leyes y el cumplimiento de derechos y que para un 51% democracia es igualdad. Sin embargo, el 62% considera que no somos iguales ante la ley, esto es, que lo que se concibe como democracia, no se cumple.

b) Satisfacción con la democracia

Hay una frustración importante con el sistema democrático que es compartida por la mayoría de limeños: 43% se declara insatisfecho con la democracia y 40% no está ni satisfecho ni insatisfecho. Solo un 14% se muestra satisfecho con la misma, percepción ligeramente mayor en los niveles socioeconómicos más altos (NSE A/B: 16%) versus los niveles más bajos (NSE D/E: 11%).

A pesar de este descontento, la democracia siempre es percibida como el mejor sistema de gobierno (T2B: 67%), especialmente en los NSE A/B (76%) y en las personas de 40-80 años (70%). Cabe añadir que este apoyo es relativamente similar al obtenido a nivel nacional (62%) según GfK (2014).

Si bien esta preferencia se reduce significativamente en los niveles socioeconómicos más bajos (NSE D/E: 63%), todavía existe un soporte importante hacia la democracia como sistema político. ¿Podría considerarse este un apoyo firme, teniendo en cuenta la elevada cantidad de limeños no satisfechos con la democracia actual (86%)? Para validar esta hipótesis se realizó un cruce entre las preguntas de satisfacción con la democracia y el apoyo a la misma. Esto último se obtuvo a través de la respuesta (acuerdo/desacuerdo) a

la siguiente afirmación: “Puede que la democracia tenga problemas, pero es mejor que cualquier otra forma de gobierno”. Ambas variables fueron llevadas a un puntaje de 1 a 100 y al cortarse por la mitad (50) se obtuvieron dos grupos para cada caso: alta y baja satisfacción con la democracia por un lado; y alto y bajo apoyo a la democracia por el otro. De la combinación se obtienen 4 niveles para clasificar el estado de la democracia actual en Lima, como se puede ver en la Tabla 29. El cuadro tiene resultados al 100%.

Tabla 29. Satisfacción con la democracia y apoyo a la democracia (cuadro al 100%)

	Bajo apoyo a la democracia	Alto apoyo a la democracia
Satisfecho con la democracia	3%	11%
Insatisfecho con la democracia	28%	58%

Es preocupante que casi dos tercios consideren que la democracia es la mejor forma de gobierno pero no está satisfechos con su desempeño. Esto es coherente con todo el análisis anterior donde se observa que la gente espera igual y respeto a las leyes y lo que se percibe es poco respeto a las normas y desigualdad no solo económica y social sino frente a la ley. Hay además un grupo más desilusionado aún, de 28%, que no solo está insatisfecho sino que su apoyo a la democracia es bajo. Estamos pues ante un sistema democrático que, en general, no está cumpliendo las expectativas de la población limeña. Que es reconocido como la mejor forma de gobierno por la mayoría, pero que todavía tiene muchos pendientes para lograr que la creencia de que “la democracia es lo mejor” sea realmente internalizada por los ciudadanos y cobre validez en la práctica.

Finalmente, se encontró una correlación positiva entre esta variable y otras como: la evaluación de la gestión del actual gobierno (.251**) así como con la satisfacción con el Congreso (.238**) y los partidos políticos (.227**). También se encontraron correlaciones positivas pero algo más bajas con el nivel de satisfacción con el Poder Judicial (.193**) y la acción de los funcionarios públicos (.192**).⁸ Esto quiere decir que la satisfacción con la democracia está muy ligada a la evaluación de los políticos (en el ejecutivo o el Congreso) y en menor medida a la evaluación de otras instituciones del sistema (Poder Judicial y funcionarios).

c) **Percepción sobre el funcionamiento de la democracia**

Adicionalmente, se les preguntó a los encuestados por sus opiniones respecto al funcionamiento de la democracia: si consideraban que esta funciona bien, si tiene pequeños problemas, si tiene grandes problemas, si funciona cada vez peor o si no tenemos una democracia. Así, la mitad de los limeños se sitúan en una posición intermedia (52%), en donde se reconoce que nuestra democracia tiene grandes problemas, pero a pesar de todo funciona. Esta percepción se incrementa en los niveles altos (NSE A/B: 60%).

⁸ ** Las correlaciones son significativas al nivel 0.01 (bilateral)

Sin embargo, una cuarta parte de limeños (25%) considera que la democracia funciona cada vez peor y que de seguir así, no funcionará en absoluto. Quienes más apoyan esta idea se encuentran en el NSE C (28%) y entre las personas de 25-39 años (29%). Existe además un grupo más pesimista: un 7% para el cual no tenemos una democracia, tendencia que se incrementa al interior de los ciudadanos que se identifican con la izquierda política (10%).

En un tercer lugar, figuran quienes minimizan los problemas de nuestra democracia y señalan que esta funciona bien (15%). Esta visión es resaltada por el grupo de edad más joven (18-24, 20%) versus los otros rangos de edad. Probablemente esta valoración esté asociada a que este es un segmento más alejado de los temas políticos, a diferencia de las personas mayores, quienes además de informarse más de los sucesos que ocurren en la política nacional tienden a participar más en asociaciones de corte político. Es decir, el que los más jóvenes minimicen los problemas de la democracia puede deberse a su mayor desconocimiento de asuntos políticos.

d) Actitudes hacia la *mano dura*

Frente a estas actitudes que expresan descontento y frágil apoyo al sistema político, ¿tendría éxito la figura de un líder autoritario? Quince años después de la salida de Fujimori del poder, los gobiernos democráticos sucesivos han hecho su trabajo en materia macroeconómica, pero la desigualdad y la corrupción en el Estado siguen siendo taras que les quitan legitimidad a los gobiernos de turno ¿Nuestro histórico apego a la autoridad y a la tradición nos vuelve más susceptibles a patear el tablero de la democracia? Algunas cifras que ayudan a entender esta problemática: a un 10% de limeños le da lo mismo un gobierno autoritario que uno democrático; mientras un 11% considera que, en algunas circunstancias, un gobierno autoritario podría ser preferible a uno democrático.

Cuando se pregunta a las personas por su actitud hacia un gobierno de mano dura, un 72% (T2B) manifiesta estar de acuerdo. Menor apoyo recibe esta afirmación en el nivel A/B (66% en el T2B). La actitud es más favorable en los niveles más bajos (donde hay mayores tasas de criminalidad y también mayor sensación de injusticia) y en el grupo de edad intermedio (25 a 39 años). En las dinámicas grupales esta preferencia era transversal a todos los niveles socioeconómicos. La falta de respeto hacia las leyes y el incumplimiento de las normas dentro de las instituciones representan una tarea que, en la mirada del ciudadano limeño, solo alguien con *mano dura* puede mejorar. Como ya se señaló, es curioso cómo se demanda en las autoridades un manejo poco democrático para generar igualdad (democracia). Como se verá más adelante, ello no implica la presencia de un golpe de Estado. Este último escenario es ir más allá de una autoridad ejercida dentro del sistema democrático, hecho que genera un rechazo mayoritario en la población.

¿Y en qué circunstancias podría preferirse un gobierno de mano dura? Se les pidió a los entrevistados que eligieran el tipo de gobierno más efectivo en la resolución de una serie de problemas que tiene nuestro país. Como opciones, se presentaron las siguientes tres formas de gobierno: autoritario por golpe de Estado, demócrata pero con mano dura y

demócrata con participación de todos. La siguiente tabla resume la percepción de los ciudadanos respecto a qué gobierno consideran el más eficaz para resolver los diferentes problemas presentados (Ver Tabla 30).

Tabla 30. Percepción de eficacia por tipo de gobierno

	Tipos de gobierno			Total
	Autoritario por golpe de Estado	Demócrata pero con mano dura	Demócrata con participación de todos	
Delincuencia	15%	70%	15%	100%
Terrorismo	19%	68%	13%	100%
Corrupción	13%	63%	24%	100%
Baja calidad del sistema de justicia	6%	56%	38%	100%
Mala administración estatal/ burocracia	5%	55%	40%	100%
Pobreza	3%	39%	58%	100%
Desigualdad	4%	40%	56%	100%
Bajos sueldos	2%	41%	56%	100%
Desempleo	3%	42%	55%	100%
Baja calidad de la educación/ salud	3%	43%	54%	100%
N	--	--	--	1530

Base horizontal: 100%

Cabe destacar que en todos los casos se prefieren los gobiernos democráticos versus un régimen autoritario por golpe de Estado. Sin embargo, se encuentran algunas diferencias dependiendo del tipo de problema a solucionar: por ejemplo, existen casos en los que un gobierno demócrata con mano dura es percibido como más eficiente que uno participativo, y viceversa.

Cuando se trata de asuntos económicos o sociales como el desempleo, la pobreza o la calidad de la educación y la salud; los ciudadanos limeños sienten que un gobierno democrático participativo es lo suficientemente efectivo para resolverlos. Aquí no se percibe la necesidad de tener una autoridad firme que enfrente estos problemas, al menos no mayoritariamente. Alrededor del 40% optaría por un gobierno con mano dura para estos casos en particular versus un 56% que, en promedio, opta por un gobierno democrático participativo.

Sin embargo, la demanda de los ciudadanos es distinta cuando se trata de problemas como la delincuencia, el terrorismo o la corrupción, así como una alta burocracia o un sistema ineficiente de justicia. Todos ellos síntomas de nuestra sociedad anómica y vinculados al no cumplimiento de normas o leyes; al desorden y/o la injusticia. En estos casos la preferencia de los limeños se orienta hacia un gobierno demócrata pero con mano dura, es decir, un gobierno firme que alivie a los ciudadanos en dos temáticas puntuales: por

un lado, la sensación de amenaza a la seguridad (terrorismo y delincuencia); y por el otro, la injusticia o corrupción percibida dentro de las instituciones.

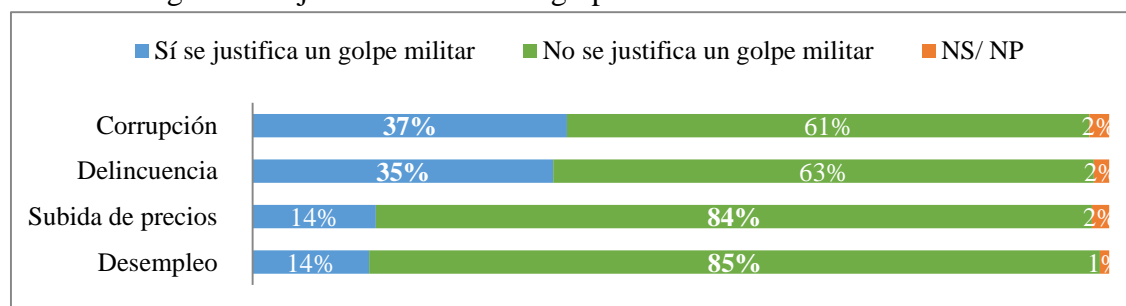
Resulta interesante cómo estas problemáticas activan en la gente la necesidad de contar con una figura de mano dura que, al menos en el imaginario colectivo, genere la percepción de que el gobierno es capaz de hacerle frente a estos temas.

Investigaciones previas destacan cómo el miedo a la amenaza o a cualquier peligro que atente contra nuestra seguridad se relaciona con un incremento en los niveles de autoritarismo de los ciudadanos (Amaya, Espinosa, Vozmediano; 2011), lo que ayuda a entender esta fuerte demanda por una autoridad de mano dura en contextos como el actual, donde la inseguridad ciudadana es percibida como el principal problema del país. Del mismo modo, fenómenos como la corrupción y la imagen de un sistema judicial ineficiente, también originan en los limeños la necesidad de un “justiciero” que frene la corrupción y el caos en el sector estatal.

e) Actitudes hacia los golpes militares

La situación es distinta cuando se plantea de manera directa la posibilidad de un golpe militar. La mayoría de limeños no considera esta opción bajo ninguna circunstancia (56%), mientras que 44% lo justifica en situaciones de delincuencia (35%) o corrupción (37%). En ese sentido, es alto el rechazo hacia una medida autoritaria que representa el quiebre de la democracia en su concepción más pura, al restringir las libertades y el quitarnos la posibilidad de elegir a nuestros representantes. Una opinión semejante se registró en las dinámicas grupales. Se reclamó *mano dura* pero cuando se preguntó directamente si se apoyaba un golpe militar, pocos se manifestaron a favor.

Gráf. 37. Argumentos justificativos de un golpe militar.



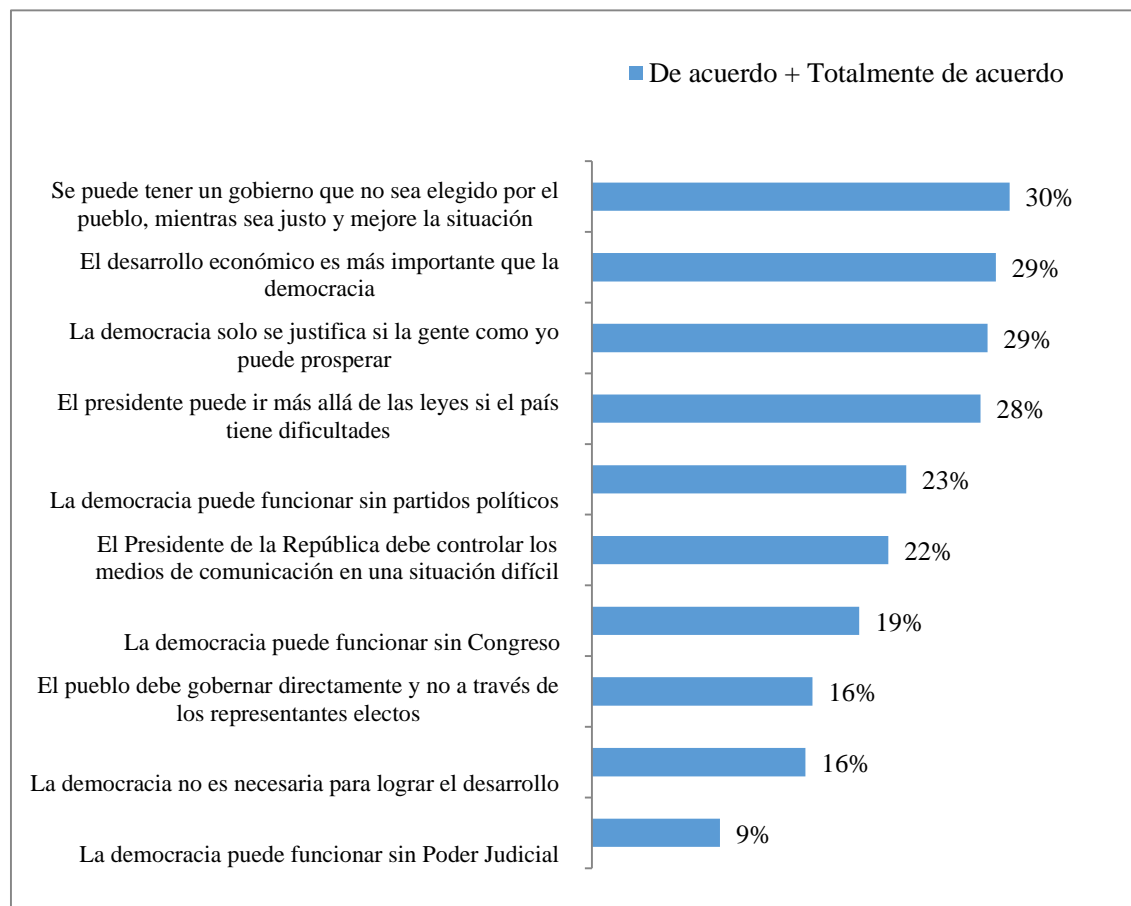
3.2. Otras actitudes hacia la democracia

Finalmente, se construyó un indicador basado en el nivel de aceptación de actitudes que podrían considerarse antidemocráticas, desde pensar que el desarrollo económico es más importante que la democracia, hasta asumir que la democracia puede funcionar sin partidos, sin congreso o sin Poder Judicial (ver figura 38).

Para este indicador se obtuvo una media de 2.57 (DT=.54). Bajo esta perspectiva, los limeños se encuentran en el punto medio de la escala en cuanto a actitudes democráticas (no son anti demócratas, pero tampoco defensores acérrimos del sistema). Ello es

consistente con los resultados obtenidos ya descritos anteriormente. Como veremos más adelante, lo que se percibe es un amplio rechazo hacia el desempeño de las instituciones democráticas, más que a la idea general de democracia. El siguiente gráfico (Figura 38) muestra el porcentaje de personas que aprueba cada uno de estos ítems (T2B).

Gráf. 38. Actitudes hacia la democracia



Lo que más llama la atención, pero está en línea con lo planteado líneas arriba es que un 30% de limeños está de acuerdo con tener un gobierno que no sea elegido por el pueblo, siempre y cuando sea justo y mejore la situación. Este porcentaje se incrementa aún más en los segmentos NSE D/E, en donde esta aprobación llega al 35%. Si relacionamos este resultado con la actitud favorable hacia una mano dura en el gobierno, se complementa la visión de este personaje ideal que nos gobierne y haga justicia para los que más la necesitan. En esa lógica, ya no importa tanto si es elegido por nosotros: eso es compensable si logra que todos podamos acceder a los mismos beneficios y oportunidades. Se anhelan mejoras, crecimiento, desarrollo, y si la democracia no está dentro de ese paquete, se le puede sacrificar (al menos, así piensa la tercera parte de limeños).

Precisamente, otro de los ítems evaluados tiene que ver con qué tanto se percibe que el desarrollo económico es más importante que la democracia. Un 29% se muestra de acuerdo con que la economía es más importante; el mismo porcentaje de personas que cree que “la democracia solo se justifica si la gente como yo puede prosperar”. Este grupo

de personas no hace suya a la democracia: la ve como un medio, no un fin. Para completar la figura, 28% cree que el Presidente puede ir más allá de las leyes si el país tiene dificultades. Es importante resaltar que estas actitudes revelan más una frustración con relación a particulares instituciones (Congreso, Poder judicial, partidos políticos) que un rechazo a la democracia en sí misma. En todo caso, da la impresión de que en un sector importante hay una desilusión que lleva a dejar de lado la expectativa de que las instituciones democráticas ayuden a conseguir el bienestar. Si bien estas actitudes pueden ser una amenaza a la estabilidad, como decía Finifter (1970) se puede considerar que las mismas son orthofuncionales y por lo tanto una promesa potencial de cambio.

Las actitudes que revelan frustración hacia la democracia son más frecuentes en los NSE D/E, a diferencia de los niveles más altos, como se puede apreciar en el siguiente contraste de medias ANOVA (Ver Tablas 31 y 32). Este hallazgo también se observó en las dinámicas grupales, en donde estos segmentos no solo desconocen qué es la democracia sino que la asocian a desigualdad y corrupción.

Tabla 31. Actitudes antidemocráticas- Medias y desviaciones típicas por NSE

	NSE A/B	NSE C	NSE D/E	F	P
Actitudes antidemocráticas	M= 2.45 (DT= .52)	M= 2.57 (DT= .53)	M= 2.66 (DT= .54)	17.38	.00*
N	365	656	509	1530	1530

*p < .05

Tabla 32. Actitudes antidemocráticas- Diferencia de medias por NSE

	Nivel socioeconómico		Diferencia de medias	p (Games Howell)
Actitudes antidemocráticas	NSE A/B	NSE C	-.12	.00**
	NSE A/B	NSE D/E	-.22	.00**
	NSE C	NSE D/E	-.09	.01**

*p < .05 **p < .01

3.3. Instituciones y actores políticos democráticos

La imagen de nuestro sistema político no solo implica nuestras evaluaciones sobre la democracia como forma de gobierno, sino también la valoración que se tiene hacia los actores e instituciones políticas que forman parte de nuestro sistema político.

De esta manera, se evaluaron diferentes agentes políticos tales como: Presidente de la República, Congreso Nacional, Poder Judicial, funcionarios públicos y partidos políticos. A continuación se presentarán los resultados obtenidos para cada instancia gubernamental.

a) Evaluación de la gestión del presidente

En el caso del Presidente de la República Ollanta Humala, cuando se les pide a los ciudadanos que evalúen qué tan bien está haciendo su trabajo, solo 6% rescata que este

es bueno o muy bueno; mientras 58% lo califica como regular. Para el 39% restante su desempeño es malo o muy malo. Esta evaluación es generalizada en todos los segmentos sociodemográficos.

b) Evaluación del Congreso

Por su parte, el Congreso Nacional genera un masivo rechazo de la población: 62% evalúa su desempeño como malo o muy malo, siendo los adultos mayores (40-80) los más ácidos en su evaluación (65%). Ya en las dinámicas grupales se apreciaba esta visión negativa de los congresistas, quienes eran señalados como corruptos o de un nivel de instrucción muy bajo que los descalificaba para el cargo. En la fase cualitativa estas personas mencionaban que en años anteriores la calidad del congreso era mejor, pues era gente mejor preparada para asumir dicho cargo. Sienten que el sueldo actual de un congresista no es acorde con el trabajo que realiza. La remuneración mínima vital en Perú es de 168 Euros y el sueldo de un congresista (sin considerar gastos de representación) es de 4,000 Euros. Consideran que mientras un ciudadano común tiene que esforzarse mucho para ganar un sueldo precario, básico (250 a 300 euros) un congresista *se la lleva fácil: Yo gano 1000 soles y ellos ganan 16 mil, 20 mil soles...es impresionante.* (Adulto, varón, NSE C).

c) Evaluación del Poder Judicial

El Poder Judicial es todavía peor evaluado: 67% considera que está haciendo mal o muy mal su trabajo. De acuerdo con lo visto en las dinámicas grupales, esta instancia es la más asociada a corrupción: *los fiscales son corruptos y manejados.* En términos de Almond y Verba no se percibe competencia administrativa. Por ello, se reconoce que la presencia de una mano dura es necesaria porque el sistema de justicia en nuestro país es ineficiente. Se considera que todo se mueve con dinero y que quienes deberían estar presos, salen libres con facilidad: *si no tienes dinero tus trámites nunca se agilizan.*

Se planteó una correlación entre la satisfacción con el Congreso y la satisfacción con el Poder Judicial, encontrándose que existe una relación directa y significativa entre ambas evaluaciones: cuanto mejor se evalúa el desempeño del Congreso, es mejor evaluado el Poder Judicial $r(1530) = .548, p < .001$.

d) Evaluación de los funcionarios públicos

También se hicieron algunas preguntas respecto a la labor de los funcionarios públicos en general, si estos están dispuestos a atender a la gente y si son eficaces en su trabajo. En el primer caso 61% no cree que los funcionarios atiendan bien a la gente, mientras que 60% no cree que los funcionarios sean eficaces en su trabajo. En general, que más de la mitad de limeños desapruere la labor de los funcionarios públicos es crítico. Como se vio en las dinámicas grupales, hay un reconocimiento de que estas personas se encuentran desmotivadas por un bajo sueldo lo que hace que la atención sea mala y la burocracia se incremente.

e) **Confianza en las instituciones**

De lejos, la institución en la que más confían los limeños es la Iglesia (T2B: 78%), resultado que coincide con la encuesta de LAPOP (Carrión, Zárate y Seligson, 2012). En el otro extremo, figuran las instituciones políticas, que son las que generan menor confianza en los limeños (T2B: 12%). Dentro de estas, los niveles de confianza más bajos están relacionados con los líderes políticos (T2B: 15%) y los partidos políticos (T2B: 10%), quienes resultan los menos confiables. Como ya se ha visto anteriormente, la imagen de los políticos está tan venida a menos que los ciudadanos difícilmente se acercan a los partidos. Ambos se encuentran fuertemente asociados al enriquecimiento ilícito y a la corrupción.

Muy cerca figuran las instituciones pertenecientes al Gobierno Central (T2B: 13%). Aquí se incluyen el Congreso de la República (T2B: 9%), el Poder Judicial (T2B: 10%) y el Ejecutivo (gobierno) que es evaluado con un 19% de T2B. Todas estas forman parte de lo que Almond y Verba (1970) consideraban instituciones ligadas al *input*, las cuales son básicas para la formación de una cultura cívica. Es difícil generar confianza cuando la imagen de estas instancias está tan vilipendiada y el contacto directo con las mismas no es habitual.

Cuando se plantea si existe asociación entre la confianza manifestada hacia las instituciones del gobierno central y hacia las instituciones políticas (partidos y líderes políticos), se encuentra que ambas tienen una relación significativa $r(1530) = .504$, $p < .001$. Es decir: cuánto mayor confianza exista hacia el gobierno central mayor confianza existirá hacia las organizaciones partidarias. Claramente, ambas instancias están fuertemente asociadas a la política: por ello variables como la satisfacción o la confianza correlacionan fuertemente. De hecho, también se ha encontrado que quienes confían más en las instancias del gobierno central evalúan mejor a los funcionarios públicos $r(1530) = .303$, $p < .001$.

Luego figuran las instituciones vinculadas a los procesos del *output* (35%): la Policía Nacional (T2B: 31%) y las Fuerzas Armadas (T2B: 40%). Al igual que en las encuestas de LAPOP estas instituciones se encuentran en un nivel intermedio de evaluación, solo por encima de las instancias políticas. Continúan en la lista las instituciones del gobierno local (T2B: 45%), es decir, la municipalidad de Lima (44%) y la municipalidad del distrito (T2B: 46%). Estas instituciones, debido a su cercanía con el ciudadano, reciben un mayor nivel de confianza que las del gobierno central, hecho que resulta ciertamente positivo.

Solo superadas por la iglesia se ubican las instituciones que cumplen una función de canalizar las demandas ciudadanas. Estas tienen, en promedio, un T2B de 47%. Dentro de ellas, los medios de comunicación (T2B: 51%) y la Defensoría del Pueblo (T2B: 44%) son las mejor evaluadas. Ambas representan instituciones que cumplen una función como

canal de expresión de quejas ciudadanas por lo que es interesante que se ubiquen en un segundo nivel de confianza.

En síntesis, las instituciones políticas tienen un arduo trabajo para mejorar sus niveles de confianza. El nivel de satisfacción es muy bajo con relación a la mayoría de sus instituciones y procesos.

Finalmente, se encontraron correlaciones directas y significativas entre el grado de satisfacción con los partidos políticos y la evaluación del Congreso de la República $r(1530) = .554$, $p < .001$; entre los partidos y el Poder Judicial $r(1530) = .512$, $p < .001$; así como también entre estas organizaciones y el desempeño de los funcionarios públicos $r(1530) = .306$, $p < .001$. Con eso se confirma cómo estas organizaciones del *input* (Poder Judicial, Congreso, Partidos) son percibidas por los ciudadanos como un solo conjunto de instituciones asociadas la política. Tiene sentido por qué las tres instancias son mal evaluadas, sin que ninguna se logre destacar.

f) Evaluación de los partidos políticos

Por otro lado, también se evaluó el desempeño de los partidos políticos en Perú. Su nivel de desaprobación es del 57%. Es un porcentaje menor a la evaluación de las instancias gubernamentales pero igual un indicador de bajo nivel de aprobación. A su vez, el porcentaje de ciudadanos que declara no tener simpatía por un ningún partido político es muy alto (80%). Este porcentaje llega a un significativo 89% entre los jóvenes de 18 a 24 años. Hay muy poca vinculación con los partidos que se expresa, como ya hemos visto en una mínima participación en los mismos.

Para confirmar la mala imagen de los partidos, solo 13% siente que estos representan bien a sus votantes. Cabe destacar que dentro de las personas que tiene una afinidad con un partido político ($n=300$, 20% del total de la muestra), 33% simpatiza con el APRA y 25% con Fuerza Popular (Fujimoristas). Le siguen el Partido Nacionalista (Humala) con 13% y Solidaridad Nacional con 10%. El resto de grupos políticos tienen porcentajes menores al 10%.

Por otro lado, se destaca que un 38% piense que un presidente no necesita de partidos para gobernar y que solo basta con que haga una buena campaña para ganar las elecciones. Esta percepción es aún más fuerte en el NSE D/E (44%). Asimismo, un 64% considera que un presidente puede hacer un buen gobierno con él al mando y un buen grupo de técnicos. La experiencia en los últimos años en el país es que esos técnicos no vienen de los partidos sino de la academia, del sector privado o de organismos internacionales. Esta idea hace más frágil aún la situación de los partidos pues dejan de ser ya no solo importantes para una campaña política sino para el ejercicio mismo del poder desde el gobierno.

g) Evaluación de los líderes políticos

Los partidos políticos son una débil referencia que lleva a mirar más a sus líderes. En las dinámicas grupales, por ejemplo, se decía *el partido de PPK* para hacer referencia al partido de Pedro Pablo Kuczynski. Sin embargo, la relación acá también es precaria. Un 73% dice no tener simpatía por líder alguno. De nuevo son los jóvenes de 18 a 24 años los más distantes pues el 84% de ellos dicen no guardar simpatía alguna por un líder político. Si se hace un análisis donde se considere a las personas que no tienen simpatía alguna, ni por partidos ni líderes políticos, la cifra llega a un 71% donde menores simpatías hay entre las personas de 18 a 24 años (83%) y menos rechazo entre los mayores de 40 a 80 años (66% no tiene simpatías ni por un partido ni un líder político).

Dentro de las cualidades más valoradas en un potencial candidato a la presidencia encontramos el que sea una persona honesta/honrada (56%), que haga obras (28%), que tenga carácter/que sea firme (24%), que tenga un plan de trabajo y que tenga capacidad en la gestión pública (22%). Interesante cómo los limeños piden principalmente un candidato honesto cuando acaban de elegir como alcalde a un cuestionado Luis Castañeda, precisamente por temas de corrupción. Es allí donde entran a tallar otros motivos, como el hacer obras, razón principal por la que la mayoría votó por su candidato en las últimas elecciones municipales (47%) o el tener experiencia de gestión pública (36% mencionó esta como razón principal para elegir al alcalde).

En general, respecto a la honestidad, desde las dinámicas grupales se observó como el *que cumplan lo que prometen* es una de las principales demandas hacia los políticos. Es probable que cuando la gente destaca la honestidad se esté refiriendo no solo o no tanto al hecho de no robar sino a que cumpla con lo ofrecido, que sea honesto y no engañe con falsas promesas. Ante tanto incumplimiento de promesas, los limeños habrían optado por dejar de escuchar planes de trabajo (que se cambian con facilidad de acuerdo a las circunstancias) y más bien concentrarse en obras o proyectos tangibles.

En la encuesta, dentro de quienes simpatizan con algún líder político (solo 23%), el ex presidente Alan García ocupa el primer lugar (28%) seguido de Keiko Fujimori con un 21%. Fujimori incrementa su simpatía en los segmentos NSE D/E, en donde logra captar al 30%, superando a Alan García en este segmento en particular (25%). En tercer lugar destaca Luis Castañeda (11%) y en cuarto el economista y ex candidato a la presidencia Pedro Pablo Kuczynski (10%). Este último, a diferencia de Fujimori, gana más adeptos en los estratos socioeconómicos más altos (NSE A/B: 20%). Dentro de las dinámicas grupales se observaron estas mismas tendencias, especialmente la simpatía por Kuczynski (en adelante, PPK) en los niveles altos y en los más jóvenes, quienes destacan la experiencia política de este candidato y el que sea una persona con dinero. En cierta forma, el “tener plata” lo haría ser menos propenso a la corrupción. Además, para muchos jóvenes es una ventaja que PPK tenga doble nacionalidad (es peruano y norteamericano): *No ha nacido en el Perú, no ha crecido en el Perú, no está contaminado, es diferente porque tiene otra mentalidad*. Para estos jóvenes lo peruano está tan asociado a la

corrupción que consideran que una persona criada en el extranjero puede ser una alternativa que haga la diferencia con el resto de políticos.

En síntesis, se ha presentado el panorama general de la democracia en nuestro país y cómo esta es percibida por los ciudadanos de Lima, así como la imagen de las principales instituciones del sistema político entre los limeños. En particular, con relación a los partidos y líderes políticos, se tiene una situación donde la mayoría se ubica en el centro (que en las dinámicas grupales era visto como tomar distancia de las ideologías) y las simpatías por partidos o líderes son muy bajas. Si a estos datos se añade que algo más de la mitad de la población siente que va a votar por obligación, se entiende que en muchos procesos electorales se termine diciendo que la gente más que votar por una opción prima el antivoto (Meléndez, 2012b) o va a votar por el menos malo (Torres, 2009).

4. Actitudes hacia la acción del Estado y el gobierno

4.1. Evaluación de los tres poderes y la gobernabilidad

Dos de los problemas más importantes para la ciudadanía son la inseguridad ciudadana y la corrupción. Saber cómo evalúan los ciudadanos las acciones del gobierno en relación a estos temas configura un aspecto crucial de la gobernabilidad en nuestro país. Ambos fenómenos fueron evaluados en esta investigación.

En el primer caso, se les preguntó a los ciudadanos qué tan seguros se sienten en sus barrios frente a la posibilidad de ser víctimas de un asalto o robo. Que 7 de cada 10 limeños se sientan poco o nada seguros en su propio barrio (68%) dan cuenta de los altos niveles de inseguridad que se perciben en la población. Además, esta cifra varía considerablemente dependiendo del nivel socioeconómico: mientras en el interior del NSE A/B la mitad de este segmento (50%) se siente inseguro, en el NSE C este porcentaje llega a 68% y en el NSE D/E incluso hasta un 82%. Es importante destacar que en Perú la policía, y en general el Ministerio del Interior, es la responsable de este tema, no los municipios.

Como ya se ha mencionado anteriormente, la elevada percepción de inseguridad genera en los ciudadanos una mayor necesidad de *mano dura*. Tal es así que 88% considera que la mejor forma de enfrentar la delincuencia es hacer leyes más duras. Nuevamente se aprecia cómo la sensación de amenaza incrementa la necesidad de contar con una autoridad más fuerte o un sistema de leyes que castigue con mayor severidad a quienes infringen la ley. Este deseo se incrementa en los niveles socioeconómicos más bajos, que en donde se presentan los mayores índices de criminalidad (9 de cada 10 limeños pertenecientes al NSE D/E están a favor de que se implanten leyes más duras).

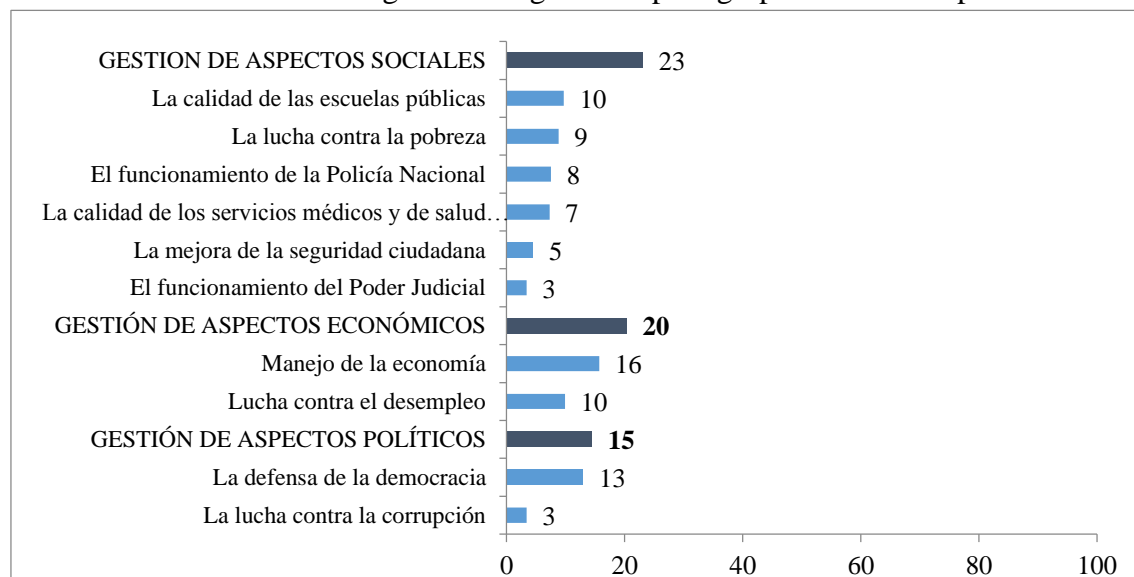
En cuanto a la corrupción, un contundente 95% considera que en el sector público hay corrupción (72% manifiesta que hay mucha corrupción y 23% que hay algo de corrupción). Los limeños somos conscientes de que este es un fenómeno que se ha

expandido a todas las esferas del sector público, desde el secretario de juzgado que recibe una propina para agilizar un trámite hasta altos funcionarios que cobran grandes comisiones para favorecer licitaciones de algunas empresas.

Adicionalmente se preguntó por la experiencia directa con la corrupción, es decir, si en el último año el entrevistado tuvo que pagar algún tipo de coima o soborno frente a alguna autoridad específica. Solo 16% de limeños señala haber tenido que pagar una coima, la mayoría frente a un policía (65% de los casos que han pagado un soborno en el último año).

Se han tratado dos problemáticas que impactan en la evaluación de la gobernabilidad pero además es importante considerar el grado de satisfacción de la ciudadanía con el desempeño del gobierno actual en la gestión de diferentes aspectos sociales, económicos y políticos. Con tal fin, se creó un indicador de satisfacción general considerando un promedio de las evaluaciones más favorables (T2B) sobre el manejo del gobierno en temas políticos, sociales y económicos, principalmente. Solamente 8% está satisfecho con la forma en la que el gobierno está manejando los diferentes problemas del país. Este promedio general se incrementa cuando solo se evalúan aspectos económicos (13%) y se mantiene cuando se abordan solo temas políticos (8%) o sociales (7%). A continuación se detallarán los ítems específicos que conforman cada uno de estos bloques.

Gráf. 39. Satisfacción con la gestión del gobierno por agrupaciones. % Top Two Box



En el caso de los temas económicos, 10% se encuentra satisfecho con la forma en la que el Estado está luchando contra el desempleo, mientras que 16% está satisfecho con el manejo de la economía, siendo este el aspecto mejor evaluado por el total de la muestra.

En cuanto a los temas políticos, se evaluaron dos: 13% está satisfecho con la defensa de la democracia mientras que solo 3% piensa lo mismo de la lucha contra la corrupción. De lo visto anteriormente, es claro que esta es una de las principales debilidades del Estado.

En todos los casos, al igual que en los temas económicos, no se presentan diferencias significativas por edad, nivel o sexo.

Finalmente en el caso de la satisfacción con los asuntos sociales, este indicador engloba una serie de problemáticas: la peor evaluada es el funcionamiento del Poder Judicial (4%), seguida por la mejora de la seguridad ciudadana (5%) y la calidad de los servicios médicos y de salud públicos (7%). Ligeramente mejor evaluados figuran: el funcionamiento de la Policía Nacional (8%), la lucha contra la pobreza (9%) y la calidad de las escuelas públicas (10%).

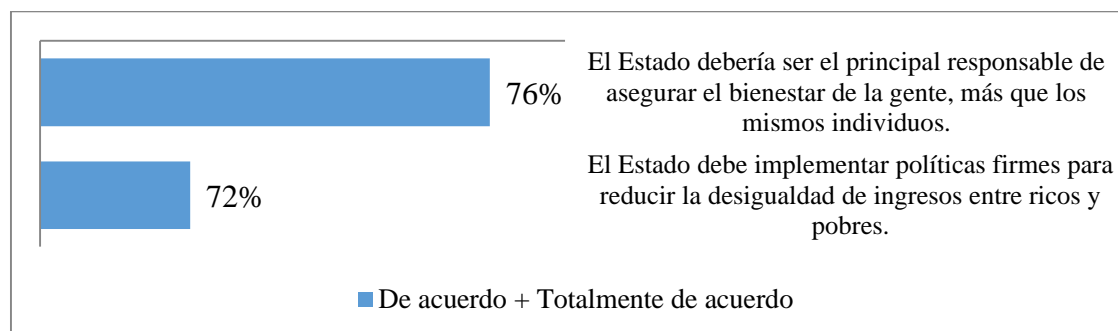
Claramente hay un importante sector de la población que demanda mejoras, no solo en temas de seguridad y en la calidad de los servicios públicos, sino principalmente en instituciones como la Policía Nacional y el Poder Judicial, en donde prácticamente se requiere de una reestructuración que ayude a mejorar sus niveles de satisfacción y confianza institucional,

4.2. Actitudes hacia el papel del Estado

Uno de los aspectos importantes dentro de la evaluación de la acción institucional es la actitud de la ciudadanía hacia el papel que asume el Estado en la sociedad. En esa línea se generaron dos indicadores, uno para evaluar las actitudes hacia la intervención del Estado y otro para evaluar las actitudes hacia un sector privado más activo que el Estado en la economía.

A continuación se presentan los dos ítems que evalúan la expectativa de la población frente a la intervención estatal en la vida de los ciudadanos (Ver Gráf. 40). Estos resultados muestran la demanda de un rol más activo por parte del Estado, el cual debe enfocarse más en el sector social, que asegure el bienestar de la gente y la reducción de la desigualdad entre ricos y pobres. Tres cuartas partes de los limeños están a favor de estas iniciativas.

Gráf. 40: Actitudes hacia la intervención del Estado

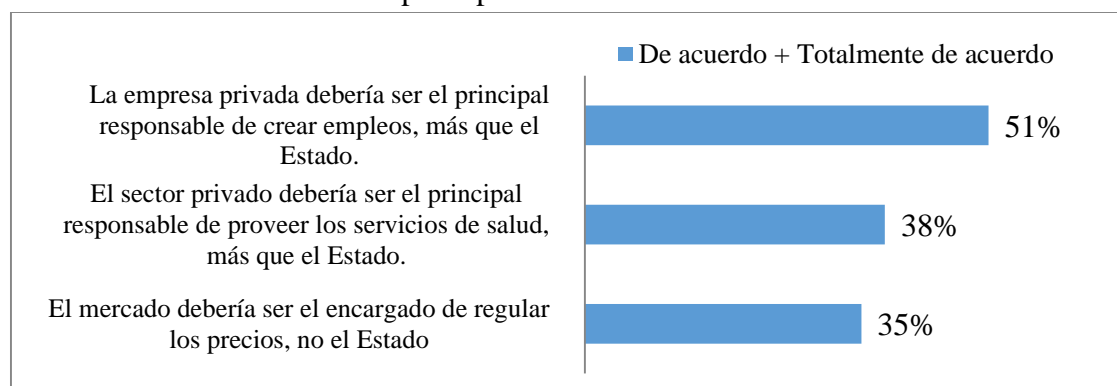


Con respecto a la afirmación de que el Estado es responsable de garantizar el bienestar de la gente, más que los mismos individuos, se encuentra que esta percepción es más fuerte en el grupo de ciudadanos con un nivel educativo más básico (78%). Por el contrario, quienes cuentan con estudios superiores piensan que son los mismos individuos quienes deben responsabilizarse por su propio bienestar. Esto puede deberse a que estos

ciudadanos confían más en sus propias capacidades y en sus recursos para conseguir su bienestar.

En cuanto a la empresa privada (Ver Gráf. 41), si bien se le reconoce como un aliado importante en la sociedad, su rol es principalmente apoyar al Estado en aspectos como la creación de empleo (51%). Sin embargo, cuando se trata de aspectos como la salud de los ciudadanos o la regulación de precios, menos de la mitad le atribuye esta responsabilidad al sector privado. En estos casos, el Estado es quien debe asumir siempre el liderazgo.

Gráf. 41 Actitudes hacia la empresa privada



Se espera acción de ambos lados, tanto del Estado como del sector privado en el desarrollo de la población y de los servicios públicos, como también se vio en las dinámicas grupales. Se anhela un Estado que ocupe un rol importante en la búsqueda de igualdad y que favorezca a la población de menores recursos. Los niveles altos son los más entusiastas con el apoyo del sector privado.

5. Perfiles según el grado de interés en la política

Antes de revisar la propuesta dimensional de la cultura política y los segmentos encontrados, nos pareció importante incluir un bloque especial con las principales características de aquellos que tienen un alto y un bajo interés en la política, dada la trascendencia que tiene esta variable en el entendimiento de la cultura política limeña. Para ello se generaron dos grupos a partir del nivel de interés declarado en cada caso. De esta forma quienes afirmaban tener mucho o algo de interés en la política se consideraron dentro del grupo denominado “alto interés” (n=570); mientras que aquellos que señalaron que la política les interesa poco o nada fueron agrupados en el segmento “bajo interés” (n=960).

En primer lugar, se correlacionaron el interés general en la política y el nivel educativo del encuestado, encontrándose que, en efecto, existe una relación directa, aunque también pequeña, entre ambas variables: cuanto mayor es el grado de instrucción mayor es el interés general en la política $r(1530) = .244$, $p < .001$. Esta relación se confirma cuando cruzamos ambas variables (Ver Tabla 33). Al interior de quienes manifiestan un bajo interés en la política hay una mayor proporción de personas con estudios básicos (gente que como máximo culminó la secundaria). El panorama es distinto en el caso del grupo

con un alto interés en la política, en donde 6 de cada 10 cuenta con estudios superiores (educación técnica, universitaria o posgrado).

Tabla 33. Interés por la política y el nivel de instrucción

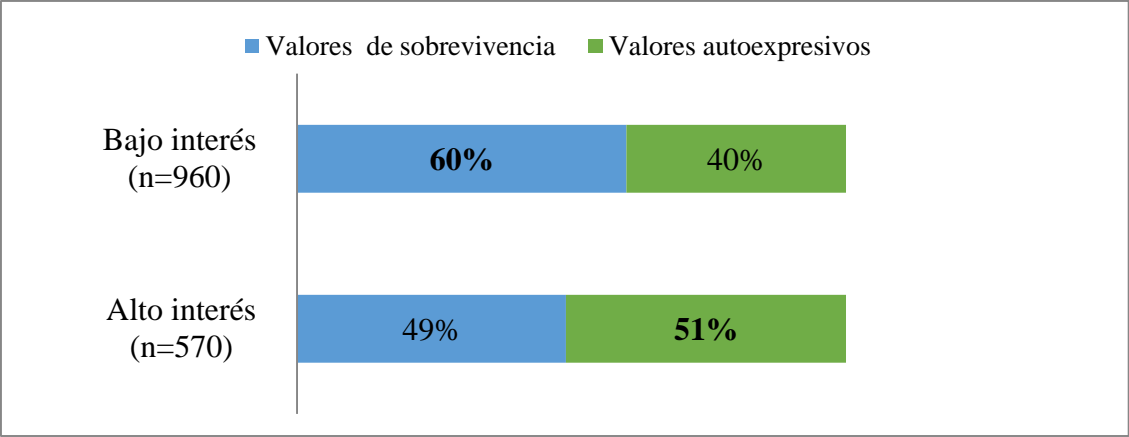
	Bajo interés en la política	Alto interés en la política
Estudios secundarios	65%	39%
Estudios superiores	35%	61%
N	960	570

¿Qué otras variables distinguen a quienes tienen un alto interés en la política de quienes no se interesan por el tema? A continuación se describirán los perfiles de ambos grupos de manera comparativa, en función a los temas que componen la cultura política en nuestro país y otras variables que hayan generado diferencias.

5.1. Valores e interés en la política

Como puede apreciarse en el siguiente gráfico (Ver Gráf. 24), las personas con un bajo interés en la política priorizan valores relacionados a la sobrevivencia, a diferencia de quienes tienen un alto interés en asuntos políticos, en donde esta tendencia se invierte (priman ligeramente más los valores autoexpresivos). En este último caso, se observa una relación entre el hecho de tener un mayor interés en la política con el hecho de tener una mentalidad más abierta y más involucrada en la problemática social, tal como describía Inglehart a las personas más orientadas hacia la autoexpresión.

Gráf. 42. Valores de sobrevivencia y autoexpresivos según interés en la política



Esto puede relacionarse con el hecho de que entre las personas con un alto interés en la política hay una mayor proporción de Universalismo, en términos de Schwartz (Ver Tabla 34). Es decir, se preocupan por contar con un entorno igualitario, tolerante y que genere mayor bienestar para todos. Por ello la importancia que la dan a poder expresar sus opiniones y a los valores postmaterialistas en general. De hecho, son también quienes más se preocupan por los problemas sociales y políticos que ocurren en el país.

Tabla 34. Interés por la política y los valores

	Bajo interés	Alto interés
Universalismo	63%	71%
Fomentan la igualdad	73%	78%
Cuidan el medio ambiente	64%	71%
Escuchan a quien piensa diferente	53%	63%
N	960	570

Otro de los valores que más distinguen a este grupo con alto interés en la política es su mayor necesidad de que el resto reconozca sus habilidades y el sentirse admirado por ello (T2B: 51%), a diferencia de los no interesados en política (T2B: 45%). Esto nos lleva a pensar cómo la búsqueda de reconocimiento puede ser un factor relacionado al interés en la política. Quizás porque el ser conocedor de estos temas, en un país donde muy poca gente se informa, representa un símbolo de mayor estatus social frente a los otros.

5.2. Confianza interpersonal e interés en la política

Esta es otra de las actitudes sociales que generan diferencias entre ambos grupos. Por ejemplo, cuando se trata de la confianza que inspiran los ciudadanos de la ciudad de Lima y la gente de la comunidad o barrio, los menos interesados en político suelen ser más desconfiados que quienes presentan mayor interés (Ver Tabla 35). Nuevamente la confianza se genera cuanta más interacción haya con los otros. Probablemente quienes más se interesan en política se involucren más con los demás en la práctica, ya sea a través de su participación en asociaciones. Más adelante revisaremos que el asociacionismo es otra de las características de este segmento de la población.

Tabla 35. Interés por la política y la confianza interpersonal
(Confía mucho + Confía algo)

	Bajo interés	Alto interés
Confianza en la gente de Lima	16%	23%
Confianza en la gente del vecindario	38%	49%
N	960	570

5.3. Eficacia política e interés en la política

Se planteó una correlación entre el interés general en la política y la percepción de eficacia política, dadas las investigaciones previas que sostienen que cuanto más capaces nos consideremos de poder influir en las decisiones importantes que se tomen en materia política y social, mayor será nuestro nivel de involucramiento en aspectos políticos. Utilizando el coeficiente de correlación de Pearson se confirmó que existe relación directa, aunque pequeña, entre ambas variables: a mayor percepción de eficacia política mayor interés general en la política $r(1530)=.242$, $p<.001$.

Esto puede apreciarse en la muestra de estudio, por ejemplo cuando los entrevistados responden al ítem *la actualidad política no me interesa porque me abure y no la entiendo* 57% de las personas con un alto interés en la política se muestran en desacuerdo con esta afirmación y solo 43% piensa de las personas con bajo interés tienen este desacuerdo. Además, las dos terceras partes de las personas con bajo interés (57%) descartan de plano involucrarse en actividades políticas. En este grupo no solo existe una baja percepción de los recursos cognitivos sino también una notoria indiferencia por todos los temas políticos. De hecho, estos únicamente se preocupan de manera circunstancial, ya sea en época electoral o cuando afecta sus intereses personales (Ver Tabla 36).

Tabla 36. Interés por la política asociada a eventos y asuntos puntuales
(De acuerdo + Totalmente de acuerdo)

	Bajo interés	Alto interés
La política me interesa solo cuando hay elecciones.	51%	27%
La política me interesa solo cuando afecta temas que me tocan personalmente.	43%	28%
N	960	570

5.4. Consumo de medios de comunicación e interés en la política

Con respecto a los medios para informarse de política, como era de esperarse, el grupo con un alto interés utiliza diversos medios para acceder a dicha información; mientras que en el caso de las personas con un bajo interés estos utilizan principalmente la televisión (26%), y con una menor frecuencia que el grupo de mayor interés (Ver Tabla 37). Este último es un ciudadano mucho más informado y con una mayor diversificación en su consumo de medios de información política. Sus principales fuentes son las noticias en la televisión y la lectura de diarios.

Tabla 37. Medios de comunicación utilizados para acceder a la información política
(Siempre + Casi siempre)

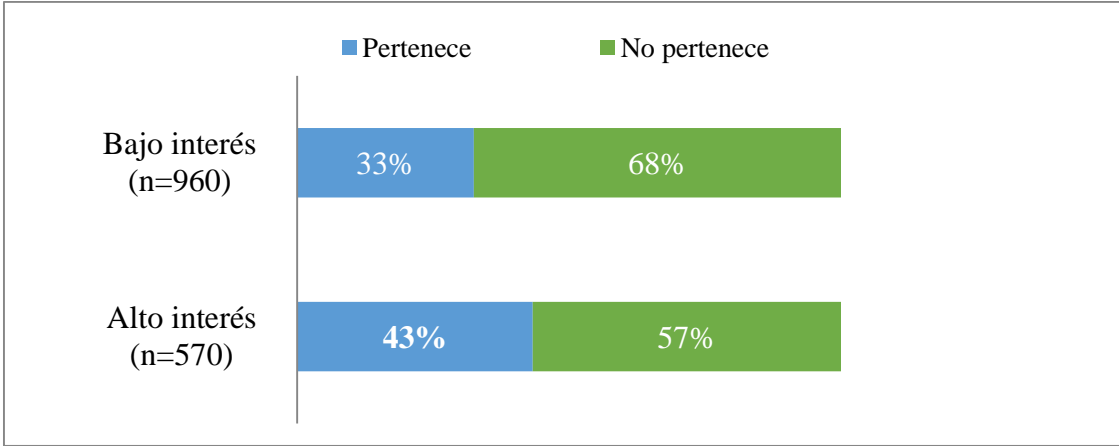
	Bajo interés	Alto interés
Mirar noticias en la TV sobre política.	26%	45%
Escuchar noticias por la radio sobre política.	16%	29%
Leer noticias en los periódicos sobre política.	14%	36%
Leer o escuchar noticias vía internet sobre política.	5%	16%
Conversa con amigos y/o familiares sobre política.	6%	22%
N	960	570

5.5. Asociacionismo e interés en la política

Quienes tienen un mayor interés en los asuntos políticos también son más proclives a involucrarse en actividades de la sociedad civil que quienes no demuestran interés. Así,

20% en este grupo se ha juntado o se junta al menos una vez al mes para resolver problemas de la comunidad (versus 12% en el grupo de no interesados). De hecho, los interesados en política suelen tener una opinión más favorable respecto a juntarse con otros (48% considera que la mejor estrategia para resolver los problemas es juntarse con otros para encontrar soluciones en conjunto). Todo esto repercute en su mayor involucramiento en asociaciones, a diferencia de quienes no muestran interés en la política (Ver Gráf. 43).

Gráf. 43. Pertenencia a asociaciones según el nivel de interés en la política

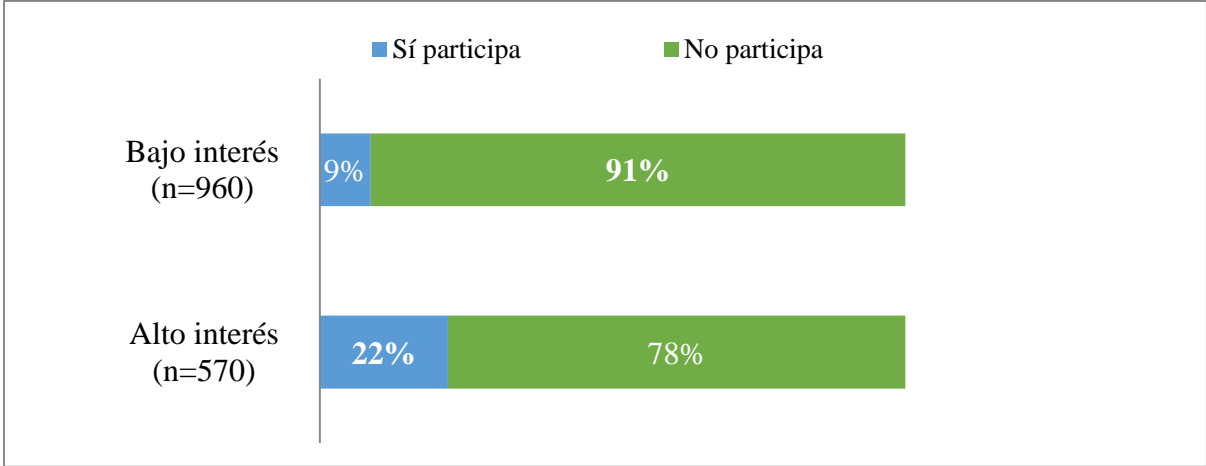


De acuerdo con estos resultados, 4 de cada 10 personas interesadas en la política forma parte de al menos una organización. Si bien sigue siendo minoría, es interesante como se da una relación positiva entre la pertenencia a organizaciones funcionales, expresivas, religiosas y/o políticas y el interés en la política.

5.6. Participación e interés en la política

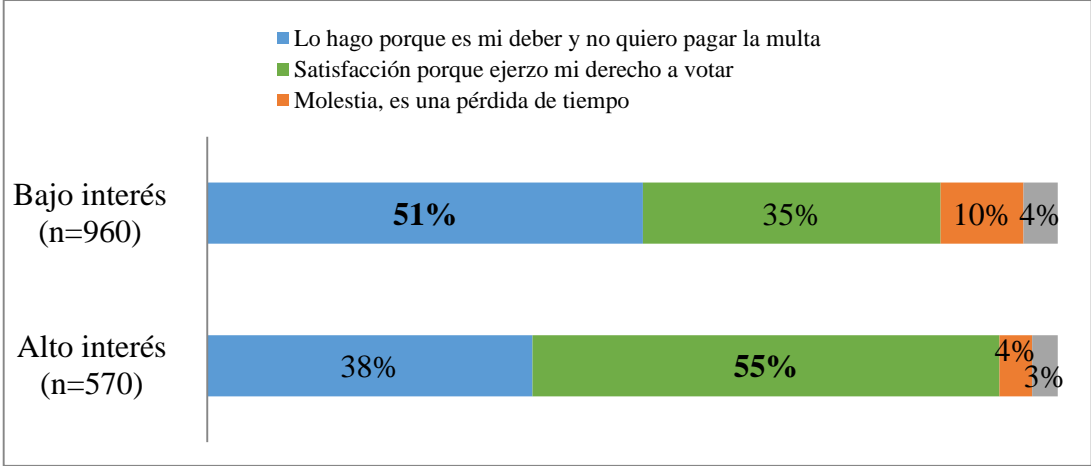
En el caso de la participación exclusivamente política, claramente quienes tienen un nivel de interés mayor se involucran más en actividades como mítines, reuniones de partidos o trabajo para algún candidato durante campaña electoral, 2 de cada 10 ciudadanos interesados participan de manera activa en política (Ver Gráf. 44).

Gráf. 44. Participación política según el nivel de interés en la política



Otra de las grandes diferencias entre ambos grupos tiene que ver con la actitud que adoptan cuando van a votar (Ver Gráf. 27). Así, mientras el grupo más interesado lo hace mayormente con satisfacción (55%), 51% de los no interesados dice que vota porque lo ve como un deber y no quiere pagar la multa. Además, 10% de ellos siente que votar es una pérdida de tiempo.

Gráf. 45. Actitudes hacia el voto según nivel de interés en la política



Y si la forma mínima de participación política (ejercer el derecho al voto) es percibida más como una obligación que como un derecho, no debe sorprendernos que en este grupo exista un bajo nivel de involucramiento en otras formas participación política, como asistir a mítines políticos (82% nunca ha asistido a uno) o incluso, acciones tan simples como conversar con familiares y/o amigos sobre política (34% rara vez conversa de política y 33% nunca lo hace).

5.7. Actitudes hacia la democracia e interés en la política

Frente a este tema existen algunas diferencias entre ambos grupos. En primer lugar, las personas más interesadas en política tienen una imagen ligeramente más favorable de la democracia de quienes no están interesados. En este último caso, no solo hay una mayor proporción de ciudadanos insatisfechos, sino que además se percibe menos convicción hacia la democracia como la mejor forma de gobierno (Ver Tabla 38).

Tabla 38. Actitudes hacia la democracia e interés por la política

	Bajo interés	Alto interés
A la gente como yo, le da lo mismo un régimen democrático que uno no democrático.	11%	8%
La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno.	73%	79%
En algunas circunstancias un gobierno autoritario puede ser preferible a uno democrático.	11%	12%
No sabe/no precisa.	5%	1%
N	960	570

Adicionalmente, las personas más interesadas en política se oponen a medidas radicales como la toma de los medios por parte del presidente (En desacuerdo + Totalmente en desacuerdo: 60%); o que el pueblo gobierne directamente, sin representantes (65%). Esta desaprobación es considerablemente mayor que en el grupo de no interesados, donde el rechazo en ambos casos llega a ser del 57% y 56%, respectivamente. Igual es alto pero es menor.

5.8. Confianza institucional e interés en la política

Con respecto a los niveles de confianza institucional, observamos que hay una relación entre esta variable y el interés en la política. Las personas que confían más en las instituciones gubernamentales tienen un mayor interés por la política. Por ejemplo, 24% de los interesados confían en el Gobierno, versus 16% de los no interesados. En el caso de las actitudes hacia los líderes políticos, mientras que en el grupo de no interesados la desconfianza es de 89%, esta cifra se reduce en el grupo de interesados en la política donde la desconfianza llega a 77%, doce puntos menos. Lo mismo ocurre con las actitudes hacia los partidos políticos: 92% del grupo de bajo interés desconfía de estas organizaciones, versus 85% en el grupo de alto interés. Si bien la desconfianza en general es alta, esta es mayor en el grupo menos interesado en política, especialmente hasta este tipo de instituciones.

En síntesis, podría decirse que tenemos un primer grupo informado y pendiente de la realidad política del país (37%), que demuestra una mayor eficacia política e interés por participar tanto en asociaciones de la sociedad civil como en organizaciones políticas. Su imagen de la política y del sistema político es un factor que los vuelve ciudadanos altamente potenciales para participar y ser agentes de cambio. Si a ello se le suma que son personas muy preocupadas por los otros y especialmente orientadas a valores postmaterialistas, podríamos hablar de una cultura de ciudadanos participativos, en términos de Almond y Verba (1970).

El segundo grupo congrega al 67% restante de limeños desvinculados de la política, y que ciertamente tampoco cuentan con otras actitudes sociales que podrían facilitar su participación ciudadana. Ciertamente el clima de desconfianza generalizada ha mermado no solo en la interacción con los demás sino también la imagen de las principales instituciones del sistema político. Para estas personas la política no es parte de su vida cotidiana: es un ente lejano en donde solo algunos se enriquecen en lugar de velar por el desarrollo de los ciudadanos.

Recogiendo las impresiones de las dinámicas grupales, aspectos como la corrupción, la poca representatividad de los políticos y la falta de alternativas repercuten también en la pérdida del interés en la política, en la medida de que esta es principalmente asociada a los políticos y al congreso (generadores de gran rechazo en la población). En ningún caso, se le visualiza como una posibilidad de organización propia: *“No hablo nunca de política, me deprime, nunca se ponen de acuerdo, se llenan los bolsillos. En el Congreso no se ponen de acuerdo. Cualquiera ahora es congresista”* (NSE A/B).

III. Tipos de subculturas políticas en Lima

Luego de haber descrito los aspectos más saltantes de la cultura política limeña y de caracterizar a los encuestados en función a su nivel de interés, abordamos el que es el objetivo principal de nuestra investigación, identificar si existen, y describir, los diferentes tipos de subculturas políticas en Lima. Luego de analizar las características existentes la pregunta es si todos los limeños son de esa manera o si existen diferencias al interior de estos patrones generales.

La situación descrita narra una gran desilusión y distancia de la población con relación al sistema político donde el mismo parece ser, en buena medida, responsable de estas actitudes. Si el funcionamiento de la democracia está vinculado, entre otros factores, a las características de la cultura política de su sociedad civil (y de sus élites pero eso es tema de otra investigación), la pregunta es qué posibilidades de construir algo alternativo existen. Si, como discute Alonso (1995), la democracia no se agota en la definición de ciertas reglas de juego institucionales sino que remite a *la misma condición de la sociedad civil* hay que indagar al interior de la misma sociedad civil qué corrientes favorecen o en cuales se puede apoyar la construcción y/o el desarrollo de una alternativa de democracia participativa. En momentos en que los sectores populares han pasado de ser actores idealizados a ser objeto de desilusión⁹, es importante identificar cuáles son sus características y qué sectores pueden ser los aliados a partir de los cuales se pueda construir una institucionalidad con mayor sustancia democrática.

Con este fin es que se ha realizado un trabajo analítico para encontrar los diferentes segmentos de cultura o subculturas políticas. Para ello, primero se ha desarrollado un análisis factorial a fin de contar con conjunto de variables más resumido que permita luego ver que personas se parecen más entre sí en función a los factores identificados.

1. Las dimensiones de la cultura política en Lima

Como paso previo a la generación de segmentos de cultura política, se utilizaron las variables presentadas anteriormente para desarrollar un análisis factorial exploratorio y así identificar las dimensiones que componen la cultura política de los ciudadanos de Lima. Se trabajó con el método de extracción de componentes principales con rotación Varimax.

Luego de varios análisis y pruebas, se optó por trabajar con once factores, los cuales explican el 59.86% de la varianza total (KMO=.75 y un X^2 de 8279.938 con 528 grados de libertad; $p < .001$). Este criterio se basa en la Prueba de Esfericidad de Bartlett, lo que permite sostener que el análisis factorial es posible.

Un aspecto a destacar es que en una primera etapa se incluyeron como variables de cultura política los valores descritos por Schwartz así como otras relacionadas con la definición

⁹ En un artículo publicado en el diario La República el 8 de abril del 2015, titulado “Cosas que están mal esta semana”, el periodista Marco Sifuentes enumera un listado de cosas que lo desilusionan terminando con las siguientes palabras: “los limeños”.

de capital social. Sin embargo, estas soluciones no permitían identificar factores que fueran conceptualmente claros y tenían además una varianza explicada menor.

A continuación, se presentan los once factores obtenidos junto con los ítems e indicadores que los conforman. El orden de presentación de los factores se hace en función a su peso en la varianza total (Ver Tabla 39). Luego, se presentan las descripciones detalladas de cada uno de estos factores y después se presentan buscando establecer una relación entre los resultados de este análisis estadístico y la propuesta inicial de Morán y Benedicto (1995) con relación a la diversidad de dimensiones que se deben tomar en cuenta al momento de hablar sobre cultura política.

Tabla 39: Análisis factorial de la cultura política

		Carga Factorial
Factor 1 Evaluación de las instituciones	Evaluación del Poder Judicial	.82
	Evaluación del Congreso	.80
	Evaluación de los Partidos Políticos	.80
	Confianza institucional	.46
	Evaluación de los funcionarios públicos	.44
Factor 2 Participación cívico/política	Participación cívica	.76
	Asociacionismo	.72
	Participación política partidaria	.68
	Frecuencia de asistencia a asociaciones	.65
Factor 3 Orientación al <i>input</i>	Interés en asuntos del <i>input</i>	.73
	Interés general en la política	.67
	Eficacia política	.61
Factor 4 Comprensión política	Conocimiento político	.65
	La actualidad política no me interesa porque me aburre y no la entiendo	-.61
	Consumo de información política	.58
	Entendimiento político	.57
Factor 5 Leyes/mano dura	En este país se necesita mano dura para gobernar	.69
	Un presidente puede hacer un buen gobierno con él al mando y un buen grupo de técnicos	.63
	La mejor medida para enfrentar la delincuencia es hacer leyes más duras	.58
	Actitudes hacia mayor intervención del Estado	.53
Factor 6 Interés político puntual	La política me interesa solo cuando afecta temas que me tocan personalmente	.86
	La política me interesa solo cuando hay elecciones	.83
Factor 7 Simpatía política partidista	Simpatía con líderes políticos	.88
	Simpatía con partidos políticos	.87
Factor 8 Tolerancia política	Actitudes hacia la participación cívica política legal	.75
	Tolerancia política	.72
	Actitudes antidemocráticas	-.49
Factor 9 Satisfacción con la democracia	Funcionamiento de la democracia	.83
	Satisfacción con la democracia	.77

		Carga Factorial
Factor 10	Me gustaría tener una manera de participar en cuestiones sociales y/o políticas, pero no sé cómo hacerlo	.75
Disposición crítica a participar	Si los partidos políticos tuvieran procesos más democráticos, sí podría pensar en participar en uno de ellos	.65
Factor 11	Interés en aspectos del <i>output</i>	.77
Orientación al <i>output</i> y temas locales	Interés en asuntos locales	.62

1. Factor 1: Evaluación de las instituciones: Identificado como el nivel de valoración y confianza que los ciudadanos le atribuyen a sus principales actores e instituciones democráticas. Este factor explica por sí solo un 12.52% de la varianza general. Los ítems que conforman esta dimensión son: las evaluaciones generales del Poder Judicial, del Congreso y de los partidos políticos; así como también la evaluación general de los funcionarios públicos y el grado de confianza que se percibe hacia las instituciones de manera general.
2. Factor 2: Participación cívico/ política: Este factor se compone por todas aquellas conductas asociadas a la participación ciudadana, tanto del tipo político partidario como de tipo únicamente social. Por sí solo, su poder explicativo es del 8.51%. Los aspectos que forman parte de esta dimensión son: la pertenencia a diversas asociaciones de la sociedad civil, la frecuencia de involucramiento en dichas asociaciones, la participación directa en partidos políticos (indicador creado a partir de 3 ítems) y la participación cívica o social dentro de la comunidad (indicador creado a partir de 7 ítems).
3. Factor 3: Orientación al *input*: En esta dimensión se concentran ítems relacionados al interés en la política y la percepción de poder influir y ser escuchado por los que gobiernan. Este factor explica el 6.55% de la varianza total. Los indicadores específicos que lo conforman son: el grado de interés general en la política, el nivel de involucramiento en asuntos del *input* (lo que ocurre en los partidos políticos y en el Congreso); así como la percepción de que se puede influir en lo que el gobierno hace y el ser escuchado por los gobernantes.
4. Factor 4: Competencia informativa: Este factor incorpora todos aquellos elementos relacionados al manejo de información política del ciudadano, desde el conocimiento que se tiene de temas políticos, el grado de exposición a medios de este tipo y nivel de comprensión de la información que se maneja. Por sí sola, esta dimensión tiene un poder explicativo del 5.29%. Los temas específicos que la conforman son: el nivel de conocimiento político (indicador creado a partir de 4 ítems), el consumo de información política (indicador creado a partir de 5 ítems que miden la exposición a medios con fines políticos) y la percepción de entendimiento político (qué tanto siente la persona que entiende de política).
5. Factor 5: Actitudes autoritarias: Esta dimensión se compone por aquellas actitudes que reflejan las diversas posiciones hacia el uso de la autoridad y la fuerza por parte de quienes gobiernan el país. Por sí solo, explica el 5.04% de la varianza

total. Los ítems que lo integran son: en este país se necesita una mano dura para gobernar, las leyes más duras son la mejor medida para enfrentar la delincuencia, un presidente solo necesita estar al mando de un buen grupo de técnicos para hacer un buen gobierno y el reclamo de una mayor intervención por parte del Estado en diferentes temas que afectan al país.

6. Factor 6: Interés político puntual: Este factor recoge el interés circunstancial por la política. Explica el 4.63% de la varianza total. Está compuesto por dos ítems: La política me interesa solo cuando hay elecciones y la política me interesa solo cuando afecta temas que me tocan personalmente.
7. Factor 7: Simpatía política partidista: En esta dimensión se agrupan tanto el nivel de simpatía hacia partidos u organizaciones políticas, como a personajes políticos específicos. Explica el 3.93% de la varianza total.
8. Factor 8: Tolerancia política: Este factor recoge aquellas actitudes relacionadas a la tolerancia frente a expresiones políticas distintas a las del encuestado. Explica por sí solo el 3.70% de la varianza total. Los temas específicos que lo conforman son: la tolerancia política (indicador creado a partir de cuatro ítems), la aceptación de que otros se involucren en actividades políticas como participar en marchas pacíficas o trabajar para un partido político (indicador creado a partir de tres ítems) y la mayor apertura hacia actitudes democráticas (indicador creado a partir de diez ítems).
9. Factor 9: Satisfacción con la democracia: En esta dimensión se incluye el grado de satisfacción con el desempeño de la democracia en nuestro país, así como la percepción de que la democracia está funcionando bien pese a todos los cuestionamientos que se le hacen. Por sí solo este factor explica el 3.36%.
10. Factor 10: Disposición crítica a participar: Dentro de esta dimensión se insertan actitudes orientadas hacia un mayor deseo de participación política o social, especialmente dentro de organizaciones políticas democráticas. Explica por sí solo el 3.25% de la varianza total. Los dos ítems que forman parte de este factor son: Me gustaría tener una manera de participar en cuestiones sociales y/o políticas, pero no sé cómo hacerlo y Si los partidos políticos tuvieran procesos más democráticos, sí podría pensar en participar en uno de ellos.
11. Factor 11: Orientación al *output* y temas locales: Este último factor explica el 3.08% de la varianza total y considera el interés específico por temas locales (las ocurrencias en el distrito y en la localidad) así como el interés en aspectos orientados al *output* (resultados específicos en temas como la salud y la educación en nuestro país).

Una forma diferente de presentar los mismos resultados sería agruparlos a partir de su relación con el modelo dimensional de Morán y Benedicto (1995), tal como se muestra en el siguiente esquema. Como ya se mencionó, los valores, que si los incluye Morán y Benedicto, no están en este modelo pero en general se han identificado diversos factores que están distribuidos en cada uno de las cuatro diferentes dimensiones que plantearon los autores citados.

- I. Individuo-ciudadano como actor**
 - 1. Creencias políticas básicas
 - Factor 8: Tolerancia política
- II. Vinculación ciudadano-política**
 - 1. Implicación política personal
 - Factor 4: Competencia informativa
 - Factor 3: Orientación al *input*
 - Factor 6: Interés político puntual
 - Factor 11: Orientación al *output* y temas locales
 - 2. Participación política
 - Factor 2: Participación cívico/ política
 - Factor 10: Disposición crítica a participar
- III. Imagen del sistema político**
 - 1. El sistema democrático
 - Factor 9: Satisfacción con la democracia
 - Factor 5: Actitudes autoritarias
 - 2. Actores e instituciones políticas democráticas
 - Factor 7: Simpatía política partidista
- IV. Los resultados de la acción institucional**
 - 1. Juicios sobre la labor del Gobierno
 - Factor 1: Evaluación de las instituciones

Como se puede apreciar, los factores están conformados solo por variables que abordan creencias o actitudes hacia la política. Son actitudes hacia uno mismo como actor político (Competencia Subjetiva, Comprensión de la política), las que abordan la relación con la política (Interés político puntual y hacia el *output*, etc.) y las creencias y actitudes hacia el sistema político (satisfacción con la democracia, actitudes hacia los partidos y hacia las instituciones del sistema). Los valores y otras variables de tipos social (confianza interpersonal, tolerancia social, actitudes hacia las normas, etc.) se retiraron porque la varianza explicada era menor cuando se incluían las mismas. Sin embargo, en algunos casos, estas variables influyen o están relacionadas con variables de cultura política y, en todo caso, permiten una mejor descripción de algunos segmentos. Pasaremos a describir los diferentes tipos de subculturas políticas identificadas. Para ello, tomaremos en cuenta los componentes de la cultura política descritos y otras variables que en el análisis bivariado muestren que nos pueden permitir diferenciar un segmento de otro aunque no sea parte de los componentes identificados como parte de la cultura política en Lima.

¿Qué diferencia a los limeños con relación a la cultura política?

De acuerdo a lo anterior, lo primero que se observa es que sí hay elementos que diferencian a unos grupos de otros y que si bien hay aspectos comunes hay grupos de personas que, con relación a la política, se parecen más a unos que a otros. Al menos en Lima, lo que encontramos es que hay aspectos que marcan distancias en las cuatro

dimensiones sugeridas por Morán y Benedicto (1995) pero no de la misma manera ni tomando el conjunto de ítems inicialmente planteados para cada dimensión. Los limeños se diferencian unos de otros con relación a ciertas actitudes políticas básicas (competencia subjetiva, comprensión de la política y actitudes autoritarias, principalmente), su vinculación con la política (el nivel de implicancia y participación) y por sus actitudes hacia la democracia y sus instituciones (su satisfacción con la democracia y las simpatías hacia los partidos y los políticos).

2. Los tipos de subculturas políticas en Lima.

Con base en las dimensiones planteadas en el análisis factorial de cultura política se realizó un análisis para identificar conglomerados a través de la técnica de K medias. Antes de describir los segmentos, nos parece pertinente detallar brevemente en qué consiste esta técnica y por qué consideramos pertinente su uso en esta investigación.

El K medias es el algoritmo de mayor uso entre los métodos de agrupamiento no jerárquicos cuando las variables son continuas y se cuenta con un número K conocido de conglomerados iniciales. A diferencia de los métodos de agrupación jerárquicos, cuyo objetivo principal es revelar de manera exploratoria el número K de grupos naturales, el algoritmo K medias ofrece procedimientos más finos para el cálculo de proximidades entre una observación y un determinado conglomerado (Ezequiel, 2005). McQueen (1972) emplea el término K medias para denotar al proceso de asignar cada individuo al conglomerado K con el centroide más próximo (a través del cálculo de distancias) de tal forma que se maximice la homogeneidad de los sujetos asignados a un mismo grupo y la heterogeneidad entre los distintos grupos. Este algoritmo, requiere de tres parámetros:

- El número de conglomerados K .
- Los centroides iniciales de cada conglomerado.
- Una medida de distancia, que sirva como criterio de agrupamiento entre un individuo y un conglomerado. La medida de distancia más utilizada (cuando las variables son continuas y no hay evidencias de sobre dispersión) es la distancia Euclídeana.

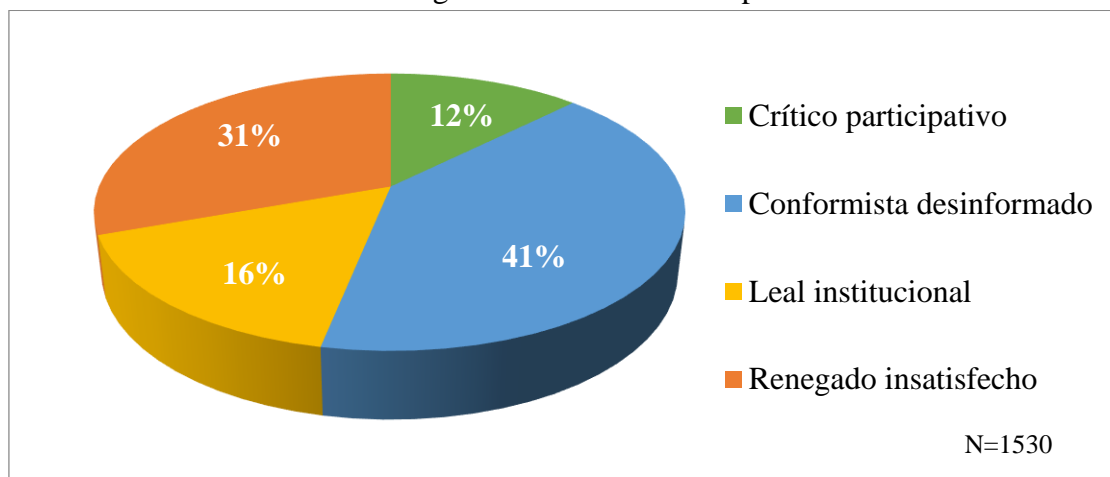
De esta manera, luego de analizar distintas alternativas de segmentación, se escogió la solución de cuatro grupos. Uno de los criterios para determinar esta cantidad de segmentos fue el alto porcentaje obtenido para la asignación de los casos a cada segmento (79%). Este número representa la probabilidad de que cada sujeto sea asignado a uno de los segmentos obtenidos. Adicionalmente, la interpretación del perfil de cada uno de los grupos fue fundamental para corroborar esta clasificación.

Tabla 40. Cargas de los factores en los diferentes tipos de subculturas políticas

Factores	Segmentos			
	1	2	3	4
Factor 1: Evaluación de las instituciones	-.18	-.04	.06	.10
Factor 2: Participación cívico/ política	1.66	-.17	-.30	-.30
Factor 3: Orientación al <i>input</i>	.02	-.19	.35	.06
Factor 4: Competencia informativa	.38	-.39	.23	.24
Factor 5: Actitudes autoritarias	.25	.17	-.21	-.22
Factor 6: Interés político puntual	-.28	-.15	-.11	.37
Factor 7: Simpatía político partidista	.02	-.40	1.68	-.36
Factor 8: Tolerancia política	.12	.28	.30	-.56
Factor 9: Satisfacción con la democracia	.14	.36	.00	-.53
Factor 10: Disposición crítica a participar	.68	-.41	-.14	.33
Factor 11: Interés al <i>output</i> y temas locales	-.35	.03	.05	.08

El primer grupo se denominó *crítico participativo* (n=191); el segundo *conformista desinformado* (n=621); el tercero *leal institucional* (n=250) y el cuarto *renegado insatisfecho* (n=467) (Ver Gráf. 46).

Gráf. 46. Conformación de los segmentos de subculturas políticas



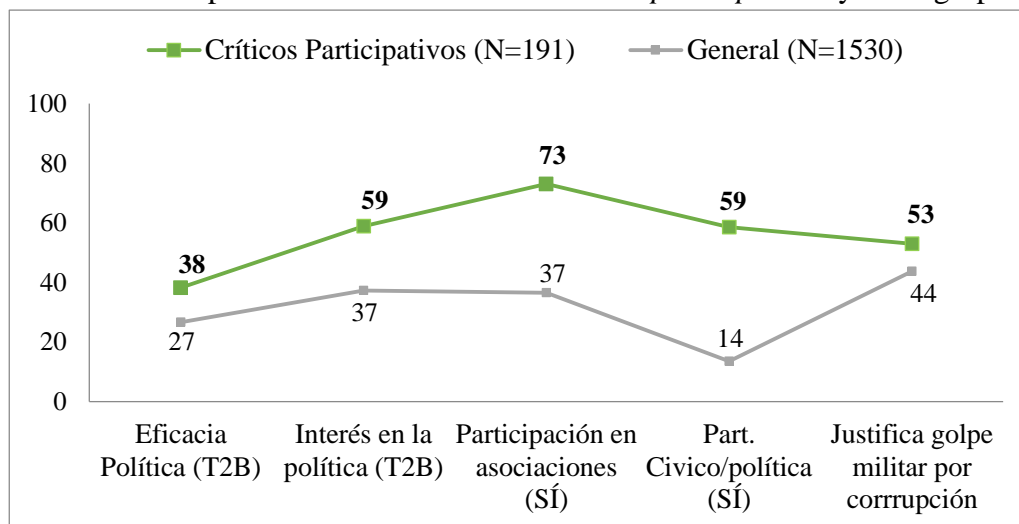
Antes de empezar a describir cada segmento nos parece importante colocar, a modo de introducción, las características generales que más diferencian unos de otros.

Los *crítico participativos*...

- La mitad de este segmento (51%) ha nacido en provincias.
- Es el segmento con mayor proporción de gente de 40 a más años (67%) y con mayor porcentaje de personas con educación superior (59%).
- Privilegia más que otros grupos la honestidad y el respeto a las normas.
- Es el que tiene mayor interés en la política y siente que tiene mayor entendimiento de asuntos políticos. Sin embargo, tiene una actitud crítica hacia los partidos y los políticos.

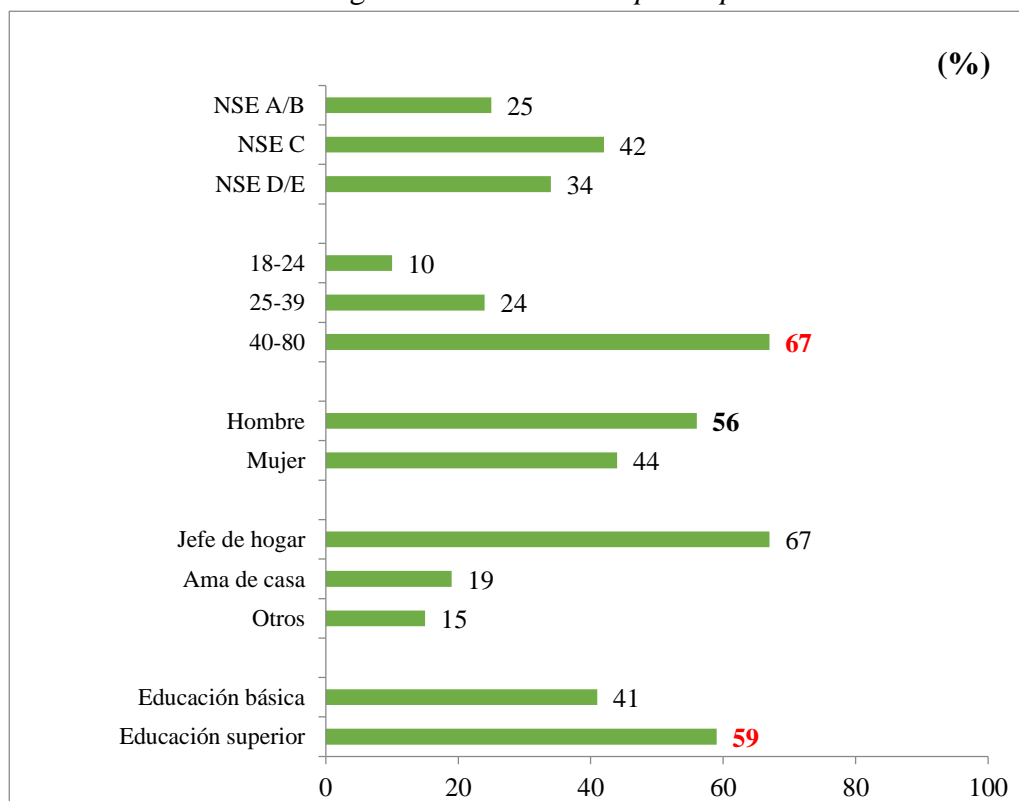
- Es el segmento más participativo de todos, especialmente en asociaciones civiles. Su percepción de Eficacia Política es mayor que en los otros grupos.
- Prefiere líderes con mano dura, aprueba que se utilicen leyes más duras para enfrentar la delincuencia. Prefiere un régimen donde el Presidente tenga más poder y puede llegar a justificar un golpe militar para combatir la corrupción.

Gráf. 47. Principales diferencias entre los *críticos participativos* y otros grupos



- Dentro de sus principales características sociodemográficas se encuentran:

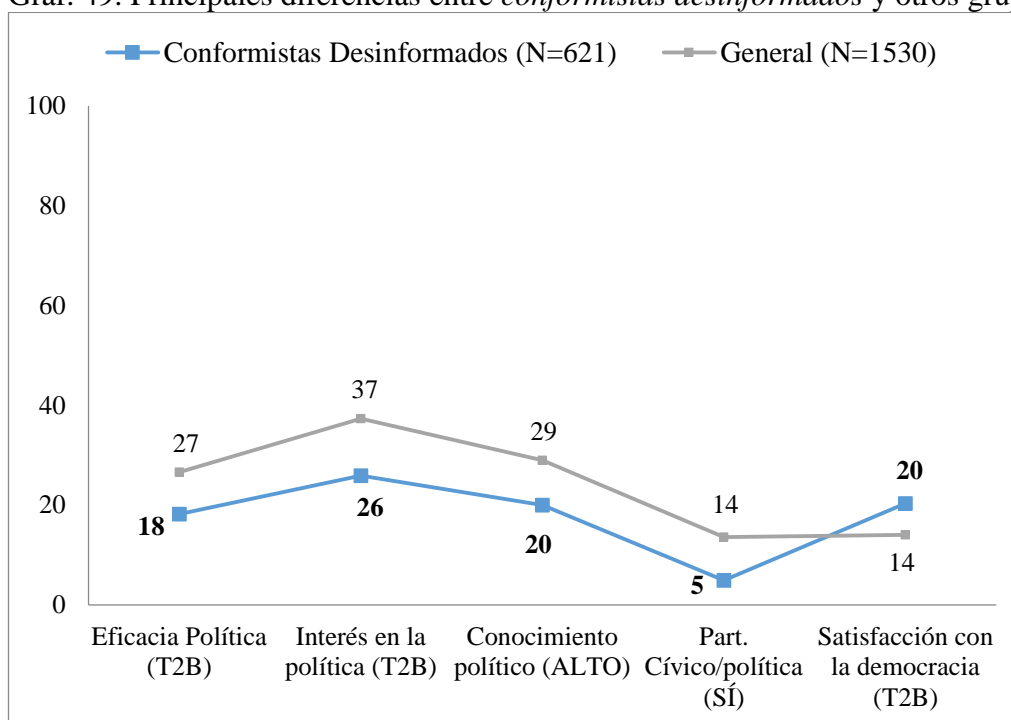
Gráf. 48. Perfil sociodemográfico de los *críticos participativos*



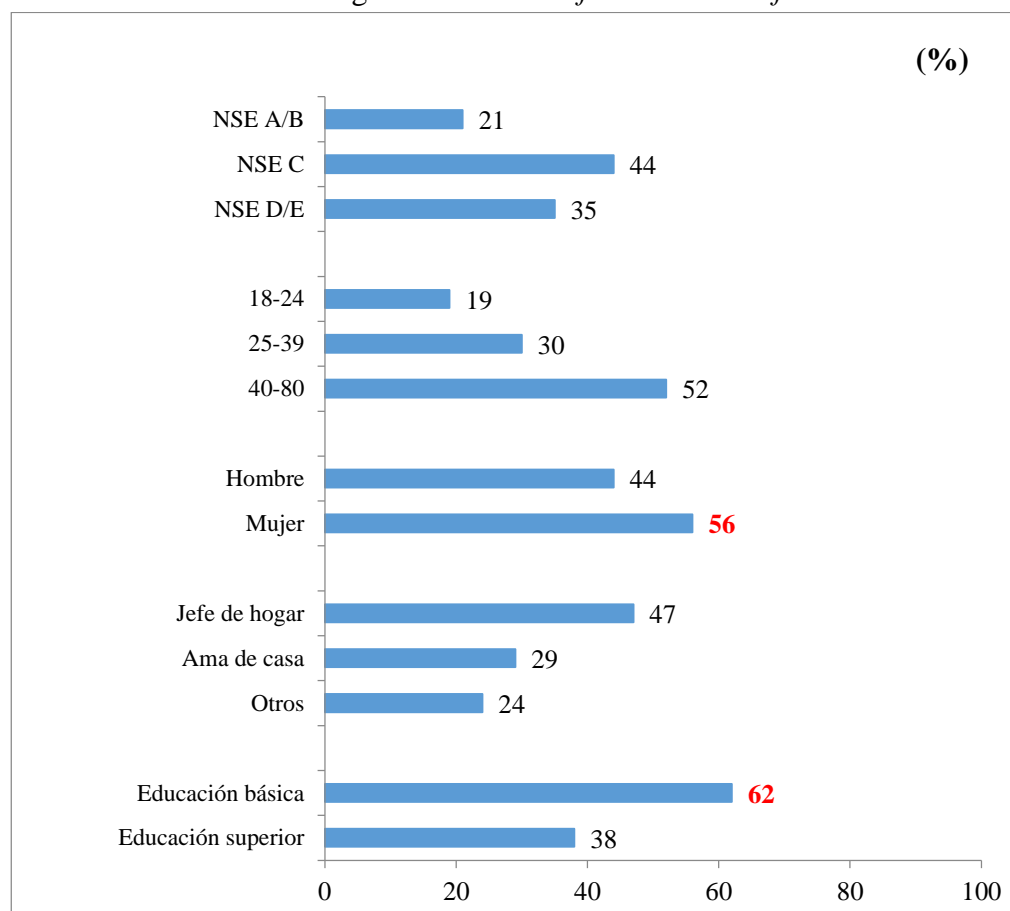
Los conformistas desinformados...

- Dentro de este grupo, el 55% nació en Lima y el 45% en provincia. Es el segmento donde mayor proporción de mujeres hay (56%) y donde el porcentaje de personas con educación básica es mayor (62%)
- Se caracteriza por su muy bajo interés en temas políticos: no se informa y, por ende, tampoco conoce mucho de estos temas ni está interesado en participar en asuntos cívicos o políticos.
- Es el segmento que mejor se puede clasificar como apático, en el sentido clásico de Almond y Verba y que Finifter (1970) denominó de Impotencia Política o Carencia de Sentido Político. Con esto daba cuenta de las personas que sienten que la política es algo ajeno a ellos, que ocurre más allá de su existencia, por un lado, o de las personas que sienten que no entienden nada de política, que es algo confuso y complejo para ellos.
- Como bien señalaba Lane con relación a este tipo de personas, evalúa positivamente a las instituciones políticas y el más satisfecho con el estado de la democracia actual porque finalmente no le interesa, no es asunto suyo y no demanda nada. En ese sentido, esta valoración dista de ser una evaluación minuciosa: las personas de este segmento se conforman con el estado actual de la situación política, no se cuestionan las decisiones políticas porque no les interesa mientras no les afecte en su vida cotidiana. Tampoco sienten que a los gobernantes les importe su opinión

Gráf. 49. Principales diferencias entre *conformistas desinformados* y otros grupos



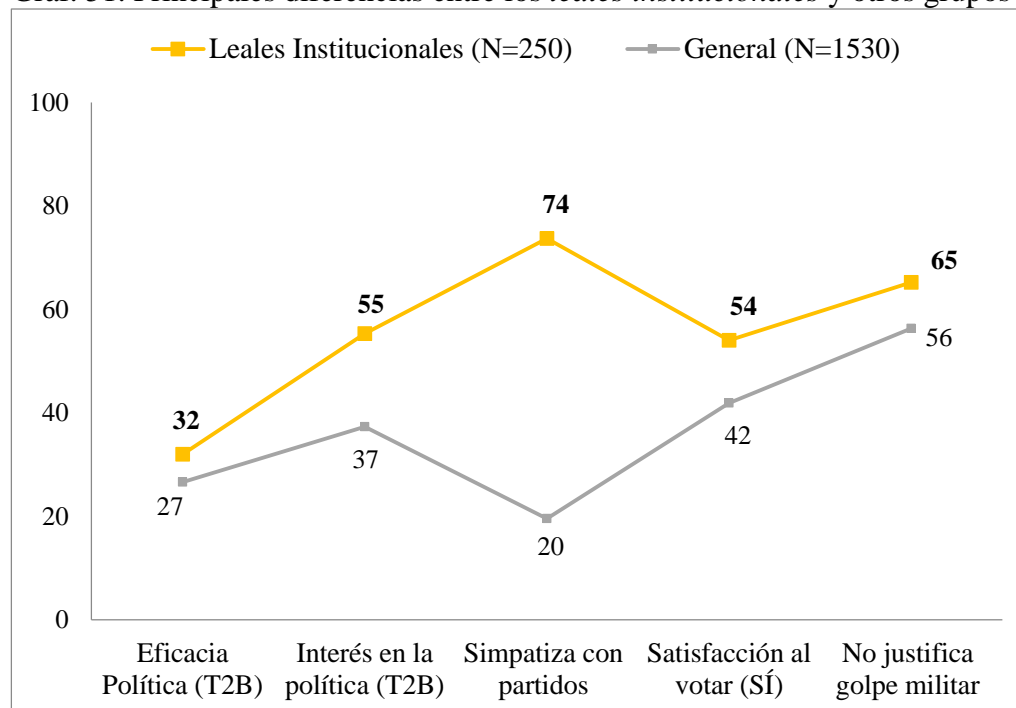
Gráf. 50. Perfil sociodemográfico de los *conformistas desinformados*



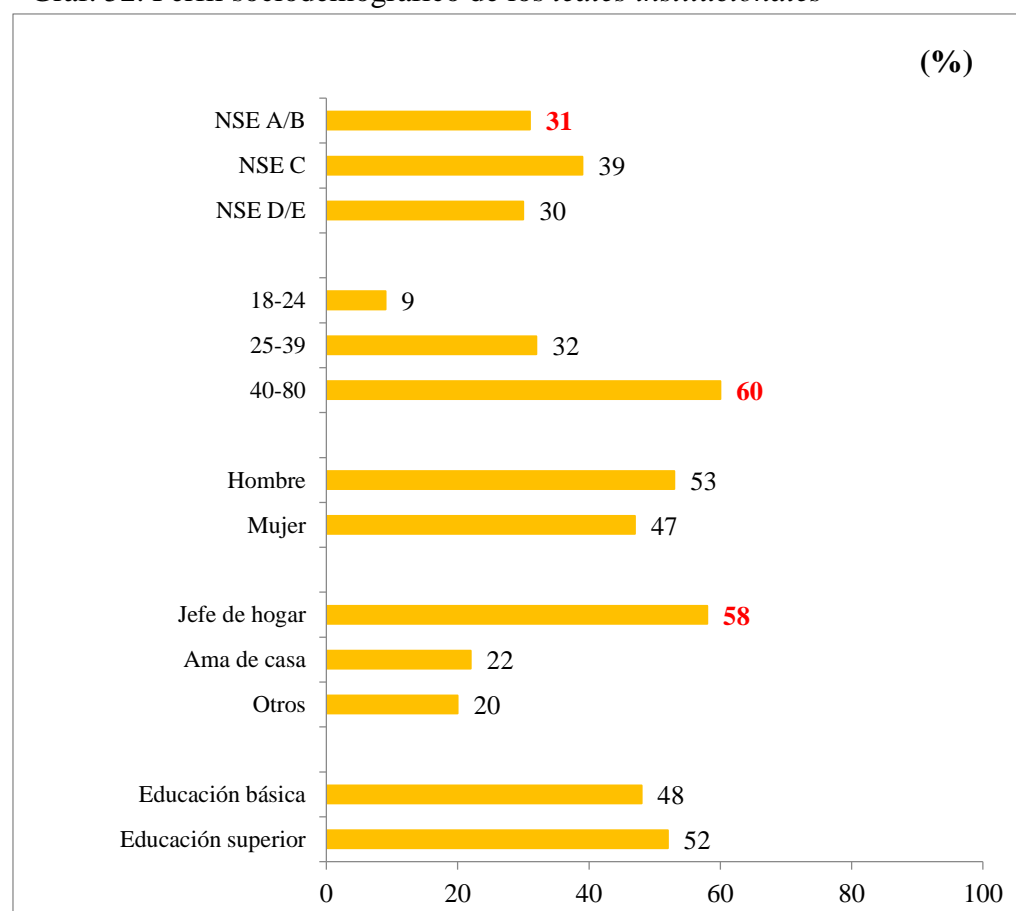
Los leales institucionales....

- Es uno de los dos segmentos con mayor presencia de ciudadanos nacidos en Lima (60%) y donde el segmento A/B es mayor (31%). Junto al *crítico participativo* es donde hay más jefes de hogar.
- Son los mayores defensores de la democracia institucional, los que más simpatizan con partidos y líderes políticos y quienes más rechazan un golpe militar o comportamientos presidencialistas.
- En comparación a los otros grupos, hay una mayor proporción que considera que las soluciones pasan por los partidos y las instituciones como el Congreso o el Poder Judicial.
- Cuando votan lo hacen con mayor satisfacción que otros segmentos, lo entienden como un acto de civismo.
- Entienden de política, se informan y, en comparación a los demás, tienen una mayor percepción de posibilidad de influencia política. No participan en organizaciones ni en política pero se muestran favorables a la participación de los demás.

Gráf. 51. Principales diferencias entre los *leales institucionales* y otros grupos



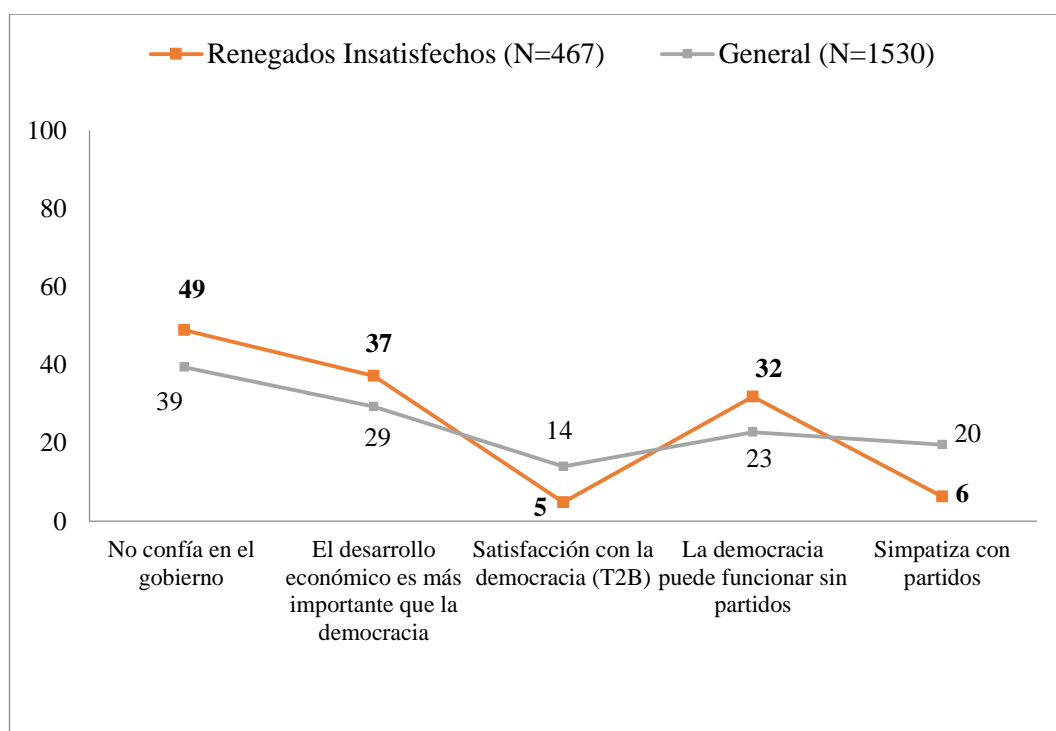
Gráf. 52. Perfil sociodemográfico de los *leales institucionales*



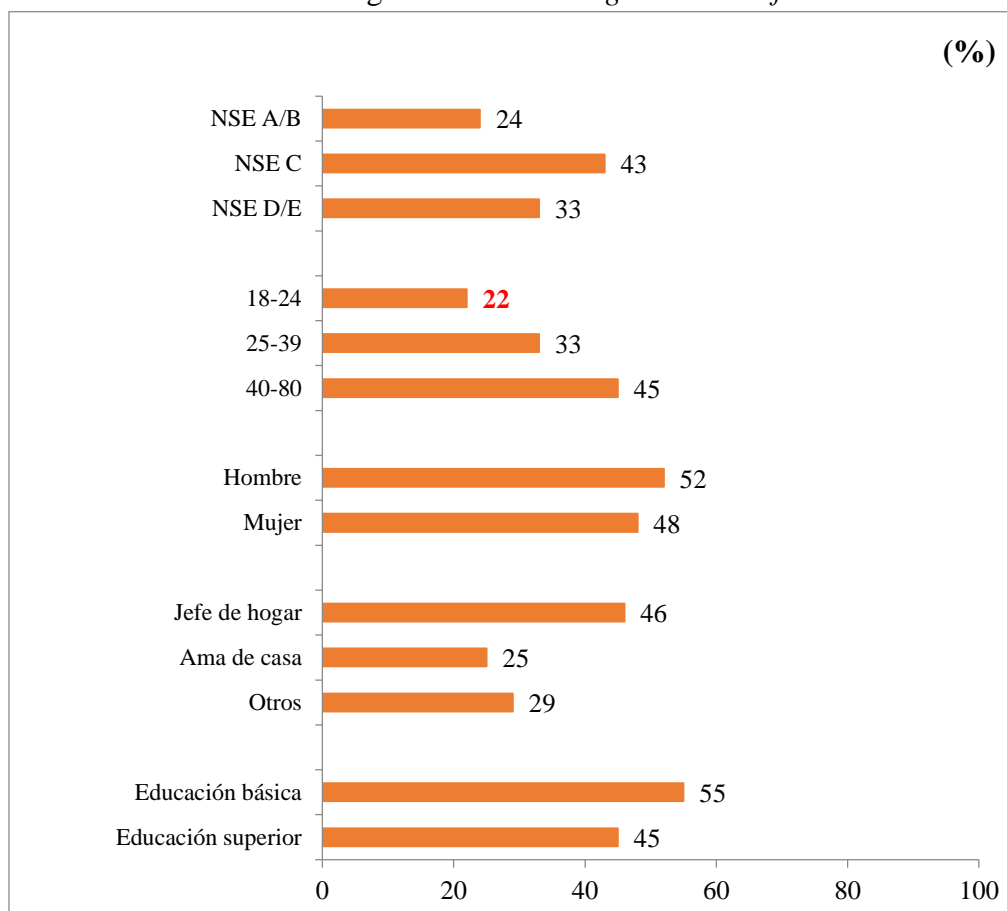
Los *renegados insatisfechos*...

- Al igual que los *leales institucionales*, tiene una mayor presencia de limeños que de provincianos: 60% nació en Lima y el 40% en el interior.
- Junto con el Conformista Desinformado, es donde mayor proporción de jóvenes entre 18 a 24 años hay (22%).
- De todos los grupos, es el que emocionalmente expresa mayor inconformidad con el curso que tiene la política en nuestro país. Está insatisfecho con la democracia actual, con la clase política, los partidos y con las instituciones del sistema político. Es distante pero no indiferente.
- Es más individualista que los otros grupos y el menos tolerante en política. Cree poco en la participación política convencional y tampoco tiene mayores expectativas hacia las manifestaciones u actos de protesta.
- Desconfía y es tal su descontento que podría optar por salidas autoritarias que mejoren su percepción de la justicia en nuestro país y la frustración que esta le genera. La política, y todo lo que ella implica, le genera odios y resentimientos.
- Es el “alienado” que Almond y Verba describen en La Cultura Cívica (1970) o el que expresa el sentimiento de Aislamiento Político descrito por Finifter (1970).

Gráf. 53. Principales diferencias entre los *renegados insatisfechos* y otros grupos



Gráf. 54. Perfil sociodemográfico de los *renegados insatisfechos*



¿Qué hay en común a todos los segmentos?

Sin ánimo de hacer un resumen exhaustivo de los hallazgos en el conjunto de la muestra, nos parece que es importante hacer una breve síntesis de los aspectos donde no hay mayores diferencias ya que los segmentos van a ser descritos en función, principalmente, del contraste entre unos y otros. En varios casos se toma como significativo un porcentaje que puede ser bajo (9% de los *críticos participativos* valoran alcanzar un estatus social más alto) pero que su presencia en el conglomerado es estadísticamente significativamente mayor que en el resto (4% para el total de la muestra). Esto quiere decir que si bien la mayoría de ese segmento no tiene esta característica, la probabilidad de que esta característica aparezca en este segmento es mayor que en otros. En otros casos es al revés, aspectos como la confianza interpersonal son importantes para entender la cultura política limeña (así como su bajo capital social) pero la misma es muy baja en todos los segmentos y no hay diferencia entre ellos.

Con relación a los valores, en general no hay mayores diferencias por segmentos de cultura política (aunque si las hay por lugar de nacimiento, edad y género). En términos de Schwartz, la Autodirección es un valor compartido así como los valores Tradicionales

mencionados por Inglehart. Como ya se indicó, el capital social es bajo en general: la desconfianza interpersonal es muy alta, la percepción de respeto a las normas también y la participación en asociaciones cívicas es muy baja. Alienta que la gran mayoría considere que la sociedad requiere reformas (78%). Con relación a las creencias políticas básicas, la gran mayoría se percibe de Centro (70%). Hay diferencias con relación a la percepción de eficacia política pero nos parece relevante mencionar que la misma es bastante baja. Si se toma la percepción de capacidad de influencia en el gobierno como medida de eficacia política interna, se tiene que solo el 27% (T2B) cree esto. Si tomamos como indicador de eficacia política externa la percepción del interés de las autoridades por lo que piensa la gente, solo un 20% (T2B) cree esto. Si se revisan los aspectos de la vinculación con la política, el interés en la misma es otro aspecto que sí diferencia entre segmentos pero que, de nuevo, el punto de partida es muy bajo, 63% tiene poco o ningún interés en ella y el consumo de medios con este fin es bajo (19%). La participación cívica y partidaria marca diferencias pero como ya se mostró, los niveles generales también son muy bajos: solo un 20% tiene simpatía por algún partido y 14% ha participado o participa en alguna actividad cívico-política. Con relación a las actitudes hacia la democracia, la mayoría la conceptualiza como el cumplimiento de las leyes, el respeto de derechos y la igualdad. Esto contrasta con un importante 62% que considera que en Lima la gente no es igual ante la ley. Probablemente esto explique los bajos niveles de satisfacción con la democracia (14%). La satisfacción y confianza en el ejecutivo, Poder Judicial, Congreso, partidos y líderes políticos es muy baja. Sin embargo, a pesar de esta frustración, para un 75% la democracia es preferible a otra forma de gobierno. Probablemente sea este sentimiento de lealtad espuria lo que lleve a que un 72% considere que en democracia se necesita una mano dura para gobernar. Como se conversó en las dinámicas grupales, se quiere una suerte de justiciero que con disciplina y firmeza, sin importar mucho los medios, haga funcionar las instituciones.

A continuación se presentan las descripciones de cada uno de los perfiles encontrados:

2.1. Los críticos participativos (12%)

Hemos imaginado un personaje que resume nuestra imagen del *crítico participativo*

Ricardo es un padre de familia de 58 años. Nació en Ayacucho (una ciudad de la sierra del Perú) pero vino desde muy joven a la capital en busca de un futuro mejor. En Lima conoció a Gladys, la que hoy es su esposa y madre de sus 3 hijos: Juan de 28, Milagros de 23 y Tomás de 15. Ricardo tiene una pequeña imprenta que formó hace varios años, pero empezó como vendedor ambulante. Afirma que siempre ha tenido visión para los negocios, por eso estudió Administración de Empresas en un instituto de manera paralela al trabajo.

Siempre lee los periódicos y ve los noticieros políticos locales. Su sueño es llegar a ser alcalde o tener un cargo dentro de la municipalidad de Los Olivos (Lima Norte), su distrito desde hace varios años. De joven militó en un partido de izquierda pero hoy ha tomado distancia y está decepcionado de los partidos. Siempre tiene una opinión crítica

sobre la situación del país y cree que se necesita alguien que ponga orden y firmeza para sacar adelante las cosas. Ricardo es muy conocido en su barrio por sus cualidades de orador, por eso siempre lo eligen como uno de los voceros de los vecinos cuando tienen reuniones de la comunidad, a las que asiste con regularidad. Siempre está participando en las juntas de vecinos o en las polladas para sacar fondos y así ayudar a los amigos del barrio.

Para Ricardo siempre ha sido importante ser reconocido por sus vecinos, por sus familiares y por sus amigos. Ha trabajado duro para sacar adelante a su familia y darles una buena educación a sus hijos. Confiesa que como padre a veces ha sido bastante duro con sus hijos, pero es un fiel convencido de que la disciplina es básica en la crianza de los niños. Dice que sus padres siempre fueron estrictos con él y es gracias a esa exigencia que él ha logrado muchas cosas, pese a las adversidades que ha tenido que enfrentar desde muy joven.

a) Su perfil sociodemográfico

Representa el segmento donde hay una mayor proporción de hombres (56%) que mujeres (44%). Al igual que los *conformistas desinformados*, cuentan con una mayor proporción de personas de nivel socioeconómico E (11% versus 8% del total). También es el que congrega la mayor cantidad de personas nacidas en el interior (51% vs 43% del total de la muestra).

Junto con los *leales institucionales*, es el segmento donde hay una mayor presencia de jefes de hogar (67%). Además, es un segmento adulto: 67% tiene más de 40 años (14 puntos por encima del total general para este rango de edad). Además, junto con los *leales institucionales*, es el segmento donde hay más personas con estudios superiores completos (59%).

Está conformado mayormente por ciudadanos que trabajan (8 de cada 10 forman parte de la población económicamente activa). Adicionalmente, 40% trabajan de manera independiente (de manera profesional o no), porcentaje mucho mayor al de los otros segmentos. Se muestra más abierto a nuevas experiencias y a participar en asociaciones, se inclina por asumir posiciones de liderazgo en su vida profesional, pues no dependen de una empresa: ellos solos buscan generar sus propios ingresos.

b) Sus valores y actitudes sociales

Valores

Es un segmento donde hay una serie de valores que lo diferencian con claridad de otros. Para este contraste, se toman en cuenta los valores extremos de una escala de 6 puntos. La honestidad y la sinceridad son muy importantes para este segmento (51%). Otro aspecto que valoran mucho y que de alguna manera está relacionado a lo anterior es que consideran muy importante comportarse siempre correctamente. Evitan, mucho más que

otros segmentos, cualquier cosa que se pueda juzgar como incorrecta (27%). Se les podría describir como personas estrictas consigo mismas y con los demás. Se comprometen con lo que hacen: casi la mitad del segmento destaca la perseverancia como una de las cualidades más importantes a transmitir en los niños.

Además, son personas orientadas a su entorno social inmediato, gustan de ayudar a la gente que le rodea (36%) y les importa más que a otros el cuidado del medio ambiente (33%). En términos de Schwartz, sobresalen por sus mayores niveles de Universalismo (30%). Como vamos a ver adelante, son quienes más participan en asociaciones locales.

A pesar de su aparente rigidez, tiene una fuerte necesidad de Estimulación versus el resto de segmentos (16%). Con relación a los otros grupos son personas con mayor apertura a nuevas experiencias (20%) y búsqueda de nuevas emociones (12%), son personas inquietas. Esto podría estar relacionado con la gran actividad que despliega en su participación en diversas organizaciones de base. Otro aspecto importante, y que como veremos más adelante se relaciona con ciertas actitudes políticas, es que valoran mucho el papel de un Estado fuerte y protector del ciudadano (30%). Esto se relaciona con la búsqueda de Seguridad en el entorno (32%), por encima de otros segmentos.

De acuerdo con las dimensiones planteadas por Inglehart, este segmento tiene una mayor orientación que otros hacia valores autoexpresivos (55%) que de sobrevivencia (45%). De hecho, es el segmento con los valores de sobrevivencia más bajos y el único donde los valores autoexpresivos son más altos que los de sobrevivencia. Es decir, valoran la capacidad de expresar las propias opiniones y participar con libertad en la política social del país así como desarrollarse como personas. Más adelante veremos como este grupo es precisamente el más participativo de todos, tanto en organizaciones de la sociedad civil como en aquellas de tipo político partidario.

Percepción de discriminación/racismo

Este es el segmento que más se ha sentido discriminado (56% ha sido víctima de discriminación), principalmente por ser provinciano (23%) y por su nivel socioeconómico (28%). Recordemos que este segmento es el que congrega una mayor cantidad de personas nacidas en el interior del país. Además, un porcentaje importante (22%) se ha sentido discriminado por su color de piel y algunos también por sus creencias políticas (12%). Como se verá más adelante, es un segmento donde la búsqueda de justicia es una constante llegando a mostrarse favorable con un régimen que no llegue al poder por las urnas siempre y cuando logre la justicia.

Percepción de incumplimiento de las normas

Como ya se señaló, comportarse correctamente representa para ellos un valor importante. Son más respetuosos de la norma y sus expectativas frente al cumplimiento de la misma también son mayores que en otros grupos. En su opinión, dentro de las conductas que más se incumplen, figura el sacar la basura a la calle en cualquier momento del día, si el camión que la recoge no tiene un horario fijo (68%). Probablemente sea por esta percepción de falta de cumplimiento con las normas de convivencia que, junto con los

renegados insatisfechos es donde hay mayor proporción de gente que considera que se necesitan cambios radicales en la sociedad (17% vs 13% del total).

c) Sus sistemas de creencias políticas nucleares

Autopercepción ideológica

Con respecto a su autopercepción ideológica, si bien la mayoría se califica de centro (60%), este es el segmento que congrega un mayor número de gente de izquierda (16%), postura ideológica que por lo general se asocia con la permanente lucha por el cumplimiento de derechos y el sentido de la igualdad. Precisamente para estos ciudadanos, ser de izquierda es básicamente querer una sociedad más justa para todos (53%).

Tolerancia política

Al igual que el segmento de *leales institucionales*, se caracterizan por ser tolerantes en materia política. Es interesante resaltar que esta tolerancia se hace notoria principalmente en comportamientos como aceptar que personas opositoras al gobierno se postulen a cargos públicos (64%) o que estas personas salgan en televisión para dar un discurso (65%). Sin embargo, estas diferencias con los segmentos de *conformistas desinformados* y de *renegados insatisfechos*, se reducen frente a situaciones menos controversiales como el permitir que estas personas ejerzan su derecho al voto o participen en manifestaciones pacíficas. En el caso de estos últimos contextos solo el segmento de *renegados insatisfechos* se muestra menos tolerante.

Eficacia política

Comparativamente hablando y dentro de una percepción generalizada de pocas posibilidades de influencia en la política en el total de la muestra (27%), es el segmento que cuenta con una mayor percepción de eficacia política: 38% cree que puede realmente influir en lo que el gobierno hace. Además, la tercera parte del grupo no cree que votar sea la única forma que tienen de expresar sus opiniones sobre el gobierno. Sin embargo, solo un 24% cree que los gobernantes están interesados por lo que pasa con la gente. Más de la mitad del grupo (54%) cree que a los gobernantes no les interesa lo que piensa la gente como ellos. Este descontento es menor que en el caso de los *conformistas desinformados*, pero continúa siendo alto. Esto quiere decir que por un lado cree más que otros que es capaz de influir en las decisiones del gobierno (competencia subjetiva) pero a la vez un alto porcentaje considera que a la gente en el poder no le interesa su valorable punto de vista. Es el segmento donde hay una mayor distancia entre su percepción de Eficacia Interna (autopercepción de capacidad de influir) y Eficacia Externa (percepción de interés de los gobernantes).

d) Su vinculación con la política

Implicancia política

Interés en la política

Se destacan por ser el segmento más interesado en la política (59%), al igual que los *leales institucionales*. Se trata de un interés permanente, 62% rechaza que se trate de un interés limitado a época electoral. Dentro de los aspectos que más les interesan en la política, se destaca su preocupación por lo que ocurre en instancias del *input* (Congreso, 53%) y los asuntos de la localidad (lo que ocurre en su vecindario, 63%). Dada la relación vista entre interés y eficacia política, podemos ver cómo este segmento combina ambas cualidades que derivan en un mayor involucramiento en actividades locales pues, como se verá luego, es el segmento que más participa en organizaciones de base.

Conocimiento de asuntos políticos

Este sentido de autoeficacia e interés se acompaña de un mayor manejo de temas políticos y de actualidad. Al igual que el segmento de *leales institucionales*, 40% de ellos demuestra un alto nivel de conocimiento, mientras 29% conoce de estos temas en un término medio. Es decir, 7 de cada 10 *críticos participativos* se muestran conocedores de asuntos políticos.

Consumo de medios

Dado que se trata de un ciudadano informado, es esperable que cuente con un mayor consumo de información política, a diferencia del resto de segmentos. Por ejemplo, 52% señala que mira noticias sobre política, con una frecuencia de siempre o casi siempre. 38% lee noticias sobre política en los diarios con esta misma frecuencia, al igual que los *leales institucionales*. Las conversaciones con amigos o familiares sobre política conforman otra de sus principales fuentes de información (35%). También es el segmento que escucha más noticias sobre política por la radio (32%) y el que ve más noticias también sobre política por internet (21%). Se trata pues de un consumidor que diversifica el uso que hace de los medios de comunicación para informarse de los asuntos ciudadanos.

En términos de los factores identificados, es el segmento donde el factor de Competencia Informativa carga más (0.38). Esto quiere decir que es un grupo donde el nivel de consumo de información a través de diversos medios, el manejo de información y capacidad de comprensión de los mismos es mayor que en otros grupos.

Participación política y cívica

Participación cívica

Como ya se ha mencionado, este es el segmento más participativo tanto en organizaciones sociales como en asuntos cívico/políticos. Casi la mitad (46%) ha tenido la experiencia de juntarse con otros conocidos o gente de su barrio para solucionar problemas compartidos (versus un 15% del total de la muestra).

Son las personas que más participan en asociaciones de base (73%, el doble que el resto de la muestra) y un 60% lo hace de manera activa. El 46% asiste con una frecuencia de una vez al mes o más a una organización. Donde más participa es en Juntas Vecinales, Vaso de Leche, comedores populares, grupos parroquiales y asociaciones deportivas. Un 11% de este segmento ha sido o es dirigente en su organización, casi tres veces más que el 4% que ha tenido esta experiencia en el conjunto de la población.

Si se divide a la población entre aquellos que participan en acciones cívicas a un nivel bajo, medio y alto, (escriben a medios, participan en marchas, reuniones vecinales, realizan petitorios, avisan a las autoridades de problemas locales, etc.), en este segmento es donde hay una mayor proporción de personas con una participación cívica alta (48%) versus el total de la población donde solo un 7% es activo a este nivel. Por ejemplo, un 42% dice haber participado firmando una petición. Es un ciudadano que se muestra comprometido y activo con relación a su entorno. En este segmento también se observa una mayor cultura de denuncia: 77% alguna vez ha avisado a la policía o a un juzgado frente a un problema local, porcentaje mucho mayor al de los otros segmentos. Otro indicador es que un 63% ha participado alguna vez en una marcha autorizada.

Participación política

Todos estos comportamientos dan cuenta de un alto compromiso con su comunidad: se trata de un ciudadano que se preocupa por los demás y por tener una mejor sociedad. Esto puede ser un motivo por el cual incursiona más que otros segmentos en la esfera política. Así, el 59% en este grupo se ha involucrado en política en algún momento de su vida (versus el 14% del total de encuestados). Esto lo ha hecho participado en mítines, reuniones políticas o trabajo para candidatos. Por ejemplo, 77% ha asistido a un mitin por lo menos una vez en su vida y 67% ha asistido a reuniones de discusión política alguna vez. En menor medida, casi la mitad del segmento (49%) ha trabajado en algún momento para un candidato y/o partido político durante campañas electorales. Sin embargo, un 44% dice que le gustaría tener una manera de participar en cuestiones sociales y/o políticas, pero no sabe cómo hacerlo. No siempre las instituciones políticas canalizan su búsqueda de participación.

En un ciudadano claramente insatisfecho y urgido de cambios. Una de sus principales motivaciones para incursionar en política (quienes aún no lo hacen) es la posibilidad de ser un gestor de cambios (80%): no solo dentro de su vecindario (62%), sino también dentro de la sociedad en sí misma (54%).

Es el segmento donde el factor *Disposición crítica a participar* carga con mayor fuerza. Esto quiere decir que son personas que les gustaría participar más en acciones sociales o políticas pero no saben cómo hacerlo y consideran que si los partidos tuviesen procesos más democráticos ellos participarían con mayor frecuencia. Son personas que ya participan pero lo podrían hacer más si encontraran adecuados canales institucionales, cosas que hoy no perciben tener.

Cuando se trata de los sentimientos que le generan el ir a votar, 56% señala sentir satisfacción por cumplir con su deber cívico, cifra similar a la del segmento Leal Institucional. Aún así también hay un grupo importante (35%) que declara votar únicamente para evitar las multas y porque es su deber.

Esta descripción tiene algunos aspectos en común con el perfil del ciudadano cívico planteado por Almond y Verba (1970), quienes destacaban su rol activo junto con otras personas de la sociedad civil (cooperación cívica) y su mayor percepción de influencia en los asuntos locales (competencia subjetiva). Sin embargo, si bien el *crítico participativo* comparte estas características con el ciudadano cívico, la imagen que tiene de la democracia actual es mala y no termina de conciliar su civismo con sistema político actual. Para él, el modelo necesita de reformas profundas, de lo contrario son válidos los intentos de quiebre del sistema que se puedan generar.

e) Creencias y actitudes hacia el sistema político

Actitudes hacia la democracia

Su nivel de satisfacción con la democracia es bastante bajo (19%), pero es relativamente superior al promedio general (14%). En todo caso, está menos descontento con la democracia actual que los *leales institucionales* o que los *renegados insatisfechos*. A pesar de ello, más de la mitad en este grupo cree que la democracia, con todos los problemas que tiene, todavía es un sistema que funciona (56%), un 75% (como el resto de la muestra) considera que, a pesar de todo, este es el mejor sistema de gobierno. Como el conjunto de la muestra, son demócratas que no están satisfechos con el funcionamiento de la democracia. La diferencia con los otros segmentos son sus actitudes hacia esta situación.

Su insatisfacción se canaliza en actitudes autoritarias. Es el segmento donde el factor *Actitudes Autoritarias* carga con mayor fuerza (.25). Como se verá más adelante, no cree mucho ni en partidos ni instituciones y confía más en las personas. En ese sentido, hay una mayor proporción, en este segmento, que considera que la democracia puede funcionar a partir solo del presidente: una cuarta parte está dispuesta a darle más poder versus el 19% a nivel total. Así mismo, un 35% cree que la democracia puede funcionar sin un Congreso y 28% piensa lo mismo en el caso de los partidos políticos. Consideran que la llamada *mano dura* y leyes duras son necesarias debido a que su confianza en las instituciones políticas es baja. En particular, en este segmento, su apoyo a la *mano dura*

correlaciona significativamente con su satisfacción con los partidos (-.24), con el congreso (-.159) y con los funcionarios públicos (-.233). Adicionalmente, consideran que un Presidente puede hacer un buen gobierno con él al mando y un buen grupo de técnicos (76%). Al igual que los *renegados insatisfechos*, son un grupo que justifica el rompimiento de la democracia siempre y cuando la situación actual mejore (43% lo avala siempre y cuando se trate de un gobierno justo y 35% cree que la democracia solo tiene sentido si uno puede prosperar). Mostrando siempre una actitud presidencialista, el 41% en este grupo justifica que el Presidente vaya más allá de las leyes si el país tiene dificultades, cifra muy superior a la manifestada en otros segmentos.

Lo anterior nos habla de un ciudadano que está insatisfecho con la democracia en nuestro país y que su forma de reaccionar es que podría saltarse las leyes a cambio del beneficio de la población. Es un individuo que deposita la confianza en un líder que le transmita tranquilidad y orden: el apoyo a la llamada mano dura es alto en este grupo (79%, al igual que en los *conformistas desinformados*). Llama la atención cómo este segmento canaliza su interés en la política y su potencial de participación de manera no tan democrática. Pero dado que se trata de una persona recta que espera lo mismo del sistema, y que no ve reflejada esta rectitud en las instituciones del Estado, puede optar por un cambio en el modelo democrático.

Actitudes hacia un golpe militar

Son personas que, si bien son más presidencialistas y verticales, no apoyarían un golpe militar como solución a problemas de manejo económico o de gestión (desempleo, alza de precios, mejora de sueldos o mejora de la gestión pública). Sin embargo sí apoyan la posibilidad de un golpe militar frente a un contexto de alta delincuencia (46%) o alta corrupción (44%), muy por encima de los *conformistas desinformados* y los *leales institucionales*. Además, en proporción con los otros segmentos, tiene un mayor porcentaje de personas que cree que un gobierno autoritario por Golpe de Estado sería más capaz de resolver la baja calidad del sistema de justicia del país (9%), y principalmente, el terrorismo (26%). Como se ve, siendo una persona que valora mucho a nivel personal el cumplimiento de las normas termino apoyando salidas autoritarias cuando ve que el orden está amenazado.

Actitudes hacia partidos y políticos

La mayor parte del segmento no tiene simpatía por los partidos políticos (65%) pero, sin embargo, es el segundo segmento que más simpatiza con algún partido (35%, solo superado por los *leales institucionales*). Al igual que en la muestra general, se prefieren más a líderes que a partidos políticos. El nivel de simpatizantes en este grupo sube a 42% cuando se trata de líderes políticos. Si se toma en cuenta tanto la simpatía (o antipatía) hacia partidos y líderes a la vez, se encuentra que algo más de la mitad no simpatiza ni con líderes ni partidos (53%).

Un 44% del segmento quisiera tener una manera diferente de participar en cuestiones sociales y/o políticas, pero no sabe cómo hacerlo, tenemos que hay una brecha importante

entre el interés y las condiciones para involucrarse directamente en política. Los partidos no son una opción que canalicen estas inquietudes. Conforman el segmento que estaría más dispuesto a participar en partidos si estas contaran con procesos más democráticos (62%). Claramente, están interesados en involucrarse más en política partidaria, pero la imagen de estos grupos no ayuda a que se canalicen estas preferencias. Tiene una actitud crítica hacia los partidos pero no los rechaza, le gustaría que cambien.

Dentro del tercio de personas que dice tener simpatía por algún partido, se menciona al Partido Aprista (31%) y Fuerza Popular (Fujimorismo: 17%). En el caso de los políticos más preferidos (42% menciona simpatizar por alguno) se menciona a: Alan García (22%), Luis Castañeda (18%) y Keiko Fujimori (15%). En la última votación por alcalde de Lima casi la mitad voto por Castañeda (como todos) pero es el segmento donde se registra un mayor voto por Villarán (la candidata de izquierda). Cuando votan, se fijan más que otros grupos en las características del candidato (30% tomó en cuenta este aspecto en este segmento vs el 18% del total de la muestra). En general, son personas que le dan más peso al rol de las personas en la política. Son más presidencialistas y tienen más simpatía por los líderes que por los partidos políticos.

Otro de los aspectos más destacados dentro de este segmento es su demanda de honestidad para con los políticos. Cuando se les pregunta cuál fue la razón principal por la que eligió al candidato por el que votó durante las últimas elecciones municipales, un 30% alude a características de la persona como el ser honesto (19%) y tener una buena credibilidad política (15%); cifras superiores a segmentos como el *conformista desinformado* o el *renegado insatisfecho*. Y es que al tratarse de un ciudadano estricto consigo mismo, espera lo mismo del resto, por eso la mayor importancia que se le da a que sea un político con credibilidad.

f) Sus actitudes hacia el papel del Estado

Evaluación de las instituciones

Hasta el momento tenemos un ciudadano participativo, muy orientado a los otros, interesado en la política y conocedor de los temas de actualidad. Con una actitud crítica hacia las instituciones del sistema político y con una tendencia a resolver estos conflictos (Instituciones versus demandas ciudadanas) a través de soluciones más autoritarias o personalistas. Estas características son las que más lo distinguen, pero al igual que la gran mayoría de habitantes de la capital, están insatisfechos con la gestión gubernamental. A continuación detallaremos en estas evaluaciones.

Con respecto al Poder Judicial, 71% les da una evaluación negativa, de los cuales 34% considera que su trabajo es muy malo. En cuanto al Congreso, 65% cree que los congresistas están haciendo un mal trabajo: 33% de hecho califica su gestión como muy mala. En ambos casos, la desaprobación es significativamente mayor que en el resto de segmentos.

Le siguen los partidos políticos peruanos, con una desaprobación del 58%. Adicionalmente, cuando se indaga por los funcionarios públicos, 69% considera que estos son ineficaces en el trabajo que realizan. La imagen negativa de los principales actores del país permea en la valoración del gobierno actual. Dados los altos índices de corrupción y la falta de respeto a las leyes que caracteriza a las autoridades, esta impopularidad se intensifica en este segmento.

Como era de esperarse, la confianza que manifiestan hacia las instituciones es relativamente baja. Únicamente la Iglesia representa una institución muy confiable (78%). En proporción mayor que a otros segmentos, los partidos políticos inspiran algo más de confianza (21%) que en los segmentos de *conformistas desinformados* y *renegados insatisfechos*. Esto podría deberse a que son ciudadanos que participan en organizaciones partidarias, al menos más que en otros grupos.

Cabe destacar que el indicador de confianza en el gobierno central (Gobierno, Congreso y Poder Judicial) correlaciona de manera significativa y directa con la valoración de las principales instituciones políticas: el Presidente, el Congreso, el Poder Judicial, los funcionarios públicos y los partidos políticos (todas correlaciones medianamente fuertes, cercanas al .5). El panorama es similar cuando se contrastan estas evaluaciones de satisfacción con la confianza manifestada hacia las organizaciones partidarias: quienes mejor evalúan a las instancias del input son los que tienden a confiar más en los políticos.

Evaluación del papel del Estado

¿Cuál es el rol que debe asumir el Estado para estos ciudadanos? 80% considera que el Estado debe implementar políticas firmes para reducir la desigualdad entre ricos y pobres. Tiene sentido pues se trata de un segmento que aboga por la igualdad y el bienestar de todos. Su descontento con la gestión del gobierno actual se basa en la pobreza de estrategias por parte del Estado para reducir la desigualdad. Frente a ello, un gobierno de mano dura o un líder “justiciero” cuenta con su apoyo. Recordemos que en este grupo hay una mayor presencia de provincianos y de personas que han sido víctimas de discriminación por su origen y por su nivel socioeconómico, quienes probablemente han sufrido (o sufren) las consecuencias de la exclusión social en carne propia. Por ello demandan reformas profundas.

Sin embargo, también están a favor de una empresa privada que sea activa con la ciudadanía. Por ejemplo, 50% considera que el sector privado debería ser el principal responsable de proveer los servicios de salud (cifra por encima del promedio: 38%). La poca eficiencia de la gestión en salud pública por parte del Estado configura un factor que alienta a que la empresa privada asuma un rol de liderazgo en este tema. En materia económica, también se muestran a favor de que el mercado sea el encargado de regular los precios, más que el Estado (46%) y con más fuerza que en los otros segmentos.

En general, como se observa, es un ciudadano activo, principalmente en las organizaciones de base y crítico frente al sistema, con tendencias autoritarias y personalistas que son, principalmente, su respuesta a la percepción de que la democracia

y el conjunto de sus instituciones no está funcionando adecuadamente. Son personas interesadas y preocupadas por los asuntos públicos, y eso es importante pero no están logrando canalizar o no ven donde encausar adecuadamente sus demandas de cambio. Es probable que una propuesta que proponga un mayor orden y estrictez, basada en liderazgos personales, llame su atención. Otra posibilidad es el desarrollo de una propuesta partidaria más transparente y participativa donde pueda canalizar su búsqueda de acción pero en un entorno de respeto a las personas y a las reglas. Su valoración de la honestidad e integridad son un activo importante en una propuesta de cambio.

2.2. Los conformistas desinformados (41%)

Hemos imaginado un personaje que resume nuestra imagen del *conformista desinformado*:

Diana tiene 25 años, actualmente es ama de casa y tiene tres hijas de 6, 4 y 3 años. Está casada con Juan de 30 años, quien trabaja como supervisor de maquinarias en una empresa minera desde ya hace algunos años. Diana solo ha cursado hasta secundaria en un colegio público, se casó con Juan y tuvo a su primera hija. Al poco tiempo llegó su segundo bebé por lo que ambos decidieron que Diana se dedicó a tiempo completo a la crianza de las niñas, tomando en cuenta que el sueldo de Juan resultaba suficiente para mantener al hogar.

Diana dice que no tiene apuro por salir a trabajar o estudiar algo, que valora mucho el tiempo que les dedica a sus hijas. Además, dice estar muy atareada con las labores del hogar y el cuidado de sus hijas, que son su prioridad. Se considera una persona ahorradora, no sale mucho y no gasta más de lo necesario. En su tiempo libre, que no es mucho, aprovecha para ver alguna novela o reality. Siempre está atenta a lo que ocurre en la farándula.

No ve noticias porque siente que se deprime con tanto crimen y violación que pasan en los noticieros. Sobre la política dice no saber mucho. Si por ella fuera, los políticos deberían hacer leyes para que no se deje escapar a todos los violadores que tanto daño hacen.

No participaría en política, porque dice que para eso “hay que saber”, además, le parece una pérdida de tiempo tantas discusiones. Ella considera que tiene cosas más importantes que hacen en su casa. Su evaluación del gobierno es positiva, porque a pesar de los escándalos de corrupción y del malestar de la gente, ella siente que la economía está bien. “No excelente, pero bien”. Además, es clara en afirmar que “todos los políticos roban, pero lo importante es que al menos haga obras”.

a) Su perfil sociodemográfico

Al interior de este segmento se observa una mayor proporción de mujeres (56%) que de hombres (44%). Junto con los *críticos participativos*, cuentan con una mayor proporción

de personas de nivel socioeconómico E (10% versus 8% del total). En comparación con los otros grupos es donde se congrega una mayor proporción de amas de casa (29%) e hijos (24%). Es un segmento relativamente joven: las personas que tienen entre 18 a 39 años forman el 49%, proporción similar a los *renegados insatisfechos*. Está conformado principalmente por gente con un nivel educativo básico (máximo hasta secundaria: 62%), solo 38% tiene educación superior. Es el que tiene el menor grado de instrucción de todos los segmentos.

b) Sus valores y actitudes sociales

A diferencia del perfil anterior, los *conformistas desinformados* no se resaltan por una presencia de valores específicos, son semejantes al total de la población. Se caracterizan principalmente por su humildad y modestia, por no querer llamar la atención (69%). Se muestran más austeros que los *leales institucionales* y que los *renegados insatisfechos*. Además, una de las cualidades que más quieren transmitir en sus hijos es la obediencia (64%).

Por ser personas que valoran la humildad y modestia, no sorprende que también sean individuos mayormente orientados hacia los valores de sobrevivencia (58%) versus los autoexpresivos (42%). Es decir, su principal preocupación es que se satisfagan sus necesidades básicas y que el Estado garantice el control social y la estabilidad de precios.

c) Sus sistemas de creencias políticas nucleares

Autopercepción ideológica

Este segmento cuenta con una proporción mayor de ciudadanos que se declaran de Centro (51%). Sin embargo, su diferencial principal versus el resto de segmentos es que cuenta con un mayor número de personas que no tienen claridad para ubicarse dentro de este continuo ideológico, en donde 1 de cada 5 no se identifica con ninguna de estas posiciones políticas. Solamente el *renegado insatisfecho* cuenta con una cifra similar de ciudadanos que no tienen ninguna identificación ideológica.

Durante las dinámicas grupales se observó que el ser de centro responde más a una connotación evasiva que a una ideología real: uno es de centro porque desconfía por igual de la izquierda y de la derecha (mayormente en los estratos socioeconómicos más bajos). En otros casos, ser de centro es una posición cómoda, que permite inclinarse a cualquiera de las otras orientaciones políticas de acuerdo a la coyuntura: *A la gente de centro, cualquier ley que salga o cualquier opinión de los dos bandos que salga, le gusta*.

Ya sea por conveniencia o por desconfianza, los *conformistas desinformados* no se sienten representados ni por la izquierda ni por la derecha, pues estos conforman apenas un 7% y 22%, respectivamente. Interesante además cómo en este segmento se congrega la mayor cantidad de personas que no tienen claridad en el tema y que por ello no se auto

identifican en este continuo (NS/NP: 20%). De hecho, alrededor del 10% no sabe qué es ser de izquierda y qué es ser de derecha, proporción mayor al resto de segmentos.

Eficacia política

Conforman el grupo de ciudadanos con menor percepción de eficacia política tanto interna como externa (40 sobre un puntaje de 100, siendo 43 el promedio total). Por ejemplo, un 59% no cree que puedan realmente influir en lo que el gobierno hace. Adicionalmente, 63% no cree que a las autoridades realmente les interese lo que ellos piensan, cifra significativamente mayor al de los demás segmentos. Al igual que en la muestra general, ambos indicadores de eficacia política están directamente relacionados $r(621) = .548, p < .001$.

Cuando se les pregunta sobre otras formas de expresarse frente al gobierno, 74% cree que votar es la única forma que tienen de dar a conocer sus opiniones. Sin embargo, tampoco es un comportamiento frente al cual tenga muchas expectativas, 57% dice que vota por obligación o que es una molestia. Junto con los *renegados insatisfechos* son los que más tienen una actitud negativa hacia el voto. Como se verá más adelante, los asuntos públicos del país no le interesan, salvo que la afecten directamente.

d) Su vinculación con la política

Implicancia política

Interés en la política

Como hemos visto anteriormente, la percepción de eficacia política está relacionada directamente con el grado de interés en la misma. El desinterés por asuntos políticos es quizás el aspecto que más define a este segmento.

En los contextos donde prima la cultura de sobrevivencia, tiende a existir un bajo interés en los asuntos públicos que no les atañan a las personas directamente. Esta no sería la excepción: un contundente 74% declara tener poco o nada de interés hacia la política en general, cifra comparativamente superior a todos los segmentos y que en particular contrasta con el interés que manifiestan el *crítico participativo* y el *leal institucional* (59% y 55% de gente interesada en política, respectivamente). Su desinterés es compartido con los *renegados insatisfechos* (66%) pero en este segmento es mayor.

Alguna relación debe existir entre falta de interés y baja comprensión de los asuntos políticos que se deberían profundizar en otros estudios. Un significativo 39% considera que la política es complicada y que difícilmente puede entender de estos temas. A su vez, el 42% señala que la actualidad política no le interesa, porque le aburre y no la entiende. No está claro si la falta de interés lleva a una baja comprensión o si esta última motiva la primera.

Estas personas se interesan algo más en política cuando hay elecciones (41%) o con relación a temas de salud, educación o asuntos vecinales y distritales. En todos estos casos, el interés se eleva por encima del 80%. Claramente son personas más orientadas al *output* y a lo local. Se trata de un segmento que se interesa más por los resultados que por los procesos detrás de los mismos. Lo que no les interesa es lo que ocurre a nivel de los partidos (79% no está interesado) o el congreso (73% de desinterés). Las instancias del *input* registran un interés muy bajo, comparado con el resto de segmentos. Apenas un 5% se interesa mucho por lo que ocurre en los partidos políticos y solo un 8% por lo que ocurre en el Congreso.

Este segmento es el que menos se preocupa por la situación política del país (29%). Para ellos, la política es un ente lejano sobre el cual se tiene poca claridad. Como se verá a lo largo de la descripción, no parecen manifestar un rechazo hacia el sistema, sino más bien una actitud de indiferencia. Recordemos que este segmento representa a un importante 41% de ciudadanos en la capital. Es el segmento que más se acerca al perfil Tradicionalista descrito por Lane (1962), al Familista Amoral de Banfield (1958) o al parroquial de Almond y Verba (1970).

Conocimiento de asuntos políticos

Son los menos informados sobre temas políticos (6 en promedio sobre una escala del 1 al 10). Cuando se divide a la población entre quienes tiene un alto, intermedio o bajo conocimiento; 52% del segmento se ubica en el nivel más bajo de conocimiento político, 28% manifiesta un conocimiento intermedio y solo un 20% es conocedor activo. A modo de ejemplo, solo 25% de los *conformistas desinformados* sabía quién era el Presidente del Consejo de Ministros al momento de la encuesta.

Consumo de medios

Relacionado con su falta de interés, el *conformista desinformado* difícilmente utiliza los medios de comunicación para informarse de política (solo 10% los utiliza con esta finalidad), panorama distinto cuando se mira el uso de medios en general: un 54% de los *conformistas desinformados* utiliza los medios siempre o casi siempre, 44 puntos más que cuando se trata de política. Se construyó una escala para evaluar el consumo de medios con fines políticos y la mismas iba del 1 al 5, este segmento obtuvo un promedio de 2.1.

En ese sentido, 19% señala que nunca ve noticias sobre política en la TV, 29% nunca lee sobre política en los periódicos, 33% nunca escucha noticias sobre política por la radio y 73% nunca escucha o lee noticias sobre política vía internet. Incluso, una actividad que podría considerarse relativamente cotidiana como el conversar frecuentemente con amigos o familiares sobre política, 31% nunca la realiza. Junto con los *renegados insatisfechos*, son el segmento que menor contacto tiene con la información política.

Participación política y cívica

Participación cívica

Es el segmento que menos acercamiento tiene con los vecinos u otras personas para resolver temas de interés común, solo el 10% en este grupo se junta o se ha juntado en algún momento con otros para resolver algún tema en común o del vecindario. Es un ciudadano relativamente desconectado del resto que no sea su familia y entorno más cercano, muy diferente al perfil del *crítico participativo*. Si se divide a la población entre aquellos que participan en acciones cívicas a un nivel bajo, medio y alto (escriben a medios, participan en reuniones vecinales, etc.), en este segmento es donde hay una mayor proporción de personas con una participación cívica baja (42%).

Tampoco es un ciudadano que se involucre en actividades u organizaciones de la sociedad civil (65% no pertenece a ninguna asociación), que por lo general suele ser un paso previo o un indicador de participación política potencial. Una de las razones que podrían explicar esta falta de interés es la desconfianza percibida hacia los otros, en donde un 84% de este segmento considera que la mayoría de la gente solo se interesa en sí misma, y que no está dispuesta a ayudar.

Un dato interesante es que, dentro de aquellos que participan en organizaciones, 39% se congrega más en organizaciones de tipo funcional (comedores populares, Vaso de Leche, APAFAS, juntas vecinales, comités de vigilancia). Es decir, incluso dentro de quienes participan, existe una lógica más de sobrevivencia que de autoexpresión. Priman las organizaciones que se crean para solucionar una carencia, pero que una vez que esta está resuelta, puede dejar de funcionar. Distinto sería si encontráramos grupos que representan más bien un canal de expresión específico (grupos culturales, deportivos, religiosos).

Participación política

A diferencia de los *críticos participativos*, prácticamente la mitad en este segmento (48%) señala que vota porque es su deber y solo para evitar el pago de multas, mientras que el 9% siente que es una pérdida de tiempo. Es decir, 6 de cada 10 votan insatisfechos y principalmente por obligación. En las últimas elecciones municipales, un 23% voto en blanco, viciado o no fue a votar. Cuando vota, se fija más en la persona que ha hecho o promete hacer obras (54%), su orientación es muy pragmática.

No sorprende que sea un segmento que difícilmente participa en política partidaria o en actos políticos. El porcentaje de participación política apenas llega al 5%. Como ejemplos, se tiene que 65% señala que nunca participaría en grupos de discusión política y son quienes en mayor proporción tienen una actitud negativa hacia las protestas, 80% está en contra.

e) Sus creencias y actitudes hacia el sistema político

Actitudes hacia la democracia

Es el segmento menos insatisfecho con la democracia actual. De hecho, el porcentaje de insatisfacción es del 30%, cifra significativamente menor al conjunto de la muestra (43%). Son los que tienen una actitud menos crítica hacia la democracia. Lo que prima es una sensación de indiferencia frente al tema, pues 45% dice no estar ni satisfecho ni insatisfecho. Como ya se indicó es el denominado Tradicionalista por Lane (1959) o el parroquial de Almond y Verba (1970). Este no se siente alienado con relación al gobierno o al sistema porque no se siente parte del mismo. No esperan nada o mucho de él.

Suelen ser menos pesimistas con respecto al funcionamiento de la democracia que el resto de ciudadanos: reconocen que la democracia actual tiene problemas, pero que igual funciona (75%); resultado similar al de aquellos que señalan que la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno (78%). Por ejemplo, solo un 7% considera que la democracia puede funcionar si un Poder Judicial, cifra que se incrementa ligeramente cuando se trata del Congreso (16%) o de los partidos políticos (18%). Adicionalmente, la mitad del segmento se encuentra en desacuerdo con la frase “la democracia solo se justifica si la gente como yo puede prosperar”, proporción similar a la de los *leales institucionales*.

Sin embargo, frente a un ítem como “en este país se necesita mano dura para gobernar”, solo un 10% se muestra en desacuerdo. Es decir, 78% está a favor de una “mano dura” en el gobierno, lo que hasta cierto punto puede sonar contradictorio con lo visto anteriormente. Pero en realidad lo que existe en este segmento, al igual que en la mayoría de ciudadanos, es una necesidad de firmeza por parte de las autoridades, dados los altos índices de corrupción y de incumplimiento de las normas. Como ya se vio en el análisis general y se verá en este segmento, esta demanda de mano dura alude más a un estilo de gobierno o una forma de enfrentar lo que se percibe como desorden que un apoyo activo a un régimen autoritario.

De lo visto en las dinámicas grupales, la demanda de mano dura no se trata de una frase a favor del golpismo, sino de una demanda de orden en las instituciones, de justicia para que quienes estén en el poder ya no abusen de su posición como hasta ahora se percibe que lo vienen haciendo. En todo caso, es una zona gris donde la diferencia entre ejercicio de autoridad y autoritarismo se hace confusa. Adicionalmente, esta “mano dura” también responde a una necesidad de frenar la inseguridad ciudadana. Es el segmento que más considera que la mejor medida para enfrentar la delincuencia es hacer leyes más duras (93%). En todo caso, sí podría ser un indicador de tolerancia hacia un régimen autoritario siempre y cuando cumpla con las expectativas de lucha contra la corrupción, delincuencia y problemas similares. Es un segmento que en su mayoría rechaza la posibilidad de un golpe militar, 57% se opone a esta medida, pero un 43% lo respaldaría frente a un contexto de crisis. Aunque la mayor parte de este segmento apoya el actual sistema

político y ciertamente está conforme con su desempeño, este no representa un apoyo incondicional. Al igual que en los *críticos participativos*, el compromiso con la democracia podría romperse en situaciones de crisis económica o social, más aún si las evaluaciones de los actores e instituciones democráticas comienzan a flaquear.

Actitudes hacia partidos y políticos

Es el segmento que menos simpatiza con partidos (97%) y con líderes políticos (91%). Cuando se trata de evaluar la intención de involucrarse en partidos políticos, este segmento es el más renuente a hacerlo (50% no está interesado), incluso si estos contaran con procesos más democráticos. Tampoco se sienten bien representados por estas organizaciones (63%). Coincidentemente, en este segmento de la población se encuentran las mayores tasas (declaradas) de votos blancos/viciados (10%) y ausentismo electoral (13%) para las últimas elecciones municipales.

Considerando este último proceso electoral, es junto con el *leal institucional*, el segmento que más apoyó al alcalde Luis Castañeda Lossio (57%). En este grupo se destaca que la razón principal por la que eligieron a su candidato es porque hizo obras (54%). Dado que se trata de un grupo de ciudadanos claramente desapegado de la política, que no se informa (y que por lo mismo difícilmente revisa planes de trabajo) y con una visión negativa de los partidos políticos; su principal criterio de evaluación de los candidatos responde al llamado “obrismo” (Muñoz, 2011). En este último, se prioriza que el candidato pueda demostrar que hará más obras. En el caso de Castañeda, claramente su slogan de campaña respondía a esta necesidad: su estrategia se abocó a destacar la construcción de escaleras en los cerros, los hospitales de la solidaridad, entre otras obras realizadas durante su gestión anterior, las cuales principalmente estaban dirigidas a los sectores populares de la ciudad. Fue un discurso que se movió en la lógica de este segmento, hablando de resultados y poniendo énfasis en su impacto local.

Dentro de las dinámicas grupales se resaltaba como la realización de obras es lo más valorado en el caso de los alcaldes, no importa si en el proceso “coimean” o sacan algún tipo de beneficio. *“Finalmente todos roban. Lo importante es que hagan obras”*. Figura similar a la de Alberto Fujimori, quien es recordado con gratitud principalmente en los segmentos populares, donde destacan que ha sido el único presidente que se acordó de ellos. *Puede haber hecho cosas malas (corrupción, violación de derechos humanos) pero eliminó el terrorismo y mejoró la economía*. En este segmento se percibe una mayor añoranza de este tipo de líder político: con autoridad para vencer la delincuencia con leyes más duras. No en vano, al interior de quienes simpatizan con un partido político en este segmento, 30% respalda a Fuerza Popular (Fujimorismo) y 21% de quienes simpatizan con un líder prefieren a Keiko Fujimori (hija del ex presidente). Es el segmento más inclinado a la practicidad: Fujimori les transmite esa practicidad. Como no es una persona que le guste informarse de política ni le interesa lo que ocurra en las instituciones, le basta con que las obras se realicen y los beneficios sean tangibles: el fin justifica los medios.

f) Sus actitudes hacia el papel del Estado

Evaluación de instituciones

Al igual que el promedio general, presentan una alta desaprobación de instituciones como el Congreso (62%), el Poder Judicial (68%) y los partidos políticos (57%). Su confianza en las instituciones también es baja.

Evaluación del papel del Estado

Con respecto al rol que se le atribuye al Estado es el segmento que demanda un rol más intervencionista. Para el 84% del grupo el Estado es el principal responsable del bienestar de la gente, más que los mismos ciudadanos. Al igual que los *críticos participativos*, es uno de los que más apoya la implementación de políticas firmes por parte del Estado para reducir la desigualdad de ingresos entre los ricos y pobres (78%).

En síntesis, ser un *conformista desinformado* implica una vinculación mínima con la política (poco interés, poco uso de medios para informarse y poco conocimiento de temas políticos). Sus prioridades pasan por aspectos más básicos (cubrir necesidades como la seguridad física y material). Es por eso que sí se interesan por lo que ocurre con temas como la salud y la educación (calidad de las postas médicas o calidad de las escuelas públicas), pero se muestran indiferentes frente a los asuntos del *input*.

Que 4 de cada 10 ciudadanos en la capital sean *conformistas desinformados* es preocupante, pero también entendible. La crisis de los partidos políticos de finales de los ochentas y los escándalos de corrupción ha mermado la confianza de muchos ciudadanos, quienes ven la política como un ente lejano, o peor aún, como una forma de enriquecimiento ilícito. Pero, a diferencia de los *críticos participativos*, tampoco se animan a ir en contra de este sistema: mientras no les afecte personalmente y vean resultados, van a seguir siendo *conformistas desinformados*. Esta es la base de liderazgos personales o partidarios populistas donde lo que se respalda es la obra inmediata y local, orientada a resolver preocupaciones cotidianas de la gente. En contrapartida, como son personas que lo público no representa mucho y lo perciben como algo lejano, sobre el cual poco pueden hacer, están dispuestos a ceder condiciones con tal de recibir algo en la puerta de la casa.

2.3. Los leales institucionales (16%)

Hemos imaginado un personaje que resume nuestra imagen de los *leales institucionales*:

Javier tiene 64 años y es ingeniero industrial. Está a punto de jubilarse: los últimos 20 años trabajó en una empresa de telecomunicaciones. Vive en Miraflores, una zona residencial, junto con su esposa Anita. Sus dos hijos ya están casados y viven de manera independiente, pero siempre que pueden lo visitan.

Está entusiasmado con esta nueva etapa, pues tendrá mucho tiempo libre y quiere hacer diversas cosas. Siempre ha sido una persona activa, pero el trabajo y los hijos le demandaban buena parte de su tiempo. Se considera un buen padre: se ha preocupado mucho porque sus hijos sean personas asertivas, que digan lo que piensan y que respeten siempre el punto de vista de los otros, así sea muy distinto al de ellos.

Sobre política, siente que él podría aportar en estos temas. Se informa sobre los acontecimientos del país y ciertamente, le da pena la calidad de los políticos actuales: ya no son como antes. Espera sin embargo que los partidos mejoren y que aparezcan nuevos líderes. Simpatiza con un partido desde muy joven pero nunca se animó a participar como militante “no es para tanto” dice. Cada vez que hay elecciones, se levanta muy temprano para ir a votar. Aunque ya no tiene obligación de hacerlo, para él es importante dar a conocer su opinión. Es parte de vivir en democracia.

a) Su perfil sociodemográfico

En este grupo no solo se congrega una mayor cantidad de adultos por encima de los 40 años (60%) y de hombres (53%); sino que además este cuenta con una mayor proporción de NSE A/B (31%) que el resto de segmentos.

Al igual que los *críticos participativos*, los *leales institucionales* congregan una mayor proporción de jefes de hogar (58%) y de personas con estudios superiores (52%), lo que podría relacionarse con un mayor acceso a recursos por parte de este segmento.

Por otro lado, en este grupo también se observa una proporción mayor de jubilados o pensionistas (10%) versus el resto de segmentos y el total general (6%).

b) Sus valores y actitudes sociales

Valores

Estos ciudadanos tienden a orientarse más hacia el polo materialista (55%) que al Autoexpresivo (45%), aunque en menor medida que el segmento de Conformistas Desinformados. No se destacan por valores específicos, es un perfil más bien muy similar al promedio general. Para él es importante vivir en un entorno seguro (28%), poder tomar sus propias decisiones (28%) y se muestra a favor de la igualdad de derechos (25%).

c) Sus sistemas de creencias políticas nucleares

Autopercepción ideológica

Cuenta con un 54% de personas que se autodenominan de centro pero, a diferencia del promedio general, quienes conforman este grupo tienden a adoptar una postura ideológica, al igual que los *críticos participativos*. Un 13% se declara de izquierda (versus el 10% general) y 24% de derecha (versus el 20% general).

Eficacia política

Los *leales institucionales* cuentan con una percepción de eficacia política promedio. Por ejemplo, solo 32% cree que puede influir en lo que el gobierno hace, cifra que se incrementa considerablemente cuando se trata de una instancia más cercana como la municipalidad del distrito (42%) pero que está siempre en relación al total de la muestra. Solo se diferencia, como los demás segmentos, de los *conformistas desinformados*. Mientras tanto, 7 de cada 10 ciudadanos asumen que el voto es la única opción que tienen para hacerse escuchar frente a las autoridades (72%). Solo 24% en este grupo cree que a las autoridades gubernamentales les interesa lo que ellos piensen. En síntesis, es alguien que, como veremos más adelante, apoya a la democracia y sus instituciones pero no siente ni espera influir mucho en ella. Delega la iniciativa a las instituciones conocidas tales como partidos o líderes políticos. Lleva a recordar lo que postulaban Almond y Verba (1970) cuando describían la combinatoria de actividad y pasividad que un ciudadano cívico debería tener. En este caso, este segmento es menos activo de lo esperado por Almond pero tiene la actitud pasiva de delegar la iniciativa política a las instituciones conocidas.

Al igual que en la muestra general y que los *conformistas desinformados*, habría una relación entre la percepción de influencia en las autoridades y la percepción de que estos escuchan sus opiniones $r(250) = .595, p < .001$.

Tolerancia política

También es un ciudadano tolerante: más del 60% aprueba que personas opositoras al régimen actual postulen a cargos públicos o que salgan en televisión a dar discursos. Se trata pues de un segmento que promueve el respeto de las ideologías políticas y la libertad de elección, lo cual está alineado con su perfil demócrata.

d) Su vinculación con la política

Implicancia política

Interés en la política

Se destaca que 6 de cada 10 ciudadanos se interesen por lo que ocurre en esta materia (55% dice tener mucho o algo de interés en la política, por encima del 37% de gente con interés en el total de la población limeña). Son los más interesados junto con los *críticos participativos*. Es el segmento donde el factor de *Orientación al input* es más alto (.35). Esto último quiere decir que son personas muy atentas a lo que ocurre en el congreso y con los partidos políticos. Son los que más se interesan por lo que ocurre con los partidos (47% vs 30% del total) y están, junto con los *críticos participativos*, entre los más interesados en seguir lo que ocurre en el Congreso (50% versus 38% en el total). Lo que ocurre en el mundo del *input* les interesa más que a otros, no solo los resultados. Sin embargo, como veremos más adelante, este interés no deriva en participación política,

como si lo hace el *crítico participativo*. Más adelante se verá que no participan mucho directamente y que delegan más en las instituciones.

A diferencia de los *conformistas desinformados* y de los *renegados insatisfechos*, no se interesan en la política de manera puntual (solo 31% manifiesta que la política le interesa cuando hay elecciones). Al igual que el *crítico participativo*, cuando se trata de asuntos que ocurren en su distrito, 49% manifiesta estar muy interesado. Esta cifra se incrementa cuando se trata del propio vecindario (62% está muy interesado, versus el 54% general).

Conocimiento de asuntos públicos

Es el segundo segmento más conocedor e informado de temas políticos (76% es la tasa de acierto en este indicador), solo por debajo de los *críticos participativos*. Utiliza activamente los medios para informarse de política (26% se informa de política siempre o casi siempre), especialmente cuando se trata de mirar noticias sobre política en la TV (40%), leer noticias de este tipo en los periódicos (33%) o escucharla en la radio (27%). En menor medida, conversan con amigos y familiares sobre temas políticos (19%). En este último indicador difieren considerablemente de los *críticos participativos*, quienes concentran un 35% que conversa siempre o casi siempre de política. Su vínculo es menos emocional.

Participación política y cívica

Participación cívica

Su involucramiento en asuntos vecinales es bajo. Es una persona pasiva en términos cívicos. Por ejemplo, un 59% nunca ha asistido a reuniones vecinales del distrito y solo un 12% dice que alguna vez se ha juntado con otras personas para resolver problemas de interés del vecindario. Tampoco destaca por su participación en asociaciones de la sociedad civil, solo un 36% participa en ellas. El asociacionismo responde más a una estrategia de adaptación (recurrir a los otros para solucionar problemas), que por lo general es mayor en entornos con carencias económicas. Es posible que al ser este un segmento con una alta proporción de niveles socioeconómicos medios tradicionales y altos, la costumbre de vincularse con los otros sea mayor entre los *leales institucionales* de los niveles socioeconómicos bajos. Con ese fin se hizo un análisis para ver dentro de cada segmento el nivel de pertenencia a asociaciones según nivel socioeconómico. Lo que se encontró fue que incluso dentro de las personas de NSE D y E de los *leales institucionales* la participación en asociaciones es baja. Sigue la tendencia de todo el segmento donde solo un 36% participa en alguna asociación. Incluso el porcentaje es menor (34% en el D/E y 28% en el NSE C). Lo que llamó la atención es que el indicador de participación en asociaciones mejora cuando dentro de los *leales institucionales* solo se toma en cuenta a las personas de NSE A/B. En este nivel la gente que participa en alguna asociación se eleva a 48%.

Además de su baja participación en asuntos vecinales, tampoco es activo con relación a otros temas de interés general. Por ejemplo, el 85% nunca ha participado en marchas

autorizadas y un 73% nunca ha alertado a los medios sobre algún problema local. Así mismo, el 57% responde que nunca ha recurrido a un policía o juzgado para denunciar algún problema local.

Sin embargo, sus actitudes respecto al involucramiento de los otros en este tipo de actividades son altamente favorables. Así, un 86% está de acuerdo con la participación de otros ciudadanos en manifestaciones permitidas por ley y 88% con la formación de grupos que intenten resolver los problemas de las comunidades. Es decir, en promedio, 9 de cada 10 se muestra abierto a la participación de la población. Otra muestra de esto es que tienen una actitud positiva hacia comportamientos políticos como firmar una petición (57%) pero solo 15% ha firmado una. No participa pero tampoco se opone. Una particular versión del *laissez faire laissez passer*.

Participación política

Son ciudadanos poco involucrados en política de manera activa. Tienen un vínculo pasivo con la misma: se centran en el consumo de medios para seguir asuntos políticos y votan. Solo 14% ha participado en algún grupo de discusión política y 26% ha participado en un mitin de campaña. Pueden conversar y conocer de temas políticos, pero no llegan a ser agentes activos. Esta es una diferencia importante con relación al *crítico participativo*, que también se interesa en la política.

Los *leales institucionales* sienten principalmente satisfacción cuando votan (54%), porcentaje parecido al de los *críticos participativos* y superior al 42% de la muestra general.

En síntesis, se muestran tolerantes frente a la participación de los demás y tiene una buena actitud frente a comportamientos políticos como que la gente trabaje para un candidato (71%) o firmar una petición (57%). Igualmente, apoyan (al menos más que otros) a los partidos y líderes políticos. Sin embargo, esta actitud no se refleja en una participación activa ni a nivel cívico ni político.

e) Sus creencias y actitudes hacia el sistema político

Actitudes hacia la democracia

Tenemos un ciudadano altamente tolerante, interesado en la política pero con poca participación en este tipo de organizaciones. ¿Qué piensan de la democracia? Para este grupo, junto con los *críticos participativos*, la democracia está principalmente asociada a temas relacionados con la libertad, como la libertad de prensa (36%), la participación de la ciudadanía en decisiones importantes del gobierno (28%) o el derecho a organizarse libremente (26%). Es posible relacionar esta conceptualización de la democracia con la preocupación que muestra este segmento por la institucionalidad en nuestro país.

Son los que más defienden la presencia de instituciones como el Congreso, los partidos políticos o el Poder Judicial como parte de los balances que deben existir en la democracia. Un 75% rechaza la posibilidad de una democracia sin un Poder Judicial, 67%

descarta que una democracia pueda funcionar si un Congreso y 65% rechaza la idea de una democracia sin partidos. Adicionalmente, 62% está en contra de que el presidente, en ciertas circunstancias pueda ir más allá de las leyes. Es el más institucional, más allá de que esté insatisfecho con la performance de las instituciones.

En línea con lo anterior es el grupo donde hay un mayor porcentaje de gente que rechaza un sistema plebiscitario donde el presidente gobierne en comunicación directa con el pueblo (69%). Son los que más rechazan también la posibilidad de que tengamos un gobierno que no sea elegido por el pueblo, siempre y cuando sea justo y mejore la situación (49% lo rechaza).

Complementando este panorama, se destaca que 8 de cada 10 piense que la democracia es mejor que cualquier otro sistema de gobierno, con todos los problemas que pueda tener. En general, un 73% cree que la democracia es necesaria para lograr el desarrollo de la sociedad. El apoyo a la democracia en este segmento es uno de sus principales diferenciales, a pesar de que la cantidad de ciudadanos insatisfechos en este segmento llega a un 88%.

Actitudes hacia un golpe de Estado

Si se considera el indicador donde se evalúa si la gente, en alguna circunstancia, justificaría un golpe militar, este es el segmento donde hay un mayor rechazo a esta posibilidad, bajo cualquier circunstancia (65% vs. 56% en el total) a pesar que un 88% dice estar insatisfecho con la democracia. Es el segmento que más se opone a esta medida y no sede en ninguna circunstancia, como ocurre con el *crítico participativo*.

Actitudes hacia partidos y políticos

En este grupo hay un mayor número de simpatías políticas, 74% simpatiza con un partido político y 89% con un líder político. Es interesante ver que si se toma la gente que simpatiza con un partido, la mitad de ellos sí tiene interés en la política pero la otra mitad, simpatizando con un partido, no tiene interés en la política. Estos últimos parecieran ser personas, como las que estuvieron en las dinámicas grupales, que consideran que hoy los políticos que están en el congreso no están a la altura de las circunstancias y que los políticos de años atrás tenían mejor nivel. En estos casos el vínculo o la simpatía con el partido continúa, a pesar de haber perdido interés por lo que ocurre en el día a día de la escena pública. Son personas que tiene más bien una idea de que los partidos deberían retomar sus antiguos ideales y que hoy están en un camino equivocado. Además, aquí encontramos un porcentaje alto de personas mayores y es probable que la relación con los partidos esté en función a los que ellos conocieron años atrás.

Dentro de las organizaciones con las que más simpatizan en este segmento se encuentran el Partido Aprista Peruano (38%) y Fuerza Popular (30%). En el primer caso, se trata de un partido tradicional con años de trayectoria en la política peruana. El segundo es el partido del ex presidente Alberto Fujimori, cuya figura mediática sustenta su organización partidaria, más que una ideología en sí misma. Cuando se abordan las simpatías por líder

político, Alan García tiene una mayor preferencia (33%), seguido de Keiko Fujimori (26%) en este segmento. Cabe destacar que en las últimas elecciones, si bien la mayoría votó por Castañeda, es el segmento donde se registra un mayor voto por el candidato del APRA, Enrique Cornejo (15%).

¿Qué buscan en un líder político? No solo honestidad y honradez (60%), sino también credibilidad política (25%) y capacidad técnica (19%). Todas estas cualidades son valoradas por encima de los demás segmentos. Vemos que para este grupo de personas aspectos como la ética y los valores del candidato resultan más importantes que su capacidad para hacer obras o su firmeza de carácter, aspectos que se han señalado de manera más intensa en otros grupos.

f) Sus actitudes hacia el papel del Estado

Evaluación de instituciones

En un entorno de baja confianza hacia las instituciones, es el segmento que mayor nivel de confianza tiene frente al conjunto de instituciones ya sea que estén vinculadas al *input* (partidos, congreso, etc.) o al *output* (Poder Judicial, Policía, etc.). En el indicador que se construyó con una escala que va del 1 al 4, este segmento tiene un promedio de 2.2 en el indicador, una diferencia estadísticamente significativa frente a los otros segmentos.

En términos porcentuales y en relación con los partidos, es el segmento que más confía en estas organizaciones (22%) y en líderes políticos (36%). Incluso más que los *críticos participativos*.

Existen correlaciones significativas entre las evaluaciones de estas instancias gubernamentales. Por ejemplo, se encontró que entre los *leales institucionales*, quienes mejor evalúan la gestión del Presidente Ollanta Humala confían más en las instituciones del gobierno central $r(250)=.398$, $p<.001$. Además, en este segmento existe relación entre la satisfacción con el Congreso y su satisfacción con otras instituciones (con el Poder Judicial, $r(250)=.515$, $p<.001$; con los partidos políticos, $r(250)=.450$, $p<.001$; y con la confianza hacia todas las instituciones del Gobierno Central, $r(250)=.376$, $p<.001$). Lo mismo ocurre entre el Poder Judicial y otras instancias (con los partidos políticos, $r(250)=.384$, $p<.001$ y con la confianza hacia todas las instituciones del Gobierno Central, $r(250)=.419$, $p<.001$).

Evaluación del papel del Estado

Al igual que el ciudadano promedio, cree que el Estado debe implementar políticas para la reducción de la desigualdad (67%), aunque en menor medida que los *críticos participativos* y que los *conformistas desinformados*.

En síntesis, tenemos un segmento interesado e informado en política que apoya la vida institucional en democracia más allá de la insatisfacción que tiene hacia el funcionamiento de la misma. La dificultad es que esta insatisfacción no se expresa en

comportamiento alguno. Son personas con poco compromiso cívico y político activo fuera del consumo informativo y el voto.

2.4. Los renegados insatisfechos (31%)

Hemos imaginado un personaje que resume nuestra imagen del *renegado insatisfecho*:

Luis tiene 23 años. Es soltero y vive con sus padres, es hijo único. Trabaja en una pollería en San Juan de Miraflores, es asistente de cocina. Con lo que gana le alcanza para sus gastos, pero buena parte de su sueldo se lo da a su mamá, que es ama de casa, y a su papá que es maestro jubilado, esa situación le incomoda.

En sus ratos libres juega fulbito con sus amigos del barrio o se la pasa en Internet jugando y chateando. Le gustaría estudiar una carrera profesional, pero se le complica pues solo podría hacerlo en una universidad estatal y eso le demanda tiempo. No puede renunciar a su trabajo porque sus padres cuentan con ese ingreso para mantenerse. Esta situación le genera incomodidad, quisiera poder independizarse de sus padres o irse de viaje.

A pesar de que el país ha crecido económicamente (al menos eso le dicen siempre sus papás, que ya no hay terrorismo y que eso era peor); siente que el Estado está cada vez peor. Dice que antes le gustaba algo la política: leer los periódicos, informarse; pero que ahora esta le motiva muy poco. Sigue las noticias que le interesan o cuando se acercan las elecciones aunque no vota animado. Siente que la justicia en nuestro país solo es para los que tienen dinero o los que tienen buenos contactos. Siempre se queja de eso. Si fuera por él, haría cambios radicales. De hecho, cuando votó por Ollanta Humala a la presidencia (su primera votación), lo hizo pensando en su propuesta de inclusión social e igualdad de oportunidades. Pensó que siendo un ex militar iba a combatir la corrupción, que le parece que está en todas partes, especialmente en la política y el Poder Judicial. Se siente muy decepcionado porque ahora el Presidente apoya a la gente de “plata”: se ha vuelto de Derecha. A pesar de este rechazo hacia lo político, no deja de tener aspiraciones. Espera conseguir un mejor empleo pronto, mientras tanto, disfruta de sus amigos y de su juventud.

a) Su perfil sociodemográfico

Una de sus principales características es su juventud: 22% en este segmento tiene entre 18 y 24 años. De hecho, quienes no superan los 40 años de edad conforman el 55% del de segmento. También se destaca por una alta presencia de solteros (35%) y de personas que cumplen el rol de hijos en el hogar (29%).

b) Sus valores y actitudes sociales

Valores

Podría considerársele como el segmento más individualista, el menos orientado al resto. Solo 12% señala que es importante para ellos ser leal a sus amigos y entregarse totalmente a personas cercanas, porcentaje significativamente menor al resto de segmentos. Del mismo modo, solo un 20% piensa en ayudar a la gente que le rodea, cifra menor al promedio general (24%). Ambos valores corresponden a lo que Schwartz denomina Benevolencia, en donde claramente se aprecia que los *renegados insatisfechos* son los menos benevolentes (16%, por debajo del promedio total que es 21%).

Es el segmento menos interesado en proteger a su familia (34%), versus el promedio general (41%). Tampoco le preocupa mucho que el Estado sea fuerte y que lo proteja (14%), versus 20% que es el promedio general. Más adelante veremos cómo su percepción del gobierno es tan mala que probablemente ello explique por qué le importa muy poco la sensación de protección que este pudiera brindarle. En general, no es un segmento que priorice la Seguridad: 26% de este segmento destaca la importancia de vivir en un lugar seguro, cifra significativamente menor que en los *críticos participativos* y *leales institucionales*.

Otros de los aspectos que lo distinguen del resto de segmentos es su perfil poco tradicional (15% versus 20% en el total de la muestra). Apenas un 19% se describe como humilde o modesto; mientras solo un 11% destaca la importancia de las tradiciones familiares y religiosas.

Considerando los valores de Inglehart, la mayor parte del segmento se caracteriza por priorizar valores de sobrevivencia (57%) antes que autoexpresivos (43%). Es un segmento que le da una baja importancia a la libertad de expresión y a la participación. Su bajo interés en la política y su bajo asociacionismo confirman esta tendencia. Pero sobre ambos temas ahondaremos más adelante.

A diferencia de los grupos anteriores, en donde se presenta una mayor preocupación por los otros y por la familia, los *renegados insatisfechos* están más desconectados de su entorno y de las instituciones. Quizás por ser menos tradicionales y menos tolerantes, como veremos a continuación.

c) Sus sistemas de creencias políticas nucleares

Autopercepción ideológica

Junto con los *críticos participativos* conforman el segmento que cuenta con una mayor proporción de gente que considera que se necesitan cambios radicales en la sociedad (17% versus 13% del total de la muestra).

En cuanto a su autopercepción ideológica, en su mayoría se definen de centro (61%), en mayor medida que los *leales institucionales* o que los *críticos participativos*, segmentos

en los cuales tiende a haber una mayor adopción de posturas de izquierda o derecha. Pero lo que más de destaca en los *renegados insatisfechos* es que, al igual que los *conformistas desinformados*, cuenta con un alto porcentaje que no se identifica con ninguna de las ideologías (16%). No les gusta ubicarse bajo es códigos

Eficacia política

Con relación a su percepción de eficacia política, está es de 45 puntos (en una escala del 1 al 100), semejante al total de la muestra. Para complementar este panorama, solo un 30% del segmento cree tener la capacidad de influir en el sistema, así como 23% cree que a los que gobiernan el país les interesa lo que ellos piensen. Su percepción de baja influencia política es compartida con los otros segmentos.

Tolerancia política

Los *renegados insatisfechos* son los menos tolerantes (61 en una escala de 100 puntos), 4 puntos por debajo de la muestra total. Cuando se divide a los ciudadanos en dos grupos según su nivel de tolerancia (alta o baja), es el segmento con mayor número de personas en el segmento de baja tolerancia (30%) cuando en la muestra total este porcentaje corresponde solo al 21%. Por ejemplo, existe un 24% de *renegados insatisfechos* que se muestra en contra de que personas opositoras al régimen participen en manifestaciones; mientras que 26% cree que estos ciudadanos no deberían postular a cargos públicos. Más que otros segmentos, rechaza a quienes piensan diferente, al menos en materia política.

d) Su vinculación con la política

Implicancia política

Interés en la política

Junto con los *conformistas desinformados* son los menos interesados en la política (solo le interesa al 34% del segmento). Dicen interesarse en política solo cuando hay elecciones (55%) o cuando hay temas que le afectan personalmente (51%). Como iremos viendo a lo largo de la descripción del segmento, este desinterés no implica falta de afecto pues, a diferencia de los *conformistas desinformados*, los *renegados insatisfechos* tienen una activa actitud de rechazo hacia la situación política del país. Como se verá más adelante, son los más insatisfechos con la democracia que se da en la actualidad.

Básicamente manifiestan interés por temas relacionados con al *output*, como la salud (83%, por encima de los *conformistas desinformados*) y la educación (83%; por encima de todos los segmentos). Probablemente, el tener mucho interés en el aspecto educativo ejerce un impacto negativo en la valoración que tienen de las instituciones y del Estado en general, tomando en cuenta la baja calidad de la educación pública en nuestro país. Este actuaría como un reforzador de su situación de alienación.

Conocimiento de los asuntos públicos

En cuanto a la variable de conocimiento político, solo supera a los *conformistas desinformados* con un promedio de 7 puntos en una escala del 1 al 10. Por lo mismo, no sorprende que sea un bajo consumidor de información política (la mitad del segmento se ubica dentro del rango de menor consumo de información). Diera la impresión que no se informa sobre lo que ocurre en la política pero igual mantiene una actitud negativa hacia lo que ahí acontece.

Participación política-cívica

Participación cívica

Son los que menos participan en asociaciones (76% no lo hace), lo cual se relaciona con su perfil más individualista. Son los que tienen una actitud menos favorable a que las personas participen en grupo para tratar de resolver los problemas de las comunidades (58% vs el 78% del total de la muestra). También son los que menos participan en eventos cívicos: por ejemplo, un 46% dice que nunca firmaría una petición. Esta actitud, de jóvenes con poca participación en asuntos de la vecindad o en asociaciones se observó también en las dinámicas grupales.

Participación política

Empecemos por los sentimientos asociados cuando tiene que ir a votar. Son los que tienen una actitud más negativa: 59% siente que va por obligación o que es una molestia. Este malestar es significativamente mayor al presentado al interior de los *críticos participativos* y los *leales institucionales*. En la última votación, para elegir alcalde en Lima en el 2014, 25% votó en blanco o viciado, o simplemente, no fue a votar.

Yo también estoy cero política porque hace varios años decidí votar viciado. Todos antes votamos por Ollanta, por no sé quién para que no salga Alan y a la próxima elección votamos por Alan. Fue tan ridículo que dije: “esto es ridículo”. Estamos locos, estamos mal. (Adultos, mujer, NSE A/B)

Si la mínima forma de participación genera tanta insatisfacción, es esperable que sea un segmento que no se involucre en política partidaria. De hecho, solo 7% tiene algún tipo de participación (asistiendo a mítines políticos, grupos de discusión o trabajando para algún candidato político). Esta cifra se encuentra 6 puntos por debajo del total de la muestra y muy por debajo de los *críticos participativos* y los *leales institucionales*. Incluso, cuando se trata solamente de conversaciones sobre política con amigos o familiares, solo 21% lo hace con relativa frecuencia.

Sin embargo, un 33% dice que le gustaría tener una manera de participar en cuestiones sociales y/o políticas, pero no sabe cómo hacerlo (versus el 14% de los *conformistas desinformados* o el 23% de los *leales institucionales*). Esto refleja un segmento importante que siente insatisfacción y que no encuentra canales para expresarla. Junto con los *críticos participativos*, es el segmento donde el factor *Disposición Crítica a Participar* carga con mayor fuerza (.33). Esto quiere decir que participarían más en asuntos sociales y políticos si encontraran instituciones adecuadas o que evalúan como más democráticas.

e) Sus creencias y actitudes hacia el sistema político

Actitudes hacia la democracia

En un clima general de baja satisfacción, son los menos satisfechos con la democracia, 95% se encuentra en el segmento de insatisfechos versus el 86% del total. Un 62% dice estar muy insatisfecho o insatisfecho con la democracia versus el 43% del total que dice lo mismo. Para casi la mitad (49%) la democracia funciona cada vez peor o no existe (versus el 32% que piensa esto en la muestra total). Es el segmento donde el factor *Satisfacción con la democracia* carga de manera más negativa (-.53).

Es interesante cómo dentro de este segmento la variable de satisfacción con la democracia se relaciona con la satisfacción con otras instituciones políticas. Así, esta se asocia con la satisfacción con el Congreso ($r(467) = .339, p < .001$); con el Poder Judicial ($r(467) = .307, p < .001$); y la satisfacción con los partidos políticos ($r(467) = .305, p < .001$). Como veremos más adelante, ello explicaría por qué, en este segmento, las bajas evaluaciones de estas instancias se acompañan de una insatisfacción generalizada con el sistema político actual.

Si se toma en cuenta el indicador construido por Carrión et al (2102) para evaluar si la democracia está en riesgo o no, este es el segmento donde hay una mayor proporción (27%) de personas insatisfechas y con baja tolerancia política (democracia en riesgo). Es también el segmento donde es menor el porcentaje de personas que creen que la democracia es mejor que cualquier otra forma de gobierno (57% versus 67% del total).

Estas cifras confirmarían que este ciudadano es un *renegado insatisfecho* con la democracia. En términos de Finifter (1970), las actitudes negativas que se tiene hacia la democracia pueden ser vistas como orthofuncionales: antes que apáticas o autoritarias, son actitudes políticas que tienen el potencial de generar cambios en su tensión con el sistema.

Junto con los *críticos participativos* son los que estarían más dispuestos a que la democracia funcione a partir del presidente, prescindiendo de los partidos (32%), del Congreso (21%) o del Poder Judicial (15%). Un 28% estaría dispuesto a darle más poder al presidente versus el 19% a nivel total. Son presidencialistas y están en contra de las instituciones políticas vigentes. Su nivel desconfianza e insatisfacción los lleva a plantearse la posibilidad de una democracia que prescinda de estas organizaciones. En

términos de Finifter (1970), se caracterizarían por su Aislamiento Político (*political isolation*), en donde se llegan a rechazar las normas y las convenciones compartidas con los otros. Para los ciudadanos con estas características, actos como el votar o participar en debates (propios de la democracia churchilliana) carecen de sentido. De acuerdo con Lane (citado en Finifter, 1970), para estas personas las reglas son injustas y sesgadas, las autoridades carecen de respeto y es por ello que consideran ir más allá de lo políticamente convencional. Por eso avalan medidas como tener un presidente no elegido por el pueblo mientras este sea justo, entre otras.

Precisamente, junto con los *críticos participativos*, son los que más creen que se puede tener un gobierno que no sea elegido por el pueblo, siempre y cuando sea justo y mejore la situación (34%). En esa misma línea, un 37% considera que el desarrollo económico es más importante que la democracia versus un 29% que piensa lo mismo en el total de la muestra. También es el segmento en donde hay un mayor porcentaje de gente que considera que el presidente debería gobernar en comunicación directa con el pueblo (22%).

Si bien la mayoría no llega a justificar un golpe militar (55%), un 45% del segmento podría justificarlo frente a algún contexto de crisis económica y/o social.

Actitudes hacia partidos y políticos

En un clima poco favorable a líderes y partidos políticos, este segmento es el que los rechaza con mayor fuerza. Junto con el segmento de *conformistas desinformados*, es donde el factor *Simpatía Político Partidaria* carga de manera más negativa (-.36). El 94% no simpatiza con ningún partido político (versus un 80% del total) y el 89% no simpatiza con líder político alguno (versus 73% en el total). De manera semejante a los *conformistas desinformados*, la gran mayoría, 87%, no simpatiza ni con líderes ni partidos.

Dos tercios del segmento no simpatiza con los partidos ni le interesa la política. Hay otro tercio que si le interesa la política pero rechaza a los partidos actuales. La base es muy pequeña pero entre los pocos que simpatizan con algún partido o líder político, se menciona a Pedro Pablo Kuczynski (PPK) que es un candidato que en la actualidad se presenta como alternativo y *no tradicional*. Al igual que los *conformistas desinformados* son los que menos confían en los líderes y partidos políticos (solo 10% versus 17% del total).

Cuando evalúan a estas organizaciones, 62% desapueba su desempeño, 5 puntos por encima del total de la muestra. Se trata de un ciudadano disconforme con las organizaciones políticas, a tal punto que puede llegar a justificar actos de corrupción a cambio de beneficios tangibles para la población. Así, 22% manifiesta que prefiere un político que robe y haga obras, a uno honrado pero ineficiente. Esta percepción es más fuerte que en los *conformistas desinformados* y que los *leales institucionales*. Cansados de promesas incumplidas y del poco convencimiento que tienen de encontrar políticos

honestos, estos ciudadanos asumen que todos son corruptos. Dada esta situación, le dan prioridad a que hagan obras.

f) Sus actitudes hacia el papel del Estado

Confianza en instituciones del sistema

En un entorno de baja confianza hacia las instituciones (donde 81% no confía), este es el segmento que menor confianza tiene frente al conjunto de instituciones ya sea que estén vinculadas al *input* (partidos políticos, Congreso, etc.) o al *output* (Poder Judicial, Policía, etc.). En el indicador que se construyó con una escala que va del 1 al 4, este segmento tiene un promedio de 1.9, una diferencia estadísticamente significativa frente a los otros segmentos. El 94% no confía en los partidos ni en el Congreso, 86% no tiene confianza en el gobierno central y 68% desconfía del municipio de Lima. Incluso un 61% desconfía de los medios de comunicación. Es un ciudadano descreído y renegado con el sistema, que no cree en casi o ninguna de las instituciones.

Cabe señalar que la satisfacción con el Poder Judicial, los partidos políticos y los funcionarios se relaciona directamente con el nivel de confianza hacia el gobierno central (todas estas correlaciones son superiores al .3). Asimismo, la evaluación de la gestión del Presidente también se relaciona con la evaluación que se le da al Congreso $r(467) = .312$, $p < .001$ y al Poder Judicial $r(467) = .322$, $p < .001$.

Evaluación del papel del Estado

Comparado con los tres segmentos previos, los *renegados insatisfechos* son los que menos demandan un rol intervencionista por parte del Estado, en temas de política social e igualdad económica (64%, versus el 72% del total de la muestra); así como en ser el principal responsable de garantizar el bienestar de la gente (69%, versus el 76% del total de la muestra). Esto podría atribuirse a su perfil más individualista en donde los otros pasan a un segundo plano, y en el que además cada ciudadano es responsable de sí mismo y de su bienestar. También puede responder a su actitud crítica hacia todo lo que venga del sistema. Son quienes demandan una menor intervención del Estado (27%) y quienes, por el contrario, tienen un promedio más elevado de apoyo al sector privado (2.8).

Los *renegados insatisfechos* conforman una parte importante de la población limeña (31%). Preocupa que su malestar los haya hecho alejarse del entorno político y de las instituciones. En algunos casos quisieran participar y tener un rol más cuestionador, pero no encuentra las vías para canalizar dicha frustración con el sistema y con los políticos en general. Una organización partidaria que logre desvincularse de la imagen de los partidos tradicionales podría llamar su atención, siempre y cuando la imagen que tiene del sistema mejore. Si bien la base es muy pequeña, entre los pocos que mencionaron tener simpatía por algún partido o candidato, se nombraron opciones que están fuera de la oferta conocida. Son personas que se podrían sentir atraídas por propuestas que supongan una ruptura con lo que perciben es la política tradicional peruana (o al menos limeña).

CONCLUSIONES

Hemos separado las conclusiones en dos partes. Por un lado se realiza una reflexión a partir de los resultados del total de la muestra y, por el otro, se evalúa qué nos sugiere el conjunto de segmentos de subculturas políticas identificados.

La cultura política en Lima

Una primera conclusión es que hemos encontrado cierto patrón de cultura política en Lima que es compartido por un amplio porcentaje de la población. Este patrón está compuesto por varias, pero no todas, las dimensiones sugeridas por Morán y Benedicto (1995). Si bien la comprensión de la estructura misma de la cultura política debe seguir siendo profundizada mediante otros estudios (el uso de ecuaciones estructurales podría ayudar en la identificación de un modelo específico), se confirmó la importancia de las cuatro grandes dimensiones: la del ciudadano como actor, la vinculación del ciudadano con la política, la imagen del sistema político y la evaluación de los resultados de la acción institucional.

Si bien en nuestro análisis los valores y ciertas actitudes sociales no forman parte de las dimensiones de la cultura política finalmente identificada, es indudable que están relacionados con ella y son importantes en su proceso de constitución, así como para su comprensión. Estudios posteriores deberían indagar con mayor detalle en estas relaciones.

Respecto a los resultados generales, se puede observar una sociedad donde prima un bajo capital social y un sentimiento de anomia bastante extendido. Los niveles de confianza interpersonal, de percepción del cumplimiento de normas de reciprocidad y vida asociativa son muy bajos. Los lazos de solidaridad están orientados principalmente hacia la familia y la noción de un espacio público compartido en la ciudad es muy reducida. La confianza en las instituciones es baja también, salvo ciertas excepciones.

Existe una percepción generalizada de estar inmerso en una sociedad muy jerarquizada, donde la discriminación por motivos de raza o condición social es muy frecuente y en la que se percibe que quienes están ubicados en posiciones de poder abusan de su condición. Se considera que no todos son iguales ante la ley y que las autoridades son las primeras en incumplir las normas. Hay una fuerte percepción de injusticia. Un abrumador 83% de los habitantes de Lima considera que *el país está gobernado por unos cuantos grupos poderosos que buscan su propio beneficio*.

La sociedad peruana en general - y limeña en particular - viene pasando por un profundo proceso de cambio (Matos Mar, 2010), donde las demandas sociales experimentan una profunda tensión en relación con la respuesta institucional que originan. Lima es una sociedad que ha cambiado mucho en los últimos cincuenta años, donde profundos

procesos de transformación social, política y económica han rebasado sus instituciones formales y no formales. En ese proceso, la migración hacia Lima desde diferentes lugares del país ha ido constituyendo una ciudadanía diferente que está en proceso de conformación. Observamos la preeminencia de valores de autodirección, universalismo y benevolencia (Schwartz, 1994), así como de valores tradicionales. Existen diferencias importantes entre los valores de las personas nacidas en Lima y los de quienes residen en la ciudad pero han nacido en otros lugares del país. Entre los primeros prima el hedonismo, la autodirección y los valores autoexpresivos, mientras que entre los segundos los valores tradicionales, de conformidad, de sobrevivencia y de austeridad tienen mayor preponderancia. Este es un tema que sería interesante profundizar en futuras investigaciones, pero que coincide con otros que desde la sociología (Parodi y Twanama, 1993) o desde los estudios de mercado (Arellano, 2003; 2010) se señalan en lo que atañe las diferencias entre los limeños y los llamados provincianos.

En cuanto a las creencias políticas nucleares, que sí forman parte de la cultura política limeña, aparece una baja competencia subjetiva (eficacia política interna), así como una reducida percepción de eficacia política externa. En una escala del 0 al 100, la eficacia política general tiene un puntaje de 43, aunque este indicador es mayor entre varones, personas del nivel socioeconómico A/B, con mayor nivel educativo y nacidos en Lima. Se espera poco interés de parte de los gobernantes y la sensación de poder influir en los acontecimientos políticos es igualmente baja, aunque es cierto que la misma mejora en relación con los gobiernos locales (*versus* el gobierno central).

Un detalle muy preocupante es que el 86% se sienta insatisfecho con la democracia. Del total, 58% apoya la democracia pero se siente insatisfecho con la misma, mientras que un 28% ni está satisfecho ni la apoya. Este sentimiento está correlacionado con los bajos niveles de satisfacción que despiertan el Ejecutivo, el Congreso, los funcionarios públicos, el Poder Judicial, así como con el reducido nivel de confianza y simpatía que generan los partidos políticos. En nuestra investigación, solo un 8% está satisfecho con la performance de las diferentes instituciones vinculadas con la gestión de gobierno. Como ya hemos puesto de manifiesto en este estudio, entre las personas que muestran menores niveles de confianza y satisfacción con estas instituciones, el interés por lo político es más bajo. La gente espera de la democracia que se cumplan las leyes, se reconozcan sus derechos y que prime en general la igualdad. Este sentimiento proviene en gran medida de un funcionamiento institucional que no está cubriendo las expectativas ciudadanas. Tendrá gran importancia la realización de estudios que profundicen en lo que ocurre con la eficacia de la democracia.

El trabajo de Dalton y Welzel (2014), donde hablan de un *demócrata asertivo*, o los anteriores de Finifter (1970) respecto a las actitudes orthofuncionales, permiten realizar un análisis más positivo de este indicador de insatisfacción, en combinación con el apoyo a la democracia. En los dos trabajos antes citados, se menciona que estas situaciones pueden ser un indicador de que las instituciones necesitan reformas profundas para estar

a la altura de las demandas ciudadanas (antes que limitarse a etiquetar la cultura política como disfuncional, sin cuestionar el sistema). La situación particular en Lima es que esta insatisfacción no se canaliza en una participación de protesta o movimiento cívico de ningún tipo, porque el nivel de capital social es muy reducido. Como ya se ha visto, solo un segmento minoritario es activo en términos cívicos.

Si bien no es el objetivo principal de esta investigación, nos permitimos plantear que el bajo interés que hemos identificado en relación con la política (37% algo y muy interesado, solo un 11% muy interesado) está relacionado con los bajos niveles de satisfacción con las instituciones democráticas, así como con los exiguos niveles de confianza interpersonal. Lo que sí se ha identificado es que entre las personas con más bajo nivel de interés por la política, la confianza interpersonal es menor; mientras parece mayor entre los que tienen más interés por la política. Se ha encontrado una correlación baja, pero positiva, entre ambas variables (.139**). Algo semejante ocurre entre el nivel de interés político y la confianza en las instituciones del gobierno central y los partidos políticos. En estos casos, los niveles de confianza son de .170** y .178**, respectivamente. De la misma forma, se trata de correlaciones bajas, pero significativas.¹⁰

La relación entre escasa confianza interpersonal y bajo interés por la política nos parece relevante, porque hemos podido observar que la gente confía solo en su familia y sus conocidos; no se da una confianza generalizada y, por lo tanto, esta desconfianza se debe extender a otros ámbitos como el vecinal y el de las asociaciones tanto civiles como políticas. Por lo general, tanto la información cualitativa como la cuantitativa apuntan a que las personas perciben como algo complicado y conflictivo el juntarse y buscar resolver asuntos de interés común. Esto ya predispone negativamente a cualquier tipo de experiencia asociativa, entre ellas la partidaria. Esta dificultad estará en la base de la manifiesta insatisfacción con la democracia, que no se canaliza en ningún tipo de actividad. ¿Las instituciones existentes podrían ayudar a canalizar estas inquietudes?

Como ya hemos sostenido en este estudio, el nivel de satisfacción y confianza en relación con las principales instituciones del sistema político es bajo y la simpatía hacia los partidos políticos también (solo un 20% simpatiza con alguno de ellos). Esta percepción de bajo nivel de performance y su asociación con la corrupción (por ejemplo, un 95% considera que los funcionarios públicos son corruptos) lleva a que la gente pierda interés por la política, desarrolle sentimientos de baja eficacia política y no esté interesado en participar en asuntos cívicos ni políticos. Tampoco se percibe la existencia de instituciones cívicas o políticas capaces de canalizar estas inquietudes. Solo el 13% considera que los partidos representan a sus votantes, y ya se ha visto los bajos niveles de participación en asociaciones. Si bien se trata de un tema que es necesario seguir explorando, se observa que existe una correlación positiva entre percepción de eficacia política interna e interés por la política (.201**).¹¹ El escaso interés en asuntos públicos va de la mano con la autopercepción de no tener posibilidades de influir, la idea de que la

¹⁰ ** La correlación es significativa al 0.01 (bilateral).

¹¹ La correlación es significativa al nivel de 0.01 (bilateral).

política es un asunto de otros. Como ya señaló Lane (1959), una persona con un bajo sentido de eficacia política tiene un mundo personal, no social; *está lleno hasta el borde de sus propios e inmediatos problemas personales* (Lane, 1959, p. 153). Lo público no le interesa. La anomia se instala como un sentimiento según el cual la política es algo que tiene lugar en una esfera lejana. Como ya hemos expuesto, entre las personas con más bajo interés político, lo que hemos llamado interés político puntual es mayor (la política les interesa, para bien o para mal, solo cuando los afecta personalmente). No por gusto más de la mitad de los votantes siente que va a votar básicamente para no pagar la multa. No por gusto, la gente suele votar por candidatos que consideran que harán obras o que tienen la necesaria experiencia de gestión como para llevarlas adelante. Entendiendo esto se comprende mejor por qué tuvo tantos problemas la anterior alcaldesa de Lima, Susana Villarán, que al comienzo de su período (2011-2014) comunicó que dejaría de hacer obras de cemento para construir ciudadanía. Un amplio sector, anómico y descreído, que cínicamente solo desea obra física, se desenganchó.

Todo esto nos lleva a un escenario de escasa participación cívica y política como el descrito en el estudio: solo un 3% en promedio tiene algún nivel de participación cívica en actos diversos, solo el 2% participa en un partido, 14% ha tenido o tiene participación en actividades partidarias, y 36% participa en alguna asociación (pero principalmente del tipo funcional - juntas de vecinos, Vaso de Leche, comedores populares. La gente afirma que participaría más si los partidos fuesen más transparentes y democráticos en su funcionamiento interno, pero que esto no es así hoy en día. Se da una situación en la que se confiere mayor importancia a los procesos del *output*, porque en los relacionados con el *input* (partidos, políticos, el Congreso, el hecho que el ciudadano sea escuchado) su percepción de eficacia política (capacidad de influencia en los gobernantes) es muy baja.

Esta es la base psicosocial de lo que diversos autores, para referirse a Perú, han descrito como una *democracia sin partidos* (Levitsky y Cameron, 2003; Tanaka, 2005). Nuestro sistema político está centrado en liderazgos personales, que poco tienen que ver con partidos institucionalizados (Crabtree, 2006; Levitsky, 2014). Estas tendencias han sido la base de discursos antipartido que refuerzan la fragilidad partidaria. Este sentimiento tuvo su primera manifestación en los años noventa, con la elección del primer independiente a la Alcaldía de Lima (Ricardo Belmont con su movimiento Obras) y luego la elección de Alberto Fujimori a la Presidencia del país. Ellos, más que iniciadores, fueron los síntomas de la dificultad de las instituciones políticas de responder a las nuevas demandas ciudadanas.

El problema, como hemos visto, es que frente a esta insatisfacción con la democracia, la percepción del funcionamiento institucional guiado por intereses personales y el sentimiento de ineficacia política, lo que aparece es una actitud de aprobación de la posibilidad de un gobierno *de mano dura*, donde lo que se busca es resultados: combatir la corrupción, poner orden, combatir la inseguridad ciudadana, moralizar, hacer obras. Un 72% apoya el concepto general de *mano dura*. Como acertadamente lo describe

Portocarrero (2011), *como no sabemos organizarnos de otra manera, tendemos a buscar al jefe, a la autoridad. Existe una democratización de la sociedad, pero en nuestro imaginario aún existe el guión del patrón, la incapacidad de actuar colectivamente* (p. 38). No aparece otra alternativa en el repertorio de nuestra cultura política. Como señala Bernal (2000), cuando los gobernantes son calificados como débiles no se hace referencia a la debilidad de la democracia, sino a su falta de liderazgo y manejo de autoridad. De acuerdo con Portocarrero, cuando esto sucede, se busca alguien de más carácter para reemplazarlo.

Tal como se puso de manifiesto en las dinámicas grupales, la mano dura se asocia con disciplina y justicia en una sociedad que se percibe jerarquizada e inequitativa y, sobre todo, con instituciones responsables de tal equidad (Congreso, Poder Judicial, policía, etc.) que no funcionan adecuadamente. Este sentimiento probablemente esté relacionado con el hecho de que el 63% considere que se puede realizar un buen gobierno sobre la base de un presidente y un conjunto de técnicos.

Esta sería la cultura política que promueve la permanencia del populismo o neopopulismo. Como señala Crabtree (1996), el populismo se basa en una relación directa entre el líder y la ciudadanía. Quien gobierna es el presidente, la persona, con prescindencia de partidos e instituciones en las cuales no se confía. Este es un gran problema, pues como señala Weyland (2001) el populismo está vinculado con instituciones débiles y no hace más que debilitarlas. En el caso del neopopulismo, este estilo de ejercicio del poder se combina con un manejo de la economía donde se da prioridad a la gestión privada *versus* la estatal; y en el que se liberaliza la economía, pero utilizando los recursos del Estado para satisfacer la demanda de obra inmediata de la población. Surge el obrismo, bien denominado así por Muñoz (2013). El punto radica en que, como menciona Tanaka (1999), este tipo de relación gobernante-ciudadano es frágil. La ciudadanía otorga poder y puede ser hasta permisiva (*que robe...*), pero demanda beneficios inmediatos (*...pero que haga obra*). Peor aún, puede estar dispuesta a aceptar ciertos niveles de violencia con tal de obtener los beneficios buscados. Como expresó alguna persona en las dinámicas grupales: *Yo pondría una pizca de Pinochet para que no haya delincuentes*. Como ya se señaló, existe hasta un 35% de personas en Lima capaz de justificar un golpe militar para combatir la inseguridad ciudadana. Menos dramático que un golpe militar: el 70% justifica un gobierno democrático de mano dura para combatir la delincuencia, un 63% para luchar contra la corrupción, el 56% para mejorar la justicia y el 55% para combatir la burocracia.

Se trata de un vínculo en permanente negociación y donde aparentemente el poder está del lado del gobernante; pero de manera menos explícita, su legitimidad depende de que cumpla con las expectativas populistas; no de la realización de reformas de mediano o largo plazo, sino de lo inmediato. Como sostenían Parodi y Twanama (1993) y más adelante Murakami (2000), el líder político es tratado como el equivalente del salvador que carga con la esperanza del resto de ciudadanos. En esta lógica, lo que interesa a las

personas es que el líder sea capaz de resolver - lo antes posible - los problemas para cuya solución fue elegido. Para complicar más la situación, el problema es que en los últimos gobiernos - al menos en los nacionales - los líderes no han podido resolver las urgentes demandas relacionadas con lo que se considera más problemático: la inseguridad ciudadana, la corrupción, la educación y la salud pública. En el caso del ámbito de la ciudad de Lima, la demanda ciudadana ha sido de obra física, y quien ha respondido a esto ha tenido (y tiene en estos momentos) altos niveles de aprobación (Castañeda obtuvo en junio del 2015 58% de aprobación, porque sigue concentrado en hacer obras). Quien no respondió a estas demandas desde el comienzo (Villarán, durante el período 2011-2014) se vio enfrentada a serios problemas de gobernabilidad.

Volviendo al ámbito nacional, las dificultades de los gobernantes elegidos para cumplir con el mandato populista han llevado a que la imagen misma de los líderes se deteriore. En la actualidad, solo un 27% de los limeños tiene simpatía por algún líder político, pero además se trata de simpatías endebles. En los últimos gobiernos todos los presidentes elegidos han caído, luego del primer año, a la mitad en su nivel de aprobación. Se ha generado un sentimiento antipolítico, que se ha sumado al antipartidario y que deriva, como ya lo he mencionado antes, en una lógica electoral de antivoto (Meléndez, 2012b) o de votar por el que se considere menos malo (o mal menor).

En consecuencia, en Lima tenemos una cultura política semejante a lo que Almond y Verba (1970) denominaron *cultura de súbdito participante*. Una cultura mixta (o híbrida, como diría Crabtree, 2010) donde una parte mayoritaria de la población mantiene la predominancia de actitudes orientadas a los procesos administrativos, que se combina con una orientación pasiva o de distancia frente al sistema. Estos grupos conviven con otros, minoritarios, que tienen una mayor orientación hacia procesos del *input*, así como una actitud activa y una percepción de competencia subjetiva en relación con el sistema político. Son procesos en los que, como señalan diversos autores, existe inestabilidad política y se suceden períodos democráticos con autoritarios.¹² Almond y Verba (1970) señalan, además, que durante los períodos democráticos esta cultura desarrolla un *tono popular*, para poder competir con los demás sectores, y que pueden adoptar una forma democrática pero de manera *toscamente alterada*. Una *democracia sin partidos* sería una de estas variantes.

Las subculturas políticas

El panorama es preocupante y volvemos a la pregunta que planteáramos al inicio de esta investigación: ¿son todas las personas así? ¿Cómo desarrollar una propuesta política que

¹² En el 2016 Perú recién cumplirá 16 años ininterrumpidos de gobiernos elegidos en procesos transparentes, luego de 194 años de vida republicana. Anteriormente se han sucedido períodos de gobiernos militares y elegidos democráticamente. Se considera que este proceso de elecciones limpias comienza el 2000, porque en ese año cayó el régimen fujimorista luego de unas elecciones amañadas.

busque la gobernabilidad y a la vez dialogue con esta demanda ciudadana, sin caer en el populismo, obrismo o autoritarismo?

Como ha señalado Samudio (2009), observar las subculturas políticas y no quedarnos en una imagen de cultura política general, abre puertas a la comprensión de otras posibilidades. Los estudios revisados sobre subculturas están, en su gran mayoría, inspirados en la comprobación de enfoques preestablecidos (Sudarsky, 2007; Díaz de Landa, 2007), en velar por la estabilidad democrática (Almond y Verba, 1970; Rossel, 2002; Torres, 2010) y por el fomento de la participación política (Dalton, 1984; Brussino y Rabbia, 2007). Varios de estos esfuerzos establecen una suerte de gradiente donde subyace la idea que una mejor cultura política es aquella que le da estabilidad al sistema político existente. No se pone en cuestión el funcionamiento del sistema. Lo que preocupa es solo si la cultura es o no democrática o en qué grado es o no democrática. El funcionamiento institucional y/o su relación con la cultura política existente no es objeto de estudio. Eso puede suponer avalar una situación de inequidad que, por todo lo expuesto, no se sostiene en el tiempo. Así, tenemos tipologías de subculturas políticas que hablan de un segmento *más maduro, medianamente maduro y de presidencia fuerte* (asumimos que sería el inmaduro); otras que distinguen entre *demócratas institucionales, seudo demócratas, pro autoritarios e indiferentes*; así como las que hablan de *demócratas puros, disconformes, desencantados, débiles y no demócratas*. En todos estos casos, el cuestionado resulta ser el ciudadano, y no el sistema. Son mejor evaluados los democráticos, mientras que los menos democráticos son vistos - implícita o explícitamente - como una amenaza.

En nuestro caso se ha partido de una indagación más abierta, que si bien ha supuesto una revisión de la literatura existente ha buscado incorporar la mirada de los actores mismos. Se tomó como punto de partida el esquema dimensional de Morán y Benedicto (1995), pero se buscó recoger el punto de vista de la gente mediante dinámicas grupales y llevar a cabo un trabajo exploratorio a nivel estadístico para definir qué dimensiones surgían como base para el análisis. Se incorporó preguntas sobre la democracia, pero el objetivo no era buscar una cultura política funcional a la misma. Lo que hemos intentado hacer es identificar qué actitudes existen y qué vínculos tienen con la política en diversos aspectos. Como mencionamos en algún momento, Almond y Verba no cuestionaban el sistema y se preguntaban por una cultura política funcional al mismo; ¿y si el problema fuera el sistema? Como recientemente han señalado Ganoza y Stiglich (2015), la reforma institucional es un tema muy relevante en la agenda política peruana y no se puede pensar en desarrollo alguno si esta se deja de lado. Tal como lo plantea Finifter (1970), lo que nos parece interesante es identificar las actitudes políticas orthofuncionales, aquellas que en sí mismas son una suerte de denuncia de la tensión no resuelta que existe entre demanda y oferta política, que llevan a reflexionar sobre las posibilidades del cambio institucional. ¿El problema es la cultura política de los ciudadanos, de la élite, del sistema o el vínculo entre ellos? ¿Qué ciudadanos podrían apoyar una reforma o cambio político?

Lo que hemos encontrado es que existen once factores que componen la cultura política en Lima. En función de estos se ha podido identificar diferentes grupos de subculturas en la ciudad. Si bien comparten muchas de las características ya descritas, diversos aspectos las diferencian. Lo observado es que no todos los limeños son iguales en relación con: ciertas actitudes políticas básicas (tolerancia política, autodefinición ideológica), su vinculación con la política (interés en la política, competencia informativa, orientación al *input*, disposición crítica a participar y participación cívico-política), y las actitudes hacia la democracia y sus instituciones (actitudes frente al uso de la autoridad, satisfacción con la democracia y las simpatías por los partidos y los políticos).

Los cuatro segmentos encontrados: los *críticos participativos*, los *conformistas desinformados*, los *leales institucionales* y los *renegados insatisfechos*, tienen entre sí algunos aspectos en común, unos más que otros, pero perfiles claramente diferenciados.

Un primer aspecto que debe ser tomado en cuenta es que solo el *leal institucional* (16% de los limeños) tiene una clara actitud de apoyo hacia las instituciones político-democráticas. Los demás tienen un absoluto desinterés por estas y solo están orientados a resultados, sin importar los medios, o mantienen una actitud crítica que busca reformas. Esto puede originar una lectura negativa, pero también ser visto con optimismo. El 84% de la población de Lima no soporta la actual situación institucional y de manera activa o pasiva está planteando un cambio. El 65%, sin diferencias apreciables por segmento, considera que la sociedad necesita reformas profundas. El segmento *conformista desinformado*, por su parte, solo está interesado en resultados y tiene una actitud pasiva pero muy pragmática hacia la política. En el caso de los segmentos *crítico participativo* y *renegado insatisfecho*, debido a diferentes motivos ambos tienen actitudes que pueden favorecer comportamientos autoritarios en ciertas circunstancias, pero también expresan una crítica activa y expectativas de cambio que vale la pena tomar en cuenta.

Los que tienen, comparativamente hablando, un mayor interés por la política y un mejor sentimiento de eficacia política son los *críticos participativos* y los *leales institucionales*, en especial los primeros. El problema es que juntos conforman una minoría que con las justas bordea el tercio de la población (28%). La diferencia entre ambos es que el segundo defiende en mayor medida las instituciones que el primero, pero tiene una actitud mucho más pasiva, delegativa. Ambos tienen un nivel de insatisfacción semejante con la democracia, pero el *crítico* está buscando un cambio de la situación donde muchas veces privilegia medidas radicales de corte presidencialista, tratando de lograr un mayor contacto con quienes toman las decisiones. A pesar de presentar estas tendencias autoritarias, son personas que aportan con su interés y actividad en asociaciones de base. Podrían apoyar las formas democráticas en que se resuelven los conflictos si se desarrollaran instituciones transparentes y horizontales capaces de canalizar sus actitudes y su participación. Son los que tienen una mayor carga en el factor que hemos denominado *disposición crítica a participar*, donde lo que destaca la búsqueda de nuevos canales institucionales, más democráticos, para vincularse con la vida cívica y política.

Por otro lado, el problema con el *leal institucional* es que su actividad política está orientada principalmente al consumo de información, pues su participación cívica y política es baja, a pesar de que - comparativamente hablando - tiene un nivel de competencia subjetiva semejante al *crítico participativo*. En el contexto de la política peruana, su actitud delegativa permite que la situación actual continúe, a pesar de sus quejas. Brindará apoyo si se lo solicitan y será tolerante, pero no se plantea a sí mismo como un agente de cambio.

Siguiendo el eje del interés político, los más desarticulados resultan ser el *conformista desinformado* y el *renegado insatisfecho*. Ambos sienten, a la vez, una gran distancia de los partidos y líderes políticos, así como una baja disposición a la participación cívica y/o política. A su manera, cada uno es individualista o, mejor dicho, poco comunitario. Juntos representan casi las tres cuartas partes de la población de Lima (72%). La diferencia entre ambos es la que existe entre los conceptos de apatía y anomia política que plantean Almond y Verba (1970). En el primer caso, entre los *conformistas desinformados* prima el familiarismo, la competencia política interna y externa es muy baja y la desconexión afectiva con la política significativa. Lo que pase en el poder no les incumbe... pero consideran importante *que cacen ratones*. Son mucho más tolerantes ante un régimen autoritario populista. Entre los segundos, los *renegados insatisfechos*, la apatía implica un vínculo negativo, de alta insatisfacción (es el más insatisfecho con la democracia), pero tiene un vínculo. Es el que tiene mayores puntajes en la dimensión que hemos denominado *interés político puntual*. Se engancha más en coyunturas electorales y cuando la política toca temas que le afectan, o siente que le afectan, directamente. Son los jóvenes que salen a las calles a marchar porque hay un proyecto de reforma laboral (la llamada “Ley Pulpín”) que los implica. Es el menos tolerante en política y uno de los menos interesados en participar hoy en día en acciones cívicas o políticas, pero su competencia subjetiva está en el promedio y es, junto con el *crítico participativo*, el que tiene una mayor carga en la dimensión *disposición crítica a participar*. Participaría más si encontrara formas adecuadas e instituciones que se lo permitieran y/o lo motivaran.

Si analizamos los diferentes grupos en relación con su potencial de cambio, consideramos que las mayores posibilidades están en el diálogo que se establezca con los *críticos participativos* y los *renegados insatisfechos* (el 51% de la población de Lima). Ambos manejan información política y, más allá de sus sentimientos, se mantienen relativamente informados sobre la misma pero - más importante aún - son ambos segmentos los que plantean con mayor fuerza que participarían más en cuestiones sociales y políticas, así como en partidos políticos, pero no saben cómo o consideran que las actuales instituciones no son lo suficientemente democráticas. Se vincularían a estas más si lo fueran. En estos dos segmentos, más que en los otros al menos, se da una combinación de interés por la política e insatisfacción con los políticos y sus instituciones. Ambos comparten niveles de insatisfacción, ya sea con la institucionalidad en su conjunto o con la democracia y los partidos políticos (el *renegado insatisfecho*).

Sin embargo, también existen diferencias entre ellos. Los *críticos participativos* no solo son personas más activas en la vida asociativa y política, sino que - en comparación con los *renegados insatisfechos* - tienen una actitud más favorable hacia la intervención del Estado (en general) en la reducción de la desigualdad. En el caso de los *renegados insatisfechos*, su distancia de la política es significativa pero resulta interesante que entre los pocos que simpatizan con algún político, varios lo hagan con un candidato más asociado con la centro derecha (Pedro Pablo Kuczynski, que ahora se autodenomina progresista), que de algún modo podría expresar esta tendencia hacia una Nueva Cultura Política (Clark, 2007; Sudarsky, 2007), pues este político en particular - más conocido como PPK - suele tener expresiones en las que se combina un manejo conservador de la economía con un discurso más liberal en lo social. A diferencia de los *críticos participativos*, es el segmento que menos apoya la intervención del Estado y el que más favorece la acción privada.

A pesar de estas diferencias, en el indicador que se construyó para evaluar el nivel de apoyo a la democracia, ambos son los que tienen los porcentajes más elevados de bajo apoyo (25% en el caso de los *críticos participativos* y 28% entre los *renegados insatisfechos*), y esto está vinculado con indicadores en los que se evalúa si la democracia puede prescindir de los partidos o del Congreso. En ambos segmentos se afirma que la democracia está funcionando cada vez peor o que no hay democracia. Por ello es que ambos segmentos son los más inclinados a que en ciertas circunstancias el poder lo tome un gobierno autoritario (para luchar contra la corrupción y la inseguridad ciudadana principalmente), pero se puede interpretar que estas son medidas desesperadas ante la falta de alternativas. Se trata de grupos donde un mayor número de personas considera que la democracia está relacionada con su progreso personal (alrededor de 35% en ambos segmentos). Probablemente por ello son los que, en mayor proporción que otros, plantean la necesidad de entablar reformas (82% aproximadamente), ya sean profundas (65% aproximadamente) o radicales (17%). Se debe tomar en cuenta que en ambos segmentos la actual institucionalidad política (ya sean los partidos, las instituciones, los políticos) genera insatisfacción y que se trata de personas que hoy se mueven en la antipolítica, a la espera de nuevas propuestas y alternativas. En síntesis, son sectores que pueden verse atraídos por un discurso populista, centrado en la arenga salvadora del líder de turno, pero a la vez tienen el potencial de apoyar una propuesta más institucional, siempre y cuando la misma se desarrolle de manera transparente y llegue hasta ellos.

Una pregunta final, que amerita en sí misma el desarrollo de otra investigación, es sobre las posibilidades de desarrollar o fortalecer una sociedad civil en el país, o al menos en Lima. En todo momento hemos estado evaluando la relación que existe o las actitudes de los diferentes segmentos hacia el sistema político y sus diferentes actores e instituciones. Sin embargo, un elemento importante para la democracia, como bien señalan Panfichi y Muñoz (2001), es la existencia de una sociedad civil robusta y activa. Esta se organiza como una instancia intermedia entre la sociedad y el Estado, para poder defender y ampliar la vigencia de sus derechos. Los bajos niveles de capital social

existentes en Lima (confianza interpersonal, normas de convivencia, participación en asociaciones) permiten percibir que el tejido social que sirve de apoyo para el desarrollo de una sociedad civil activa es débil en la actualidad. La mayoría de las subculturas políticas identificadas mantienen una distancia importante, no solo del sistema político sino del conjunto del tejido social que debería vincularlas. La participación en asociaciones es muy reducida. Estudios vinculados al rol de las minorías activas (Moscovici, 1981) pueden ser de interés para evaluar cuál podría ser la ruta capaz de reactivar el tejido social.

BIBLIOGRAFIA

- Abellán, J. (2010) *Max Weber. Conceptos sociológicos fundamentales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Abramson, P. e Inglehart, R. (1995). *Value change in global perspective*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Abugattas, J. (2004). *Ética y cultura política: una relación problemática*. Lima: ONPE.
- Abugattas, L. (1999). Estabilización, reforma estructural y desempeño industrial. En J. Crabtree y J. Thomas (Eds.), *El Perú de Fujimori* (pp. 115-150). Lima: CIUP Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico e IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Adams, N. y Valdivia, N. (1991). *Los otros empresarios. Ética de migrantes y formación de empresas en Lima*. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Adrianzén, A. (2009). *La transición inconclusa. De la década autoritaria al nacimiento del pueblo*. Lima: Otra Mirada.
- Aguilar, L. (2010). *Cultura Política y participación electoral en elecciones locales de la ciudad de Tepic, Nayarit*. Tesis para optar al Grado de Maestro en Desarrollo Económico Local. Universidad Autónoma de Nayarit. Editado por la Fundación Universitaria Andaluza Inca Garcilaso.
- Agurto, M. (2012). *Capital social: un intento de medición*. Tesis para optar al título de Economista en la Universidad de Piura. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales.
- Alarcón, W. (1991). Clases populares, cultura política y democracia. *Socialismo y participación*, 54,1-13.
- Allen, M., Hungs, S. & Wilsn, M. (2000). A functional approach to instrumental and terminal values and the value- attitude- behavior system of consumer choice. *European Journal of Marketing*, 36 (1/ 2), 111- 135.
- Almaraz, J. (1981). *La teoría sociológica de Talcot Parsons. La problemática de la constitución metodológica del objeto*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas CIS.
- Almond, G. (1956). Comparative political systems. *The Journal of Politics*, 18, 391-409.
- Almond, G. y Verba, S. (1970). *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*. Madrid: Fundación FOESSA.
- Almond, G. y Powell, G. (1978). *Política comparada. Una concepción evolutiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Almond, G. (1983). Communism and Political Culture Theory. *Comparative Politics*, 15(2), 127-138.
- Almond, G. y Verba, S. (Eds.). (1980). *The Civic Culture Revisited*. Boston: Little Brown & Co.
- Almond, G. (1999). *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Altamirano, T. (1984). *Presencia andina en Lima Metropolitana: Un estudio sobre migrantes y clubes de provincianos*. Lima: PUCP.

- Álvarez Ramírez, L. (2014). Escala de Actitudes Hacia la Política en Población Adulta de Bucaramanga, Colombia. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 12 (1), 291-308.
- Álvarez Rodrich, A. (13 de septiembre del 2014). El problema sería Alan, no el APRA (III). *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/columnistas/claro-y-directo/el-problema-seria-alan-no-el-apra-iii-13-09-2014>
- Álvarez Rodrich, A. (23 de septiembre del 2014). Ladrón eficiente. *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/columnistas/claro-y-directo/ladron-eficiente-23-09-2014>
- Alvira, F. (2004). *La encuesta: una perspectiva general metodológica*. Madrid: CIS.
- Amaya, L., Espinosa, A. y Vozmediano, L. (2011). Relaciones entre el Miedo al delito y el Autoritarismo de derecha en estudiantes universitarios de Lima-Perú. *Boletín de Psicología*, 103, 7-28.
- Amat y León, C. (2006). *El Perú nuestro de cada día. Nueve ensayos para discutir y decidir*. Lima: Universidad del Pacífico.
- Ames, P. (2000). La autoridad en la escuela: acerca de los profesores. En: J. Ansión, H. Dietz y L. Mujica (Eds.), *Autoridad en espacios locales: una mirada desde la Antropología* (pp. 253-272). Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Andreu, J. (2002) Las técnicas de Análisis de Contenido: Una revisión actualizada. Sevilla: Documentos de trabajo de la Fundación Centro de Estudios Andaluces.
- Ansell, A. (2000). The New Political Culture. *Contemporary Sociology*, 29(2), 403-405.
- Ansión, J., Dietz, H. y Mujica, L. (Eds.) (2000). *Autoridad en espacios locales: una mirada desde la Antropología*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Ansión, J. (2000). El concepto de autoridad según directores de escuelas públicas. En: J. Ansión, H. Dietz y L. Mujica (Eds.), *Autoridad en espacios locales: una mirada desde la Antropología* (pp. 223-251). Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Aranda, E. (2007). Las cambiantes formas de sociabilidad y de construcción de identidades en Lima Metropolitana. *Debates en Sociología*, 32, 109-123.
- Arce, M. (2008). The repolitization of collective action after neoliberalism in Perú. *Latin American Politics and society*, 50(3), 37-62.
- Arce, M. (2006). The societal consequences of market reform in Perú. *Latin American Politics & Society*, 48(1), 27-54.
- Arellano, R. (2003). *Los Estilos de Vida en el Perú*. Lima: Arellano Marketing.
- Arellano, R. (2010). *Al medio hay sitio. El crecimiento social según los estilos de vida*. Lima: Planeta.
- Arellano, R. y Burgos, D. (2010). *Ciudad de los Reyes, de los Chávez, los Quispe...* Lima: Planeta.
- Arguedas, JM. (1998). *La formación de una cultura nacional indoamericana*. México: Siglo XXI.
- Asociación Peruana de Empresas de Investigación de Mercados (APEIM) (2013). *Informe de niveles socioeconómicos*.
- Asociación Peruana de Empresas de Investigación de Mercados (APEIM) (2012). *Informe de niveles socioeconómicos*.

- Asociación Peruana de Empresas de Investigación de Mercados (APEIM) (2011). *Informe de niveles socioeconómicos*.
- Asociación Peruana de Empresas de Investigación de Mercados (APEIM) (2010). *Informe de niveles socioeconómicos*.
- Asociación Peruana de Empresas de Investigación de Mercados (APEIM) (2009). *Informe de niveles socioeconómicos*.
- Asociación Peruana de Empresas de Investigación de Mercados (APEIM) (2008). *Informe de niveles socioeconómicos*.
- Auyero, J. (2001). *Poor people's politics: Peronist Survival Networks and the Legacy of Evita*. Durham, NC: Duke University Press
- Ávila, J. (2003). Globalización y nuevas cartografías de la segregación urbana en Lima Metropolitana. *Debates en Sociología*, 28, 53-76.
- Ajzen, I. y Fishbein, M. (1980). *Understanding attitudes and predicting social behavior*. NJ: Prentice-Hall.
- Bagozzi, P., Gopinath, M. y Nyer, P. (1999). The role of emotions in marketing. *Journal of the Academy of Marketing Science*, 27 (2), 184-206.
- Bailón, J. (2004). La chicha no muere ni se destruye, sólo se transforma. Vida, historia y milagros de la cumbia peruana. *Íconos*, 18, 53-62.
- Balán, J., Browning, H. L., Jelin, E., & Litzler, L. (1974). El uso de historias vitales en encuestas y sus análisis mediante computadoras. J. Balán, R. Angell. H.S. Becker, J.F. Marsal, H.L. Browning, E. Jelin, L. Litzler, J.W. Wilkie, LL Langness & J. Nash (Eds.), *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*, 67-85.
- Balestrini, M. (2005). *La integración de los métodos cuantitativos y cualitativos en la investigación social*. Ponencia Presentada en las I Jornadas de Investigación y Postgrado de la Universidad Nacional Experimental Politécnica de la Fuerza Armada (UNEFA).
- Ballón, E. (1986). Movimientos sociales y sistema político: el lento camino de la democratización: síntesis nacional. En E. Ballón (Ed.), *Movimientos sociales y democracia: la fundación de un nuevo orden* (pp. 229- 251). Lima: DESCO.
- Banfield, E. (1958). *The Moral Basis of a Backward Society*. Glencoe, IL: The Free Press.
- Banfield, E. y Wilson, J. (1965). *City Politics*. Harvard University Press.
- Baquero, M. (2003). Capital social y cultura política en Brasil: Posibilidades y Límites. *América Latina Hoy*, 33, 157-177.
- Barnes, S. y Kaase, M., et al. (1979). *Political Action: Mass participation in Five Western Democracies*. Beverly Hills- Londres: Sage Publications.
- Barreda, J. (14 de septiembre del 2014). Clases medias sin políticos. *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/columnistas/de-lo-que-no-se-habla/clases-medias-sin-politicos-14-09-2014>
- Barreda, J. (12 de octubre del 2014). La democracia carismática (y su agenda). *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/columnistas/de-lo-que-no-se-habla/la-democracia-carismatica-y-su-agenda-12-10-2014>
- Bates, R., De Figueiredo, R. y Weingast, B. (1998). The Politics of Interpretation: Rationality, Culture, and Transition. *Politics & Society*, 26(4), 603-642.

- Bergere, J. (1984). Juventud, desempleo e ideología política. *Revista de Estudios de Juventud*, 15, 71-85.
- Bergere, J. (1991). Una perspectiva psicosociológica de la alienación. *Interacción Social*. Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 1-121.
- Bernales, E. (2004). La personificación del poder político: El Caso Peruano. *Foro jurídico*, 2 (3), 102-104.
- Berry, J., Poortinga, Y., Segall, M. y Dasen, P. (2002) Handbook of cross cultural psychology: Research and applications. Cambridge: Cambridge University Press.
- Berry, J. (1999). Emics and etics: A symbiotic relationship. *Culture and Psychology*, 5, 165-171.
- Blumer, H. (1969). The methodological position of symbolic interactionism. *Symbolic interactionism: Perspective and method*, 1-60.
- Blumer, H. (1993). *Collective behavior*. Irvington Pub.
- Blumer, H. (1982). *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método*. Barcelona: Hora.
- Booth J. A. y Seligson M.A. (2009). *The Legitimacy Puzzle in Latin America: Political Support and Democracy in Eight Nations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bourdieu, P. (1986). The forms of capital, en Richardson, J.E. (Ed.). *Handbook of Theory and Research for the sociology of education*. Nueva York: Greenwood.
- Borja, J. y Castells, M. (2000). *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. México: Taurus.
- Bovasso, G. (1992). Social structure in two national political subcultures. *Social Psychology Quarterly*, 55(3), 292-299.
- Bratton, M. y Mattes, R. (2001). Support for democracy in Africa: intrinsic or instrumental? *British Journal of Political Science*, 31, 447-474.
- Broek, A. y Heunks, F. (1994). Political culture: patterns of political orientations and behavior. Pp. 67-96 En: Ester, P.; Halman, L. y de Moor, R. (eds.). *The Individualizing Society: value change in Europe and North America*. Holanda: Tilburg University Press.
- Broom, L. y Selznick, P.H. (1976). Sociología. México: Compañía Editorial Continental, S.A.
- Brown, A. y Gray, J. (1980). *Cultura y cambios políticos en los estados comunistas*. México D.F: Editorial El Manual Moderno.
- Bruce, J. (2007). *Nos habíamos choleado tanto: Psicoanálisis y racismo*. Lima: Universidad de San Martín de Porres Fondo Editorial.
- Bruce, J. (01 de septiembre del 2014). El inconsciente no es mudo. *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/columnistas/el-factor-humano/el-inconsciente-no-es-mudo-01-09-2014>
- Brussino, S. y Rabbia, H. (2007). Análisis psicosocial de las tipologías de vinculación política de Dalton en la Argentina post 2001. *Psicología Política*, 35, pp. 53- 67.
- Burbano, F., Hurtado, E. y Ramírez, F. (2002). *Los usos de la cultura política. Diálogo con María Luz Morán*.
- Burbano de Lara, F. (2003). *Democracia, gobernabilidad y cultura política*. Quito: FLACSO.

- Calandria Asociación de Comunicadores Sociales (2011). *Reencuentros ciudadanos con la democracia desde la inclusión social. Cultura Política Ciudadana*. Lima: A.C.S. Calandria.
- Calderón, J. (2005). *La ciudad ilegal. Lima en el siglo XX*. Lima: UNMSM.
- Camp, R. (2001). Democracy through Latin American Lenses: An Appraisal. En R. Camp (Ed.), *Citizen views of democracy in Latin America* (pp. 3-23). Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Campbell, A., Gurin, G. y Miller, W. (1954). The voter decides. En: J. Harris (Ed), *The American Political Science Review* (pp. 225-228).
- Canales, M. y Peinado, A. (2007). En J. Delgado y J. Gutierrez (Eds.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Carreira da Silva, F., Clark, T.N. y Brito, M. (2013). *Political Culture*. The International Encyclopedia of Political Communication.
- Carrión, J. (2007). Authoritarianism and Democracy in the Andes: State Weakness, Hybrid Regimes, and Societal Responses. *Latin American Research Review*, 42(3), 222-234.
- Carrión, J.F.; Zárate, P. y Seligson, M. (2008). *Cultura política de la democracia en el Perú: el impacto de la gobernabilidad*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Carrión, J.F.; Zárate, P. y Seligson, M. (2010). *Cultura política de la democracia en el Perú: consolidación democrática en las Américas en tiempos difíciles*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Carrión, J.F.; Zárate, P. y Seligson, M. (2012). *Cultura política de la democracia en el Perú: hacia la igualdad de oportunidades*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Catterberg, E. (1989). Argentinos frente a la política: cultura política y la opinión pública en la transición argentina a la democracia. Buenos Aires. Planeta.
- Chaparro, H. (2012). *Segmentación por valores del peruano*. Lima: no publicado.
- Chaparro, H. (2009). Tipos de nacionalismo en el Perú. Diseño de una escala para medir nacionalismo. En M. Braun y C. Straw (Eds.), *Opinión Pública: una mirada desde América Latina* (pp. 351-366). Buenos Aires: Emecé Editores.
- Chávez, J. (1998). Juventud y participación política en los noventa: ¿renovando la cultura política en el Perú? *Cuestión de Estado*, 23, 71- 75.
- Chatterjee, P. (2007). *La nación en tiempos heterogéneos y otros estudios subalternos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Sephis, Clacso.
- Chilton, S. (1988). Defining Political Culture. *The Western Political Quarterly*, 41(3), 419-445.
- Clark, T. y Ferguson, L. (1993). *City Money: Political Processes, Fiscal Strain and Retrenchment*. New York: Columbia University Press.
- Clark, T. y Hoffmann-Martinot, V. (Eds.) (1998). *The New Political Culture*. Boulder, CO: Westview.
- Clark, T. (Ed.) (2003). *Trees and Real Violins: Building Post- Industrial Chicago*. Book Draft.
- Clark, T. y Navarro, C. (Eds.) (2007). *La nueva cultura política: tendencias globales y casos iberoamericanos*. Madrid: Miño y Dávila Editores.

- Clark, T. e Inglehart, R. (2007). La Nueva Cultura Política: cambios en el apoyo al Estado de Bienestar y otras políticas en las sociedades post industriales. En T. Clark y C. Navarro (Eds.), *La nueva cultura política: tendencias globales y casos iberoamericanos* (pp. 51-132). Madrid: Miño y Dávila Editores.
- Coleman, J. (1994). *Foundations of social theory*. Cambridge: Harvard University Press.
- Collier, D. (1978). Barriadas y élites: de Odría a Velasco. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Collier, D y Levitsky, S. (1997). Democracy with adjectives: conceptual innovation in comparative research. *World Politics*, 49(3), 430-451.
- Constantino, M. (1998). Reseña de “Cultura política. Enfoques teóricos y análisis empíricos” de Pilar del Castillo e Ismael Crespo (eds.). *Perfiles Latinoamericanos*, 11, 236-239.
- Cornejo, G. (2010). Sacando a la bestia del closet: autoritarismo y homofobia. En G. Portocarrero, J.C. Ubilluz y V. Vich (Eds.), *Cultura Política en el Perú: tradición democrática y democratización anómica* (pp.67-78). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Corporación Latinobarómetro (2013). Informe 2013. Versión electrónica. Santiago de Chile.
- Corporación Latinobarómetro (2009). Informe 2009. Versión electrónica. Santiago de Chile.
- Cotler, J. (1990). Segmentación social, fragmentación política y la cultura de la violencia en el Perú. Lima: s.n.
- Cotler, J. (1994). *Política y sociedad en el Perú: cambios y continuidades*. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Cotler, J. (2009). Clases, Estado y Nación en el Perú. Lima, IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Cotler, J. (24 de agosto del 2014). “En este país cada quien baila con su propio pañuelo”. Peru21. Recuperado de <http://peru21.pe/politica/este-pais-cada-quien-baila-su-propio-panuelo-2196523>
- Crabtree, J. (1996). Populismo y neopopulismo: la experiencia peruana. *Foro Internacional*, 36, 3(145), 566-584.
- Crabtree, J. (2005). *Alan García en el poder. Perú: 1985-1990*. Lima: PEISA.
- Crabtree, J. (2010). Democracy without Parties? Some Lessons from Perú. *Journal of Latin American Studies*, 42(2), 357- 382.
- Crespo, J.A. (2007). *Cultura política y consolidación democrática (1997-2006)*. *Documentos de trabajo del CIDE México*, 191, 1- 50.
- Cruces, F. y Díaz de Rada, A. (1995). La cultura política, ¿es parte de la política cultural, o es parte de la política, o es parte de la cultura? *Política y Sociedad*, 18, 65-183.
- Dalton, R. (1984). Cognitive Mobilization and Partisan Dealignment in Advanced Industrial Democracies. *The Journal of Politics*, 46(1), 264-284.
- Dalton, R. y Wattenberg, M. (2000). *Parties without partisans. Political change in advanced industrial democracies*. Oxford: Oxford University Press.

- Dalton, R. (2006). *Democratic Challenges–Democratic Choices: the erosion of political support in advanced industrial democracies*. New York: Oxford University Press.
- Dalton, R. y Welzel, C. (2014). Chapter 1. Political Culture and value change. En: R. Dalton y C. Welzel (Eds.), *The Civic Culture Transformed: From Allegiant to Assertive Citizens*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Dargent, E. (2009). *Demócratas precarios. Elites y debilidad democrática en el Perú y América Latina*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Datler, G., Jagodzinski, W. y Schmidt, P. (2013). Two theories on the test bench: Internal and external validity of the theories of Ronald Inglehart and Shalom Schwartz. *Social Science Research*, 42, 906-925.
- Datum Internacional (2014). Encuesta alcaldía de Lima- 21 de septiembre 2014. Lima, Perú.
- Davis, D. y Davenport, C. (1999). Assessing the validity of post-materialism index. *American Political Science Review*, 93 (3), 649–664.
- De Althaus, J. (2007). *La revolución capitalista en el Perú*. Lima: FCE.
- De Echave, J. (2011). La minería peruana y los escenarios de transición. En A. Alayza y E. Gudynas (Eds.), *Transiciones. Post extractivismo y alternativas al extractivismo en el Perú* (pp. 61-91). Lima: RedGE, CEPES.
- Degregori, C.I. (1984). Huayno, ‘chicha’: el nuevo rostro de la música peruana. *Cultura Popular*, 13/14, 187-192.
- Degregori, C.I. (1988). Cultura y democracia. En A. Adrianzén, R. Alayza y R. Ames (Eds.), *Democracia: Realidades y perspectivas* (pp. 81-102). Lima: Instituto Bartolomé de las Casas- Rímac.
- Degregori, C.I. (1994). Dimensión cultural de la experiencia migratoria. *Páginas*, 19 (130), 18-29.
- Degregori, C.I. (1999). Cosechando tempestades: las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso en Ayacucho”. En S. Stern (Ed.), *Los senderos insólitos del Perú* (pp. 133-159). Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos y UNSCH Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.
- Degregori, C.I. (2000). *No hay país más diverso. Compendio de antropología peruana*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Degregori, C.I. (2011). *Qué difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999*. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Degregori, C.I. (2013). *Obras escogidas III. Del mito del inkarri al mito del progreso. Migraciones y cambios culturales*. Lima: IEP.
- Degregori, C.I., Blondet, C. y Lynch, N. (1986). *Conquistadores de un nuevo mundo: De invasores a ciudadanos en San Martín de Porras*. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Degregori, C.I. y Grompone, R. (1991). Elecciones 1990. Demonios y redentores en el nuevo Perú. Una tragedia en dos vueltas. Lima: IEP.
- De la Flor, M. (2000). *Cultura cívica en ambulantes de Lima: concepto de política y confianza interpersonal*. Nak aut.

- De la Puente, J. (12 de septiembre del 2014). La política ya fue III. *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/columnistas/la-mitadmasuno/la-politica-ya-fue-iii-12-09-2014>
- Delfino, G. y Muratori, M. (2011). *Análisis factorial confirmatorio de la escala de valores de Schwartz*. Memoria Académica: Universidad Nacional de la Plata.
- Delgado, J. y Gutierrez, J. (2007). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*. Madrid: Editorial Síntesis.
- De Remes, A. (2001). Elección racional, cultura y estructura: tres enfoques para el análisis político. *Revista Mexicana de Sociología*, 63(1), 41-70.
- De Soto, H. (1986). *El otro Sendero*. Lima: Instituto Libertad y Democracia.
- Del Castillo, P. y Crespo, I. (Eds.). (1997). *Cultura Política, enfoques teóricos y análisis empíricos*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Del Río, P. (25 de septiembre del 2014). Choro soy. *El Comercio*. Recuperado de <http://elcomercio.pe/opinion/rincon-del-autor/choro-soy-patricia-rio-noticia-1759410>
- DEMUS (2005). *Estudio para la Defensa de los Derechos de la Mujer*. Lima.
- Diamond, L. (1993). Political culture and democracy in developing countries. Boulder, CO: Lynne Rienner.
- Diamond, L. (2002). Thinking about hybrid regimes. *Journal of Democracy*, 13(2), 21-35.
- Díaz-Albertini, J. (2010). *Redes cercanas: El capital social en Lima*. Lima: Editorial Universidad de Lima.
- Díaz de Landa, M. (2007). Las viejas y las nuevas culturas políticas en ciudades argentinas. En: T. Clark y C. Navarro (Eds.), *La Nueva Cultura Política: tendencias globales y casos iberoamericanos* (pp. 335- 370). Madrid: Miño y Dávila Editores.
- Dietz, H. (1986). *Pobreza y participación política bajo un régimen militar*. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.
- Dietz, H. (2000). *Pobreza urbana y participación política y política estatal: Lima 1970-1990*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Dietz, H. y Myers, D. (2007). From thaw to deluge: Party System Collapse in Venezuela and Peru. *Latin American Politics and Society*, 49(2), 59-86.
- Dittmer, L. (1977). Political Culture and Political Symbolism: Toward a Theoretical Synthesis. *World Politics*, 29(4), 552-583.
- Durand, V. (1997). Las subculturas políticas de izquierda y de derecha entre los alumnos de la UNAM. *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, 52 (560-561), 37-44.
- Durand, V. y Smith, M. (1996). *Construcción de escalas para la medición de la cultura política de masas*. México: UNAM-IIS.
- Durand, V. (2004). *Ciudadanía y Cultura Política: México 1993-2001*. México: Siglo XXI.
- Durston, J. (2000). *¿Qué es el capital social comunitario?* Políticas Sociales. División de Desarrollo Social. Santiago de Chile: CEPAL ECLAC.

- Eagly, A. y Chaiken, S. (1993). *The Psychology of Attitudes*. The University of Michigan: Harcourt Brace Jovanovich College Publishers.
- Easterly, W. (2001). The middle class consensus and economic development. *Journal of Economic Growth*, 6(4), 317-335.
- Easton, D. (1975). A reassessment of the concept of political support. *British Journal of Political Science*, 5(4), 435-457.
- Eckstein, H. (1988). A culturalist theory of political change. *The American Political Science Review*, 82(3), 789-804.
- Ekman, J., y Amnå, E. (2012). Political participation and civic engagement: Towards a new typology. *Human Affairs*, 22(3), 283-300.
- Elazar, D. (1966). *American Federalism: A View From the States*. New York: Thomas Y. Crowell.
- Elazar, D. (1984). *American Federalism: A View From the States* (3rd ed.). New York: Harper & Row.
- Eliasoph, N. (1990). Political Culture and the Presentation of a Political Self. A study of the public sphere in the spirit of Erving Goffman. *Theory and Society*, 19(4), 465-494.
- Eliasoph, N. y Lichterman, P. (2003). Culture in interaction. *American Journal of Sociology*, 108(4), 735-794.
- Elkins, D. y Simeon, R. (1979). A cause in search of its effect, or what does political culture explain. *Comparative Politics*, 11(2), 426-443.
- Ester, P.; Halman, L. y Rukavishnikov, V. (1997). *From Cold War to Cold Peace? A comparative empirical study of Russian and western political cultures*. Tilburg-Holanda: Tilburg University Press.
- Fazio, R.H., Roskos-Ewoldsen, D.R. y Powell, M.C. (1994). Attitudes, perception, and attention. En P.M. Niedenthal y S. Kitayama (Eds.), *The heart's eye: Emotional influences in perception and attention* (pp. 197-216). Orlando, FL: Academic.
- Feather, N. y McKee, I. (2008). Values and prejudice: predictors of attitudes towards Australian aborigines. *Australian Journal of Psychology*, 60(2), 80-90.
- Fernández, C. (2003). *Psicologías sociales en el en el umbral del siglo XXI*. Madrid, Fundamentos.
- Fernández-Maldonado, A. (2013). La marcha de las barriadas en la segunda mitad del siglo XX. En: C. Aguirre y A. Panfichi, *Lima, siglo XX. Cultura, socialización y cambio* (pp. 57-81). Lima: PUCP.
- Ferreira, F.; Messina, J.; Rigolini, J. Lopez-Calva, L.F.; Lugo, M. y Vakis, R. (2013). *La movilidad económica y el crecimiento de la clase media en América Latina*. Washington, DC: Banco Mundial.
- Finifter, A. (1970). Dimensions of Political Alienation. *The American Political Science Review*, 64(2), 389-410.
- Fishbein, M. y Azjen, I. (1975). Belief, attitude, intention and behaviour. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Fishbein, M. y Azjen, I. (2010). *Predicting and Changing Behavior: The Reasoned Action Approach*. Psychology Press, New York.

- Fitzgerald, E. V. K. (1983). Capitalismo de Estado en el Perú. Limitaciones de un modelo de desarrollo económico. En C. McClintock y A. Lowenthal (Eds.). *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Flores Galindo, A. (1987). El Perú hirviente de estos días...una reflexión sobre violencia política y cultura en el Perú contemporáneo. En Klaiber, J. (Ed.). *Violencia y crisis de valores en el Perú: trabajo interdisciplinario*. Lima: PUCP. Departamento de Humanidades.
- Ford, E. (2004). El proceso de transición democrática en el Perú y el liderazgo de Toledo. *Enfoques*, 2, 143-156.
- Formisano, R. (2001). The Concept of Political Culture. *Journal of Interdisciplinary History*, 31(3), 393-426.
- Franco, C. (1991). "Exploraciones en 'otra modernidad': de la migración a la plebe urbana". *Imágenes de la sociedad peruana. La otra modernidad*. Lima: CEDEP Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación, 79-110.
- Franco, C. (1989). *Informales: nuevos rostros en la vieja Lima*. Lima: CEDEP Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación.
- Fukuyama, F. (1996). *Confianza (Trust)*. Buenos Aires: Atlántida.
- Ganoza, C. y Stiglich, A. (2015). *El Perú está calato*. Lima: Planeta.
- García Ferrando, M. (1996). La encuesta. En M. García Ferrando, J. Ibáñez y F. Alvira (Eds.). *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza Editorial.
- García, G. & Manzano, J. (2010) Procedimientos metodológicos básicos y habilidades del investigador en el contexto de la teoría fundamentada. En: Revista de ciencias sociales y humanidades, 69, 31. pp. 17-39
- García, R. (2007). La personalidad autoritaria y la cultura cívica: De Adorno a Almond y a Verba. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 49(201), 13-30.
- García, R. (2006). Crítica de la teoría de la cultura política. *Política y Cultura*, 26, 133-155
- García, L. (2005). *Sistema Valorativo de Estudiantes de Pregrado y Preuniversitarios de la Pontificia Universidad Católica del Perú*. Tesis para optar al Grado de Licenciada en Psicología con Mención en Psicología Social. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Garretón, M. (1991). *Cultura política y sociedad en la construcción democrática*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Garretón, M. (1991). *Problemas y desafíos en la participación política de los jóvenes*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Garretón, M. (2000). *Política y sociedad entre dos épocas: América Latina en el cambio de siglo*. Rosario: Homo Sapiens.
- Garzón, A. (1998). Familismo y creencias políticas. *Psicología Política*, 17, 101-128.
- Geertz, C. (1994). *Conocimiento Local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós.

- GfK (2008). *Informe nacional sobre la percepción de los derechos de la ciudadanía*. Elaborado por encargo de la Defensoría del Pueblo. Lima: Autores.
- GfK (2012). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Marzo 2012. A veinte años del autogolpe*. Lima: Autores.
- GfK (2012). *Informe Roper. Estudio sobre valores a nivel nacional*. Lima: Autores.
- GfK (2013). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Mayo 2013. La Izquierda peruana*. Lima: Autores.
- GfK (2013). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Junio 2013. Fujimorismo*. Lima: Autores.
- GfK (2014). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Marzo 2014. Protestas*. Lima: Autores.
- GfK (2014). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Abril 2014. Democracia*. Lima: Autores.
- GfK (2014). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Abril 2014. Unión Civil*. Lima: Autores.
- GfK (2014). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Mayo 2014. Seguridad Ciudadana*. Lima: Autores.
- GfK (2014). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Mayo 2014. Temas de política*. Lima: Autores.
- GfK (2014). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Junio 2014. Temas de política*. Lima: Autores.
- GfK (2014). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Julio 2014. Temas de política*. Lima: Autores.
- GfK (2014). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Agosto 2014. Temas de política*. Lima: Autores.
- GfK (2014). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Septiembre 2014. Temas de política*. Lima: Autores.
- GfK (2014). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Octubre 2014. Temas de política*. Lima: Autores.
- GfK (2014). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Noviembre 2014. Temas de política*. Lima: Autores.
- GfK (2014). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Diciembre 2014. Temas de política*. Lima: Autores.
- GfK (2015). *Encuesta de opinión a nivel nacional- Enero 2015. Temas de política*. Lima: Autores.
- Gilbert, L. y Mohseni, P. (2011). Beyond authoritarianism: The conceptualization of hybrid regimes. *Sta. Compa Inti De*, 46, 270-297.
- Glass, G. & Stanley, J. (1988). *Métodos Estadísticos Aplicados a las Ciencias Sociales*. México D.F.: Prentice Hall.
- Gold, J. y Robbins, M. (1979). Attitudes and values: a further test of the semantic memory model. *Journal of Social Psychology*, 108, 75-81.
- Golpe, J. y Adams, N. (1987). *Los caballos de Troya de los invasores: estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima*. IEP Instituto de Estudios Peruanos.

- González, G. (1 de mayo del 2010). Solo el 21% está en planilla en Lima. *Perú21*. Recuperado de <http://peru21.pe/noticia/470255/solo-21-esta-planillas-lima>
- González, J. (2001). El paradigma interpretativo en la investigación social y educativa: nuevas respuestas para viejos interrogantes. *Cuestiones Pedagógicas: Revista de Ciencias de la Educación*, 15, 227-246.
- Retachen H. y Levitsky, S. (Eds.) (2006). *Informal institutions and democracy: lessons from Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Grompone, R. (1991). *El velero en el viento. Política y sociedad en Lima*. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Grompone, R. (2005). *La escisión inevitable. Partidos y movimientos en el Perú actual*. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Grompone, R. (2012). *La creciente vigencia de movimientos y partidos regionales. Sus alcances y límites*. Lima: Jurado Nacional de Elecciones (JNE).
- Grompone, R., y Tanaka, M. (2009). *Entre el crecimiento económico y la insatisfacción social: las protestas sociales en el Perú actual*. Lima: IEP.
- Gu, M.L. (2013). Inglehart-Welzel's Traditional vs. Rational index revisited: A comparison between China and the West. *Asian Journal of Social Psychology*, 16, 213-227.
- Gu, M.L. y Bomhoff, E. (2012). East Asia remains different: A coment on the index of "self-expression values", by Inglehart and Welzel. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 43(3), 373-383.
- Guerrero, R. y Sánchez León, A. (1977). *La Trampa Urbana. Ideología y problemas urbanos: el caso de Lima*. Lima: DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.
- Hair, J.F., Anderson, R.E., Tatham, R.L. y Black W.C. (1999). *Análisis Multivariante*. Madrid: Prentice Hall.
- Haller, M. (2002). Theory and Method in the Comparative Study of Values: Critique and Alternative to Inglehart. *European Sociological Review*, 18(2), 139-158.
- Hanifan, L. (1916). The rural school community center. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 67, 130-138.
- Hayes, B. y Bean, C. (1993). Political efficacy: a comparative study of the United States, West Germany, Great Britain and Australia. *European Journal of Political Research*, 2, 261-280.
- Hemilse Acevedo, M. (2011) La integración de metodologías: algunas posturas acerca de sus posibilidades y dificultades, en Contribuciones a las Ciencias Sociales, mayo 2011, www.eumed.net/rev/cccss/12/
- Heras, L. (2002). Cultura política: el estado del arte contemporáneo. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 9(30), 275-291.
- Herrera, D. y Lens, W. (2003). *Changes in Future Time Perspective according to the educational level and its association with Values among Adolescents of Private and Public Schools and Universities in Lima*. Symposium-28 th. Interamerican Congress of Psychology, Lima-Perú.

- Hofstede, G. (1980). *Culture's Consequences: International Differences in Work related Values*. Beverly Hills (CA): Sage Publications.
- Huber, J. e Inglehart, R. (1996). La izquierda y la derecha en 42 sociedades. *Este País*, 66, 2-16.
- Huber, L. (2002). *Consumo, cultura e identidad en el mundo globalizado. Estudio de caso en los Andes*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- Huber, L. (2008). *Romper la mano: una interpretación cultural de la corrupción*. Lima: Proética, Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- Hurtado, W. (1997). La música y los jóvenes de hoy los hijos de la chicha. En C. Balbi (Ed.), *Lima: aspiraciones, reconocimiento y ciudadanía en los noventa* (pp. 85-106). Lima: PUCP.
- Hyman, H. (1969). *Political socialization: a study in the psychology of political behavior*. New York: Free Press.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática INEI (2007). Censo Nacional 2007- XI de Población y VI de vivienda.
- Inglehart R. (1988). The renaissance of political culture. *American Political Science Review*, 82(4), 1203-1230.
- Inglehart R. (1988). Cultura política y democracia estable. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 42, 45-65.
- Inglehart, R. (1991). *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Madrid: Siglo XXI- Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Inglehart, R. (1999). Globalization and Postmodern Values. *The Washington Quarterly*, 23(1), 215-228.
- Inglehart, R. (2000). *Modernización y Postmodernización: el cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*. Madrid: Siglo XXI- Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Inglehart, R. y Baker, W. (2000). Modernization, Cultural Change and the Persistence of traditional values. *American Sociological Review*, 65(1), 19-51.
- Inglehart, R. Basáñez, M.; Díez-Medrano, J.; Halman, L. y Luijkx, R. (Eds.). (2004). *Human beliefs and values: a cross-cultural sourcebook based on the 1999-2002 value surveys*. México: Siglo XXI.
- Inglehart, R. y Carballo, M. (1997). Does Latin America exist? (And is there a Confucian culture?): A global analysis of cross-cultural differences. *Political Science & Politics*, 30(1), 34-46.
- Inglehart, R. y Oyserman, D. (2004). Individualism, Autonomy and Self Expression: The Human development syndrome. En H. Vinken; J. Soeters y P. Ester (Eds.), *Comparing Cultures, Dimensions of Culture in a Comparative Perspective* (pp. 1-41). Holanda: Brill.
- Inglehart, R. y Welzel, C. (2006). *Modernización, Cambio Cultural y democracia: la secuencia del desarrollo humano*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Inglehart, R. (2008). Changing values among Western Publics from 1970 to 2006. *West European Politics*, 31, (1-2), 130-146.

- Inglehart, R. y Weizel, C. (2008). El rol de la gente común en la democratización. *Journal of Democracy*, 19(1), 174-190.
- Inkeles, A. y Smith, P. (1974). *Becoming Modern: individual changes in six developing countries*. Cambridge (MA): Harvard University Press.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) (2013). Evolución de la pobreza monetaria 2007-2012. Lima: Autores.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) (2012). Capítulo 7: Servicios Sociales. En: *Estadísticas municipales 2012. Registro Nacional de Municipalidades* (pp. 43-50). Lima: Autores.
- Ippel, L., Gelissen, J. y Moors, G. (2013). Investigating Longitudinal and Cross Cultural Measurement Invariance of Inglehart's Short Post-materialism Scale. *Soc Indic Res*, 115, 919-932.
- Ipsos Apoyo (2012). *VII Encuesta Nacional sobre percepciones de la corrupción en el Perú 2012*. Elaborado por encargo de Proética. Lima: autores.
- Ipsos Apoyo (2014). Corrupción descentralizada. *Opinión data- resumen de encuestas a la opinión pública*, 14 (180), Junio 2014. Lima: autores.
- Ipsos Apoyo (2014). Elecciones inciertas. *Opinión data- resumen de encuestas a la opinión pública*, 14 (183), Septiembre 2014. Lima: autores.
- Jackman, R. y Miller, R. (1996). A Renaissance of Political Culture? *American Journal of Political Science*, 40(3), 632-659.
- Jaramillo, F. y Zambrano, O. (2013). *La clase media en Perú: cuantificación y evolución reciente*. Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- Jasny, L. (2013). Relational Political Culture: A Critique of Inglehart's Post-Materialist Thesis. En American Political Science Association (APSA) (Ed.), Annual Meeting Paper.
- Jiménez, M. y Piñero, M. (2014). Las emociones y la resistencia al cambio de las actitudes. *Revista Española de Investigación de Marketing ESIC*, 18, 17-31.
- Johnson, J. (2003). Conceptual problems as obstacles to progress in political science: four decades of political culture research. *Journal of Theoretical Politics*, 15(1), 87-115.
- Jurado Nacional de Elecciones (2004). *Democracia y cultura política*. Lima: JNE.
- Karl, T.L. (1995). The Hybrid Regimes of Central America. *Journal of Democracy*, 6(3), 72-86.
- Katz, D. (1960). The functional approach to the study of attitudes. *Public Opinion Quarterly*, 24, 27-46.
- Katz, E. y Lazarsfeld, P.F. (1979). *La influencia personal. El individuo en el proceso de comunicación de masas*. Barcelona: Editorial Hispano Europea.
- Keltner, D. y Gross, J. (1999). Functionalist accounts of emotions. *Cognition and Emotion*, 13(5), 467-480.
- Kennedy, W. y Hall, J. (2005). Diversity, Ethnicity and Consumption, *International Journal of Diversity*, 5(3), 71-77.
- Kenney, C. (2003). The death and rebirth of a party system, Peru 1978-2001. *Comparative political studies*, 36(10), 1210-1239.

- Kisic, D. (1999). Privatizaciones, inversiones y sostenibilidad de la economía peruana. En J. Crabtree y J. Thomas (Eds.), *El Perú de Fujimori* (pp. 75-113). Lima: CIUP Universidad del Pacífico e IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Klesner, J. (2007). Social Capital and political participation in Latin America: Evidence from Argentina, Chile, Mexico and Peru. *Latin American Research Review*, 42(2), 1-32.
- Kline, R. (1998). *Principles and practice of structural equations modeling*. New York: Guilford Press.
- Klingeman, H.D. (1999). Dissatisfied Democrats. Evidence from Old and New Democracies. Artículo posteriormente publicado en R. Dalton y C. Welzel (Eds.) (2013), *The Civic Culture Revisited: From Allegiant to Assertive Citizens*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Knight, J. y Farrell, H. (2003). Trust, institutions and institutional evolution: Industrial districts and the social capital hypothesis. *Politics & Society*, 31(4), 537-556.
- Krishna, A. (2002). Enhancing political participation in democracies. What is the role of social capital? *Comparative Political Studies*, 35(4), 437-460.
- Krosnick, J.A. y Petty, R.E. (1995). Voting behavior. En Manstead, A. & Hewstone, M. (Eds.), *Blackwell encyclopedia of social psychology*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Krotz, E. (1990). Antropología, elecciones y cultura política. *Nueva Antropología*, 11(38), 9-19.
- Kuhn, T. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- La Cruz, J. (2010). Más allá de la cholificación: movilidad social ascendente entre los aimaras de Unicachi en Lima. *Debates en Sociología*, 35, 107-132.
- Langton, K., Scurrah, M. y Franco, C. (1981). Personalidad, Poder y Participación. Lima: Centro de Estudios para el Desarrollo.
- Lagos, M. (2003). A Road with no return? *Journal of Democracy*, 14(2), 163-173.
- Lagos, M. (2003). Support for and satisfaction with democracy. *International Journal of Public Opinion research*, 15(4), 471-487.
- Lagos, M. (2007). *Informe Latinobarómetro 2007*. Santiago de Chile.
- Laitin, D. y Wildavsky, A. (1988). Political Culture and Political Preferences. *The American Political Science Review*, 82(2), 589- 597.
- Landi, O. (1991). *La cultura política de la postransición*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Lane, R. (1959) *Political Life: Why People Get Involved in Politics*. United States: Free Press
- Lane, R. (1962) *Political Ideology: Why the American Common Man Believes What He Does*. United States: Free Press.
- Lane, R. (1992). Political Culture: Residual category or general theory. *Comparative Political Studies*, 25(3), 362-387.
- Laudan, L. (1977). *Progress and its problematics*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Lauer, R. y Handel, W. (1977) *Social Psychology. The theory and application of Symbolic Interactionism*. Boston: Houghton Mifflin Company.

- Lechner, N. (Eds.). (1987). *Cultura política y democratización*. Santiago de Chile: FLACSO.
- León, J. (02 de marzo del 2014). Fe y Alegría: Un ejemplo de colegio público con educación de calidad. *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/02-03-2014/fe-y-alegria-un-ejemplo-de-colegio-publico-con-educacion-de-calidad>
- Lerner, J.S., Han, S. y Keltner, D. (2007). Feelings and consumer decision making: Extending the appraisal-tendency framework. *Journal of Consumer Psychology*, 17, 184-187.
- Levi, M. (1996). Social and unsocial capital: a review essay of Robert Putnam's *Making Democracy Work*. *Political and Society*, 24, 45-55.
- Levine, D. (1974). Issues in the study of culture and politics: A view from Latin America. *Publius*, 4(2), 77-104.
- Levitsky, S. y Way, L. (2002). The Rise of competitive authoritarianism. *Journal of Democracy*, 13(2), 51-65.
- Levitsky, S. y Cameron, M. (2003). Democracy without parties? Political parties and regime change in Fujimori's Peru. *Latin American Politics and Society*, 45(3), 1-33.
- Levitsky, S. (19 de febrero del 2012). Construcción de partidos y paradoja del fujimorismo. *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/columnistas/punto-de-vista-steven-levitsky/construccion-de-partidos-y-paradoja-del-fujimorismo-19-02-2012>
- Levitsky, S. (05 de octubre del 2014). Elecciones y tarados. *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/columnistas/aproximaciones/elecciones-y-tarados-05-10-2014>
- Lichterhan, P. y Cefai, D. (2006). The idea of political culture. En R. Goodin, y C. Tilly, (Eds.), *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis* (pp. 392-414). Oxford: Oxford University Press.
- Lijphart, A. (1980). Chapter 2: The structure of inference. En: Almond, G. y Verba, S. (Eds.). (1980). *The Civic Culture Revisited*. Boston: Little Brown & Co.
- Lin, N. (2002). *Social Capital: A theory of social structure and action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lin, N., Cook, K. y Burt, R. (2001). *Social capital: Theory and research*. Nueva York. Aldine de Guyter.
- Lindesmith, A., Strauss, A. y Denzin, N. (2006). *Psicología Social. Colección Monografías N° 228*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Linz, J.J. (1987). *La quiebra de las democracias*. Alianza Editorial.
- Lynch, N. (1992). *La transición conservadora. Movimiento social y democracia en el Perú, 1975-1978*. Lima: El Zorro de Abajo Ediciones.
- Lynch, N. (1999). *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos y el origen de los independientes. Perú 1980-1992*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM).
- Lippman, W. (1922). *Public Opinion*. New York: Macmillan.

- Lipset, S.M. (1996). Repensando los requisitos sociales de la democracia. *Agoranúm*, 5, 29-65.
- Lima Cómo Vamos (2012). *Encuesta 2012 Lima Cómo Vamos*. Lima: Autores.
- Lima Cómo Vamos (2013). *Encuesta 2013 Lima Cómo Vamos*. Lima: Autores.
- López, S. (1997). Ciudadanos reales e imaginarios. Lima: Instituto Democracia y Sociedad.
- López, S. (07 de agosto del 2014). Entre el susto y el suicidio. *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/columnistas/el-zorro-de-abajo/entre-el-susto-y-el-suicidio-07-08-2014>
- Lynch, N. (1992). *La transición conservadora. Movimiento social y democracia en el Perú, 1975-1978*. Lima: El Zorro de Abajo Ediciones.
- Lynch, N. (1999). *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos y el origen de los independientes. Perú 1980-1992*. Lima: UNMSM.
- Macassi, S. (1994). Cultura política de la eficacia: ¿qué hay tras la discusión dictadura de orden constitucional? *Socialismo y participación*, 58, 65-75.
- Machado, F., Scartascini, C., y Tommasi, M. (2011). Political Institutions and Street Protests in Latin America. *Journal of Conflict Resolution*, 55(3), 340–365.
- Magaloni, B., Díaz-Cayeros, A. y Estévez, F. (2007). Clientelism and Portafolio Diversification: a model of electoral investment with applications to Mexico. En: H. Kitschelt y S. Wilkinson (Eds.), *Patrons, clients and policies: patterns of democratic accountability and political completion* (pp. 182-205). Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Magaloni, B. y Romero, V. (2008). Partisan Cleavages, State Retrenchment, and Free Trade: Latin America in the 1990s. *Latin American Research Review*, 43(2), 107-135.
- Meynaud, J. y Lancelot, A. (1965). *Las actitudes políticas*. Buenos Aires: Eudeba.
- Mahoney, J. (2010). After KKV: The new methodology of qualitative research. *World Politics*, 62(1), 120-147.
- Maio, G.R., Olson, J.M. y Cheung, I. (2012). Attitudes in social behavior. En: I. Weiner, H. Tennen y J. Suls (Eds.). *Personality and Social Psychology*. Chichester: Wiley Publishers, 275-304.
- Manrique, N. (2006). Democracia y nación. La promesa pendiente. En PNUD (Ed.), *La democracia en el Perú: Proceso histórico y agenda pendiente* (pp. 13-56). Lima: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Manrique, N. (2009). *¡Usted fue aprista!: Bases para una historia crítica del APRA*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Manrique, N. (2010). Cultura, política e identidad. El Apra y el poder. En G. Portocarrero, J.C. Ubilluz y V. Vich (Eds.), *Cultura Política en el Perú: tradición democrática y democratización anómica* (pp.31-52). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Martínez, J. (2003). Cultura política y democracia: el caso de los sectores populares de San Juan de Lurigancho de Lima. *Scientia*, 5(5), 181-204.

- Martins, J. (2004). El índice de participación y la importancia en la educación. *Opinión pública*, 2, 268-287.
- Mateos, A. (2004). Una aproximación a las actitudes políticas de los españoles mediante una estructura dimensional inductiva. *Estudio Socio Jurídico*, 6(2), 90-116.
- Matos Mar, J. (1977). *Las barriadas de Lima 1957*. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Matos Mar, J. (1986). *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Matos Mar, J. (2004). *Desborde Popular y crisis del Estado. Veinte años después*. Lima: Fondo Editorial del Congreso.
- Matos Mar, J. (2010). *Estado desbordado y sociedad nacional emergente. Historia corta del proceso peruano: 1940-2010*. Lima: Universidad Ricardo Palma Editorial Universitaria.
- Mead G.H. (1982) *Espíritu, Persona y Sociedad*. Barcelona, Paidós.
- Medina, L. (2005). Confianza social y sociabilidad. En M. Torcal (Ed.), *España: sociedad y política en perspectiva comparada (un análisis de la primera ola de la Encuesta Social Europea)* (pp. 97-112). Valencia: Tirant lo Blanch.
- Meléndez, C. y Vergara, A. (Eds.). (2010). *La iniciación de la política: el Perú político en perspectiva comparada*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Meléndez, C. y León, C. (2010). Peru 2009: The Legacies of the Authoritarianism. *Revista de Ciencia Política*, 30(2), 451-477.
- Meléndez, C. (2011). El partido del silencio. Castañeda Lossio y la evolución de una organización personalista. En C. Meléndez (Ed.), *Anti-candidatos. Guía analítica para unas elecciones sin partidos* (pp. 21-39). Lima: Mitin Editores.
- Meléndez, C. (2012). *Partidos inesperados. La institucionalización del sistema de partidos en un escenario de post colapso partidario. Perú 2001-2011*. Lima: Instituto Friedrich Ebert.
- Merelman, R. (1998). The Mundane Experience of Political Culture. *Political Communication*, 15, 515-535.
- Merton, R. K., & Kendall, P. L. (1946). The focused interview. *American journal of Sociology*, 541-557.
- Merton, R. K., Fiske, M. y Kendall, P. *The focussed interview*. New York: The Free Press.
- Merton, R. K. (1987). The focussed interview and focus groups: Continuities and discontinuities. *Public Opinion Quarterly*, 550-566.
- Millán, C. (2008). Cultura política: acercamiento conceptual desde América Latina. *Perspectivas de la Comunicación*, 1(1), 42- 55.
- Millán, R. y Gordon, S. (2004). Capital social: una lectura de tres perspectivas clásicas. *Revista Mexicana de Sociología*, 66(4), 711-747.
- Min, X. (2003). Rational Choice Theory in Comparative Politics. Review Essay, Week 5, IS 816 *Comparative Politics*.

- Miranda, O. (12 de octubre del 2014). El chibolo más popular del arenal. *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/12-10-2014/el-chibolo-mas-popular-del-arenal>
- Moises, A. (1995). *Los brasileños y la democracia: bases sociopolíticas de la legitimidad democrática*. Sao Paulo: Atica.
- Moisés, J. (1990). Elecciones, participación y cultura política: cambios y continuidades. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 50(90), 61-109.
- Mondak, J. y Canache, D. (2014). Personality and political culture in the American States. *Political Research Quarterly*, 67, 26-41.
- Montero, J., Zmerli, S. y Newton, K. (2008). Confianza social, confianza política y satisfacción con la democracia. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 122, 11-54.
- Morales, L. (2006). Instituciones, movilización y participación política: el asociacionismo político en las democracias occidentales. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Morán, M. y Benedicto, J. (1995). *La cultura política de los españoles: un ensayo de reinterpretación*. Madrid. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Morán, M. (1999). Los estudios de cultura política en España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 85(99), 97-129.
- Morán, M. (2000). La cultura política en España: interrogantes, debates y aportaciones.
- Morán, M. (2008). Clases medias, cultura y política: una relación por investigar. *Pensamiento Iberoamericano*, 10, 245-272.
- Morán, M. (2011). La cultura política de las mujeres. Un campo de estudio todavía por explorar. *Psicología Política*, 42, 45-68.
- Morán, M. (2013). Las aportaciones del análisis sociopolítico al estudio de la socialización y la cultura políticas del franquismo. En M. Ruiz-Carnicer (Ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)* (pp. 401-423). Zaragoza: Institución "Fernando el Católico".
- Morgan, D. (1988). *Focus groups as qualitative research*. California: Sage Publications.
- Moscovici, S. (1981) *Psicología de las minorías activas*. Madrid. Ediciones Morata.
- Montoya, R. (1987). Cultura y democracia en el Perú: algunos elementos para la discusión. Lima, CEDOC.
- Mujica, L. (1998). *Los valores en jóvenes estudiantes universitarios. El caso de los cachimbos 1997-1 y 1997-2*. Lima: Centro de Investigaciones Sociológicas Económicas, Políticas y Antropológicas CISEPA. Departamento de Ciencias Sociales PUCP.
- Mujica, J. (2005). Estrategias de corrupción. Poder, autoridad y redes de corrupción en espacios locales. En O. Ugarteche (Ed.), *Vicios, poder y corrupción públicos* (pp. 133-160). Lima: Fondo de cultura económica, Casa de Estudios de Socialismo.
- Muller, E. y Seligson, M. (1994). Civic Culture and Democracy: The Question of causal relationships. *The American Political Science Review*, 88(3), 635-652.

- Munck, G. (2010). Los orígenes y la durabilidad de la democracia en América Latina: avances y retos de una agenda de investigación. *Revista de Ciencia Política*, 30 (3), 573-597.
- Muñoz, P. (2013). Campaign clientelism in Peru: an informational theory. Dissertation presented to the Faculty of the Graduate School of the University of Texas at Austin for the Degree of Doctor of Philosophy.
- Murakami, Y. (2000). *La democracia según C y D. Un estudio de la conciencia y el comportamiento políticos de los sectores populares de Lima*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Murakami, Y. (2007). *Perú en la era del chino. La política no institucionalizada y el pueblo en busca de un salvador*. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos y CIAS.
- Murga, A. (2008). Cultura Política: un inventario bibliográfico (1985-2005). *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica*, 121, 107-131.
- Murga, A. (2012). *Cultura Política: una introducción teórica y metodológica*. Tegucigalpa: Editorial Universitaria/ Editorial Iberoamericana.
- Nardulli, P. (1990). Political Subcultures in the American States: An Empirical Examination of Elazar's Formulation. *American Politics Quarterly*, 18, 287-315.
- Navarro, C. (2007). La Nueva Cultura Política como agenda de investigación. En: T. Clark y C. Navarro (Eds.), *La Nueva Cultura Política: tendencias globales y casos iberoamericanos* (pp. 33-49). Madrid: Miño y Dávila Editores.
- Navia, P. (2003). Partidos políticos como antídoto contra el populismo en América Latina. *Revista de Ciencia Política*, 23(1), 19-30.
- Newton, K. (2009). Social and political trust. En R. Dalton y H. Klingemann (Eds.), *Oxford Handbook of political behaviour* (pp. 342-361). Oxford: Oxford University Press.
- Norris, P. (1999). *Critical Citizens. Global Support for Democratic Governance*. Oxford: Oxford University Press.
- Nugent, G. (1993). ¿Elites? ¿Masas? *Cuestión de Estado*, 4(5), 4-7.
- Nugent, G. (1992). *El laberinto de la choledad*. Lima: Fundación Friederich Ebert.
- Nugent, G. (2012). *El laberinto de la choledad. Páginas para entender la desigualdad*. Lima: Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC).
- Nun, J. (1969). Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal. *Revista Latinoamericana de Sociología*, 5(2), 180-225.
- Ortiz, I. y Cummins, M. (2012). *Desigualdad Global: La distribución del ingreso en 141 países. Documento de trabajo sobre política económica y social*. Nueva York: Unicef Políticas y Práctica.
- Osorio, S. (2006). La clase media emergente en el distrito de Los Olivos: ¿de la excepción a la regla? *Debates en Sociología*, 31, 118-135.
- Osorio, H. y Serra, L. (2012). Cultura política de la juventud urbana de la región metropolitana de Managua. *Encuentro*, 91, 32-57.
- Panfichi, A. y Muñoz, P. (2001). Sociedad civil y gobernabilidad democrática en los andes y el cono sur: una visión panorámica al filo del siglo XXI. En *Debates en Sociología*, No. 25-26. Lima: Fondo Editorial PUCP.

- Panfichi, A. y Coronel, O. (2012). Cambios en los vínculos entre la sociedad y el estado en el Perú: 1968-2008. En O. Plaza (Ed.), *Cambios Sociales en el Perú 1968-2008. Homenaje a Denis Sulmont* (pp.73-107). Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Parodi, C. (2014). *Perú 1960-2000. Políticas económicas y sociales en entornos cambiantes*. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.
- Parodi, J. (1986). *Ser obrero es algo relativo*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Parodi, J. y Twanama, W. (1993). Los pobladores, la ciudad y la política: un estudio de actitudes. En J. Parodi (Ed.), *Los pobres, la ciudad y la política* (pp. 19-89). Lima: Centro de Estudios de Democracia y Sociedad.
- Parsons, T. y Shils, E. (1951). *Towards a General Theory of Action*. New York: Harper & Row.
- Parsons, T. y Shils, E. (2001). *Toward a general theory of action: theoretical foundations for the social sciences*. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- Pateman, C. (1971). Political Culture, Political structure and Political change. *British Journal of Political Science*, 1(3), 291-305.
- Paxton, P. (2002). Social capital and democracy: An interdependent relationship. *American Sociological Review*, 67(2), 254-277.
- Pease, M.A. (2000). Visión de la autoridad de los padres en jóvenes de Lima. En: J. Ansión, H. Dietz y L. Mujica (Eds.), *Autoridad en espacios locales: una mirada desde la Antropología* (pp. 329-353). Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Pereyra, O. (2006). Forma urbana y segregación residencial en Lima. *Debates en Sociología*, 31, 69-106.
- Petty, R.E. (2006). A metacognitive model of attitudes. *Journal of Consumer Research*, 33 (1), 22-24
- Pichon-Rivière, E. (1975). *El Proceso Grupal*, Ed. Nueva Visión, Bs. As.
- Pillai, V., Díaz, H., Basham, R. y Ramírez-Johnson, J. (2011). Democratic attitudes and social capital in Latin American. *International Social Work*, 54(6), 767-779.
- Ponce, T. (2010). Los de “izquierda” y los de “centro”: opciones políticas modernas, desencantos pospolíticos posmodernos. En G. Portocarrero, J.C. Ubilluz y V. Vich (Eds.), *Cultura Política en el Perú: tradición democrática y democratización anómica* (pp.225-244). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Portes, A. (1970). *Radicalism in the slum: a study of political attitudes in chilean lower class settlements*. Unpublished Doctoral Dissertation, the University of Wisconsin, Madison.
- Portes, A. y Hoffman, K. (2003). Latin American class structures: their composition and change during the neoliberal era. *Latin American Research Review*, 38(1), 41-82.
- Portocarrero, F. y Romero, M. (2000). La caja negra o el proceso de formulación e implementación de políticas públicas: el caso de Pronaa. En F. Portocarrero (Ed.), *Políticas sociales en el Perú: nuevos aportes* (pp. 153-190). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

- Portocarrero, F., Sanborn, C., Cueva, H. y Millán, A. (2002). *Más allá del individualismo: el tercer sector en el Perú*. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.
- Portocarrero, G. (2009). *Racismo y mestizaje otros ensayos*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Portocarrero, G. y Oliart, P. (1989). La “idea crítica”: una visión del Perú desde abajo. En: G. Portocarrero y P. Oliart, *El Perú desde la escuela* (pp. 103-120). Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- Portocarrero, G. (2004). *Rostros criollos del mal*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Portocarrero, G., Ubilluz, J.C., Vich, V. (Eds.). (2010). *Cultura Política en el Perú: tradición democrática y democratización anómica*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Portocarrero, G. (2010). Los fantasmas del patrón y del siervo como desestabilizadores de la autoridad legal en la sociedad peruana. En G. Portocarrero, J.C. Ubilluz y V. Vich (Eds.), *Cultura Política en el Perú: tradición democrática y democratización anómica* (pp. 13-29). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Programa de las Naciones Unidas-PNUD (2004). La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos. Programa de Naciones Unidas para el desarrollo. Buenos Aires
- Programa de las Naciones Unidas- (PNUD) (2006). La democracia en el Perú. El Mensaje de las cifras (Resumen Informativo). Unidad del Informe de Desarrollo Humano.
- ONU Habitat (2013). Encuesta de Percepción: La desigualdad en diez ciudades latinoamericanas 2012. Guadalajara: Jalisco Cómo Vamos.
- Przeworski, A. (1998). Informe Mundial sobre la cultura: cultura, creatividad y mercados. *Capítulo 8: Cultura y Democracia*. UNESCO, Paris.
- Przeworski, A., Alvarez, M., Cheibub, J. y Limongi, F. (2000). *Democracy and development. Political institutions and well being in the world, 1950-1990*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Przeworski, A., Alvarez, M., Cheibub, J. y Limongi, F. (1996). What makes democracies endure? *Journal of Democracy*, 7(1), 39-55.
- Przeworski, A. (2004). Democracia y Cultura Política. *Metapolítica*, 33(8), 1-29.
- Przeworski, A. (2004). La última instancia: ¿Son las instituciones la causa primaria del desarrollo económico? *European Journal of Sociology*, 45(2), 165-188.
- Putnam, R. (1994). *Making democracy work: Civic traditions in modern Italy*. Princeton: Princeton University press.
- Putnam, R. (1995). Bowling Alone: America’s Declining Social Capital. *Journal of Democracy*, 6(1), 65-78.
- Putnam, R. (2000). *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. New York: Simon & Schuster.
- Putnam, R. (2002). Democracies in Flux. The Evolution of Social Capital in Contemporary Society y Gross?

- Pye, L. (1974). Cultura Política. En D. Sills (Ed.), *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales* (pp. 323-329). Madrid: Aguilar.
- Pye, L. y Verba, S. (1965). *Political Culture and Political Development*. Princeton: Princeton University Press.
- Quijano, A. (1971). *Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú*. Buenos Aires, Periferia.
- Quijano, A. (1980). *Dominación y cultural. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*. Lima: Mosca Azul Editores.
- Quijano, A. (1998). *La economía popular y sus caminos en América Latina*. Lima: Mosca Azul Editores.
- Ramírez-Corzo, D. (2006). Transformación metropolitana y exclusión urbana en Lima: del desborde popular a la ciudad fractal. *Debates en Sociología*, 31, 107-117.
- Reisinger, W. (1995). The renaissance of a rubric: political culture as concept and as a theory. *International Journal of Public Opinion Research*, 7(4), 328-352.
- Registro Nacional de Identificación y Estado Civil RENIEC (2013). *Perú: Población Identificada con DNI por grandes grupos de edad y sexo, según lugar de residencia*. Actualización realizada a Diciembre del 2013.
- Revesz, B. (2006). Gobernanza, procesos participativos y desarrollo territorial local. Congreso Internacional “Gobernabilidad y Gobernanza de los Territorios en América Latina – Cochabamba. 19-21 septiembre.
- Reyna, C. (2000). *La anunciación de Fujimori. Alan García 1985-1990*. Lima: DESCO.
- Reyna, C. (2010). Cultura política y gobernabilidad en un espacio social. En G. Portocarrero, J.C. Ubilluz y V. Vich (Eds.), *Cultura Política en el Perú: tradición democrática y democratización anómica* (pp.185-206). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Ribeiro, E. (2007). A consistência das medidas de Pós-Materialismo: testando a validade dos índices propostos por R. Inglehart no contexto brasileiro. *Sociedade e Estado*, 22(2), 371-400.
- Riofrío, G. (1991). *Producir la ciudad (popular) de los '90. Entre el mercado y el Estado*. Lima: DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.
- Ritzer, G. (1993). *Teoría Sociológica Clásica*. Madrid: McGraw-Hill.
- Roberts, K y Arce, M. (1998). Neoliberalism and lower-class voting behavior in Peru. *Comparative Political Studies*, 31(2), 217-46.
- Rokeach, M. (1968). A theory of organization and change within Value-Attitudes systems. *Journal Sociology Issues*, 24, 13-33.
- Rosenberg, M.J. y Hovland, C.I. (1960). *Attitude organization and change*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Rottenbacher, J., Amaya, L., Genna, K. y Pulache, M. (2009). Percepción de inseguridad ciudadana y su relación con la ideología política en una muestra de habitantes de la ciudad de Lima. *Revista Española de Investigación Criminológica*, 4(7), 1-22.
- Rodríguez, C. (1989) *Cicatrices de la pobreza*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Rodríguez, J. y Seligson, M. (2011). La cultura política de la democracia en Colombia, 2011. USAID Del Pueblo de los Estados Unidos de América.

- Rodríguez, A.; Riofrío, G. y Welsh, E. (1976). *De invasores a invadidos*. Lima: DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.
- Rojas, J. (2006). La sociedad neoliberal. *Sociedad Hoy*, 10, 41-72.
- Rojas, A. y Fernández, J. (2000). Efectos del procedimiento de administración en la estabilidad de la escala de postmaterialismo. *Psicothema*, 12(2), 482-486.
- Rojo, M. (1992). Los supuestos de la "Nueva Cultura Política" respecto al comportamiento de voto. Una aplicación al caso de Madrid. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 58, 143-164.
- Ros, M. (2002). Los valores culturales y el desarrollo socioeconómico: Una comparación entre teorías culturales. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 99(2), 9-33.
- Ruiz, C. (2008). El enfoque multimétodo en la investigación social y educativa: una mirada desde el paradigma de la complejidad. *Teré, Revista de Filosofía y Socio Política de la Educación*, 8 (4), 13-28.
- Ruiz, P. (2012). Educación y cambio social: Las paradojas de la escuela. En O. Plaza (Comp.), *Cambios Sociales en el Perú 1968-2008. Homenaje a Denis Sulmont* (pp. 383-408). Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Saiz, J. y Jiménez, S. (2008). Capital social: una revisión del concepto. *Revista Cife*, 13, 250-263.
- Sánchez Carrión, J. (2000). La bondad de la encuesta: el caso de la no respuesta. Madrid: Alianza Editorial.
- Samudio, V. (2009). *Re-pensando la Cultura Política: Una visión alternativa a los estudios de opinión pública desde los movimientos sociales de Colombia*. Ponencia elaborada para el II Congreso Latinoamericano de Opinión Pública. Lima, Perú.
- Savage, R. (1981). Looking for Political Subcultures: A Critique of the Rummage-Sale Approach. *The Western Political Quarterly*, 34(2), 331-336.
- Schiltz, T. y Rainey, R. (1978). The Geographic Distribution of Elazar's Political Subcultures among the Mass Population: A Research Note. *The Western Political Quarterly*, 31(3), 410-415.
- Schmidt, G. (2000). Delegative democracy in Perú? Fujimori's 1995 landslide and the prospects for 2000. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 42(1), 99-132.
- Schmidt, B. (2004). Teorías culturales posmodernas de Latinoamérica (y su importancia para la etnología). *Indiana*, 19 (20), 13-35.
- Schuldt, J. (2005). *Bonanza macroeconómica y malestar microeconómico*. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.
- Schwartz, S. (1994). Are there universals aspects in the structure and contents of human values? *Journal of Social Issues*, 50, 19-45.
- Schwartz, S. (2003). A Proposal for Measuring Value Orientations across Nations. Chapter 7 in the Questionnaire Development Package of the European Social Survey. *European Social Survey*.
- Schwartz, S. y Bilsky, W. (1987). Toward a universal psychological structure of human values. *Journal of Personality and Social Psychology*, 53(3), 550-562.

- Schwartz, S., Melech, G., Lehmann, A., Burgess, S., Harris, M. (2001). Extending the cross-cultural validity of the theory of basic human values with a different method of measurement. *Journal of Cross Cultural Psychology*, 32 (5), 519-542.
- Schwartz, S. y Rubel, T. (2005). Sex differences in value priorities: cross-cultural and multimethod studies. *Journal of Personality and Social Psychology*, 89(6), 1010-1028.
- Schydrowsky, D. y Witch, J. (1983). Anatomía de un fracaso económico. En C. McClintock y A. Lowenthal (Eds), *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980* (pp. 119-170). Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Seligson, A. (2002). The renaissance of political culture or the renaissance of the ecological fallacy? *Comparative politics*, 34(3), 273-292.
- Seligson, A. (1999). Civic Association and democratic participation in Central America. A test of the Putnam Thesis. *Comparative Political Studies*, 32(3), 342-362.
- Serrano, G.P. (1994). Investigación cualitativa: retos e interrogantes. Métodos. La Muralla.
- Serrano, E. (2006). Estado y cultura política en América Latina. En Forte, R. y Silva Prada, N. (2006). *Cultura política en América Latina. Variaciones regionales y temporales*. México, D.F.: Biblioteca de Signos.
- Sharkansky, I. (1969). The utility of Elazar's Political Culture. A research note. *Polity*, 2, 66-83.
- Sharp, E. (2005). Cities and subcultures. Exploring validity and predicting connections. *Urban Affairs Review*, 41(2), 132-156.
- Shin, D. y Wells, J. (2005). Is Democracy the only game in town? Challenge and change in East Asia. *Journal of Democracy*, 16(2), 88-101.
- Smith, M.B., Bruner, J.S. y White, R.W. (1956). *Opinions and personality*. New York: Wiley.
- Smith, P. y Schwartz, S. (1997). Values. En: J. Berry, M. Segall y C. Kagitcibasi (Eds.), *Handbook of Cross-cultural Psychology*, 3. Neeham Height, MA: Allyn y Bacon.
- Stokes, S. (1989). *Política y Conciencia Popular en Lima: El caso Independencia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Stokes, S., Dunning, T., Nazareno, M. y Brusco, V. (2013). *Brokers, voters and clientelism: the puzzle of distributive politics*. Cambridge University Press.
- Stolle, D. y Lewis, J. (2002). Social capital—an emerging concept. *Key Concepts in Gender and European Social Politics*. Cheltenham: Edward Elgar Press.
- Strauss, A. & Corbin, J. (2002) Bases de la investigación cualitativa: Técnicas y procedimientos para desarrollar teoría fundamentada. Antioquia: Editorial Universidad de Antioquia
- Sudarsky, J. (2007). Del clientelismo a la Nueva Cultura Política en Colombia. Perspectiva desde la medición del Capital Social. En: T. Clark y C. Navarro (Eds.), *La Nueva Cultura Política: tendencias globales y casos iberoamericanos* (pp. 275-310). Madrid: Miño y Dávila Editores.
- Tabanera, N. y Aggio, A. (2008). Política y culturas políticas en América Latina. *Ayer*, 70, 1- 291.

- Tafur, J. (14 de septiembre del 2014). ¿Quién no roba? *Exitosa Diario*. Recuperado de <http://www.exitosadiario.pe/jtafur/quien-no-roba>
- Tanaka, M. (1998). *Los espejismos de la democracia. El colapso del sistema de partidos en el Perú*. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Tanaka, M. (1999). La participación social y política de los pobladores populares urbanos: ¿del movimientismo a una política de ciudadanos? El caso de El Agustino. En M. Tanaka (Ed.), *El poder visto desde abajo. Democracia, educación y ciudadanía en espacios locales* (pp. 103-153). Lima: IEP.
- Tanaka, M. (2005). *Democracia sin partidos Perú 2000-2005. Los problemas de representación y las propuestas de reforma política*. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Tanaka, M. (2007). *Cultura política democrática en el Perú*. Lima: Jurado Nacional de Elecciones.
- Tanaka, M. (16 de diciembre del 2012). El laberinto de la choledad. *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/columnistas/virtu-e-fortuna/el-laberinto-de-la-choledad-16-12-2012>
- Tarrow, S. (1996). Making social science work across space and time: a critical reflexion on Robert Putnam's Making Democracy Work. *American Political Science Review*, 90, 297-389.
- Távora, J. (1994). *Cooperando para competir. Redes de producción en la industria peruana*. Lima: DESCO.
- Tello, M. (1994). Comunicación y cultura política en tiempos de despolitización. *Contratexto*, 7, 91-118.
- Therborn, G. (1991). Swedish Social Democracy and the Transition from Industrial to Post industrial Politics. En Piven, F.F. (Ed.), *Labor Parties in Post Industrial Societies*. Cambridge: Polity Press.
- Thomsen, C. Lavine, H. y Kounios, J. (1996). Social value and attitude concepts in semantic memory: Relational structure, concept strength, and the fan effect. *Social Cognition*, 14, 191-225.
- Thompson, M., Ellis, R. y Wildavsky, A. (1990). *Cultural Theory (Political Cultures Series)*. Boulder CO: Westview Press.
- Thompson, M. y Ellis, R. (Eds) (1997). *Culture Matters: Essays in Honor of Aaron Wildavsky*. Boulder, Co: Westview.
- Titei, A. (2013). Caudillismo: Identity Landmark of Hispanic American Authoritarian Political Culture. *Philobiblon*, 23(2), 283-296.
- Tokman, V. (1991). El sector informal: quince años después. En A. Toledo y A. Chanlat (Eds.), *Las otras caras de la sociedad informal. Una visión multi-disciplinaria* (pp. 37-70). Lima: ESAN/IDE; Montreal: Ecole des Hautes Études Commerciales.
- Torregrosa, J.R., Bergere, J. y Estramiana, J.L. (1986). *Juventud, trabajo y desempleo. Un análisis psicosociológico*. Madrid: Centro de Publicaciones. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Torres, A. (2009). Keiko Fujimori y Ollanta Humala llegan a segunda vuelta. *Perú Económico*, recuperado de: <http://perueconomico.com/ediciones/25>

- Torres, A. (26 de noviembre de 2016). El mito de los emergentes. *El Comercio*, recuperado de: <http://elcomercio.pe/opinion/columnistas/mito-emergentes-alfredo-torres-noticia-1774071>
- Torres, A. (2010). *Opinión pública 1921-2021. Un viaje en el tiempo para descubrir cómo somos y qué queremos los peruanos*. Lima: Aguilar.
- Torres Rivas, E. y Rodas, F. (2008). *Percepción ciudadana de la democracia*. Guatemala: PNUD.
- Triandis, H. (1971). *Actitudes y cambio de actitudes*. Barcelona: Toray.
- Tucker, R. (1973). Culture, Political Culture and Communist Society. *Political Science Quarterly*, 88(2), 173-190.
- Tuesta, F. (1983). *Elecciones municipales: cifras y escenarios políticos*. Lima: DESCO.
- Tuesta, F. (2005). Representación política: las reglas también cuentan. Lima: Fundación Friedrich Ebert.
- Tuesta, F. (10 de octubre del 2014). La madre de todas las batallas electorales es en la plaza de Lima. *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/10-10-2014/la-madre-de-todas-las-batallas-electorales-es-en-la-plaza-de-lima>
- Tuesta, F. (12 de octubre del 2014). Un país escindido y fraccionado. *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/12-10-2014/un-pais-escindido-y-fraccionado>
- Ubilluz, J. (2010). La política del síntoma. De la democracia radical al populismo (y de vuelta a la lucha de clases). En G. Portocarrero, J.C. Ubilluz y V. Vich (Eds.), *Cultura Política en el Perú: tradición democrática y democratización anómica* (pp. 291-317). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Ubilluz, J. (2006). *Nuevos súbditos. Cinismo y perversión en la sociedad contemporánea*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Uccelli, F. (2000). Autoridad y liderazgos entre los alumnos. En: J. Ansión, H. Dietz y L. Mujica (Eds.), *Autoridad en espacios locales: una mirada desde la Antropología* (pp. 273-295). Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Ulmer, J. y Wilson, M. (2003). The Potential Contributions of Quantitative Research to Symbolic Interactionism. *Symbolic Interaction*, 26(4), 531-552.
- Urteaga, E. (2013). La teoría del capital social de Robert Putnam: Originalidad y carencias. *Reflexión Política*, 15(29), 44-60.
- Valles, M. (2003). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Varela, R. (2005). *Cultura y Poder. Una visión antropológica para el análisis de la cultura política*. Barcelona: Anthropos Editorial
- Vargas, C. (2002). *Las organizaciones políticas en las elecciones municipales de 1998 y 2002: un análisis comparativo*. Lima: ONPE.
- Vargas, J.; Rosero, L. y Seligson, M. (2004). *La cultura política de la democracia en Costa Rica, 2004. Un estudio del Proyecto de Opinión Pública en América Latina (OPAL)*. San José: Centro Centroamericano de Población (CCP) de la Universidad de Costa Rica.

- Vega Centeno, I. (1994). *Simbólica y política: Perú 1978-1993*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.
- Verba, S.; Nie, N. y Kim, J. (1978). *Participation and Political Equality. A seven nation comparison*. New York: Cambridge University Press
- Vergara, A. (03 de abril del 2012). "El mercado viene generando riqueza, pero las instituciones están a la de Dios". *La República*. Recuperado de <http://www.larepublica.pe/03-04-2012/alberto-vergara-el-mercado-viene-generando-riqueza-pero-las-instituciones-estan-la-de-dios>
- Vergara, A. (2007). *Ni amnésicos ni irracionales. Las elecciones peruanas de 2006 en perspectiva histórica*. Lima: Solar Central de Proyectos.
- Vergara, A. (2012). Alternancia sin alternativa: ¿un año de Humala o veinte años de un sistema? *Argumentos*, 6(3), recuperado de http://revistargumentos.org.pe/alternancia_sin_alternativa.html
- Vergara, A. (2013). *Ciudadanos sin república. ¿Cómo sobrevivir en la jungla política peruana?* Lima: Editorial Planeta.
- Vich, V. (2010). Nunca dejarse persuadir: esferas públicas, usos lingüísticos y masculinidades en la política peruana. En G. Portocarrero, J.C. Ubilluz y V. Vich (Eds.), *Cultura Política en el Perú: tradición democrática y democratización anómica* (pp.79-91). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Vilas, C. (2004). ¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del "neopopulismo" latinoamericano. *Revista de Sociología Política*, 22, 135-151.
- Villarán, F. (1998). *Riqueza Popular: Pasión y Gloria de la pequeña empresa*. Lima: Ediciones del Congreso de la República.
- Vinuesa, M. (1996). *Opinión pública y Cultura Política en la España democrática. Un estudio empírico de las elecciones de 1993*. Tesis doctoral Universidad Complutense de Madrid.
- Wallas, G. (1921). *Human Nature in Politics*. Nueva York: Knopf.
- Weber, M. (1988). *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial.
- Wedeen, L. (2002). *Conceptualizing culture: possibilities for political science*. *The American Political Science Review*, 96(4), 713-728.
- Weil, F. (1994). Political Culture, Political Structure, and Democracy: The case of legitimation and opposition structure. *Research on Democracy and Society*, 2, 65-115.
- Welch, S. (1987). Review Article: Issues in the Study of Political Culture- The Example of Communist Party States. *British Journal of Political Science*, 17(4), 479-500
- Welch, S. (1993). *The Concept of Political Culture*. New York: St. Martin's Press.
- Welch, S. (2013). *The theory of political culture*. Great Britain: Oxford University Press.
- Weyland, K. (2003). Economic voting reconsidered: Crisis and Charisma in the Election of Hugo Chavez. *Comparative Political Studies*, 36(7), 822-848.
- Weyland, K. (2003). Neopopulism and neoliberalism in Latin America: Unexpected affinities. Paper for Panel on Neopopulism in Latin America: Conceptual and

- Theoretical Issues. XXIV International Congress, Latin American Studies Association. Dallas, 27-29 Marzo 2003.
- Weyland, K. (2002). Limitations of Rational Choice Institutionalism for the study of Latin American Politics, *Studies in Comparative Political Development*, 37(1), 57-85.
- Weyland, K. (2001). Clarifying a contested concept: populism in the study of Latin American Politics. *Comparative politics*, 34(1), 1-22.
- Weyland, K. (2000). A Paradox of success? Determinants of political support for president Fujimori. *International Studies Quarterly*, 44(3), 481-502.
- White, S. (1984). *Political Culture in Communist States. Some Problems of Theory and Method*. *Comparative Politics*, 16(3), 351-365.
- Whitefield, S. y Evans, G. (1999). Political Culture Versus Rational Choice: Explaining Responses to Transition in the Czech Republic and Slovakia. *British Journal of Political Science*, 29(1), 129-154.
- Wiatr, J. (1980). The Civic Culture from a Marxist sociological perspective. En: Almond, G. y Verba, S. (Eds.). (1980). *The Civic Culture Revisited*. Boston: Little Brown & Co.
- Wildavsky, A. (1987). Choosing preferences by constructing institutions: A cultural theory of preference formation. *American Political Science Review*, 81(1), 3-22.
- Wilson, R. (1997). American Political Culture in Comparative Perspective. *Political Psychology*, 18 (2), 483-502.
- Wilson, R. (2000). The many voices of Political Culture: Assessing Different Approaches. *World Politics*, 52(2), 246-273.
- Winocur, R. (Ed.). (1997). *Culturas políticas a fin de siglo México*. D.F.: FLACSO.
- Zapata, A. (1996). *Sociedad y poder local. La comunidad de Villa El Salvador 1971-1996*. Lima: DESCO.
- Zechmeister, E. y Corral, M. (2010). El variado significado de “izquierda” y “derecha” en América Latina. *Perspectivas desde el Barómetro de las Américas: 2010*, 38, 1-10.

ANEXO I

GUIA DE DISCUSIÓN DE LAS DINÁMICAS GRUPALES

PRESENTACION

Buenos días, mi nombre es xxxxxxxxxxxx y trabajo en GfK, una empresa de investigación de mercados. Le agradezco de antemano por su tiempo y por participar en este estudio. El objetivo del mismo es conocer su opinión sobre diferentes aspectos de la realidad social y política del país. Recuerde que esta es una conversación para saber qué piensa y que no existen respuestas correctas ni incorrectas. Siéntase libre de darnos su más sincera opinión, lo valoraremos mucho.

CALENTAMIENTO

Para comenzar quisiera que me cuente sobre usted para conocernos un poquito más:

¿Cuál es su nombre? ¿Qué edad tiene?

¿A qué se dedica? ¿Estudia? ¿Trabaja?

¿Quiénes forman parte de su familia? ¿Con quiénes vive?

EL CIUDADANO COMO ACTOR

Vamos a hacer un juego, les voy a repartir estas revistas para que de ahí puedan coger fotos, palabras lo que Uds. quieran para responder a una pregunta que les quiero hacer. Les haré una pregunta y antes de hablar quiero que escojan una imagen de las que puedan encontrar ahí que exprese lo que Uds. quisieran decirme con palabras. Cada uno/a escoge una imagen y la pega en esta cartulina. Luego vamos a conversar sobre esto.
(REPARTIR REVISTAS A TODOS)

VALORES SOCIALES

Imagen de los peruanos

Dígame, ¿cómo somos los peruanos? No pongan cómo les gustaría que fuéramos sino como nos vemos hoy.

Piensen en las cosas que les gustan, las que no, cuáles son nuestras cualidades, cuáles nuestros defectos, que nos diferencia de otros

No piensen mucho, miren una imagen que sientan que expresa este sentimiento e idea, la escogen y la pegan. Solo una por persona.

(LUEGO QUE TODOS HAN PEGADO)

Me gustaría que vean el conjunto de todo lo que está acá y me digan qué ven

Ahora me gustaría que cada uno cuente qué imagen escogió y que vio ahí que le hizo pensar que así somos los peruanos.

Imagen de los limeños

Dígame, ¿cómo somos los limeños? No pongan cómo les gustaría que fuéramos sino como nos vemos hoy.

¿El limeño es como todos los peruanos o hay algo que lo diferencie?

Piensen en las cosas que les gustan, las que no, cuáles son nuestras cualidades, cuales nuestros defectos, que nos diferencia de otros.

No piensen mucho, miren una imagen que sientan que expresa este sentimiento e idea, la escogen y la pegan. Solo una por persona.

(LUEGO QUE TODOS HAN PEGADO)

Me gustaría que vean el conjunto de todo lo que está acá y me digan qué ven

Ahora me gustaría que cada cuente qué imagen escogió y que vio ahí que le hizo pensar que así somos los limeños.

¿Dirían que en el Perú la gente es confiable o no? ¿Por qué?

¿Se puede confiar en algunas personas más que en otras?

¿Cómo ven a la gente, es colaboradora, o se dedica cada uno a lo suyo?

¿En qué situaciones se es de una forma o de otra? **(DISTINGUIR CUANDO CADA UNO)**

¿Siempre ha sido así?

¿Los peruanos sabemos vivir en comunidad o no?

¿Cuándo sí y cuando no?

¿La gente respeta las normas, las reglas o no? ¿Por qué?

¿Cuándo sí y cuando no?

¿Se justifica que a veces nos saltemos algunas normas? ¿En qué situaciones? ¿De qué depende?

¿Los peruanos somos iguales ante la ley o no? ¿Por qué?

Si no es así ¿quiénes tienen preferencia? **(INDAGAR POR GRUPOS)**.

¿Esto le incomoda o le da igual?

¿Cree que los peruanos nos respetamos el uno al otro o no?

¿En qué medida? **(PEDIR EJEMPLOS DE TOLERANCIA/INTOLERANCIA)**

¿La gente es racista o no? ¿Por qué?

¿Cree que las personas blancas son mejor vistas que gente con otra tonalidad de piel?

¿Por qué? ¿En qué situaciones se hace más notorio el racismo?

ACTITUDES POLÍTICAS BÁSICAS

¿Uds. sienten que su opinión sería tomada en cuenta por el gobierno? ¿Por qué?

¿Por la municipalidad de su distrito? ¿Por qué?

¿De qué dependería que les escuchen o no? **(INDAGAR SI SE TRATAN DE FACTORES INTERNOS Y/O EXTERNOS)**

Algunas personas se llaman izquierdistas, otras se califican como derechistas. Dígame para usted ¿qué significa ser de Izquierda? ¿Ser de Derecha? ¿Y ser de Centro? **(PROFUNDIZAR)**

¿En qué se diferencian?

¿Y usted con cuál se identifica más? ¿Por qué?

¿Qué tanto deberían involucrarse en política las personas con pensamientos más extremos? ¿Mucho, poco? ¿Por qué?

VINCULACION DEL CIUDADANO CON LA POLITICA

ASOCIACIONISMO

Actitudes y comportamiento hacia asuntos públicos locales

¿Qué tipo de problemas o dificultades se pueden presentar en su vecindad o en su barrio? Cuándo hay un problema recurrente en su barrio, ¿que suelen hacer? ¿Cómo lo afrontan?

Ver por soluciones individuales o colectivas. ¿Por qué una o la otra?

¿Qué tiene de bueno organizarse con los vecinos para ver una solución a un problema común?

¿Cuál es la parte problemática de organizarse con los vecinos para ver un problema común?

Participación en asociaciones

Dígame, ¿usted pertenece o ha pertenecido a alguna asociación de manera voluntaria? Puede ser religiosa, deportiva, cultural, profesional, vecinal, etc... **(PROFUNDIZAR EN CADA UNA DE LAS MENCIONADAS)**

¿Con qué frecuencia asiste/ asistía a las reuniones de esta organización?

¿Es/era miembro general o tiene/ tenía algún rol directivo?

¿Siente que esta organización toma/ tomaba realmente en cuenta sus opiniones o no?

¿Diría que es una organización democrática o no? ¿Por qué?

SI NO PERTENECE: ¿Por qué no pertenece a ninguna organización?

SI PERTENECIÓ PERO YA NO FORMA PARTE: ¿Por qué se alejó de esta organización?

PARTICIPACIÓN POLÍTICA LOCAL (DISTRITAL)

¿Alguna vez ha tenido que hacer alguna gestión en el municipio de su distrito con relación a algún tema de su barrio?

Si uno quiere resolver un tema que tiene que ver con el municipio. ¿Qué es mejor, presentar su solicitud y realizar todos los procedimientos establecidos o buscar un conocido que a uno lo ayude?

IMPLICANCIA POLÍTICA

Hay gente que siempre está pendiente de lo que pasa en la política peruana, así como hay otras personas a la que no le interesan estos temas. En su caso:

¿Le interesa la política o no? ¿Por qué?

¿Cómo suele informarse?

¿Conversa con amigos/ familia/ compañeros del trabajo?

¿Medios de comunicación? (Televisión, radio, periódicos, revistas, internet, Facebook, Twitter)

¿Qué temas le interesan más dentro de la política? ¿Por qué?

¿Qué temas le resultan más difíciles de seguir? ¿Por qué?

¿Qué temas si suelen seguir en las noticias? ¿Por qué?

En general, ¿qué espera usted de la política? ¿Y de un político? ¿Cómo le gustaría que fuera la política?

PARTICIPACIÓN POLÍTICA

Participación política general

¿Ha participado en política en alguna oportunidad?

¿Cómo fue su participación? Cuénteme un poco sobre dicha experiencia
(DISTINGUIR PARTICIPACION EN GOBIERNO CENTRAL Y/O MUNICIPAL)

¿Qué actividades realizó?

¿Diría usted que la experiencia en general fue positiva o negativa? ¿Por qué?

SI NO HA PARTICIPADO EN POLITICA: Si se diera la oportunidad de involucrarse en política, ya sea a nivel regional o en su distrito ¿lo haría o no? ¿Por qué?
¿Qué tendría que pasar para que usted se anime a incursionar en política?

Participación electoral

¿Cuándo va a votar, lo hace con ganas o más por deber?

¿Por quién votó en las últimas elecciones para Alcalde de Lima?

¿Por qué? **(EXPLORAR RAZONES)**

¿Decidió su voto con anticipación? ¿Cuándo decidió?

Cientelismo

Otros candidatos o partidos ofrecen regalos a cambio de que la gente los apoye en público, vayan a mítines y voten por este candidato o partido.

¿Ha sido testigo de esta práctica o no? ¿Cree que es efectiva o no?

A propósito del último proceso electoral, una de las frases más escuchadas en los medios fue que “un candidato puede robar, siempre y cuando haga obras”.

¿Está usted de acuerdo con esto o no? ¿Por qué?

Participación política no convencional

Alguna vez ha participado en algún mitin o marcha por algo ¿Cómo así?

¿Está bien que la gente salga a protestar o reclamar? ¿Cuándo sí y cuando no?

IMÁGENES DEL SISTEMA POLÍTICO

LA DEMOCRACIA

¿Qué es para ustedes la democracia? (**PROFUNDIZAR, SI HAY DUDAS AÑADIR: RECUERDE QUE NO HAY RESPUESTAS BUENAS NI MALAS, SOLO NOS INTERESA CONOCER SU OPINION SINCERA**)

¿Cuáles serían sus ventajas? ¿Y sus desventajas?

¿Le parece que es el mejor sistema político o no? ¿Por qué?

¿Está usted satisfecho o no con la democracia en nuestro país?

¿Qué debería mejorar?

¿Qué prefieren: un presidente con mano dura o uno democrático? ¿Por qué?

¿Qué prefiere: un presidente que no consulte para obtener beneficios rápidos o uno que consulte lo que debe hacer, aunque los beneficios demoren en llegar? ¿Por qué?

¿Uds creen que en algún momento sería justificado un golpe militar?

Y algo parecido a lo que hizo Fujimori en el 92 que disolvió el congreso. ¿Por qué sí?

¿Por qué no?

En todo caso, ¿en qué situaciones podría ser aceptable la interrupción de un gobierno elegido democráticamente?

PARTIDOS

¿Simpatiza con algún partido político o no?

SI SIMPATIZA: ¿Con cuál?

¿Desde cuándo nace la afinidad por este partido político?

¿Es miembro activo o no?

¿Son los partidos políticos importantes para el país o no? ¿Por qué?

¿Cree que los ciudadanos están siendo bien representados por estas organizaciones o no?

¿Qué falta?

Muchos dicen que la gente ya no vota por partidos, sino por candidatos.

¿Usted qué opina?

¿Simpatiza con algún candidato o líder político? ¿Con cuál? ¿Qué tan fuerte es esta simpatía?

CONGRESO

Para usted, ¿el Congreso está haciendo las cosas bien? ¿Por qué?

¿En qué está fallando? (**ESPECIFICAR ASPECTOS**)

PODER JUDICIAL

Para usted, ¿el Poder Judicial está haciendo las cosas bien? ¿Por qué?
¿En qué está fallando? (**ESPECIFICAR ASPECTOS**)

FUNCIONARIOS PÚBLICOS

Pensando en los funcionarios del Estado, los que trabajan en los ministerios, de manera general ¿usted está satisfecho con su desempeño? ¿Por qué? ¿En qué están fallando?
(**ESPECIFICAR ASPECTOS**)

RESULTADOS DE LA ACCION INSTITUCIONAL

ROL DEL ESTADO

¿Qué tan responsable es el Estado del bienestar de los ciudadanos? ¿Por qué?
¿Qué tanto debe intervenir el Estado en la economía? ¿Mucho/ poco?

EVALUACIÓN DE LA GESTIÓN

¿Qué opina de la salud pública en el Perú?
¿Está satisfecho o no con los servicios que se dan? ¿Por qué?
¿Qué hacer?
¿Qué opina de la educación pública?
¿Está satisfecho o no con los servicios que se dan? ¿Por qué?
¿Qué hacer?
¿El gobierno está trabajando para acabar con la delincuencia o no? ¿Por qué? ¿Qué hacer?
¿El gobierno está trabajando para acabar con la corrupción o no? ¿Por qué? ¿Qué hacer?

Agradecimiento y cierre

ANEXO II

CUESTIONARIO DE CULTURA POLÍTICA EN LIMA
01-032T-15 / 2817F

Av. Jorge Basadre 990 - San Isidro
☎ (551) 206-2300

INTRODUCCIÓN

(LEER) Buenos días / tardes. Mi nombre es (MENCIONAR NOMBRE) y trabajo para GfK, empresa de investigación de mercados. Estamos haciendo unas preguntas sobre diferentes temas de su interés y sería muy importante para nosotros contar con sus opiniones. La encuesta dura aproximadamente 40 minutos. ¿Podemos contar con su colaboración? Muchas gracias.

HORA COMIENZO **HORA FINAL** **ESCRIBIR EN HORA MILITAR. EJEMPLO: 16:30**

NIVEL SOCIOECONÓMICO

(LEER) Con la finalidad de agrupar sus respuestas con las de otras personas de similares características a las de usted, nos gustaría que responda a las siguientes preguntas referentes al jefe de hogar:

JEFE DE HOGAR: Aquella persona, hombre o mujer, de 15 a más, que aporta más económicamente en casa o toma las decisiones financieras de la familia, y vive en el hogar. **HOGAR:** Conjunto de personas que, habitando en la misma vivienda, preparan y consumen sus alimentos en común.

N1. ¿Cuál es el último año o grado de estudios y nivel que aprobó el jefe de hogar? (**ACLARAR “COMPLETA O INCOMPLETA”**)

Sin educación/ Educación Inicial	0	Superior Técnico Completa	3	Superior Univ. Completa	5
Primaria incompleta o completa/ Secundaria incompleta	1	Superior Univ. Incompleta	4	Post-Grado Universitario	7
Secundaria completa/ Superior Técnico Incompleta	2				

N2. ¿Cuál de estos bienes tiene en su hogar que esté funcionando?

	NO	SI
Computadora, laptop, tablet en funcionamiento	0	2
Lavadora en funcionamiento	0	2
Horno microondas en funcionamiento	0	2
Refrigeradora/ Congeladora en funcionamiento	0	2
SUMAR PUNTAJE		

N3. ¿Cuál de los siguientes bienes o servicios tiene en su hogar que esté funcionando?

	NO	SI
Auto o camioneta solo para uso particular (NO TAXI NI AUTO DE LA EMPRESA)	0	5
Servicio doméstico en el hogar pagado (MINIMO QUE VAYA AL HOGAR UNA VEZ POR SEMANA)	0	5
SUMAR PUNTAJES		

N4. ¿Cuál es el material predominante en los pisos de su vivienda? (**CONSIDERAR ÁREA CONSTRUIDA. RESPUESTA ÚNICA**)

Tierra / Otro material (arena y tablonos sin pulir)	0	Laminado tipo madera, láminas asfálticas o similar	7
Cemento sin pulir o pulido / Madera (entablados)/ tapizón	3	Parquet o madera pulida y similares; porcelanato, alfombra, mármol	8
Losetas /terrazos, mayólicas, cerámicos, vinílicos, mosaico o similares	5		

N5. ¿A qué sistema de prestaciones de salud está afiliado el jefe de hogar? (**SI TIENE MÁS DE UNO CONSIDERAR EL DE MAYOR PUNTAJE. R ÚNICA**)

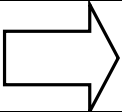
No está afiliado a ningún seguro/ Seguro Integral de Salud (SIS)	0	Seguro Salud FFAA/ Policiales	4
ESSALUD	2	Entidad prestadora de salud (EPS)/ Seguro privado de salud	6

N6. ¿Cuál es el material predominante en las paredes exteriores de su vivienda? (**NO REVESTIMIENTO, ES EL MATERIAL. R ÚNICA**)

Estera	0	Piedra o sillar con cal o cemento	4
Madera/ Piedra con barro/ Quincha (caña con barro)/ Tapia/ Adobe	2	Ladrillo o bloque de cemento	6

N7. El baño o servicio higiénico que tiene en su hogar está CONECTADO a:

NO TIENE O NO ESTÁ CONECTADO A UN DESAGUE (SIN RED PÚBLICA)				SÍ ESTÁ CONECTADO AL DESAGUE (CON RED PÚBLICA)			
No tiene baño		0	Baño compartido fuera de la vivienda. <i>(Ejem: quintas, corralones, cuartos con baño compartido, etc.)</i>		3		
Baño que da a un pozo ciego, silo, letrina, pozo séptico, río, acequia o canal dentro o fuera del hogar		1	Baño dentro de la vivienda		5		

N1		N5			12 puntos o menos	NSE E	8		De 29 a 33 puntos	NSE B2		4
N2		N6			De 13 a 19 puntos	NSE D	7		De 34 a 39 puntos	NSE B1		3
N3		N7			De 20 a 22 puntos	NSE C2	6		De 40 a 47 puntos	NSE A2		2
N4		Total			De 23 a 28 puntos	NSE C1	5		48 puntos a más	NSE A1		1

P1. Dígame, ¿qué EDAD tiene usted? (ANOTAR EDAD EXACTA Y MARCAR RANGO)					
Menos de 18 años	1	(TERMINAR)	De 25 a 39 años	3	(CONTINUAR)
De 18 a 24 años	2	(CONTINUAR)	De 40 a 80 años	4	(CONTINUAR)

P2. SEXO del encuestado:	
Hombre	Mujer
1	2

PER1. Para comenzar quisiera que me diga qué tan importantes son para usted los siguientes problemas que le voy a mencionar, utilizando la siguiente tarjeta (LEER Y MOSTRAR TARJETA PER1)			Nada importante	Poco importante	Importante	Muy importante	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA						
	1	La delincuencia y el crimen	1	2	3	4	5
	2	La situación económica	1	2	3	4	5
	3	La falta de trabajo/ desempleo	1	2	3	4	5
	4	La corrupción	1	2	3	4	5
	5	La situación política del país	1	2	3	4	5
	6	La contaminación ambiental	1	2	3	4	5
	7	El respeto de la gente hacia las normas/ leyes	1	2	3	4	5
	8	Diferencia entre ricos y pobres	1	2	3	4	5
	9	La calidad de la educación pública	1	2	3	4	5
	10	La situación de las postas médicas/ centros de salud	1	2	3	4	5
	11	El comercio informal/ comercio ambulatorio	1	2	3	4	5
	12	El acceso a agua potable	1	2	3	4	5
	13	Mantenimiento de las pistas y veredas	1	2	3	4	5
	14	La tenencia de un título de propiedad en su vivienda	1	2	3	4	5
	15	La presencia de alumbrado público	1	2	3	4	5
	16	Inflación/ aumento de precios	1	2	3	4	5

PER2. Para usted ¿Qué medida es la más eficiente para enfrentar los problemas económicos y sociales que ocurren el país? (LEER Y MOSTRAR TARJETA PER2)

1	Uno debería juntarse con otras personas para buscar soluciones.	1
2	Cada uno tiene que ver lo que hace para salir adelante.	2
3	Confiar en que las cosas mejoren.	3
4	Apoyarse en personas influyentes, varas o padrinos.	4
5	Protestar en la calle y hacer huelgas	5
6	Pedir ayuda a los familiares/ paisanos	6

VALORES SOCIALES

SWT1. Ahora le voy a leer algunas descripciones de personas. Le voy a pedir que por favor me diga hasta qué punto cree usted que se parece o no se parece a cada una de estas personas. Por favor elija la opción que más se parezca a usted, utilizando la siguiente tarjeta (**LEER CADA DESCRIPCIÓN Y MOSTRAR TARJETA SWT1**)

R		¿Cuánto se parece usted a esta persona? (RU)	No se parece nada a mí	No se parece a mí	Se parece poco a mí	Se parece algo a mí	Se parece a mí	Se parece mucho a mí	NS/NP
	1	Tener ideas nuevas y ser creativo/a es importante para él/ ella. Le gusta hacer las cosas de manera propia y original.	1	2	3	4	5	6	7
	2	Para él/ella es importante ser rico/a. Quiere tener mucho dinero y cosas caras.	1	2	3	4	5	6	7
	3	Piensa que es importante que a todas las personas del mundo se les trate con igualdad. Cree que todos deberían tener las mismas oportunidades en la vida.	1	2	3	4	5	6	7
	4	Para él/ella es importante mostrar sus habilidades. Quiere que la gente lo/la admire por lo que hace.	1	2	3	4	5	6	7
	5	Le importa vivir en lugares seguros. Evita cualquier cosa que pudiera poner en peligro su seguridad.	1	2	3	4	5	6	7
	6	Le gustan las sorpresas y siempre busca experimentar cosas nuevas. Piensa que es importante hacer muchas cosas diferentes en la vida.	1	2	3	4	5	6	7
	7	Opina que la gente debe seguir las reglas todo el tiempo, aun cuando nadie le esté observando. Las personas deben hacer lo que se les dice que hagan.	1	2	3	4	5	6	7
	8	Le parece importante escuchar a las personas que son distintas a él/ ella. Desea entenderlas, incluso cuando está en desacuerdo con ellas.	1	2	3	4	5	6	7
	9	Para él/ella es importante ser humilde y modesto/a. Trata de no llamar la atención.	1	2	3	4	5	6	7
	10	Pasarla bien es muy importante para él/ella. Le gusta “engreirse” a sí mismo/a.	1	2	3	4	5	6	7

V1. A continuación tiene una lista de **cualidades que se pueden desarrollar en los niños en casa** (**LEER Y MOSTRAR TARJETA V1**), ¿Cuál o cuáles considera usted especialmente importante(s)? Escoja por favor hasta 5 de estas cualidades (**RM- MAXIMO 5 FRASES**)

Buenos modales	1	Cultura ahorrativa/ del ahorro	7
Independencia	2	Perseverancia	8
Gusto por el trabajo	3	Fe religiosa	9
Sentido de la responsabilidad	4	Generosidad	10
Imaginación/ Creatividad	5	Obediencia	11
Tolerancia y respeto por lo demás	6	Ninguna	12

V2. ¿Qué tan importante considera que es Dios en su vida? Por favor utilice esta tarjeta, en donde 1 significa “nada importante” y el 10 “muy importante” (**LEER Y MOSTRAR TARJETA V2**) **RU**

Nada importante									Muy importante
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10

V3. ¿Diría usted que es...? **LEER Y MOSTRAR TARJETA V3** **RU**

Nada feliz	No muy feliz	Bastante feliz	Muy feliz	NS/NP
1	2	3	4	5

CII. En términos generales ¿diría usted que se puede confiar en la mayoría de las personas o que no se puede confiar en la mayoría de las personas? (**ESPONTANEA RU**)

Se puede confiar en la mayoría de las personas	No se puede confiar en la mayoría de las personas	NS/NP
1	2	3

C12. Ahora quisiera que me diga qué tanto confía en las siguientes personas, utilizando la siguiente tarjeta (LEER Y MOSTRAR TARJETA C12). ¿Qué tan confiable es para usted...?			Nada confiable	Poco confiable	Algo confiable	Muy confiable	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA						
1	La gente en Lima		1	2	3	4	5
2	La gente de su comunidad/ vecindario		1	2	3	4	5

RAC1. ¿Qué tan de acuerdo o desacuerdo se encuentra con la siguiente frase: “En el Perú hay racismo?” (LEER Y MOSTRAR **TARJETA RAC1**)

Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
1	2	3	4	5	6

SWT2. Ahora nuevamente le voy a leer descripciones de personas para que me diga hasta qué punto cree usted que se parece o no se parece a cada una de estas personas. Por favor elija la opción que más se parezca a usted, utilizando la siguiente tarjeta (LEER CADA DESCRIPCIÓN Y MOSTRAR **TARJETA SWT2**)

R		¿Cuánto se parece usted a esta persona? (RU)	No se parece nada a mí	No se parece a mí	Se parece poco a mí	Se parece algo a mí	Se parece a mí	Se parece mucho a mí	NS/NP
	1	Es importante para él/ella tomar sus propias decisiones acerca de lo que hace. Le gusta tener la libertad y no depender de los demás.	1	2	3	4	5	6	7
	2	Es muy importante para él/ella ayudar a la gente que le/la rodea. Se preocupa por su bienestar.	1	2	3	4	5	6	7
	3	Para él/ella es importante ser una persona muy exitosa. Espera que la gente reconozca sus logros.	1	2	3	4	5	6	7
	4	Es importante para él/ella que el gobierno lo proteja contra todos los peligros. Quiere que el Estado sea fuerte para que defienda a sus ciudadanos.	1	2	3	4	5	6	7
	5	Anda siempre en busca de aventuras y le gusta arriesgarse. Tener una vida llena de emociones es importante para él/ella.	1	2	3	4	5	6	7
	6	Es importante para él/ella comportarse siempre correctamente. Evita cualquier cosa que la gente puede juzgar como incorrecta.	1	2	3	4	5	6	7
	7	Para él/ella es importante ser respetado por la gente. Desea que las personas hagan lo que él/ella dice.	1	2	3	4	5	6	7
	8	Es importante para él/ella ser leal a sus amigos. Se entrega totalmente a las personas cercanas a él/ella.	1	2	3	4	5	6	7
	9	Cree firmemente que las personas deben proteger la naturaleza. Le importa cuidar el medio ambiente.	1	2	3	4	5	6	7
	10	Las tradiciones son importantes para él/ella. Procura seguir las costumbres de su religión o de su familia.	1	2	3	4	5	6	7
	11	Busca cualquier oportunidad para divertirse. Para él/ella es importante hacer cosas que le resulten placenteras.	1	2	3	4	5	6	7

RAC2. ¿Alguna vez se ha sentido discriminado por alguno de los siguientes aspectos? (LEER OPCIONES- RM)

Por su nivel socioeconómico	1
Por su nivel educativo	2
Por su color de piel/ raza	3

Por sus creencias políticas	4
Por ser provinciano	5
Ninguno	6

V4. Dígame por favor hasta qué punto está usted de acuerdo o en desacuerdo con las siguientes frases, usando una escala de 5 puntos, donde 1 significa “totalmente en desacuerdo” y 5 significa “totalmente de acuerdo” LEER Y MOSTRAR TARJETA V4 RU			Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
	1	Para solucionar muchos de mis problemas, necesito contar con los contactos necesarios.	1	2	3	4	5	6
	2	Para salir adelante en la vida, las habilidades personales son más importantes que los contactos que uno tenga.	1	2	3	4	5	6

SWT3. Ahora nuevamente le voy a leer descripciones de personas para que me diga hasta qué punto cree usted que se parece o no se parece a cada una de estas personas. Por favor elija la opción que más se parezca a usted, utilizando la siguiente tarjeta (**LEER CADA DESCRIPCIÓN Y MOSTRAR **TARJETA SWT3****)

R		¿Cuánto se parece usted a esta persona? (RU)	No se parece nada a mí	No se parece a mí	Se parece poco a mí	Se parece algo a mí	Se parece a mí	Se parece mucho a mí	NS/NP
	1	Para él/ella es importante aspirar a progresar en la vida. Se considera una persona con muchas ambiciones.	1	2	3	4	5	6	7
	2	La honestidad y la sinceridad son importantes para él/ella. Aspira ser una persona íntegra.	1	2	3	4	5	6	7
	3	Considera que deben mantenerse los roles tradicionales para ambos sexos, por ejemplo, que sea el hombre el que trabaje y que la mujer se quede en casa cuidando a los hijos.	1	2	3	4	5	6	7
	4	Para él/ella es importante sentirse diferente a los demás.	1	2	3	4	5	6	7
	5	Suele priorizar sus intereses frente a los de los demás: primero él/ella y luego el resto.	1	2	3	4	5	6	7
	6	Para él/ella es importante siempre dar su mejor esfuerzo y trabajar duro.	1	2	3	4	5	6	7
	7	Es cuidadoso/a con el dinero. Se considera una persona ahorradora, por eso evita gastar excesivamente su dinero.	1	2	3	4	5	6	7
	8	Le gusta verse bien, se esfuerza por tener una apariencia física que le resulte atractiva a los demás.	1	2	3	4	5	6	7
	9	Procura proteger a su familia. Para él/ella es importante darles seguridad.	1	2	3	4	5	6	7
	10	Para él/ella es importante alcanzar un estatus social más alto que el resto de personas.	1	2	3	4	5	6	7

NC1. Ahora quisiera que me diga qué tan frecuentes son las siguientes situaciones en nuestro país. Utilizando la siguiente tarjeta, (LEER Y MOSTRAR TARJETA NC1) ¿Qué tan común es que la gente en Lima...?			Nunca	Rara vez	Algunas veces	Casi siempre	Siempre	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
	1	Compre artículos robados.	1	2	3	4	5	6
	2	Acepte un soborno o “coima”.	1	2	3	4	5	6
	3	Se meta en una cola cuando está apurado y nadie lo ve.	1	2	3	4	5	6
	4	Saque la basura a la calle en cualquier momento si el carro de la basura no tiene horarios fijos.	1	2	3	4	5	6
	5	No pague impuestos.	1	2	3	4	5	6

TS1. Considerando que 1 significa que “nunca se justifica” y 5 “que siempre se puede justificar”, me gustaría que me diga qué tanto se justifican los siguientes temas. Recuerde que puede elegir también un punto intermedio entre ambos extremos de la escala. ¿En su opinión qué tanto se justifica...? (LEER FRASES Y MOSTRAR TARJETA TS1) RU				Nunca se justifica					Siempre se puede justificar	NS/NP
ROT	LEER FRASES - RU PARA C/FILA									
	1	La homosexualidad								
	2	El aborto			1	2	3	4	5	6

NC2. Dígame por favor si está usted de acuerdo o en desacuerdo con las siguientes frases, usando una escala de 5 puntos, donde 1 significa “totalmente en desacuerdo” y 5 significa “totalmente de acuerdo”. LEER Y MOSTRAR TARJETA NC2 RU			Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
ROTAR LEER FRASES - RU PARA C/FILA								
	1	En el Perú la gente es igual ante la ley.	1	2	3	4	5	6
	2	Las autoridades son las primeras en no cumplir con las normas.	1	2	3	4	5	6

V5. Si tuviera que elegir de esta lista el rol más importante por parte del Gobierno (LEER Y MOSTRAR TARJETA V5). ¿Cuál considera usted que es el más importante? (REGISTRE EN V5: 1RA) ¿Y cuál le sigue en importancia? (REGISTRE EN V5: 2DA)			
	RESP UNI C/FILA	V5: 1RA	V5: 2DA
1	Mantener el orden social	1	1
2	Generar más oportunidades para escuchar la opinión de la gente en las decisiones importantes del gobierno	2	2
3	Combatir la subida de precios	3	3
4	Proteger la libertad de expresión	4	4

CS1. ¿Qué opina de la sociedad en que vivimos? (**LEER Y MOSTRAR TARJETA CS1**) RESPUESTA UNICA

Está bien como está	1	Debe cambiarse radicalmente con una acción revolucionaria	4
Puede mejorarse con pequeños cambios	2	Debe cambiarse radicalmente con un golpe de Estado	5
Necesita reformas profundas	3	NS/NP	6

CS2. Aquí hay una lista de cambios que podrían darse en el futuro. Dígame por favor si cada cambio le parece bueno, malo o si no le importa. (LEER Y MOSTRAR TARJETA CS2 RU)			Sería malo	No le importa	Sería bueno	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA					
	1	En el futuro se le dará menos importancia al dinero y a las cosas materiales.	1	2	3	4
	2	En el futuro se le dará más importancia a la vida familiar.	1	2	3	4
	3	En el futuro habrá un mayor respeto a la autoridad	1	2	3	4

CREENCIAS POLITICAS BÁSICAS

ORG1. ¿En qué medida está usted orgulloso de ser peruano? Diría usted que está... **LEER Y MOSTRAR TARJETA ORG1** RU

Nada orgulloso	Poco orgulloso	Algo orgulloso	Muy orgulloso	NS/NP
1	2	3	4	5

IPO1. Hoy en día cuando se habla de tendencias políticas, mucha gente habla de aquellos que simpatizan más con la izquierda o con la derecha. En esta tarjeta tenemos una escala del 1 a 10, en la que el número 1 significa “izquierda” y el 10 significa “derecha”. ¿Dónde se ubicaría usted en esta escala? Dígame el número por favor. **MOSTRAR TARJETA IPO1** RU

Izquierda									Derecha	NS/NP
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11

IPO2. Pensando en la política, ¿qué es para usted ser de izquierda? **LEER Y MOSTRAR TARJETA IPO2 RM** ¿Alguna otra más?

Ser pobre/ tener bajos recursos	1
Pertenecer a la clase trabajadora	2
Estar en contra del gobierno/ ser de oposición	3
Estar en contra del libre mercado	4

Ser un radical/ extremista/ terrorista	5
Ser comunista/ socialista	6
Querer una sociedad igualitaria/más justa para todos	7
Otros (especificar):	

IPO3. Nuevamente en relación con la política ¿Y qué es para usted ser de derecha? **LEER Y MOSTRAR TARJETA IPO3 RM** ¿Alguna otra más?

Tener dinero/ ser adinerado/ tener plata	1
Pertenecer al sector más poderoso del país	2
Estar a favor del gobierno	3
Estar a favor del libre mercado	4

Ser capitalista	5
Velar por los beneficios de los empresarios/ gente de negocios	6
Querer una sociedad igualitaria/más justa para todos	7
Otros (especificar):	

TP1. Hay personas que <u>siempre hablan mal de la forma de gobierno del Perú</u> . Utilizando una escala del 1 al 5, donde 1 significa “totalmente en desacuerdo” y 5 “totalmente de acuerdo”, quisiera que me diga qué tan de acuerdo o en desacuerdo se encuentra con que estas personas... (LEER Y MOSTRAR TARJETA TP1)			Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
	1	Ejerzan su derecho al voto/ que puedan votar	1	2	3	4	5	6
	2	Participen en manifestaciones pacíficas para expresar sus puntos de vista	1	2	3	4	5	6
	3	Puedan postularse a cargos públicos	1	2	3	4	5	6
	4	Salgan en la televisión para dar un discurso	1	2	3	4	5	6
EPI1. Ahora le voy a leer unas frases sobre el <u>gobierno actual</u> y quisiera que me contestara qué tan de acuerdo o en desacuerdo está con ellas, usando esta escala de 5 puntos, donde 1 significa totalmente en desacuerdo y 5 significa totalmente de acuerdo. LEER Y MOSTRAR TARJETA EPI1.			Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
	1	Votar es la única posibilidad que tienen las personas como yo para decir si el gobierno hace bien o mal las cosas	1	2	3	4	5	6
	2	A los que gobiernan el país les interesa lo que piensa la gente como yo.	1	2	3	4	5	6
	3	Generalmente, la política y el gobierno parecen tan complicados que una persona como yo no puede entender lo que pasa	1	2	3	4	5	6
	4	Personas como yo pueden realmente influir en lo que el gobierno hace	1	2	3	4	5	6

EP2. Ahora le voy a leer las mismas frases pero esta vez pensando en su municipalidad . Nuevamente quisiera que me contestara qué tan de acuerdo o en desacuerdo se encuentra con ellas, usando esta escala de 5 puntos, donde 1 significa totalmente en desacuerdo y 5 significa totalmente de acuerdo. LEER Y MOSTRAR TARJETA EP2.			Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
1	Votar es la única posibilidad que tienen las personas como yo para decir si la municipalidad hace bien o mal las cosas.		1	2	3	4	5	6
2	A los que trabajan en mi municipalidad les interesa lo que piensa la gente como yo.		1	2	3	4	5	6
3	Generalmente, la gestión municipal parece tan complicada que una persona como yo no puede entender lo que pasa		1	2	3	4	5	6
4	Personas como yo pueden realmente influir en lo que el alcalde y mi municipio deciden.		1	2	3	4	5	6

IMPLICACIÓN POLÍTICA

INT1. ¿Qué tanto interés diría usted que tiene hacia la política? (**MOSTRAR TARJETA INT1 Y LEER**) RU

Nada de interés	Poco interés	Algo de interés	Mucho interés	NS/NP
1	2	3	4	5

INT2. Quisiera que me diga qué tan de acuerdo o en desacuerdo se encuentra con las siguientes afirmaciones. LEER Y MOSTRAR TARJETA INT2. RU			Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
1	La política me interesa solo cuando hay elecciones.		1	2	3	4	5	6
2	La política me interesa solo cuando afecta temas que me tocan personalmente.		1	2	3	4	5	6

INT3. Ahora me gustaría saber ¿Qué tanto interés tiene usted por lo que ocurre con los siguientes temas en nuestro país? LEER Y MOSTRAR TARJETA INT3 RU			Nada de interés	Poco interés	Algo de interés	Mucho interés	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA						
1	Salud		1	2	3	4	5
2	Educación		1	2	3	4	5
3	Lo que ocurre con los partidos políticos		1	2	3	4	5
4	Lo que ocurre en el Congreso		1	2	3	4	5
5	Lo que ocurre en su distrito		1	2	3	4	5
6	Lo que ocurre en el vecindario		1	2	3	4	5

CON1. Ahora voy a hacerle algunas preguntas generales sobre la política local. **ESPONTANEA (RU)**

ROT		LEER FRASES - RU PARA C/FILA						
	1	¿Quién es el Presidente del Consejo de Ministros en la actualidad?	1	Ana Jara	2	Otro	3	NS/NP
	2	¿Cuánto tiempo dura el período presidencial en el Perú?	1	5 años	2	Otro	3	NS/NP
	3	¿Cómo se llama el actual presidente de Estados Unidos?	1	Barack Obama	2	Otro	3	NS/NP
	4	¿Cuántos departamentos o regiones tiene el Perú?	1	24/25 regiones o departamentos	2	Otro	3	NS/NP

POLITICA Y MEDIOS DE COMUNICACION

MED1. Dígame, ¿Con qué frecuencia...? LEER Y MOSTRAR TARJETA MED1 RU			Nunca	Rara vez	Algunas veces	Casi siempre	Siempre	NS/NP
ROTAR		LEER FRASES - RU PARA C/FILA						
	1	Escucha la radio por música, noticias o cualquier programa	1	2	3	4	5	6
	2	Mira televisión	1	2	3	4	5	6
	3	Lee periódicos	1	2	3	4	5	6
	4	Usa Internet	1	2	3	4	5	6

MED2. Y ¿Con qué frecuencia utiliza los siguientes medios <u>para informarse de política</u> ? LEER Y MOSTRAR TARJETA MED2 RU			Nunca	Rara vez	Algunas veces	Casi siempre	Siempre	NS/NP
ROTAR		LEER FRASES - RU PARA C/FILA						
	1	Escucha noticias por la radio sobre política	1	2	3	4	5	6
	2	Mira noticias en la TV sobre política	1	2	3	4	5	6
	3	Lee noticias en los periódicos sobre política	1	2	3	4	5	6
	4	Lee o escucha noticias vía internet sobre política	1	2	3	4	5	6

ASOCIACIONISMO

ASO1. Para cambiar de tema, ¿alguna vez se ha juntado con otras personas para resolver algún problema de interés común o para resolver un problema del barrio con sus vecinos? Por favor dígame con qué frecuencia usted se junta o se ha juntado con otras personas para resolver estos temas **LEER Y MOSTRAR **TARJETA ASO1****

Nunca	Una o dos veces al año	Una o dos veces al mes	Una vez a la semana	NS/NP
1	2	3	4	5

ASO2. (SOLO PARA CODIGOS 2, 3 Y 4 EN **ASO1)** ¿Y usted diría que la experiencia de trabajo en conjunto con estas personas ha sido o es...? **LEER Y MOSTRAR **TARJETA ASO2****

Muy fácil	Fácil	Ni fácil ni difícil	Difícil	Muy difícil	NS/NP
1	2	3	4	5	6

CCIV1. Algunas personas se inclinan por ayudar a los demás, mientras que otras personas piensan más en sí mismas. Pensando en la gente de por aquí, ¿usted diría que la mayor parte de la gente está dispuesta a ayudar o piensan casi todos solo en sí mismos? **ESPONTANEA, RU**

La mayor parte de la gente está dispuesta a ayudar	La mayor parte de la gente piensan solo en sí mismos	NS/NP
1	2	3

ASO3. Voy a leerle una lista de grupos y organizaciones. Por favor, dígame si usted actualmente pertenece a alguna de estas organizaciones. **(LEER CADA UNA DE LAS ORGANIZACIONES SEGÚN LA MARCA DE ROTACIÓN) RESPUESTA MULTIPLE**

APLICAR DE ASO4 a ASO7 PARA CADA ORGANIZACIÓN MENCIONADA EN ASO3

ASO4. Por favor, dígame con qué frecuencia asiste a las reuniones de **(LEER CADA ORGANIZACIÓN A LA QUE PERTENECE EN ASO3)**, según la siguiente tarjeta. **(LEER Y MOSTRAR TARJETA ASO4)**

ASO5. ¿Y sólo asiste como miembro simple, o participa en la dirección del grupo? **(PARA TODAS LAS MENCIONADAS EN ASO3).** **(LEER Y MOSTRAR TARJETA ASO5)**

ASO6. ¿Diría que dicha asociación **(PARA TODAS LAS MENCIONADAS EN ASO3)** funciona de manera democrática, fomentando la participación de todos, o de manera más vertical/no democrática? **(LEER Y MOSTRAR TARJETA ASO6)**

ASO7. ¿Y esta organización **(PARA TODAS LAS MENCIONADAS EN ASO3)** está en contacto con otras asociaciones, con el municipio o con el gobierno, o funciona únicamente por sí sola? **(LEER Y MOSTRAR TARJETA ASO7)**

PARA TODOS

ASO8. Y dígame ¿Ha pertenecido usted a alguna de estas organizaciones en el pasado? **(LEER TODAS LAS QUE NO SE HAYAN MENCIONADO EN ASO3) RM**

			ASO3	ASO4				ASO5			ASO6			ASO7			ASO8
			Pertenece	Una vez a la semana o más	Una o dos veces al mes	Una o dos veces al año	Nunca	Asistente/ Miembro	Líder directivo	NSNP	Democrática	Vertical	NSNP	Con otras asociaciones	Con el municipio o gobierno	Sola	Ha pertenecido
	1	Asociación de padres de familia del colegio (APAFA).	1	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	1
	2	Asociación deportiva (club de futbol, vóley, etc.)	2	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	2
	3	Hermandades patronales (ej. Señor de los Milagros)	3	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	3
	4	Grupos parroquiales o religiosos	4	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	4
	5	Agrupación cultural o artística	5	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	5
	6	Asociación de protección al medio ambiente	6	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	6
	7	Asociación de protección de los animales	7	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	7
	8	Organizaciones de apoyo social como el Vaso de leche, comedores populares u otros	8	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	8
	9	Sindicatos o agrupaciones profesionales	9	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	9
	10	Partidos políticos/ agrupaciones políticas	10	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	10
	11	Voluntariados	11	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	11
	12	Juntas vecinales o Comité de la comunidad	12	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	12
	13	Juntas de ahorro	13	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	13
	14	Comités vecinales de vigilancia	14	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	14
	15	Clubes o asociaciones de provincianos	15	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	15
	16	Grupos de amigos para hacer skate, bailar hip hop, etc.	16	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3	1	2	3	16
	17	Ninguna	17														17

PARTICIPACION POLITICA

PP1. ¿Cuál de las siguientes frases describe mejor su sentimiento cuando va a votar? (LEER Y MOSTRAR TARJETA PP1) RU							
Satisfacción porque ejerzo mi derecho a votar		Lo hago porque es mi deber y no quiero pagar la multa		Molestia, es una pérdida de tiempo		Nada en particular	
1		2		3		4	

PP2. Le voy a leer algunas actividades que la gente suele realizar. Quisiera que me dijera, para cada una, si usted ha realizado alguna de ellas, si la realizaría en un futuro o si nunca lo haría bajo ninguna circunstancia (LEER Y MOSTRAR TARJETA PP2 RU			La ha hecho	Podría hacerla	Nunca la haría	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA					
1	Asistir a grupos de discusión política.		1	2	3	4
2	Firmar una petición		1	2	3	4

PP3. Le voy a leer algunas cosas que la gente puede o no realizar. Quisiera que me dijera, en su caso ¿Con qué frecuencia usted...? LEER Y MOSTRAR TARJETA PP3			Nunca	Rara vez	Algunas veces	Casi Siempre	Siempre	NS/ NP
ROT	LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
1	Asiste a un mitin político durante campañas electorales.		1	2	3	4	5	6
2	Asiste a reuniones de partidos políticos.		1	2	3	4	5	6
3	Trabaja para algún candidato o partido político en campañas electorales.		1	2	3	4	5	6
4	Participa en una recolección de firmas o firma una petición.		1	2	3	4	5	6
5	Se pone en contacto con un político o autoridad estatal.		1	2	3	4	5	6
6	Conversa con amigos y/o familiares sobre política.		1	2	3	4	5	6
Nuevamente, quisiera que me dijera, en su caso ¿Con qué frecuencia usted...? LEER Y MOSTRAR TARJETA PP3			Nunca	Rara vez	Algunas veces	Casi Siempre	Siempre	NS/ NP
ROT	LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
7	Avisa al periódico, la radio o TV acerca de algún problema local.		1	2	3	4	5	6
8	Avisa a la policía o a un juzgado acerca de algún problema local.		1	2	3	4	5	6
9	Participa en una marcha autorizada.		1	2	3	4	5	6
10	Participa en acciones ilegales de protesta.		1	2	3	4	5	6
11	Asiste a reuniones vecinales de su distrito.		1	2	3	4	5	6

PP4. ¿Qué tan de acuerdo o en desacuerdo se encuentra con que las personas realicen las siguientes acciones, utilizando una escala del 1 al 5, donde 1 significa “totalmente en desacuerdo” y 5 que usted está “totalmente de acuerdo” (LEER Y MOSTRAR TARJETA PP4) RU			Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
1	Que las personas participen en manifestaciones permitidas por la ley		1	2	3	4	5	6
2	Que las personas participen en un grupo para tratar de resolver los problemas de las comunidades		1	2	3	4	5	6
3	Que las personas trabajen en campañas electorales para un partido político o candidato		1	2	3	4	5	6
4	Que las personas participen en un bloqueo de calles o carreteras como forma de protesta.		1	2	3	4	5	6
5	Que las personas participen en un grupo que quiera derrocar por medios violentos a un gobierno electo.		1	2	3	4	5	6

PP5. ¿Qué tan de acuerdo o en desacuerdo se encuentra con las siguientes frases, utilizando una escala del 1 al 5, donde 1 significa “totalmente en desacuerdo” y 5 que usted está “totalmente de acuerdo” (LEER Y MOSTRAR TARJETA PP5) RU			Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
1	Me gustaría tener una manera de participar en cuestiones sociales y/o políticas, pero no sé cómo hacerlo.		1	2	3	4	5	6
2	Informarse de lo que ocurre es imposible, porque todos los medios de comunicación mienten y tienen posturas interesadas.		1	2	3	4	5	6
3	La actualidad política no me interesa porque me aburre y no la entiendo.		1	2	3	4	5	6

SISTEMA DEMOCRÁTICO

DEM1. ¿Qué significa la democracia para usted? **RM (LEER Y MOSTRAR **TARJETA DEM1**)**

Participar en la toma de decisiones	1
Poder escoger a las autoridades políticas	2
Organizarse libremente	3
Tener libertad de prensa	4
Poder protestar	5
Poder mejorar económicamente	6
Que se cumplan mis derechos	7

Poder mejorar socialmente	8
Igualdad frente a la ley	9
Que se respeten la constitución y las leyes	10
Igualdad de oportunidades	11
Fiscalizar a los políticos	12
Otros (especificar)	13
NS/NP	14

DEM2. ¿Qué tan satisfecho se encuentra usted con la democracia en nuestro país? (**LEER Y MOSTRAR **TARJETA DEM2****) RU

Muy insatisfecho	Insatisfecho	Ni satisfecho ni insatisfecho	Satisfecho	Muy satisfecho	NS/NP
1	2	3	4	5	6

DEM3. Ahora quisiera que me dijera con cuál de estas frases está usted más de acuerdo. Por favor solo señale una, la que más se parezca a su forma de pensar (**LEER Y MOSTRAR TARJETA DEM3**) RU

Nuestra democracia funciona bien	1
Nuestra democracia tiene pequeños problemas, pero funciona bien	2
Nuestra democracia tiene grandes problemas pero funciona, a pesar de todo.	3
Nuestra democracia funciona cada vez peor, y de seguir así, no funcionará en absoluto	4
No tenemos una democracia.	5

AUT1. Ahora me gustaría que me dijera con cuál de las siguientes frases está usted más de acuerdo (**LEER Y MOSTRAR TARJETA AUT1**) RU

A la gente como yo, le da lo mismo un régimen democrático que uno no democrático	La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno	En algunas circunstancias un gobierno autoritario puede ser preferible a uno democrático	NS/NP
1	2	3	4

AUT2. Algunas personas dicen que en ciertas circunstancias se justificaría que los militares de este país tomen el poder por un golpe de Estado. En su opinión, ¿se justificaría que hubiera un golpe de estado por los militares frente a las siguientes circunstancias....? **LEER Y MOSTRAR TARJETA AUT2** RU

ROT		Sí se justificaría que los militares tomen el poder por un Golpe de Estado	No se justificaría que los militares tomen el poder por un Golpe de Estado	NS/NP
1	Frente al desempleo muy alto	1	2	3
2	Frente a mucha delincuencia	1	2	3
3	Frente a mucha corrupción	1	2	3
4	Frente a la subida de precios	1	2	3

AUT3. A continuación le voy a pedir que, independientemente de su opinión, me diga qué tipo de gobierno cree que es el más capaz de resolver los siguientes problemas que tiene el Perú: un gobierno autoritario por golpe de Estado, un gobierno democrático pero de mano dura o un gobierno donde todos participen y opinen? (**LEER PROBLEMAS**) (**MOSTRAR TARJETA AUT3** RU)

ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA	Autoritario por golpe de Estado	Demócrata pero con mano dura	Demócrata con participación de todos	NS/NP
1	Mala administración estatal/ burocracia	1	2	3	4
2	Bajos sueldos	1	2	3	4
3	Corrupción	1	2	3	4
4	Desempleo	1	2	3	4
5	Desigualdad	1	2	3	4
6	Baja calidad del sistema de justicia	1	2	3	4
7	Pobreza	1	2	3	4
8	Baja calidad de la educación/salud	1	2	3	4
9	Terrorismo	1	2	3	4
10	Delincuencia	1	2	3	4

DEM4. Le voy a presentar otras frases y me gustaría que me diga qué tan de acuerdo o en desacuerdo está con cada una de ellas. Recuerde que usted es libre de escoger la opción que más se acerque a su parecer. ¿Qué tan de acuerdo se encuentra con estas frases. . .? LEER Y MOSTRAR TARJETA DEM4 RU			Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
	1	El desarrollo económico es más importante que la democracia.	1	2	3	4	5	6
	2	La democracia puede funcionar sin partidos políticos.	1	2	3	4	5	6
	3	La democracia puede funcionar sin Congreso.	1	2	3	4	5	6
	4	El presidente puede ir más allá de las leyes si el país tiene dificultades	1	2	3	4	5	6
	5	El Presidente de la República debe controlar los medios de comunicación, si el país está pasando por una situación difícil	1	2	3	4	5	6
	6	La democracia no es necesaria para lograr el desarrollo.	1	2	3	4	5	6
	7	La democracia puede funcionar sin Poder Judicial.	1	2	3	4	5	6
	8	El pueblo debe gobernar directamente y no a través de los representantes electos.	1	2	3	4	5	6
	9	La democracia solo se justifica si la gente como yo puede prosperar.	1	2	3	4	5	6
	10	En este país se necesita mano dura para gobernar.	1	2	3	4	5	6
	11	Puede que la democracia tenga problemas, pero es mejor que cualquier otra forma de gobierno	1	2	3	4	5	6
	12	Se puede tener un gobierno que no sea elegido por el pueblo, siempre y cuando sea justo y mejore la situación.	1	2	3	4	5	6

DEM5. ¿Diría usted que el país está gobernado por unos cuantos grupos poderosos que buscan su propio beneficio o que está gobernado para bien de todo el pueblo? (LEER Y MOSTRAR **TARJETA DEM5 - RU**)

Unos cuantos grupos poderosos que buscan su propio beneficio	Está gobernado para el bien de todo el pueblo	NS/NP
1	2	3

ACTORES E INSTITUCIONES POLITICAS

ACT1. Ahora me gustaría que me diga que cualidades debe tener el candidato ideal a la presidencia. ¿Algo más? (ESPONTANEA- MULTIPLE)

Que tenga capacidad en la gestión pública	1	Que tenga experiencia como funcionario público	8
Que tenga propuestas nuevas/diferentes	2	Que combata la inseguridad ciudadana	9
Que tenga un plan de trabajo	3	Que sea un buen técnico	10
Que tenga carácter/ que sea firme/ que tenga mano dura	4	Que parezca mejor que los otros / el menos malo	11
Que sea honesto/ honrado	5	Que sea de un partido político con experiencia	12
Que tenga credibilidad política	6	Que sea democrático	13
Que haga obras	7	NS/NP	14

PPOLI. ¿Qué razones lo harían inscribirse y participar de manera activa en un partido político? (RM-LEER Y MOSTRAR **TARJETA PPOLI**)

La posibilidad de conseguir un mejor trabajo para mí o para mis familiares	1	La posibilidad de solucionar los problemas de mi distrito/ ciudad	5
La posibilidad de tener contactos/ conocer personas influyentes	2	La posibilidad de cambiar la sociedad	6
La posibilidad de hacer amigos	3	Otro	7
La posibilidad de hacerme conocido en mi distrito o comunidad	4	NS/NP	8

PPOL2. En este momento, ¿simpatiza con algún partido político? (RU)

Sí 1 (CONTINUAR)

No

2 (IR A **PPOL5**)

NS/NR

3 (IR A **PPOL5**)

PPOL3. ¿Con qué partido político simpatiza usted? ESPONTANEA (RU)

Partido Nacionalista Peruano (Humala)	1
Solidaridad Nacional (Castañeda)	2
Partido Aprista Peruano (APRA)	3
Fuerza Popular (Fujimorista)	4
Acción Popular (AP)	5

Fuerza Social (Susana Villarán)	6
Partido Popular Cristiano (PPC)	7
Somos Perú (SP)	8
Otros	9
NS/NP	10

PPOL4. ¿Cómo calificaría la simpatía que tiene hacia _____ (LEER RESPUESTA DE **PPOL3**)? ¿Diría usted que es... (LEER Y MOSTRAR **TARJETA PPOL4**)?

Muy débil	Débil	Ni débil ni fuerte	Fuerte	Muy fuerte	NS/NP
1	2	3	4	5	6

PPOL5. Dígame ¿simpatiza con algún líder político en particular? ESPONTANEA (RU)

Sí 1 (CONTINUAR)

No

2 (IR A **PPOL8**)

NS/NR

3 (IR A **PPOL8**)

PPOL6. ¿Con cuál? ESPONTANEA- RU

Keiko Fujimori	1
Luis Castañeda	2
Alan García	3
Alejandro Toledo	4
Susana Villarán	5

Ollanta Humala	6
Pedro Pablo Kuczynski	7
Daniel Urresti	8
Otros	9
NS/NP	10

PPOL7. ¿Cómo calificaría la simpatía que tiene hacia este líder político (LEER RESPUESTA DE **PPOL6**)? ¿Diría usted que es... (LEER Y MOSTRAR **TARJETA PPOL7**)?

Muy débil	Débil	Ni débil ni fuerte	Fuerte	Muy fuerte	NS/NP
1	2	3	4	5	6

PPOL8. ¿Por quién votó usted en las últimas elecciones municipales? (RU-ESPONTANEA)

Susana Villarán	1
Edmundo del Águila	2
Guillermo Arteta	3
Alex Gonzales	4
Alberto Sánchez Aizcorbe	5
Enrique Cornejo	6
Nora Bonifaz	7
Moises Mieses	8

Jaime Zea	9
Salvador Heresi	10
Felipe Castillo	11
Luis Castañeda	12
Fernán Altuve-Febres	13
En Blanco/ Viciado – NO SE LEE	14
No votó – NO SE LEE	15
NS/NP– NO SE LEE	16

PPOL9. (SOLO PARA CODIGOS DEL 1 AL 13 EN PPOL8) ¿Por qué razón votó por este candidato? (**MOSTRAR TARJETA PPOL9**)

Por su capacidad en la gestión pública / municipal	1	Por su experiencia como funcionario público	8
Por sus propuestas nuevas/diferentes	2	Porque combate la inseguridad ciudadana	9
Por su plan de trabajo	3	Porque es un buen técnico	10
Por su carácter / es firme	4	Me pareció mejor que los otros / menos malo	11
Porque es una persona honesta	5	Porque su partido político lo respalda	12
Porque tiene credibilidad política	6	Porque es democrático	13
Porque hizo obras	7	NS/NP	14

CLII. Pensando en las campañas electorales, ¿algún candidato o alguien de un partido político le ofreció algo, como un favor, comida o alguna otra cosa a cambio de que usted lo apoye yendo a una manifestación, pidiendo que firme algo o vote por él? ¿Esto pasó...? (**LEER Y MOSTRAR TARJETA CLII**)

Nunca	Rara vez	Algunas veces	Casi siempre	Siempre	NS/ NP
1	2	3	4	5	6

CLII2. (SOLO PARA CODIGOS DEL 2 AL 5 EN CLII) Y pensando en la última vez que esto pasó, ¿lo que le ofrecieron le hizo estar más inclinado o menos inclinado a votar por el candidato o partido que le ofreció ese bien? (**LEER Y MOSTRAR TARJETA CLII2**)

Menos inclinado		Ni más ni menos inclinado		Más inclinado		NS/NR			
1		2		3		4			
PPOL12. Le voy a presentar algunas frases y me gustaría que me diga qué tan de acuerdo o en desacuerdo está con cada una de ellas. Recuerde que usted es libre de escoger la opción que más se acerque a su parecer. ¿Qué tan de acuerdo se encuentra con estas frases. . . ? LEER Y MOSTRAR TARJETA PPOL12 RU				Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
ROTAR		LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
	1	Para gobernar un presidente no necesita de partidos, suficiente con hacer una buena campaña para ganar las elecciones.		1	2	3	4	5	6
	2	Un presidente puede hacer un buen gobierno con él al mando y un buen grupo de técnicos		1	2	3	4	5	6
	3	Prefiero un candidato que robe y que por lo menos haga obras, a uno honrado pero ineficiente.		1	2	3	4	5	6
	4	Si los partidos políticos tuvieran procesos más democráticos sí podría pensar en participar en uno de ellos.		1	2	3	4	5	6
	5	Los partidos políticos actuales representan bien a sus votantes.		1	2	3	4	5	6

ACT2. Hablando específicamente del Congreso Nacional y pensando en todos los congresistas en su conjunto, sin importar los partidos políticos a los que pertenecen; ¿usted cree que los congresistas peruanos están haciendo su trabajo... (**LEER Y MOSTRAR TARJETA ACT2**)? **RU**

Muy mal	Mal	Regular	Bien	Muy bien	NS/NP
1	2	3	4	5	6

ACT3. Y en el caso del sistema de justicia ¿usted cree que el Poder Judicial está haciendo su trabajo... (**LEER Y MOSTRAR TARJETA ACT3**)? **RU**

Muy mal	Mal	Regular	Bien	Muy bien	NS/NP
1	2	3	4	5	6

ACT4. ¿Cómo calificaría la labor que vienen realizando los partidos políticos en el Perú? (**LEER Y MOSTRAR TARJETA ACT4**) **RU**

Muy mal	Mala	Regular	Buena	Muy buena	NS/NP
1	2	3	4	5	6

ACT5. Ahora me gustaría que me dé sus comentarios sobre el desempeño de los funcionarios públicos en nuestro país. Le voy a pedir que por favor me diga qué tan de acuerdo o en desacuerdo se encuentra con las siguientes frases, utilizando una escala del 1 al 5, donde 1 es “totalmente en desacuerdo” y 5 “totalmente de acuerdo. ¿Diría usted que los funcionarios públicos...? LEER Y MOSTRAR TARJETA ACT5 RU			Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
ROTAR	LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
	1	Están dispuestos a atender a la gente	1	2	3	4	5	6
	2	Son eficaces en su trabajo	1	2	3	4	5	6

GOBERNABILIDAD

CRP1. ¿Diría usted que en el sector público...? (**LEER Y MOSTRAR TARJETA CRP1**)

No hay corrupción	Hay poca corrupción	Hay algo de corrupción	Hay mucha corrupción	NS/NP
1	2	3	4	5

CRP2. En el último año ¿ha tenido usted que pagar algún tipo de “coima” o soborno en alguno de estos casos o con alguna de estas autoridades... (**LEER Y MOSTRAR TARJETA CRP2**) (RM)?

Funcionario del gobierno	1	Escuelas/colegios públicos	6
Funcionario del municipio de Lima	2	En el trabajo	7
Funcionario del municipio de su distrito	3	Tribunales de justicia (secretario de juzgado, etc.)	8
Policía	4	Servicios de salud pública	9
Militares	5	Ninguno	10

VIC1. Hablando del lugar o el barrio donde usted vive y pensando en la posibilidad de ser víctima de un asalto o robo, ¿usted se siente...? (**LEER Y MOSTRAR TARJETA VIC1**)

Nada seguro	Poco seguro	Algo seguro	Muy seguro	NS/NP
1	2	3	4	5

VIC2. ¿Qué tan de acuerdo o en desacuerdo se encuentra con la siguiente afirmación: La mejor medida para enfrentar la delincuencia es hacer leyes más duras? (**LEER Y MOSTRAR TARJETA VIC2**)

Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
1	2	3	4	5	6

GOB1. Dígame ahora ¿Qué tanto confía en... (LEER INSTITUCION)? LEER Y MOSTRAR **TARJETA GOB1 RU**

			GOB1				
ROTAR		LEER FRASES - RU PARA C/FILA	No Confía	Confía poco	Confía algo	Confía mucho	NS/NP
	1	El gobierno	1	2	3	4	5
	2	El Congreso	1	2	3	4	5
	3	El Poder Judicial	1	2	3	4	5
	4	Los partidos políticos	1	2	3	4	5
	5	Los líderes políticos	1	2	3	4	5
	6	Los medios de comunicación	1	2	3	4	5
	7	La Municipalidad de Lima	1	2	3	4	5
	8	La Municipalidad de su distrito	1	2	3	4	5
	9	La Defensoría del Pueblo	1	2	3	4	5
	10	La Policía Nacional del Perú	1	2	3	4	5
	11	Las Fuerzas Armadas	1	2	3	4	5
	12	La Iglesia	1	2	3	4	5

ROL DEL ESTADO

ROL1. Y hablando del gobierno actual, ¿diría usted que el trabajo que está realizando el Presidente Ollanta Humala es...? LEER Y MOSTRAR **TARJETA ROL1 RU**

Muy malo	Malo	Regular	Bueno	Muy bueno	NS/NP
1	2	3	4	5	6

ROL2. Le voy a leer unas frases sobre el rol del Estado, quisiera que me diga hasta qué punto está de acuerdo o en desacuerdo con las siguientes afirmaciones, utilizando la misma escala del 1 al 5. LEER Y MOSTRAR TARJETA ROL2 RU			Totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	NS/NP
ROT	LEER FRASES - RU PARA C/FILA							
	1	El Estado debería ser el principal responsable de asegurar el bienestar de la gente, más que los mismos individuos.	1	2	3	4	5	6
	2	La empresa privada debería ser el principal responsable de crear empleos, más que el Estado.	1	2	3	4	5	6
	3	El Estado debe implementar políticas firmes para reducir la desigualdad de ingresos entre ricos y pobres	1	2	3	4	5	6
	4	El sector privado debería ser el principal responsable de proveer los servicios de salud, más que el Estado.	1	2	3	4	5	6
	5	El mercado debería ser el encargado de regular los precios, no el Estado.	1	2	3	4	5	6

ROL3. Teniendo en cuenta la situación actual del país utilizando esta escala de 5 puntos, donde 1 significa “Muy insatisfecho” y 5 significa “Muy satisfecho”, quisiera que me diga cómo evalúa al gobierno actual en su gestión de los siguientes aspectos... LEER Y MOSTRAR TARJETA ROL3			Muy insatisfecho	Insatisfecho	Ni satisfecho ni insatisfecho	Satisfecho	Muy satisfecho	NS/NP
ROTAR	LEER INSTITUCIONES - RU PARA C/FILA							
1	La lucha contra la pobreza		1	2	3	4	5	6
2	La defensa de la democracia		1	2	3	4	5	6
3	La lucha contra la corrupción		1	2	3	4	5	6
4	La mejora de la seguridad ciudadana		1	2	3	4	5	6
5	Lucha contra el desempleo		1	2	3	4	5	6
6	Manejo de la economía		1	2	3	4	5	6
7	La calidad de los servicios médicos y de salud públicos		1	2	3	4	5	6
8	La calidad de las escuelas públicas		1	2	3	4	5	6
9	El funcionamiento del Poder Judicial		1	2	3	4	5	6
10	El funcionamiento de la Policía Nacional		1	2	3	4	5	6

DATOS ADICIONALES

DAT1. En su hogar, ¿usted PRINCIPALMENTE es...? RU			DAT 2. Según la siguiente tarjeta MOSTRAR TARJETA DAT 2 Actualmente Ud. es (LEER) RESPUESTA ÚNICA					DAT 3. ¿Usted realiza una actividad por la que recibe algún ingreso económico?	
Jefe de hogar	Ama de casa	Otro	Soltero	Conviviente	Casado	Divorciado	Viudo	Sí	No
1	2	3	1	2	3	4	5	1	2

DAT4. Dígame por favor, ¿usted nació en Lima o en provincia?

Lima 1

Provincia 2

DAT5. Su madre, ¿nació en Lima o provincia?

Lima 1

Provincia 2

DAT6. Su padre, ¿nació en Lima o provincia?

Lima 1

Provincia 2

DAT7. ¿Cuál es el último año o grado de estudios y nivel que usted aprobó? (**ESPONTANEA**) **RU**

Ninguno/ Educación inicial	1
Primaria incompleta	2
Primaria completa	3
Secundaria o bachillerato incompleto	4
Secundaria o bachillerato completo	5

Técnica/ tecnológica incompleta	6
Técnica/ tecnológica completa	7
Universitaria incompleta	8
Universitaria completa	9
Post grado universitario (maestría, doctorado)	10

DAT8. Según la siguiente tarjeta (**MOSTRAR TARJETA DAT8**) ¿Cuál es su ocupación principal? **RESPUESTA ÚNICA**

DAT9. ¿Y cuál es la ocupación principal de la persona que más aporta a la economía familiar? **RESPUESTA ÚNICA. SI EL ENCUESTADO ES LA PERSONA QUE MÁS APORTA A LA ECONOMÍA FAMILIAR, NO PREGUNTAR Y TRASLADAR RESPUESTA DE DAT8**

		Trabajador dependiente (profesional o no)	Trabajador independiente (profesional o no)	Trabajador de oficios independiente (albañil, carpintero, taxistas, etc.)	Estudiante	Jubilado / pensionista	Solo hago tareas en el hogar	Actualmente NO trabaja
DAT8	Usted	1	2	3	4	5	6	7
DAT9	Jefe de hogar	1	2	3	4	5	6	7

DAT10. (SI DICE QUE TRABAJA EN **DAT8** - COD 1,2 O 3). ¿Usted trabaja por su cuenta, o en un lugar que tiene...? **RU – (MOSTRAR TARJETA DAT10)**

DAT11. (SI DICE QUE TRABAJA EN **DAT9** - COD 1,2 O 3). Y en el caso de la persona que más aporta a la economía familiar, ¿esta trabaja por su cuenta, o en un lugar que tiene...? **RU – LEER OPCIONES. SI NO ESTA SEGURO, PEDIR QUE POR FAVOR DE UN RANGO APROXIMADO.**

SI EL ENCUESTADO ES LA PERSONA QUE MÁS APORTA A LA ECONOMÍA FAMILIAR, NO PREGUNTAR Y TRASLADAR RESPUESTA DE DAT10

		Solo, por mi cuenta/ Solo por su cuenta	De 1 a 5 trabajadores	De 6 a 10 trabajadores	De 11 a 20 trabajadores	De 21 a 50 trabajadores	De 51 a 100 trabajadores	De 101 a más trabajadores	NS/N P
DAT10	Usted	1	2	3	4	5	6	7	8
DAT11	Jefe de hogar	1	2	3	4	5	6	7	8

DAT12. (SI DICE QUE TRABAJA EN **DAT8** - COD 1,2 O 3). ¿Usted está en planilla o no? **RU – ESPONTANEA**

DAT13. (SI DICE QUE TRABAJA EN **DAT9** - COD 1,2 O 3). Y en el caso de la persona que más aporta a la economía familiar, ¿Está en planilla o no? **RU – ESPONTANEA. SI EL ENCUESTADO ES LA PERSONA QUE MÁS APORTA A LA ECONOMÍA FAMILIAR, NO PREGUNTAR Y TRASLADAR RESPUESTA DE DAT12**

		Sí estoy en planilla/ Sí está en planilla	No estoy en planilla/ No está en planilla
DAT12	Usted	1	2
DAT13	Jefe de hogar	1	2

DAT14. (SI DICE QUE TRABAJA EN **DAT8** - COD 1,2 O 3). ¿Cuenta usted con un seguro de salud o no? **RU – ESPONTANEA**

DAT15. (SI DICE QUE TRABAJA EN **DAT9** - COD 1,2 O 3). Y en el caso de la persona que más aporta a la economía familiar, ¿cuenta con un seguro de salud o no? **RU – ESPONTANEA. SI EL ENCUESTADO ES LA PERSONA QUE MÁS APORTA A LA ECONOMÍA FAMILIAR, NO PREGUNTAR Y TRASLADAR RESPUESTA DE DAT14**

		Sí tengo seguro de salud/ Sí tiene en planilla	No tengo seguro de salud/ No tiene seguro de salud
DAT14	Usted	1	2
DAT15	Jefe de hogar	1	2

DAT16. (SI DICE QUE TRABAJA EN **DAT8** - COD 1,2 O 3). ¿En qué rubro o sector trabaja usted? (**MOSTRAR TARJETA DAT16**). **RU**

DAT17. (SI DICE QUE TRABAJA EN **DAT9** - COD 1,2 O 3). Y en el caso de la persona que más aporta a la economía familiar, ¿En qué rubro o sector trabaja? (**MOSTRAR TARJETA DAT16**) **RU. SI EL ENCUESTADO ES LA PERSONA QUE MÁS APORTA A LA ECONOMÍA FAMILIAR, NO PREGUNTAR Y TRASLADAR RESPUESTA DE DAT16**

		Comercio	Servicios	Industria	Extractiva (agricultura, minería, pesca, etc.)	Construcción	Otras	NS/NP
DAT16	Usted	1	2	3	4	5	6	7
DAT17	Jefe de hogar	1	2	3	4	5	6	7

DAT18. Cambiando de tema ¿Qué tan religioso se considera usted? (**LEER Y MOSTRAR [TARJETA DAT18 RU](#)**)

Muy religioso	Religioso	Algo religioso	Poco religioso	No soy religioso	NS/NP
1	2	3	4	5	6

DATOS DE SUPERVISIÓN

Distrito				Dirección								
Nombre del entrevistado				Teléfono entrevistado			Nombre Encuestador					
Fecha de encuesta 3	Día	Mes	Año	DNI Encuestador								